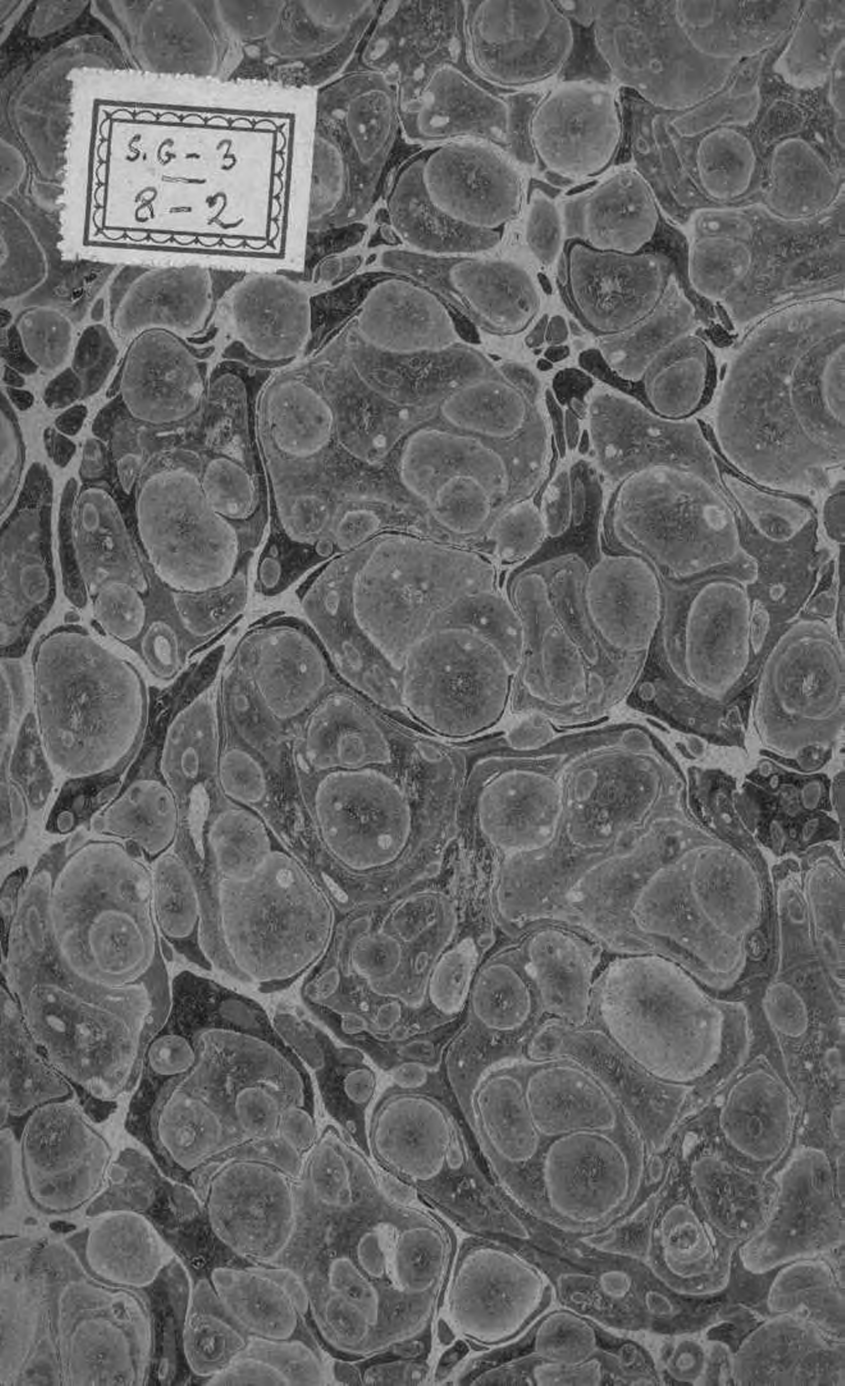


S.G-3
8-2

HISTORIA
DE LA IGLESIA.

HISTORIA

DE LA IGLESIA

DESDE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

HASTA EL PONTIFICADO DE PIO IX.

OBRA DESTINADA Á LOS SEMINARIOS,
Á LAS ESCUELAS Y COLEGIOS, Á LAS FAMILIAS CRISTIANAS,
Á LAS PERSONAS DEL MUNDO,
Á LOS CATEQUISTAS Y Á LAS COMUNIDADES.

POR EL ABATE V. POSTEL,

DEL CLERO DE PARÍS.

Traducida de la segunda edicion francesa; y anotada, en lo concerniente á la Iglesia de España,

POR D. MANUEL SOLA Y FONRODONA,

PRIMER AYUDANTE DEL CUERPO DE SANIDAD MILITAR.

Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam.
(MATTH. V, 6).



BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.

CALLE DE AVIÑÓ, NÚM. 20.

1875.

CENSURA.

Por comision del M. I. Sr. D. Juan de Palau y Soler, Pbro., Doctor en ambos derechos, Abogado de los tribunales del reino, Canónigo de esta santa iglesia, y Vicario General Capitular de la diócesis de Barcelona, *sede vacante*, he leido la obra que lleva por título: *Historia de la Iglesia*, escrita en francés por el abate V. Postel, y traducida por D. Manuel Solá y Fonrodona.

Esta obra, de suyo elemental, carecia no obstante de muchas noticias en lo concerniente á España. Gracias á las oportunas adiciones del Traductor desapareció este vacío, circunstancia sin la cual no se hubiera ni siquiera propuesto la LIBRERÍA RELIGIOSA ofreceria al público. Colmada así esta laguna, la obra es altamente recomendable tanto por su claridad como por su órden metódico y exactitud cronológica en la exposicion de los hechos. Soy de parecer que esta Historia puede ser de mucha utilidad á cuantos la lean, pero de un modo especial á los jóvenes de ambos sexos en sus estudios.

No he encontrado en ella error alguno ni dogmático ni moral.

Barcelona 23 de Octubre de 1862.

FR. JAIME ROIG, *Pbro., Lector en Filosofía, de la Órden de Carmelitas calzados exclaustrados.*

APROBACION.

Barcelona treinta de Noviembre de mil ochocientos sesenta y dos. Vista la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima la obra de que hace mérito.

JUAN DE PALAU Y SOLER, *Vicario General Capitular.*

Á MARÍA INMACULADA.

HOMENAJE DE FILIAL DEVOCION.

APROBACION DE LA PRIMERA EDICION.

JAIME MARÍA JOSÉ,

OBISPO DE LUZON.

A todos los que las presentes vieren y oyeren, salud y bendicion en Nuestro Señor Jesucristo.

Vistos los informes que nos han dado los examinadores á quienes habíamos encargado la lectura de un libro intitulado: *Historia de la Iglesia segun Lhomond, obra enteramente refundida, completada, anotada, distribuida en un órden mejor y continuada hasta el pontificado de Pio IX,* por el abate POSTEL.

Considerando que la obra del buen abate Lhomond, de este verdadero amigo de la infancia, ha recibido muy numerosas y muy importantes mejoras; que su Historia, cuyas partes en adelante serán perfectamente unidas, mejor coordinadas, mas completas, se grabará en la memoria de los niños con mas facilidad; que es excelente el espíritu que ha presidido á este nuevo trabajo, en el que se encuentra un grande amor hácia nuestra santa madre la Iglesia y por la felicidad de las sociedades humanas, y un justo horror á ese fatalismo histórico que ha desnaturalizado tantas narraciones y disculpado tantos crímenes; que esta obra se leerá, desde luego, con tanto placer como provecho en las escuelas católicas y entre las familias cristianas.

Hemos aprobado, y aprobamos por las presentes, la susodicha obra, cuyo uso y lectura recomendamos á nuestros amados diocesanos.

Dada en Luzon, en nuestro Palacio episcopal, bajo nuestra firma, el escudo de nuestras armas, y refrendada por nuestro Secretario, en la solemnidad del santo Rosario, el 7 de octubre del año de gracia 1855.

†JAIME MARÍA JOSÉ, *Obispo de Luzon.*

Por mandato de S. E. I.

MORIN, *Canónigo honorario, Secretario.*

ADVERTENCIA

SOBRE LA SEGUNDA EDICION.

La primera edicion de este libro se agotó rápidamente. Lo que mas agradó en él fué la claridad, el órden, el enlace en el plan y en los detalles de una historia tan vasta, y en cuanto á su objeto tan complexa. Las casas de educacion que han querido adoptar nuestro trabajo como clásico, le han celebrado estas calidades. En la nueva edicion que ofrecemos al público se encontrarán á la misma altura, con numerosas correcciones y una continuacion de muchos años.

Algunos lectores, á pesar de las reflexiones preliminares del *Prólogo* que, segun nosotros, explican y justifican abundantemente nuestras miras, nos han reprobado la entereza de ciertos juicios, y la inflexibilidad de los principios que han inspirado nuestras apreciaciones históricas. En este punto, la crítica nos parece pertenecer á una esfera que no es la de la severa justicia. La justicia en las cosas de este mundo, y mas aun en las del cielo, no vive de expedientes, de complacencias ó de debilidades: es reina, y se impone. Ella es, segun la enérgica expresion de un apologista de la fé, «sin costura:» que se la tire á la suerte, si se quire; pero es preciso aceptarla ó desecharla en sus incorruptibles leyes.

Hace mucho tiempo que Ciceron lo observó: *Videas rebus injustis justos maxime dolere... Hoc proprium est animi bene constituti, et læteri boni rebus et dolere contrariis* (1). Nuestro Señor Jesucristo debia añadir, con otra diferente autoridad, que son felices aquellos que abandonan á sus

---

(1) *De Amicitia*, n. 48.

nobles preocupaciones: *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam!* Esta hambre y esta sed, nos parece conveniente excitarlas en nosotros y en los demás, bien lejos de dejar que se apague por lasitud ó por cálculo. Esto es una generosa y cristiana pasion, por la cual nadie debe sonrojarse, y que será siempre, por mas que se diga y por mas que se haga, la imperiosa necesidad de toda alma elevada.

Séanos permitido expresar aquí nuestro profundo reconocimiento á los venerables votos que nos han conmovido hondamente, y de los cuales procuraremos en esta obra hacernos mas y mas dignos. Han sido para nosotros á la vez una dulce recompensa y un supremo honor...

Et gloria filiorum patres eorum. (1)

París 8 de setiembre de 1857,
Dia de la Natividad de nuestra santísima Virgen.

---

(1) Prov xvii, 6.

PRÓLOGO.

El punto de partida y los principales materiales del presente trabajo nos han sido suministrados por la *Historia compendiada de la Iglesia* de Lhomond, obra conocida desde mucho tiempo en las casas de educacion y entre las familas cristianas. Este libro, lo mismo que todos los escritos de tan piadoso, modesto y concienzudo escritor, goza de un aprecio y reputacion justamente adquiridos. Nos ha parecido, sin embargo, que podria encerrársele en un plan, á la vez mas vasto, mas metódico y mas racional, y en consecuencia formar una obra nueva, mejor acabada de mas utilidad para la mayoría de los lectores, sin traspasar los límites de un compendio. Trazada la marcha de este modo, era á un tiempo delicada y difícil: la hemos emprendido despues de maduras reflexiones, y véase, en pocas palabras, sobre qué bases:

1.° Nos hemos esforzado en adoptar todo el órden

y encadenamiento posibles en el decurso de la narracion. Fácilmente se comprenderá que para poder lograrlo, nos ha sido preciso componer de nuevo, refundir enteramente el volúmen de Lhomond: porque á pesar del título de *Historia de la Iglesia* con que se le ha designado, no contenia, propiamente hablando, mas que hechos separados, fragmentos escogidos que se sucedian sin mas órden que el de una cronologia defectuosa en muchos pasajes, siempre insuficiente para guiar el espíritu en un compendio que abraza diez y ocho siglos de anales universales. (1) El grave inconveniente de semejante manera de proceder, es no dejar en la memoria cási ningun recuerdo duradero, ningun conocimiento sincrónico y razonado de los hechos. Hemos creido mejor, conteniendo las materias en muchos capítulos, subdividirlos en párrafos que coincidan, en cuanto sea posible, con las grandes épocas de la historia profana. Será fácil convencerse, al recorrer el *índice*, de la incontestable superioridad de este método, adoptado hace muchos años en todas las obras del mismo género.

2.ª Las numerosas citas, que cási en cada página interrumpian la relacion, son de una utilidad real: permiten suspender mas fácilmente una lectura, y sirven de punto de partida para continuarla. Por esto las hemos conservado y aun multiplicado, pero solo al márgen y como indicaciones correspondientes. De este

(1) Existen muchas obras que, á nuestro parecer, merecerian la preferencia, á título de trozos selectos, sobre la de Lhomond. Nos contentarémos con citar la titulada: *Admirables pasajes de la Historia eclesiástica;* y la de M. Bonnetty, conocida con el nombre de *Fragmentos escogidos de la Historia de la Iglesia.*

modo llenarán su verdadero objeto, sin perjudicar al conjunto y á la unidad de la historia.

3.° La cronología ha sido para nosotros asunto de una atencion especial. Bajo este punto de vista, las ediciones que hemos leido descubren una negligencia inconcebible, aun por parte de los editores que han publicado una continuacion de Lhomond. Se encuentran en ellas con frecuencia errores capitales; hechos que corresponden, por ejemplo, al siglo VII, los trasladan al siglo IX; y otras confusiones semejantes. Los hemos corregido, teniendo por guias á los mejores historiadores de estos últimos tiempos. Al lado del nombre de cada personaje importante se encontrarán dos fechas, el año de su nacimiento y el de su defuncion; para los príncipes, el del principio y el del fin de su reinado. Por otra parte, cada libro va precedido de la doble anotacion del período que abraza. El período correspondiente se lee en la parte superior de las páginas al lado del título.

4.° Nos ha parecido útil, y aun con frecuencia necesario, mientras que conservábamos el texto antiguo, añadirle algunas notas explicativas, tanto por los términos poco conocidos de los niños ó de las personas del mundo, como por el enlace de los hechos de la historia eclesiástica con los de la profana. ¿No seria de desear que el uno de estos hechos trajese á la memoria al otro, y que fuesen, en algun modo, del pensamiento inseparables?

5.° El trabajo de Lhomond termina en el Concilio de Trento, el nuestro alcanza hasta el año octavo del pontificado de Pio IX, hoy dia reinante.

6.° En fin, una tabla cronológica completa la obra, y resume toda la historia eclesiástica en algunas páginas que de un golpe de vista se pueden abarcar.

No hablamos de otras mejoras capitales que en ella hemos introducido, como reasumir y agrupar al fin de los capítulos las reflexiones diseminadas en ellos, y añadir las que hemos considerado útiles: reunir en un mismo conjunto los hechos aislados que se aunan á un acontecimiento principal; desarrollar de una manera importante ciertas cuestiones tratadas de un modo insuficiente, particularmente las de las misiones, etc.; en esto sobre todo consiste nuestro trabajo personal; en él hemos tenido el cuidado mas atento, y siempre presente la utilidad práctica de nuestros lectores y su edificacion.

Cualquiera se apercibirá facilmente del espíritu que nos ha guiado con relacion á la época contemporánea. Toda transaccion con el mal, sea cual fuera la forma en que se presente, nos ha parecido una miserable apostasía; y es de tal naturaleza esa pretendida imparcialidad, de invencion reciente, que, teniendo la balanza equilibrada entre la iniquidad y la justicia, hace á esta el ultraje de no osar pronunciarse en su favor. ¡Compromiso, en verdad, deplorable, que acusa los corazones en los cuales se ha extinguido la vida moral!

«Piden á la historia que lleve cuenta de los sucesos, «sin que se atreva á deprimir las bajezas, ni rendir «homenaje á los pensamientos generosos. Será preci-«so que ella hable de Luis XVI, inmóvil en presencia «de mil tiranos que quieren hacer rodar su cabeza «augusta, como hablará de esos mismos tiranos; será «preciso que un sentimiento de ira y de indignacion «no penetre en la relacion de esas falsas tragedias «que llevan al poder seres degradados y furiosos, y «que hacen caer del trono la virtud y la inocencia. «Será preciso que el historiador no crea en un Dios

«vengador, y que no se atreva sobre todo á manifestar «al supremo Poder capaz de estallar algun dia sobre «estas cabezas criminales. Y, si se trata de referir «algun grande ultrajo inferido á la majestad de los «altares, algunas impiedades nuevas, algunos escán-«dalos desconocidos en la tierra, será preciso que la «historia no tenga creencias, que sea desinteresada en «el cuadro de esas calamidades, las mas horribles que «pueden desolar las sociedades humanas; que las pre-«sente sin asombro y sin horror; que las cuente con «una calma filosófica; y que no pueda sufrirse ese tono «que hoy dia se llama grave porque no tiene colorido, «si el historiador condena tales excesos ó aprueba su «licencia (1).»

Nosotros no debíamos ni queríamos mirar las cosas bajo este punto de vista. El rey de los historiadores, Bossuet, les comprendia muy bien, advirtiéndonoslo en el prólogo de las *Variaciones*.

Lo que hemos tratado ha sido de conformarnos, tanto como hemos podido, á las grandes leyes las encontrábamos en torno y dentro nuestra conciencia, formuladas por aquellos mismos que no han sido á ellas fieles invariablemente. La opinion dominante nada importa: porque la opinion «léjos de reparar los des-«órdenes, á menudo los consagra y los corona (2);— «es este un falso testimonio que depone en favor ó en «contra de la verdad (3).»—«Lo que habeis escogido, «es el punto de vista universal y permanente, es de-

(1) Laurentie, *Estudio y enseñanza de las ciencias.*
(2) M. Aug. Nicolás.
(3) De Maistre.

«cir, el punto de vista de la *moralidad de los actos*.....
«Todos los demás están alumbrados por un dia falso
«y convencional ; á aquel le ilumina un dia comple-
«to y divino... Dad una conciencia á la historia...
«Conteniendo el sentido de cada uno de los aconteci-
«mientos en el círculo de una lógica rigurosa, llega-
«réis en todas partes y siempre á este resultado : Que
«la gloria y aun el patriotismo, separados de la mo-
«ralidad general del acto, son estériles para la nacion
«y para los progresos reales del género humano; y,
«en una palabra, que no hay gloria alguna contra la
«honradez ó la decencia, ningun patriotismo contra la
«humanidad, ninguna ventaja contra la justicia (1)...»
En vano se ha querido oscurecer esta verdad con las necesidades del egoismo ; toda política no es mas que la moral divina aplicada á las cosas del Estado ; los mandamientos de Dios obligan á los pueblos como á los indivíduos, y los pueblos lo mismo que los indivíduos deben ser juzgados conforme á los mandamientos de Dios. «¡Ah! si nos dijérais que quereis ense-
«ñar á los hombres que humillen la frente bajo los
«golpes de la Providencia, y hacerles comprender,
«despues de las revoluciones, una razon que les obli-
«gue á someterse á lo que es inmutable, con prefe-
«rencia á lo que es instable y fugaz, entenderíamos
«vuestra doctrina, ella dejaria intacta la ley sagrada
«de los deberes públicos, pero enseñaria la resigna-
«cion y la esperanza ; consolaria y nunca ofenderia
«la conciencia humana; no secaria el manantial del
«deber, del sacrificio, del valor, de la virtud cívica,
«de todo lo que constituye la fuerza de los Estados ;

(1) M. de Lamartine

«y no seria, en fin, un insulto hecho á toda la historia y un mentís á las santas admiraciones votadas «por el género humano á los ejemplos de fidelidad... «Pero, comprendido en el sentido de la indiferencia, «en lugar de serlo en el de la sumision, la doctrina «de la escuela moderna es una doctrina inmoral, contra la cual es deber de todo católico ilustrado protestar con energía (1)...»

Estas sencillas observaciones explicarán nuestras abiertas simpatías en favor de lo que nos ha parecido la causa de la justicia y del antiguo honor. Al expresarlas sin rodeos, teníamos presentes estas otras palabras de un teólogo profundo, que fué asimismo escritor de un mérito incontestable:

«El órden social estando unido al Catolicismo con «lazo indisoluble, la verdad que le establece y conserva hace parte del depósito de la fé. Dios, que desde lo alto del cielo gobierna todo lo que existe debajo por el ministerio de los príncipes y de los pontífices, ha colocado bajo la salvaguardia de su ley y de «su divina palabra los derechos imprescriptibles de «los príncipes y administradores de la sociedad civil, «y los de los pastores y sacerdotes de la jerarquía de «su Iglesia. Todos estos magistrados del órden espiritual y temporal no son otra cosa mas que sus ministros y sus representantes cerca los hombres, para «conservar entre ellos el órden y la paz durante el «viaje de esta vida. Y, bajo este punto de vista, la «conservacion del órden social constituye una parte «esencial de la verdadera religion (2).»

---

(1) M. de Lamartine.

(2) Boyer, *Defensa del órden social*, t. II, p. 16.

Al emprender esta obra modesta, pero concienzuda, hemos tenido la confianza de ser útil á muchos. Este ha sido nuestro objeto. Quedarémos satisfechos, si Dios permite que se vea colmada la medida de nuestros deseos.

INTRODUCCION.

La Iglesia es aquella sociedad que Jesucristo estableció para dar el orígen espiritual á los hijos de Dios, para hacer crecer en la virtud y formar en la santidad á aquellos que deben un dia volar al cielo. Como el cumplimiento de estos designios abraza todos los siglos, es necesario que la Iglesia subsista, sin interrupcion alguna, hasta el fin del mundo; es preciso que sea siempre visible, siempre pura en su fé y en su moral; es preciso que tenga siempre santos, y que la caridad en ella no sucumba jamás. «La raza de los «cristianos, dice san Bernardo, no debe cesar un mo«mento, ni la fe sobre la tierra, ni la caridad en la «Iglesia: porque Jesucristo ha santificado todos los «siglos.» No obstante, se predijo, que la Iglesia seria perseguida por los poderosos de la tierra; despedazada por las herejías y los cismas; que habria escándalos en su seno, y que la cizaña creceria en ella al lado del trigo. Es visible que siendo atacada de esta suerte por todos lados, no podia subsistir ni establecerse sin el concurso de una mano todopoderosa. Su divino Autor le ha prometido tambien permanecer á su lado todos los dias, es decir, ayudarla con su continua é invisible proteccion hasta la consumacion de los siglos. Nacida en medio de los milagros, no ha sido sostenida sino á

beneficio de un milagro continuado: ha sido preciso que Dios la hiciese triunfar de todos los obstáculos que los hombres no han cesado de oponer á su conservacion. Sin la proteccion divina.—1.° Debiera haber sucumbido bajo la espada de los perseguidores que, durante trescientos años se han esforzado por ahogarla en su cuna. Pero las persecuciones, lejos de destruirla, no han servido mas que para extenderla y multiplicarla. Dios ha inspirado á una multitud de héroes una paciencia y un valor muy superiores á nuestra débil naturaleza, y la admiracion que excitaron convirtió á sus mismos verdugos.— 2.° Debiera haber perecido por los esfuerzos de los herejes, que han atacado sucesivamente los diferentes dogmas de la fé. Pero sus esfuerzos, sostenidos á menudo con todo el poder de los emperadores y de los reyes, lejos de alterar la fé, no han servido mas que para hacerla resplandecer en un dia mas grande, y consolidarla mejor. Dios ha suscitado un gran número de santos doctores para confundir cada error en el instante mismo que aparecia; ha facilitado la celebracion de los concilios, en donde las innovaciones eran solemnemente proscritas, y en donde la verdad era consagrada por decisiones auténticas y sometidas á fórmulas precisas, que separaban todo equívoco, todo subterfugio.— 3.° La Iglesia debiera haber perecido á causa de la relajacion que se introdujo, en ciertos tiempos, entre sus hijos, y aun entre sus ministros. Pero, á pesar de los vicios y de los desórdenes, que han abundado alguna vez en su seno, la autoridad de los pastores ha sido siempre reconocida; su moral ha permanecido constantemente pura; su disciplina siempre santa, é irreprensible su enseñanza. No ha cesado de oponer, á la relajacion y á los vicios, las santas reglas del Evangelio: no ha ce-

sado de formar cristianos perfectos, cuya eminente santidad reclamaba contra los desórdenes, condenaba altamente todos los vicios, y presentaba á las miradas del universo los modelos de todas las virtudes.

Esta victoria constante y perenne que la Iglesia ha conseguido sobre los tiranos, sobre las herejías y sobre los vicios, es un milagro patente de la omnipotencia de Dios; los rios se han desbordado, los vientos han soplado y arrojádose furiosamente sobre ella, pero ella no ha caido, porque estaba edificada sobre la piedra, que es Jesucristo, y sobre su promesa inviolable. ¡Cuán bella y respetable es esta Iglesia que presenta, tanto en su duracion, como en su origen, caractéres sensibles de divinidad! ¡Qué cosa mas admirable que una sociedad de hombres que, en las contínuas vicisitudes de las cosas humanas, no cambia jamás; que, mientras todo pasa y perece en torno suyo, permanece inmóvil é inquebrantable como una roca en medio de las olas, siempre una, siempre santa, siempre católica, siempre apostólica, es decir, que ella conserva, sin interrupcion alguna, todos sus distintivos, todas sus ventajas, en medio de las mas violentas tempestades! Esto es el cumplimiento visible de esta palabra de su divino Autor: *Me ha sido dado todo poder... id, enseñad á todas las naciones... y ved que estoy entre vosotros todos los dias, hasta la consumacion de los siglos.* Necesario era, en verdad, un apoyo tan poderoso para garantir á la Iglesia de la instabilidad inherente á todas las cosas de la tierra. Era indispenable una mano divina para construir un edificio inmortal, que ninguna fuerza, ninguna tempestad pudiese abatir ni quebrantar; que, léjos de debilitarse, se afirmase y fortaleciese con los mismos esfuerzos que se emplearian para derribarla.— «No, nada hay mas grande, dice el ilustre Bossuet, na-

«da hay mas divino en la persona de Jesucristo que el «haber predicho, por una parte, que la Iglesia no de«jaria de ser atacada, ó por las persecuciones de todo el «universo, ó por los cismas y herejías que se levantarian «cada dia, ó por la tibieza de la caridad que conduciria «á la relajacion de la disciplina; y por otra, el haber «prometido que, á pesar de todos estos obstáculos, nin«guna fuerza impediria á esta Iglesia el vivir siempre, «el tener constantemente pastores que, de mano en «mano, se transmitirian unos á otros la autoridad de «Jesucristo, y con ella la santa doctrina y los Sacra«mentos. Ningun autor de nueva secta se ha atrevido á «decir solemnemente lo que le sucederia, ni lo que «aconteceria el dia siguiente á la sociedad que establecia. «Jesucristo ha sido el solo que se ha explicado en tér«minos claros y precisos, no solamente sobre las «circunstancias de su pasion y de su muerte, sino «tambien sobre los combates y las victorias de su Igle«sia. *Yo os he establecido,* dice á sus Apóstoles, *á fin de «que partiérais y trajéseis fruto y que vuestro fruto «persista.* Y ¿cómo persistirá? No vacila en decla«rarlo, y anuncia de la manera mas patente una «duracion no interrumpida, que no tendrá fin sino «con el universo. Esto es lo que promete á la obra de «doce pescadores. Y ved ahí el sello manifiesto de la «verdad de su palabra: no puede uno ménos de forta«lecerse en la fe de las cosas pasadas, al considerar có«mo él ha visto claro en tan largo provenir.» —Dos cosas aseguran nuestra fe: los milagros de Jesucristo en presencia de los Apóstoles y de todo el pueblo, con el cumplimiento visible de sus predicciones y de sus promesas. Los Apóstoles no han visto mas que la primera de estas dos cosas, y nosotros no vemos sino la segunda: pero no podríamos rehusar á Aquel que ha obrado

tantos prodigios el creer la verdad de sus predicciones, como no puede rehusarse, al que realiza de un modo tan visible las maravillas que ha prometido, el creer que ha sido capaz de obrar los mas grandes milagros. «Nuestra fe, dice san Agustin, está así firmada por dos «partes: ni los Apóstoles ni nosotros podemos dudar: «todo lo que ellos han visto en su origen les ha asegu-«rado enteramente la continuacion; lo que nosotros vemos continuado, ó proseguido, nos asegura de lo que «ellos vieron y admiraron en su orígen.» — «Además, «añade Bossuet, la ventaja que tiene tambien la Iglesia «de Jesucristo de ser la única fundada sobre hechos «milagrosos y divinos, es que han sido escritos resuel-«tamente y sin temor de ser desmentidos en los tiempos «en que se han verificado; ved aquí, en favor de los que «no han vivido en esos tiempos, un milagro siempre «subsistente, que confirma la verdad de todos los otros: «este es, la sucesion de la Religion, siempre victoriosa «de los esfuerzos que se han empleado para des-«truirla.»

¡Qué consuelo para los hijos de Dios! ¡Cuánta conviccion de la verdad, cuando ellos ven que de Pio IX, que hoy ocupa el solio pontificio, y por consiguiente, el primer puesto de la Iglesia, nos remontamos sin interrupcion hasta á san Pedro, establecido príncipe de los Apóstoles por el mismo Jesucristo; y partiendo de los pontífices que han servido bajo la ley, llegamos hasta Aaron y Moisés, y de allí hasta los Patriarcas y hasta al principio del mundo! ¡Qué sucesion! qué tradicion! qué maravilloso encadenamiento! Si nuestro entendimiento, naturalmente incierto, y por sus incertidumbres hecho el juguete de sus propios raciocinios, tiene necesidad de fijarse y decidirse en favor de alguna autoridad cierta, al querer investigar las cues-

liones que le conducen á la salvacion, ¡qué mas grande autoridad que la de la Iglesia católica, que reune en sí misma toda la autoridad de los siglos pasados y las antiguas tradiciones del género humano hasta su primer orígen, que se justifica ella misma, por su propia continuacion, y lleva en su perpétua duracion la señal de la mano de Dios!

LHOMOND.

HISTORIA

COMPENDIADA

DE LA IGLESIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Desde la fundacion de la Iglesia,
año del mundo 4963 (1), hasta la conversion de Constantino, el año
312 despues de Jesucristo.

§ I.

Jesucristo funda la Iglesia.

Cuando hubieron llegado los tiempos marcados en los designios de Dios, el Salvador prometido á Adan desde los primeros dias del mundo, esperado y deseado de todas las naciones, anunciado sucesivamente por todos los Profetas, nació en Belen, pueblo de la Judea, el año del mundo 4004, ó, segun otra cronología, el año 4963. En esta época solo el pueblo judío poseia el tesoro de la revelacion divina. En medio de este pueblo fiel y privilegiado apareció Jesucristo, Hijo único de Dios, igual en todo á su Padre, santo, poderoso y eterno como él. Una vírgen, llamada María, la mas pura y la mas perfecta de las criaturas, recibió del

Nacimiento de Jesucristo. 4963.

(1) Hacemos partir del nacimiento de Jesucristo la fundacion de la Iglesia, aunque esta fecha no sea rigorosamente exacta.

cielo la dignidad sublime de Madre de Dios, y parió al Redentor de la tierra quedando siempre vírgen. Retirado durante los treinta años primeros de su vida en la pobre morada de Nazaret, Jesús, obediente á María y á José, su padre presuntivo, dió principio á su mision empezando por dar ejemplo de las virtudes que venia á predicar á los hombres: la humildad, el trabajo, la obediencia, el abandodo de las riquezas y de los placeres. A la edad de treinte años recorrió las ciudades y los campos de la Judea, anunciando por todas partes la salvacion que estaba cercana, curando á los enfermos resucitando á los muertos, y señalando cada uno de sus pasos con otros tantos milagros. Habia llegado el momento de la fundacion de la Iglesia, es decir, de una sociedad establecida para dar el nacimiento espiritual á los hijos de Dios, para desarrollar, hacer crecer en la virtud, y formar en la santidad á aquellos que un dia deben entrar en el cielo. El Salvador elige para esta grande empresa unos operarios dignos de su sabiduría y de su poder: doce pobres pescadores fueron las columnas inalterables sobre las cuales quiso asegurar el edificio divino. Empleó tres años en instruirles: despues, habiendo llegado su hora, el Cordero de la alianza, en adelante eterna, entre Dios y los hombres, se entregó en manos de los pecadores, sufrió el mas ignominioso de los suplicios, y rescató con el precio de toda su sangre al género humano perdido desde el pecado original. Resucitó el dia tercero, segun las profecías, y conforme lo habia él prometido á sus Apóstoles (1). Aparecióseles triunfante, les fortaleció, les hizo reconocer á Pedro por el príncipe y el jefe del colegio apostólico, les prometió estar entre ellos y en ellos hasta

Predicacion del Evangelio Año 30.

Eleccion de los Apóstoles

Resurreccion y Ascension de Nuestro Señor. 33.

(1) El nombre de apóstol *(apostolus)* viene de una palabra griega que significa *enviado*, porque en efecto los Apóstoles fueron enviados de Jesucristo.

la consumacion de los siglos. Les declaró, sin embargo, que no debian comenzar la grande obra, para la cual les habia elegido, hasta despues de haber recibido, con el Espíritu Santo, las calidades mas que humanas que á ella les debian preparar. En seguida les bendijo y les dirigió estas palabras: *Id, enseñad á todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Luego, pasados los cuarenta dias de su resurrecion, se elevó al cielo en su presencia con todo el resplandor de su gloria. Su mision divina empezaba.

Los Apóstoles en el Cenáculo.

Los Apóstoles volvieron á Jerusalen. Se encerraron en el Cenáculo (1). conforme á la órden que habian recibido, estando con ellos María, madre de Jesús, y muchos de los demás discípulos. Serian como unas ciento y veinte personas, que permanecian en la oracion. Entonces el nombre de los once Apóstoles (Judas no estaba entre ellos) era el siguiente:—Pedro; Juan y Santiago, hijos del Zebedeo; Andrés, hermano de Pedro; Felipe; Tomás; Bartolomé; Mateo ó Leví; Santiago, apellidado el Menor para distinguirle del primero; Judas ó Tadeo, hermano de Santiago, y Simon de Caná. San Pedro, tomando entonces la palabra, hizo un discurso dirigido á sus hermanos para exhortarles ante todo á reemplazar al traidor Judas, que habia sido uno de los doce. Fueron propuestas dos personas: José, por sobrenombre el Justo, y Matías, dotados uno y otro tan igualmente de las virtudes y calidades convenientes, que se conjuró al Señor que hiciese él mismo la eleccion de uno de los dos. Apelaron á la suerte, y esta recayó en Matías; quien de simple discípulo se encontró de pronto elevado á

(1) Se denomina Cenáculo *(Cœnaculum)* la sala en donde los hebreos tomaban las comidas. Entre los orientales este departamento era el mas ancho y elevado de la casa, inmediatamente debajo del tejado, que en dichas regiones es por lo comun horizontal.

la dignidad de apóstol. De este modo fueron ocupados sin excepcion los doce tronos donde debian sentarse, segun la palabra del Hijo de Dios, los pastores enviados á las doce tribus de Israel, y despues de ellas á todos los pueblos del universo.

Descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Hacia diez dias que los Apóstoles estaban encerrados de esta suerte en el Cenáculo, esperando la venida del Espíritu Santo que les habia sido prometida, entregados al santo ejercicio de la oracion y de las súplicas. El décimo dia, que era el de Pentecostes (1), á eso de las diez de la mañana oyeron de pronto como el ruido de un viento impetuoso; al mismo tiempo vieron aparecerse lenguas de fuego, que fueron á ponerse sobre la cabeza de todos los que se hallaban en aquel sitio. Al punto quedaron llenos del Espíritu Santo; empezaron á hablar diversas lenguas, y á publicar resueltamente las maravillas que acababan de obrarse en ellos: maravillas á la verdad inefables; porque estos fueron hombres enteramente distintos de lo que antes habian sido, de una elevacion de alma extraordinaria, llenos de ciencia y de conocimientos, animados de un celo inmenso por la gloria de Dios y la fundacion de la Iglesia, que iba á ser desde luego la grande obra providencial.

§ II.

Predicacion de los Apóstoles, y progresos maravillosos del Evangelio.

I. *Predicacion del Evangelio al pueblo judío.* Entraba en los designios de la Providencia el que la buena nueva de la salvacion fuese anunciada primero al pueblo judío, heredero de las promesas hechas á Abrahan. Nuestro Señor habia querido hacerlo entender por sí mismo cuando dijo á la Cananea, que

(1) Esta fiesta era una de las tres principales del pueblo de Dios: en ella se ofrecian al Señor las primicias del trigo.

le pedia la curacion de su hija, estas palabras en apariencia tan duras: *No es justo quitar el pan á los niños para echarlo á los perros;* queriendo indicar con esto que solo los judíos tenian entonces el derecho de reclamar sus beneficios, porque añade: *Yo he sido enviado para las ovejas perdidas de la casa de Israel.* El crímen con que este pueblo deicida acababa de mancharse, crucificando á su Salvador, no detuvo las misericordias divinas prontas á derramarse sobre él: los primeros hijos de la Iglesia, lo mismo que sus Apóstoles, fueron elegidos de su seno, y formaron la primera y la mas fervorosa Iglesia del mundo.

Este mismo año 33 la ciudad de Jerusalen habia visto concurrir á sus solemnidades toda clase de estranjeros de orígen judío, pero habitantes de todos los países, en la persuacion en que estaba todo el Oriente de que iba á presentarse el Mesías. Jamás durante la Pascua y en las festividades siguientes habia sido tan grande el concurso. Los apóstoles, revestidos y animados por una fuerza celestial, abrasados en un fuego divino, se mezclaron entre la muchedumbre, anunciando el Evangelio á todos los que les rodeaban. Cada estranjero les oye hablar en su propia lengua, se hace general la admiracion; pregúntanse unos á otros; ¿Quiénes son estos hombres extraordinarios si no son galileos? ¿de dónde vienen que tan naturalmente y con tanta facilidad se expresan en todos los idiomas conocidos? ¿qué milagro es este? San Pedro toma de esto ocasion para decirles; «El milagro que os asombra es el cumplimiento patente de las profecías.» En seguida les anunció la divinidad de Jesucristo, que ellos habian crucificado, declarándoles que era verdaderamente él el Mesías esperado por sus padres; les exhortó á que se bautizasen en su nombre para alcanzar la remision de sus pecados y el don del Espíritu Santo. En efecto, tres mil se convirtieron y fueron contados en el número de los discípulos. Poco tiempo despues san Pedro y san Juan, habiendo

subido al templo á la hora del sacrificio, encontraron en la puerta á un hombre de edad de cuarenta años que era cojo de nacimiento. Este hombre les pidió limosna segun tenia de costumbre. San Pedro le dice: *Yo no poseo ni oro ni plata, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo levántate y anda*. El cojo quedó curado en el acto; empezó á andar, y entró en el templo con transportes de alegría y alabando á Dios. El pueblo acudió á la noticia de este milagro, y san Pedro hizo un segundo discurso que convirtió á cinco mil. Tal era el progreso del Evangelio á su inauguracion.

Los Apóstoles perseguidos. Los sacrificadores y el jefe del templo, irritados por el suceso prodigioso de la predicacion de los Apóstoles, les hicieron prender y les encerraron en la prision. Al dia siguiente el sanedrin ó sinedrio, que era el Consejo soberano de la nacion, se reunió, y habiendo hecho conducir en él á los Apóstoles, les preguntaron con qué autoridad ellos obraban. San Pedro, lleno del Espíritu Santo, contestó con resolucion: «En nombre de Jesús, «á quien vosotros habeis crucificado.» Todos los que componian el Consejo estaban llenos de asombro al ver la entereza de los Apostóles, sabiendo que no eran mas que hombres del pueblo. Se contentaron con prohibirles el que enseñasen en nombre de Jesús. Los Apostóles les respondieron con santa intrepidez: «Juzgad vo«sotros mismos si es justo obedeceros antes que á «Dios: nosotros no podemos callar lo que hemos visto «y oido, cuando Dios nos manda publicarlo.» Les dieron libertad.—Fueron á encontrar á los fieles, y les contaron lo que habia pasado. Todos dieron por ello gracias á Dios, y le pidieron fortaleza de ánimo para anunciar su palabra sin temer la prohibicion y las amenazas de los hombres, que para nada deben tenerse en cuenta cuando se trata de la ley divina.

Milagros que ellos obran. Dios confirmaba la predicacion de sus ministros por un gran número de milagros. Pero las impresiones puras que se sentian en los corazones eran aun mas salu-

dables que el don de lenguas y los otros prodigios. Los fieles se reunian en el templo, para orar, en una de las galerías llamada *galería de Salomon*. Lo restante del pueblo no osaba juntárseles, de miedo de ser inquietados por el poder público ó la autoridad: pero no podian dejar de honrarles y alabarles al ver los prodigios que se obraban todos los dias. Se exponian los enfermos en medio de la calle á fin de que la sombra de san Pedro les tocase cuando pasaba; muchos eran tambien conducidos de las ciudades vecinas, y regresaban curados á sus casas.—El príncipe de los sacerdotes, furioso de despecho, é incitado por la secta impía de los sadduceos, que negaban la resurreccion y la inmortalidad del alma, hizo prender por segunda vez á los Apóstoles; pero un Ángel les libertó durante la noche, rompiendo sus cadenas, y les ordenó ir al templo á predicar resueltamente la palabra de Dios. El Consejo envió á la prision la órden de que se presentasen; pero, aunque habia sido bien cerrada, no se encontró á nadie. En este tiempo vinieron á hacerle presente que los prisioneros se hallaban en el templo, y enseñaban al pueblo. Entonces el capitan de las guardias del templo entró en él con sus oficiales, y se llevaron á los Apóstoles sin hacerles violencia, porque temian al pueblo. Una vez introducidos en el Consejo, el presidente les dijo: «¿No os habiamos prohibido expresamente predi«car en nombre de Jesús? ¿Por qué habeis, pues, lle«nado á Jerusalen de vuestra doctrina, y quereis acu«sarnos de la sangre de este hombre?» Pedro, á quien hallamos siempre á la cabeza de los Apóstoles, respondió por ellos: *Es preciso obedecer antes á Dios que á los hombres*. Respuesta generosa que todos los mártires han repetido delante de los tiranos cuando les prohibian hacer lo que Dios manda, ó cuando les mandaban lo que Dios prohibe. Irritados los miembros del Consejo soberano, pensaban en hacer morir á los Apóstoles, cuando uno de entre ellos, llamado Gamaliel, propuso un consejo mas

«moderado: Si esta empresa es obra de los hombres, de- «cia, se desvanecerá bien pronto por sí misma; si procede «de Dios, vosotros no podréis impedir su buen éxito.» Este consejo fué seguido. Sin embargo, antes de devolverles la libertad fueron los Apostoles azotados, y les renovaron la prohibicion de hablar en nombre de Jesús. Se retiraron llenos de alegría porque habian considerado ser dignos de sufrir esta afrenta por el nombre de su Maestro; continuaron la predicacion de Jesucristo en el templo, y todos los dias la enseñanza de los fieles en sus casas. En las casas particulares era donde se celebraba el adorable sacrificio, y donde se administraban los Sacramentos; porque los fieles no tenian aun lugares públicos de reunion, como se les vió mas tarde levantarse en todos los ángulos del universo bajo el nombre de iglesias.

Los Apóstoles ordenan siete diáconos.

El número de los discípulos de Jesucristo se acrecentaba de dia en dia. La iglesia de Jerusalen era ya considerable cuando san Lúcas escribió las *Actas de los Apóstoles*. Vemos que se componia de personas de ambos sexos, de todas las edades y de todas condiciones. Los fieles vendian sus bienes para que se distribuyese su valor entre los pobres por mano de los Apóstoles: todos no formaban mas que un corazon y una sola alma. Bien pronto, no pudiendo los Apóstoles atender á todos los ejercicios de la caridad, eligieron siete hombres sin tacha, dotados de los dones del Espíritu Santo, y especialmente del de la sabiduría, á los cuales revistieron de autoridad, y los nombraron diáconos para la distribucion de limosnas y la administracion de la divina Eucaristía en los diferentes barrios de Jerusalen. El primero de ellos fue san Estéban: el ruido de sus milagros, el ardor con qué anunció á Jesucristo, y los frutos de conversion que obró en toda la ciudad, le atrajeron el

Martirio de san Estéban.

odio de los judíos. Leváronle al tribunal del gran sacerdote como culpable de blasfemia; pero él confundió á sus jueces con un largo discurso, en el que recorda-

ba las misericordias de Dios derramadas sobre su pueblo ingrato, concluyendo por proclamar abiertamente la divinidad del Señor Jesús. Sin aguardar la sentencia le arrastran, y le matan á pedradas junto á las puertas de Jerusalen, mientras él rogaba por sus verdugos.

Conversion de S. Pablo. 34.

Este primer Mártir fué como el preludio de una persecucion general contra la naciente Iglesia. Los grandes y los sacerdotes judíos procedieron con tanto rigor, que un gran número de fieles se dispersó por los cantones de la Palestina, donde esparcieron la luz de la fé; sirviéndose Dios de la maldad de los hombres para cumplir sus designios. El discípulo Ananías llegó hasta Damasco, en donde edificó una iglesia: sabedores de ello los príncipes de los sacerdotes, enviaron á esta ciudad un hombre llamado Saulo, quien habia contribuido á la muerte de san Estéban, y respiraba tanto rencor y odio contra los cristianos, que no anhelaba mas que la matanza y ser el azote de los adoradores de Jesucristo. Estando Saulo en camino, de repente vióse rodeado de una luz mas resplandeciente que el sol, y oyó una voz que le decia: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesús de Nazaret.* Saulo, aterrado con estas pocas palabras, exclamó trémulo de espanto: *Señor, ¿qué quereis que yo haga?—Levántate, sigue tu camino*, añadió la voz, *entra en la ciudad, y allí te diran lo que has de hacer.* Saulo, que con el espanto habia caido al suelo, volvió á levantarse; pero como si hubiese quedado ciego, sus compañeros le llevaron de la mano hasta Damasco, donde habiendo recobrado milagrosamente la vista por el poder de Ananías, recibió el Bautismo y empezó á predicar el Evangelio. Nadie podia concebir un cambio tan repentino. Pero Saulo, no cuidándose ni inquietándose por lo que podian pensar ó decir de él, se fortalecia en la fe: confundia á los judíos probándoles por la Escritura y mas aun por medio de sus milagros, que Jesús es verdaderamente el Mesías anunciado por los Profetas, y en-

viado de Dios para ser el Salvador de los hombres. Despues de haber predicado algun tiempo en Judea, recorrió este valeroso y esforzado Apóstol las diversas provincias del imperio romano. Sus trabajos le han valido ser gloriosamente apellidado el *Apóstol de las naciones* (1).

La persecucion iba siguiendo en Judea, y sobre todo en Jerusalen, en donde la Sinagoga tenia mas poder; y si no derramaba á torrentes la sangre de los fieles era porque los emperadores romanos ó sus oficiales, de quienes dependia la república judáica, nunca aprobaban estas violencias. Los príncipes de los sacerdotes obtuvieron, sin embargo, de Herodes Agripa, sobrino y sucesor de Herodes Antipas, que habia hecho vestir á Jesucristo con una vestidura blanca el dia de su pasion, el que á Santiago el Mayor, uno de los doce Apóstoles, se le cortase la cabeza (2). El mismo san

---

(1) Siendo España entonces una de las provincias del imperio romano, naturalmente san Pablo debia predicar en ella, por mas que lo pongan en duda algunos historiadores. A nosotros nos parece incuestionable, puesto que el mismo Apóstol indicó dos veces en su Epístola á los romanos el propósito de predicar en España. *Cum in Hispaniam proficisci cœpero, spero quod præteriens videbo vos.* Y poco mas abajo repite: *Per vos proficiscar in Hispaniam*. La tradicion constante de la Iglesia, tanto oriental como occidental, confirma de una manera terminante esta predicacion. En el tomo III de la *España sagrada* pueden verse todos los testimonios siglo por siglo. Entre las iglesias que por tradicion le reconocen como fundador, podemos consignar la de Tarragona, que enseña todavía con veneracion la piedra sobre que solia ponerse para predicar, á fin de suplir de este modo el defecto de su pequeña estatura (*El Traductor*).

(2) Antes de sufrir el martirio recorrió los diversos pueblos de la Península española, dándoles á conocer á Jesucristo. Aparecióse entre ellos como un relámpago; con la lijereza de este recorrió la España, y con la misma celeridad iluminó á sus habitantes. Tal vez para esto se le llamó *Hijo del trueno*. Cuando predicaba el Evangelio en Zaragoza, vino á esta ciudad la misma Madre del Salvador, apareciéndose á él y á sus discípulos una noche mientras estaban orando á las orillas del Ebro. Venia á tomar posesion de la nacion que Dios le habia concedido como en dote particular y aun cuando podia hacerlo desde el cielo, quiso verificarlo mientras vivia y por sí misma. Santiago y sus españoles discípulos viéronla rodeada de Ángeles, y la aclamaron madre; y la invocaron protectora. La Señora entonces, tomando de mano de los es-

Pedro fué encarcelado y cargado de cadenas; pero un Ángel en mitad de la noche le libertó y devolvió á los fieles, alarmados del peligro que corria la Iglesia en la persona de su jefe visible. Poco á poco fué amansando la persecucion. Nuevas conversiones consolaron á los Apóstoles de la oposicion que hacian los hombres á los progresos del Evangelio. No solamente los judíos sino tambien los mismos paganos acudian en tropel á solicitar la gracia del Bautismo, conforme verémos pronto.

Concilio de Jerusalen Año 50.

Algunos de los judíos nuevamente convertidos permanecian aun adictos á la ley de Moisés, y querian someter á ella á los gentiles que se hacian cristianos. Pasaron á Antioquía, donde se encontraban entonces san Pablo (1) y san Bernabé, y movieron un gran tumulto, diciendo que los gentiles (2) que se

---

piritus celestiales una imágen suya divinamente esculpida en piedra y colocada sobre una columna, la entregó á Santiago, mandándole que allí mismo fabricase una iglesia en la cual se la venerase. «A la pequeña casa que ahora me edifiqueis, añadió María, se sus-«tituirá un dia un grande templo, y mientras exista este, y dure «en el el culto que los españoles deben darme, la suerte de Espa-«ña correrá de mi cuenta siempre.» Dijo, y desapareció. En seguida los fervorosos cristianos se dedicaron á levantarle una ermita. Conocida es la veneracion que profesan á la Vírgen del Pilar todos los españoles.

Santiago, cumplida su mision en España, regresó á Jerusalen llevándose algunos discípulos de aquella nacion, quienes, amamantados, como suele decirse, en sus pechos, debian volver, como efectivamente lo hicieron, á terminar la obra que su santo maestro habia dejado empezada, y convertir á la España en una de las provincias de la Iglesia católica. Algunos permanecieron en Jerusalen con el santo Apóstol, que decapitó luego Herodes para adular á los judíos. Estos mismos discípulos, no solo se aprovecharon de su ferviente caridad y de los ejemplos de heróica fortaleza que constantemente vieron en él, sino que se apoderaron de sus sagrados restos, y cargados con tan precioso tesoro, aportaron á su patria, y la enriquecieron con él. Estas venerandas reliquias descansan aun en Santiago de Galicia, y han sido y son la veneracion de toda la Europa. Los favores de que les es deudora la España no son para indicados en una simple nota. (*El Traductor*).

(1) Saulo hízose llamar Pablo, latinizando así su nombre para procurarse un acceso mas fácil cerca de los romanos.

(2) La palabra *gentiles* (de *gens* en latin, que quiere decir nacion) designa las naciones que se diferenciaban de los judíos porque se dedicaban al culto de los ídolos.

convertian á la fé no podian salvarse sin la circuncision y las demás prácticas ordenadas por Moisés. San Pablo y san Bernabé se opusieron á ello, sosteniendo que Jesucristo habia venido para librar á los hombres de esta sujecion, y que su gracia de nada serviria á aquellos que mirasen la circuncision como necesaria. Resolvióse, pues, que irian á Jerusalen á consultar á los Apóstoles sobre esta cuestion. Á su llegada fueron recibidos por toda la Iglesia. San Pablo habia emprendido por inspiracion divina este viaje. Conferenció con los Apóstoles que se hallaban en Jerusalen, esto es, con san Pedro, Santiago, establecido obispo de esta ciudad, y san Juan, tenidos por las mas sólidas columnas de la Iglesia; comparó con su doctrina la que él predicaba á los gentiles, que no habia aprendido de ningun hombre sino por la revelacion de Jesucristo, y todo se encontró de una y otra parte conforme. Los cinco Apóstoles y sacerdotes se reunieron en seguida para examinar y resolver la cuestion que se habia suscitado, y despues de una gran discusion san Pedro se levantó y dijo: «Vosotros sabeis, her«manos mios, que Dios me eligió hace mucho tiempo «para enseñar el Evangelio á los gentiles con mi pa«labra; y el que conoce los corazones ha atestiguado «su fé concediéndoles el Espíritu Santo, como á nos«otros. ¿Por qué, pues, tentais á Dios imponiendo á «los discípulos un yugo que ni nosotros ni nuestros «padres hemos podido llevar? Nosotros esperamos ser «salvos por la gracia de Jesucristo nuestro Señor, y «ellos como nosotros.» Habiendo hablado san Pedro de esta manera, toda la asamblea calló, y escucharon la maravillas que contaban san Pablo y san Bernabé, que Dios habia obrado por su ministerio en los gentiles. Santiago tomó en seguida la palabra, y confirmó el parecer de san Pedro por el testimonio de los Profetas tocante á la vocacion de los gentiles.—«Por esto «juzgo, dijo, que no debe inquietarse á los gentiles

«que se conviertan á Dios, sino escribirles solamente «que se abstengan de mancillarse con los ídolos, con «la fornicacion, con carnes ahogadas y sangre.» Los Apóstoles advirtieron á los gentiles que evitasen la fornicacion, porque la gravedad de este crímen no era conocida entre el paganismo; y, en cuanto á la prohibicion de comer carnes ahogadas y sangre, era una condescendencia de los Apóstoles, que quisieron conservar por algun tiempo esta única observancia legal á fin de reunir mas fácilmente á los gentiles con los judíos. Despues que la cuestion quedó resuelta, los Apóstoles, los sacerdotes y toda la Iglesia convinieron en elegir algunos de entre ellos y enviarlos á Antioquía con Pablo y con Bernabé, y les recomendaron un escrito que contenia la decision del concilio, concebida en estos términos: «Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros no imponeros otras cargas que las de «absteneros de las carnes inmoladas á los ídolos, de «las de animales ahogados, de la sangre, y del pecado «de impureza.»

Los Apóstoles en este primer concilio han dado el ejemplo que la Iglesia ha seguido en los concilios generales para resolver, no solamente las cuestiones de fé, sino tambien las de disciplina, con una autoridad suprema, y sin dependencia alguna de la autoridad secular, en los puntos que directamente se refieren á la salud de las almas. Se levanta una disputa de consideracion entre los fieles: se consulta inmediatamente la Iglesia de Jerusalen, donde empezó la predicacion del Evangelio, y donde san Pedro entonces se hallaba. Los Apóstoles se reunen, deliberan con sosiego, cada uno dice su parecer, y se decide. San Pedro despues de haber hecho la apertura de la asamblea, la preside, propone ó presenta la cuestion, y dice su parecer el primero; Santiago le confirma con la autoridad de las santas Escrituras: la decision es redactada por escrito, no como un juicio humano, sino como un oráculo del

Espíritu Santo, en la que se dice con entera confianza: *Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros.* Se envia esta decision á las iglesias particulares, no para ser examinada, sino para ser recibida y ejecutada con entera sumision. El Espíritu Santo se explica, pues, por la voz de la Iglesia. Así san Pablo y Silas, que llevaban á los fieles este primer fallo de los Apóstoles, léjos de permitirles una nueva discusion sobre lo que acababa de decidirse, iban por las ciudades enseñándolas á observar los mandamientos de los Apóstoles.

Martirio de Santiago el Menor. 62.

Algunos años despues, habiendo muerto el gobernador de la Judea Justo, el gran sacerdote Anano, enemigo declarado del nombre cristiano, aprovechó esta circunstancia para reunir un gran consejo, en el que fue conducido Santiago el Menor, uno de los doce, el que habia sido elevado á la dignidad de obispo de Jerusalen, y habló en el primer concilio despues de san Pedro. Era amado de todos los fieles, y respetado aun de los judíos á causa de su eminente santidad. Su vida era austera; nunca se hacia cortar el cabello, y no bebia vino ni otro licor alguno que pudiese embriagar: añádase que no llevaba calzado alguno, y que no tenia mas que una sencilla capa de un tejido basto y una sola túnica. Tenia costumbre de ir al templo cuando no habia nadie, y allí, prosternado delante de Dios, rogaba por los pecados del pueblo. Permanecia tanto tiempo en esta postura, que la piel de sus rodillas se habia endurecido como la de un camello. Esta grande asiduidad á la oracion y su ardiente caridad le valieron el sobrenombre de *Justo.* Habiendo, pues, comparecido delante del gran sacerdote, este fingió al instante querer consultarle sobre el asunto de Jesucristo. «El pueblo toma á Jesús por el Mesías, le dijo; á vos «toca desvanecer este error, puesto que todos están «prontos á creer lo que vos digais.» En seguida le hicieron subir á la azotea del templo, á fin de que pudiese ser oido de toda la muchedumbre. En cuanto

apareció sobre este sitio elevado, los escribas y los fariseos le gritaron: «¡Oh hombre justo,de quien debe«mos creerlo todo! puesto que el pueblo anda errado «en seguir á Jesús crucificado, dínos que es lo que de ello debemos pensar.» Entonces Santiago respondió en alta voz: *Jesús, el hijo del Hombre, de quien hablais, está ahora sentado á la diestra de la Majestad soberana como Hijo de Dios, y debe venir sobre las nubes del cielo para juzgar á todo el universo.* Un testimonio tan formal y solemne, rendido á la divinidad de Jesucristo, fue un auxilio poderoso para confirmar á los nuevos cristianos en la fé que acababan de abrazar, quienes exclamaron unánimes: «¡Gloria al Hijo de David! «¡Honor y gloria á Jesús!» Pero por otro lado los fariseos, viéndose engañados en su esperanza, decíanse unos á otros: «¿Qué hemos hecho? ¿por qué hemos atraido este testimonio á Jesús? Es necesario precipitar á este hombre.» Y se pusieron á gritar: «¡Qué! «¡el Justo vive tambien en el error!» Despues, animados de un furor ciego, subieron á lo alto del templo y precipitaron al santo Apóstol. Sin embargo, Santiago no quedó muerto en el acto: tuvo bastantes fuerzas para ponerse de rodillas y dirigir á Dios esta plegaria: *Señor, perdonadles: ellos no saben lo que hacen.* Pero esos hombres crueles empezaron á gritar: «Es me«nester apedrearlo;» y al mismo intante lanzaron sobre él una lluvia de piedras. Uno solo de entre ellos tocado de algun sentimiento de humanidad, dijo á los demás: «¿Qué haceis? deteneos: ¡El Justo ruega «por vosotros y le haceis morir!» Estas palabras de nada sirvieron para contener su furor. Un batanero que se hallaba allí cerca tomó su pala, y descargó un golpe tan tremendo sobre la cabeza del Santo, que terminó su martirio.—El santo Apóstol tenia entre el pueblo una reputacion de santidad tan grande, que se atribuyó á su muerte la ruina de Jerusalen, que la siguió de cerca. Fué enterrado al lado

del templo, en el mismo sitio en que padeció el martirio, y levantóse una columna sobre su sepulcro. Santiago escribió una epístola que se halla en el nuevo Testamento, y es una de las siete que llamamos *católicas*, esto es, dirigidas á la Iglesia universal.— En ella prueba el Santo la necesidad de las buenas obras para salvarse; porque habia observado que algunos pretendian que la fé, sin necesidad de las buenas obras, bastaba para la salvacion: error renovado por los protestantes en el siglo XVI. El santo Apóstol enseña, por el contrario, que la justicia cuando es verdadera encierra esencialmente la voluntad de cumplir los mandamientos, y que los siervos de Dios son siempre fecundos en buenas obras; lo que demuestra con el ejemplo de todos los Santos, que se han distinguido constantemente por sus acciones virtuosas.

S. Simeon obispo de Jerusalen

Santiago el Menor, á mas de san Judas, tenia un tercer hermano llamado Simeon, pariente cercano de Jesucristo, que fué elevado á la silla episcopal de Jerusalen por eleccion unánime de los Apóstoles y de los discípulos que pudieron entonces reunirse. Pero se acercaba el tiempo en que debia cumplirse la prediccion de Jesucristo tocante á las calamidades y á la reprobacion de la nacion Judáica. La generacion no debia pasar antes de que llegasen las calamidades pronosticadas. Es una tradicion constante, atestiguada por el *Talmud* ó libro sagrado de los judíos, y confirmada por todos los rabinos, que cuarenta años antes de la ruina de Jerusalen, que es como si dijésemos desde que murió Jesucristo, no cesaba de verse cosas extrañas en el templo: todos los dias se observaban nuevos prodigios; de tal modo que un famoso rabino un dia exclamó: «¡Oh templo! ¡oh «templo! ¿qué es lo que te agita? ¿y por qué á tí «mismo te espantas?» No hay entre estos prodigios ninguno mas asombroso que el horroroso ruido que

Terrible profecía contra la ciudad de Jerusalen

se oyó en el santuario el dia de Pentecostes, y esta voz clara que resonó en el fondo de aquel lugar sagrado: *¡Salgamos de aquí! ¡Salgamos de aquí!* Los santos Ángeles protectores del templo declararon en alta voz que lo abandonaban, porque Dios, que por espacio de tantos siglos habia establecido en él su morada, lo habia ya reprobado. En fin, cuatro años antes de la guerra en que Jerusalen fué destruida, los judíos tuvieron un presagio terrible que se manifestó á los ojos de todo el pueblo. Josefo, historiador judío, nos da de él noticia del modo siguiente:—«Un «hombre llamado Jesús, hijo de Anano, habiendo «venido del campo á la fiesta de los Tabernáculos, «cuando la ciudad se hallaba todavía en una profunda «paz, de repente se puso á gritar: *¡Ay de la ciudad! ¡ay «del templo! ¡Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de «los cuatro vientos! ¡Ay del templo! ¡ay de Jerusalen!* «No cesó, ni de dia ni de noche, de recorrer la ciudad «repitiendo la misma amenaza. Los magistrados á fin «de hacerle callar le hicieron castigar rigurosamente; «pero ni una palabra dijo para justificarse ni para que«jarse, sinó que continuó gritando lo mismo queantes «*¡Aydel templo! ¡ayde Jerusalen!* condujéronle entonces «al gobernador romano, que le hizo despedazar á azo«tes; sin que el dolor le moviera á pedir perdon, ni «siquiera á derramar una sola lágrima. Á cada golpe «que le descargaban repetia con voz mas lamentable: «*¡Ay, ay de Jerusalen!* Los dias de fiesta redoblaba sus «gritos, y cuando se le preguntaba quién era, de donde «venia, y qué era lo que pretendia con sus gritos, nada «respondia absolutamente, pero continuaba gritando «del mismo modo y con igual fuerza: *¡Ay, ay de Je«rusalen!* Hiciéronle salir al fin de la ciudad como un «insensato, sin que jamás cambiase de lenguaje. Ob«servóse que su voz, tan contínua y violenta excitada, «jamás se debilitó. Durante el último sitio de Jerusa«len se encerró en la ciudad, y dando vueltas infati-

«gablemente en torno de las murallas, gritaba con «todas sus fuerzas: *¡Ay del templo! ¡ay de Jerusalen!* «*¡ay del pueblo!* Por último añadió: *¡Ay tambien de mí* «*mismo!* y al instante cayó muerto de una pedrada lan- «zada por una máquina.» Y ¿no se dirá que la venganza divina se habia hecho como visible en este hombre, que no vivia sino para pronunciar sus decretos; que ella le habia colmado de su fuerza á fin de que pudiese igualar las desgracias del pueblo con sus gritos, y que le habia hecho, no solo el profeta y el testigo, sino tambien la víctima con su muerte, á fin de hacer mas patentes y sensibles las amenazas del Señor? Este profeta de las desgracias de Jerusalen se llamaba *Jesús*: parecia que el nombre de *Jesús*, nombre de salud y de paz, debia convertirse en nombre de funesto presagio para los judíos, que le menospreciaban en la persona de nuestro Salvador, y que habiendo estos ingratos des-despreciado á un Jesús que les anunciaba la gracia, la misericordia y la vida, Dios les enviaba otro Jesús que no tenia ya que anunciarles mas que males irreparables é inevitables, y el decreto de su propia ruina.

Ruina de Jerusalen y del pueblo judío. 70.

Los judíos, sometidos á los romanos hacia ya mas de ochenta años, recibian de ellos los gobernadores, cuyo yugo habian llevado siempre con trabajo y disgusto. Pilatos, que tuvo la cobardía de condenar á Jesucristo aun cuando le reconoció inocente, fué degradado cuatro años despues por el emperador Tiberio, y desterrado á Viena del Delfinado, donde murió el año 40 de Jesucristo. Se habian sucedido muchos otros gobernadores, cuando los judíos se rebelaron contra Roma. Los mas sábios de la nacion salieron de Jerusalen, previendo las desgracias que iban á caer sobre ella. Los cristianos que se encontraban en su recinto retiráronse á la villa de Pella, situada en medio de las montañas de la Siria, siguiendo el aviso que Nuestro Señor habia dado á sus discípulos cuando los predijo la destruccion del templo. El ejército romano

sufrió al principio un ligero descalabro que enardeció y llenó de orgullo á los rebeldes; pero, habiéndose conferido á Vespasiano el mando en jefe, este General adquirió bien pronto ventajas considerables sobre ellos: la division se introdujo desde entonces entre los judíos, y se formaron dentro la ciudad diferentes partidos que cometieron los mayores excesos. Esta ciudad desgraciada veíase estrechada por dos lados; dentro por las facciones crueles, y fuera por los romanos. Instruido Vespasiano de lo que acontecia en Jerusalen, dejaba que los judíos se destruyesen á sí mismos para conquistarlos despues con mas facilidad. Habiendo sido entonces proclamado emperador, dejó á Tito, su hijo, el encargo de continuar el sitio. Este jóven Príncipe fué á acampar á una legua de Jerusalen, y cerró todas las salidas. Como esto sucedia al aproximarse la fiesta de la Pascua, una multitud inmensa de judíos se quedó encerrada dentro, consumió en poco tiempo todos los víveres que habian en la ciudad, y el hambre se dejó sentir atrozmente. Los facciosos se arrojaban en las casas para saquearlas, maltrataban á los que habian ocultado algun alimento, y á fuerza de horribles tormentos los obligaban á descubrirlo. La mayor parte de los ciudadanos veíanse reducidos á comer todo lo que encontraban, y se lo arrancaban unos á otros: se arrebataban á los niños el pan que tenian, y hasta los estrellaban contra el suelo para hacérselo soltar. Los sediciosos, léjos de conmoverse á la vista de tantos males, estaban cada vez mas furiosos y mas obstinados en continuar la guerra.—Tito, habiendo tomado la torre llamada *Antonía*, avanzó sus trabajos, llegó hasta el templo, y se hizo dueño de dos galerías exteriores. Entonces fué cuando el hambre se hizo horrible: se buscaba que comer hasta en las cloacas, y se comian las inmundicias mas infectas y asquerosas. Una mujer, acosada por el hambre y reducida á la desesperacion, tomó á su hijo, que aun

amamantaba, y mirándole con ojos extraviados, «¡In-«feliz! le dijo, ¿para qué te conservaría yo la vida? «¡Para morir de hambre ó ser esclavo de los romanos!» y enseguida lo degolló, lo asó, comió la mitad y guardó la restante. Los facciosos, atraidos por el olor, entraron en la casa, y amenazaron á esta mujer con la muerte si no les mostraba lo que habia ocultado. Entonces les presentó lo que le quedaba de su hijo, y viéndolos horrorizados é inmóviles, «¡Bien podeis co-«mer de él como yo he comido, les dijo; este es mi «hijo; yo soy quien le he matado: vosotros no sois «mas delicados que una mujer, ni mas tiernos que una «madre!» Salieron de la casa temblando de horror. Tito hizo atacar, por último, la segunda muralla del templo y pegar fuego á las puertas, encargando, no obstante, que se conservase el cuerpo del edificio; pero un soldado romano, guiado, dice el historiador Josefo, por una inspiracion divina, tomó un tizon, y haciéndose levantar por sus compañeros lo arrojó en una de las habitaciones adjuntas al templo: el fuego prendió al momento, penetró dentro, y consumióle enteramente á pesar de los esfuerzos que hizo Tito para atajar el incendio. Los romanos pasaron á cuchillo á cuantos encontraron en la ciudad, y todo lo llevaron á sangre y fuego.

Reprobacion del pueblo judío.

Así se cumplió la profecía de Jesucristo. El mismo Tito declaró que su triunfo no era obra suya, y que él únicamente habia sido el instrumento de la venganza divina. En este sitio perecieron *un millon y cien mil habitantes!* Los restos de esta desgraciada nacion, que habia pedido á grandes voces que la sangre de Jesucristo cayese sobre ellos y sobre sus hijos, fueron dispersos en toda la extension del imperio. ¡Justo castigo del furor impío que habia ejercido contra el Mesías! Otras ciudades han sufrido los rigores de un sitio ó del hambre; pero jamás se ha visto que los habitantes de una ciudad sitiada se hayan hecho entre sí una

guerra tan encarnizada, y que hayan ejercido los unos contra los otros una crueldad mas atroz que la que experimentaban de parte de los mismos enemigos. Este ejemplo es único en la historia, y lo será siempre; pero era necesario para verificar la prediccion de Jesucristo, y para que el castigo de Jerusalen fuese proporcionado al crímen que habia cometido crucificando á su Dios; crímen igualmente único, que no puede tener ejemplo ni en lo pasado ni en lo porvenir.

Los Profetas habian anunciado hacia largo tiempo la infidelidad y la desgracia de los judíos; habian predicho que Dios arrojaria á este pueblo ingrato, sustituyéndole otro que rendiria al Todopoderoso un verdadero culto de adoracion. Treinta y ocho años despues de haber crucificado á Jesucristo, y empleado en la persecucion de sus discípulos el tiempo que les fué dado para arrepentirse, los judios, desterrados de la tierra prometida, reducidos á la esclavitud, y despojados de las promesas hechas á sus padres, hacen ver en este terrible castigo el cumplimiento de los oráculos divinos; mientras que un pueblo nuevo, iniciado en la alianza hecha en otro tiempo á Abrahan, y compuesto de todas las naciones del mundo, se aumenta sin cesar entre los gentiles, y llama hácia él á todos los hombres para formar la sociedad cristiana que debe subsistir hasta el fin de las edades. Desde entonces empieza á cumplirse la profecía de Malaquías: *Desde el Oriente hasta el Ocaso mi nombre es grande entre las naciones, dice el Señor; y en todos los lugares de la tierra se ofrece en mi nombre un sacrificio y una oblacion pura.* De entre las naciones, hasta aquí infieles, el Señor va á elegir desde luego á sus adoradores, esperando que Israel vuelva á Jesús, y por él á la vida.—Porque Israel nos hace ver claramente que, despues de la conversion de los gentiles, el Salvador, á quien Sion habia desconocido, y que los hijos de Jacob despreciaron, volverá á ellos, borrará sus pecados, y les

devolverá la inteligencia de las profecías que perdieran durante tantos siglos. Los judíos cederán tambien algun dia, pero no será que el Oriente y el Occidente, es decir, todo el universo estará lleno del temor y conocimiento de Dios. Hasta entonces, errantes por toda la tierra, seguirán rindiendo testimonio del Mesías, probando de una manera invencible é incontestable la verdad de las Escrituras que tan claramente lo anuncian: testimonios irrecusables é inmortales cuya sola presencia bastaria para confirmar la fé cristiana.—Dirijamos entre tanto nuestras miradas á los paganos.

II. *Predicacion del Evangelio á los gentiles.* Cuando los Apóstoles se presentaron á los gentiles para anunciarles el Evangelio, el poder romano se extendia hasta los confines mas apartados del mundo conocido. Dios habia de este modo reunido las tierras y los mares bajo un mismo imperio, á fin de hacer mas fáciles las comunicaciones entre tantos pueblos diferentes, antes extraños los unos á los otros, y facilitar por este medio el establecimiento de la Iglesia en todo el universo. Era una empresa grande y difícil, que únicamente correspondia á hombres enviados por el mismo Dios, el predicar á pueblos tan corrompidos la pureza y santidad de la moral evangélica; porque nada mas doloroso y mas triste que los detalles conservados por los historiadores sobre la profunda degradacion del pueblo pagano en esta época. El vicio estaba deificado con sus matices los mas horribles: los dioses honrados públicamente sobre los altares eran á menudo los homicidas, los ladrones, los adúlteros; y el culto que les rendian no correspondia sino demasiado á las infamias de las cuales ellos eran los héroes. Los placeres y las riquezas componian el único móvil de sus acciones; la pobreza era mirada como un crímen. Sus leyes mismas hollaban los derechos mas sagrados: la mitad de los ciudadanos, reducidos á la esclavitud bajo el despotismo de un amo cruel y avaro, eran tratados al igual de los mas viles animales; se les empleaba suce-

sivamente á los proyectos mas criminales y á los mas rudos trabajos; muchas veces bastaba un capricho del amo para hacerles servir de pasto á los peces de un vivero. El pueblo romano, que se titulaba él mismo el pueblo-rey, se recreaba con los combates de los gladiadores: estos eran ó prisioneros de guerra ó esclavos, los mas fuertes y robustos, que hacian degollar en el circo ó en el teatro para divertir á la multitud ávida de sangre. Raras veces se perdonaba la vida al desdichado condenado: los espectadores, viéndole próximo á espirar, tenian el bárbaro placer de volvesus pulgares hácia dentro para indicar que era necesario inmolarlos sobre la marcha. ¡Llegaron á sacrificar de este modo veinte mil al mes! Los pueblos mas distantes de Roma, sin embargo de estar ménos adelantados en la corrupcion, no habian sabido consorvar mejor las tradiciones de la religion primitiva. El árabe y el galo adoraban el agua y la encina; el indio divinizaba el Ganges é inmolaba víctimas humanas á *Sactis*, diosa de la muerte. El egipcio rendia culto al ajo, al loto y cási á todas las demás plantas. El imperio se habia convertido en una vasta Sodoma: la primera pereció por el fuego del cielo; esta, mas afortunada, debia encontrar su salvacion en el Evangelio. El hecho solo de la conversion de tales hombres es una prueba, que no tiene réplica, en favor de la religion cristiana; porque ha sido preciso que fuese realmente divina para obrar un cambio tan maravilloso, sin mas apoyo que la proteccion del cielo y los milagros que acompañaban la predicacion de los Apóstoles.

Primeras predicaciones.

Durante la persecucion que siguió al martirio de san Estéban en Jerusalen (año 34), fué cuando los discípulos se difundieron por las comarcas vecinas, anunciando á los pueblos la buena nueva de la salvacion. Algunos llegaron hasta á la Fenicia, á la isla de Chipre y al país de Antioquía. Ananías fundó la iglesia de Damasco; san Felipe, uno de los diáconos colegas de

san Estéban, predicó á los samaritanos y convirtió un gran número. Pero la conversion en la cual se manifestó mas visiblmente el dedo de Dios, fué la de un oficial romano, natural de Cesarea, llamado Cornelio. Temia á Dios, y daba abundantes limosnas á los pobres. Un dia, estando en oracion, aparecióseles un Ángel, y le dijo: «Vuestras oraciones y limosnas han llegado «hasta el trono de la misericordia divina; lo que debeis «hacer es enviar á buscar á un cierto Simon, apellida- «do Pedro, quien os enseñará lo que es preciso que «hagais para poder salvaros.» Al punto Cornelio envió tres de sus criados al hombre de Dios, para rogarle que fuese á Cesarea. En una vision, que tuvo al mismo tiempo Pedro, le hizo conocer el Señor lo que iba á suceder, y partió en seguida con los que habian venido á buscarle. Entre tanto Cornelio reunia en su casa á los parientes y amigos. En cuanto vió á Pedro, se arrojó á sus piés como queriendo adorarle; pero Pedro le levantó y le dijo: «Alzaos, yo no soy mas que un «hombre como vos.» Luego, dirigiendo la palabra á todos los que estaban allí reunidos para oirle, les hizo conocer la vida, la doctrina y los milagros de Jesucristo. Aun no habia terminado su discurso, cuando el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre sus oyentes, y les comunicó el don de lenguas. Pedro les bautizó al instante, y estos nuevos fieles fueron las primicias de la conversion de los gentiles.

Conversion del centurion Cornelio. 39.

Obligados los Apóstoles á dispersarse á causa de la viva persecucion de que eran objeto en Judea, llevaron y sembraron en otras partes distantes la semilla de la divina palabra; pero antes de separarse convinieron en un símbolo ó fórmula comun de fé que, sirviendo de punto de unidad, hiciese al propio tiempo distinguir los fieles de los judíos y herejes. Es el mismo Símbolo que aun hoy dia recitamos en nuestras oraciones. San Pedro recorrió diversas provincias y fundó en ellas muchas iglesias; estableció desde luego su si-

Dispersion de los Apóstoles 44.

S. Pedro en Antioquía y en Roma.

lla en Antioquía, capital de la Siria y de Oriente, donde el Evangelio habia hecho rápidos progresos. En esta ciudad es en la que los discípulos de Jesucristo fueron, por la vez primera, apellidado *cristianos*, nombre que adoptaron, y con el cual han sido despues conocidos por todo el universo. El Príncipe de lo Apóstoles partió en seguida á Roma, para combatir la idolatría allí donde dominaba con mas imperio. Habia predicado tambien á los judíos dispersos por el Ponto, la Galacia, la Capadocia, el Asia y la Bitinia, á quienes dirigió su primera carta. Envió á algunos de sus discípulos á fundar iglesias en el Occidente. El mas célebre fué san Marcos, que escribió en Roma su Evangelio, en el que, sin ceñirse mucho al órden de los tiempos, compiló lo que habia oido decir á san Pedro; quien revisó la obra, y le dió su aprobacion.

Viajes y predicaciones de S. Pablo.

San Pablo por su parte anunciaba á Jesucristo con éxito asombroso. Estuvo en Seleucia, en Salamina, en Pafos, donde convirtió al procónsul Sergio Paulo que era su gobernador, recibiendo la mayor parte de la isla el Evangelio. Atravesó en seguida la Pisidia, la Panfilia, la Licaonia, la Frigia, la Galacia, provincias del Asia menor, la Misia y la Macedonia. Su predicacion iba siempre seguida de la conversion de los pueblos. Estableció en Filipos (Macedonia) una iglesia que permaneció invariablemente adicta á la doctrina y á la persona del santo Apóstol. Despues de haber recogido gran cosecha en esta ruta, se trasladó á Tesalónica, capital de la provincia del mismo nombre, donde fundó una Iglesia cuyo fervor sirvió de modelo á todas las demás. De allí pasó á Acaya, y predicó en Atenas, donde en medio del areópago ó tribuna hizo un célebre discurso que por su elocuencia fué seguido de la conversion de san Dionisio y de otros muchos. Partió luego á Roma, en donde permaneció dos años, anunciando el reino de Dios aun en el palacio del emperador Neron. Ni las persecuciones, ni las cadenas, ni

las dificultades de la empresa, fueron capaces para arredrar ni detener á este atleta de Jesucristo. San Lucas, célebre médico, que él habia convertido en Troade, fué su compañero fiel. (1)

Predicacion de

Los otros Apóstoles extendidos, á causa de la dispersion, por las diferentes provincias romanas, consiguieron tantas y tan frecuentes conversiones, y la luz del Evengelio fué derramada en tantos lugares, que al fin del primer siglo veíanse cristianos en la mayor parte del imperio. En efecto, la tradicion mas constante nos enseña que, desde el principio de la Iglesia, la fé era anunciada por todo el mundo. De los doce Apóstoles encerrados en el Cenáculo, dos habian sellado ya con su sangre la verdad que proclamaban: eran Santiago el Mayor y Santiago el Menor, condenados á muerte por los judíos. Acabamos de ver la obra de San Pedro.—Santo Tomás llevó el Evangelio á todas las regiones del dilatado imperio de los partos y hasta las Indias, donde pretenden los portugueses haber descubierto su cuerpo, que transportaron á Goa.—San Andrés fué á predicar á los escitas; desde allí pasó á Acaya (Grecia), y sufrió el martirio de la cruz, pronunciando estas bellas palabras al dar su último suspiro: «Dichosa cruz, que has sido con«sagrada por el cuerpo de Jesucristo, recíbeme de «manos de los hombres para volverme á las de mi Maes«tro, á fin de que me tome para él aquel que me ha «rescatado.» Los rusos, que ocupan el país de los antiguos escitas, le profesan una veneracion muy grande.—San felipe predicó en la alta Asia, y murió en Frigia; pero se ignora si derramó su sangre por la fé, ó

Santo Tomas. S. Andres S. Felipe.

(1) Describiendo el autor francés tan detalladamente los viajes y las predicaciones de san Pablo, no podemos concebir el que deje de nombrar á España, cuando hoy nadie pone en duda su paso y predicacion por esta, entonces provincia romana, conforme hemos observado en otra nota. Los Menologios griegos conservan la memoria de las santas Xantipa y Poligena, ambas hermanas convertidas por él en España. (*El traductor.*)

sucumbió á una enfermedad.—San Bartolomé ejerció su celo en la grande Armenia y en una parte de la India, donde llevó el Evangelio de san Mateo, el mas antiguo de todos, y del que se sirvió como los otros Apóstoles. San Mateo lo habia compuesto á solicitud de los fieles de Judea, en consideracion á los cuales lo escribió en hebreo.—Este santo Apóstol predicó á los etíopes, quienes quedaron edificados al ver su abstinencia tan severa, que solo se alimentaba de yerbas y de semillas.—San Simon trabajó en Mesopotamia y en Persia: san Judas en Arabia y en la Idumea; san Matías en Etiopía. Esto es lo que nos enseñan las historias de esos pueblos: ellas demuestran con cuánta razon san Pablo aplica á los Apóstoles este pasaje del Salmista: *Su voz se ha dejado oir por toda la tierra, y su palabra ha recorrido todas las extremidades del mundo.*

S. Bartolomé.

S. Mateo.

S. Simon.

S. Judas.

S. Matías.

Nada hay mas bello y conmovedor que el cuadro de las virtudes de esos hombres nuevamente convertidos. El espectáculo de su conducta admirable, en presencia de los vicios del paganismo, es bien digno de asombro y de que sea bendecida la obra tan poderosa de Dios sobre los corazones. En cuanto recibian el Bautismo, ya no se acordaban de lo que habian sido: empezaban á llevar una nueva vida, toda interior y enteramente espiritual, y encontraban fácil lo que antes les parecia imposible. Los que habian sido esclavos de la voluptuosidad se volvian de repente castos y sóbrios; los ambiciosos no veían grandeza mas sólida que la de la cruz; se vencian entre ellos todas las pasiones, y practicábanse todas las virtudes; renunciaban á las dulzuras y á las comodidades de la vida; el trabajo y el retiro, el ayuno y el cilicio, la soledad y el silencio tenian para ellos los mayores atractivos. La primera y principal de sus ocupaciones era la oracion, que es la que san Pablo recomienda

Virtudes de los primeros cristianos.

tambien en primer término; y como él exhorta á orar sin cesar, segun el precepto de Jesucristo, empleaban todos los medios á fin de interrumpir lo menos posible la elevacion de su espíritu á Dios y á las cosas celestiales. En cuanto podian, hacian sus oraciones ó preces reunidos, persuadidos de que cuantas mas personas se juntan para solícitar las mismas gracias, mas fuerza tienen para conseguirlas, segun estas palabras del Salvador: *Si se reunen dos en la tierra para orar, todo lo que pedirán les será concedido por mi Padre que está en el cielo; porque donde quiera que se encuentren dos ó tres personas reunidas en mi nombre, yo estoy con ellas.* Para dirigir mas á menudo su atencion hácia Dios, hacian oraciones particulares antes y despues de cada una de sus acciones; estudiaban la ley del Señor, recapacitando en sus casas sobre lo que habian oido decir en los puntos de reunion, y retenian en la memoria las explicaciones del pastor, ocupándose de ellas unos con otros. Los padres tenian el cuidado de repetirlas particularmente á sus familias. De este modo la vida cristiana era una continuacion incesante de oraciones, lecturas y trabajos que sucedian segun las horas, sin que las interrumpieran mas tiempo que el que exigian las necesidades corporales. Esta conducta es bien admirable en una multitud de hombres que hasta entonces se habian entregado libremente á todos los desórdenes de la idolatría. ¿De donde procedia un cambio tan repentino y maravilloso? Preciso era que los milagros y las virtudes de aquellos que les anunciaban esta nueva Religion les hubiesen tocado y conmovido vivamente; preciso era que el espíritu de Dios obrase de una manera muy poderosa en su alma para cambiarles y formar de ellos hombres nuevos, castos, mortificados, desprendidos de las riquezas, y que no ambicionaban mas bienes que los invisibles y eternos. Un cambio tal, es manifiestamente obra de esta Omni-

potencia que ha sacado el mundo de la nada; y es tanto mas admirable, cuanto que triunfa de los corazones, sin violentar la libertad. Por una parte Dios trata como amo y no encuentra resistencia; por otra, queriendo una obediencia libre, deja la facultad de resistir.

Los Apóstoles y los primeros discípulos hicieron conocer el Evangelio, tanto por medio de sus escritos, como por sus discursos. Nos han dejado muchos libros que, reunidos, componen el Nuevo Testamento. Sus escritos son: los cuatro Evangelios de san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan; las Actas de los Apóstoles, por san Lucas; las catorce Epístolas de san Pablo, la de Santiago, dos de san Pedro, tres de san Juan, una de san Judas, y, en fin, el Apocalipsis de san Juan.

Escritos de los Apóstoles

Este bienaventurado Apóstol, que Nuestro Señor amó de una manera particular, y á quien confió su divina Madre en el momento de dar el último suspiro, recorrió el Asia menor, anunciando á Jesucristo, y llegó hasta el país de los partos. Fué el primer Obispo de Éfeso. Escribió su Evangelio á solicitud de los obispos de Asia, que le rogaron diese por escrito un testimonio auténtico de la divinidad de Jesucristo, que algunos herejes atacaban. Para escribirle se preparó con el ayuno y oraciones públicas, llevándole á cabo el año 99. Sus cartas son poco mas ó menos de esta fecha; todas respiran la caridad mas tierna: se ve en ellas que su corazon estaba abrasado de aquel fuego divino que habia aspirado en el seno del Salvador. La primera está dirigida á los partos; las otras dos á personas particulares: en ellas no toma el título de apóstol sino el de *anciano*, que le daban comunmente.— Se cuenta de san Juan un hecho, bien conmovedor por cierto, que pinta admirablemente el ardor de su caridad. En uno de sus viajes, despues de haber exhortado á los fieles de una ciudad de Asia, descubrió

Últimas acciones de S. Juan

Su Evangelio.

en la asamblea un jóven bien formado y de un talento despejado: le tomó cariño, y dirigiéndose al obispo, le dijo delante de todo el pueblo: «Cuidad á este jóven, «os lo recomiendo en presencia de la Iglesia de Jesu-«cristo.» Despues marchó á Efeso. El obispo instruyó al mozo, y le dispuso á recibir el Bautismo. Despues de haberle conferido este Sacramento, el de la Confirmacion y el de la Eucaristía, creyendo poder abandonarle á su propia guía, cesó de vigilar sobre él, y le dió mas libertad. El jóven abusó de ella, y trabó amistad con unos libertinos de su misma edad, que le indujeron á cometer con ellos toda clase de crímenes. Él recibió fácilmente estas funestas impresiones, y por el mal uso que hizo de su talento se adelantó á sus compañeros de desórden hasta el punto de llegar á ser su jefe. Algunos años despues de san Juan volvió á la misma ciudad, y pidió cuenta al obispo del depósito que le habia confiado. El obispo por el pronto quedó sorprendido, creyendo que se trataba de un depósito de dinero. «Es el jóven que os confié, dijo el Apóstol; «es el alma de nuestro hermano.—Ha muerto, res-«pondió el obispo bajando los ojos.—¿Como? ¿y de «qué muerte? preguntó san Juan.—Está muerto para «Dios, añadió el obispo, se ha hecho un malvado, un la-«dron: se ha apoderado de una montaña, en donde «vive con una tropa de bandoleros como él.» Á esta noticia el santo Apóstol arrojó un gran grito, y exclamó: «¡Que me dén un caballo y un guia!» Sale de la iglesia, monta á caballo, y marcha velozmente al sitio que ocupaban los bandidos. Sus centinelas le prenden y le conducen á la presencia del capitan, que le recibió armado; pero habiendo este conocido á san Juan, quedó sobrecogido de vergüenza y echó á huir. Entonces el santo Apóstol, olvidando la debilidad inherente á su vejez corrió tras él gritándole: «Hijo mio, «¿por qué huyes de mí? ¿por qué huyes de tu padre, «de un pobre anciano indefenso? Hijo mio, ten piedad

«de mí; no temas nada: aun hay esperanza de salva-«cion para tí; yo responderé por tí á Jesucristo; yo «daré de buena gana mi vida por tí, como Jesucristo «ha dado la suya por nosotros: detente, créeme; el «mismo Jesucristo es quien me ha enviado á buscar-«te.» Á estas palabras el ladron se detuvo, dejó caer sus armas y prorumpió en llanto. El santo anciano le abrazó con ternura, le consoló, prometiéndole de parte del Señor el perdon de sus pecados; le llevó á la iglesia, oró por él, y ayunó con él, le sostuvo con discursos edificantes, y no le dejó un momento hasta haberle restablecido en la participacion de los Sacramentos.—San Juan vivió hasta la edad de cien años. Su vejez no era triste ni molesta; queria que se tomasen diversiones sencillas é inocentes, dando el mismo el ejemplo. Un dia que se entretenia en acariciar á una perdiz domesticada, le encontró un cazador que se admiró de ver á tan grande hombre divertido en esta puerilidad. «¿Qué teneis en la mano? le dijo san «Juan.—Un arco, respondió el cazador.—¿Por qué no «le teneis siempre tendido?—Perderia su fuerza.—«Pues bien, repuso el santo Apóstol, por esta misma «razon doy yo algun recreo á mi espíritu.»

El Evangelio continuaba haciendo sus conquistas sobre el paganismo. Los Apóstoles no habian aun terminado su carrera, y ya san Pablo decia á los romanos que la fé estaba anunciada en todo el mundo; que el Evangelio era conocido de todo criatura; que estaba predicado; que daba su fruto, y crecia por todo el universo.

Muerto san Pedro, la Iglesia de Roma fué gobernada por san Lino, á este le sucedió san Cleto, y á este último san Clemente. Durante el pontificado de este Santo acaeció un gran desórden en la iglesia de Corinto. Unos Legos, animados de un espíritu de intriga, se levantaron contra los presbíteros, é hicieron deponer injustamente á algunos. El papa san Clemen-

Division en la iglesia de Corinto. 94.

te les escribió con este motivo una carta tan tierna como instructiva. Despues de la sagrada Escritura, es uno de los mas bellos monumentos de la antigüedad eclesiástica. Empieza así: « La Iglesia de Dios, «que está en Roma, á la de Corinto; á los que son «llamados y santificados por la voluntad de Dios en «Nuestro Señor Jesucristo: que la gracia y la paz de «Dios todopoderoso se acreciente por Jesucristo en «cada uno de vosotros.» Despues de haberles inspirado un grande horror á la division que turbaba entonces á la iglesia de Corinto, traza un excelente cuadro de la vida cristiana: «¿Quién no estimaba, les dice vues«tra virtud y firmeza de vuestra fé? ¿Quién no ad«miraba el fervor de vuestra piedad? Caminábais segun «la ley de Dios, érais sumisos á vuestros pastores, y «honrábais á vuestros ancianos; dábais á la juventud «ejemplo de honestidad y de modestia; advertíais á «las mujeres que obrasen en todo con una conciencia «pura y casta, amando como debian á sus maridos, «permaneciendo sumisas y obedientes, aplicándose á «conducir su casa con gran modestia. Poseíais todos «los sentimientos de una humildad sincera; os hallá«bais mas dispuestos á obedecer que á mandar, á dar «que á recibir, contentos con lo que Dios os concede «para el viaje de esta vida; y aplicándoos cuidadosa«mente á escuchar su palabra, la guardábais en vues«tro corazon, y teniais siempre su ley delante de vues«tros ojos, y gozábais además de la paz mas profunda. «Teníais un deseo insaciable de hacer bien; llenos de «buena voluntad, animados del mejor celo y de una «santa confianza, extendíais las manos hácia el Todo«poderoso, suplicándole que os perdonase los pecados «de vuestras fragilidades. Le dirigíais de dia y de no«che vuestras oraciones en favor de todos vuestros «hermanos, á fin de que el nombre de los elegidos de «Dios fuese salvo por su misericordia y por la pureza «de su conciencia. Érais sinceros é inocentes, sin

«malignidad ni resentimiento. Toda sedicion, toda «division os causaba horror. Llorábais las faltas del «prójimo lo mismo que si fuesen vuestras; procurá«bais toda clase de beneficios, y estabais siempre «dispuestos á practicar una buena obra; una conducta «virtuosa y digna de todo respeto formaba vuestro «mas grande ornamento.» El santo papa opone en seguida, á este admirable y brillante cuadro lleno de todas las virtudes, el de los males que la discordia ha ocasionado. «Los celos, dice, la envidia, los altercados, las disputas y el desórden reinan ahora entre vos«otros.» Luego refiere muchos ejemplos del Antiguo Testamento, para mostrar los malos efectos de la envidia; exhorta á los corintios á la penitencia, á la caridad y á la humildad por el ejemplo de los santos, por la consideracion de los beneficios de Dios, y, en fin, por los lazos sagrados que unen á los cristianos. —«¿Por qué hay entre vosotros, les pregunta, divi«siones y querellas? ¿No tenemos todos un mismo «Dios, un mismo Cristo, un mismo Espíritu de gracia «derramado sobre nosotros, una misma vocacion en «Jesucristo? ¿Por qué despedazamos sus miembros? «¿por qué hacemos la guerra á nuestro propio cuer«po? ¿Acaso somos tan insensatos, que olvidemos que «los unos constituimos miembros de los otros, y que «se pertenecen entre sí? Vuestra division ha perver«tido muchas personas, ha desanimado á otras, y «nos ha sumergido á todos en la afliccion. Cortemos «pronto este escándalo, postrémonos humildes á los «piés del Señor, supliquémosle con lágrimas de nues«tros ojos que nos perdone y que nos restablezca en «la caridad fraternal.»—Esta carta produjo el efecto que el santo Pontífice deseaba, y tuvo el consuelo de terminar el cisma que desgarraba á esta iglesia.

La santísima Vírgen murió, poco mas ó menos, en esta época, sin que sepamos exactamente el tiempo, ni las demás circunstancias de su muerte. Pero, des- Muerte de la Santísima Vírgen.

de la mas hermosa edad de la Iglesia se ha creido que la Madre de Dios resucitó pocos dias despues de su tránsito de esta vida á la otra; creencia confirmada por la práctica universal de celebrar el aniversario de este glorioso triunfo el 15 de agosto de todos los años, dia de la Asuncion.

Resplandeciente milagro del establecimiento del Cristianismo.

Entonces tambien fué cuando los Apóstoles, á la faz de todas las naciones, de los judíos y de los gentiles, de los sábios y de los ignorantes, de los pueblos y de los príncipes, rindieron testimonio á las maravillas del Hijo de Dios, y particularmente á su resurreccion: maravillas que habian visto con sus propios ojos, oido con sus orejas, y tocado con sus manos. Sostuvieron este testimonio sin interés alguno, y contra todas las razones de la prudencia humana, hasta el último suspiro, y le sellaron con su sangre. La prontitud inaudita con que se estableció por todas partes la religion cristiana, prueba de una manera manifiesta é inconcusa que es divina, que es obra de Dios. Es este un prodigio sensible y patente, que la incredulidad no podrá dejar de reconocer, si no cierra los ojos á la luz. Jesucristo habia predicho que su Evangelio seria predicado por toda la tierra: esta maravilla debia suceder inmediatamente despues de su muerte; habia dicho que en cuanto le levantarian de la tierra: él la atraeria toda á sí, esto, es, que luego que le hubiesen clavado en la cruz, veria venir el mundo entero hácia él como á su Salvador. El éxito respondió á esta grande prediccion, y debe contribuir, por lo que tiene de divinamente maravilloso, á sostener nuestra fé. No es así, no, como habla y obra el hombre.

§ III.

Historia de las persecuciones.

La suerte de la verdad sobre lá tierra ha sido siempre, despues del pecado de Adan, el de ser desconocida, despreciada y perseguida. La verdad no puede existir con las pasiones, porque ella las sujeta, tiende á destruirlas; y las pasiones se revuelven siempre furiosas contra el que las contraria. En una época, pues, en que las pasiones dominaban sin oposicion, no debe admirarnos que se hubiesen desencadenado contra los cristianos, de una manera tanto mas cruel, cuanto que se sentian mas fuertes. En estas dos palabras está encerrada toda la historia de las persecuciones.

Primera persecucion, durante el imperio de Neron. Año 64.

Primera persecucion.—La Iglesia, como hemos visto, habia sufrido ya mucho de parte de los judíos; los paganos, por su lado, la habian suscitado millares de obstáculos, pero estas persecuciones no eran todavía generales. El emperador Neron (1) fué el primero que empleó directamente contra los cristianos su autoridad soberana. Este príncipe cruel, irritado de ver que muchas personas, aun de su mismo palacio, abandonaban el culto de los ídolos, publicó un edicto prohibiendo nuevas conversiones. Esto sucedia cuando el incendio que consumió cási toda la ciudad de Roma.

---

(1) Este Príncipe era el quinto emperador de los romanos. Tiberio, hijo y sucesor de Augusto (14-37), habiendo sabido por Pilatos las circunstancias extraordinarias de la muerte de Jesucristo, quiso colocar al Salvador en el número de sus dioses; el Senado, por una voluntad divina, no consintió en ello. Sucedióle *Calígula*, príncipe feroz y desenfrenado, cuya muerte violenta hizo pasar á *Claudio* el imperio (41). Claudio eligió para sucederle á *Neron* (54), hijo de su mujer Agripina. El nuevo Emperador hizo asesinar á su mujer y á su madre, mató á su preceptor, é incendió á Roma para gozar, decia él, de un grande espectáculo.

Creyóse que el mismo Neron era quien la habia mandado incendiar; para levantarla de nuevo con mayor magnificencia. Con la mira de apaciguar los rumores y los alborotos que se alzaban contra él, y de dar un objeto á la venganza pública, achacó este crímen á los cristianos, y empezó á perseguirles de la manera mas bárbara. Se prendió á un gran número de ellos, y les hicieron morir, dice el autor pagano Tácito, no como convencidos del crímen de incendio, sino como odiosos al género humano á causa de la nueva religion que profesaban. Neron no se contentó con imponerles suplicios ordinarios: algunos fueron cubiertos con pieles de animales salvajes y expuestos á los perros para que les devorasen; otros, despues de haberlos vestido con túnicas embadurnadas de pez, eran atados á los postes, y se les prendia fuego á fin de que sirviesen de hachon para alumbrar durante la noche. El Emperador dió un espectáculo de esta naturaleza en sus jardines, en los que conducia él mismo sus carros á la luz de estos horrorosos blandones. El pueblo romano, que por otra parte odiaba á los cristianos, tenia no obtante compasion de ellos, y veia con pena que les inmolase á la crueldad de semejante tirano.

Martirio de S. Pedro y de S. Pablo. 66.

Durante esta persecucion fué cuando san Pedro y san Pablo terminaron su vida con el martirio. Dícese que estos santos Apóstoles estuvieron encerrados durante nueve meses en una prision que estaba al pié del Capitolio; que dos de sus guardas, pasmados de ver los milagros que hacian, se convirtieron, y que san Pedro los bautizó con otras cuarenta y siete personas que entonces se encontraban tambien presas. Los fieles que se hallaban en Roma proporcionaron á san Pedro el medio de evadirse, y le rogaron que se aprovechase de él, para conservar á la Iglesia dias tan preciosos como los suyos. El santo Apóstol cedió al fin á sus instancias; pero cuando hubo llegado á la

puerta de la ciudad aparecióseie Jesucristo, y le dijo que iba á Roma para ser crucificado de nuevo. San Pedro penetró el sentido de estas palabras, y comprendió que era en la persona de su vicario que Jesucristo debia sufrir segunda vez. Volvióse inmediatamente á la prision, y fué en efecto condenado al suplicio de cruz; pero pidió que le clavasen cabeza abajo, juzgándose indigno de morir de la misma manera que su divino Maestro. Á san Pablo, que era ciudadano romano, le fué cortada la cabeza. Cuéntase que yendo al suplicio convirtió á tres soldados, que tambien poco tiempo despues sufrieron el martirio. Tal fué el orígen de la primera persecucion que experimentó la Iglesia de parte de los emperadores romanos, y es gran gloria para ella el haber tenido por enemigo á un príncipe que lo era tambien de toda virtud. El mas malvado de los hombres era digno de convertirse en el primero de sus perseguidores.

Segunda persecucion, por Domiciano. 93.

Segunda persecucion.—Las guerras que se hicieron los emperadores que sucedieron á Neron (1) y el carácter pacífico de Vespasiano y de Tito, dieron algun descanso á los cristianos, hasta que su sucesor Domiciano empezó la segunda persecucion general. Este Emperador, que tenia todos los vicios de Neron, le imitó tambien en su odio en contra de los cristianos: publicó un edicto para derribar, si hubiese sido posible, la Iglesia de Dios firmemente establecida ya en una infinidad de lugares. El Salvador habia advertido de esta tribulacion á sus servidores, á fin de que se preparasen á ella con una renovacion y aumento de fervor. Puede juzgarse de la violencia de esta persecucion por el modo con que el Emperador trató á las personas mas distinguidas. Hizo morir al cónsul Flavio Clemente, su primo hermano, y desterró á Domi-

(1) *Galba, Oton, Vitelio* (68-69).—*Vespasiano, Tito* (70-81).—*Domiciano*, hermano de Tito y probablemente su matador (81-96.)

tila su mujer, porque se habian hecho cristianos. Dos de sus esclavos, Nereo y Aquileo, que tambien se habian convertido á la fé, sufrieron diversos tormentos, y al fin les cortaron la cabeza. Se hizo morir á otros muchos, ó se les despojó de sus bienes y de sus riquezas. Pero lo que dió mayor celebridad á la persecucion de Domiciano fué el martirio de san Juan Evangelista, y despues de su destierro. El santo Apóstol fué delatado al tirano, quién le hizo conducir á Roma. Le sumergieron en una caldera de aceite hirviendo, de la que salió ileso. Jesucristo, que le habia favorecido particularmente entre los Apóstoles, le acordó, como á los otros, la gloria del martirio; pero no quiso dejar á los hombres el poder de abreviar una vida tan preciosa. Así se cumplió lo que Nuestro Señor habia predicho, que este Apóstol beberia el cáliz de su pasion. Este milagro sucedió cerca la puerta Latina, segun la tradiccion que de él se ha conservado en Roma, y del que se ve aun hoy dia un monumento ilustre y muy antiguo. Consiste en una iglesia que los cristianos levantaron en aquel sitio, bajo su nombre, para perpetuar la memoria de este acontecimiento. San Juan, despues de haber escapado de la muerte por un milagro evidente fué desterrado por Domiciano á la isla de Patmos, que es una de las del mar Egeo. Allí fué donde escribió su *Apocalipsis:* léjos del comercio de los hombres, tuvo en su destierro revelaciones proféticas que dirigió á las siete principales iglesias del Asia, encomendadas mas especialmente á su cuidado. Predijo en él, valiéndose de imágenes sublimes, la ruina de la idolatría y el triunfo de la Iglesia. Cuando el Senado, despues de la muerte del tirano, hubo anulado todo lo que habia hecho, san Juan regresó á Efeso, en donde pasó el resto de su vida. Con él concluyeron los tiempos apostólicos, puesto que murieron antes todos los demás Apóstoles (101).

S. Juan ante la puerta Latina. 95.

Bajo el imperio del sucesor de Domiciano, las cosas mudaron de aspecto. Nerva (96-98), anciano venerable y reformador, se ocupó del bien y de la felicidad de sus pueblos, y revocó los edictos sangrientos publicados contra los cristianos. No hizo lo mismo su hijo adoptivo Trajano, que le sucedió (98-117).

Tercera persecucion, por Trajano. 106.

Tercera persecucion.—La persecucion que él excitó, y que fué la tercera, empezó bajo el pontificado de san Evaristo, sucesor del papa san Clemente (100). Fué á la verdad menos violenta que las dos primeras, pero duró mas largo tiempo, é hizo un grandísimo número de Mártires. Trajano, cuya sabiduría y clemencia elogia por otra parte la historia, no publicó, es cierto, nuevamente edictos contra los cristianos, pero quiso que las leyes sanguinarias de sus predecesores fuesen ejecutadas en las diferentes provincias del imperio. Nos queda un momento remarcable de este hecho en la respuesta de Trajano á Plinio el Jóven, gobernador de la Bitinia. Plinio escribió á este Príncipe para consultarle sobre la conducta que debia seguir con los cristianos. Declara que no les halla culpable de ningun crímen. «Todo su error, dice, consiste en que se reunen en dia señalado antes «de salir el sol y cantan á dos coros himnos en honor «de Cristo, que ellos miran como un Dios. Por lo de«más, se obligan bajo juramento á no cometer cri«men alguno, á no ser ladrones ni adúlteros, á no «faltar nunca á su palabra ni á sus promesas, á no «negar jamás una deuda. Yo no he descubierto en su «culto mas que una mala susperstícion llevada al ex«tremo, y por esta razon lo he suspendido todo, hasta «recibir vuestras órdenes. El asunto me ha parecido «digno de vuestras reflexiones, por la multitud de los «que se hallan complicados en esta acusacion; por«que los hay en gran número de todas edades, sexos «y condiciones. Este mal contagioso no ha infectado so«lamente las ciudades, sino tambien las villas, pue-

«blos y lugares. Á mi llegada á Bitinia el templo de «nuestros dioses estaba abandonado, las fiestas inter- «rumpidas, y apenas se encontró á nadie para sacri- «ficar las víctimas.»—Trajano le contestó que no era necesario perseguir á los cristianos; pero que una vez denunciados, si ellos mismos se tenian y declarasen tales, se les castigase de muerte. Contestacion absurda y extraña en un príncipe por otra parte estimable. Si los cristianos son culpables, ¿por qué prohibir que se les persiga? Si, por el contrario son inocentes, ¿por qué castigarles en cuanto se les acusa? ¡Cuán limitada es la inteligencia de los hombres, si no la ilumina la luz de la fé!—Uno de los primeros que entonces padecieron el martirio fué san Simeon, obispo de Jerusalen, y pariente cercano de Nuestro Señor. Se le denunció como cristiano y descendiente de la raza de David. Á causa de este doble título, le hicieron sufrir diversos tormentos, que soportó con una constancia admirable. Todos los espectadores estaban sorprendidos de ver tanto valor y fortaleza en una ancianidad tan avanzada. Por último le condenaron á ser crucificado, y dando su vida por Jesucristo, tuvo la gloria de morir en la cruz como su divino Maestro.

Martirio de san Simeon.

Martirio de san Ignacio de Antioquía 107.

El emperador Trajano no solamente dejó obrar á los gobernadores y magistrados contra los cristianos, sino que él mismo los persiguió tambien. Al pasar por Antioquía, cuando iba á la guerra contra los persas, mandó que le presentasen á san Ignacio, por sobrenombre Teóforo, obispo de esta ciudad, y dirigiéndole la palabra: «¿Sois vos, le dijo, quien como un ge- «nio malo se atreve á violar mis órdenes, y persuade «á otros que se pierdan?—Príncipe, le respondió Ig- «nacio, nadie sino vos ha llamado á Teóforo genio ma- «lo (hacia alucion á la palabra *teóforo* que en griego «quiere decir el cura que lleva el Viático). Sabed que «los siervos de Dios, bien léjos de ser espíritus malos, «á su vista tiemblan los demonios y huyen á su voz.

«—Y ¿quién es ese Teóforo? le preguntó el Empera«dor.—Soy yo, y cualquiera que como yo lleve á Je«sucristo en el corazon.—¿Crees tú, pues, que no«sotros no conservamos tambien en nuestro corazon á «dioses que nos defienden y combaten por nosotros? «—¡Dioses!... os engañais; esos no son sino demo«nios. No hay mas que un solo Dios, que ha criado el «cielo y la tierra, y un solo Jesucristo, Hijo único de «Dios, á cuyo reino yo aspiro.—¿Hablas tú acaso de «ese *Jesús* que Pilatos hizo crucificar?—Decid mas «bien que este Jesús ató á la cruz el pecado y á su «autor, y que dió desde entonces á todos los que le «llevan en su seno la facultad de aterrar al infierno «y su poder.—Luego ¿tú tienes á Cristo contigo?— «¡Oh! sí, sin duda! porque está escrito: *Yo habitaré «en ellos, y dirigiré todos sus pasos* (1)»—Trajano cansado é incomodado de las vivas y penetrantes réplicas de san Ignacio, pronunció contra él la sentencia siguiente: «Mandamos que Ignacio, que se gloría de «llevar consigo el Crucificado, sea encadenado y con«ducido en buena guarda á Roma, para ser expuesto «á las fieras y servir de espectáculo al pueblo.» El Santo, al oir este decreto, exclamó con los mas grandes transportes de alegría: «Os doy gracias, Señor, «de que me hayais concedido un perfecto amor por «Vos, y de que me honreis con las mismas cadenas «con que honrásteis en otro tiempo á Pablo, vuestro «apóstol.» Diciendo estas palabras, se dejó encadenar, pidió por la Iglesia, y la encomendó á Dios llorando. Despues se entregó á toda la crueldad de los soldados, que debian acompañarle preso á Roma, para servir de pasto á los leones y de diversion al pueblo. Impaciente por derramar su sangre por Jesucris-

---

(1) *Las actas de los Mártires*, de donde se ha sacado esta relacion y las que las siguen, eran en los procesos verbales escritas por un empleado público en el interrogatorio: por consiguiente nada hay mas auténtico.

to, salió precipitadamente de Antioquía para pasar á Seleucia, en donde tenia que embarcarse. Despues de una navegacion larga y peligrosa, abordó en Esmirna. En cuanto hubo desembarcado, fué á ver á san Policarpo, que era obispo de esta ciudad, y que, como él, habia sido discípulo de san Juan, Su conversacion fué enteramente espiritual. San Ignacio manifestó la alegría que sentia de ser preso por el amor de Jesucristo. Encontráronse en Esmirna diputados de todas las iglesias vecinas que venian á saludarle, y tomar alguna parte en la gracia espiritual de que estaba colmado. El santo Prelado suplicó á todos, y en particular á san Policarpo, que uniesen sus oraciones á las suyas, á fin de conseguir de Dios la gracia de morir por Jesucristo. Desde allí escribió á las iglesias del Asia cartas llenas de uncion apóstolica. Despues se dirigió á los comisionados que habian venido á verle á su paso, y les conjuró á que no le detuviesen en su marcha, y que le permitiesen llegar pronto á la presencia de su Salvador, pasando por los dientes de las fieras que le aguardaban para devorarle. Como temia que los cristianos de Roma opusiesen obstáculos al deseo que tenia de morir por Jesucristo, les envió, con el fin de disuadirles, una carta admirable, que entregó á unos vecinos de Efaso que debian llegar antes que él.—Empezó por manifestarles la alegría que le causaba la esperanza de verles muy pronto: en seguida les pedia encarecidamente, con las expresiones mas tiernas y conmovedoras, que no le privasen del objeto de sus deseos, impidiendo, por su buena fama, el que fuese inmolado en el martirio por el Redentor. «Temo, les dijo, vuestra caridad; recelo «que no tengais por mí una afeccion demasiado hu«mana; tal vez os es muy fácil impedir que yo mue«ra; pero oponiéndoos á mi muerte, os opondríais á «mi felicidad. Si teneis por mí una caridad sincera, «me dejaréis ir á gozar de mi Dios: jamás se me pre-

Su carta á los fieles de Roma.

«sentaria una ocasion mas favorable de reunirme á él, «y vosotros mismos no podríais encontrar una ocasion «mas bella para ejercer una buena obra: para hacer«la, basta que permanezcais en reposo. Si no me ar«rancais de las manos de los verdugos, yo iré á go«zar de mi Dios; pero si atendeis á una funesta com«pasion, me volveis al trabajo, y me haceis entrar de «nuevo en la carrera de la vida. Sufrid, pues, yo os «lo ruego, que sea inmolado mientras el altar perma«nece levantado; obtenedme, mas bien, por medio de «vuestras oraciones el valor que necesito para resis«tir los ataques interiores y rechazar los de fuera. Es «bien poca cosa parecer cristiano si uno no lo es en «realidad: lo que hace al cristiano no son las buenas «palabras ni las apariencias especiosas, sino la gran«deza de alma y la solidez de la virtud. Escribo á las «iglesias que voy á la muerte con alegría, suponien«do que vosotros no haréis oposicion. Os conjuro una «vez mas á que no tengais por mí una afeccion que «me seria tan desventajosa: dejadme servir de pasto «á los leones y á los osos; es este un camino bien cor«to para llegar al cielo. Yo soy el trigo de Dios; es «preciso que sea molido para que resulte un pan dig«no de ser ofrecido á Jesucristo. Espero que al llegar «á Roma encontraré las fieras prontas á devorarme. «¡Ojalá que ellas no retarden el momento de mi sa«crificio! Empezaré por acariciarlas para que me des«pedacen; si este medio no produce buen resultado, «las irritaré para que me quiten la vida. Perdonadme «estos sentimientos; yo sé lo que me conviene: aho«ra empiezo á ser un verdadero discípulo de Jesucris«to. Nada me conmueve; todo me es indiferente, ex«cepto la esperanza de poseer á mi Dios. Que el fuego «me reduzca á cenizas, que una cruz me haga morir «lentamente, que se arrojen sobre mí tigres furiosos «y leones hambrientos, que mis huesos sean que«brantados, mis miembros magullados, todo mi cuer-

«po pulverizado; que todos los demonios agoten su «rabia sobre mí. Lo sufriré todo con alegría, con tal «que yo goce de Jesucristo. La posesion de todos los «reinos de la tierra no podria hacerme feliz; y me es «infinitamente mas glorioso morir por el Salvador «que reinar sobre todo el mundo. Mi corazon suspira «por aquel que murió por mí; mi corazon suspira por «aquel que resucitó por mí: ved aquí lo que espero «recibir en cambio de mi vida. Dejadme imitar los pa«decimientos de mi Dios; no me impidais vivir que«riendo impedirme que muera. Si alguno de vosotros «lleva á Dios en su corazon, comprenderá fácilmente «lo que digo; y será sensible á mi pena, si se abrasa «en el mismo fuego que me consume. El deseo ar«diente que tengo de morir es el que me mueve á es«cribiros: porque el único objeto de mi amor fué cru«cificado, y mi amor por él hace que yo lo sea tam«bien. El fuego que me anima y que me inflama no «puede sufrir mezcla alguna; el que vive y habla en «mí me dice continuamente en el fondo de mi cora«zon: *Date prisa de venir á mi Padre*... No tengo gus«to á nada de lo que los hombres buscan: el pan que «yo quiero es la carne adorable de mi Salvador, y el «vino que deseo es su sangre preciosa, este vino ce«lestial que enciende en el corazon el fuego vivo é in«mortal de una caridad incorruptible. Nada me liga «ya á la tierra, ni me considero vivo entre los hom«bres. Acordaos en vuestras oraciones de la iglesia de «Antioquía que desprovista de pastor, funda sus es«peranzas en aquel que es soberano Pastor, de todas «las iglesias; que Jesucristo se digne conducirla du«rante mi ausencia; yo la confio á su providencia y «á vuestra caridad.»—No es necesario hacer notar que el espíritu de Dios es el que habla en esta carta; se siente, y parece que la conciencia dice que este no es el lenguaje del hombre.—Despues de permanecer algunos dias en Esmirna, san Ignacio partió de esta

ciudad para continuar su viaje. Los que le custodiaban apresurábanse á llegar á Roma, porque se aproximaba el tiempo de los espectáculos. Levaron anclas, salieron de Troade, atravesaron toda la Macedonia, y habiendo encontrado en las costas de Epiro un navío aprestado para hacerse á la vela, se embarcaron en el Adriático, y ganaron el mar de Toscana. El viento secundaba la empresa del santo Mártir conduciendo el buque á la embocadura del Tíber. Al rumor de su llegada, los fieles de Roma salieron á recibirle. Tuvieron mucha alegría de verle y hablar con él; pero esta alegría iba acompañada de tristeza al pensar que le conducian á morir. Algunos propusieron ganar al pueblo, como habia sucedido ya alguna vez, á fin de que conservase la vida á este anciano venerable. Pero el santo Obispo habló con tanta fuerza, y les pidió con tanta instancia que no le envidiasen ni arrebatasen la dicha de ir con prontitud á Dios, que se rindieron á sus ruegos. Se pusieron entonces todos de rodillas, y el santo Obispo, alzando su voz en medio de ellos, pidió á Jesucristo que hiciese cesar la persecucion, que volviese la paz á su iglesia, y que entretuviese en el corazon de todos los fieles una mútua y tierna caridad. Terminada la oracion fué conducido por los soldados al anfiteatro. Era aquel uno de esos dias que la supersticion pagana habia consagrado con la denominacion de *Fiestas sigilarias*. Toda la ciudad estaba presente. El santo Mártir oyó al entrar el bramido de los leones; la vista de su suplicio nada le quitó de su firmeza ni de su ardor; su semblante y su continente anunciaban mas bien el contento y la alegría, pero una alegría modesta y apacible. No tuvo que aguardar mucho tiempo la muerte; en un momento dos leones le devoraron, dejando solo de su cuerpo los huesos mas grandes, que fueron recogidos con respeto por los fieles, y trasladados á Antioquía como un tesoro de un valor inestimable. Los

cristianos de todos los lugares por donde pasaron estas santas reliquias recibieron un gran consuelo: fueron colocados en una caja y depositados en el cementerio que está junto á la puerta de la ciudad.—Los que han escrito la historia de su martirio la terminan así: «Nosotros mismos fuímos testigos de esta «muerte gloriosa, que nos hizo derramar un torrente «de lágrimas, y pasamos la noche en vela y en ora-«cion, suplicando á Nuestro Señor de rodillas que sos-«tuviese nuestra debilidad. El santo Mártir se nos apa-«reció como un atleta que acaba de salir de un penoso «y glorioso combate; estaba en pié delante del Señor, «y rodeado de una gloria inefable. Llenos de gozo con «esta vision, dimos gracias al Autor de todo bien, y «le ensalzamos por el beneficio que habia otorgado á «su siervo. Os notamos el dia de su muerte, á fin de «que podamos reunirnos todos los años para honrar «su martirio en el dia que lo sufrió, con la esperanza «de participar de la victoria de este generoso atleta «de Jesucristo, que ha puesto al demonio bajo sus «piés por el socorro de Nuestro Señor Dios, por el cual «y con el cual sean dados la gloria y el poder al Pa-«dre con el Espíritu Santo, por los siglos de los si-«glos. Amen.

Cuarta persecucion, por Marco Aurelio. 166

Cuarta persecucion.—Bajo el imperio de Adriano y de Antonino los cristianos gozaron de algun reposo. Esto no quiere decir que los gobernadores de las provincias no continuasen en derramar de tiempo en tiempo la sangre de los Mártires, impelidos á ello muchas veces por el furor y la rabia de los pueblos paganos; pero no se decretaron nuevos edictos contra los discípulos de Jesucristo. Entonces la Iglesia, aunque naciente, estaba esparcida ya por toda la tierra. Se extendia hasta á los países en donde no habian penetrado todavía las armas romanas. En la Armenia, la Persia, las Indias; en los pueblos mas bárbaros como los sármatas, los dacios, los escitas, los

moros, los gétulos, y en las islas mas desconocidas; todo, en fin, estaba ya lleno de cristianos.

El emperador Marco Aurelio (161-180), que la sociedad pagana nos presenta como el mas perfecto de sus héroes, se dejó prevenir de las calumnias que se imputaban á los cristianos, y se mostró cruel contra los que profesaban esta Religion, desmintiendo, por medio de una bárbara conducta, todo lo que la virtud humana tiene de mas brillante y apacible. Parece que la persecucion suscitada por este Príncipe, que es la cuarta, fué muy violenta, si se juzga por el gran número de cristianos que entonces padecieron el martirio.—Dió principio en Asia, y las primeras violencias se ejercieron en Esmirna, á donde condujeron á muchos cristianos de los pueblos vecinos para aplicarles el tormento. Fueron llevados ante el gobernador del Asia, que residia en esta ciudad. Despues que hubieron confesado generosamente á Jesucristo, les hicieron sufrir toda suerte de tormentos, cuyos detalles se encuentran en la elocuente carta que los fieles de Esmirna, testigos oculares de su martirio, escribieron con este motivo á las demás iglesias. «Estos «santos Mártires, dicen, han sido de tal modo des«garrados á latigazos, que se les veia las venas, las «arterias y aun las entrañas. En medio de este cruel «tormento permanecieron firmes é inalterables; y en «tanto que los espectadores se enternecian hasta el «punto de derramar lágrimas de pena, estos genero«sos soldados de Jesucristo no dieron el menor gemi«do, ni aun el mas leve suspiro. Vielan, sin palidecer, «correr su sangre por mil heridas; miraban con la «mayor tranquilidad sus entrañas palpitantes; se pre«sentaron al suplicio con aire placentero; sufrieron «en silencio, y su boca, cerrada al lamento, solo se «abria para bendecir al Señor. Consistia esto en que «no estaban ellos entonces en su cuerpo, ó que esta«ban mas bien atentos á la voz de Jesucristo que mo-

Mártires de Esmirna.

«raba en ellos y hablaba á sus corazones. La alegría «de su presencia les hacia despreciar todos los tor«mentos, y el fuego que entonces sufrian les parecia «un enfriamiento, en comparacion de los fuegos que «no se apagarán jamás; es que tenian los ojos del co«razon fijos sobre los bienes inefables que Dios reser«va á aquellos que perseveran en la fe, bienes cuales «el ojo no vió, ni el oido no oyó, ni ha comprendido «jamás el corazon humano, pero que Dios les descu«bria, porque ellos no eran ya hombres, sino Ánge«les. Los que habian sido condenados á servir de pas«to á las fieras sufrieron las incomodidades de una «larga prision, esperando el dia destinado á ceñir su «corona. Los tendian desnudos y ensangrentados so«bre conchas de ostras y piedras puntiagudas; se es«forzaban, con otros mil medios de tortura, en abatir «su valor y hacerles renunciar á Jesucristo, porque «nada hay que el infierno no haya inventado contra «ellos; mas, por la gracia de Dios, ninguno pudo «vencerlos. Un jóven llamado *Germánico* daba valor «y fortaleza á los demás con su ejemplo. Antes de ex«ponerle á las fieras, el procónsul, movido de un sen«timiento de humanidad, le exhortó á que tuviese «compasion de sí mismo; pero el santo Mártir le res«pondió con entereza, que preferia morir mil veces, «antes que conservar la vida á precio de su inocen«cia. Luego avanzando resueltamente hácia un leon «que venia sobre él, y buscando la muerte en las gar«ras y en los dientes de este terrible animal, se apre«suró á dejarle los despojos ensangrentados y destro«zados de su cuerpo, para salir de un mundo en el «que no se respiraba mas que la impiedad y el crí«men. Esta accion heróica llenó al pueblo de despe«cho, y se oyeron mil voces que empezaron á gritar, «haciendo resonar por todo el anfiteatro estas ame«nazantes palabras: *¡Que se castigue á los impíos!* «*¡que se traiga al obispo Policarpo!*,,

«Buscaron por todas partes al santo prelado de Es- Martirio de san Policarpo
«mirna, mas Policarpo no fué hallado. Quiso sin em-
«bargo permanecer en la ciudad, pero cedió á los
«ruegos de los fieles, y se retiró á una casa que es-
«taba poco distante de ella. Algunos dias despues,
«como continuasen siguiéndole, pasó á otra casa
«de la campiña. Acababa de salir cuando entraron en
«ella los que le buscaban. No habiéndole encontrado,
«prendieron á dos jóvenes, de los cuales el uno, ce-
«diendo á los tormentos, descubrió el nuevo retiro del
«santo Obispo. Los archeros, armados lo mismo que
«si hubiesen ido á apoderarse de un ladron, llegaron
«allí un viernes al anochecer. San Policarpo se halla-
«ba entonces retirado en uno de los aposentos mas
«altos de su morada. Hubiese podido salvarse, pero
«no quiso, y levantándose de la cama dijo: *Hágase la*
«*voluntad de Dios.* Bajó, pues, y fué á hablar á los ar-
«cheros, quienes al ver su avanzada edad no pudie-
«ron dejar de decir: *¿Y era necesario apresurarse tan-*
«*to para prender á este buen anciano?* Estaban visi-
«blemente disgustados de que se les hubiese encar-
«gado una comision tan odiosa; pero mas habrian
«sentido perder la ocasion de una fortuna que esta
«clase de expediciones aseguraba ordinariamente.
«San Policarpo les hizo dar una buena cena, y ha-
«biendo obtenido algun tiempo para hacer sus ora-
«ciones, rogó por toda la Iglesia con los ojos levanta-
«dos al cielo, y lo hizo con tanto fervor, que todos los
«asistentes, inclusos sus mismos enemigos, estaban
«llenos de admiracion. Llegada la hora de marchar,
«colocáronle sobre un asno para llegar á la ciudad.
«Apenas entró, le condujeron inmediatamente al an-
«fiteatro, en donde el pueblo estaba reunido. Le pre-
«sentaron al procónsul, quien le exhortó á que obe-
«deciese las órdenes del Emperador, á fin de salvar
«su vida. «Compadece tu ancianidad, le dijo este ma-
«gistrado. ¿Crees tú poder sufrir los tormentos, cuya

«vista sola hace temblar á la juventud mas esforzada y «atrevida?» Pero el santo Obispo se mostró tan poco «sensible á sus amenazas como á su falsa piedad: en«tonces el procónsul le instó con empeño, diciéndole: «*Maldice á Cristo, y te dejaré en libertad.* Policarpo «le respondió: «Hace ochenta y seis años que le sir«vo, y nunca me ha hecho mal alguno; ¿cómo po«dría, pues, blasfemar contra mi Rey, que me ha sal«vado?» El procónsul continuando, «Jura, le dijo, por «la fortuna de los Césares.—Os molestais inútilmen«te, le observó el santo Obispo, como si ignorárais lo «que yo soy: os declaro, pues, altamente que soy cris«tiano. Si vos quereis saber cuál es la doctrina de los «cristianos, yo os la haré conocer.» El magistrado le «amenazó con exponerle á las bestias. «Me es muy «ventajoso, dijo el santo Prelado, llegar por medio de «los sufrimientos á la perfecta justicia.—Puesto que «no temeis las fieras, añadió el procónsul, os haré «quemar vivo.—Vos me amenazais con un fuego que «se apaga al momento, porque no conoceis el fuego «eterno que está reservado á los impíos. Pero ¿qué «esperais? Haced de mí lo que mas os agrade.» Ha«blando de este modo, parecia estar lleno de confian«za y de alegría; la gracia esparcida por todo su sem«blante admiraba y pasmaba al procónsul. Entonces «el pueblo furioso empezó á gritar: «¡Que se le eche «á las fieras! este es el padre de los cristianos, el ene«migo de nuestros dioses.» Pero como habia termi«nado el tiempo de los juegos públicos, el magistra«do condenó al santo Obispo á ser quemado vivo.— «Desde el momento que fué pronunciada la senten«cia, todo el pueblo corrió en tropel á buscar leña y «ramaje para levantar la hoguera. Encendida esta, «el santo Mártir se quitó el cíngulo, se despojó de sus «hábitos, y semejante á una víctima escogida entre «todo el rebaño, subió á la hoguera como si fuese á «un altar, para ser allí inmolado. Los verdugos se dis-

«ponian á atarlo con cadenas de hierro, segun era «costumbre, pero el Santo lo impidió diciendo: «De-«jadme así: aquel que me da la fuerza que tengo pa-«ra sufrir el fuego, me hará permanecer firme en la «hoguera, sin nececidad de vuestras cadenas.» Se «contentaron, pues, con atarle las manos á las espal-«das. El santo Mártir, levantando los ojos al cielo, hi-«zo la siguiente oracion: «Dios todopoderoso, Padre «de Jesucristo vuestro Hijo muy querido, por quien «hemos recibido la gracia de conoceros, os rindo las «mayores alabanzas por haberme permitido llegar á «este dia dichoso en el que debo entrar en la sociedad «de vuestros Mártires, y participar del cáliz de vues-«tro Hijo para resucitar á la vida eterna. ¡Que sea yo «admitido desde hoy á vuestra presencia, Dios mio, «como una víctima agradable! Yo os alabo, yo os ben-«digo, yo os glorifico por el Pontífice eterno Jesucris-«to, vuesto Hijo, con quien os sea dada la gloria á «Vos y á vuestro Santo Espíritu, ahora y en todos los «siglos. *Amen.*» Concluida que hubo esta oracion en-«cendieron la hoguera, y con la mayor rapidez se le-«vantó una horrorosa llama, que por un milagro pal-«pable le rodeó en forma de bóveda, sin que tocase «en lo mas mínimo el cuerpo del santo Mártir. Esta-«ba en medio de la hoguera como el oro en el crisol, «y exhalaba un olor tan agradable como el de los per-«fumes mas deliciosos. Los paganos, viendo que el «cuerpo del Santo no se consumia, le hicieron atra-«vesar de una estocada, y la sangre salió con tanta «abundancia, que apagó el fuego.»—Esta historia del martirio de san Policarpo fué escrita por testigos de vista, los que añaden que los paganos no permitieron que fuese recogido el cuerpo, sino reducido á cenizas, de miedo que los cristianos no quitasen al Crucificado, decian ellos, para adorar á este. Necio temor á que los escritores de estas actas responden diciendo: «¿No saben ellos que nosotros jamás podrémos

«abandonar á Jesucristo, que ha padecido por la sal-«vacion de todos, ni honrar como él á ningun otro? «Nosotros le adoramos porque él es el Hijo de Dios, «y no miramos á los Mártires sino como á sus discí-«pulos ó imitadores, y los reverenciamos con justi-«cia, á causa de la fidelidad que han guardado á su «Rey y á su Maestro.» Por último, terminan su rela-«cion de este modo: «Nosotros retiramos del fuego «sus huesos, mas preciosos que las mas ricas joyas, «y los colocamos en un sitio conveniente, en el que «esperamos reunirnos todos los años para celebrar «con alegría la fiesta del santo Mártir; á fin de que «aquellos que vendrán despues de nosotros puedan «ser excitados á prepararse al combate.»—Por estas últimas palabras se ve que, desde los primeros siglos, la Iglesia católica ha honrado á los Santos como á siervos y amigos de Dios; y que en todos tiempos ha guardado sus cuerpos ó sus reliquias con religiosa veneracion, como víctimas que eran de Dios por el martirio ó por la penitencia, como los miembros vivos de Jesucristo y los templos del Espíritu Santo.

La Legion Fulminante. 174.

El emperador Marco Aurelio hizo cesar esta persecucion á causa de un favor muy señalado que recibió del cielo, por la mediacion de los soldados cristianos que servian en su ejército; pues las ciudades y los pueblos, y los mismos campamentos, estaban llenos de discípulos de Jesucristo. Dios se servia de los soldados romanos como de misioneros para llevar la Religion á los países mas lejanos, á donde eran enviados para el servicio del Estado, y de tiempo en tiempo hacia milagros en favor de su fé. El que otorgó á los ruegos de la legion Fulminante, al mismo tiempo que tuvo un gran estrépito, fué coronado de un éxito el mas brillante. El Emperador hacia la guerra á los sármatas y á otros pueblos de Germania: el ejército romano se encontró empeñado en las áridas montañas de la Bohemia, y rodeado por los pue-

blos bárbaros, que eran muy superiores en número. Sucedia esto en lo mas riguroso del verano, durante un calor excesivo, y no se encontraba agua ni fuente alguna en los alrededores. Los romanos corrian riesgo de morir de sed. En tan grande apuro, los que eran cristianos se pusieron de rodillas y dirigieron á Dios fervientes súplicas á vista del enemigo, que se burlaba de ellos; pero de repente el cielo se cubrió de nubes, y cayó una lluvia abundante sobre el campo de los romanos. Estos por de pronto levantaban la cabeza y recibian el agua en la boca; tanto era lo que la sed los atormentaba: pero luego llenaron sus cascos, y bebieron abundantemente ellos y sus caballos. Los bárbaros creyeron este momento favorable para atacarlos; y mientras les veian ocupados en satisfacer una sed ardiente, se preparaban á arrojarse sobre ellos. Pero el cielo, armándose en favor de los romanos, hizo caer sobre sus enemigos un pedrisco espantoso acompañado de rayos que destruian sus batallones, mientras que las tropas de Marco Aurelio recibian una lluvia suave y bienhechora. Este prodigio hizo vencedores á los romanos. Los bárbaros tiraron sus armas, y fueron á buscar un asilo en medio de sus enemigos, para ponerse al abrigo de los rayos que asolaban su campamento. Todo el mundo miró este acontecimiento como milagroso. Las tropas cristianas, que habian obtenido este favor del cielo, fueron llamadas la *legion Fulminante* é incorporadas á aquella que ya llevaba este nombre. El mismo Emperador escribió al Senado este suceso. El historiador Eusebio refiere que Marco Aurelio decia en esta carta que su ejército, próximo á perecer, habia sido salvado por las oraciones de los cristianos. Tomando desde luego disposiciones mas favorables á ellos, el Emperador ordenó que se les tratase con menos rigor, y prohibió que se les persiguiese ó molestase por motivos de la religion que profesaban. Para perpetuar

la memoria de este prodigio se levantó en Roma un monumento duradero, y en el que aun hoy dia se ve la representacion de este acontecimiento en los bajo-relieves de la columna Antonina, erigida en aquel tiempo. Los romanos están en ella armados contra los bárbaros, que se ven tendidos por el suelo con sus caballos, y cayendo sobre ellos una lluvia acompañada de relámpagos y rayos que parecen aterrarlos. En esta ocasion el ejército dió á Marco Aurelio el título de emperador por la séptima vez. Aunque no fuese costumbre recibirlo antes que el Senado lo hubiese decretado, él lo aceptó entonces como bajado del cielo.

Persecucion en las Galias. 177.

La impresion favorable que produjo este acontecimiento no fué de larga duracion. Tres años despues la persecucion se encendió de nuevo bajo el nombre y la autoridad de Marco Aurelio, sea porque con el tiempo le hubiesen persuadido de que era deudor de este prodigio á sus dioses, sea á causa del ciego furor de los pueblos, ó por el odio de los oficiales romanos, que ponian en vigor, siempre que querian, los antiguos edictos. Esta nueva tempestad estalló sobre todo en Lyon.

Mártires de Lyon.

Se cree que la fé habia sido llevada á esta ciudad por los discípulos de los Apóstoles, y que san Trófimo, primer obispo de Arles, habia sido enviado allí por san Pedro. Desde esta ciudad el don de la fé se comunicó á las poblaciones vecinas. —Los rápidos progresos que el Evangelio hizo en esta comarca excitaron la rabia de los idólatras. Empezaron por hacer odiosos á los cristianos, imputándoles los mas grandes crímenes; se les prohibió la entrada en los mercados y en los edificios públicos. Estas vejaciones iban acompañadas de toda suerte de ultrajes; los insultaban donde quiera que se presentasen, los apedreaban, les daban de golpes; y los citaron, en fin, ante los magistrados. Los detalles de esta persecucion se encuentran en una carta muy in-

teresante que los fieles de Lyon escribieron á los de Asia. «Todos los que de entre nosotros, dice, fueron «interrogados sobre la Religion, la defendieron y con«fesaron con valor, y fueron estrechamente encerra«dos hasta la llegada del presidente, que se espera«ba. Habiendo este, algunos dias despues, llegado á «Lyon, los hizo conducir á su tribunal, y este juez «lleno de furor contra ellos los trató con tanto rigor, «que un jóven llamado Epagato, que se encontraba «entre los espectadores, no pudo dejar de manifestar «su indignacion. Era cristiano, y se consumia en un «ardiente amor de Dios, y en una caridad entera«mente santa hácia el prójimo. Sus costumbres eran «puras y austera su vida, aun cuando se hallaba to«davia en la edad de las pasiones. Marchaba por la «senda que conduce al Señor, y cumplia sus precep«tos dispuesto siempre á servir á Dios, á la Iglesia y «al prójimo, siempre animado del celo de la gloria de «Jesucristo, siempre lleno de fervor por la salvacion «de sus hermanos. Pidió, pues, que le fuese permiti«do decir una palabra para defender la inocencia de «los cristianos, ofreciéndose á demostrar que la acu«sacion de impiedad y de irreligion que pesaba sobre «ellos era una pura calumnia; pero al instante se al«zaron contra él mil voces en torno del tribunal. El «juez por su parte, picado de la demanda que el jó«ven habia hecho de hablar en favor de los acusados. «le preguntó si era cristiano. Epagato confesó en alta «voz que efectivamente lo era, y en el momento fué «colocado entre los otros Mártires. El juez, burlándo«se, le dió el nombre glorioso de *abogado de los cris«tianos*, haciendo, sin pensarlo, su elogio en una so«la palabra. Su ejemplo animó á los demás cristianos, «que en alta voz se declararon tales, é hicieron la «pública confesion de los Mártires con una alegría «que se revelaba en sus rostros y hasta en el sonido «de su voz.—Entre tanto se habia dado órden de

San Epagato.

S. Potino. «prender al bienaventurado Potino, obispo de Lyon, «que en un cuerpo quebrantado y debilitado por la «vejez manifestaba los sentimientos de una alma jó- «ven y vigorosa. Una partida de soldados que le con- «dujo, lo presentó á los piés del tribunal. El pueblo «le siguió llenándole de oprobios. El santo anciano «dió entonces un esclarecido testimonio de la divini- «dad de su Maestro; porque, habiéndole preguntado «el presidente quién era el Dios de los cristianos, res- «pondió: «Vos le conoceríais si fuéseis digno.» Al «instante le arrancaron de allí, arrastráronle con «violencia, y le llenaron de golpes; los que estaban «cerca del Santo anciano le golpeaban con sus piés y «manos, y los que se hallaban mas distantes le tira- «ban todo cuanto podian encontrar, sin guardar res- «peto á sus años. Todos hubiesen creido cometer una «grande impiedad, si no hubiesen insultado al ene- «migo de sus dioses. Le sacaron medio muerto de las «manos de estos furiosos, y le encerraron en una pri- «sion, en la que murió tres dias despues.»

El furor del magistrado y del pueblo se dirigió y encaminó en seguida en la persona de *Santo*, diácono de la iglesia de Lyon, de *Maturo* que era un neófito ó recien bautizado, de *Attalo* y de una doncella llamada Blandina, que era esclava. La extremada delicadeza de Blandina hacia temer que no tendria valor de confesarse cristiana: pero esta generosa jóven llenó de pasmo á todos los concurrentes y cansó á sus verdugos, que uno tras otro no cesaron de atormentarla desde la mañana hasta la noche. Despues de haber aplicado por todo su cuerpo cuanto de mas terrible y atroz puede inventar la crueldad en torturas diferentes, se vieron contrariados, vencidos y precisados á ceder al ánimo esforzado de una doncella. No podian concebir como respiraba todavía, siendo así que uno solo de los tormentos que le aplicaron era bastante para ocasionar la muerte; pero esta jóven admirable

Santa Blandina.

adquiria tantas mas fuerzas, cuantos eran los suplicios que á su martirio añadian. El testimonio que daba de Jesucristo parecia que la regeneraba; su descanso y refrigerio consistian en decir: *Yo soy cristiana, nosotros no hacemos cosa alguna mala.*—El diácono *Sanctus* ó Santo sufrió tambien tormentos increibles. Los paganos esperaban hacerle proferir palabras indignas de él; pero tuvo bastante constancia, y ni siquiera quiso revelarles su nombre, su patria y su condicion. Á todas las preguntas que le dirigieron no respondió, sino con estas palabras: *Yo soy cristiano.* Su firmeza irritó al presidente y á los ejecutores: despues de las torturas ordinarias, calentaron hasta enrojecerlas unas grandes planchas de cobre, que aplicaron en todas las partes mas delicadas y sensibles de su cuerpo. El santo Mártir sentia quemarse sus carnes sin hacer el mas leve movimiento, sin dejar escapar la menor señal ó muestra de dolor. Los verdugos le dejaron cuando todo su cuerpo no fué mas que una sola llaga; apenas podian reconocerse en él algunos rasgos de forma humana: todos sus miembros estaban ó encogidos ó mutilados ó dislocados; pero este cuerpo tan atrozmente desfigurado se convertia en objeto de admiracion; le animaba Jesucristo, que obraba en él milagros dignos de su omnipotencia, y hacia servir sus restos informes para confundir al tirano, vencer al demonio y destruir su poder. Se veia palpablemente que el amor de Dios, cuando es perfecto y vivo, separa todo temor y quita el sentimiento del dolor. Los verdugos, sedientos de sangre, habiéndose apoderado otra vez del santo Mártir para atormentarle de nuevo, se lisonjearon de que abatirian su constancia y firmeza, renovando sus llagas entumecidas é inflamadas. Volvieron con este intento á introducir en ellas el hierro y el fuego cuando se hallaban en un estado tal que habia de estremecerle el contacto de la mano mas suave y lige-

S. Sanctus ó Santo.

ra; pero se engañaron en su esperanza. Por un efecto manifiesto del poder divino, los nuevos tormentos y crueldades sirvieron de remedio á las primeras heridas que le habian hecho, y el cuerpo del santo Mártir quedó enteramente curado.

Habiendo sido inútiles todos estos tormentos, los paganos encerraron á los santos Mártires en un horrible calabozo, los llenaron de grillos y esposas, y pusieron sus piés en un cepo ó en una máquina de madera que tenia las piernas de los Mártires separadas con violentísimo esfuerzo. En este estado, el mas horroroso que pueda imaginarse, los verdugos, furiosos de haberse visto vencidos tantas veces por personas medio muertas, reunieron contra ellas todo cuanto de mas cruel é ingenioso habia inventado el arte de atormentar á los hombres. Este último tormento fué tan terrible, que hizo perecer á muchos. Dios lo permitió así para su gloria, pero conservó á los demás, devolvió la salud á sus cuerpos, y aumentó la fuerza de sus almas con estos nuevos combates. Aunque privados de todo socorro humano, recobraron de tal modo su vigor, que consolaron y animaron á todos los que estaban presentes.—Pero lo que hacia mas admirables aun á estos santos Mártires era su profunda humildad en medio de las virtudes heróicas que brillaban en ellos. Aunque hubiesen confesado muchas veces á Jesucristo, aunque hubiesen sobrellevado con constancia tormentos horribles, y aunque llevasen en sus cuerpos los trofeos gloriosos de sus victorias, todavía temian no merecer el nombre de Mártires, y les causaba gran pena que les diesen este título. «Cuando conversábamos con ellos, dicen los «autores que relatan su martirio, y se nos escapaba «darles este nombre, ó cuando recibian cartas que «llevasen esta inscripcion, se les veia sensiblemente «afligidos, y no podian dejar de hacernos dulces, pe«ro sinceras reprimendas. Este nombre glorioso, nos

«decian, no conviene sino á aquellos que han termi«nado su carrera, y que Jesucristo ha recibido en el «momento de su confesion; y no á viles criaturas co«mo nosotros. Despues, apretándonos las manos y re«gándolas con sus lágrimas, nos suplicaban que les «alcanzásemos por medio de nuestras oraciones la «gracia de terminar felizmente sus trabajos. Ellos «poseian, sin embargo, todas las virtudes de los Már«tires. Su paciencia, su dulzura, y sobre todo el ge«neroso valor que les hacia superar todos los temo«res, los hacian dignos de este nombre que rehusa«ban.» La caridad no reinaba menos en su corazon que la humildad en su espíritu; ponian todo su estudio y toda su aplicacion en imitar la caridad de Jesucristo y formar sus sentimientos por los de su divino Salvador, que amó á los hombres hasta morir por ellos; perdonaban como él á sus enemigos, y dirigian á Dios fervientes súplicas en favor de los que los perseguian. Á nadie condenaban, eran indulgentes con todo el mundo, y especialmente con los pecadores que recurrian á la penitencia. Algunos, por temor á los tormentos, habian sucumbido en el primer interrogatorio, y no obstante les metieron en la misma prision en que estaban los santos Mártires. Estos, léjos de tratar á sus compañeros flojos y tímidos con un celo amargo, les daban la mano para ayudarles á levantarse de nuevo, manifestándoles los sentimientos de una madre tierna y compasiva; y por medio de los torrentes de lágrimas que derramaban en la presencia del Señor, obtuvieron de su misericordia infinita la reconciliacion de sus hermanos. En efecto; los que habian sucumbido al miedo del tormento reconocieron su falta, y la repararon en seguida con una confesion generosa. Su enmienda no fué menos gloriosa á Jesucristo que sensible á los paganos; porque en el interrogatorio que sufrieron segunda vez, aunque aparte y solo por pura fórmula

ó por cumplir, pues que se pensaba dejarlos al instante libres, el juez quedó altamente sorprendido de oirles confesar á Jesucristo.

S. Alejandro. Contribuyó á fortalecerles en su resolucion un cristiano fervoroso, llamado Alejandro, médico de profesion, que se habia acercado al tribunal, y les persuadía con señas repetidas á que perseverasen en la fe. El pueblo se apercibió de ello, y furioso de ver que los que la habian renunciado ya, la volvian á confesar y abrazarla con mas ardimiento é intrepidez, dirigió su rabia contra Alejandro, y lo denunció al presidente. Este magistrado le preguntó quién era y su profesion, y Alejandro respondió que era cristiano. Por esta respuesta fué colocado en la fila de los Mártires, y habiendo sido condenado á las fieras, recibió la misma corona que ellos.

Despues de haber dejado á los santos Mártires algunos dias en la prision, los sacaron, al fin, para ejecutar la sentencia que los condenaba á diversos géneros de muerte. Maturo, *Sanctus* ó Santo, Blandina y Attalo fueron destinados al anfiteatro, y eligieron un dia en que debia darse un espectáculo al populacho. Despues que hubieron pasado de nuevo por las torturas que servian de preludio al suplicio, los expusieron á las fieras, que no parecieron estar bastante furiosas. Entonces el pueblo pidió que se hiciese sentar á Maturo y á Santo en una silla de hierro enrojecida al fuego. Como viesen que despues de estos diversos tormentos respiraban todavía, se vieron por fin obligados á terminar sus sufrimientos con una cuchillada que les dieron en la garganta. Blandina habia sido atada en un poste con los brazos extendidos; y la presencia de la Santa colocada de aquel modo, que representaba al Salvador en la cruz, sostenia el valor de los Mártires. Como las bestias no se atrevieron á tocarla, la reservaron para otro dia; pero el
S. Attalo. pueblo, irritado, pidió á Attalo, que era muy conoci-

do. Le hicieron dar vueltas por todo el anfiteatro, llevando colgado delante un cartelon en el que estaban escritas estas palabras : *Attalo cristiano.* Los paganos bramaban de rabia contra él, y no cesaban de pedir su muerte ; pero el presidente, habiendo sabido que era ciudadano romano, volvió á enviarle á la prision con los demás Mártires, y esperó la respuesta de Marco Aurelio, á quien escribió con este objeto. El Emperador contestó que era preciso hacer morir á todos los que con insistencia persistiesen en confesar á Jesucristo, y poner en libertad á aquellos que renunciasen á él. Entonces el presidente, sentado en el tribunal, se hizo presentar los prisioneros, y les interrogó de nuevo. Perseveraron todos en su confesion, y la sentencia fué pronunciada. — Al dia siguiente el médico Alejandro fué conducido al anfiteatro con Attalo, á quien el juez, por complacer al pueblo, habia condenado al mismo suplicio, á pesar de su calidad de ciudadano romano. El uno y el otro, despues de haber resistido todos los tormentos ordinarios, fueron degollados. En fin, el último dia de los espectáculos fué conducida Blandina con un jóven cristiano que apenas contaba la edad de quince años, llamado *Pontico.* Se les aplicaron sucesivamente toda suerte de tormentos, sin tener en consideracion la edad del uno ni el sexo de la otra. Permanecieron firmes en la fe, y fueron á la muerte con más alegría que la que se acostumbra para ir á un banquete. El jóven consumó el primero su sacrificio, y Blandina quedó sola en la arena. Envolviéronla en una red, y la expusieron á un toro furioso que la sacudió mucho tiempo. Por fin, como una víctima pura y obediente, presentó su garganta á la cuchilla que la inmoló al Dios que ella adoraba. Los mismos paganos confesaron que jamás mujer alguna habia sufrido tormentos tan crueles y tan multiplicados.—La rabia y el ódio de estas furias no estaba saciada todavía, y se cebaba en los mismos

cadáveres. Estos hombres, que habian perdido todo sentimiento de humanidad, entregaron los cuerpos de los santos Mártires á los perros; y recogiendo en seguida todos los restos dispersos; los quemaron, y arrojaron al Ródano sus cenizas. Todas estas precauciones fueron inútiles contra el poder y la voluntad del Señor. Se conoció luego por revelacion el sitio en donde estas santas reliquias estaban reunidas. Fueron recogidas con respeto, y colocadas debajo del altar de la iglesia que se edificó en honor de los santos Apóstoles, y que hoy dia existe aun con el nombre de Saint-Nizier. Estos Mártires eran en número de cuarenta y ocho, y sus nombres han sido conservados.

S. Epipodo y S. Alejandro.

Muchísimos sufrieron tambien, á mas de los mencionados, el martirio en las Galias. La misma ciudad de Lyon tuvo de nuevo la gloria de dar á la Iglesia dos héroes, llamados Epípodo y Alejandro. Estos eran dos jóvenes de distinguido nacimiento. Estaban unidos con los lazos de la mas tierna amistad, cuyos nudos la piedad habia cerrado fuertemente. Habiendo sido denunciados al presidente, salieron de la ciudad y fueron á refugiarse en la cabaña de una pobre viuda, en la que estuvieron algun tiempo seguros; pero como se hacian escrupulosas y exactas averiguaciones, fueron descubiertos y puestos en prision. Tres dias despues los condujeron, con las manos atadas á la espalda, ante el tribunal del presidente. Este juez les preguntó cómo se llamaban, y cual era la religion que profesaban. Dijeron su nombre, y declararon en alta voz que eran cristianos. Al punto se levantó una feroz gritería contra ellos, y el juez furioso gritó: «¡Qué! ¿Aun hay quien se atreve á violar los edictos «de nuestros príncipes? ¿De qué han servido, pues, «los tormentos que hemos hecho sufrir á los demás? Dicho esto, mandó separar el uno del otro, á fin de que no se animasen mútuamente. Alejandro, que era el de mas edad, fué vuelto á la prision, y aplicaron

á la tortura á Epípodo, que parecia el mas débil; pero antes de atormentarle, el juez, que esperaba ganarle con discursos seductores, le dijo: «Es menester «no obstinarse en perecer: nosotros adoramos á los «dioses inmortales que todos los pueblos de la tierra «y los emperadores adoran con nosotros; á estos dioses «los honramos con regocijos, con festines y con juegos. Vosotros adorais á un hombre crucificado, á «quien no se puede agradar sino renunciando á todos «los placeres. Abandona, pues, la austeridad, para «gozar de las dulzuras de la vida, que tanto convie«nen y tan propias son de tu edad.» Epípodo respondió: «Tu cruel compasion ni me conmueve ni me se«duce. Vosotros no sabeis que Jesucristo, despues de «haber sido crucificado, resucitó triunfante y glorio«so, y que siendo, por un misterio inefable, Dios y «hombre, franquea á sus servidores la entrada en el «reino celestial. Mas, para hablaros algo que com«prendais mejor, ¿ignorais que el hombre es un com«puesto de dos sustancias, esto es, de alma y cuer«po? Entre nosotros el alma manda y el cuerpo obe«dece. Los placeres voluptuosos á que os entregais «en honor de vuestros dioses halagan, es verdad, los «sentidos, pero dan la muerte al alma. Nosotros ha«cemos la guerra al cuerpo, pero es para que el alma «viva y conserve su imperio. En cuanto á vosotros, «despues que habeis procurado satisfacer vuestras «sensaciones y placeres como las bestias, no encon«trais sino una triste muerte: y nosotros, cuando nos «haceis morir, hallamos, al contrario de vosotros, una «vida eterna.» El juez irritado con esta respuesta mandó que le hiriesen la boca á puñadas, despues le hizo extender en el caballete (ecúleo), y dos verdugos armados con uñas de hierro empezaron á despedazar sus dos costados: pero la crueldad del juez era demasiado lenta, y no satisfacia el gusto del populacho furioso y desenfrenado, quien pedia á grandes y

desaforados gritos que se le entregase el santo Mártir para despedazarlo. Mas, temeroso el presidente de que alguno perdiese el respeto debido á su dignidad, dió órden de que se le cortase la cabeza. Despues de un dia de intérvalo, este mismo presidente, que queria satisfacer su rabia y la del pueblo con los suplicios que reservaba á Alejandro, lo hizo comparecer á su tribunal, y le dijo: «Aun podeis aprovecharos del «ejemplo de los otros: nosotros hemos hecho la guer«ra á los cristianos con tanto acierto, que, segun pien«so, ninguno queda sino vos:» Alejandro respondió: «Doy gracias á Dios, porque recordándome los triun«fos de los Mártires me animais con su ejemplo: por «lo demás, os engañais completamente; el nombre «cristiano no puede perecer. Yo soy cristiano, y lo «seré siempre.» El presidente, como lo habia hecho con su amigo Epípodo, le hizo extender sobre el ecúleo con las piernas muy separadas, y golpeadas fuertemente por tres verdugos que se relevaban de tiempo en tiempo. El santo Mártir invocaba, entre tanto, con el mayor fervor el socorro del cielo, y recibió efectivamente tantas fuerzas, que primero se cansaron todos los verdugos de golpearle, que él de sufrir. En fin, el juez, viéndole inmutable, le condenó á morir en una cruz.

Mártires de Autun. San Sinforiano 178.

Durante esta misma persecucion la ciudad de Autun ofreció un espectáculo tambien edificante en la persona de san Sinforiano, jóven de una familia distinguida. Un dia que se celebraba con pompa la fiesta de Cibeles, diosa del paganismo, Sinforiano manifestó el horror que le causaba este culto impío. Se le arrestó por ello, y fué conducido al gobernador, que entonces se hallaba en Autun haciendo pesquisas en persecucion de los cristianos. Este, colocado en su tribunal, le dijo: «¿Cómo, pues, habeis podido eludir hasta «ahora mis investigaciones, cuando yo creia haber «limpiado esta ciudad de los que llaman cristianos?

«Decidme ¿por qué habeis rehusado adorar á la gran «Cibeles?» Sinforiano respondió: «Yo soy cristiano, «y no adoro mas que á un solo Dios, que reina en el «cielo. Por lo que hace á la imágen del demonio, re«presentado en vuestra Cibeles, no solo no la adoro, «sino que, si me lo permitís, la reduciré á polvo en «un momento.—Probablemente es vuestro nacimien«to, dijo el juez, el que os inspira esta arrogancia y «esta resolucion impía; pero ¿conoceis las órdenes «del Emperador?» En seguida hizo leer el edicto que condenaba á muerte á todos los que rehusaren sacrificar á los dioses, y añadió: «¿Qué teneis que respon«der á esto? ¿podemos nosotros rebelarnos acaso con«tra los decretos del príncipe?—Este ídolo, respondió «Sinforiano, es una invencion del demonio, de la que «se sirve él para perder á los hombres. Un cristiano «que se abandona al crímen caerá en el abismo: nues«tro Dios tiene castigos para el pecado, y recompen«sas para la virtud. Yo no llegaré al punto de la bien«aventuranza eterna sino perseverando en la confe«sion de su santo nombre.» Á esta respuesta el juez le hizo azotar con varas, y le envió á la prision. Algunos dias despues le hizo comparecer de nuevo; ofrecióle una gratificacion, sacada del tesoro público, con un empleo en la milicia, si quería adorar la estatua de Cibeles. «Un juez, le dijo Sinforiano, no debe «perder el tiempo en discursos inútiles, ni tender la«zos á la inocencia. No temo la muerte: nosotros de«bemos nuestra vida al Autor de ella: ¿por qué, pues, «no habíamos de ofrecer á Jesucristo como un don lo «que un dia debemos pagarle como una deuda? Vues«tras promesas y favores no son mas que un veneno «oculto bajo un pérfido incentivo: el tiempo se lleva «vuestros bienes y riquezas como un rápido torrente, «y solo Dios es el que puede concedernos una felicidad «constante y perpétua. La mas remota antigüedad no «ha visto el principio de su gloria, ni la continuacion

«de los siglos verá jamás su fin.—Cansais mi pacien«cia, jóven, repuso el juez irritado. Si hoy mismo no «sacrificais al ídolo, os condenaré á muerte; despues «de haberos hecho sufrir horribles tormentos.» Sinforiano dijo: «Yo no temo sino al Dios todopoderoso «que me ha criado, ni sirvo á otro que á él; mi cuerpo «únicamente es el que está en poder vuestro, pero «nunca lo estará mi alma.» Entonces el juez, enfurecido, pronunció la sentencia siguiente: *Que el sacrílego Sinforiano muera degollado para vengar á los dioses y las leyes.* Cuando le conducian al suplicio corrió á su encuentro su madre, no para enternecerle con sus lágrimas, sino para animarle y fortalecerle con sus exhortaciones; y desde lo alto de las murallas le gritaba: «Hijo mio Sinforiano, querido hijo «mio, acuérdate de Dios vivo: muestra tu valor, hijo «mio; pues no debes temer una muerte que te con«ducirá seguramente á la vida. Para que no sientas «dejar la tierra, levanta tus ojos al cielo, y menospre«cia los tormentos que no duran mas que algunos «instantes: si tienes constancia, serán cambiados por «una felicidad eterna.» La fé, que hizo triunfar á esta madre generosa de la ternura que inspira la naturaleza, no es menos admirable que la que hizo triunfar al hijo de los horrores de la muerte.

Despues de la muerte de Marco Aurelio la Iglesia gozó alguna tranquilidad bajo el reinado de sus sucesores, demasiado ocupados en sus desórdenes para pensar en los intereses del paganismo.

Quinta persecucion, por Septimo Severo 202.

Quinta persecucion.—Séptimo Severo (193-211), emperador de Roma, mostró al principio de su gobierno alguna humanidad en favor de los cristianos, y aun se llegó á creer que les era favorable; pero no tardó en verse que habia dejado aumentar su número para tener mas víctimas que inmolar á su furor. El año décimo de su reinado publicó contra ellos edictos sangrientos, que fueron ejecutados con tanto rigor, que

los fieles creyeron que habia llegado el tiempo del Anticristo.—La persecucion empezó en Egipto, donde fué muy violenta. Entre los mártires que derramaron su sangre por la fé se distinguió una jóven esclava llamada Potamiena. El dueño á quien pertenecia trató muchas veces de conducirla al mal, queriendo profanar su pureza; pero la jóven resistió constantemente á sus deseos y á sus instancias. Viéndose rechazado, y lleno de furor por tantos desaires, resolvió perder á esta santa doncella, y la denunció como cristiana al gobernador de Alejandría, pero al mismo tiempo indujo á este gobernador á que le secundase en su pasion, prometiéndole una gruesa suma si podia conseguir que Potamiena se rindiese á sus deseos, y que no se la condenara al suplicio sino en el caso de que persistiese en su obstinada negativa. Fué, pues, conducida ante el tribunal del gobernador, quien empleó cuantos medios pudo imaginar para seducirla; pero esta valiente y generosa jóven permaneció firme, no dejándose ablandar ni por las caricias engañosas de este juez inícuo, ni por los suplicios con que la amenazaba. Tanta firmeza irritó al gobernador quien la condenó á ser arrojada en una caldera de pez hirviendo. Como los verdugos se disponian á desnudarla, les rogó que no la quitasen sus vestidos; pero, en cambio de esta gracia que el pudor solicitaba por ella, consintió en que la fuesen descendiendo lentamente á la tina, á fin de que la duracion de sus padecimientos fuese una prueba del poder de Jesucristo y de la fidelidad que ella queria guardarle. Los ejecutores la concedieron lo que deseaba, y afectaron verdaderamente una lentitud tal, que hicieron durar su terrible suplicio el espacio de tres horas; convenciéndose ellos mismos con este ejemplo que la gracia de Jesucristo eleva á sus fieles siervos sobre cuanto hay de mas lento, rudo y horroroso en materia de penalidades. Uno de los guardias que asistian á su ejecucion, lla-

Mártires de África.

Santa Potamiena en Alejandría.

San Basílides. mado Basílides, trataba á la Santa con honestidad, é impedia al populacho que la insultase: ella le manifestó su reconocimiento, y le prometió interesarse por él en presencia de Dios. En efecto, algun tiempo despues Basílides, movido por un sentimiento de amor á Jesucristo, se declaró cristiano. Al principio creyeron que se burlaba; pero cuando vieron que persistia en su confesion le presentaron al juez, quien mandó encarcelarle. Los fieles fueron á visitarle, y le dieron el Bautismo. Al dia siguiente, despues de haber confesado gloriosamente á Jesucristo, se le cortó la cabeza. ¡Solo una religion enteramente divina puede inculcarse de este modo á los hombres en medio de los mas crueles suplicios!

La persecucion no era menos violenta en Cartago, donde fueron arrestados cuatro jóvenes llamados Saturnino, Revocato, Secúndulo y Saturio, y con ellos dos mujeres, jóvenes tambien llamadas Perpétua y Felícitas. La primera, que era de noble linaje y hermana de Saturio, criaba un niño, y la segunda estaba en cinta. Nada hay mas interesante que la historia de su combate, escrita por la misma santa Perpétua. Se expresa en estos términos: «Despues que nos arres«taron nos tuvieron guardadas algun tiempo antes de «llevarnos á la prision. Mi padre, que era el único de «mi familia que no fué cristiano, acudió en seguida, «y se esforzó cuanto pudo para hacernos cambiar de «resolucion. Como me apuraba mucho para que no «me confesase cristiana, le enseñé un vaso que por «casualidad habia allí:—Padre mio, le dije, ¿puede «darse á este vaso otro nombre que el que le convie«ne?—No, respondió él.—Pues bien, yo tampoco pue«do darme otro que el de cristiana, que me pertene«ce.—Á estas palabras se arrojó sobre mí como para «arrancarme los ojos; mas despues se retiró confuso «de su arrebato: pasó algunos dias sin volver, y yo «disfruté algun reposo. Durante este intérvalo fuimos

Santa Perpétua, santa Felícitas y otros Santos de Cartago. 205.

«bautizados; y el Espíritu Santo me inspiró entonces «no pedir otra cosa que la constancia en los tormen-«tos. Poco tiempo despues fuimos conducidos á la pri-«sion. Al entrar quedé sobrecogida, porque yo nunca «habia visto esta clase de sitios. ¡Qué dia tan penoso! «¡qué calor! nos ahogábamos; ¡tanto era lo que está-«bamos oprimidos! Añadid á esto la brutalidad de los «soldados que nos guardaban. Pero lo que mas me «inquietaba era el que yo no tenia allí á mi niño. En «fin, me lo trajeron, y dos diáconos, Festino y Pom-«ponio, lograron á fuerza de dinero que se nos pu-«siese por algunas horas en otro sitio menos incómo-«do. Cada uno tenia el pensamiento ocupado en lo que «mas le interesaba; en cuanto á mí, no tenia enton-«ces cosa mas urgente que el dar de mamar á mi hi-«jo, que se moria de hambre. Lo recomendé con ins-«tancia á mi madre, que habia venido á verme. Me «affigia en extremo ver á mi familia sumida en amar-«go dolor por causa mia, y esta pena me duró muchos «dias: pero se disipó en seguida, y aun la cárcel se «me convirtió en una mansion agradable. Un dia mi «hermano me dijo: «Tu tienes bastante crédito con «Dios; pídele que te haga conocer si sufrirás la muer-«te, ó si te devolverán la libertad.» Como yo habia «experimentado ya la bondad de mi Dios, prometí á «mi hermano que le instruiria de mi suerte al dia si-«guiente. En efecto, despues de mi oracion ví una «escala de oro que se elevaba hasta el cielo, pero tan «estrecha que no podia subir por ella mas que una «persona á la vez: de los dos lados estaba guarnecida «de espadas, de puñales, de lanzas; de manera que «sin una grande atencion y sin mirar á lo alto el que «subiese no podia dejar de recibir muchas heridas en «todo su cuerpo. Al pié de la escala estaba un dragon «terrible, pronto á lanzarse sobre el que subiese en «ella. Mi hermano Saturio la habia salvado, ya y des-«de lo alto me decia: «Perpétua, te aguardo; pero

«ten cuidado con el dragon.« Yo le respondí: «Espero «en Nuestro Señor todopoderoso que no me hará nin«gun mal.» Me acerqué en efecto, y en seguida el dra«gon se volvió dulcemente como si me hubiese tenido «miedo: puse entonces mi pié sobre su cabeza, que «me sirvió de primer escalon. Llegada á lo alto de la «escala, descubrí un jardin inmenso, y en medio de «él á un hombre venerable bajo la figura de pastor, «rodeado de una multitud de personas vestidas de «blanco. Al verme me dijo con dulzura; «Bien venida «seas, hija mia;» y me puso en la boca un delicioso «alimento, que recibí juntando las manos. Toda su «comitiva respondió *Amen;* lo que me despertó, y «percibí que mascaba aun cierta cosa de una dulzura «maravillosa. Al otro dia conté este sueño á mi her«mano, y deducimos de él que debíamos bien pronto «sufrir ambos el martirio. Empezamos á desprender«nos enteramente de las cosas de la tierra, para diri«gir todos nuestros pensamientos á la eternidad.— «Pocos dias despues se esparció el rumor de que íba«mos á ser interrogados. Mi padre vino de nuevo á la «prision, y lleno de tristeza me dijo: «Hija mia, ten «piedad de mis canas; ten compasion de tu padre. Si «yo te he educado con tanto esmero y cuidado, si te «he profesado mas cariño y mirado con mas ternura «que á mis demás hijos, no cubras de oprobio mi ve«jez. Mira á tu madre tambien; piensa en tu hijo, que «no puede vivir sin tí, y desecha esta obstinacion que «nos perderá á todos.» Sus instancias me partian el «corazon, y le compadecia, porque solo él de en«tre mi familia se afligia de mi martirio. Cuando «me hablaba de aquel modo me tomaba las manos, «me las besaba y las regaba con sus lágrimas. Con «todo, sin dejarme vencer le dije: «Sucederá en el in«terrogatorio lo que será del agrado de Dios; porque «nosotros, padre mio, no estamos en nuestro poder, «sino en el suyo;» y con esto se retiró. Al dia siguien-

«te, mientras estábamos comiendo, vinieron de re-
«pente á prendernos para conducirnos ante el juez:
«toda la ciudad lo supo , encontramos la plaza llena
«de un gentío inmenso. Se nos hizo subir al tablado:
«y primero interrogaron á mis compañeros, quienes
«confesaron valerosamente á Jesucristo. Llegó por
«último mi vez y al instante mi padre, apareciendo
«con mi niño en brazos, me arrancó de mi puesto, y
«me rogó que negase con mas instancia que nunca:
«el juez se unió á él. «Conservad, me dijo, conservad
«la vejez de vuestro padre y la infancia de vuestro
«hijo sacrificando por la salud de los emperadores.—
«Yo no sacrifico, le respondí.—¿Vos sois, pues, cris-
«tiana?—Sí; si lo soy.»—Como mi padre se esforzaba
«á sacarme del tablado, el juez ordenó que le quitasen
«de allí, y hasta llegaron á pegarle para hacerle obe-
«decer. Sentí el golpe que le dieron lo mismo que si
«yo lo hubiese recibido, y mi corazon estaba despe-
«dazado viendo á mi padre maltratado en su vejez.
«Entonces el juez pronunció nuestra sentencia, y nos
«condenó á todos á ser expuestos á las fieras. Nos vol-
«vimos llenos de alegría á la prision; pero esta ale-
«gría era turbada por el estado de Felícitas, que se
«hallaba en el octavo mes de su preñez: temia ex-
«traordinariamente que se difiriese su martirio; por lo
«que nos pusimos todos á orar con fervor para obte-
«ner de Dios que Felícitas alumbrase antes del dia del
«combate. Apenas habíamos acabado la oracion cuan-
«do nuestra tierna y afligida compañera sintió los
«dolores del parto; y como era prematuro, porque no
«habia llegado á su término el embarazo, los dolores
«eran muy vivos: sufria mucho, y la violencia del
«mal la obligaba de vez en cuando á dejar escapar
«algunos gemidos. Uno de sus guardas tomó de aquí
«ocasion para decirla: «Si os quejais ahora, ¿qué será
«cuando os veais despedazada por las fieras?» Á lo
«que esta mujer generosa respondió: «Ahora soy yo

«quien sufro, y por esto me quejo; pero entonces ha- «brá otro en mí que sufrirá por mí, porque sufriré yo «por él.» Dió á luz una niña, que una mujer cristiana «vino á recoger; á la que cuidó y educó con el mismo «esmero que si fuese su propia hija. Entre tanto el «conserje de la prision, llamado Pudente, habiendo «observado que Dios nos otorgaba muchos favores, «tenia con nosotros bastante consideracion, y dejaba «entrar libremente á todos los que nos venian á vernos. «Pocos dias antes de los espectáculos ví entrar á mi «padre, que venia á darme el último asalto. Se hallaba «tan decaido, y en un estado de abatimiento tan gran- «de, que no podia expresarse: se arrancaba la barba, «se revolcaba por el suelo, y permanecia en él vuelto «el rostro contra el polvo, dando gritos y maldiciendo «su vejez, viéndole asi desesperarse, yo moria de do- «lor; pero Dios me sostuvo una vez mas contra la vio- «lencia de este ataque.»—Aquí termina la relacion de la Santa. La que sigue fué escrita por un testigo de vista.

Cuando hubo llegado el dia de los espectáculos sacaron á los santos Mártires de la prision para conducirlos al anfiteatro. La alegría estaba pintada en sus semblantes, brillaba en sus ojos, aparecia en sus gestos, y se dejaba conocer en sus palabras. Perpétua marchaba la última. La tranquilidad de su alma se hacia notar en su aire y continente modesto: iba con los ojos bajos para ocultar su vivacidad á los espectadores. Felícitas no manifestaba menos contento de verse suficientemente restablecida para morir con los otros. Saturnino y Saturio amenazaban con la cólera divina al pueblo idólatra que los rodeaba; y cuando estuvieron cerca del juez que los habia condenado, le dijeron con autoridad: «Vos nos condenais hoy, «pero dentro poco vos mismo seréis juzgado por Dios.» El pueblo, irritado de estas reprensiones, pidió que fuesen azotados. Enajenados de gozo por adquirir

esto nuevo rasgo de semejanza con el Salvador, los santos Mártires hicieron ver mas claramente su alegría. Dios les concedió á cada uno el género de muerte que habia deseado; porque mientras que reunidos en la prision se entretenian hablando de los diversos suplicios que hacian sufrir á los cristianos, Saturnino manifestó el deseo que tenia de combatir contra todas las bestias del anfiteatro. En efecto, despues de haber sido atacado, lo mismo que Revocato, por un furioso leopardo, fueron uno y otro arrastrados por un oso. Saturio al contrario, no temiendo nada tanto como al oso, deseaba que un leopardo le quitase la vida del primer golpe de sus dientes. No obstante, lo primero que lanzaron contra él fué un jabalí; pero el animal se volvió contra el picador que le conducia, y le hirió de muerte. Lo expusieron en seguida á un oso, que no quiso salir de su jaula; y así Saturio no recibió por entonces herida alguna. Las dos Santas, Perpétua y Felícitas, fueron expuestas á una vaca furiosa metidas en una red. El animal acometió primero á Perpétua, la arrojó al aire con violencia, y dejóla caer de espaldas. Perpétua volvió á levantarse, ató otra vez sus cabellos, y apercibiéndose de que Felícitas, á quien la vaca habia atacado tambien, estaba tendida en el suelo toda magullada de sus heridas, fué á darla la mano y le ayudó á levantarse. Hasta entonces nada habia advertido de lo que habia con ella pasado, así es que preguntó con el mayor candor y sencillez: *¿Cuándo acabarán, pues, de ponernos en poder de esta vaca?* Para persuadirla de que habia sufrido ya, fué necesario enseñarla sus vestidos desgarrados, y las señales de las contusiones que habia recibido. Entonces, habiendo reconocido á un catecúmeno nombrado Rústico, le rogó que llamase á su hermano Saturio; y cuando los dos se hubieron acercado á ella, los exhortó á la constancia en la fé. Saturio, habiéndose luego retirado á uno de los pórticos del anfiteatro, decia al

carcelero Pudente, que estaba allí, y se habia convertido: «¿No os lo dije yo que las primeras bestias «no me harian ningun mal, y que seria el diente de «un leopardo el que me daria la muerte?» Un momento despues, habiendo sido expuesto por tercera vez, un leopardo se lanzó sobre él, y de una sola dentellada le hizo tan grande herida que quedó cubierto de sangre. El pueblo gritó: «Vedle ahí segunda vez bau«tizado.» Entonces Saturio, dirigiendo la vista á Pudente, «Adios, querido amigo, le dijo; acordaos de mi «fé, é imitadla tambien: que no os turbe mi muerte, «sino que al contrario os dé valor para sufrir.» Despues, pidiendo al carcelero la sortija que llevaba en el dedo, y habiéndola empapado en su sangre, se la devolvió como una prenda de su fé y de su amistad, y cayó muerto. Así Saturio murió el primero, segun la vision de Perpétua.—Al fin de los espectáculos el pueblo pidió que los otros Mártires fuesen llevados en medio del anfiteatro para recibir allí el golpe de muerte: ellos vinieron por sí mismos, y se dejaron degollar sin hacer el menor movimiento. Perpétua cayó en manos de un gladiador muy torpe, que la hizo sufrir mucho tiempo; hasta que, por fin, se vió ella misma precisada á conducir la espada á su garganta, y á señalar de este modo el sitio en que la debia herir. ¡Tanto heroismo en unas mujeres jóvenes y delicadas no podia venir de la naturaleza: era evidente que esta no alcanza tan léjos, y que es preciso recurrir á Dios para comprenderlo!

Mártires de las Galias S. Ireneo de Lyon. 211.

La persecucion se extendió hasta las Galias, y no puede caber duda que coronó á san Ireneo, obispo de Lyon. Habia sido discípulo de san Policarpo, y en las fuentes de su escuela fué donde bebió esta ciencia profunda de la Religion que le hizo una de las lumbreras de la Iglesia. San Policarpo formó á la vez su espíritu y su corazon con las lecciones y los ejemplos que le daba. El discípulo, por su parte, estaba pene-

trado de veneracion hácia las eminentes virtudes de su maestro: observaba cada una de sus acciones á fin de llenar su espíritu hasta de lo que veia. «Yo escu«chaba, dice el mismo, con la mas grande atencion «sus instrucciones, y las grababa, no sobre tabletas (1), «sino en lo profundo de mi corazon. Aun tengo pre«sente en mi memoria la gravedad de sus pasos, la «majestad de su rostro, la pureza de su vida, las san«tas exhortaciones con que instruia á su pueblo; me «parece que aun lo oigo decir el modo como habia «conversado con san Juan y con otros muchos que «vieron á Jesucristo; las palabras que habia oido de «su boca; todas las particularidades que ellos le ha«bian explicado de los milagros y de la divina doctri«na de su Salvador; y todo lo que decia estaba con«forme con las santas Escrituras.» San Ireneo fué elegido sucesor de san Potino en la silla episcopal de Lyon: poseia todas las cualidades necesarias para consolar y sostener á esta iglesia en tiempos tan difíciles como los que entonces corrian, distinguiéndole un celo ardiente, una profunda erudicion y una santidad probada. No se necesitaba menos para reparar las pérdidas que habia sufrido la iglesia de Lyon, y formar un nuevo pueblo de Mártires, que bien pronto debia alcanzar nuevos triunfos. Se asegura que el emperador Severo, viendo que el número de fieles se multiplicaba en Lyon por los cuidados de este santo Prelado, tomó una resolucion digna de su crueldad. Dió órden á sus soldados que cercasen la ciudad y degollasen indistintamente á todos los que se declarasen cristianos. La matanza se hizo casi general. San Ireneo fué conducido á la presencia del tirano, que le hizo morir, alabándose de haber exterminado al pastor y á su rebaño. Esto es lo que nos refieren las actas

(1) Tablillas untadas con cera en que por entonces se escribia. *(El Traductor).*

de san Ireneo, y está confirmado tambien por otros monumentos. San Adon, en su *Crónica*, dice que san Ireneo sufrió el martirio con una multitud innumerable de cristianos; y una inscripcion antigua, que aun hoy dia se vé en Lyon, nota que, sin contar las mujeres y los niños, el número de mártires llegó á *diez y nueve mil*. Si se considera la crueldad del emperador Severo, y la constancia de los fieles, puede creerse muy bien que no es exagerada esta cifra. Esto sin duda ha hecho decir á san Euquerio que Lyon tenia un pueblo entero de Mártires, y á san Gregorio de Tours que hubo una multitud tan grande de cristianos degollados por la fé, que corrian arroyos de sangre por las plazas públicas. Los santos Padres han tributado magníficos elogios á este grande Obispo. Un piadoso sacerdote, llamado Zacarías, que escapó de la matanza, tuvo cuidado de su sepultura, y fué, segun se cree, su sucesor, habiéndole conservado Dios como una chispa, para que volviese á encender en esta iglesia el fuego sagrado que acababa de purificar tantas víctimas.

Sexta persecucion, por Maximino 235.

Sexta persecucion.—Durante el espacio de veinte y cuatro años, es decir, desde la muerte de Séptimo Severo (211) hasta el advenimiento al imperio del usurpador Maximino, vivieron en paz los cristianos. El emperador Alejandro Severo les habia sido mas bien favorable. Honraba á Jesucristo como á uno de sus dioses, y colocó su estátua en una especie de capilla doméstica; habia concebido el designio de hacerle poner solemnemente en el número de las divinidades del Senado. Este Príncipe hallaba muy buena esta máxima, que habia aprendido de los cristianos: *No hagas á los otros lo que no quisieras que te hiciesen*. La hizo fijar en su palacio, y cuando habia condenado al suplicio á algun malhechor, la hacia pregonar en voz muy alta por las calles. Esta disposicion favorable de Alejando fué para Maximino, su sucesor y asesino, un motivo de persecucion. Este Príncipe, que era na-

turalmente feróz, publicó contra ellos nuevos edictos. Se cree que un soldado cristiano fué causa de esto, con motivo de una accion que hizo mucho ruido. Cuando se proclamó á Maximino emperador, este Príncipe hizo, segun costumbre, muchas liberalidades á las tropas. Cada soldado debia presentarse al nuevo Emperador con una corona de laurel en la cabeza. Se presentó uno que tenia la cabeza desnuda, y llevaba su corona en la mano: habia ya pasado, sin que el tribuno hubiese parado atencion, cuando los murmullos de sus compañeros se lo hicieron reparar. Este oficial preguntó al soldado por qué no llevaba como los otros su corona en la cabeza. «La causa de ello es, respon-«dió el soldado, que yo soy cristiano, y que mi Reli-«gion no me permite llevar vuestras coronas.» (A lo que parece esto era una señal de idolatría). El soldado fué despojado de su vestido militar, y metido en prision. Este hecho dió lugar á una persecucion general: sin embargo, el Emperador no ordenó la pena de muerte sino contra aquellos que enseñaban á los otros y gobernaban las iglesias, persuadido de que los pueblos, destituidos del apoyo de sus pastores, serian fácilmente vencidos. Por otra parte temia despoblar el imperio extendiendo la persecucion á la multitud de los fieles; porque las ciudades y los campos, el ejército y el foro, todo estaba lleno de cristianos. Lo fuerte de la persecucion recayó, pues, sobre los obispos y los sacerdotes, y se condenó al último suplicio á todos los que pudieran ser habidos. El papa san Ponciano fué uno de los primeros que sufrieron entonces por la fe. San Antero, que le sucedió, no ocupó el solio pontificio mas que seis semanas, y se cree que recibió tambien la corona del martirio.—El reinado de Maximino fué una sucesion de crueldades no interrumpidas; pero sus detalles no han llegado hasta nosotros. Se sabe solamente que hubo iglesias incendiadas; lo que demuestra que los cristianos te-

nian desde entonces sitios públicos para reunir sus asambleas. Esta persecucion no duró mas que tres años; porque Maximino, que se habia hecho odioso, fué asesinado por sus propios soldados despues de un reinado muy corto.

Séptima persecucion, por Decio. 249.

Séptima persecucion.—El emperador Decio fué el autor de la séptima persecucion. Desde el principio de su reinado publicó un edicto sangriento contra los cristianos, que envió á todos los gobernadores de las provincias. Su ejecucion se llevó á cabo con extremo rigor: los magistrados no se ocupaban mas que de hacer pesquisas contra los cristianos, y reunir todo género de suplicios para atormentarlos. Las prisiones, los azotes, el fuego, las bestias feroces, la pez hirviendo, la cera fundida, las ruedas con puntas aguzadas y las tenazas hechas ascuas fueron puestas en uso; pero la Iglesia tuvo el consuelo de ver á una multitud de sus hijos permanecer firmes, y sufrir los mas largos y crueles tormentos con una constancia admirable. El papa san Fabiano les dió el ejemplo; pues fué una de las primeras víctimas inmoladas en esta persecucion. San Alejandro, obispo de Jerusalen, anciano venerable, fué presentado al tribunal del gobernador de la Palestina, y confesó generosamente el nombre de Jesucristo por segunda vez; porque ya le habia rendido testimonio bajo el reinado del emperador Severo, unos cuarenta años antes: le pusieron en prision, en la que murió cargado de cadenas. San Babil, obispo de Antioquía, recibió tambien la corona del martirio, y con él tres muchachos que instruia. Fué tan grande el número de los que entonces sufrieron por la fe, que segun la relacion del historiador Nicéforo, seria imposible contarlos. Despues de haber empleado inútilmente los suplicios mas violentos, los perseguidores pusieron en obra las torturas lentas, con el fin de cansar la paciencia de los Mártires, y algunas veces echaron mano de todos

los atractivos de la voluptuosidad para corromperlos. Hé aquí dos ejemplos de esta refinada crueldad:—Un cristiano habia sufrido ya las torturas de las uñas de hierro y de las planchas de metal encendidas; todo su cuerpo estaba cubierto de heridas; le hicieron untar de miel, y despues de haberle atado las manos á la espalda, lo expusieron echado boca abajo á un sol ardiente para entregarle á las picaduras insoportables de las moscas y otros insectos.—Otro, que era jóven todavía, fué llevado por órden del juez á un jardin encantador, entre los lirios y las rosas, cerca de un arroyo que se deslizaba con suave murmullo por debajo de los árboles, cuyas hojas agitaba levemente un viento sutil. Una vez puesto allí le tendieron sobre un lecho de plumas y le dejaron enteramente solo, despues de haberle sujetado con ligaduras de seda: en seguida le enviaron una cortesana, que habian escogido como la mas capaz de seducir por su juventud y belleza, y ablandar el corazon del jóven mártir; pero este hizo todos los esfuerzos de que era capaz para resistir á una tentativa sobrado violenta. Expuesto á tan peligroso ataque, el santo jóven, á falta de otros medios, se cortó la lengua con los dientes, y la escupió á la cara de esta malhadada é infeliz mujer, que se retiró helada de espanto.

Martirio de S. Pionio en Esmirna.

Entre todos los generosos atletas que sufrieron la muerte por Jesucristo durante esta persecucion, ninguno aparece mas ilustre que san Pionio, sacerdote de Esmirna. Un dia que estaba orando en su iglesia conoció por medio de una revelacion que seria preso el dia siguiente. En seguida púsose él mismo una cadena en el cuello para mostrar á sus perseguidores que estaba dispuesto á sufrir; y, en el caso de que le llevasen al templo de los falsos dioses, para hacer conocer á los espectadores que le conducian allí por violencia y á pesar suyo. Presentóse en efecto, el dia siguiente, un oficial que le arrestó, preguntándole

al mismo tiempo si sabia las órdenes del Emperador. «Nosotros no ignoramos, respondió el santo sacerdo- «te, que hay un mandamiento, y es el que nos obliga «á adorar á un solo Dios.—Venid conmigo á la plaza, «le dijo el oficial, y veréis el edicto del Emperador «que manda sacrificar á los dioses.» Cuando marchaban hácia ella les seguia una gran multiud de paganos y de judíos. San Pionio dirigió un discurso bastante largo á este pueblo, que le escuchó con atencion. Cuando hubo declarado, al fin de este discurso, que él no adoraba ni á los dioses ni á sus estatuas, ensayaron de persuadirle que cambiase de resolucion.—«Dejaos persuadir, le decian; un hombre de «vuestro mérito es digno de vivir: creednos, es muy «bueno gozar de la luz.—Sin duda respondió el santo «Mártir, la vida es un bien, y un cristiano nunca la «menosprecia: pero nosotros deseamos otra vida que «es preferible á esta. Os agradezco la afeccion que me «manifestais; pero temo que hay en ella alguna astu- «cia ó fingimiento. El odio declarado es menos temi- «ble y nocivo que las caricias engañosas.» Despues, volviéndose hácia el juez, «Si vuestra comision, le «dijo, es persuadirme ó castigarme, podeis hacer esto «último, porque lo primero no lo lograréis jamás.» Despues de muchas cuestiones, á las cuales el santo sacerdote respondió con firmeza, el juez empezó á instruir el proceso y á proceder al interrogatorio judicial, á fin de que todo estuviese corriente á la llegada del procónsul, que debia tardar pocos dias. Este magistrado, una vez en Esmirna, se hizo presentar san Pionio á su tribunal. «¿Persistís, le dijo, en vues- «tra resolucion? ¿no quereis arrepentiros?» El santo Mártir le respondió que no cambiaria jamás. Entonces el procónsul le hizo aplicar el tormento, y acabado este, le dijo: «Os dejo aun el tiempo suficiente para «que consulteis con vos mismo.—La dilacion es in- «útil, dijo san Pionio, yo no puedo cambiar.» En vista

de la tenaz resistencia del Santo el juez pronunció su sentencia, que estaba escrita en una tableta, y concebida en estos términos: *Mandamos que Pionio, sacrílego, que se ha declarado y confesado cristiano, sea quemado vivo para vengar á los dioses y amedrentar á los hombres.* El Mártir se dirigió alegre y con paso firme al lugar de la ejecucion: quitóse él mismo sus vestidos, se extendió sobre el poste, y se dejó clavar. Cuando ya estuvo clavado le dijo el ejecutor: «Dejad «vuestro error, es tiempo todavía; prometed que haréis lo que se os pide, y al instante os quitaré los «clavos.—¡Oh, no! no es posible: yo me doy prisa á «morir para luego resucitar.» Entonces lo levantaron con el poste en que estaba clavado, y le volvieron de cara al Oriente; despues colocaron á su alrededor una gran cantidad de leña, y la pegaron fuego. Como cerraba los ojos, el pueblo creyó que estaba muerto; pero era que oraba en silencio; acabada su oracion, los abrió, y vió que la llama empezaba á levantarse, y mirando al fuego con semblante alegre, dijo: «*Amen:* «Señor, recibid mi alma;» y al momento se apagó su vida dando un ligero suspiro. Extinguido el fuego, los fieles que estaban presentes hallaron su cuerpo entero y como cuando estaba en perfecta salud; sus cabellos intactos, su barba hermosa, y su rostro resplandeciente. Los cristianos, viendo tan gran prodigio, se confirmaron en la fe; los infieles se retiraron espantados y agitados por los remordimientos de su conciencia.

Octava persecucion, por Valeriano 257.

Octava persecucion.—La persecucion, que se habia entibiado un poco, volvió á encenderse con nueva violencia bajo el reinado del emperador Valeriano, en los años de 253 á 260. Este Príncipe se irritó contra los cristianos por las impulsiones de uno de sus ministros, que los odiaba, quien le persuadió que, para salir victorioso en la guerra que entonces tenia que sostener, debia abolir el Cristianismo. Con este

objeto publicó edictos que proporcionaron la gloria del martirio á un gran número de cristianos. El mas ilustre entre todos estos Mártires fué san Lorenzo, primero entre los diáconos de la Iglesia romana. (1) Cuando conducian al suplicio al papa san Sixto, quien le elevó al diaconato, animado san Lorenzo del deseo de dar tambien su vida por Jesucristo, le seguia derramando abundantes lágrimas, y diciéndole: «¿Á «dónde vais padre mio, sin vuestro hijo?» Santo pon«tífice, ¿á dónde vais sin vuestro ministro?» San Sixto le respondió: «Hijo mio, á tí te está reservado un com«bate mas grande: tú me seguirás dentro tres dias.» El santo Diácono, consolado con estas palabras, se preparó al martirio, y se apresuró á distribuir entre los pobres todo el dinero que tenia en su poder: porque los diáconos entonces eran los que cuidaban de la administracion de los bienes de la Iglesia. El prefecto de Roma, instruido de que la Iglesia poseia bastantes riquezas, quiso apoderarse de ellas: envió á llamar al santo Diácono, que era el depositario, y le dijo: «Vos«otros los cristianos os quejais de que se os trata con «mucho rigor, pero ahora no se trata aquí entre nos«otros de tormentos. Yo os pido con dulzura lo que «vos podeis dar. Sé que teneis vasos de oro y de plata «para vuestros sacrificios: entregadme estos tesoros; «el príncipe tiene necesidad de ellos para mantener

Martirio de san Lorenzo.

---

(1) Su calidad de español, por mas que hayan querido disputarla algunos escritores, especialmente italianos, es ya indudable y reconocida en el dia por todos los críticos. En cuanto á su patria, la ciudad de Huesca tiene en su favor no solo una tradicion constante y general, sino tambien los fundamentos mas probables. (Véase el tomo V del *Teatro eclesiástico de Aragon*, cap. XXI, pág. 275 y siguientes). Es sensible que la envidia de los perseguidores paganos haya privado á la Iglesia de España de las noticias de sus mártires en las primeras persecuciones; porque en el principio del siglo II era ya tan extraordinario el número de los cristianos en la Península, que Tertuliano consideraba extendida la fe por todos sus confines. Esta causa nos priva de presentar otras figuras quizas tan dignas como el héroe que nos ocupa. *(El Traductor)*.

«las tropas.» San Lorenzo le respondió: «Os confieso «que es muy rica nuestra Iglesia, y estoy seguro de «que el Emperador no tiene tesoros tan preciosos. Yo «os enseñaré una buena parte de ellos: concededme «solamente un poco de tiempo para ponerlo todo en «órden.» El prefecto no comprendió de que riquezas el santo Mártir le hablaba, y le concedió tres dias de término. Durante este intérvalo el santo Diácono recorrió la ciudad para reunir á todos los pobres que la Iglesia mantenia, y en seguida fué á decir al prefecto que todo estaba ya arreglado. Este le siguió, y viendo á una tropa de ciegos, cojos, estropeados, en lugar de los vasos preciosos que esperaba, echó sobre el santo Diácono una mirada amenazadora. «¿De qué os «incomodais? le dijo san Lorenzo. El oro no es mas «que un vil metal, á menudo causante de muchos «males: el oro verdadero es la luz divina que alum«bra á estos pobres: ved aquí pues las riquezas que «os prometí.—¿Así es como tú me burlas? le dijo «el prefecto enfurecido. Yo se que los cristianos os «preciais de tener en poco á la muerte, y que no la «temeis; pues bien; no esperes morir con prontitud: «yo haré prolongar en tí las torturas, y tú no morirás «sino por grados.» En efecto, se empezó el martirio destrozando á azotes su cuerpo; despues se prepararon unas parrillas de hierro sobre carbones encendidos, y se colocó al Santo sobre ellas, pero de modo que el fuego no penetrase su carne sino muy despacio. Pero el fuego de la caridad que abrasaba su corazon era mucho mas activo, que el que quemaba su cuerpo, y le hacia como insensible á este tormento: no se ocupaba mas que de la ley del Señor, y su suplicio se convertia para él en un verdadero refrigerio. Despues de haber sufrido por largo tiempo esta tortura horrible, dijo tranquilamente al juez: «De «este lado mi cuerpo está ya bastante asado: haced que me vuelvan del otro,» y algunos momentos des-

pues añadió: «Ahora mi carne está ya en sazon, po«deis comer de ella.» Levantando en seguida los ojos al cielo pidió á Dios por la conservacion de Roma, y su espíritu voló á la mansion de los Santos. ¡Qué valor! ¡qué tranquilidad en medio de tan terribles y penetrantes dolores! En vano se tratará de buscar el principio de esta fortaleza en otra parte que en la fuerza omnipotente del auxilio divino.

Martirio de san Cipriano. 258.

San Cipriano, obispo de Cartago, sufrió tambien el martirio. Habia nacido en África, de una familia distinguida. Antes de su conversion enseñó la retórica en Cartago con gran éxito. No fué sino en su edad madura, y despues de muchas reflexiones, cuando abrazó el Cristianismo. Estuvo vacilando mucho tiempo antes de determinarse á abandonar la religion pagana, en la que habia nacido. Le parecia difícil renacer para llevar una nueva vida, y convertirse en otro hombre, teniendo el mismo cuerpo. «¿Cómo es posi«ble, decia él, destruir hábitos inveterados, y que «han llegado con el tiempo á hacerse una segunda «naturaleza? ¿Cómo aprender á ser frugal el que está «acostumbrado á una mesa abundante y delicada?» Esto es lo que escribia él mismo á uno de sus amigos. «Pero, añade, cuando el agua de la regeneracion «hubo lavado las manchas de mi vida pasada, y mi «corazon purificado hubo recibido la luz celeste, to«das mis dificultades se desvanecieron: encontraba «fácil lo que me habia parecido imposible.» Hizo tan grandes progresos en la virtud, que se creyó, deber elevarle al sacerdocio poco tiempo despues de su bautismo. Habiendo muerto en seguida el obispo de Cartago, el pueblo fiel le pidió con instancia para prelado suyo. Á esta noticia el santo sacerdote tomó la fuga, cediendo á los mas antiguos un honor del que se creia indigno; pero se descubrió el lugar en donde se habia escondido, y le obligaron á someterse. Sus virtudes aparecieron con nuevo resplandor una vez reves-

tido de esta dignidad. Su caridad por los pobres no tenia límites. Se aplicó con un celo admirable é infatigable á afirmar la disciplina y á instruir su rebaño. Habia escapado de la persecucion del emperador Decio retirándose por algun tiempo, porque á él principalmente era á quien los paganos buscaban para hacerle morir; y muchas veces en el anfiteatro se habian repetido estos gritos terribles: *¡Cipriano á los leones! ¡Cipriano á los leones!* En su retiro tampoco estuvo ocioso: trabajaba sin descanso por el bien de su pueblo, ya sea por medio de cartas, ya por el ministerio de aquellos á quienes habia confiado su direccion. De vuelta á su iglesia extendió sus cuidados á toda el África: nada se escapaba á su vigilancia. Paterno, procónsul de África, le hizo conducir á su tribunal. «El «Emperador me manda, le dijo, hacer profesar á todos «sus súbditos la misma religion que él profesa. ¿Qué, «y quién sois vos?» El santo obispo le respondió:— «Soy cristiano y obispo. Yo no conozco mas que un «verdadero Dios, que ha criado el cielo y la tierra: «este es el Dios á quien nosotros servimos, y á quien «dirigimos en particular nuestras oraciones por la «prosperidad de los emperadores.—Quiero saber, aña- «dió el Procónsul, quiénes son los sacerdotes adictos «á vuestra iglesia.—No puedo descubrirlos, replicó «san Cipriano; vuestras mismas leyes condenan á los «delatores.» Despues de algunas otras preguntas, á las que siguieron otras respuestas tan firmes como estas, el Procónsul le envió desterrado á Curuba, pequeña ciudad situada sobre la costa de África, pero distante de Cartago. Muchos otros obispos de África y un gran número de sacerdotes fueron desterrados al mismo tiempo, y dispersos en diferentes sitios salvajes en los que tuvieron mucho que sufrir. San Cipriano los consoló con una carta que no puede leerse sin experimentar una centella del fuego divino en que estaba su corazon abrasado, y que le hacia poner to-

da su dicha en padecer por Jesucristo. Permaneció un año en el lugar de su destierro; despues fué conducido de nuevo á Cartago para ser juzgado por el procónsul que habia sucedido á Paterno. La persecucion se habia encendido con mas violencia, y el edicto del emperador Valeriano decia que los obispos, los sacerdotes y los diáconos serian condenados á muerte en el acto. San Cipriano fué confiado al capitan de guardias, que estaba alojado en un arrabal de Cartago. Sus amigos tuvieron la libertad de verle, y todo el pueblo se presentó tambien á visitarle. Temiendo los cristianos que no le hiciesen morir durante la noche, la pasaron toda entera á la puerta de la casa en que se hallaba custodiado. El procónsul estaba entonces en su casa de campo, y el santo Obispo fué conducido á ella con un tiempo muy caluroso. Un soldado, viéndole empapado en sudor, le aconsejaba que se mudase el vestido. «¿De qué serviria, dijo el «Santo, tratar de endulzar unos males que van á ter«minar?» En cuanto el procónsul le avistó, preguntóle si era él á quien llamaban Cipriano.—«Sí; soy yo «mismo respondió el santo Pastor.—El Emperador os «manda que sacrifiqueis á los dioses.—No haré tal. «—Pensad en vos.—En un negocio tan justo no hay «necesidad de deliberar.« En fin, el procónsul, habiendo tomado parecer de su Consejo, habló al santo Obispo en estos términos: «Hace mucho tiempo que «haceis profesion de impiedad, sin que nuestros em«peradores hayan podido atraeros á mejores senti«mientos. Puesto que sois el jefe de esta secta perni«ciosa, serviréis de ejemplo á los que habeis arras«trado á la desobediencia, y la disciplina de las leyes «se restablecerá y afirmará con vuestra sangre.» Tomando en seguida la tableta en que estaba escrita su sentencia, la leyó en alta voz. Decia así: *Se manda que Cipriano sea degollado.*—El santo Obispo respondió: «Doy gracias á Dios.» Los fieles, que eran en

gran número en la asamblea, exclamaron: «¡Que se «nos corte tambien á nosotros la cabeza!» Se habia elegido para sitio de ejecucion un terreno rodeado de grandes árboles, á alguna distancia de la ciudad. Aunque este lugar fuese muy espacioso, resultó demasiado pequeño para poder contener á la multitud que allí se reunió. El santo Obispo dió, hasta el fin, pruebas de la solicitud pastoral que le animaba hácia su rebaño. Habiendo sabido que entre la muchedumbre se hallaban algunas jóvenes vírgenes, ordenó que se tuviese cuidado de ponerlas al abrigo de todo peligro. Llegado al sitio del suplicio se prosternó, puso el rostro contra el suelo, y dirigió á Dios una ferviente oracion. Cuando la hubo terminado se quitó los vestidos, que dió á sus diáconos; tomó en seguida la venda para cubrirse los ojos, y como le costaba poder atarla por detrás, un sacerdote y un diácono le prestaron este último servicio. Entonces se presentó el ejecutor, y el santo Martir le hizo dar veinte y cinco escudos de oro; despues se puso de rodillas, y teniendo las manos cruzadas sobre el pecho, esperó el golpe que debia hacerle pasar de esta vida á la inmortalidad gloriosa. Los fieles recogieron su sangre en lienzos que habian extendido al rededor de él antes que se le cortase la cabeza, y conservaron esta preciosa reliquia con un respeto religioso.

Martirio de san Montano y de sus compañeros

No quedó por esto apagada la persecucion con la sangre de san Cipriano, y algunos meses despues hubo todavía una gran multitud de Mártires. Los mas ilustres fueron san Montano y sus compañeros, en número de ocho. Conservamos aun la relacion de su martirio, empezada por ellos mismos en la prision, y terminada por un testigo ocular. Hé aquí como se expresan: «Cuando nos hubieron arrestado supimos «que el gobernador debia condenarnos á ser quema«dos vivos, y que la ejecucion habia de tener lugar «el dia siguiente; pero Dios, que tiene en su mano el

«corazon de los jueces, no permitió que nos hiciesen «sufrir este género de suplicio. El gobernador mudó «de resolucion, y nos envió á la cárcel. Este sitio no «tuvo para nosotros nada de horrible; su oscuridad «fué reemplazada por una claridad enteramente ce- «lestial: un rayo del Espíritu Santo alumbró esta ne- «gra mansion, é hizo nacer la luz en las tinieblas. Al «dia siguiente por la tarde fuimos de repente sacados «por los soldados, y conducidos al palacio para ser «interrogados. ¡Oh dia feliz! ¡Cuán ligeras nos pare- «cieron las cadenas de que allí nos cargaron! El go- «bernador nos hizo muchas preguntas, á las cuales «mezcló amenazas y promesas. Nuestras respuestas «fueron modestas, pero firmes, generosas y cristia- «nas: en fin, salimos del interrogatorio vencedores «del demonio. Se nos volvió á la prision, y en ella «nos preparamos á un nuevo combate. El mas rudo «que tuvimos que aguantar fué el hambre y la sed; «porque, despues de habernos hecho trabajar el dia «entero, se nos rehusaba todo, hasta un poco de agua. «Dios por sí mismo nos consoló, haciéndonos conocer «en una vision que nos quedaban pocos dias que su- «frir, y que no nos abandonaria; nos procuró tambien «algunos refrigerios por el ministerio de dos cristia- «nos que cuidaron de hacerlos llegar hasta nosotros. «Este socorro nos alivió un poco; nuestros enfermos «se restablecieron: olvidamos bien pronto nuestras «fatigas, y nos entregamos á la oracion y á bendecir «la misericordia divina que se habia dignado endul- «zar nuestras penas. Lo que contribuye mucho á sos- «tenernos y consolarnos es la íntima union que reina «entre nosotros, porque no tenemos todos sino un «mismo espíritu, que se nos incorpora en la oracion y «en nuestras conversaciones. Vosotros lo sabeis; nada «es mas dulce que esta caridad fraternal, tan agra- «dable á Dios, y con la cual se obtiene de él todo lo «que se le pide, segun esta palabra consoladora de

«Jesucristo: *Si dos personas se juntaren en la tierra «para pedir alguna cosa á mi Padre, la obtendrian in«faliblemente.»*—En fin, el gobernador los hizo citar de nuevo á su tribunal: todos declararon en alta voz que persistian en su primera confesion. Entonces pronunció una sentencia que los condenaba á ser degollados, y en seguida fueron conducidos al sitio en donde se les debia inmolar. Se reunió en él un gran concurso del pueblo, donde los fieles veíanse confundidos con los paganos, pues todos concurrian con igual ansia. Los santos Mártires tenian la alegría pintada en sus semblantes, y esta alegría procedia de que se creian próximos á llegar á la eterna felicidad: exhortaban con vigor á todos los que los rodeaban; á los fieles á que perteneciesen firmes en la fe y conservasen cuidadosamente este precioso depósito, y á los idólatras á que reconociesen y adorasen al verdadero Dios. «Todo hombre, les decian, que sacri«fica á las falsas divinidades será exterminado; por«que es una impiedad horrible abandonar al verda«dero Dios para adorar á los demonios.»—Se les cortó á todos la cabeza.

El Señor que, cuando le place, sabe hacer elocuentes aun á los niños para gloria de su poder, quiso tambien que sirviesen al triunfo de la fe confesándole generosamente. En Cesarea de Capadocia un niño, llamado Cirilo, mostró un valor extraordinario, que llenó á los fieles de alegría y de admiracion. Este santo niño tenia siempre en sus labios el sagrado nombre de Jesucristo, y cuando le pronunciaba sentia una fuerza que le volvia insensible á las amenazas y á las promesas que le hacian. Su padre, que era idólatra, no habiendo podido obligarle á invocar los falsos dioses, lo echó de su casa despues de haberle maltratado. El juez de la ciudad, á quien informaron del hecho, envió sus soldados á prender al jóven Cirilo, y le hizo venir á su presencia. «Hijo mio, le dijo

Martirio del santo niño Cirilo.

8

«con dulzura y amabilidad, quiero generosamente «perdonarte las faltas que has cometido en consideracion á tu edad; solo pende de tí el que vuelvas á «gozar del cariño de tu padre y de sus bienes: sé «prudente, y renuncia á tu superstición.» El santo niño respondió; «Estoy muy contento de sufrir re«prensiones por lo que hago. Dios me acogerá, y esta«ré mejor con él que con mi padre: me regocijo de ve«ras de haber sido echado de la casa paterna; yo habi«taré otra que es mucho mas grande y mas hermosa; «renuncio voluntariamente á los bienes temporales «para ser rico en el cielo, y no temo á la muerte, porque «á ella se sigue una vida mejor.» Pronunció estas palabras con un valor que mostraba bien claramente que Dios hablaba en él. Entonces, tomando el juez un tono severo para intimidarle, le amenazó con la muerte: le hizo atar como si fueran á llevarle al suplicio: mandó que preparasen una hoguera y la encendiesen. Pero este admirable niño, léjos de intimidarse, se mostró mas firme y mas seguro: se dejó conducir sin verter una sola lágrima: se le acercó al fuego, y le amenazaron con echarle á él; pero nada perdió de su constancia. El juez habia dado la órden en secreto que se contentasen con hacerle miedo.—Cuando se vió que la presencia del suplicio no habia hecho en él impresion alguna, volvieron á presentarle otra vez al juez, quien le dijo: «Y bien ya has visto el fue«go, y has visto tambien la cuchilla: ¿serás ahora «prudente? ¿y, por tu sumision á mi voluntad y á la «de tu padre, merecerís el que este te devuelva su «cariño, y te reciba de nuevo en su casa?» El jóven Cirilo respondió: «Me habeis hecho mucho daño en «volverme á traer aquí; yo no temo el fuego ni la espada; anhelo ir á una casa mucho mas deseable y «hermosa, y suspiro tambien por unas riquezas infi«nitamente mas sólidas que las de mi padre. Dios es «quien debe recibirme y recompensarme; aprosu-

«raos, pues, á hacerme morir, á fin de que yo vaya «á él mas pronto.» Los circunstantes lloraban al oirle hablar así; pero él les dijo: «Vosotros deberíais mas «bien llenaros de regocijo en vez de llorar; en lugar «de enternecerme con vuestras lágrimas, os valdria «mas esforzarme y animarme á sufrirlo todo. No sa- «beis cuál es la gloria que me aguarda, ni cuánta es «mi esperanza: dejad, pues, que acabe pronto mi vi- «da temporal.» Con este sentimiento fué al suplicio, como lo dicen las actas de su martirio, aunque no refieren qué género de muerte sufrió. Pero, de todos modos por este medio era como la fuerza del auxilio divino, del cual hemos visto ya pruebas tan sensibles en un sexo frágil y delicado, se manifestaba tambien en una edad en que son tan naturales la inconstancia y la timidez.

Nona persecucion, por Aureliano 275.

Nona persecucion.—El emperador Aureliano, despues de haber sometido á los treinta tiranos que entonces se disputaban el poder soberano, no se habia mostrado contrario á los cristianos; pero de pronto cambió su conducta con respecto á ellos. Creyó ganarse sin duda el afecto del Senado y del pueblo, persiguiendo á los enemigos de sus dioses. Estaba á punto de firmar un edicto terrible contra ellos, cuando fué detenido por un rayo que cayó á sus piés. El terror que se apoderó de él en aquel instante le hizo abandonar por entonces este designio, pero no cambió su voluntad, y la persecucion quedó tan solo diferida. «Algun tiempo despues habiéndose entregado «á la corrupcion de su corazon, dice Lactancio autor «cási contemporáneo, Aureliano publicó contra nos- «otros edictos sangrientos y encarnizados; pero afor- «tunadamente succedia esto cási al fin de su reinado, «el que fué tan corto, que los edictos no habian lle- «gado aun á las provincias lejanas cuando murió. Asi «hizo ver el Señor que no deja á las potestades del «siglo la libertad de perseguir á sus siervos mas que

«en proporcion á los designios de su justicia ó de su «misericordia para con ellos.» No obstante, como las inclinaciones conocidas de los soberanos no son menos eficaces que sus órdenes ó decretos, el odio al nombre cristiano que este emperador habia manifestado antes de su muerte no dejó de hacer bastantes mártires. Uno de los mas ilustres fué san Comon, que sufrió en Licaonia. Como el juez se burlaba de su vida austera y mortificada, el santo Mártir le dijo con firmeza: «La cruz hace todas mis delicias; no creais «intimidarme con el aparato de los tormentos, co- «nozco su importancia, y sé cuánto contribuye á la «verdadera felicidad; los mas rudos y los mas largos «forman el objeto de mis deseos.» El juez, por ablandarle y enternecerle, le preguntó si tenia hijos.— «Tengo uno, respondió el Santo, y desearia mucho «que participase de mi felicidad.» El juez inmediatamente envió á buscarle, y los condenó á los dos al mismo suplicio. Les cortaron las manos con una sierra de madera, les tendieron sobre un lecho de fuego, y por último les hicieron entrar en una caldera de aceite hirviendo, en la cual dieron su espíritu alabando y bendiciendo á Dios.

Martirio de S. Comon.

Martirio de san Dionisio de París.

Se refiere tambien á esta persecucion el martirio de san Dionisio, primer obispo de París. Despues de haber formado este santo Prelado en la capital una Iglesia floreciente, trabajó por el ministerio de sus discípulos en extender la fé en las provincias vecinas, con un celo que le ha merecido el título de Apóstol de las Galias. No sabemos muy bien los pormenores de la vida de estos hombres apostólicos, pero ellos cultivaron con fruto esta parte del campo del Señor, y para hacerla mas fértil era necesario que, además de con sus sudores, la regasen tambien con su sangre. Dios coronó los trabajos de su generoso jefe con un glorioso martirio de cuyas actas carecemos; todo lo que se sabe es que, en una persecucion suscitada

de repente, fué preso con el presbítero Rústico y con el diácono Eleuterio por órden del presidente Fescennino; y que despues de haber confesado generosamente la fé, sufrieron azotes y otros suplicios, hasta que por fin se les cortó la cabeza. Una tradicion constante, apoyada por monumentos antiguos, nos asegura que sufrieron el martirio en un monte cercano á París, llamado despues por esta causa el monte de los Mártires, y vulgarmente *Montmartre*. Se enseña en París el sitio en que san Dionisio fué preso, y el en que fué atormentado, dos iglesias se han edificado en ambos en honor del Santo. El presidente habia mandado arrojar al Sena el cuerpo de los Mártires; pero una señora pagana, que se hallaba dispuesta á abrazar la fé, supo ganar á los que estaban encargados de esta comision, é hizo enterrar secretamente las santas reliquias (1).

---

(1) De intento habiamos omitido hablar en su lugar correspondiente de algunos mártires españoles del siglo II; pero al ver los oscuros detalles que del martirio de san Dionisio nos presenta el autor francés, fundados, segun dice, en la tradicion y en los monumentos antiguos que se conservan en Paris, séanos permitido hacer mencion del célebre obispo de Tarragona san Fructuoso, por más que no pertenezca á este siglo y á la persecucion que nos ocupa. Preso san Fructuoso en union de sus diáconos Augurio y Eulogio, que á manera de los otros levitas aragoneses acompañaban á su prelado en vida y en muerte, por unos soldados de los que llamaban *beneficiados*, de órden del presidente Emiliano, y conducido á presencia de este se le interrogó acerca de su fé. Las actas, conservadas milagrosamente por haberse salvado del comun naufragio, están escritas con una preciosa sencillez, y conservan el interrogatorio del Presidente al Obispo y sus Diáconos en forma de diálogo, y la sentencia oral con que se termina aquel juicio sumarísimo, mandando que se les quemaran vivos.—Despues de haber reusado una bebida confortante que le presentaron, por ser dia de ayuno (fué el 21 de enero del año 259, presidiendo Emiliano en la Tarraconense por los emperadores Valeriano y Galieno: *Florez, España sagrada*, t. III, pág. 183), llegó al anfiteatro; donde, á pesar de los *beneficiados*, se acercaron á él varios cristianos para ayudarle y encomendarse á sus oraciones; el rayo de la persecucion heria por entonces al pastor y perdonaba al rebaño. Podríamos presentar los nombres de otros mártires españoles, entre ellos el de santa Marta de Astorga á

San Fructuoso obispo de Tarragona.

Décima persecucion, por Diocleciano. 303.

Décima persecucion.—El imperio romano, que durante tres siglos estaba dando inútilmente ataques cási contínuos al Cristianismo, hizo un último esfuerzo para destruirlo, y en vez de derribarlo, acabó de establecerle con toda solidéz. Diocleciano reinaba entonces en Oriente, y Maximiano en el Occidente. El primero publicó en Nicomedia el año 303 un edicto que mandaba demoler las iglesias y quemar las santas Escrituras; pero este era solo el preludio de los edictos crueles que se siguieron, y que hicieron correr rios de sangre en todas las provincias del imperio: porque Maximiano, su cólega, imitó un ejemplo tan conforme con su feróz inclinacion. Se ejercieron contra los cristianos inauditas crueldades, y empleáronse tormentos que hasta entonces habian sido desconocidos. En Mesopotamia algunos fueron colgados cabeza abajo y ahogados con humo y fuego lento. En Siria los asaban en parrillas. En la provincia del Ponto les metian cañas aguzadas por entre las uñas, y despues se echaba sobre ellos plomo derretido. En Egipto, despues de atenazarlos, se les despedazaba el cuerpo con pedazos de platos. En la Frigia una ciudad entera, cuyos habitantes eran todos cristianos, fué cercada é incendiada por los soldados: los hombres, las mujeres, los niños y los ancianos perecieron todos en las llamas, invocando el nombre de Jesucristo. El historiador Eusebio, que habia sido testigo ocular de una parte de estas bárbaras escenas, dice que las crueldades ejercidas contra los cristianos en esta horrible persecucion sobrepujan á cuanto se puede expresar. Toda la tierra, dice Lactancio, fué inundada de sangre desde el Oriente al Occidente.

---

quien mandó decapitar el procónsul Paterno, procedentes todos de la octava persecucion, y aun de la séptima y sexta por los emperadores Decio y Maximino respectivamente; pero nos impiden hacerlo los límites de una nota, y la naturaleza y objeto de esta obra. *(El Traductor).*

Dios, que nunca abandona á su iglesia, la sostuvo visiblemente en esta terrible prueba, y la concedió su auxilio en proporcion á la violencia del ataque. La persecucion principió por el mismo palacio del Emperador. Muchos de sus primeros oficiales eran cristianos: se les quiso obligar á sacrificar á los dioses; pero ellos prefirieron perder el favor del príncipe, ser despojados de sus dignidades, y sufrir los tormentos mas crueles, que dejar de ser fieles á Dios. Uno de ellos, llamado Pedro, soportó, con una constancia invencible, tormentos cuya sola relacion hace temblar de terror. Despues de haberle desnudado, le ataron en una máquina que, levantándole muy alto, le dejó caer luego sobre las piedras. Aunque todo su cuerpo quedó descoyuntado con esta terrible caida, le pegaron tan fuertes y repetidos palos, que le magullaron todos los miembros: sus heridas eran tan profundas, que se le veian los huesos, y derramaron en ellas en seguida sal y vinagre. Los dolores horribles que debia sentir en nada alteraron su constancia y su valor. Luego le colocaron en unas parrillas sobre el fuego, en el que fueron asando todas las partes de su cuerpo unas tras otras; y para prolongar mas este suplicio horroroso le retiraban del fuego á intérvalos, y volvian á ponerle de nuevo en él. Todo este refinamiento de crueldad fué inútil, y el Mártir, vencedor de los dolores y del tirano, espiró sobre este horrible lecho, sin haber dejado escapar la menor señal de flaqueza.

Martirio de S. Pedro.

Maximiano hizo prefecto suyo en las Galias á Riccio Varo. Este Prefecto, cruel como su amo, corria de ciudad en ciudad, llevando consigo el espanto y el terror; é inundando de sangre de los cristianos todos los sitios por do pasaba. Fué á Amiens en donde san Quintin, hijo de un senador romano, anunciaba con celo, acompañado de un feliz éxito, la doctrina evangélica. Hizo arrestar al santo apóstol, y habiéndole

Martirio de san Quintin.

citado á su tribunal, le preguntó su nombre.—«Yo «soy cristiano; este es pues mi nombre, respondió el «Santo; si quereis saber mas, mis padres me han lla«mado Quintin.—¿Quiénes son vuestros padres? repi«tió el Prefecto.—Son ciudadanos romanos y yo soy hi«jo del senador Zenon.—¿Cómo, siendo de una familia «tan noble, os habeis dejado engañar y vencer de es«tas locas supersticiones?—La mas excelente y es«clarecida nobleza consiste en conocer á Dios y obe«decer fielmente sus mandamientos. El nombre de «supersticion que vos dais á la religion cristiana no «puede convenirle, puesto que conduce á la suprema «felicidad, hace conocer al verdadero Dios y á su Hi«jo Jesucristo, por quien han sido hechas todas las «cosas, y es igual en un todo á su Padre.—Si en el ins«tanto no sacrificas, te juro por nuestros dioses y por «nuestras diosas que te haré morir en los mas crue«les tormentos.—Y yo os prometo, por el Señor mi «Salvador, que no haré lo que me mandais; no temo «mas á vuestras amenazas que á vuestros dioses.» Este tirano empezó por hacerle azotar; despues ordenó que se le encerrase en una estrecha prision. Un Ángel entró en ella á visitarle, y le mandó que fuese á predicar al pueblo. Salió sin obstáculo alguno del calabozo, y corrió á predicar á la plaza pública. El estrépito de este milagro y sus padecimientos por Jesucristo dieron tanta fuerza y valor á sus palabras, que convirtió cerca de seiscientas personas. Sus mismos guardias, habiéndose convencido de su libertad milagrosa, creyeron en Jesucristo. San Quintin compareció segunda vez ante el Prefecto, que trató de ganarlo con promesas lisonjeras. Habiendo estas sido tan inútiles como las amenazas, el tirano recurrió á nuevos tormentos para vencer la constancia del santo Mártir. Le hizo extender por medio de unas poleas de una manera tan violenta, que todos sus miembros quedaron dislocados; en seguida le desgarraron el

cuerpo pegándole con cadenas de hierro, derramaron en sus heridas aceite hirviendo, pez y grasa derretidas, y le aplicaron, en fin, teas encendidas. Únicamente contra los Mártires de Jesucristo ha sido tan ingeniosa y refinada la crueldad de los hombres. Varo, furioso de que á pesar de los tormentos, Quintin no cesaba de alabar al Señor, le hizo llenar la boca de cal y vinagre; despues mandó que le cargasen de cadenas, y que le condujesen á la capital del Vermandés, á donde él tenia que ir. La Providencia habia destinado al santo Mártir á ser el patron de esta ciudad, á la que ha dado su nombre. Una vez Varo hubo llegado, hizo el último esfuerzo para ganarlo, pero fué inútilmente. Viendo que el Santo parecia sacar nuevas fuerzas de sus tormentos, se dejó llevar de toda su rabia. Por órden suya se le clavaron dos gruesas agujas de hierro, que le atravesaban desde el cuello hasta los muslos. Le metieron clavos entre los dedos y las uñas. Como despues de este último suplicio el Santo vivia aun, el juez le condenó en fin, á que se le cortase la cabeza. Conducido al lugar del suplicio, obtuvo de sus verdugos que le concediesen un poco de tiempo para hacer su oracion: luego que la hubo concluido, se volvió hácia ellos y les dijo: «Estoy pronto, haced lo que se os ha mandado.» Le cortaron la cabeza y la echaron junto con su cuerpo en el rio Somma: pero Dios no permitió que las reliquias de un mártir tan ilustre quedasen sin ser honradas y veneradas. Una señora cristiana, llamada Eusebia, encontró el cuerpo, y lo hizo enterrar en una colina cercana.—La relacion de ese martirio ha sido escrita por un autor que lo presenció.

Martirio de la legion Tebana.

El emperador Maximiano, habiendo ido á las Galias para reprimir una faccion que se habia formado, creyó necesario reforzar su ejército é hizo venir de Oriente á la legion Tebana: estaba compuesta toda de cristianos, y la fé inspiraba un nuevo valor á estos

generosos soldados. La legion era mandada por Mauricio; despues de él, los mayores oficiales eran Exuperio y Cándido. Ántes de pasar los Alpes, se reunieron al ejército, y con él descansaron algunos dias en *Octodura*, llamada hoy Martigny, en el Valais. Maximiano, que tenia aun mayor empeño de exterminar á los cristianos que á los enemigos del Estado, mandó á la legion Tebana que fuese á perseguir á los fieles, ó, segun refieren otras actas, quiso obligarla á tomar parte en los sacrificios solemnes que hacian á sus dioses al entrar en las Galias. Estos valientes soldados respondieron que ellos habian venido para combatir á los enemigos del Estado, y no para manchar sus manos con la sangre de sus hermanos, ni á profanarlas con un culto impío. Maximiano se irritó tanto con esta respuesta, que al instante hizo diezmar la legion. Aquellos á quienes tocó la suerte, se dejaron degollar sin oponer la menor resistencia. Pero esta carnicería no desanimó á sus camaradas; por el contrario, sirvió para estimularlos mas y mas á desear el martirio, y á una voz exclamaron todos que detestaban el culto de los dioses. Cuando se dió noticia de esta resolucion á Maximiano, este Príncipe sanguinario mandó que la legion fuese segunda vez diezmada; lo que se ejecutó en el acto. Como se apuraba á los que quedaban con vida para que obedeciesen al tirano, le hicieron entonces la siguiente representacion: «Señor, somos vuestros soldados, pero somos «tambien los siervos de Dios: nosotros os debemos el «servicio de la guerra, pero debemos á Dios la ino«cencia de nuestras costumbres: de vos recibimos la «paga, pero El nos da y nos conserva la vida: no po«demos, pues, obedeceros renunciando á Dios, nues«tro criador, nuestro amo y el vuestro. Estamos dis«puestos á ejecutar vuestras órdenes en cuanto no «ofendan á nuestro Salvador; pero es preciso elegir «entre desobedecer á Dios ó á un hombre, y nosotros

«preferimos obedecer á Dios. Conducidnos al enemigo. «nuestras manos están prontas á combatir á los re«beldes y á los impíos; pero no saben derramar la «sangre de los ciudadanos inocentes. Antes hemos «jurado fidelidad á Dios que á vos: ¿cómo podríais «contar, pues, con nuestra fidelidad, si faltásemos á «la que á Nuestro Señor debemos? Si buscais cristia«nos para hacerles morir, aquí nos teneis: nosotros «confesamos á un Dios criador de todas las cosas, y á «su Hijo Jesucristo; estamos dispuestos á dejarnos de«gollar como nuestros compañeros, cuya suerte en«vidiamos. No temais revuelta alguna; los cristianos «saben morir y no revolucionar: tenemos armas, «mas no nos serviremos de ellas; preferimos mil ve«ces morir inocentes que vivir culpables.» Una representacion tan generosa y mesurada solo sirvió para aumentar el furor de este tirano. Desesperando de vencer su heróica constancia, tomó la resolucion de destruir la legion entera. Hízola rodear por su ejército, y mandó pasarla toda al filo de la espada. Estos bravos guerreros rindieron sus armas; quitáronse las corazas, y presentaron su cuello á los perseguidores. Ni se oyeron quejas ni gemidos; no hablaban sino para animarse los unos á los otros á morir por Jesucristo. La tierra quedó en un momento sembrada de cadáveres y enrojecida con su sangre. Segun fundamento se cree, eran mas de seis mil. ¡Qué espectáculo aquel! ¡Ver á una legion entera de soldados armados, animados de tan santas y tan sublimes disposiciones! Una religion capaz de formar hombres tan perfectos, ¿no lleva en sí misma un carácter visible de divinidad? Únicamente el espíritu de Dios es el que puede inspirar tanto heroismo y una sabiduría tan grande, que sepa conciliar de este modo todos los deberes: ser fiel á Dios y no resistir al príncipe, aun cuando es injusto y cruel.

Martirio de S. Víctor. Poco tiempo despues san Víctor de Marsella rindió tambien á Jesucristo un testimonio bien glorioso. Era Víctor un militar distinguido por su nobleza, por su valor, y mas aun por la firmeza de su fe. El Emperador Maximiano se habia puesto en marcha para ir á Marsella, en donde la persecucion habia redoblado á la noticia de su llegada. Víctor se aplicaba á esforzar y á animar á los fieles; visitaba sobre todo á los de su profesion: les exortaba á que en esta ocasion se mostrasen verdaderos soldados de Jesucristo, y á que menospreciasen una vida pasajera por la esperanza de otra vida que no acaba jamás. Fué sorprendido en los ejercicios de su celo y llevado al tribunal de los prefectos. Como se trataba de un hombre de importancia, estos creyeron necesario deber enviar al Emperador el conocimiento de esta causa. Entre tanto Maximiano llegó, é hizo comparecer á Víctor á su tribunal: empleó las promesas y las amenazas para obligarle á sacrificar á los dioses; pero el santo Mártir confundió al tirano y á sus oficiales, demostrando la vanidad de los ídolos y la divinidad de Jesucristo. Entonces, juzgando Maximiano que un guerrero seria mas sensible á la ignominia que al dolor, le condenó á ser arrastrado por las calles con las manos y los piés atados. Despues de este primer tormento, el santo Mártir fué trasladado todo ensangrentado al tribunal de los prefectos. Creyéndole estos abatido por lo que habia sufrido ya, le instaron á que sacrificase á los dioses del imperio, pero él les respondió con firmeza que nunca habia hecho nada contra el servicio del Emperador y del Estado, y que no podía adorar á los dioses del paganismo, cuyas infamias censuró al mismo tiempo. Entonces le ataron á un caballete, en el que fué largo espacio y cruelmente atormentado. Durante este suplicio el Santo tenia los ojos levantados al cielo, pidiendo á Dios que le concediese la paciencia y el valor suficiente para su-

frir. Jesucristo se le apareció cargado con la cruz, y le dijo: «La paz sea contigo. Yo soy Jesús que pa-«dezco en mis Santos; anímate y cobra esfuerzo; yo «te sostengo durante el combate, y te recompensaré «despues de la victoria.» Estas consoladoras palabras reanimaron á Victor y le quitaron el sentimiento del dolor. Como nada ganaban con atormentarle, le condujeron de nuevo á la prision. Dios le visitó en ella, y en medio de las tinieblas de la noche se vió su calabozo iluminado por una luz celestial. Tres soldados que le custodiaban, viendo este milagroso resplandor, se arrojaron á los piés del Santo y le pidieron el Bautismo. Informado de ello Maximiano, mandó hacer morir á los soldados si no abjuraban su fé. Los tres la confesaron con valor y fueron degollados. El Emperador se hizo conducir en seguida á Victor. Despues de haberle aplicado nuevas torturas, hizo levantar un altar, y le exhortó á que ofreciese incienso, prometiéndole su favor si obedecia. Habiendo el Santo aproximádose al ara como para sacrificar, la derribó de un puntapié. El tirano enfurecido le hizo cortar el pié en el acto, y mandó que se le aplastase bajo la rueda de un molino. Ejecutaron esta sentencia cruel; pero el Santo aun respiraba cuando la máquina se rompió. Para rematarle se le cortó la cabeza, y se oyó una voz del cielo que dijo: *Tú has vencido, Victor, tú has vencido.* Maximiano hizo arrojar al mar los cuerpos de los Mártires; mas, habiendo vuelto á la orilla los cristianos los sepultaron en una gruta, en la que por su mediacion ha obrado Dios muchos milagros.

Martirio de S. Vicente de Zaragoza

La España dió tambien en esta persecucion brillantes testimonios de su fé, y engendró una copiosa multitud de Mártires. El mas ilustre fué san Vicente, diácono de Zaragoza. Daciano, que era entonces gobernador de la Tarraconense, y uno de los enemigos mas crueles del Cristianismo, le hizo arrestar y con-

ducir á una oscura prision. Le dejó en ella algun tiempo, cási sin alimento, con el designio de abatir su valor debilitando su cuerpo por medio del hambre: despues, habiendo mandado hacerle comparecer á su presencia, le hizo las promesas mas halagüeñas y seductoras, le amenazó con los mas crueles suplicios para moverle á adorar á los ídolos; pero el santo Diácono no se dejó conmover, y declaró con firmeza que era cristiano, y estaba dispuesto á sufrirlo todo por el verdadero Dios. Entonces Daciano lo hizo poner á la tortura. Le ataron al ecúleo, y le estiraron con tanta violencia, que se dislocaron sus huesos y quedaron sus miembros cási arrancados. En este estado, le destrozaron los costados con uñas de hierro, en términos de vérsele las entrañas. En medio de estos crueles tormentos, el santo Mártir estaba lleno de alegría. Su paciencia inalterable y la serenidad de su semblante excitaron de tal modo el furor del juez, que volviéndose contra los verdugos, los hizo castigar severamente, á fin de que redoblasen su violencia. Volvióse, pues, á atormentar de nuevo al santo Mártir con mayores esfuerzos que antes. Los verdugos estaban ya desalentados, y los brazos se les caian de cansancio. El juez mismo, viendo el lastimoso estado del santo Mártir, y que la sangre corria de todas las partes de su cuerpo sin que en el rostro de este se notara alteracion alguna, no podia volver de su sorpresa, y empezaba á confesarse vencido. Hizo cesar los tormentos para tentar otra vez los medios suaves. «Tened piedad de vos mismo, decia al santo Diácono, «sacrificad á los dioses, ó entregadme al menos las «Escrituras de los cristianos.» La respuesta de Vicente fué, que temia menos los tormentos que una falsa compasion. Daciano, mas furioso que nunca, hizo tender al Mártir sobre una cama de hierro cuyas barras estaban armadas de agudas puntas, y bajo las cuales se habia encendido una grande hoguera: al mismo

tiempo le aplicaban planchas metálicas hechas ascuas por todas las partes del cuerpo que no tocaban á este lecho de dolor, se le ponia sal en sus llagas, y las agudas puntas de la cama, ayudadas por la actividad del fuego, penetraban hondamente en sus carnes. Durante este horrible suplicio, Vicente permaneció inmóvil y con los ojos levantados al cielo. Daciano desconcertado no sabia ya que partido tomar: hizo, pues, volver al santo á la prision, mandando que le acostasen sobre pedazos de platos puntiagudos, y que le pusiesen los piés en el cepo, de modo que las piernas estuviesen muy violentamente separadas. Pero Dios no abandonó á su siervo; unos Ángeles decendidos del cielo vinieron á consolarle, y el santo Mártir cantaba con ellos las alabanzas del Señor. El carcelero oyó estos cánticos, y se convirtió al instante. Daciano, habiéndolo sabido, lloró de rabia. Á fin de quitar al santo Mártir la gloria de morir en los tormentos, mandó que le colocasen en una blanda cama, donde estuviese suavemente recostado. Entonces este generoso atleta, á quien las uñas de hierro y los braseros ardiendo no habian cansado, soportaba con pena un regalo que retardaba su felicidad; pidió al Señor la corona que le habia prometido, y rindió dulcemente el espíritu. Jamás se vió de una manera tan manifiesta el triunfo de Jesucristo sobre el demonio. Todos los suplicios que el furor pagano fué capaz de inventar, se aplicaron á este glorioso Mártir; pero Dios inspiró á su siervo un valor superior á los tormentos, y forzó á su enemigo á que se confesase vencido. No hay pues, ni sabiduría, ni prudencia, ni fuerza contra el Señor.

Por mas que los omita el autor francés, no podemos dejar de continuar aquí la relacion de algunos

otros Santos españoles que se hicieron notables durante esta persecucion, tanto por la entereza de su fe, como por la constancia y valor con que sufrieron el martirio.

Martirio de Santa Eulalia de Mérida.

Dos vírgenes españolas presentaron á la faz del mundo, durante esta persecucion, prodigios de valor y de constancia. Ambas se llamaban Eulalia. Aunque el nombre idéntico, y las circunstancias del martirio cási iguales en las dos, hayan dado motivo á algunos para creer que era una sola, está fuera de duda que son dos personas diversas en las que, para honor y edificacion de la Península, brilla una misma virtud divina. Mérida, patria de la una, ha mirado siempre á esta como su mayor ornamiento; y ciertamente que no se equivoca, pues el haber sido patria de esta heroína, y testigo de su martirio glorioso como nos lo asegura Prudencio y todos los monumentos de la antigüedad; es mucha mayor grandeza que haber sido por espacio de largo tiempo metrópoli de la Lusitania. Este esplendor pasó; mas el que Eulalia le comunica será eterno. Doce años contaba esta ilustre vírgen cuando fué llamada á dar testimonio de Jesucristo con su sangre. Su padre, temeroso de la persecucion, la habia sacado de Mérida y la habia llevado á una casa de campo algo distante, donde con otros cristianos se ejercitaba su espíritu fervoroso en las virtudes propias de un Ángel. Pero ¿qué pueden contra las disposiciones del Altísimo las precauciones de la prudencia humana? Daciano por este tiempo, habiendo puesto su sanguinario tribunal en Mérida, saciaba su furor en los inocentes cristianos: el rumor de las crueldades que ejercia llegó hasta el solitario retiro de Eulalia, y su generoso pecho no pudo contener el deseo que concibió de padecer por Jesucristo. Abrasada en santo celo sale de su retiro por la noche en compañía de otra vírgen llamada Julia. Solas y á pié por senderos desconocidos, se encaminan á

Mérida, á donde llegaron por la mañana guiadas por un Ángel, como Prudencio asegura. Daciano estaba en su tribunal, cuando la santa vírgen, penetrando por entre su guardia, se presentó ante él, y le dijo: «¿Qué furor te anima, ó juez, para hacer que las al«mas de los infelices mortales se pierdan obligándo«las á negar al único verdadero Dios? ¿Buscas á los «cristianos? pues héme aquí: yo lo soy. Yo, sí, una «mujer me glorío de hollar vuestros simulacros, y «confieso en alta voz que no hay mas que un solo «Dios, á quien tú y tus emperadores debeis dar culto «como yo, porque todos somos hechura de sus manos. «Pero vosotros adorais la nada, y quereis tributarla «el culto de la muerte, que es el único digno de ella, «derramando la sangre inocente y cebando vuestra «crueldad en las entrañas piadosas que despedazais... «Pues bien, aquí estoy para que incites á tus verdu«gos contra mí. Que corten, que rajen, que abrasen «estos mi cuerpo: muy fácil les será el disolver los «miembros de este como formados de barro, pero sá«bete que los dolores no penetrarán en mi ánimo; y «por muchos que ellos sean, no vacilará jamás.» El Pretor al oir esto apenas pudo contener el furor que le animaba viendo á una jóven hermosa y delicada, que aparecida como una vision se atrevia á hablarle con tanta libertad. El primer movimiento fué mandar á los verdugos que arrebatándola la cubriesen de tormentos; pero los encantos del rostro y de toda la persona de Eulalia conmovieron un poco su ánimo, y le hicieron tentar el camino de la dulzura y de las promesas. Le representó, pues, la nobleza de su casa, las lágrimas de su desolada familia, las esperanzas de un feliz himeneo, y cuanto era mas capaz de conmover un corazon vírgen y tierno. Por si esto no bastaba, añadió la enumeracion de las penas que la aguardaban, de los tormentos que en su ánimo la disponia; y creyendo haber logrado su efecto, con-

cluyó por invitarla á que ofreciese siquiera un poco de incienso en el ara y ante los ídolos que tenia para el intento próximos á su tribunal. Pero la vírgen, que habia escuchado en silencio sus amenazas y promesas, al oir esta invitacion se enardeció, y echando por tierra los simulacros, puso bajo sus piés estas impotentes divinidades, y el incienso y demás instrumentos con que manifestaban adorarlos sus fanáticos. Dos verdugos vigorosos se apoderaron entonces de la delicada vírgen, y extendiéndola sobre el potro del tormento, empezaron á surcar con unos agudos garfios de hierro sus pechos y sus costados. Los huesos se le descubrian ya por todas partes, y Eulalia no daba aun la menor señal de dolor: los verdugos cansados se detuvieron para tomar aliento, y la santa niña se puso entonces á contar sus llagas, y mirando al cielo, exclamó: «Estás escrito en mi cuer«po ¡oh Dios mio! ¡Cuánto placer causa á mi espíritu «el leer estos caractéres que tan claramente expre«san, ó mi Jesús, los triunfos tuyos! Tu nombre sa«grado resuena con la mayor energía en cada una de «las gotas de tu sangre en que estoy bañada.» El furor rabioso de Daciano se exasperó al oir este heróico y sublime apóstrofe. Los verdugos por su órden empezaron á aplicar al cuerpo de la Santa hachas encendidas, cuya llama en contacto especialmente con las heridas debia producir un destrozo horroroso. Pero el fuego era tan ineficaz como lo habia sido antes el hierro. El espíritu de Eulalia, siempre firme en el amor de Jesucristo, no sintió otro efecto que el de verse libre de los lazos que lo retenian en la carne; y á un esfuerzo que la Santa hizo para tragar la llama que la atormentaba en lo exterior, salió de su hermosa boca en figura de una blanca paloma para dirigirse al cielo, con pasmo y admiracion de sus mismos verdugos. Así terminó su combate esta heroina, cuyo valor, intrepidez y constancia forman en su

edad, en su sexo, en su delicadeza una demostracion invencible en favor de la divinidad de la Religion por que padecia. ¿Podia sin el ausilio de Dios hacer lo que hizo, ni padecer lo que padeció? ¿Y Dios prepararia sus ausilios en favor de un culto que no fuese verdaderamente suyo?—Por lo que respecta el martirio de santa Eulalia de Barcelona, teniendo tantos puntos de contacto con el de la santa Mártir de que acabamos de hablar, solo dirémos que se diferenció por ser mas prolongado, y que, en atencion á su mayor edad, quizá permitió Dios que á semejanza de su Hijo fuese puesta en una cruz para que allí le diese tambien testimonio la delicadeza del sexo. Por lo demás, un mismo milagro confirmó despues de muertas ambas que habia sido agradable al Altísimo el sacrificio que le hicieron de sus vidas. Creyeron los gentiles deshonrar sus sagrados cuerpos dejándolos desnudos expuestos á las miradas de los profanos; mas una copiosa nieve cayó sobre ellos, de modo que sirviéndoles de vestido, les evitaba la profanacion de las miradas, y demostraba el candor de la inocencia que las habia hecho tan amables á los Ángeles y á los hombres.

Martirio de santa Eulalia de Barcelona.

Para que nuestra España nada tuviese que envidiar á ninguna otra nacion católica, quiso Dios que hasta la infancia diese en ella un ilustre testimonio á Jesucristo. Seguia Daciano, segun las órdenes que de Maximiano tenia, exterminando á los cristianos en todas las ciudades de su gobierno: y habiendo llegado á Alcalá, empezó á repetir en ella las escenas de sangre y muerte con que dejaba santificadas las poblaciones de la Lusitania. Los cristianos empezaron á ser buscados por todas partes; los sangrientos edictos aterraban; y se ponia á los fieles en la alternativa de renunciar á Jesucristo, ó de perder la vida en el suplicio. En este conflicto, en que tan necesarios eran ejemplos de valor que reanimasen á los cristia-

nos, Dios suscitó á dos criaturas que, confundiendo al infierno con su constancia, diesen dias de gloria á la Iglesia consternada. Justo y Pastor eran dos hermanos niños, que juntos aprendian las primeras letras en la escuela, el uno de siete y el otro de nueve años. Apenas supieron que Daciano habia llegado, sin que nadie los buscase, ni se les diese cita alguna, arrojaron las cartillas, y presentándose á su tribunal, «somos cristianos, dijeron, y venimos á padecer «y á morir por Jesucristo, y por su religion santa.» Daciano, aunque acostumbrado ya á ver milagros de esta clase, creyó en su ceguedad que un fervor juvenil é insensato era quien le conducia aquellas inocentes víctimas. Trató, pues, de amedrentarlos con palabras y con amenazas: pero viendo que cuanto mayores eran los tormentos que les ponia á la vista, tanta mas alegría mostraban en sus rostros, y tanto mas vivo era el deseo que tenian de sufrirlos por el Señor, pasó de las amenazas á los hechos, y dió órden de que á fuerza de azotes los separasen de su propósito. Vióse que esta medida, ya sobrado severa y cruel para unos niños, de nada sirvió á los nuestros, cuyo valor y constancia eran capaces de resistir á toda prueba, lo mismo que si fuesen hombres robustos y esforzados. Procuraban animarse entre sí con palabras y reflexiones imposibles de crear unas imaginaciones tan tiernas, si no las hubiese dirigido y robustecido el mismo Dios. «Pastor, decia Justo á «su hermano, cuidado con que te amedrente la muer«te del cuerpo que nos amenaza, ni la crueldad de «los tormentos que tal vez nos hagan sufrir: es ver«dad que estos superarán lo mismo que la muerte á «nuestros tiernos cuerpecillos; pero mira, deja venir «con valor el alfanje cuando se dirija á tu cuello, y «verás como el Señor, que se ha dignado llamarnos «á la gracia incomparable del martirio, nos da tam«bien fuerzas y valor iguales ó superiores á las pena-

Martirio de los santos Justo y Pastor.

«lidades del suplicio.—Muy bien, mi hermano Justo, «le respondió el mayor; me alegro oirte hablar así, «pues veo que de hecho te conviene la justicia que te «da nombre, y me alegraré aun mas de que justo con«migo percibas los frutos preciosos de esta misma «justicia. No temas, no, hermano; yo seré compañe«ro tuyo en el martirio, y conmigo percibiré y alcan«zaré la gloria de este combate.» Así hablaban estos pequeñitos, pero grandes héroes. Sus verdugos, pasmados de oirles hablar de un modo tan superior á su tierna edad, lo refirieron á Daciano, quien, temiendo sin duda verse vencido por dos niños que poseian un temple de alma tan grande, ordenó, que, en lugar de atormentarlos ante su tribunal público, los llevasen léjos de la poblacion, y los degollasen clandestinamente. El tirano queria quitar de la vista de los demás cristianos este modelo de firmeza que los mas valientes podian imitar; pero los designios de Dios se lograron á pesar de las astucias y arterías del infierno, y la voz de la sangre de estos niños es tan clara, que aun hoy hace resonar en nuestros oidos el triunfo glorioso de Jesucristo contra el demonio. *(F. M. Amado.—Trad. de Lhomond).*

Continuar aquí el catálogo de los Mártires de la Iglesia española seria un trabajo sobrado extenso y prolijo, al mismo tiempo que poco adaptable á las proporciones de esta sucinta obra. Por esta razon nos hemos circunscrito á la relacion de dos tipos admirablemente notables. En asuntos de esta clase, creemos que la importancia del objeto resalta en razon de los personajes que figuran en unas escenas que, representando el terror, la crueldad, el horror y la sangre, reclaman abnegacion, constancia, valor y hasta heroismo. ¡Cuán milagrosamente representadas se ven en nuestras dos vírgenes y en nuestros dos niños! ¡Qué heroínas! ¡y qué gigantes de valor!

Sabemos que la historia del martirio de nuestros

santos patricios presenta un número inmenso de atletas de la fe. Si nos fuese dable registrarla, veríamos á Córdoba presentando á Acisclo y Zoilo, y otros tres mas: á Tarragona, las *tres perlas de su diadema*, esto es á Fructuoso y sus dos diáconos: á Barcelona alzarse engreida con su esclarecido Cucufate: á Gerona, con sus Narciso y Félix: á Calahorra, con sus Hemeterio y Celedonio: á Ávila, con su san Vicente y sus hermanas Sabina y Cristeta: á Mataró, con sus santas Juliana y Semproniana; y á Zaragoza, en fin, enviándonos sus innumerables Mártires, y entre ellos á su Engracia que, despedazado su cuerpo y arrancadas sus entrañas, sobrevive á su muerte, segun la enérgica expresion de Prudencio. Y cási todos estos Mártires ¡que horror! fueron inmolados á la crueldad, á la terrible saña y á la insaciable sed de sangre del feroz Daciano. Si Dioclesiano y Maximiano se propusieron enviar á este presidente á las tres provincias de España, cuyo gobierno le confirieron, con el intento de exterminar á los cristianos, es indudable que su tenaz é incansable persecucion lo hubiese conseguido, á no haberlo estorbado la mano de Dios. *(El traductor).*

Esta cruel persecucion fué la última. Habia llegado por fin el tiempo del triunfo de la fe. Se habian vencido todos los obstáculos humanos, destruido las ridículas supersticiones y abolido la moral impura del paganismo, para alzar sobre sus ruinas el culto santo y las máximas severas del Evangelio. ¡Cuanta y cuán rica sangre costó esta gloriosa victoria!

Castigos á los perseguidores. Dios en los designios de su providencia habia permitido á los poderes de la tierra desencadenarse durante trescientos años contra su Hijo Jesucristo y contra sus siervos. No seria porque no hiciese brillar de tiempo en tiempo su justicia sobre los perseguidores,

puesto que supo ejercer sobre ellos sus rigores y darles ya en este mundo terribles pruebas de su cólera. Estos castigos, al par que fortalecian á los cristianos mostrándoles la mano de Dios dispuesto siempre á combatir en favor suyo, debian, en sus adorables designios, abrir los ojos á los paganos y convertirlos. *Neron*, el primero de los perseguidores, proscrito por el Senado, fugitivo y condenado por sus mismos súbditos á ser azotado hasta el punto de hacerle espirar, se atravesó él mismo de una puñalada por librarse del suplicio (68). *Domiciano*, autor de la segunda persecucion, príncipe flojo, vil y cruel, fué asesinado por su mujer y sus principales oficiales, en el momento que se preparaba á inmolarlos (96). *Séptimo Severo*, despues de haber sido el blanco de las conspiraciones del primogénito de sus hijos, en las cuales tentó dos veces de asesinarle, murió del pesar que le causó esta negra ingratitud. El feroz *Maximino*, proscrito tambien á su vez por el Senado, fué asesinado por sus propios soldados (237). *Decio* pereció de la manera mas miserable, en una expedicion contra los godos (251). El autor de la octava persecucion, *Valeriano*, uno de los mas encarnizados enemigos del Cristianismo, fué castigado mas severamente todavía. Este príncipe, despues de haber perdido una batalla, se empeñó imprudentemente en tener una conferencia con Sapor, rey de Persia, que se apoderó de su persona, le retuvo prisionero, y le trató con la mas baja indignidad. Cuando Sapor queria montar á caballo, hacia encorvar al Emperador delante de él, y poniéndole el pié encima del cuello, se servia de él como de estribo; lo hizo, en fin, desollar vivo, y su piel, pintada de rojo, fué colgada en un templo de la Persia, como un monumento de oprobio á los romanos. Los paganos se asombraban de la desgracia de Valeriano; pero los cristianos reconocian la mano de Dios, justamente cargada sobre

la cabeza de un príncipe que tan cruelmente los habia perseguido. *Aureliano*, que habia mandado la nona persecucion, pereció á manos de uno de sus secretarios. *Maximiano*, cuyo reinado igualmente que el de Diocleciano ha merecido ser llamado la *Era de los Mártires*, reducido á pasear sus revueltas de Oriente á Occidente despues de una abdicacion forzada, fué ejecutado de órden de Constantino por haber conspirado contra este Príncipe.

Diocleciano, en Oriente se habia asociado á *Galerio*, cuyas crueldades sobrepujaban á todo lo que el infierno habia imaginado hasta entonces contra los adoradores de Jesucristo. Galerio vióse acometido de una llaga incurable y vergonzosa que convirtió ó hizo caer su carne en podredumbre. Se crió en ella una multitud de gusanos; y despedia una fetidez tan insoportable, que no solamente infectaba el palacio, sino tambien todos los barrios de Sárdica, ciudad en donde se encontraba entonces el tirano. Lo que hay de mas inconcebible es que este mal, no obstante su violencia, duró mas de un año, al cabo del cual Galerio espiró en medio de los dolores mas atroces.

Diocleciano no perdió la vida de una manera violenta; pero su vejez, languidecida triste y despreciada, fué para él mas amarga, dura é insoportable que cualquier otro castigo. Rendido al peso de sus desgracias, se abandonaba á las mas violentas desesperaciones, y agitado en su frenesí llegaba á golpearse él mismo; se arrastraba por el suelo dando unos gritos que parecian aullidos, y tomó en fin el partido de dejarse morir de hambre (307).

La venganza divina se extendia tambien á los pueblos que mas habian coadyuvado á los designios de los emperadores en su odio contra el Evangelio. El imperio fué sumergido en las mas terribles calamidades. Unas naciones bárbaras se desparramaron por todas sus provincias. Los godos recorrieron la Tracia

y la Macedonia, y dejaron en toda la Grecia las señales de su furor. Los germanos pasaron los Alpes y avanzaron hácia Italia hasta Ravena; otros penetraron en las Galias y pasaron á España. Los sármatas desolaron la Panonia. Los partos penetraron en la Siria. Hubo guerras civiles en todo el imperio, y se contaron treinta tiranos que á la vez se dieron el título de emperadores romanos. Sintiéronse temblores de tierra, y el mar desbordado inundó muchas ciudades.

El último año de la sacrílega tiranía hubo una sequia desastrosa, que fué seguida de la esterilidad y del hambre. Los ciudadanos parecian otros tantos espectros: caianse de inanicion y de una manera repentina en medio de las calles y de las plazas públicas, en donde los cadáveres insepultos entraban en putrefaccion. El contagio pareció cebarse de preferencia en aquellos á quienes las riquezas ponian mas á cubierto del hambre; presentóse una enfermedad particular que atacando á la vista, hizo perder uno ó ambos ojos á una infinidad de personas, como para vengar al gran número de Confesores de la fé á quienes los perseguidores habian mandado arrancárselos.

La peste fué tan violenta en Roma, que con frecuencia en un solo dia arrebataba á muchos millares de individuos. No hizo menos estragos en Alejandría en 262, bajo el reinado de Galiano. «Esto era, dice «san Dionisio, obispo de esta gran ciudad, esto era «un duelo universal; no habia casa que no llorase á «algun difunto; la ciudad resonaba y repetia nada «mas que llantos y gemidos.» El santo Obispo añade que esta enfermedad era para los paganos la mas cruel de todas las calamidades, y para los cristianos una ocasion de ejercer la mas heróica caridad; porque solo ellos tenian valor para socorrer á los enfermos. «La mayor parte de nuestros hermanos, dice, «no se han excusado; han ido á visitar á los enfer«mos, los han consolado y asistido generosamente;

Caridad de los cristianos en Alejandría, 262.

«el peligro de coger la enfermedad ni los arredraba «ni los detenia, de manera que han muerto muchos «curando á los demás. Muchos sacerdotes, diáconos «y legos virtuosos han sacrificado tambien sus vi«das, pero los que quedan toman su plaza y conti«núan prodigando á los enfermos los mismos auxi«lios. Los paganos, al contrario, toman la fuga abandonan á los que mas amaban; los arrojan á las calles, «aun antes de morir, y dejan los cuerpos insepultos «como si fuesen inmundicia, tanto es lo que temen «contraer la enfermedad, que sin embargo no pueden «evitar.» Esta diferencia en la conducta de los unos y la de los otros conmovia á todo el mundo, que declaraba en alta voz que los cristianos eran los únicos que conocian la verdadera piedad. La Iglesia honra tambien como Mártires á aquellos que en esta peste fueron víctimas de su caridad.

§ IV

Dios suscita á su Iglesia defensores y apologistas.

Apologia de san Justino. 150.

Las luces acompañadas de los sufrimientos concurrieron al triunfo del Cristianismo, y la Iglesia no era menos vengada por los escritos de sus defensores, que honrada por el valor invencible de sus Mártires: defendiéndola santos Doctores por medio de sábias apologías. La primera de las que han llegado hasta nosotros es la de san Justino. Este santo tuvo el valor de encabezarla con su nombre, y dirigirla al emperador Antonino y á sus hijos Marco Aurelio y Cómodo. San Justino habia nacido en el paganismo, y tenia ya la edad de treinta años cuando abrazó la religion cristiana, despues de un sério y maduro exámen, y de una profunda reflexion fundada justamente en los mas sólidos raciocinios. La constancia de los Mártires le habia llenado de admiracion, y habia em-

pezado á abrirle los ojos á la luz. El detenido estudio que hizo enseguida de las divinas Escrituras, y sobre todo de las de los Profetas, le convenció de la verdad de la religion cristiana. En su apología suplica desde luego al Emperador que juzgue, no por el nombre, sino por las acciones de aquellos que le serán delatados como cristianos, y que no les condene únicamente porque son tales. «Os rogamos le di«ce, que no escucheis ni pasion ni las falsas voces «para formar juicios que os perjudicarian á vos mis«mo; porque á nosotros no podrian causarnos daño, «aun cuando nos arrebatasen la libertad y arrancasen «la vida. Que se haga una averiguacion exacta de los «crímenes que se nos imputan: si se prueban, que «se nos castigue; pero si se nos encuentra culpa«bles de ningun crímen, la recta razon probibe mal«tratar á los inocentes. ¿Cómo puede tratársenos de «impíos, á nosotros que adoramos al verdadero Dios, «Padre eterno, autor de todas las cosas; á su Hijo Je«sucristo, que ha sido crucificado bajo el poder de «Poncio Pilatos, y al Espíritu Santo que ha hablado «por los Profetas?» Para demostrar que este Jesús crucificado es verdaderamente Dios, dice que Jesucristo es la soberana razon que cambia completamente á los que se adhieren á su doctrina. «En otro tiempo «éramos esclavos de los placeres, y ahora llevamos «una vida casta y pura: teníamos pasion por las ri«quezas, y actualmente ponemos los bienes en comun «para dejarlos participar á los otros: odiábamos á «nuestros enemigos, y al presente los amamos y ora«mos por ellos.» Refiere en seguida algunos preceptos de la moral de Jesucristo. «Si os dignais, dice, «examinar nuestros principios y nuestra conducta, «os convenceréis de que no teneis súbditos mas obe«dientes y sumisos, ni mas dispuestos á conservar la «paz y la tranquilidad pública. Ni vuestras leyes, ni «vuestros suplicios contienen á los malos; saben que

«pueden ocultaros el conocimiento de muchos críme-«nes: por lo que hace á nosotros estamos persuadidos «de que nada se oculta á los ojos de Dios, que debe «juzgarnos algun dia, y castigarnos ó recompensar-«nos segun nuestras obras. Nosotros adoramos solo á «Dios, pero en todo lo restante os obedecemos con «gusto: os reconocemos por nuestro emperador y por «señor del mundo; y no cesamos de pedir á Dios que «á vuestro soberano poder una un talento y juicio «recto, y una sábia doctrina.» Despues el santo Doctor prueba la verdad de la Religion por las profecías que han sido recopiladas y conservadas segun el órden de los tiempos en que fueron escritas. Insiste sobre aquellas que predicen la ruina de Jerusalen, la dispersion de los judíos, la vocacion de los gentiles; y despues de haber mostrado cuán decisivo es en favor de la religion cristiana el cumplimiento de una profecía entonces reciente, concluye de ello que las otras profecías, y en particular las que se refieren á la segunda venida de Jesucristo á la resurreccion y al juicio general, tendrán tambien su cumplimiento. Para contestar, en fin, á las calumnias que se publicaban contra las asambleas ó reuniones de los cristianos, expone detalladamente todo lo que en ellas se hacia; y vemos con el mayor consuelo una perfecta conformidad entre lo que refiere san Justino y lo que se practica entre nosotros. Concluye con estas palabras: «Si esta doctrina os parece razonable, apre-«ciadla segun merece; si, al contrario, os desagrada, «no la abraceis; pero por esta sola causa no conde-«neis á muerte á personas que no han hecho mal al-«guno.» San Justino tuvo en seguida la felicidad de sellar con su sangre el testimonio público que habia rendido á la religion cristiana.

Apologético de Tertuliano, 208. Cuando la quinta persecucion, bajo el poder del emperador Séptimo Severo, hacia los mayores estragos en las filas de los cristianos, Tertuliano, presbí-

tero de Cartago, de una imaginacion viva y ardiente, de una vasta erudicion y de una elocuencia incomparable, publicó una obra que intituló *Apologético*, y que dió un golpe de muerte al paganismo. Primero se queja de que se condenaba á los fieles sin querérselos oir: «Los cristianos, dice, son los únicos á quie-«nes se quita la libertad de defenderse delante de los «jueces; ni se les dice á estos lo que deben saber pa-«ra fallar con justicia.» Hace ver enseguida, que las leyes que condenan la religion cristiana son manifiestamente injustas, porque han sido hechas por malos príncipes, cuya memoria y acciones los mismos paganos detestaban. Contesta á los reproches que se dirigian á los cristianos por no querer adorar á los dioses del imperio. Despues de haber explicado el orígen de las divinidades paganas, lo absurdo de su culto, la indecencia de sus ceremonias, concluye que estos dioses se hacen indignos del culto supremo, porque son únicamente demonios que engañan á los hombres. «Que lleven aquí, dice, á alguno de los que «se creen inspirados de la Divinidad, y que nos pro-«nuncie oráculos; el primero de los cristianos que «venga, si le hace hablar, le obligará á decir que es «verdaderamente un demonio; si no lo confiesa, no «osando mentir á un cristiano, consiento en que este «cristiano sea condenado á muerte.» Era preciso que el don de echar los demonios fuese aun bien comun en la Iglesia, para que Tertuliano se atreviese á hacer públicamente tal desafío. Justifica en seguida á los cristianos de la acusacion de impiedad, señalando el verdadero objeto de su culto. «El Dios de los cristianos, «dice, es aquel que por medio de su omnipotencia ha «hecho el universo de la nada, que todo lo ha arreglado «por su sabiduría, y que todo lo gobierna y rige por «su providencia. Á este ser supremo es á quien el es-«pectáculo magnífico de la naturaleza rinde el mas «brillante testimonio; los mismos paganos, por mas

«ciegos que sean á causa de las preocupaciones de la «educacion y de sus pasiones, le rinden naturalmen-«te testimonio cuando en medio de los peligros ex-«claman: *¡Gran Dios! ¡buen Dios!* testimonio de una «alma naturalmente cristiana. Este mismo Ser es el «que en todos tiempos se ha rendido testimonio á sí «mismo, de viva voz y en los escritos, por medio de «los Profetas que ha suscitado y á quienes ha llenado «de su espíritu. Estos escritos no pueden ser sospe-«chosos; se hallan en manos de nuestros enemigos «los judíos, que los leen públicamente en sus sina-«gogas. La antigüedad de estas escrituras no podría «ser disputada: es cierto que Moisés, el primero de «sus autores, ha vivido mucho tiempo antes de que se «hablase de griegos ni de romanos; aquellos mismos «de los profetas que han venido los últimos, no son «menos antiguos que vuestros primeros historiado-«res, y que vuestros primeros legisladores. El cum-«plimiento de estas profecías prueba de una manera «convincente que son divinas, y nos garantiza la ver-«dad de aquellas que deben cumplirse en lo sucesivo. «Las Escrituras han anunciado las desgracias de los «judios, que hoy vemos literalmente acaecidas. Dios «les habia colmado de favores á causa de la piedad «de sus padres, y les ha continuado su proteccion «hasta que han merecido ser abandonados. No puede «desconocerse la mano vengadora de Dios al ver el «estado desdichado á que son hoy reducidos: dester-«rados de su propio país, errantes en todo el univer-«so, sin leyes, sin magistrados, sin patria. Los mis-«mos oráculos que les habian predicho sus desgra-«cias, manifestaban al mismo tiempo que Dios esco-«geria en todos los pueblos y en todas las naciones «adoradores los mas fieles, á quienes comunicaria su «gracia, en proporcion á los méritos de aquel que de-«bia ser su jefe y su maestro.» Tertuliano habla en se-guida de Jesucristo y del misterio de su Encarna-

cion; establece su divinidad por las profecías, por sus milagros, por su resurreccion; dice que las circunstancias de su muerte han sido tan sorprendentes para los mismos paganos, que Pilatos dió noticia de ellas al emperador Tiberio, que esta relacion fué depositada en los archivos de Roma, y que Tiberio hubiése creido en Jesucristo, si á la vez hubiese podido ser césar y cristiano, es decir, adorador de Dios y tirano pagano.

Despues de haber establecido la verdad del Cristianismo, Tertuliano rechaza con firmeza las calumnias con que se atacaba á los cristianos. «Se nos acusa de «que no honramos jamás á los emperadores con sa«crificios: nosotros no ofrecemos víctimas; pero ro«gamos por la salud de los emperadores al solo Dios «verdadero, eterno. Nosotros los respetamos, pero no «los llamamos dioses, porque no sabemos mentir. «Fuera de esto, nuestra fidelidad no sabria ser sospe«chosa; de ello teneis una prueba convincente en «nuestra paciencia en sufrir la persecucion. Á menu«do el pueblo nos arroja piedras, se nos quema las «manos; en el furor de las bacanales ni aun se res«petan los muertos, se los saca de sus sepulcros y se «los hace pedazos. ¿Qué hemos hecho para tomarnos «venganza de todas estas injusticias? Somos tan nue«vos, que puede decirse nacimos ayer, y ya llenamos «vuestras ciudades, vuestros castillos, vuestras vi«llas, vuestros campos, el palacio, el senado, la pla«za, y no os dejamos sino vuestros templos. ¿No se«ríamos bien propios para la guerra, aun con fuer«zas desiguales, nosotros que no tememos la muerte, «si no fuese una de nuestras máximas ántes sufrirla «que darla? Bastaria tambien, para vengarnos, aban«donaros y retirarnos muy lejos del imperio; porque «os espantaria vuestra soledad.» Para demostrar que las asambleas de los cristianos nada tenian de facciosas, Tertuliano describe lo que se pasaba en ellas:

«Nosotros formamos, dice, un solo cuerpo, porque «tenemos una misma religion, la misma moral, las «mismas esperanzas; nos reunimos para rogar á Dios «en comun, como si quisiésemos forzarle á concedernos lo que le pedimos; esta violencia le es agradable. Los que presiden nuestras asambleas son ancianos venerables y de una virtud á toda prueba, quienes han llegado á este honor no por el dinero, sino «por el buen testimonio de su vida; porque en la Iglesia de Dios nada se hace por el dinero. Si entre nosotros hay alguna especie de tesoro, este no avergüenza ni afrenta á la Religion; cada uno contribuye á él como quiere: nadie es forzado á dar; lo «que de este modo se reune es un depósito sagrado: «nosotros no lo disipamos en inútiles festines; pero «sirve para mantener y educar á los huérfanos, para «el socorro de los pobres y de todos los desgraciados. «Es extraño que esta caridad sea para algunos objeto «de vituperio y aun de reprension. Ved, dicen ellos, «como se aman entre sí; ved como están prontos á «morir los unos por los otros. Nuestra union les asombra, porque no saben sino odiarse. Como todos nosotros no tenemos mas que una alma y un espíritu, «no tenemos dificultad en comunicarnos nuestros beneficios; no es necesario, pues, sorprenderse si una «tal amistad nos hace comer en comun. Estas comidas se llaman *agapes*, que quieren decir caridad. Los «pobres lo mismo que los ricos son admitidos en ellas, «y se pasan en la modestia y la honestidad. Antes de ponernos á la mesa, hacemos oracion, y en ella nos «entretenemos como sabiendo que Dios está presente. «La comida concluye lo mismo que ha empezado, es «decir, por la oracion.» Tales eran las asambleas de los cristianos, tan fuertemente desacreditadas entre los infieles. «¿Cómo puede decirse, añade Tertuliano, que «somos inútiles al comercio y trato de la vida? Vivimos «con vosotros, hacemos uso de los mismos alimentos

«de iguales vestidos, de muebles semejantes; nada «despreciamos de lo que Dios ha creado, solamente «que usamos de ello con moderacion, dando gracias «á aquel que es su autor. Navegamos con vosotros, «cultivamos la tierra, llevamos las armas, negocia-«mos con vosotros; ¿en qué, pues, merecemos la «muerte? Vosotros que juzgais á los criminales, ha-«blad; ¿hay uno solo que sea cristiano? Tomo por «testigos á vuestros registros: entre los malhechores «que se condenan todos los dias por sus crímenes, «no hay ni un cristiano, ó si se encuentra alguno, pue-«de ser que no dependa de mas causa que de la de su «nombre, y si proviene de otra, de ningun modo es «cristiano. Para nosotros la inocencia es una necesi-«dad; la conocemos perfectamente, puesto que la he-«mos aprendido de Dios, que es un maestro perfecto, «y la guardamos fielmente como ordenada por este «Juez á quien nadie puede engañar.» Tal era aun la vida de los cristianos en el siglo III.

Algunos años despues, bajo el poder del emperador Alejandro Severo, Orígenes se hizo célebre tanto por sus virtudes como por sus escritos. Era hijo de san Leónidas, que padeció por la fe durante la persecucion de Séptimo Severo. El santo Mártir le habia educado con el mayor cuidado; no contento con ejercitarle en las artes liberales y en las bellas letras, le habia instruido en las santas Escrituras, de las cuales le hacia aprender todos los dias algunas sentencias. El jóven Orígenes se aplicaba á este estudio con un ardor increible; y su padre admiraba aun mas en él las bendiciones que la gracia le anticipaba, que sus talentos naturales. Á menudo se acercaba á él cuando dormia, y descubriéndole el pecho se lo besaba con respeto, como si fuese el templo del Espíritu Santo. Durante la persecucion Orígenes concibió un designio tan vivo de sufrir el martirio, que se hubiese presentado por sí mismo, si su madre no le hubiese dete-

Orígenes. Su vida y sus obras. 222.

nido con sus ruegos y con sus lágrimas. Cuando su padre fué arrestado por haber confesado la fe, su celo redobló, y hubo necesidad de esconder sus vestidos para impedirle que fuese á juntársele. No pudiendo hacer otra cosa, le escribió una carta muy tierna, en la que le exhortaba al martirio. «No tengais pena por «vuestros hijos, le decia; Dios cuidará de nosotros.» Leónidas fué degollado. Habiendo sido confiscados sus bienes, su familia quedó reducida á la indigencia. Orígenes halló un asilo en casa de una señora muy rica. Luego despues abrió una escuela de gramática, á fin de poder subsistir sin necesidad de socorro ajeno. En fin, fué nombrado jefe de la escuela de Alejandría, que era muy célebre. Entonces vendió todos sus libros profanos para aplicarse exclusivamente al estudio de la santa Escritura, y proveer al mismo tiempo á su subsistencia, porque sus lecciones eran gratuitas: de este fondo no sacó mas que seis sueldos diarios, y esta pequeña cantidad bastó á la vida penitente que llevaba. Á pesar de esta austeridad, tenia un carácter tan suave y apacible, que encantaba á todo el mundo: la amenidad de su conversacion, lo mismo que la brillantez de sus talentos, le atraia una multitud prodigiosa de oyentes, no solamente de entre la juventud, sino tambien de entre los sábios y filósofos tanto cristianos como gentiles. Obró un gran número de conversiones, y muchos de sus discípulos llegaron á ser ilustres Santos; algunos de los cuales llevaron tambien la corona del martirio. Sobre todo con aquellos que habian sido arrestados por la fe llenaba con celo las funciones de un maestro cristiano. Les visitaba en la prision, les acompañaba al interrogatorio y hasta el lugar del suplicio; les daba valor por medio de señales, y á veces tambien con animados discursos. Expuso muchas veces su vida en este ejercicio de celo; á menudo pensó ser apedreado ó muerto á porrazos. Fué tambien arrestado, cargado de cade-

nas y encerrado en un calabozo. Si no se le condenó á muerte no fué sino en la esperanza, como se lisonjeaban sus perseguidores, de cansar su paciencia, y atraer una multitud de cristianos por el ejemplo de la caida de un hombre tan eminente. Le hicieron experimentar el hambre, la sed, la desnudez, sin que el rigor ó la duracion de estos sufrimientos quebrantasen su valor. La costumbre de una vida austera le hacia insensible á todas las pruebas: ayunaba casi todos los dias; pasaba la mayor parte de la noche orando, meditando las sagradas Escrituras, y cuando tenia necesidad de dar algun descanso á la naturaleza, su lecho era la tierra dura. Todos admiraban la extension de su talento: no habia ciencia que no poseyese: y en él esta multitud de conocimientos en nada perjudicaba á la claridad con que se explicaba; su expresion era tan limpia y sencilla, que hacia comprender bastante bien aun las cosas mas difíciles; y hablaba con una gracia que inspiraba el amor de las verdades que enseñaba. El escrito mas célebre de Orígenes es el que publicó contra Celso (1) para refutar las calumnias que este filósofo pagano habia publicado contra los cristianos. Se mira á esta obra como la apología mas completa de la religion cristiana que nos haya quedado de la antigüedad. Hé aquí la sustancia de este escrito: «Hubiese sido tal vez mas «á propósito, dice Orígenes, imitar á Jesucristo, que «guardaba un profundo silencio delante de sus jue-«ces, y que no respondia á las calumnias de sus ene-«migos sino con la santidad de su vida y con el brillo «de sus milagros: de este modo podria mirarse como «inútil el trabajo de rechazar las calumnias que la «maledicencia de los hombres no cesa de esparcir

(1) Celso vivia á mediados del siglo II. Ha sabido amontonar de tal modo todas las objeciones posibles contra el Cristianismo, que no ha dejado á los modernos impíos mas que el triste recurso de copiarle.

«contra él, pues que se defiende bastante con la só-
«lida virtud de sus verdaderos discípulos, cuyo es-
«plendor disipa todas las mentiras. No escribo, pues,
«para los verdaderos fieles; una apología es supérflua
«para ellos: sino para los infieles, á quienes esta ins-
«truccion podrá ser útil.» Despues de haber refutado las objeciones particulares de Celso, establece victoriosamente la verdad de la religion cristiana por hechos que nadie podria contradecir; por las profecías que han anunciado á Jesucristo, por sus milagros y por las costumbres de sus discípulos. «Por lo que mi-
«ra á las profecías, es tan justo, dice, dar fe á los li-
«bros de los judíos, como á los de las demás naciones:
«no puede dudarse de su antigüedad, si se considera
«las pruebas que dan de ella Josefo y Taciano, cuya
«autoridad es de un gran peso.» Orígenes refiere las profecías que predijeron claramente el nacimiento, la pasion, la muerte y todas las demás circunstancias de la venida de Jesucristo. Observa que despues de haber venido Jesucristo los judíos no han tenido mas profecías ni milagros, ni señal alguna de la proteccion divina, como se ve en los cristianos. En cuanto á los milagros, Celso no negaba que Jesucristo los hubiese hecho, pero los atribuia á la mágia. Orígenes contesta que hay medios seguros para poder discernir los prestigios ó artes del demonio de los verdaderos milagros que tienen á Dios por autor. Estos medios consisten en examinar las costumbres de los que los hacen, su doctrina, y los efectos que estos milagros producen. «Moisés y los Profetas, Jesucristo y
«sus discípulos no han enseñado nada que no sea muy
«digno de Dios, muy conforme á la razon, muy útil
«á las buenas costumbres y á la sociedad civil. Han
«practicado los primeros lo que enseñaban, y el re-
«sultado ha sido grande y duradero. Moisés ha for-
«mado una nacion entera gobernada por leyes san-
«tas. Jesucristo ha reunido todas las naciones en el

«conocimiento del verdadero Dios, en la práctica de «todas las virtudes. Los tramposos, los bellacos, los «impostores no tratan nunca de corregir á los hom-«bres, y su prestigio ha tenido bien pocos resultados. «—La resurreccion de Jesucristo, que es el gran mi-«lagro, el fundamento de la Religion, no puede ir «acompañada de ningun artificio. Jesucristo ha muer-«to públicamente, sobre una cruz, delante de todo el «pueblo judío. Despues de haber sido enterrado, y «permanecido tres dias en un sepulcro sellado y «guardado por unos soldados, ha aparecido durante «cuarenta dias á Pedro, á los doce Apóstoles, y en «seguida á quinientos discípulos á la vez. Si no le «hubiesen visto resucitado, si no se hubiesen con-«vencido de su divinidad, nunca se habrian expuesto «á los sufrimientos y á la muerte por anunciar en to-«das partes de órden suya la doctrina que habian «recibido de él. Su afrentosa muerte hubiese borrado «la opinion que habian concebido, se hubieran mirado «como engañados, y hubiesen sido los primeros en «condenarle. Era preciso que hubiesen visto alguna «cosa muy extraordinaria para abrazar sus máximas «y hacerlas seguir á los demás á expensas de su re-«poso, de su tranquilidad, de su libertad y de su vi-«da. ¿Cómo hombres toscos é ignorantes, si no se hu-«bieran sentido sostenidos por una virtud divina, «hubiesen podido tomar la colosal empresa de cam-«biar el universo? ¿Cómo los pueblos á su predica-«cion hubiesen abandonado sus antiguas costumbres «por seguir una doctrina contraria, si no hubiesen «sido cambiados por un poder extraordinario y por «hechos maravillosos?»—Orígenes prueba en seguida la divinidad de la religion cristiana por el cambio milagroso que produjo en los que la abrazaban. «El «gran resultado de la predicacion del Evangelio, di-«ce, es la reforma de las costumbres. Si alguno hu-«biese curado cien personas del vicio de impureza,

«apenas hubiera podido creerse que no habia en él «alguna cosa de sobrenatural: ¿qué debe, pues, pen-«sarse de una multitud tan grande de cristianos que «se han transformado en otros hombres despues que «han recibido esta doctrina, abrazando la continencia «perfecta, y eso en todas las provincias del imperio? «Las máximas de los cristianos los colocan muy por «encima de aquellos que no lo son: un cristiano doma «sus pasiones mas violentas con la mira de agradar á «Dios, mientras que los paganos se sumergen en las «mas vergonzosas voluptuosidades sin sonrojarse; y, «en medio de sus desórdenes, pretenden aun conser-«var el carácter de hombres honrados y honestos. El «cristiano menos instruido es infinitamente mas ilus-«trado, en la excelencia y extension de la castidad, «que los filósofos, las vestales y los pontífices mas «arreglados de entre los paganos. Ninguno de nos-«otros está manchado de estos desórdenes, ó, si se en-«cuentra alguno, no es del número de aquellos que «asisten á nuestras asambleas, y de ningun modo es «cristiano.» En efecto, se echaba de la Iglesia á los que caian en algun pecado, sobre todo en el de impureza; se los lloraba como muertos para Dios; y cuando volvian, por medio de la penitencia, á su anterior estado, se los sometia á mas largas pruebas que para el bautismo; no les era permitido ejercer funcion alguna pública en la Iglesia. «La fidelidad de los cris-«tianos á su soberano es á toda prueba: están tan dis-«tantes de pensar siquiera en excitar la menor sedi-«cion, que, segun la órden que han recibido de su «Legislador, jamás emplean, tocante á sus enemigos, «otras armas que la paciencia. Jesucristo ha querido «que se dejasen degollar como ovejas antes que per-«mitirse la menor violencia: Dios se encarga de sus «intereses y de su defensa; y ganan mas con esta be-«nignidad y dulzura que no lograrian con su resis-«tencia: la muerte de los Mártires, bien léjos de ex-

«terminarlos, no han hecho mas que aumentar su número.» El rigor que se ejercia contra los cristianos no podia entibiar su celo por la conversion de los infieles: los habia que no estaban ocupados en otra cosa mas que en recorrer las ciudades, las villas y los pueblos para anunciar el Evangelio, y temiendo que no se recelase ó sospechase que lo hacian por interés, á menudo ni aun aceptaban su subsistencia; ó, si la necesidad les obligaba, se contentaban con lo puramente necesario, aunque quisieran darles mas. «Actualmente, que en la multitud de los que se convier«ten se encuentran personas ricas, otras constituidas «en dignidad, mujeres nobles, se dirá tal vez que hay «alguna gloria en anunciar nuestra doctrina: pero «esta suposicion no podia tener lugar al principio: «ahora mismo la honra que podemos recibir de algu«nos de los nuestros no iguala al desprecio y á los «ultrajes que sufrimos de parte de los paganos.» — Orígenes observa que los cristianos, á pesar del ardiente celo de que estaban animados para atraer á los infieles á la fé, no dejaban de probar cuanto les era posible á aquellos que querian abrazarla: los preparaban particularmente por medio de exhortaciones antes de recibirlos en las asambleas; y cuando los veian animados de una resolucion sincera de llevar una vida arreglada, los hacian entrar en ellas, distinguiéndolos, empero, en dos órdenes; una de principiantes, y otra de los que estaban mas adelantados. Habia personas encargadas de vigilar su conducta, á fin de alejar á aquellos que no llevasen una vida conforme á la santidad del Cristianismo, y para guiar á los demás en la práctica de la piedad. Era tal aun la virtud de los cristianos, mucho tiempo despues del siglo de los Apóstoles, que nuestros antiguos apologistas, testigos de los hechos, la citan en prueba de la divinidad de la Religion, y de ella toman ocasion

para convencer de injusticia á sus perseguidores, de reprochar á los paganos sus desórdenes.

Otros apologistas de la religion cristiana. Además de Tertuliano y Orígenes, tuvo el Cristianismo tambien otros defensores, cuyas sábias obras ilustraron y convirtieron una multitud de paganos, y vengaron á la verdad calumniada. Estos fueron, en 177, Atenágoras, que dirigió una apología de la religion cristiana al emperador Cómodo; Clemente de Alejandría, Arnobio y muchos otros.—El paganismo no pudo resistir tan duros ataques, en los que la razon y la fé se prestaban tan mútuo apoyo, que les hacian invencibles: cayó rápidamente, para hacer lugar al reinado de Jesucristo.

§ V.

Triunfo de la religion cristiana en la conversion de Constantino.

Constancio Cloro favorece á los cristianos. 305. Cuando arreciaba la tempestad de la persecucion mas violenta y general que experimentara la Iglesia, es decir, al principio del siglo IV, reinando Diocleciano y Maximiano, Dios, que señala límites á la mar cuando está enfurecida, los puso tambien al poder de los dos tiranos. Diocleciano y Maximiano fueron forzados á dejar la púrpura imperial, y á ceder el imperio á Constancio Cloro y á Galerio, que hacia mucho tiempo ocupaban el segundo rango con el título de césares. Constancio Cloro fué el primer instrumento de que Dios se sirvió para preparar á la Iglesia una paz duradera y un brillante triunfo. Este Príncipe tuvo á su cargo el gobierno de las Galias, de España y de la Gran Bretaña. Mereció igualmente los elogios de los cristianos y de los paganos; lleno de bondad y de clemencia, hizo consistir toda su gloria en hacer felices á sus súbditos y hacerse amar de ellos; apreciaba á los cristianos porque amaban la

virtud. Se refiere de él un hecho muy notable, que no le hizo á él menos honor que á la Religion. Tenia en su palacio un gran número de cristianos, y entre ellos algunos oficiales muy adictos: no siendo aun mas que césar cuando apareció el edicto de Diocleciano contra los cristianos, los reunió, les notificó las órdenes del Emperador, y les declaró que era preciso sacrificar á los ídolos ó renunciar á los cargos que poseian. Esta proposicion de parte de un príncipe que hasta entonces habia sido favorable á la Religion fué como un rayo caido sobre los cristianos. Quedaron de ella consternados; pero no por esto se abatieron todos: la mayor parte protestaron que preferian sacrificar sus bienes y aun su vida que perder la fe; algunos, débiles y frágiles, siguiendo el ingenio de los cortesanos, que á menudo no tienen mas Dios que su fortuna, y otra religion que la del soberano, consintieron en ofrecer incienso á los ídolos para conservar su favor y los destinos con que los habia honrado. Entonces Constancio declaró sus verdaderos sentimientos; colmó de elogios la generosa firmeza de los primeros, y vituperó con los mas fuertes reproches la cobarde y criminal complacencia de los otros. «¿Cómo guardareis al Emperador, les dijo, una fide«lidad inviolable, vosotros que os mostrais traidores «y pérfidos respeto á vuestro Dios?» En seguida los echó de su palacio como indignos de permanecer á su servicio; pero á aquellos á quienes habia hallado dispuestos y prontos á renunciarlo todo antes que su fe, los retuvo, y en lo sucesivo los miró como á sus mas fieles servidores; les conservó sus cargos, y les honró siempre con su confianza, afecto y amistad. Decia que un príncipe debe preferir servidores de este carácter á todos los tesoros de sus arcas.

Un tal príncipe estaba bien distante de derramar la sangre de los cristianos; y cuando fué llamado al imperio jamás dejó de favorecerles. Bajo su domina-

cion la cristiandad de las Galias quedó reparada bien pronto de las pérdidas que habia sufrido durante el poder del cruel Maximiano. Desde el instante que el uracán pasó, los obreros evangélicos se esparcieron con nuevo ardor por las provincias, é hicieron abundante cosecha en las tierras engordadas, digámoslo así, y aun humeantes de la sangre de tantos Mártires. Las Iglesias se multiplicaron por todas partes, y se ocuparon de nuevo las sillas episcopales, de las que la espada de la persecucion habia arrebatado á los pastores.—Constancio, aunque favorable al Cristianismo, no tuvo valor para abrazarlo (1) pero Dios, estableciendo el imperio en su familia, acordó en la tierra una recompensa á sus virtudes morales, que sin la fe son estériles para el cielo. Estaba reservado á su hijo Constantino hacerse discípulo de esta Religion que tantos emperadores habian perseguido, y hacerla de este modo triunfar del orgullo de los césares.

Constantino emperador. 312.

Constantino á la edad de treinta y un años sucedió á su Padre, que acababa de morir en la Gran Bretaña en una expedicion contra los bretones. Constantino reunia las mas eminentes cualidades: una imaginacion viva, pero templada por una sabiduría poco comun, era en él aun mas realzada por una aventajada estatura y una figura noble. Escapó muchas veces á los lazos que le tendieron sus enemigos, porque Dios tenia sobre él grandes designios. Proclamado emperador en medio de su ejército, el Príncipe tuvo que combatir contra Majencio, hijo de Maximiano, que ocupaba á Roma, y pretendia reinar solo. Majencio tuvo al principio alguna ventaja en varios ligeros ataques, en fin, Constantino tomó la resolucion de

(1) Eusebio en la vida de Constantino, de quien fué contemporáneo, refiere sin embargo que Constancio se hizo cristiano, y se declaró tal públicamente; pero este es un hecho que ha quedado dudoso.

llegar á una batalla decisiva. Condujo, pues, sus tropas á Italia, y se acercó á Roma. Como el ejército de Majencio era muy superior en número, conoció que tenia necesidad de un auxilio extraordinario, y pensó en hacerse favorable el Dios de los cristianos. Le suplicó con los mas ardientes deseos que se le diese á conocer. Este Príncipe tenia un corazon recto, y mereció ser oido. Hácia la hora del mediodía, cuando marchaba á la cabeza de sus tropas, con un tiempo tranquilo y muy sereno, descubrió en el cielo una cruz brillante, en cuyo centro estaban trazadas con caractéres de luz estas palabras: «Por esta señal tú «serás victorioso.» *In hoc signo vinces.* Todas las legiones vieron este prodigio; pero nadie quedó tan admirado de él como el Emperador. Todo lo restante del dia se ocupó en descubrir lo que significaba esta maravilla. La noche siguiente durante su sueño se le apareció Jesucristo con el mismo signo, y le ordenó hacer sobre este modelo un estandarte para llevarlo á los combates, como una salvaguardia contra sus enemigos. Al dia siguiente por la mañana el Emperador llamó á sus artífices, y les trazó el diseño del estandarte. Este consistia en una especie de pica cubierta de láminas de oro, con un travesaño en forma de cruz del que pendia un velo de tisú de oro. Á lo alto de la cruz habia una corona enriquecida de piedras preciosas: veíanse en medio de la corona las dos primeras letras del nombre de *Cristo* entrelazadas, y por cima del velo estaban las imágenes del Emperador y de sus hijos. Se dió á este estandarte el nombre de *labarum* (1) Constantino escogió cincuenta hombres de los mas valientes y piadosos de sus guardias, para

(1) La palabra asiria encontrada recientemente en Babilonia en una inscripcion, que significa *victoria, suceso* es *labar.* De este término viene sin duda la etimología de *Labarum.* La palabra se introdujo en Roma con los astrólogos caldeos, ó con los emperadores llegados de Oriente.

que lo llevasen uno despues de otro.—Reanimado con esta vision celeste, no vaciló en presentar batalla á su enemigo. Majencio fué en efecto vencido, tomó la fuga, y huyendo cayó en el Tíber. Roma abrió al instante sus puertas á Constantino, que entró victorioso. Entonces llamó obispos á su lado para instruirse de las verdades de la religion cristiana, é hizo de ella pública profesion. Nada es mas cierto en la historia que esta vision milagrosa, referida por Eusebio de Cesarea, y confirmada por una multitud de escritores y de monumentos de toda especie. «Si otro nos lo hu«biese contado, dice este historiador, le hubiese cos«tado mucho trabajo persuadirnos á creerle; pero ha«biéndonos hecho la relacion de este prodigio el mis«mo emperador Constantino, y habiéndonoslo asegu«rado formalmente á nosotros, que escribimos esta «historia, ¿podria haber quien dudase de él, sobre «todo despues que el acontecimiento ha justificado la «promesa?» Así hablaba Eusebio en tiempos que una infinidad de personas que, dice, habian sido testigos oculares de este hecho, vivian aun, y podian desmentirle.

Conversion de Constantino. 312.

Su celo por la fe.

Constantino, despues del vencimiento y dispersion de su enemigo, rindió homenaje de la victoria á Jesucristo, y se consagró á hacerle dominar y prevalecer en toda la extension del imperio. Como conocia el carácter de la religion cristiana, que no emplea para ganarse discípulos sino la instruccion y la persuasion, se guardó bien de sublevar los ánimos por medio de edictos rigurosos. Aunque tuvo horror á la idolatría, dejó no obstante á sus súbditos, en lo referente á la religion, una entera libertad de accion. Imponer silencio al paganismo, reverenciado despues de tantos siglos, hubiese sido sublevar todo el imperio: creyó que bastaba proteger á la verdadera Religion, y ponerla en estado de confundir á su enemigo con la sabiduría de sus dogmas y con la pureza de su mo-

ral: no hizo uso, pues, sino de medios suaves y moderados para ganar á los paganos, y esta moderacion convirtió á un gran número. Empezó por remediar todos los males que habian hecho los emperadores precedentes; hizo volver á los desterrados; mandó devolver á los cristianos todos los sitios de asambleas que les habian quitado; lleno de celo por la majestad del culto divino, realzó su brillantez dando parte de sus tesoros á las iglesias, enriqueciéndolas de vasos preciosos y de magníficos ornamentos. Distinguió con toda clase de honores á los ministros de la Religion, y les acordó grandes privilegios. Los obispos de Roma, perseguidos hasta entonces de una manera particular, merecieron la principal atencion de este Príncipe religioso: les dió el palacio de Letran, y de otro palacio cercano hizo una basílica que fué llamada *Constantiniana*, que es hoy dia la de San Juan de Letran (1). Este fué el primer patrimonio de los Papas.

Los cristianos se encontraban en una situacion bien diferente de la en que habian estado durante tres siglos. Consideraban con asombro, y dando acciones de gracias, las maravillas de la omnipotencia divina: la religion cristiana sobre el trono; el culto debido al verdadero Dios muy honrado; las sillas de los obispos ocupadas; las iglesias reedificadas y decoradas con magnificencia. Un cambio tan poco espera lo inspiraba por el entonces la mas pura alegria, y para el porvenir las mas dulces esperanzas. La religion cristiana parecia venerable aun á los mismos paganos, cuando veian que el emperador practicaba públicamente todos los deberes que impone. Este Príncipe tenia en su palacio un oratorio, al que iba todos los dias para leer las Escrituras santas, y para hacer ora-

---

(1) San Juan de Letran es aun hoy la verdadera catedral de Roma, bien que el Soberano Pontífice reside ordinariamente en San Pedro.

Numerosas conversiones

ciones arregladas á ciertas horas.—Su ejemplo atrajo muchos idólatras al cristianismo. La religion cristiana penetró hasta en el Senado romano, que era la mas firme muralla del paganismo. Anicio, ilustre senador, fué el primero que la abrazó; y bien pronto se vió someterse al yugo del Evangelio á todo lo que habia de mas distinguido en Roma. Constantino tuvo de ello la mas viva alegría; y estaba mas contento de lograr la conversion de un solo hombre que de la conquista de una provincia. Su celo se extendió aun mas allá de los confines del imperio romano: envió predicadores á pueblos bárbaros, que no le estaban sometidos, para exhortarles á adorar al verdadero Dios y á Jesucristo su Hijo. Á su entrada en Roma quiso que la cruz, que habia sido la prenda de su victoria, fuese el mas bello ornamento de su triunfo. Así fué como la cruz, que hasta entonces habia sido un objeto de ignominia y el suplicio de los esclavos, se convirtió en señal de salvacion y de gloria por los mismos césares, que con ella adornaron su corona, y la enarbolaron hasta en lo mas elevado del Capitolio, como para anunciar al universo el triunfo de un Dios crucificado.

Reflexiones.

Divinidad del Cristianismo probada por su establecimiento.

Dios, para hacer ver que la Iglesia es obra suya, ha querido que se estableciese á pesar de los obstáculos, en apariencia los mas invencibles. La naturaleza misma de la nueva Religion, enojosa á la razon por la oscuridad de sus misterios, á las pasiones por la austeridad de su moral; las malas disposiciones de aquellos á quienes se enseñaba, judíos ó paganos; las condiciones extrañas en que se hallaban los Apóstoles para predicarla, gentes sin genio, sin crédito, sin fortuna; dirigiéndose á un siglo ilustrado, civilizado, filósofo; siglo soberbio y desdeñoso: era esto mas de lo que se necesitaba para desbaratar esta obra in-

mensa, si hubiese sido humana. Mas ella procedia de Dios, y triunfó de todo cuanto podia oponérsela. En el sitio, y sobre las ruinas de una sociedad antigua tan corrompida, se levantó otra sociedad fuerte, virtuosa, que despreciaba lo que la primera adoraba, y esforzándose á que sus deseos tuviesen un solo y único objeto, el cielo, y la virtud que á él conduce. No para aquí todo; esta Religion ha debido ser fundada por los Mártires. Dios ha tenido la Iglesia bajo la cuchilla de la persecucion durante trescientos años, sin que pudiera lograr un momento de descanso. Él mismo habia predicho á sus discípulos que serian perseguidos, conducidos presos ante los reyes y los magistrados, maltratados y condenados á muerte por su nombre. En efecto, desde que el Cristianismo apareció en el mundo, todos los poderes de la tierra se sublevaron contra él. Los sentidos, las pasiones, todos los intereses combatian por la idolatría: ella estaba hecha para el placer: los juegos, los espectáculos y la licencia formaban parte de su culto divino; las fiestas del paganismo no eran mas que diversiones, y no habia ninguna circunstancia de la vida en la que fuese menos respetado el pudor que en estas ceremonias y misterios. La religion cristiana, casta, severa, enemiga de los sentidos, y afecta exclusivamente á los bienes invisibles, no podia agradar á espíritus tan corrompidos. Los cristianos, que no tomaban parte alguna en las fiestas de los paganos, debian ser odiados y detestados por estos.—Á estas razones vino á unirse el interés del Estado: la política romana se creia atacada en sus fundamentos cuando se despreciaban sus dioses. Roma se vanagloriaba de ser una ciudad santa por su fundacion, consagrada desde su orígen por auspicios divinos, y dedicada por su fundador al dios de la guerra; creíase deudora de sus victorias á su religion: por esto se imaginaba que habia sojuzgado las naciones. No reconocer á sus dio-

por sus Mártires.

ses era derribar los fundamentos del imperio, aborrecer el poder y las victorias del pueblo romano. Por esto los cristianos, enemigos de los dioses, eran mirados al mismo tiempo como enemigos de la república; los emperadores tomaban mas á pecho el exterminarlos que abatir á los partos, á los sármatas y á los dacios. El orígen de estas persecuciones tan pronto procedia de una órden del emperador, ó del odio particular de los magistrados, como de los decretos del Senado ó de la sublevacion de los pueblos, que se ensañaba aun mas contra los cristianos calumniándolos. Causas particulares adormecian alguna vez la persecucion por algun tiempo, pero el odio y la saña pública prevalecian bien pronto; volvia á reanimarse el furor de los paganos, y en todo el imperio corria á torrentes la sangre de los cristianos. El número de los Mártires fué tan considerable, que se cuentan por millones. Los emperadores idólatras se lisonjeaban de aniquilar por esta carnicería una religion que odiaban; pero esta religion se acrecentaba de nuevo bajo el hierro y el fuego. Vana é inútilmente emplearon contra ella los suplicios mas horrorosos. Uñas de hierro, ruedas armadas de aceradas y afiladas puntas, parrillas ardiendo, hogueras, dientes de bestias feroces, todos los tormentos imaginables fueron puestos en uso, y no sirvieron sino para multiplicar á aquellos á quienes se queria destruir. Cuanto mas violenta era la persecucion, mas aumentaba el número de los cristianos: la sangre de los Mártires era una semilla fecunda que los reproducia centuplicándolos. Al furor de los tiranos solo oponian ellos la paciencia; y, segun la promesa de su divino Maestro, esta paciencia les hacia triunfar de la rabia de sus perseguidores. Jamás hubo de su parte la mas leve revuelta: durante tantos siglos de una persecucion tan cruel, la Iglesia jamás se ha excedido ni un momento ni en un solo hombre, y se la ha visto tan sumisa bajo el

poder de Diocleciano, cuando llenaba toda la tierra, como bajo el de Neron, cuando acababa de nacer. Sufrirlo todo por la verdad era un ejercicio ordinario entre los cristianos, y corrian ellos con mas ardor al suplicio que los paganos á sus fiestas licenciosas. Ancianos enfermos, delicadas vírgenes despreciaban los tormentos, subian á los tablados y á las hogueras con alegría: se ha visto niños que aun balbuceaban, y que apenas sabian hablar, confesar á Jesucristo con valor é intrepidez, y sufrir sin quejarse crueles torturas; el hierro caia de la mano de los verdugos, y ellos mismos, cambiados de repente, presentaban tambien su cabeza y hacianse mártires á su vez. Los tiranos, vencidos, se veian obligados á reprimir la persecucion por no despoblar el imperio.

Se ve en esto verdaderamente el dedo de Dios: los mismos paganos, pasmados de la constancia y de los milagros de los Mártires, reconocian en ellos una fuerza divina; se oyeron en pleno teatro muchas veces estos gritos del pueblo: *¡El Dios de los cristianos es grande! ¡Cuán grande es el Dios de los cristianos!* Ciertamente no puede considerarse la duracion, la extension y la crueldad de la matanza que desoló á la Iglesia naciente, sin reconocer en la firmeza de sus héroes una virtud sobrenatural, un valor inspirado de Dios, é invencible como él. Si hay algun ejemplo de hombres obstinados que hayan sacrificado su vida por el error, son en muy corto número; y por otra parte lo hacian por opiniones sobre las cuales podian engañarse, en vez de que los primeros Mártires del Cristianismo murieron por atestiguar hechos que ellos habian visto, que habian tocado, y de los cuales estaban seguros por el testimonio constante de todos sus sentidos. Puede cualquiera apasionarse por una opinion, pero nadie se obstina y preocupa por hechos dudosos ó falsos; y es seguro que no hay quien se deje degollar por afirmar que ha visto lo que en rea-

lidad no ha visto. Los Mártires de los siglos siguientes han rendido igualmente testimonio á la verdad de una religion que veian establecida sobre estos hechos incontestables.—Concluyamos.

Tantos esfuerzos inútiles de todo el poder romano conjurado para exterminar á los cristianos, es decir, á hombres que no sabian sino sufrir y morir por su religion, demuestran que esta religion era la obra de Dios, y que los hombres no habian establecido lo que los hombres no podian destruir. La Iglesia católica subsiste, pues, no solamente sin el apoyo, sino tambien á pesar de la oposicion de los poderes de la tierra. Subsiste del mismo modo que ha sido establecida, con su jerarquía, con sus derechos y sus poderes espirituales, es decir, con la constitucion que ha recibido de Jesucristo. Una constitucion que se ha sostenido tan largo tiempo por su propia fuerza, en medio de ataques violentos y multiplicados, no puede venir sino de Dios, y no está en la facultad de los hombres el poder derribarla, y ni aun cambiarla.

CAPÍTULO SEGUNDO.

Desde la conversion de Constantino (312), hasta la caida del imperio romano de Occidente (476).

§ I.

Reinados de Constantino y de sus sucesores hasta el de Juliano el Apóstata.

312-361.

Constantino. 311-337. El primer acto del primer príncipe cristiano fué el perdon: abiertas las prisiones, volvieron al Senado sus miembros mas ilustres, quienes habian sido contrarios ú opuestos al vencedor. El Cristianismo pene-

tró en el santuario de las leyes: el suplicio de la cruz quedó prohibida, proscritos los combates de los gladiadores, la manumision de los esclavos reducida, la idolatría reprimida sin violencia, porque se dejó á los paganos la libertad del culto. Constantino contribuyó con abundantes liberalidades al ornato de las iglesias y á la manutencion de los ministros de la Religion. Poco tiempo despues de su victoria alcanzada contra Majencio, hizo remitir al obispo de Cartago, para el clero de África, mas de trescientos mil francos; y en la carta que con este objeto le escribió, le decia que si esta suma le parecia insuficiente, podia dirigirse al intendente del patrimonio imperial, quien tenia órden de suministrar sin demora todo cuanto le fuese pedido. Recibia y convidaba á los obispos á su mesa, los alojaba en su mismo palacio, y llevaba siempre en su compañia algunos sacerdotes, á quienes el llamaba los guardas de su alma. Al mismo tiempo que este Principe religioso daba al mundo tan bellos ejemplos de piedad, se aplicaba á perfeccionar y aun aumentar las leyes favorables que acababa de fundar: así es que el año siguiente 313 publicó un decreto mandando la celebracion del domingo, prohibiendo en este dia todos los actos judiciales, todos los trabajos de artífice y demas oficios, todas las ocupaciones ordinarias de las ciudades; dió órden á los oficiales de las rentas del Estado de proveer sin dilacion á la subsistencia de todos los niños que se les presentasen por sus padres, incapaces de poder criarlos; mandó tambien que en todo el imperio se devolviese á las iglesias los bienes que les habian sido confiscados durante las últimas persecuciones.

Leyes cristianas fundadas por este Principe.

Pero de todas las pruebas que Constantino dió de su respeto por la religion cristiana, la mas brillante fué la que manifestó por honrar los lugares consagrados con la presencia visible de Jesucristo. Formó el proyecto de levantar un templo magnífico en Jerusalen.

Descubrimiento de la verdadera cruz en Jerusalen 326.

Santa Elena, madre de este Príncipe, tenia como él una grande devocion por los Santos Lugares: pasó á Palestina, aunque contaba ya la edad de cerca ochenta años. Á su llégada á Jerusalen se sintió animada de un deseo ardiente de hallar la cruz en la que Jesucristo habia sufrido la muerte. La investigacion nada tenia de fácil; porque los paganos trataron de borrar la memoria de la resurreccion de Jesucristo amontonando mucha tierra al rededor del sepulcro; y despues de haber formado en aquel sitio una gran plataforma, edificaron en ella un templo dedicado á Vénus, á fin de disuadir y desviar á los cristianos de visitar este lugar sagrado. Pero nada pudo detener á la piadosa Princesa: consultó á los ancianos de Jerusalen, quienes la dijeron que si podia descubrir el sepulcro del Salvador, no dejaría de encontrar los instrumentos de su suplicio. Era, en efecto, costumbre entre los judíos enterrar junto al cadáver todo lo que habia servido á la ejecucion de una persona condenada á muerte. La Emperatriz hizo demoler inmediatamente el templo profano; se limpió la plataforma, y empezaron las excavaciones. Por fin se encontró la gruta del Santo Sepulcro. Cerca la sepultura habia tres cruces, con la inscripcion que habian puesto á la de Jesucristo, y separados de ellas los clavos que habian atravesado su sagrado cuerpo. No se trataba sino de poder distinguir, entre estas cruces, la del Salvador. Una fé viva puede alcanzarlo todo. Santa Elena, por consejo de Macario, obispo de Jerusalen, hizo llevar las tres cruces á casa de una persona hacia largo tiempo afligida de una enfermedad incurable; aplicaron sucesivamente á su cuerpo cada una de ellas, suplicando á Dios que hiciese conocer la que habia regado con su sangre. La Emperatriz se hallaba presente, y toda la ciudad atenta al acontecimiento. Las dos primeras cruces nada hicieron; mas en cuanto aproximaron la tercera la enferma se encon-

tró perfectamente curada, y se levantó de la cama al instante. El historiador Sozomeno asegura que se aplicó tambien al cadáver de un hombre, y que este hombre resucitó. San Paulino refiere lo mismo. La piadosa Princesa se halló enajenada de gozo cuando se vió en posesion de un tesoro que preferia á todas las riquezas del imperio (1). Tomó una parte de la verdadera cruz para llevarla á su hijo, y habiendo encerrado la restante en una caja de plata, la puso en manos del obispo de Jerusalen para que fuese depositada en la iglesia que Constantino habia mandado edificar sobre el Santo Sepulcro.—Este edificio fué construido con una magnificencia digna de la santidad de aquel sitio. Su recinto abrazaba el sepulcro y se extendia hasta el monte Calvario. Santa Elena hizo fabricar tambien otras dos iglesias; la una en el mismo paraje en que el Salvador se subió al cielo, y la otra en Belen, donde habia nacido.—Su piedad no se limitó á la pompa de los edificios, sino que se extendia á todos los lugares por donde ella pasaba: socorria con abundantes limosnas á los pobres, á los huérfanos y á las viudas: manifestaba una estimacion particular á las vírgenes consagradas al Señor; un dia reunió á todas las de Jerusalen, y las dió una comida en la que ella misma quiso servirlas. Sobrevivió poco tiempo á su viaje á Jerusalen. Dios se habia servido de la conversion de su hijo para atraerla al Cristianismo, que la santa Emperatriz abrazó con corazon sincero y un espíritu ilustrado. En fin, llena de méritos ante Dios y para con los hombres, murió, á la edad de ochenta años, en brazos de su hijo Constantino, quien, sobre todo en estos últimos momentos,

Piedad de Sta. Elena

(1) La Iglesia ha consagrado la memoria de este acontecimiento instituyendo el dia 3 de mayo la fiesta llamada de la Invencion de la santa Cruz. (Invencion, del latin *inventio*, que quiere decir *descubrimiento*.)

se mostró fiel á los deberes de la piedad filial, con la que siempre habia exactamente cumplido.

La iglesia probada por las herejías. La Iglesia, á la que su divino Fundador predijo que seria siempre perseguida, pero que tambien saldria constantemente victoriosa, apenas quedó tranquila por parte del príncipe cuando fué desgarrada en su interior por una herejía. El infierno trató de alterar la fé y romper la unidad de los fieles. Antes habian pasado ya algunas herejías: asi es que Montano, llevado de un celo extremado, habia enseñado que debia uno presentarse por sí mismo al martirio, y prohibia admitir los pecadores á la penitencia. Error deplorable que fué funesto á la Iglesia, arrancándola el célebre Tertuliano, seducido por este novador. Manés, jefe de los maniqueos, habia por su parte predicado que hay dos divinidades, una buena y otra mala; la primera autora de todo el bien que se hace en el mundo; la segunda causa y principio de todo mal. Habia habido tambien los gnósticos ó iluminados. Pero estas herejías tuvieron pocos adeptos: no sucedió lo mismo con el arrianismo.

Arrio y el arrianismo. 319. Arrio, sacerdote de la iglesia de Alejandría, hombre turbulento y ambicioso, aspiró á ser obispo de esta gran ciudad; mas habiendo sido frustrado en sus esperanzas por la eleccion de san Alejandro, y no escuchando sino sus celos y su resentimiento, se puso á desacreditar la doctrina de este santo Prelado, y á oponerle una doctrina nueva. Una modestia afectada, un exterior mortificado, unido á una edad ya avanzada, dieron crédito á este novador, y contribuyeron á ganarle algunos prosélitos. Tuvo la osadía de atacar la divinidad de Jesucristo, y sostener que el Hijo de Dios no es igual á su Padre en todas las cosas. Esta doctrina, desconocida hasta entonces, y contraria á lo que siempre se habia creido, causó un grande escándolo, se la tuvo horror, y se la llamó impía y blasfema. San Alejandro probó de atraer á Arrio por

medio de advertencias caritativas, y usó con él de una paciencia extremada; pero viendo que eran inútiles su dulzura y sus exhortaciones paternales, y que la impiedad empezada á extenderse, alzó la voz con fuerza, y excomulgó al heresiarca en un sínodo compuesto de todos sus sufragáneos. Escribió al Papa y á todos los obispos del mundo lo que habia pasado, para advertirles del peligro que amenazaba á la Iglesia, y á fin de dar mayor peso á su juicio. Este golpe aterró al hereje, pero no le aniquiló. Se retiró á la Palestina, en donde se atrajo algunos partidarios: desde allí pasó á Nicomedia, residencia ordinaria del Emperador, y tuvo la destreza de ganar á su partido á Eusebio, obispo de esta ciudad, (1) que llegó á ser su principal apoyo. Viéndose sostenido, se esforzó en difundir su dogma impío entre el bajo pueblo, y para conseguirlo compuso canciones, en las que virtió profusamente el veneno de sus errores. Por este medio fácil la gente sencilla é ignorante tragaba la ponzoña cási sin sentirla.—El Emperador vió con dolor esta funesta division; habló de ella á Eusebio, quien le dió á entender que el mal procedia de la aversion del obispo Alejandro contra el sacerdote Arrio, y que correspondia á su piedad detener los progresos, imponiéndoles silencio á los dos. Constantino, engañado de este modo, creyó que bastaba escribir á Alejandro y á Arrio para exhortales á que se uniesen en unos mismos sentimientos. Con este objeto envió á Alejandro el obispo de Córdoba, llamado Osio, en quien tenia una confianza particular: era este un anciano respetable que contaba mas de treinta años de obispo, que habia confesado la fé durante la persecucion de Maximiano, y que tenia gran renombre en toda la Iglesia. Osio, una vez llegado á Alejandría con la

(1) Este Eusebio no es el historiador de quien hemos tenido ocasion de hablar. El primero era obispo de Cesarea.

carta del Emperador, reunió un sínodo numeroso: nada olvidó ni omitió para conciliar los espíritus; pero encontró tanta fermentacion, que se vió obligado á volverse á Nicomedia sin haber podido conseguir cosa alguna. Arrio y sus partidarios, por una obstinacion comun á todos los herejes, rehusaron someterse al silencio que les imponia el Emperador. Por otra parte Alejandro y su clero, bien seguros de estar en posesion de la verdad, cuyo depósito debian conservar y transmitir, no podian consentir en retenerla cautiva. Osio, con la ocasion de este viaje, hizo conocer al Emperador la verdad en toda su extension, y le instruyó de la trascendencia y gravedad del mal que aflijia á la Iglesia.

Constantino resolvió entonces, por consejo de los obispos, reunir un concilio *ecuménico*, esto es, universal, para destruir y dar en tierra con el error, y reprimir á sus partidarios. Bajo el reinado de los emperadores paganos nunca se habian podido tener tan grandes asambleas; pero siendo Constantino dueño de todo el imperio, podia ejecutar este designio tan digno de su piedad, sin que sea posible dejar de admirar á la Providencia, que hacia entonces esta ejecucion fácil reuniendo tantos países bajo la dominacion de un solo hombre. La ciudad de Nicea fué elegida para la celebracion del concilio, porque estaba cerca de Nicomedia, donde residia el Emperador. Constantino, envió, pues, á todos los obispos cartas de invitacion para que fuesen al sitio designado, y dió órden de que se les suministrasen carruajes y todo lo demás que fuese necesario para el viaje á expensas del tesoro imperial. El negocio era de demasiada impor-

Concilio de Nicea. 325 (1).

(1) Á esta fecha reducen el que se celebró en Elvira (Granada), varios escritores; y otros al año 300 ó 301. Antes de este se cree que se habian celebrado ya otros concilios en España. (*El Traductor*).

tancia para que los obispos no acudiesen á la convocacion con la mayor premura; así es que bien pronto se encontraron en Nicea en número de trescientos diez y ocho, reunidos de todas las provincias del imperio, sin contar los presbíteros y los diáconos. Osio(1), obispo de Córdoba, presidia el concilio, y representaba en él al papa san Silvestre, quien habia enviado además dos presbíteros en calidad de legados suyos, por no haber podido, á causa de su avanzada edad, ir él mismo en persona. San Alejandro, obispo de Alejandría, iba acompañado del diácono Atanasio, jóven todavía, á quien estimaba mucho y muy particularmente, el que le sirvió de un grande auxilio. Jamás hubo asamblea alguna tan venerable. Muchos de los obispos que la componian eran eminentes en santidad, y llevaban aun las cicatrices de las heridas que habian recibido por la fé durante la última persecucion. Tal era entre otros san Pafnucio, obispo de la alta Tebaida, á quien habian arrancado el ojo derecho. El Emperador le hacia venir con frecuencia á su palacio, tenia placer en conversar con él, y por respeto ó devocion besaba la herida que aun llevaba en el rostro. Llegado el dia de la sesion pública, todos los que debian asistir á ella pasaron á un gran salon, en el cual el mismo Constantino entró tambien, despues de todos, dando las mayores muestras de respeto á esta augusta Asamblea. Quiso que los obispos tratasen las cuestiones de la fé con entera libertad. Se empezó por examinar la doctrina de Arrío, á quien se citó y oyó. Este tuvo la insensata osadía de confesar y defender sus blasfemias en presencia del concilio. Todos los Padres se tapaban los oidos y daban muestras de la mas viva indignacion. Se refutaron con energía y fir-

---

(1) Como le consideramos muy digno de ocupar una página en esta historia, lo mismo que Dámaso, ambos españoles, hablaremos de ellos á la conclusion de este párrafo. (*El Traductor*).

meza las novedades impías; se opuso á ellas la autoridad de los Libros santos y los escritos de los primeros Padres. Sobre este fundamento se estableció la doctrina de la Iglesia. Este concilio declaró, pues, que Jesucristo es verdadero Hijo de Dios, igual á su Padre; su virtud, su imágen, siempre subsistente en él; en fin, Dios verdadero. Como los arrianos, fecundos en sutilezas, tenian el arte de eludir la fuerza de estas expresiones; y de admitirlas sin renunciar á su error, el concilio no halló término mas propio para expresar la unidad indivisible de naturaleza en las dos personas divinas que la palabra *consustancial:* esta palabra, que ningun subterfugio dejaba á la heregía, fué despues el terror de los arrianos; expresaba claramente que el Hijo es en todo igual á su Padre, y que es un mismo Dios con él. Los arrianos se retiraron, mas los Padres del concilio se afirmaron en conservar este término, que en seguida fué el distintivo de los católicos. Se redactó, pues, la profesion solemne de la fé que tan conocida es con el nombre de *Símbolo de Nicea.* Todos los obispos, á excepcion de un corto número de arrianos, suscribieron este Símbolo, y pronunciaron el anatema contra Arrio y sus sectarios. En virtud de este juicio, que el poder secular apoyó, pero no previno, el Emperador condenó á Arrio á un destierro. Tal fué la conclusion de esta célebre asamblea, cuya memoria ha sido siempre venerada en la Iglesia.

S. Atanasio, obispo de Alejandría.

El espíritu de la herejía, siempre inquieto y travieso, no pudo ser reprimido por la autoridad del santo concilio de Nicea. Los arrianos, aunque confundidos, se dedicaron á suscitar nuevas turbulencias. Escribieron al Emperador, y, fingiendo aceptar la fé de Nicea, obtuvieron que se les alzara el destierro. En seguida trabajaron en preocupar al Emperador, y prevenirle por medio de diferentes artificios contra los obispos católicos, en particular contra Atanasio,

que habia sucedido á san Alejandro en la silla de Alejandría, y á quien miraban como á su mas temible adversario. Emprendieron disculpar á Arrio delante del Príncipe, haciéndole entender que habia sido condenado porque se habia explicado mal: le representaron que como Arrio tenia y estaba en buenos sentimientos, seria una cosa agradable á Dios el ordenar á Atanasio que lo recibiese en su iglesia. Este era un lazo que tendian al santo Obispo: sabian ellos muy bien que el Prelado rehusaria constantemente hacerlo, y por esta negativa esperaban indisponerle con el Emperador. El pernicioso consejo fué seguido. Atanasio tuvo órden de recibir á Arrio, bajo pena de ser desposeido. Los arrianos no se contentaron con esto; publicaron diferentes calumnias contra el santo Obispo, las cuales hicieron tanto ruido, que el Emperador creyó que era menester examinar al menos si eran fundadas tan graves acusaciones. Señaló, pues, una junta de obispos en la ciudad de Tiro para examinar la conducta de Atanasio, y ordenó al acusado que se presentase á ella. Los arrianos tuvieron cuidado de hacer que fuesen nombrados jueces obispos de su partido, quienes trataron á san Atanasio de la manera mas indigna. Empezaron por no permitirle tener asiento en la asamblea, y le obligaron á permanecer en pié como un criminal que espera que pronuncien su sentencia. El santo Prelado escuchó tranquilamente las acusaciones que amontonaban contra él, y las destruyó todas de tal modo, que confundió á sus acusadores. Los arrianos, no pudiendo oponer cosa alguna á la evidencia de sus razones, estaban llenos de furor contra él, y le hubieran hecho pedazos, si los comisarios del Emperador no le hubiesen arrancado de sus manos. San Atanasio, viendo que su vida no estaba ya allí nada segura, tomó el partido de pasar

á Constantinopla (1) para justificarse ante el Emperador. Durante su ausencia los arrianos no dejaron de pronunciar contra él una sentencia de deposicion, y no se sonrojaron de insertar en la sentencia las mismas calumnias que habian sido tan plena y victoriosamente refutadas: despues, habiéndole seguido á Constantinopla, añadieron contra él una nueva acusacion, que creyeron á propósito para hacer mucha impresion en el ánimo del Emperador: dijeron que Atanasio habia hecho amenaza de impedir el transporte del trigo que de Alejandría se enviaba todos los años á Constantinopla. Por mas que el santo Obispo protestó contra la falsedad de la acusacion, Constantino, prevenido, le juzgó culpable, y le desterró á Tréveris, ciudad populosa de la Galia Belga, distante unas ochocientas leguas de Alejandría. Atanasio partió inmediatamente al lugar de su destierro, á donde llegó al principio del año 336. Tal es el destino de los príncipes: con las mejores intenciones cometen grandes injusticias, porque están expuestos á ser engañados por los ruines y perversos, y á depositar su confianza en hombres que toman las exterioridades de la virtud por perseguir á la virtud misma.

Funesta muerte de Arrio. 336.

Los arrianos, enardecidos por el buen éxito de su intriga, tomaron la empresa de volver á establecer á Arrio en Alejandría. Este heresiarca, aprovechándose de la ausencia de san Atanasio, pasó á esta ciudad, y fué á presentarse en la Iglesia; pero el pueblo católico no pudo sufrirle en ella, y hubo con este motivo grandes desórdenes, que obligaron al Emperador á dar órden á Arrio de salir de ella y presentarse en Constantinopla. Para resarcirle de no haber sido recibido en la iglesia de Alejandría, los arrianos resolvieron hacerlo recibir de una manera brillante en la

(1) Constantino acababa de trasladar á esta ciudad, que él habia fundado, el trono del imperio.

de Constantinopla. El obispo de esta ciudad imperial era un anciano venerable y muy adicto á la fé de Nicea. Los arrianos hicieron inútiles esfuerzos cerca de él para empeñarle á que admitiese á Arrio en la congregacion. Rehusó constantemente lo que le pedian. Los arrianos se pusieron furiosos; le amenazaron con hacerle desposeer de la prelatura, y obtener una órden del Emperador para hacerle admitir á la fuerza á Arrio en su iglesia. Esta órden vino en efecto, y se habia escogido un domingo para el restablecimiento de este impío á fin de causar mas estrépito (y mejor dicho escándalo). Entonces el santo Obispo recurrió al cielo. Se retiró á su iglesia: solo allí al pié del altar, con el rostro sobre las gradas, los ojos arrasados en lágrimas, dirigió á Dios esta humilde y fervorosa súplica: «Señor, si Arrio ha de ser recibido en la Iglesia, os conjuro á que antes me saqueis de este mundo; pero si Vos teneis compasion de vuestra Iglesia, «como yo no dudo, no permitais que jamás se convierta en objeto de desprecio.» Al dia siguiente los partidarios de Arrio se reunieron, y se obligaron á conducirle á la iglesia á despecho del Prelado le llevaban por las calles como en triunfo, y se permitian discursos insultantes contra el Obispo. Cuando se aproximaban á la plaza, y divisaban ya la iglesia, Arrio palideció delante de todo el mundo, y tuvo al mismo tiempo una necesidad natural que le obligó á separarse de su cortejo y retirarse á un lugar excusado. Como tardaba mucho, entraron en él, y le encontraron muerto, echado en el suelo, nadando en su sangre, y con las entrañas fuera de su cuerpo. El horror de semejante espectáculo hizo temblar á sus mismos secuaces. Este sitio dejó de ser frecuentado; nadie se atrevia á aproximarse á él, y le señalaban con el dedo como un monumento de la venganza divina. La terrible noticia se extendió al instante, y al dia siguiente el santo Prelado, á la cabeza de todo su

pueblo, rindió á Dios solemnes acciones de gracias, no porque habia hecho perecer á Arrio, cuya desgraciada suerte lamentaba, sino porque se habia dignado rechazar la herejía, que marchaba con audacia para forzar la entrada del santuario. El Emperador hizo sobre este acontecimiento profundas reflexiones: reconoció en él la mano de Dios, y en su consecuencia tomó grande aversion á esta secta impía. Sintió, en fin, la falta que habia cometido desterrando á san Atanasio, é iba á levantarle el arresto cuando la muerte le impidió ejecutar su resolucion; pero antes de espirar dió órden al efecto. Este príncipe murió en Nicomedia en 337 despues de haber recibido el Bautismo (1).

Constantino, Constancio y Constante emperadores. 337. Constantino habia dejado tres hijos, llamados Constantino, Constancio y Constante, que se repartieron el imperio. El primero, bajo cuya dominacion se hallaban las Galias, restableció en su silla episcopal á san Atanasio. Volvió á enviarle á Alejandría con una carta en la que elogiaba mucho sus virtudes, y manifestaba toda su indignacion contra sus enemigos. Vuelta de San Atanasio. Dijo que restituyendo el santo Prelado á su rebaño no hacia mas que ejecutar el piadoso designio de su padre, que se lo hubiera devuelto él mismo si la muerte no se le hubiese anticipado. «Cuando pues, añadia, «habrá llegado Atanasio, conoceréis cuánto le hemos «honrado; y no debo sorprenderos, puesto que nos ha «inclinado á ello la afliccion que os ha causado su au-«sencia, y el respeto que tenemos á su virtud.» El santo Patriarca pasó por la Siria, y llegó, en fin, á Alejandría. Fué recibido con transportes de alegría. El clero y el pueblo acudian en tropel para verle; en todas las iglesias resonaban los cánticos en accion de gracias al Señor. Los enemigos de san Atanasio se

(1) Habia esperado tanto, por hacerse bautizar algun dia en las aguas del Jordan, á ejemplo de Nuestro Señor.

llenaron de despecho, se quejaron de su vuelta como de una disposicion contraria á los cánones, diciendo que no podia ser restablecido sino por la autoridad del concilio. Inventaron contra él nuevas calumnias, y movieron todos los resortes para perderle. Procuraron poner de su parte al emperador Constancio, á quien el Oriente habia cabido en suerte. Presentáronle á Atanasio como un espíritu inquieto y turbulento, que despues de su vuelta habia excitado sediciones; le acusaron falsamente y sin prueba alguna de haber retenido los granos destinados al alimento de las viudas y de los eclesiásticos que habitaban las comarcas en donde no venia ningun trigo. No le fué difícil al santo Prelado demostrar la falsedad de estas acusaciones; pero á pesar de quedar descubierta la calumnia no se desvanecieron por esto las prevenciones de Constancio. Este desgraciado Príncipe se habia entregado á los arrianos: no escuchaba sino lo que le decian contra Atanasio, y cerraba los oidos á todo cuanto pudiese servir á su justificacion. Los enemigos del santo Obispo obtuvieron del Emperador el permiso de elegir un nuevo patriarca de Alejandría en lugar de Atanasio: á esto era á lo que querian ir á parar. No perdieron tiempo: desde el momento que lograron lo que deseaban se reunieron sin dilacion, depusieron á Atanasio, y colocaron en su lugar á un eclesiástico desacreditado, llamado Pisto. Este mal sacerdote, lo mismo que el obispo que lo consagró, habian sido excomulgados en el concilio de Nicea. El Papa, instruido de esta ordenacion cismática, negó su comunion al intruso, y todas las iglesias católicas pronunciaron contra él el anatema. De este modo Pisto nunca pudo tomar posesion de la dignidad que queria usurpar. La Iglesia católica ha detestado constantemente el cisma: ha rechazado siempre con horror á aquellos que se apoderaban de un puesto ó dignidad cuyo pastor legítimo aun vivia, y estaba reser-

Nuevas persecuciones contra el Santo Obispo.

vada para él; ha declarado en todos tiempos que semejante usurpador no tiene autoridad ni jurisdiccion; que no es un obispo sino un adúltero; que no es un pastor sino un ladron, un lobo entrado en el aprisco para aniquilar y degollar al rebaño.—San Atanasio, oprimido y acosado por sus enemigos, que lo eran tambien de la Religion, escribió al Papa para pedirle justicia de este atentado. Fué despues á Roma con objeto de instruir al Pontífice de todo lo que habia sucedido. El santo solio era ocupado entonces por san Julio, quien hizo buena acogida al santo Prelado, y reunió un concilio para juzgar este negocio. San Atanasio quedó en él justificado y confirmado en la posesion de su silla. Conservamos todavía la carta que el Soberano Pontífice escribió con este motivo; defiende en ella la verdad con un vigor digno del jefe de los obispos. Vese que desde los primeros siglos de la Iglesia era sometida al Papa, sucesor de san Pedro nombrado por Jesucristo, la conducta y gobierno de todo el rebaño, á quien se recurria en las causas de mayor entidad, que afectaban á la disciplina ó interesaban á la fé. Los mas grandes y célebres obispos de la antigüedad se han dirigido al solio pontificio para hacer anular sentencias injustas pronunciadas contra ellos. Se ha reconocido, pues, siempre en el Papa, no solamente una preeminencia de honor, sino tambien una primacía de jurisdiccion y de autoridad que se extendia á toda la Iglesia. Esta primacía ha sido mirada como un artículo de fé.

San Atanasio en Roma.

El mal éxito que tuvo la empresa de un primer usurpador no desconcertó á los enemigos de san Atanasio. Tomaron mejor sus medidas para establecer otro obispo en Alejandría, y hacérselo admitir. Eligieron á un capadocio llamado Gregorio, y, por autorizacion del Emperador, le pusieron á mano armada en posesion de la silla de san Atanasio, quien se vió obligado á tomar la fuga; y en esta ocasion co-

Obispo cismático en Alejandría.

metieron excesos é impiedades horribles. Se vió entónces, como se ha visto á menudo despues, cuál es el espíritu que anima á los cismáticos, y á qué clase de furores se entregan cuando se ven sostenidos por el poder soberano. La violenta intrusion de Gregorio habia puesto la alarma en Alejandría. El pueblo católico ocupaba las iglesias que aun estaban abiertas. El oficial del Emperador gana al populacho, á los judíos, á la gente desarreglada; reune á los pastores y á la juventud mas insolente de las plazas públicas; los enardece y agita, y luego los envia en cuadrillas contra los católicos retirados en las iglesias. Los unos fueron pisoteados, los otros muertos á porrazos ó degollados. Los sacerdotes eran arrastrados al tribunal del gobernador, y apaleados delante de Gregorio cuando reusaban ó se negaban á comunicar con los impíos. Las vírgenes consagradas al Señor fueron desnudadas y azotadas. Se quitaba el pan y toda clase de alimento á los ministros de la Iglesia para hacerlos morir de hambre; y, lo que debe añadirse á la atrocidad de esta conducta, es que estas escenas indecentes y crueles pasaban durante los dias que precedian á la fiesta de Pascua. El mismo dia del Viernes Santo, Gregorio entró con una escolta de soldados paganos en una iglesia de la que queria apoderarse, é hizo azotar públicamente y encarcelar á treinta y cuatro personas, cuya mayor parte eran jóvenes vírgenes y mujeres honradas. Así es como se apoderó de todas las iglesias; de suerte que el clero y el pueblo católico se veian reducidos á separarse del lugar santo, ó á comunicar con el intruso. El Papa tomó la defensa de san Atanasio, y en un concilio compuesto de ciento setenta obispos declaró nula la ordenacion del intruso: lo que no impidió que, despues de la muerte de Gregorio, los enemigos de san Atanasio le nombrasen un sucesor, y renovasen todas las escenas de la primera instrusion. Los cismáticos atropellaron al

Violencias contra los católicos.

pueblo, que estaba reunido para orar. Sacaron á muchas vírgenes de sus casas, é insultaron á otras en las calles, especialmente sus mujeres, que, paseándose insolentemente como unas bacantes, buscaban ocasion de ultrajar á las mujeres católicas. La persecucion no se ejercitó solamente en Alejandría, sino que se extendió por todo el Egipto. El Emperador dió órden de arrojar de las iglesias á los obispos católicos. En lugar suyo calocaban á jóvenes relajados, que trataban los negocios de la Iglesia con arreglo á una política enteramente humana. Estos falsos pastores empezaron á trastornar la fé en Egipto, en donde la doctrina católica habia sido predicada hasta entonces con entera libertad; y como los verdaderos fieles se alejaban de ellos, fué esto un nuevo motivo para ultrajarlos, encarcelarlos y confiscar sus bienes.

Espíritu del cisma

El cisma ha reaparecido despues en la Iglesia siempre con el mismo carácter, con hechos tan semejantes, que es imposible equivocarlos; las mismas escenas, iguales indecencias y análogas violencias. Permítasenos decir que es preciso que esta sea su fisonomía natural. No podria cuestionarse de que parte viene el cisma. La cosa no es dudosa: en todos tiempos los perseguidores han sido los cismáticos; los perseguidos eran siempre los católicos.

Persecucion en Persia. 350.

Á esta época se refiere la cruel persecucion de Sapor II, rey de Persia, quien hizo un número infinito de Mártires. Fué excitada por los celos y la envidia de los magos ó sacerdotes de los falsos dioses. Se ejercieron en esta persecucion tan inauditas crueldades, que solo su relato hace estremecer de horror. Sapor estaba en guerra con los romanos: habiendo sitiado la ciudad de *Nisibe*, en Mesopotamia, de la cual era obispo san Jaime, este eminente Prelado suplicó á Dios que confundiese al enemigo de la fé cristiana, y al instante una nube de mosquitos cayó sobre los persas. Entraban en las trompas de los elefantes, en

las orejas y narices de los caballos y de otros animales, que se enfurecian, rompian sus bridas y arneses, tiraban á los jinetes, introducian el desórden en el ejército, y huian á donde podian. Sapor, obligado á reconocer en ello el brazo de Dios, que se servia de los mas pequeñitos animales para hacer resplandecer su poder contra él, levantó el sitio, y se retiró vergonzosamente. Esto no sirvió sino para derramar á torrentes la sangre cristiana, hasta que Dios por medio de su muerte, puso término á sus furores (363).—Constantino II habia muerto en 340; su hermano Constante no tardó en seguirle al sepulcro, asesinado por un bárbaro, llamado Magnencio, que aspiraba al imperio.

El emperador Constancio llena de turbacion á toda la Iglesia.

Constancio, habiendo llegado de esta suerte á ser único dueño del imperio, publicó un edicto para obligar á los obispos á suscribir la condenacion de Atanasio bajo pena de destierro. Creia este Príncipe no poder destruir la fé de Nicea sino perdiendo á su mas celoso defensor. Para llegar á conseguirlo hizo reunir los obispos en Arles, y despues en Milan, presentándose él mismo como acusador. Los obispos representaron á este Príncipe que ellos no podian condenar á Atanasio sin violar los santos cánones. «Que mi vo«luntad os haga las veces de cánones, respondió el «Emperador; obedeced, ó marchad al destierro.» Ellos volvieron á representarle que el imperio no era suyo sino de Dios, quien se lo habia confiado; que él debia temer sus juicios, y no confundir el gobierno de la Iglesia con el del Estado. Esta respuesta, tan digna de la firmeza episcopal, puso á Constancio furioso: tiró de la espada, y dió órden de llevar al suplicio á algunos de los obispos; pero mudando en seguida de parecer, se contentó con desterrarlos. Así, pues, los que rehusaron suscribir fueron echados de sus sillas, y colocadas en lugar suyo obispos de la faccion arriana. El papa Liberio, que desde luego

mostró mucha firmeza, fué desterrado á Berea, en la Tracia; mas sucumbiendo luego á las incomodidades de su destierro, tuvo la debilidad de firmar la condenacion de Atanasio. Pero bien pronto se levantó de esta caida, y reparó inmediatamente el escándalo que habia dado. Poco tiempo despues el Emperador, que estaba mas ocupado en perturbar la Iglesia que en gobernar el imperio, hizo reunir un concilio en Rímini (Italia), al mismo tiempo que se reunia otro en Seleucia, en el Oriente. Este último, mucho menos numeroso, no tuvo resultado, y se disolvió sin concluir cosa alguna. El de Rímini sostuvo libre y espontáneamente la verdad católica: rehusó admitir una nueva profesion de fé; declaró que era preciso atenerse al símbolo de Nicea, en el que nada habia que cercenar, nada que añadir; anatematizó á Arrio y á sus partidarios. Los obispos, en número de trescientos y veinte, suscribieron este decreto, y los arrianos que se negaron á ello fueron reprobados y depuestos. Pero el Emperador, prevenido por estos, envió órden al prefecto Tauro de no dejar separar el concilio hasta que los obispos hubiesen firmado una fórmula capciosa en la que no habia la palabra *consustancial*, y desterrar á los mas obstinados en rechazarla. Entonces la mayor parte de los Padres, que eran retenidos en Rímini, disgustados de estar separados tanto tiempo de sus iglesias, intimados por las amenazas de Tauro, se dejaron engañar de los arrianos, y creyendo que el sentido de la palabra *consustancial* estaba expresado en distintos términos, suscribieron otra fórmula cuyo veneno no descubrian. Los arrianos no tardaron en triunfar. Tan pronto como los Padres de Rímini observaron el fraude expresaron su indignacion y su pesar: rechazaron abiertamente el mal sentido que los arrianos daban á la fórmula suscrita, y declararon su adhesion á la fé de Nicea. Este acontecimiento es el que dió lugar á esta palabra célebre de

Concilio en Rímini.

san Jerónimo, *que el mundo se asombró de hallarse arriano;* prueba que no lo era, pues que nadie se asombra de encontrarse lo que es en realidad. Toda la falta de los padres de Rímini consistia en que, por sorpresa y sin pensarlo, habian dado lugar al triunfo del arrianismo. Por otro lado el mayor número de los obispos, diseminados por toda la Iglesia, no tomó parte alguna en la seduccion; al contrario, teniendo al papa Liberio á su cabeza, declamaron contra este escándalo, y desaprobaron las actas del concilio de Rímini. Es tan cierto que la enseñanza de la fé en nada cambió entonces, que san Atanasio, dos años despues del concilio, decia en su carta al emperador Joviano: «La fé de Nicea, que nosotros confesamos, «ha sido la de todos tiempos: todas las iglesias la si- «guen: las de España, Gran Bretaña, Galia, Italia, «Dalmacia, Dacia, Misia, Macedonia; las de toda la «Grecia, de toda el África: de las islas de Cerdaña, «Creta, Chipre; de la Panfilia, de la Licia, de la Isau- «ria, del Egipto, de la Libia, del Ponto, de la Capado- «cia tienen la misma fé, y todas las del Oriente, á ex- «cepcion de un muy pequeño número.» Así no solamente todo el imperio romano, sino tambien todo el mundo entonces conocido, hasta los pueblos bárbaros, pensaban del mismo modo, y en realidad solo un cortísimo número eran del partido del error, en comparacion de los que le rechazaban: ni el concilio de Rímini, ni las continuadas, largas y crueles persecuciones de Constancio, ni el favor que acordó á los arrianos pudieron alterar la fé de la Iglesia católica.

Celo de S. Hilario de Poitiers.

Por otra parte Dios la suscitó en las Galias un ilustre defensor en la persona de san Hilario, obispo de Poitiers. Este santo Prelado hizo en Occidente lo que san Atanasio en el Oriente: se opuso con un valor inalterable á la impiedad de los arrianos; tuvo la dicha de preservar á su patria del contagio, y de mantener incólume la fé de Nicea. Como el emperador Constan-

cio hacia tantos años que trabajaba para extender el arrianismo, presentó á este Príncipe una peticion en la que le suplicaba que hiciese cesar las persecuciones injustas que sufrian la mayor parte de las iglesias, privadas de sus pastores, y entregadas á falsos obispos, que se apoderaban de ellas á mano armada. La generosa libertad y franqueza con que habló al Emperador habia llegado ya á hacerse necesaria. Se opuso con firmeza á las intrigas de Saturnino, obispo de Arles, tan desacreditado por sus vicios como por sus alianzas con los arrianos, que le protegian poderosamente. Constancio, informado por este del celo de san Hilario, desterró al santo Obispo á la Frigia. Este destierro fué un decreto de la Providencia divina, que hace servir á la ejecucion de sus designios la mala voluntad de los hombres. El emperador convocó, poco tiempo despues, un concilio en Seleucia, con el intento de deshacer en él los cánones de Nicea. Como los herejes estaban divididos entre sí, y formaban dos partidos opuestos, san Hilario fué invitado á este concilio por uno de ellos, que esperaba hacérselo adicto, y obtener así la ventaja de confundir al partido contrario. El santo Prelado pasó en efecto á Seleucia, y defendió en este concilio la fé de Nicea con tanto valor y firmeza, que impuso á los enemigos de la verdad. Partió en seguida á Constantinopla, y pidió al Emperador una conferencia pública para combatir en ella á los herejes en su presencia, y demostarles la falsedad de su doctrina por los cambios y modificaciones que continuamente la introducian. «Despues «del santo concilio de Nicea, dijo, aquellos á quienes «acordais vuestra confianza no hacen otra cosa mas «que componer símbolos. Su fé no es la fé de los Evan-«gelios sino la de las conjeturas: el año último han «cambiado cuatro veces su símbolo: entre ellos la fé va-«ria como las voluntades, y la doctrina como las costum-«bres. Todos los años, y aun todos los meses, forman

«nuevos símbolos: destruyen lo que ayer hicieron; «anatematizan lo que antes habian sostenido. No ha-«blan de santa Escritura y de fé apostólica con otro «objeto que el de engañar á los débiles é incautos, y «para atentar con mas seguridad á la doctrina de la «Iglesia.» Tendremos sobrada ocasion de aplicar estas reflexiones á las diferentes herejías que han nacido despues del siglo de san Hilario. Los arrianos, que temian el ardoroso celo y la fuerza de los raciocinios del santo Prelado, evitaron la conferencia que él solicitaba; y á fin de libertarse de un hombre á quien temian extraordinariamente, aconsejaron al Emperador que lo enviase de nuevo á su Iglesia. El santo Obispo, regresando á su diócesis, atravesó la Iliria y la Italia. Por todas partes reanimaba en la fé á todos los cristianos débiles y vacilantes. Á su llegada á las Galias su primer cuidado se encaminó á remediar los males de la Iglesia. Saturnino fué excomulgado y depuesto como culpable de herejía y de otros muchos crímenes. La vuelta del santo Prelado produjo los mas felices resultados: la fé quedó restablecida en toda su pureza; la disciplina de la Iglesia recobró todo su antiguo vigor; cesaron los escándalos, y la paz sucedió á las perturbaciones y desórdenes. La muerte del emperador Constancio, acaecida en 361, quitó á los arrianos su principal apoyo.

S. Martin, Obispo de Tours. 360.

El mas ilustre de los discípulos de san Hilario fué san Martin, que se adhirió y estimó muy particularmente á este santo Obispo, cuyas virtudes admiraba, y tomó parte con él en todos los combates por la fé. Martin nació en Sabaria, ciudad de la Panonia, de padres idólatras. Dios le previno desde niño con tan singulares bendiciones, que á la edad de diez años se presentó en la iglesia de los cristianos, y solicitó ser contado en el número de los catecúmenos. Como era hijo de un tribuno, fué obligado á seguir la carrera

de las armas; pero esta profesion, que para tantos otros es una escuela de disolucion y de desórdenes, vino á ser para él el ensayo de las mas heróicas virtudes. Se distinguió sobre todo por un tierno amor hácia los pobres: no podia rehusarles nada, y distribuia entre ellos todo lo que le quedaba de su sueldo. Un dia, durante un invierno riguroso, encontró en la puerta de Amiens á un mendigo desnudo y transido de frio. Este triste espectáculo excitó la caridad del santo caballero; pero como no le quedaban mas que sus armas y el traje militar, saca el sable, corta la mitad de su capote, y lo da al pobre, para cubrirse. Tan bella accion no quedó sin recompensa. La noche siguiente Martin vió en sueños á Jesucristo, vestido con esta mitad de capote, y le oyó decir á los Ángeles que le rodeaban: «Martin, el catecúmeno, cubrió «mi desnudez con este manto.» Esta vision consoladora le determinó á pedir el Bautismo, y en cuanto lo hubo recibido trató de dejar el servicio de las armas. Atraido al lado de san Hilario de Poitiers por la alta reputacion de que gozaba este Obispo, hizo levantar á dos leguas de esta ciudad un monasterio, en el que se retiró con algunos discípulos. Salia de tiempo en tiempo de su retiro para ir á predicar la fé á los idólatras, que aun eran en gran número en los pueblos, y Dios autorizó el celo de su siervo con muchos y brillantes milagros. No tardó en ser conocido en toda la Galia y le juzgaron merecedor de la dignidad episcopal. El pueblo de Tours lo solicitó por su pastor; pero fué preciso valerse de ardides y aun de violencia para sacarle de su soledad. San Martin en la silla de Tours fué el mismo que habia sido en su monasterio, ningun cambio se notó en sus costumbres ni en su mesa; no queria honrar su dignidad sino con sus virtudes. La destruccion de la idolatría fué el objeto mas comun y constante de sus trabajos. Recorrió muchas veces la Turena con un celo incansable; y por todas

partes sus discursos y los milagros que los acompañaban convirtieron á los idólatras. Estando un dia en el mercado de una villa, que se hallaba lleno de paganos, despues de haberles exhortado á que abandonasen sus supersticiones, emprendió á moverlos á que derribasen un árbol viejo que era un objeto de idolatría. Los paganos no quisieron consentir en ello sino con la condicion de que se pondria del lado del árbol por donde debia caer. Martin lleno de fé, aceptó la condicion. Se cortó el árbol; pero el santo Obispo, en el instante que este caia, hizo la señal de la cruz, y el árbol se enderezó para caer del otro lado, con gran asombro de los paganos, que pidieron en el acto el Bautismo. El santo Prelado no interrumpió sus misiones sino para ejercitarse en otras obras de caridad. Algunas veces iba á interceder cerca del Príncipe en favor de los desgraciados; con este objeto hizo dos viajes á Tréveris, en donde se hallaba entonces el usurpador Máximo, asesino de Graciano. Pero pedia estas gracias como obispo, y con un tono de voz tan digno, que imponia al mismo Príncipe. Máximo le profesó muy particular estimacion, y muchas veces le convidó á su mesa. San Martin al principio se excusaba, mas luego creyó deber aceptar esta invitacion. Máximo tuvo de ello tanta alegría, que llamó, lo mismo que si fuese una fiesta solemne, á las personas mas distinguidas de su corte. El santo Obispo estaba en la mesa con un sacerdote de la iglesia de Tours, de quien se hacía acompañar cási siempre. Cuando se sirvió de beber, Máximo hizo seña al oficial que diese la copa á san Martin, creyendo el Príncipe que la recibiria en seguida de su mano; pero el santo Obispo la presentó á su sacerdote, como á la persona mas respetable de la reunion. Esta accion no disgustó al Emperador, quien elogió á san Martin por haber preferido, á todo el poder imperial, tributar el honor debido al sacer-

dote de Jesucristo. Tanta virtud realzada aun por numerosos milagros, hizo á san Martin muy célebre en toda la Iglesia.

§ II.

Institucion y vida de los solitarios.

Primeros solitarios

Entre la multitud innumerable de paganos que, á ejemplo de Constantino, abrazaron la fé, era difícil no encontrar bastantes que lo hiciesen por miras puramente humanas. Los grandes y los ricos del mundo, entrando en el gremio de la Iglesia en pos del Príncipe, introdujeron en ella sus vicios: muchos de los cristianos viejos se relajaron á consecuencia del reposo y tranquilidad de que gozaban. En tales circunstancias pertenecia á la sabiduría y bondad de Dios facilitar á sus siervos un medio de conservar su antiguo fervor, y perpetuar en la Iglesia la práctica de todas las virtudes. Esto es lo que obró, empezando á poblar los desiertos de una multitud de solitarios cuya vida parecia la de los Ángeles. Antes hubo cristianos celosos de su salvacion que, bajo el nombre de ascetas (1), renunciando á las cosas del mundo, se entregaban á los ejercicios de piedad, de oracion y de mortificacion; pero vivian solo bastantes cerca de las ciudades y de las villas, en vez de que despues se reunieron en los desiertos, y formaron comunidades.

S. Antonio en Egipto

San Antonio, que fué el autor de esta nueva institucion, habia nacido en Egipto, de padres nobles, ricos y virtuosos, que le educaron cristianamente, y le preservaron de los peligros de la Juventud; pero los perdió temprano. Habiendo un dia oido leer en la iglesia estas palabras del Evangelio: *Si quereis ser perfecto, id, vended todo cuanto poseeis, dadlo á los*

---

(1) Los que se dedican enteramente á la vida espiritual. (*El Traductor*).

pobres, y tendreis un tesoro en el cielo, se las aplicó á sí mismo. Volvió á su casa, vendió todos sus bienes, y distribuyó su valor á los pobres. Habiéndose retirado en seguida á una soledad, se ocupó únicamente del cielo. Se ejercitaba en obras de penitencia á fin de mortificar y sujetar la carne; trabajaba para procurarse el sustento y atender á las necesidades de los pobres. Animado de una piadosa emulacion, cuando oia hablar de algun siervo de Dios iba al instante á encontrarle para recibir de él lecciones y ejemplos que poder imitar ó practicar. De este modo llegó á ser bien pronto un modelo perfecto de todas las virtudes. El enemigo de la salvacion no pudo mirar sin despecho lo que tan felices principios presagiaban: recurrió á todo género de tentaciones con el fin de ver si podia hacerle sucumbir. El jóven solitario lo superó y venció todo con la oracion y la mortificacion: su cama era una estera, y á menudo el suelo desnudo; no comia sino una vez al dia, despues de la puesta del sol, y únicamente pan con un poco de sal; no bebia mas que agua; su vestido consistia en un cilicio, una capa de piel de carnero y una capucha. Como el Espíritu Santo le distinaba para poblar los desiertos, le inclinó á retirarse á los lugares mas escarpados y apartados. Antonio pasó el Nilo, y penetró en lo mas recóndito de la Tebaida. Despues que hubo permanecido largo tiempo separado del comercio ó trato de los hombres, Dios, que queria dar á conocer á su siervo le honró con el don de hacer milagros. Las curaciones extraordinarias que obraba le atrajeron bien pronto una multitud de discípulos que desearon vivir bajo su mando y adoptar su régimen. Fué preciso edificar un gran número de monasterios para poder admitir y contenerlos á todos. Antonio instruia á sus discípulos, ya en particular, ya en comun; y les prescribia las santas reglas que debian seguir y observar: «Que el recuerdo de la eternidad, les decia, no se

«aparte jamás de vuestro espíritu: pensad, al levan-«taros, que tal vez no viviréis hasta la noche; pen-«sad, todas las noches, que tal vez no viviréis hasta la «mañana siguiente. Haced cada una de vuestras ac-«ciones lo mismo que si fuera la última de vuestra «vida, velad sin cesar contra las tentaciones, y resis-«tid valerosamente á los esfuerzos del demonio: este «enemigo es muy débil cuando se sabe desarmarle, «teme el ayuno, la oracion, la humildad y las buenas «obras; con sola la señal de la cruz se disipan sus «prestigios é ilusiones. Si este signo do la cruz del «Salvador, que le ha despojado de todo su poder, bas-«ta para hacerle temblar.» Educados é instruidos con estas lecciones, los discípulos de Antonio fueron un objeto de admiracion aun del mismo san Atanasio. «Sus monasterios, dice este Santo, son como otros «tantos templos donde la vida se pasa cantando sal-«mos, leyendo, orando, ayunando, velando; donde se «pone ó funda toda la esperanza, en los bienes de la «otra vida, donde une á todos una caridad admira-«ble donde se trabaja para el mantenimiento de los «pobres mas bien que para el propio; es, en fin como «una dilatada region enteramente separada del mun-«do cuyos afortunados habitantes no tienen otro cui-«dado que el de ejercitarse en la justicia y en la pie-«dad.»

San Hilarion en Palestina. 329.

Lo que san Antonio habia hecho en Egipto, san Hilarion, su discípulo, lo hizo en la Palestina y en la Siria. Fué el primero que estableció los monasterios y formó los solitarios. Los padres de Hilarion eran idólatras, pero prevenido desde la niñez de las bendiciones de Dios, abrazó el Cristianismo á la edad de doce años. Desde la villa de Tabato, lugar de su nacimiento, fué enviado para estudiar á Alejandría. Además de las ciencias, humanas, aprendió allí la ciencia de la salvacion. Con el fin de perfeccionarse mas y mas en ella, fué á encontrar á san

Antonio: permaneció algun tiempo á su lado, y se acostumbró y adaptó á su modo de vivir á la oracion incesante, á la humildad, á la perseverancia en el trabajo, y á las austeridades. Salido de esta excelente escuela volvió á su pátria con algunos monjes, para practicar en la soledad el mismo género de vida. Habiendo muerto su padre y su madre, distribuyó todos sus bienes á los pobres, y se retiró con sus compañeros en el desierto que, principiando en la ciudad de Gaza, se extendia muy léjos á las orillas del mar. Este desierto estaba infestado de ladrones, que lo recorrian de contínuo, para sorprender y robar á los viajeros, ó despojar á los náufragos librados de la tempestad. Hacia poco tiempo que Hilarion se habia establecido allí, cuando se le presentaron los bandidos. Los recibió con tanta entereza de ánimo, y con un ademan tan fresco y seguro, que quedaron sorprendidos.—«¿Vos no nos temeis pues? le dijo uno de ellos. «—¿Porque os habia de temer, le respondió Hilarion, «si nada poseo?—Podemos quitaros la vida.—Cuando «nada nos une á este mundo, repitió el jóven solita- «rio, poco se siente dejarlo.» En efecto. Hilarion no llevaba mas vestido que un saco y una túnica de piel, que san Antonio le habia dado. Su cama consistia en una sencilla estera de junco tendida en el suelo, y su celda, poco mayor que el espacio que podia ocupar su cuerpo, mas bien parecia un sepulcro que una vivienda humana. Seis onzas de pan de cebada y algunas yerbas cocidas componian todo su alimento cotidiano. Una vida tan austera no le impidió llegar á la edad de ochenta años. Su ocupacion consistia en labrar la tierra y hacer cestas de mimbre. Mientras trabajaba, meditaba el sentido de las santas Escrituras, que habia aprendido de memoria. Dios, á fin de manifestar la santidad de su siervo, le concedió el don de milagros, y las curas asombrosas que hizo le atrajeron una multitud de discípulos. Bien pronto se vió

la Palestina poblada de monasterios. Cuando hacia la visita á los solitarios, que estaban bajo su cuidado y obediencia, reunia en torno suyo hasta tres mil. Separó de la idolatría á muchos pueblos, movidos de los milagros que presenciaban; mas como turbaban su soledad con frecuentes visitas, y afligian su humildad con las demostraciones de respeto que tributaban á su virtud, se quejaba de ello diciendo: «¡Ay «de mí! ¡he vuelto al siglo, y recibo mi recompensa «en esta vida!» Quiso marcharse á un lugar en donde fuese desconocido; pero habiéndose esparcido la noticia, toda la Palestina quedó consternada lo mismo que si se tratase de una pública desgracia. Á donde quiera que iba, le seguian como á un hombre de Dios, que tenia el poder de curar á los enfermos, quitar los demonios, y conseguir por medio de sus oraciones la conversion de las almas. Cuando deseaba ó emprendia la curacion de algun enfermo, añadia siempre alguna instruccion á este beneficio, y procuraba hacerle entender que las enfermedades del alma son mucho mas de temer que las del cuerpo, y que debemos procurar librarnos pronto de ellas.— Aunque su vida fuese tan penitente y tan llena de buenas obras, el temor de los juicios de Dios se apoderó de él hallándose cercano á la muerte, y se excitaba á la confianza con estas palabras: «Sal, alma mia, «sal. ¿Por qué esta inquietud y este temor? Has tenido la dicha de servir á Jesucristo por espacio de «setenta años, ¡y ahora temes la muerte!»

Vida de los solitarios.

La vida de los solitarios tenia por objeto educarse en la perfeccion cristiana con la práctica de los consejos evangélicos, es decir, de la continencia perfecta y de la pobreza. Para alcanzarlo, empleaban cuatro medios principales: la soledad, el trabajo, el ayuno y la oracion. Se alejaban de toda vivienda, y se escondian en los desiertos mas lejanos, á los que no podia llegarse sino despues de muchos dias de cami-

no. Estos desiertos no consistian en vastas selvas ó en terrenos abandonados que pudieran desmontarse y cultivarse, sino en lugares, no solamente inhabitados, sí que tambien inhabitables, y los constituian montañas estériles, áridas llanuras y escarpadas rocas. Los solitarios se quedaban en los sitios en donde encontraban agua, en los que construian celdas miserables de cañas ó de retama. Léjos allí de todos los objetos que mueven las pasiones, se esforzaban por adquirir esta pureza de corazon cuya recompensa será el gozar de la vista de Dios: se ejercitaban á destruir en si mismos todos los vicios, á practicar todas las virtudes con mas libertad y mayor seguridad: combatian la avaricia con la pobreza y la fidelidad de no poseer nada propio; dominaban la pereza con un trabajo continuado; este trabajo no ocasionaba ninguna disipacion, y no turbaba en nada su aplicacion á Dios: consistia en hacer esteras ó cestos de junco. Encontraban en él la doble ventaja de evitar la ociosidad, y de procurarse medios para vivir sin gravar á nadie. Como gastaban poco, les quedaba aun para hacer abundantes limosnas, nunca dejaban de distribuir á los pobres lo que les sobraba diariamente del precio de sus labores. Ayunaban todo el año, excepto los domingos y el tiempo pascual. Su único alimento consistia en pan y agua. La cantidad del pan estaba regulada á una libra romana, es decir, doce onzas diarias, y de ellas hacian dos pequeñas comidas, la una á la hora de Nona, y la otra al anochecer. Se habian ceñido á esta medida despues de sábias reflexiones y guiados por la experiencia; bastaba para sostener sus fuerzas y hacerles capaces de trabajar mucho y de dormir poco. En efecto este régimen tan austero prolongaba su vida y fortalecia su salud; llegaban de ordinario á una extrema vejez, y no experimentaban enfermedad alguna; san Antonio su fundador, vivió mas de cien años. La oracion

estaba reglada con igual sabiduría: no se reunian para orar en comun mas que dos veces durante las veinte y cuatro horas. En cada una de ellas recitaban doce salmos acompañados de oraciones, y á la conclusion añadian dos lecciones de las sagradas Escrituras. Los hermanos cantaban sucesivamente un salmo cada uno, puestos de pié en medio de la comunidad; todos los demás escuchaban sentados y guardando un profundo silencio sin fatigarse del pecho ni lo restante del cuerpo, lo que no les hubiese permitido el ayuno y su contínuo trabajo. Lo restante del dia oraban trabajando encerrados en sus celdas: habian conocido que nada es tan á propósito para fijar los pensamientos é impedir las distracciones como el estar siempre ocupado. La obediencia era el remedio que oponian al orgullo, tan natural al hombre y que tan poco le conviene; estaban sujetos lo mismo que unos niños á sus superiores, aunque hubo comunidades muy numerosas bajo el régimen y cuidado de un solo abad, porque se multiplicaron extraordinariamente en poco tiempo, y una vida tan penitente y mortificada llegó á hacerse comun entre los fieles. Los desiertos se poblaron de santos penitentes que ejercian sobre sí mismos una justicia mas severa que la de los jueces contra los criminales; se vió aún á los inocentes castigar en si propios con un rigor increible esta inclinacion desdichada y miserable que tenemos al pecado. Hubo, en fin, tantos solitarios, que los mas perfectos se internaron en las mas profundas soledades del desierto; ¡tanto huyeron del mundo, tanto les gustó la vida contemplativa! Tales han sido los frutos de virtud que ha producido el Evangelio. La Iglesia no ha sido menos rica en ejemplos que en preceptos, y su doctrina ha parecido santa, produciendo una infinidad de Santos. Por último, esta vida austera y solitaria se practica aun hoy dia en los conventos de Cartujos y Trapenses de ambos sexos.

§ III.

Desde Juliano el Apóstata, hasta la muerte de Teodosio el Grande. (361-395).

Juliano en sus principios

Al emperador Constancio sucedió en 361 su primo Juliano, apellidado despues el *Apóstata.* Enviado á las Galias para expulsar á los alemanes que hacia largos años ejercian en ellas sus estragos, Juliano se habia distinguido por sus hechos de armas y su sábio gobierno. Educado por los arrianos y luego por los filósofos paganos, habia pasado su juventud sin brillo, estudiando oscuramente en Constantinopla y en Atenas, en donde se sentaba en los mismos bancos que san Basilio y san Gregorio Nazianceno. Constancio habia dicho de él: «Esto es un mónstruo que el im«perio nutre en su seno.» Juliano justificó demasiado con su mala conducta esta severa expresion. Llamado de las Galias por su amo y bienhechor, se hizo proclamar emperador por sus soldados en Lutecia (hoy dia París), y marchó contra Constancio. En el camino de las Galias á Constantinopla, y en la ciudad de *Sirmium* en Iliria, abjuró públicamente el Cristianismo; mandó abrir de nuevo con grande estrépito los templos paganos, é hizo borrar, por medio de sacrificios á los dioses, lo que él llamaba la mancha de su bautismo. Al llegar á Constantinopla supo que Constancio habia muerto hacia pocos dias; así es que tomó tranquila posesion del imperio.

Juliano trata de restablecer el paganismo. 362.

Si el Cristianismo hubiese podido ser destruido, sin duda que Juliano lo hubiera hecho; porque nadie tomó con mas empeño que él la intencion de llegar á este resultado. Empezó por asegurar á cada uno el libre ejercicio de su religion y llamar del destierro á todos los que le habian sido por esta causa.

Obraba así, no tanto por granjearse el amor de los pueblos, como por hacer odioso el gobierno de Constancio. San Atanasio se aprovechó de esta libertad, y volvió á Alejandría. Su entrada en esta ciudad fué un verdadero triunfo: el pueblo salió á recibirle á mas de una jornada de camino, y en tan gran número, que todo el Egipto parecia haberse allí reunido; subian á los árboles y á los tejados á fin de poder verle; se miraba como una bendicion del cielo el recibir la sombra de su cuerpo. Pero la alegría causada por el regreso del santo Obispo no fué de larga duracion. El Emperador habia concebido el proyecto de restablecer en todas partes el culto de los ídolos. Para verificarlo, expulsó de nuevo á san Atanasio de Alejandría, y este grande hombre se vió obligado á ocultarse para evitar los malos tratamientos que le amenazaban.—Al principio Juliano no empleó la violencia sino la seduccion: fomentó la division entre católicos y herejes para que se debilitasen los unos á los otros, á fin de darles despues el último golpe de destruccion. La libertad de religion, que en apariencia dejaba á los cristianos, en el fondo no era otra cosa que una dura esclavitud: es verdad que no los condenaba á muerte por un edicto general, pero tomaba por todas partes las medidas mas seguras para aniquilarlos. Se prodigaban todos los favores á los paganos; los cristianos no experimentaban de su parte sino desprecios, vejaciones y desgracias. Se dedicó sobre todo á envilecer al clero y á cuanto pertenecía de cerca á la Religion que odiaba. Con esta mira quitó á los eclesiásticos sus privilegios; suprimió las pensiones destinadas á la subsistencia de los clérigos y de las vírgenes consagradas al Señor. Esto lo hacia, decia él burlándose, para conducirlos á la perfeccion de su estado, y hacerles practicar la pobreza evangélica. Despojó á las iglesias, é hizo trasladar sus riquezas á los templos idólatras, que hacia reparar á

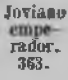
expensas de los cristianos. En esta ocasion los eclesiásticos tuvieron mucho que sufrir: se los aprisionaba, se les aplicaba el tormento para forzarlos á descubrir y entregar los vasos y ornamentos sagrados; se les insultaba públicamente sin que nadie tomase su defensa. Las iglesias eran saqueadas, demolidas ó profanadas; los sepulcros de los Santos destruidos, sus huesos mancillados, y esparcidas sus cenizas. Juliano trataba de ganar con promesas á los cristianos débiles en la fé. La firmeza de los que resistian era tenida por un crímen de Estado. Al contrario, los que se dejaban vencer y sacrificaban su conciencia á la fortuna eran colmados de honores y de mercedes. La apostasía conducia á todos los cargos y destinos; suplia al mérito y á los talentos; borraba todos los crímenes pasados, y daba derecho á cometer impunemente otros nuevos. Juliano hizo una ley que excluia á los cristianos de toda magistratura, so pretexto de que el Evangelio les prohibia hacer uso de la espada. Si alguno osaba disputarles sus derechos, se les despojaba de ellos, y ni aun se les permitia defenderse ante los tribunales. «Vuestra Religion, les «decia, os prohibe los procesos, los pleitos y las que«rellas.» Las ciudades que se distinguian en favor de la idolatría estaban seguras de su benevolencia; las ciudades cristianas, al contrario, no obtenian justicia. Rehusaba dar audiencia á los diputados que estas le enviaban, y desechaba sus representaciones y solicitudes. Prohibió á los cristianos enseñar las letras humanas, porque sabia que son útiles para confundir el error y defender la verdad; pero él daba por razon que los cristianos debian permanecer en la ignorancia y creer sin raciocinar. Este género de persecucion tal vez hubiese sido mas funesto para la Iglesia que la crueldad de los Nerones y Dioclecianos, si Dios, que la protege, no hubiese acortado la vida de este Príncipe, y desbaratado de este modo un

proyecto tan infernal, destruyendo á su autor con un soplo de su boca.

Juliano emprende reedificar el templo de Jerusalen.

Juliano, esforzándose entre tanto por destruir la religion cristiana, suministró él mismo una nueva prueba de la divinidad de su Fundador y de la verdad de sus oráculos. Conocia las profecías que anunciaron la ruina del templo de Jerusalen como irreparable; sabia que Jesucristo habia predicho que no quedaria de él piedra sobre piedra. Para desmentir á las Escrituras emprendió su reedificacion, y aun cuando no amaba á los judíos, los invitó él mismo á cooperar á su empresa. Suministró al mismo tiempo las sumas necesarias, y envió á Jerusalen á uno de sus oficiales mas adictos en clase de confidente, llamado Alipio, para apresurar la ejecucion de sus órdenes. Bien pronto los judíos acudieron de todas partes, y una multitud innumerable de obreros y trabajadores se reunió en el terreno del derruido templo. Se limpió el sitio, se cavó en derredor toda la tierra, y se trabajó con ardor en arrancar los antiguos cimientos. Los viejos, los niños, y aun las mujeres, tomaban parte en los trabajos; estas recibian en la falda de sus vestidos las piedras y la tierra de los escombros. Entre tanto Cirilo, obispo de Jerusalen, se reia de sus esfuerzos: decia en alta voz que habia llegado el tiempo en que el oráculo del Salvador iba á cumplirse al pié de la letra; que de este vasto edificio no quedaria piedra sobre piedra. En efecto, cuando los cimientos del antiguo templo quedaron demolidos, sobrevino un horrible temblor de tierra que rellenó las zanjas, dispersó los materiales que se habian acumulado, derribó los edificios cercanos, y mató ó hirió á los trabajadores. Los trabajos hechos quedaron arruinados y perdidos, pero la obstinacion de los judíos no quedó por esto vencida. Vueltos de su turbacion, y repuestos del susto, pusieron de nuevo manos á la obra. Entonces salieron del seno de la tierra globos

de fuego que lanzaron sobre los trabajadores las piedras que querian colocar, y consumieron todas las herramientas. Este terrible fenómeno se reprodujo muchas veces; y lo que demostraba evidentemente la accion de una inteligencia que manda á la naturaleza, era que el fuego reaparecia cada vez que se volvia á emprender el trabajo, no cesó hasta tanto que se le dejó abandonado. Un prodigio tan continuado y evidente llenó de admiracion y asombro á todos cuantos le presenciaron. Muchos judíos, y aun mayor número de idólatras, confesaron la divinidad de Jesucristo, y pideron el Bautismo. El Emperador, ciego en medio de la mas brillante luz quedó desconcertado, sin que por esto se ilustrase.—Este hecho es incontestable; ha sido unánimemente atestiguado, no solamente por los esritores eclesiásticos de aquel tiempo, sino tambien por los mismos paganos, y entre ellos Ammiano Marcelino. San Gregorio Nazianceno y san Juan Crisóstomo lo han referido públicamente en presencia de una multitud de oyentes, cuya mayor parte fueron testigos oculares, y no han sido contradichos ni desmentidos. Un famoso rabino, que escribia en el siglo siguiente, aunque interesado en ocultarlo, refiere este hecho, y lo hace citando los anales de su nacion. El mismo Juliano confiesa que habia intentado reedificar el templo de Jerusalen, y su silencio acerca de los obstáculos que le hicieron renunciar á su empresa es una confesion tácita de lo que cuentan los escritores de su tiempo. Juliano emprendió entonces una guerra contra los persas, en la que murió miserablemente: su muerte fué mirada como efecto de la venganza divina sobre este Príncipe apóstata, y como una providencia particular en favor de la Iglesia que perseguia.



Luego despues de la muerte de Juliano, los principales oficiales del ejército se reunieron en consejo, y confirieron unánimemente el imperio á Joviano. Era

comandante de las guardias imperiales, y sus cualidades personales le habian valido la mas alta consideracion. Además de un valor reconocido, tenia la sagacidad de encontrar recursos en las mas críticas circunstancias. Como el ejército romano se hallaba entonces en el centro de la Persia, tenia necesidad de un gefe de este carácter. Pero lo mas interesante para la Iglesia era que alimentaba una fé pura, y que durante los reinados precedentes habia dado pruebas evidentes de su adhesion á la religion cristiana; porque el emperador Juliano, en el tiempo que se disponia á combatir á los persas, habiéndole mandado venir, le dijo con un tono severo: *Sacrifica á los Dioses, ó entrégame la espada.* Joviano se la presentó sin titubear. No obstante el Emperador se la hizo volver á tomar muy pronto, porque no queria privarse de los servicios de un oficial tan distinguido, en una circunstancia en la que le eran necesarios. Antes de admitir las insignias de la dignidad imperial, Joviano reunió el ejército, y declaró que siendo cristiano no podia mandar á soldados idólatras, á quienes Dios no protejeria. Los soldados gritaron todos á una voz: «Nada temais, señor, mandais á cristianos: los de «mayor edad de entre nosotros han sido instruidos «por el gran Constantino, los demás por sus hijos. «Juliano ha reinado muy poco tiempo para poder «afirmar en la impiedad á los mismos que habia se«ducido.» Esta respuesta llenó de alegría y agradó mucho á Joviano: púsose al instante á la cabeza de su ejército, y con las sábias medidas que adoptó, lo condujo en pocos dias sobre el territorio del imperio. Entonces este piadoso Emperador se dedicó á cicatrizar las heridas que Juliano habia causado á la iglesia. Uno de sus primeros cuidados fué el de hacer volver á san Atanasio y restablecerle en su silla. La carta que escribió al santo Obispo expresa la profunda veneracion que le tenia. Atanasio salió aun otra

Su celo por la fé católica.

vez de sus soledades, y apareció en Alejandria. Las desgracias de este santo prelado eran las de la Iglesia, y él triunfaba siempre en ella. Los arrianos tentaron, sin embargo, de prevenir contra él á Joviano, pero no pudieron conseguirlo; al contrario, el Emperador concibió mayor estima en favor del virtuoso Obispo, y le honró siempre con una confianza particular. Para afirmarse en la fé, y no separarse en nada absolutamente de la creencia de la Iglesia, rogó á san Atanasio á que le enviase una exposicion clara y precisa de la doctrina católica. El Santo satisfizo el deseo del Príncipe: le explicó circunstanciadamente la fé de Nicea, y le hizo comprender que no habia otro medio de hacer cesar los males de la Iglesia que procurando la sumision á los decretos de este Concilio.

La Iglesia, despues de tantos contratiempos, empezaba á respirar. Experimentó de parte de Joviano un favor del que estaba privada desde Constantino. El piadoso Emperador habia devuelto á los clérigos, á las viudas y á las vírgenes del Señor sus inmunidades: habia dado órden á los gobernadores de las provincias de favorecer las asambleas de los fieles, de velar por el honor del culto divino, y por la instruccion de los pueblos. Se esperaba gozar largo tiempo de estas ventajas, cuando Joviano, que solo contaba la edad de treinta y dos años, fué encontrado muerto en su cama. Se cree que fué asfixiado por el vapor del carbon que se habia encendido en su gabinete para secarlo. Esta muerte prematura sumergió de nuevo á la Iglesia en la turbacion y en las alarmas.

Valentiniano y Valente. 364.

Valentiniano, que fué elevado sobre el trono imperial despues de Joviano, dividió el imperio con su hermano Valente. El primero era sinceramente adicto á la verdadera fé, y en toda la extension de sus dominios, que comprendian todo el Occidente, teniendo por capital á Milan, la Iglesia disfrutaba de una

Valente persigue á los católicos en Oriente. paz tranquila. Pero Valente, á quien tocó en suerte el Oriente, ejerció contra los cristianos una violenta persecucion, y renovó todas las desgracias del reinado de Constancio. Empezó por desterrar á san Atanasio, que era siempre el principal objeto del odio de los arrianos, y la primera víctima de su furor. Este golpe dado al santo Prelado fué la señal de una persecucion general : desde entonces los cristianos se vieron precisados á sufrir toda clase de malos tratamientos ; los ultrajes, la confiscacion de sus bienes, las cadenas, los suplicios, todo se empleó contra ellos, y ni aun se los permitia quejarse, porque era tenido como un crímen; y lo prueba entre otros el hecho siguiente : Los fieles de Constantinopla, no pudiendo persuadirse de que el Emperador autorizase las vejaciones que sufrian, le diputaron ochenta eclesiásticos virtuosos para quejarse de estos excesos. Valente escuchó sus quejas y disimuló su cólera ; pero ordenó á Modesto, prefecto del pretorio, que les quitase la vida. El prefecto, temiendo una sublevacion en la ciudad, si los hacia matar públicamente, pronunció contra ellos una sentencia de destierro, á la que se sometieron con alegría. Los hicieron embarcar á todos en el mismo navío, y los marineros que lo tripulaban tuvieron órden de pegarle fuego luego que hubiesen perdido de vista la costa. De estos ochenta sacerdotes ni uno solo se salvó : perecieron todos ó en las llamas

Celo de los solitarios. ó en las olas.—Los solitarios, habiendo sabido el peligro que se hallaba la Iglesia de Oriente, creyeron que debian socorrerla del modo que pudiesen : salieron de su retiro para fortalecer á sus hermanos. Uno de ellos, venerable por su edad y por su santidad, fué descubierto por el Emperador, quien le dijo: «¿A «donde vas tú? ¿porque no te quedas en tu celda, en «lugar de correr así por las ciudades, y excitar á los «pueblos á la rebelion?» El santo anciano le respondió con esta firmeza que produce un celo ardiente :

«Príncipe, yo he permanecido en mi soledad mien-«tras las ovejas del Pastor celestial han vivido en paz; «mas ahora que las veo turbadas, asustadas y próxi-«mas á ser devoradas, ¿seria conveniente que perma-«neciese tranquilo en mi retiro? Si yo fuese una hija «recogida en la casa de mi padre, y viese que algu-«no la pegaba fuego, ¿deberia permanecer en reposo «y dejarme abrasar con la casa? ¿No me seria mas «bien indispensable salir á buscar socorro, echar «agua, y hacer cuantos esfuerzos me fuese posible «para extinguir el incendio? Esto es precisamente lo «que hago ahora: vos habeis incendiado la casa del «Señor; desde mi celda he divisado las llamas, y yo «trato de apagarlas.» El Emperador nada replicó á una respuesta tan sensata y tan generosa; aun pareció que se habia hablandado con respecto á san Atanasio, pues le permitió volver á su Iglesia; pero esto no era que hubiese cambiado de disposicion, sino que temia irritar á su hermano Valentiniano, quien respetaba mucho al santo Obispo. San Atanasio regresó, pues, á Alejandría, y despues de haberse distinguido en tantos combates, cinco veces desterrado y otras tantas llamado de nuevo, permaneció tranquilo y ocupó en paz su silla durante los seis últimos años de su vida.

S Basilio, obispo de Cesarea. 370.

Valente recorrió en persona muchas provincias para arrojar de ellas á los obispos católicos; pero encontró celosos y generosos defensores de la verdad. San Basilio, obispo de Cesarea en Capadocia, se distinguió entre los demás por su firmeza. Este gran Prelado fué una muralla invencible contra la cual vinieron á estrellarse todos los esfuerzos de la herejía. El Emperador, antes de ir á Cesarea, envió á Modesto, prefecto del pretorio, para ganarle, ó al menos para intimidarle y obligarle á recibir á los arrianos en su comunion. El Prefecto hizo venir al santo Obispo á su presencia, quien desplegó todo el aparato de

Su firmeza.

su dignidad, la mas grande del imperio: le recibió sentado en su tribunal, rodeado de sus lictores armados de sus haces. Basilio se presentó con aire sereno y tranquilo, y el Prefecto le recibió tambien por de pronto con afabilidad. Le instó con palabras insinuantes á que se rindiese á los deseos del Emperador, y comunicase con los arrianos. No habiéndole salido bien este medio, tomó un aire amenazador y le dijo en tono colérico: «¿Y pensais oponeros á un tan gran «de emperador, á cuya voluntad obedece todo el mun«do? ¿No temeis sentir los efectos de su indignacion? «¿No está en su mano despojaros de vuestros bienes, «desterraros, y aun quitaros la vida?—Estas amena«zas me afectan muy poco, respondió Basilio: el que «nada posee, nada puede perder, á menos que no «quisiérais quitarme estos miserables vestidos que «llevo y algunos libros que hacen toda mi riqueza. «En cuanto al destierro, no conozco ninguno, no te«niendo país fijo. Toda la tierra es de Dios; donde «quiera que vaya será mi patria, ó mas bien el lugar «de mi peregrinacion. Por lo que hace á la muerte, «no la temo, será tambien un favor para mí, puesto «que me hará pasar á la verdadera vida. Hace mucho «tiempo que soy muerto ya para esta vida miserable «y transitoria: los tormentos no son capaces de in«mutarme ni de alterar mi ánimo; mi cuerpo se ha«lla en su estado tal de flaqueza y de debilidad, que «no podrá resistir mucho tiempo: el primer golpe «acabará mi vida y mis penas.» Este discurso, enteramente nuevo para los oidos de un hombre de corte, admiró al Prefecto. «Jamás, dijo, me ha hablado na«die con tanta libertad y atrevimiento.—Esto será, «observó el Santo, porque segun parece no habréis «tratado asuntos de esta clase con ningun obispo.» El Prefecto no pudo dejar de admirar la firmeza de este alma tan superior á las promesas y á las amenazas. Fué á dar cuenta al Emperador del mal éxito de su

comision. «Príncipe, le dijo, somos vencidos por un «solo hombre: no espereis asustarle con las amena-«zas, ni ganarle con las caricias; no os queda otro «medio que la violencia.» El Emperador no juzgó por entonces conveniente emplear este recurso; temia al pueblo de Cesarea, y se sentia, á pesar suyo, inclinado á un profundo respeto hácia el santo Prelado.

Valor admirable de una mujer cristiana.

No fueron solamente los obispos y los sacerdotes, sino tambien los simples fieles y aun las mujeres, los que señalaron su fé y su valor en esta persecucion del emperador Valente. Hé aquí de ello un ejemplo muy notable. Este Príncipe habia desterrado al obispo de Edesa, ciudad de Mesopotamia, á causa de su adhesion á la fé de Nicea, y colocado en su lugar á un obispo hereje. Habia encargado al perfecto Modesto que obligase á los sacerdotes y diáconos á comunicar con el nuevo obispo, ó, si no consentian, desterrarles á las últimas extremidades del imperio. Habiéndolos Modesto reunido, trató de persuadirles; mas ningun resultado pudo obtener. Uno de ellos respondió generosamente en nombre de todos: «Tene-«mos un pastor legítimo, y no reconocemos á otro al-«guno.» Fueron, pues, enviados al destierro. El pueblo, animado con su ejemplo, se negó á comunicar con el intruso. Á la hora del oficio divino todo él salia de la ciudad, y se reunia para hacer oracion en el campo. Habiéndolo sabido el Emperador, se irritó contra el Prefecto, y le reprendió vivamente porque no habia tenido cuidado de impedir estas asambleas. Le mandó reunir en seguida todos los soldados que tuviese para dispersar á esta multitud. Modesto, aunque era opuesto á los católicos, no le gustaba usar con ellos medidas de rigor; hizo advertir secretamente á los fieles que al dia siguiente no concurriesen al sitio donde tenian costumbre de reunirse, porque el Emperador le habia mandado castigar á los

que allí se encontrasen. Esperaba con esta amenaza impedir que la asamblea tuviese lugar, y ablandar por este medio al Emperador; pero los católicos se apresuraron todavía mas á ir al sitio de la oracion: concurrieron á él muy de mañana y en mucho mayor número. Habiendo sido instruido de ello el Prefecto, no sabia qué partido tomar. Sin embargo, se puso en marcha hácia el lugar de reunion, pero moviendo con su tropa un ruido extraordinario, á fin de intimidar al pueblo, y obligarle á que se retirase. Mientras atravesaba la ciudad, vió á una pobre mujer que salia precipitadamente, sin acordarse siquiera de cerrar la puerta de su casa, llevando un niño de la mano y dejando caer arrastrando negligentemente la mantilla, en vez de llevarla al estilo del país; atravesó de este modo la fila de los soldados que marchaban delante del Prefecto, y pasó con el mayor desembarazo sin manifestar el mayor temor. Modesto la hizo detener, y la preguntó á dónde iba tan de prisa. «Voy cor«riendo, dijo ella, al campo donde están reunidos los «fieles.—¿Tú no sabes, pues, añadió el Prefecto, que «hay órden de hacer morir á todos los que se encon«trarán en él?—Lo sé, respondió esta mujer, y por «la misma razon me apresuro á llegar, de miedo de «perder la ocasion de sufrir el martirio.—Pero ¿por «qué llevas contigo á este niño?—Es, dijo ella, con «el fin de que tenga participacion de la misma glo«ria.» Modesto, pasmado del valor de esta mujer, retrocedió á palacio, contó al Emperador lo que le acababa de pasar, y le persuadió que renunciase á una empresa que no podria tener buen resultado, y cuyo suceso tampoco le haria honor. Este hecho bastó para hacerle comprender cuáles eran los sentimientos de los primeros fieles en comparacion de los del cisma. Atentos en practicar esta palabra de Jesucristo: *Las ovejas siguen á su verdadero pastor; escuchan dóciles y atentas su voz, pero huyen del extraño*, perma-

necian inviolablemente adictos al obispo que la Iglesia les habia enviado, y estaban dispuestos á sacrificar lo que tenian de mas caro, y aun perder la vida, antes que comunicar con un intruso.

El Emperador, encontrándose en Cesarea el dia de la Epifanía, pasó á la catedral para asistir al oficio divino. Entró en ella acompañado de todos sus guardias, con objeto de hacer estremecer al santo Obispo ante esta pompa imponente: mas, cuando vió el buen órden, la modestia de un pueblo inmenso y el profundo recogimiento de san Basilio, que estaba en pié delante del santuario, con el cuerpo inmóvil, fija la mirada y el espíritu unido á Dios, la piedad de los ministros sagrados que le rodeaban, y que mas se asemejaban á los Ángeles que á los hombres, hizo tanta impresion en el ánimo del Príncipe este espectáculo religioso, que quedó como deslumbrado y al mismo tiempo helado de temor. Pero habiéndose sosegado, y repuesto un tanto, quiso presentar su ofrenda; mas viendo que ninguno de los ministros se le acercaba, segun costumbre, para recibirla, porque ninguno sabia si san Basilio querria aceptarla, fué acometido de un temblor repentino: vacilaban sus rodillas, y tuvo necesidad de que lo sostuviese un sacerdote, que se apercibió de su debilidad. El santo Prelado creyó en esta ocasion que podia desistir un poco del rigor de la disciplina eclesiástica, y usó de condescendencia recibiendo la ofrenda del Emperador. Este Príncipe se ablandó, y probó de ganar á san Basilio, enviándole magristrados, oficiales de su ejército y diferentes personas de las mas calificadas; en fin, tuvo él mismo una conversacion con este santo Prelado, quien, sin traspasar los límites del respeto, le habló con una libertad apostólica, é impuso silencio á un cortesano que osaba amenazarle en presencia de este Príncipe. Esta conferencia no indispuso al Emperador; al contrario sirvió de beneficio al santo

Valente tiembla delante de San Basilio.

Obispo, á quien concedió tierras para fundar un hospital en Cesarea. Pero los arrianos, dueños de su ánimo y de su voluntad, le hicieron cambiar bien pronto de disposicion. Valente estaba determinado á desterrar á san Basilio, cuando su hijo fué atacado de una fiebre violenta, para la cual los médicos no pudieron encontrar ningun remedio. El Emperador, persuadido de que esta enfermedad era un justo castigo de lo que habia resuelto contra san Basilio, envió á buscarle. Aun no habia penetrado el santo Obispo en los umbrales del palacio, cuándo el jóven príncipe ya se sintió mejor: al verle el Santo aseguró que el niño no moriria, con la condicion de que se le educase en los principios de la doctrina católica. Aceptada esta, se puso en oracion, y el jóven quedó curado: pero el Emperador no mantuvo su palabra, y permitió á un obispo arriano que bautizáse á su hijo, el que volvió á caer malo, y murió poco tiempo despues. Este golpe no convirtió por esto á Valente; condenó segunda vez al santo Prelado al destierro; pero en el momento que quiso firmar la órden, la pluma se rompió tres veces en su mano, que le temblaba hasta al punto de no poder trazar una sola letra. En fin, Dios hizo estallar su cólera contra este Príncipe impenitente, que su cuerpo pudiese ser hallado. Se creyó, que habiendo sido herido de una flecha, se hizo llevar á una cabaña, que los enemigos incendiaron.

Virtudes de San Gregorio Nazianceno, arzobispo de Constantinopla.

Unia á san Basilio y á san Gregorio, que no fué menos celoso que él por la pureza de la fé, una tierna amistad. Esta afeccion nacida en el tiempo de sus estudios en Atenas, se fortaleció mas y mas, y duró tanto como su vida. «Teníamos los dos el mismo objeto (dice san Gregorio en la admirable relacion que «hizo él mismo de lo que habia dado lugar á esta san«ta amistad); buscábamos el mismo tesoro, la vir«tud; pensábamos en hacer nuestra union eterna, «preparándonos á la bienaventurada inmortalidad;

«nos servíamos á nosotros mismos de maestros y de «vigilantes, exhortándonos mútuamente á la piedad. «No teníamos trato ni roce alguno con aquellos de «nuestros condiscípulos que eran desarreglados en «sus costumbres, y solo frecuentábamos nuestras re«laciones con aquellos que por su modestia, recato y «sabiduría podian sostenerlos en la práctica del «bien, sabiendo que los malos ejemplos, lo mismo «que las enfermedades contagiosas, se comunican y «contraen demasiado: en Atenas no conocíamos nos«otros sino dos caminos, el de la Iglesia y el de la es«cuela; los que conducen á las fiestas mundanas, á «los espectáculos á las reuniones, los ignorábamos «absolutamente.»—¿Puede presentarse á los jóvenes un modelo mas bello que el de estos dos santos niños? ¡Felices los que, aun en una edad tan tierna, no hacen alianza sino para exitarse á la virtud, y que, desde los primeros años de la vida, conocen la vanidad de los placeres y pasatiempos que el mundo les presenta! San Gregorio de Nazianzo pasó en el retiro la mayor parte de su vida, porque le gustaba mucho. Sacado de él por las instancias de su ilustre amigo, y elevado al episcopado contra su voluntad, fué enviado en 379 á Constantinopla para regir y gobernar esta iglesia, y oponerse á los progresos del arrianismo que dominaba en esta populosa ciudad. Su virtud, su ciencia, su elocuencia, todo parecia prometer un feliz resultado. Atrevióse á atacar á la herejía en la misma morada de los emperadores que la protegian. Expuesto á toda suerte de malos tratamientos, no opuso á ellos sino la paciencia; manifestaba una caridad ardiente á todo el mundo, al mismo tiempo que se llevaba una vida dura y mortificada, gimiendo en secreto delante de Dios, y preparándose al ejercicio del santo ministerio con la oracion y la meditacion de las santas Escrituras. Esta conducta verdaderamente episcopal le mereció en poco tiempo el

cariño de los habitantes de Constantinopla: de estos primeros sentimientos de ternura pasaron al respeto y veneracion que les merecia un hombre tan sábio y tan santo. El conocimiento profundo que tenia de las Escrituras, su raciocinio justo y preciso, su brillante y fecunda imaginacion, la facilidad increible que tenia en expresarse, su elocuencia, la pureza y perfeccion de su estilo, le atrajeron la admiracion de toda la ciudad. Defendia la verdad victoriosamente siempre al mismo tiempo que llenaba de edificacion con el ejemplo de sus virtudes; mas por otro lado la poca complacencia que tenia con los grandes, y la envidia que excitaban sus talentos, le suscitaron disturbios y tantas contrariedades, que le obligaron á tomar el partido de retirarse. Apresuróse, pues, á volver á su querida soledad, y gustó mas que nunca de sus dulzuras, como el mismo lo manifiesta á uno de sus amigos. «No puedo, dice, estimar lo bastante «la felicidad que mis enemigos me han proporciona- «do con su envidia; me han sacado de un incendio, «librándome de los peligros del episcopado.» Los discursos de este santo y sábio Doctor forman la mayor parte de los escritos que de él conservamos. Nada mas sublime, majestuoso y digno de la grandeza de nuestros misterios que sus discursos, que le han merecido el sobrenombre de *Teólogo por excelencia.*

Herejía de los macedonios. 360.

La muerte de Valente puso fin á los estragos que el arrianismo, apoyado de la autoridad imperial, causaba en Oriente; mas del seno de esta herejía se levantó otra que no era menos contraria al dogma de la santa Trinidad, porque atacaba la divinidad del Espíritu Santo. El autor de este nuevo escándalo era Macedonio, semiarriano, que habia usurpado la silla de Constantinopla. Durante muchos años se habia ocultado bajo la capa del arrianismo, y no habia hecho mucho ruido esta secta en medio de las grandes turbulencias que excitaban los arrianos: no obstante,

desde el principio del reinado de Valente san Atanasio, á quien nada se escapaba de lo que interesaba á la fé, habia sido advertido de ella, y habia compuesto expresamente un tratado para combatirla. El santo Doctor prueba en esta obra que la Iglesia ha creido y enseñado siempre que hay en Dios una Trinidad, y que la santa Trinidad no tiene mas que una sola y misma naturaleza, que es un solo y mismo Dios. Demuestra por medio de las santas Escrituras que el Espíritu Santo es Dios, y que lo que se atribuye, á saber, el Ser santificante, vivificante, inmutable, inmenso, no puede convenir sino á Dios. Protesta, á la conclusion del tratado, que nada ha dicho que no lo haya aprendido como doctrina de los Apóstoles.—Cuando los arrianos empezaron á desacreditarse, los macedonios adquirieron favor, y á su vez representaron su papel. Eran arregladas sus costumbres, muy grave su exterior, y austera su vida. Como el pueblo se dejaba sorprender fácilmente por esta piedad aparente, los macedonios formaron una secta, y su partido adquirió alguna consideracion en Constantinopla. Esta nueva herejía se extendió tambien en la Tracia, la Bitinia y el Helesponto. El emperador Teodosio (1), que habia sucedido á Valente, consagró las primicias de su gobierno por su celo en reprimir los progresos del error (2). Este Príncipe, á quien sus grandes y brillantes hazañas, y mas aun su alta piedad y su amor á la Iglesia le merecieron el nombre de *Grande*, publicó, poco tiempo despues de su bautismo, una ley célebre, en la que designa la comunion con la Iglesia romana como una marca

Teodosio emperador. 379.

(1) Español de nacion.

(2) *Valentiniano*, hermano de Valente y emperador de Occidente, que murió en 375, dejó dos hijos llamados *Graciano* y *Valentiniano*. *Graciano*, que era el primogénito ó mayor, á consecuencia de la muerte de Valente quedó único dueño del imperio. Dió el Occidente á su hermano *Valentiniano II*, y se asoció, para gobernar el Oriente, el gran capitan Teodosio, que le sucedió.

14

ó prueba segura de catolicismo. «Queremos dice, que «todos los pueblos sometidos á nuestra obediencia si«gan la religion que el Príncipe de los Apóstoles ha «enseñado á los romanos, y que en el dia vemos se«guir al pontífice Dámaso su sucesor, de modo que, «segun la doctrina del Evangelio y las instrucciones «apostólicas, creemos una sola divinidad en el Pa«dre, en el Hijo, y en el Espíritu Santo, con una igual «majestad, y en una adorable Trinidad: ordenamos «que los que profesan pura esta doctrina lleven el «nombre de *católicos*, y que los demás, cuya insen«sata y temeraria impiedad reprobamos, sean cono«cidos con el ignominioso nombre de herejes, y que «sus asambleas nunca sean honradas con el título de «*iglesias*, mientras esperan que llegue el tiempo de «experimentar los efectos de la venganza divina.» En efecto, la fé católica es la que Jesucristo ha enseñado, los Apóstoles publicado, y conservado los santos Padres. Sobre esta fé está fundada la Iglesia: cualquiera que de ella se separe, no es de ningun modo católico. Estamos seguros de confundir á todos los herejes, haciéndoles ver que su doctrina no procede de la fuente, porque es nueva. La verdadera doctrina es mas antigua que las herejías; los Apóstoles han existido antes que los autores de cada secta; la verdad ha precedido al error; en ninguna palabra, la doctrina verdaderamente divina es aquella que ha sido recibida la primera; la que ha venido despues es necesariamente falsa y extraña.

Concilio ecuménico de Constantinopla. 381.

Teodosio sabia que era necesario algo mas que una constitucion imperial para operar la reunion de todos los espíritus. Desde su advenimiento al trono, habia concebido el designio de reunir un concilio compuesto de los obispos de su dominacion, á ejemplo de Constantino el Grande; pero para proceder á su ejecucion esperó que el imperio estuviese en paz. Una vez conseguido, escribió á todos los obispos de

Oriente invitándoles á que viniesen á Constantinopla, ciudad que habia elegido para la celebracion del concilio, porque queria asistir á él. Diéronse todas las órdenes necesarias á fin de atender á la subsistencia y alojamiento de los obispos, y Teodosio no fué menos magnífico que lo habia sido Constantino con los Padres de Nicea. Todos los prelados de las provincias del Oriente acudieron, contándose el número de ciento cincuenta. Melecio, obispo de Antioquía, debia presidir esta augusta asamblea. El Emperador deseaba mucho conocerle tanto por la gran reputacion de santidad que este Prelado se habia adquirido, cuanto á causa de un sueño en que este Príncipe le habia visto presentándole la púrpura en una mano y la corona en la otra. Teodosio desde entonces le habia honrado siempre muy especialmente, aunque jamás el hubiese visto de otro modo que en sueños. En cuanto los obispos hubieron llegado, pasaron juntos á saludar al Emperador, quien deseando probar si conoceria á Melecio entre los demás, prohibió que se lo enseñasen. Como las facciones del anciano que se le habia aparecido estaban profundamente grabadas en su espíritu, al punto le distinguió entre la multitud; corrió hácia él, le abrazó con una efusion mezclada de respeto y de ternura, y besó la mano que anticipadamente le habia coronado. Rogó en seguida á todos los obispos que buscasen los mejores medios de procurar la paz de la Iglesia, y les prometió apoyarles con toda su autoridad.—La apertura del concilio se hizo con mucha solemnidad. Desde luego se trató de atraer á los macedonios: el mismo Teodosio les exhortó á entrar de nuevo en la fé y en la comunion de la Iglesia; pero ellos lo rehusaron obstinadamente, y se retiraron del concilio, que entonces los trató como á herejes declarados. Se renovaron todos los decretos del concilio de Nicea; y confirmando el símbolo de este Concilio, se añadieron á él solamente algunas

palabras para explicar lo que ya contenia tocante á la encarnacion del Hijo de Dios y á la divinidad del Espíritu Santo. El símbolo de Nicea, al hablar de la Encarnacion, decia únicamente: *Bajó de los cielos, encarnó, se hizo hombre, padeció, resucitó al tercero dia, subió á los cielos, y vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos.* El símbolo de Constantinopla dice: *Que bajó de los cielos, y encarnó por obra del Espíritu Santo en las entrañas de María Virgen y se hizo hombre; que padeció, fué sepultado y resucitó al tercero dia segun las santas Escrituras, subió á los cielos, y está sentado á la diestra del Padre; que vendrá de nuevo á juzgar con majestad á los vivos y á los muertos; y que su reino no tendrá fin.* Tocante á la tercera Persona de la santísima Trinidad, el símbolo de Nicea no expresaba la fe sino con estas palabras: *Creemos en el Espíritu Santo.* El de Constantinopla, á causa de los macedonios, añade: *Creemos en el Espíritu Santo, que es tambien Señor y Vivificador, que procede del Padre; que con el Padre y el Hijo recibe las mismas adoraciones y una misma gloria; el que ha hablado por los Profetas.* El emperador Teodosio recibió esta decision como salida de la boca del mismo Dios, y publicó una ley ordenando la ejecucion de cuanto se habia prescrito y determinado en el Concilio.

Clemencia de Teodosio 387.

Aunque esta asamblea solo se compusiese de obispos de Oriente, con todo, la aprobacion que el Papa y los obispos de Occidente la dieron enseguida, hizo reconocer á este concilio por ecuménico ó universal.

Teodosio era naturalmente vivo, y se enardecia y encolerizaba muy pronto; pero se dejaba persuadir fácilmente, y la piedad de que estaba animado ponia un freno á su cólera. En la ciudad de Antioquía hubo una gran sedicion, á consecuencia de un impuesto pue se acababa de establecer. El pueblo, en el arrebato de su furia, derribó y arrastró por las calles las Estatuas del Emperador y de la Emperatriz. Teo-

dosio, informado de este atentado, entró en una violenta cólera: en el primer ímpetu queria destruir la ciudad y sepultar á sus habitantes en las ruinas. Pero, vuelto á sentimientos mas moderados, nombró los comisarios para instruir expediente ó causa contra los culpables, con poder de vida y de muerte. Mientras tanto el pueblo de Antioquía, vuelto á entrar en sí mismo, sintió la magnitud y gravedad de su crímen y temblaba esperando el castigo. Todos los habitantes consternados no se atrevian á salir de sus casas, y esperaban en ellas la muerte en una contínua inquietud y alarma. Flaviano, obispo de Antioquía, estaba sumido en el mas profundo dolor, sus entrañas estaban despedazadas de amargura: pasaba los dias y las noches derramando contínuas y abundantes lágrimas delante de Dios, rogándole que se dignase ablandar el corazon del Príncipe. En fin, este anciano, mas venerable aun por su santidad que por sus años, fué á encontrar al Emperador, para pedirle gracia en favor de su pueblo. Cuando se presentó donde Teodosio estaba, se mantuvo por el pronto bastante separado, con los ojos clavados en el suelo, como si solo él estuviese cargado con el crímen de todos sus hijos. El Emperador, viéndole confuso y callado, se aproximó á él, y recordándole todos los beneficios que habia dispensado, y de que habia colmado á la ciudad de Antioquía, añadia á cada uno de ellos: «¿Y es por esto que yo he merecido tantos ul«trajes?» Flaviano, penetrado de estas justas reconvenciones y arrancando un profundo suspiro: «Prín«cipe, le dijo, nosotros merecemos todos los supli«cios; destruir á Antioquía hasta sus cimientos; «reducidla á cenizas, y no serémos aun bastante casti«gados. Queda, sin embargo, un remedio á nuestros «males: vos podeis imitar la bondad de Dios; ultra«jado por sus criaturas, les ha concedido su perdon, «les ha abierto los cielos. Si nos perdonais, os debe-

Flaviano, obispo de Antioquía.

«rémos nuestra salvacion; y vuestra clemencia aña-«dirá un nuevo resplandor á vuestra gloria. Los in-«fieles exclamarán: *¡Cuán grande es el Dios de los «cristianos! Él eleva á los hombres sobre su naturale-«za, y sabe hacer de ellos Ángeles.*—No temais que la «impunidad corrompa á las otras ciudades. ¡Ay de «mí! nuestra suerte no puede sino horrorizarles: la «consternacion en que nos hallamos abismados es el «mas cruel de los suplicios.—No os avergonceis, ó «príncipe, de ceder á las súplicas de un pobre ancia-«no; porque esto será ceder á Dios mismo: es él quien «me envia á presentaros el Evangelio, y á deciros de «su parte. Si no perdonais las ofensas hechas contra «vos, vuestro Padre celestial no os perdonará las «vuestras. Representaos aquel dia terrible en que los «príncipes y los súbditos comparecerán ante el tribu-«nal de la justicia suprema, y reflexionad que todas «vuestras faltas serán entonces lavadas por el perdon «que habreis acordado.» Teodosio se enterneció, der-ramó bastantes lágrimas, y respondió: «¿Podria yo «rehusar el perdon á hombres semejantes á mí, cuan-«do el Señor y dueño del mundo, habiéndose reduci-«do por nosotros á la condicion de esclavo, quiso pe-«dir á su Padre perdon para los autores de su supli-«cio, á quienes habia colmado de beneficios?» En seguida envió al santo Obispo á su rebaño: «Id, le «dijo, id, padre mio: apresuraos á presentaros á «vuestras ovejas; volved la calma á la ciudad de An-«tioquía; ella no estará perfectamente tranquila y «confiada, despues de tan violenta tempestad, sino «cuando volverá á ver á su piloto.»

Caida y penitencia de Teodosio.

Teodosio olvidó, algun tiempo despues, la modera-cion que habia mostrado en el suceso de Antioquía, y se dejaba llevar de los primeros ímpetus de su có-lera. La ciudad de Tesalónica, capital de la Iliria, se habia revolucionado contra su gobernador, quien per-dió la vida en esta sedicion. La noticia de esta suble-

vacion excitó la indignacion del Emperador, que inmediatamente mandó pasar á cuchillo á los habitantes de esta ciudad, sin distincion de inocentes ni culpables. Siete mil hombres perecieron en ella. Teodosio se hallaba entonces en Milan. San Ambrosio, obispo de esta ciudad, escribió al Emperador para representarle la enormidad de su falta y hacerle entrar en sí mismo. Concluia con advertirle que hasta tanto que no la hubiese expiado por medio de la penitencia, no podia asistir á los santos misterios. Teodosio no dejó por esto de encaminarse á la Iglesia, pero el santo Obispo le salió al encuentro: «Deteneos, «príncipe, le dijo, vos no sentís aun la enormidad de «vuestro pecado; reflexionadla bien: ¿con qué ojos «veréis el templo santo? ¿Cómo entraréis en el san-«tuario del Dios terrible? Vuestras manos aun hu-«mean con la sangre inocente: ¿os atreveríais á re-«cibir con ellas el cuerpo del Señor? Retiraos, prín-«cipe, y no añadais el sacrilegio á tantos homicidios.» Como el Emperador queria excusar su falta con el ejemplo de David, que se habia hecho culpable de los crímenes de adulterio y homicidio: «Vos le habeis «imitado en su pecado, respondió san Ambrosio; imi-«tadle en su penitencia.» Teodosio recibió esta sentencia cual si saliese de la boca del mismo Dios. Volvióse á su palacio suspirando, y permaneció encerrado en él durante ocho meses. Á las inmediaciones de las fiestas de Navidad sentia redoblarse su dolor, y exclamaba con el mas profundo pesar: «¡Ay de mí! el «templo del Señor está abierto al último de mis va-«sallos, y á mí me está prohibida su entrada!» Se marchó, no á la iglesia, sino á una sala inmediata, en la que rogó al santo Obispo que le absolviese. Ambrosio le hizo presente que no podria asistir á los santos misterios sino despues de haberse sometido á la penitencia pública. Teodosio aceptó la condicion. El santo obispo le exigió tambien que hiciese una ley

suspendiendo durante treinta dias la ejecucion de las sentencias de muerte. Teodosio hizo escribir la ley al instante, la firmó, y prometió observarla. Entonces san Ambrosio, conmovido de su docilidad y de su ardiente fé, alzó la excomunion, y le permitió la entrada en la iglesia. Teodosio postrado, bañando el suelo con sus lágrimas y golpeándose el pecho, pronunció en voz alta estas palabras de David: *Mi alma ha permanecido clavada y postrada contra la tierra: volvedme la vida, Señor, segun vuestra promesa.* Todo el pueblo, enternecido á la vista de un tan sublime ejemplo, le acompañaba en sus oraciones y en sus lágrimas: esta majestad soberana, cuya impetuosa cólera habia hecho temblar á todo el imperio, entonces solo inspiraba sentimientos de compasion y de dolor. San Ambrosio se enterneció mas que nadie: así que le pareció que podia en aquella conyuntura dispensar la severidad de las reglas ordinarias, que solo á la hora de la muerte concedian la gracia de la reconciliacion por el crimen de homicidio. El ilustre penitente sintió por este crímen un dolor tan vivo, que le conservó todo el resto de su vida.

El arrianismo en Occidente. Sin embargo de ser proscrito por Teodosio el arrianismo en Oriente, dominaba en Occidente, en donde la emperatriz Justina, madre de Valentiniano II, se declaró su protectora. Quizo tambien concederle iglesias; pero encontró en san Ambrosio, entonces la lumbrera de la Iglesia y el modelo de los pastores, un adversario fuerte é inalterable. Justina empleó contra él la persecucion; mas fué bien pronto castigada; porque su hijo, arrojado entonces de sus Estados por el usurpador Máximo, fué ahogado por otro usurpador llamado Arbogasto. Teodosio sometió á estos dos enemigos, y quedó único poseedor del imperio. Entonces tuvo lugar en Roma un célebre proceso, el mas grande que se haya llevado jamas al tribunal de los hombres. El Cristianismo y la idolatría se

Proceso del paganismo. 389.

vieron obligados á pleitear su causa en presencia del Senado y del Emperador. Símaco habló por el arrianismo, san Ambrosio le respondió; y Teodosio habiendo sentado esta cuestion: «¿A que dios adorarán los «romanos, á Cristo ó á Júpiter?» la mayoría del Senado condenó á Júpiter, y el altar de la diosa de la Victoria fué quitado para siempre del lugar de las deliberaciones. Así quedó consumada la ruina de la idolatría en el imperio romano. Despues de esta sentencia no volvió á levantarse jamás.

El cisma de los donatistas no tardó en perturbar á la Iglesia, feliz y tranquila bajo el reinado de tan buen príncipe. Este cisma, que desoló la Iglesia de África por espacio de doscientos años, habia empezado desde el gobierno de Constantino; pero entonces no fué mas que una chispa, que se convirtió despues en un grande incendio. Al principio no se trataba sino de saber si Ceciliano, obispo de Cartago, habia sido ordenado legítimamente. Algunos obispos, teniendo á su cabeza á Donato, pretendieron que esta ordenacion habia sido legítima, y se separaron de su comunion. La cuestion fué elevada al Papa, que decidió en favor de Ceciliano, cuya inocencia reconoció, y este juicio fué apoyado por un decreto del emperador Constantino; pero Donato y sus partidarios rehusaron obstinadamente someterse á él, y levantaron altar contra altar, estableciendo otro obispo en Cartago. Enseguida escribieron á todas las iglesias de Africa para separar á los fieles de la comunion de Ceciliano. Este desgraciado rompimiento ocasionó en Africa infinitos males.

Cisma de los donatistas.

La excomunion, que la Iglesia fulmina contra sus hijos rebeldes, no espantaba á los donatistas, que no buscaban otra cosa que separarse y formar una sociedad aparte. Este medio, tan terrible aun para los mismos reyes y emperadores, no tenia fuerza alguna contra gentes cuyo crímen consistia nada menos

que en romper la unidad de la Iglesia. Su partido fué acrecentándose insensiblemente; y cuando se encontraron bastante fuertes, se entregaron á violencias tan horribles, que apenas podrian creerse si la experiencia no hubiese enseñado que el espíritu de cisma, lo mismo que el de herejía, es capaz de los mas grandes excesos. En efecto, la obstinacion de los donatistas degeneró en *furor*; se apoderaban de las iglesias á mano armada, arrojaban á los obispos de sus sillas, destrozaban los altares, y hacian pedazos los vasos sagrados. Su impiedad llegó hasta el punto de volver á bautizar á la fuerza á los que habian recibido el Bautismo fuera de su comunion; como si la Iglesia hubiese perecido en el resto del mundo, y no subsistiese sino en un pequeño rincon de África, que este partido sedicioso ocupaba. Cuando se rehusaba recibir de sus manos un segundo bautismo, se experimentaban tambien de parte de ellos los mas inhumanos tratamientos. No contentos con cubrir de heridas á los que les resistian, estos furiosos llevaban su barbarie hasta el extremo de llenarles los ojos de cal y vinagre. Refiérese que en una sola ocasion habian rebautizado á cuarenta y ocho personas que no habian podido resistir estos tormentos.—Los obispos católicos no opusieron desde luego sino la dulzura y la paciencia á las crueldades de los cismáticos: esperaban ganarlos por este medio. San Agustin, obispo de Hipona, que tan célebre se hizo despues, emprendió los mayores trabajos para conducirlos á mejores sentimientos y reunirlos á la Iglesia. Convirtió á un gran número; pero los restantes se enfurecieron mas y mas. Cuando salia á visitar las parroquias católicas, le ponian emboscadas. Un dia pensó caer en sus manos, en las que hubiese perecido, si la equivocacion de su guia, que inadvertidamente se separó del camino en donde le esperaban estos malvados facinerosos. Creciendo su audacia de dia en dia, los

San Agustin. 354-430.

obispos católicos creyeron que debian implorar la proteccion del Emperador, quien publicó contra estos secretarios una ley severa, en la cual les prohibia, bajo pena de muerte, tener reuniones públicas.

Conferencia de Cartago, fin del cisma. 411.

Los obispos católicos, deseando mas bien convertir á los donatistas, que permitir que se les castigase, suplicaron al Emperador que se dignase poner en juego medios mas suaves, para que si se conseguia el hacerles entrar de nuevo en el gremio de la Iglesia. Propusieron la vida de las conferencias, y el Emperador aprobó este partido. Todos los obispos de África, tanto los donatistas, como los católicos, tuvieron órden de presentarse y reunirse en Cartago, á fin de que los prelados elegidos de una y otra parte pudiesen conferenciar entre sí. El tribuno Marcelino tuvo encargo del Emperador de mantener en la conferencia la tranquilidad y el órden. Se escogieron siete obispos de cada una de las partes para conferenciar juntos, y cuatro escribanos eclesiásticos para redactar las actas. Para mayor seguridad, cuatro obispos quedaron encargados de vigilar á los escribanos ó notarios. Cuando estuvo todo dispuesto, los prelados católicos dieron un ejemplo admirable de moderacion y de generosidad, haciendo de viva voz y por escrito esta declaracion: «Si nuestros adversarios lle-«van la ventaja en la conferencia, consentimos en ce-«derles nuestras sillas y ponerlos bajo su direccion; «si, al contrario, los donatistas, siendo vencidos, se «reunen de nuevo á la Iglesia, partiremos con ellos «el honor del episcopado.» Llevaron su generosidad todavía mas léjos, añadiendo:» Que si los fieles sien-«ten ver dos obispos reunidos en una misma iglesia, «contra la costumbre ordinaria, nos retirarémos y les «abandonarémos nuestras sillas. Para nuestra salva-«cion nos basta con ser cristianos; para el pueblo, y «á fin de procurar su bien, es por lo que se nos orde-«na obispos; si es útil á los fieles el que renunciemos

«á nuestra dignidad, consentimos en ello con todas «las veras de nuestro corazon.» Se notó con admiracion que entre cerca de trescientos prelados católicos que asistian á esta conferencia, solo á dos desagradó al principio esta magnánima resolucion, y aun se admiró mas que luego adoptasen el sentimiento general. San Agustin, que la habia inspirado, no solamente fué uno de los siete obispos que los católicos eligieron para sostener la causa de la Iglesia, sino que tambien los otros seis compañeros de la conferencia descansaron en él y dejaron á su cuidado el contestar á los sofismas de los donatistas. En los tres dias que duró esta conferencia, se conservó siempre un órden admirable. San Agustin probó con evidencia, que no puede existir causa alguna legítima para separarse de la Iglesia católica, y que es un gran crímen romper su unidad; que es preciso permanecer en el seno de la Iglesia para salvarse, y que sin ella no hay salvacion que esperar, porque fuera de esta Iglesia única no puede haber ni santidad verdadera, ni verdadera justicia; que la verdadera Iglesia, que es la sola esposa de Jesucristo, está, segun las promesas, esparcida por toda la tierra, y no encerrada en un pequeño rincon de África; que acá abajo se hallan mezclados en ella los buenos y los malos; y que aun cuando sea cierto que no se debe comunicar con los malos en su iniquidad, tambien lo es que nadie debe separarse de ellos exteriormente.—Dios bendijo el celo del santo Doctor: los cismáticos que conservaban algun amor á la verdad, y los pueblos que fueron informados de lo que habia pasado en esta célebre conferencia, abrieron por fin los ojos, y vinieron desde entonces en reunirse en tropel á la Iglesia verdadera.

Teodosio no vió el fin del cisma. Este buen Príncipe, cuya memoria ha venerado siempre la Iglesia, habia muerto en Milan en 395, despues de haber re-

comendado á sus hijos que se mostrasen siempre fieles á los deberes de la Religion, y de haber concedido un generoso perdon á todos los que hicieron armas contra él en las guerras de Occidente.

Aun cuando quisiéramos extendernos en la biografía del grande Osio, cuya vida es la historia de toda una época de gloriosa lucha, forzoso nos es ceñirnos á los reducidos límites de esta obra. *Gitano de España*, llama por burla un historiador gentil (1) al cristiano Osio, porque venció el ánimo vacilante del emperador Constantino, aconsejándole abjurase el paganismo para tranquilizar su conciencia, lacerada por el parricidio; mas lo que en boca del pagano eran palabras de irrision para indicar el fanatismo, son un objeto de gloria para la patria que produjo aquel varon eminente. Á Osio debió la Iglesia en lo humano la paz que la dió Constantino: á él dió igualmente su instruccion y la buena direccion de los intrincados negocios que hubieron de ventilarse durante su vida. Muchos actos de piedad de este Emperador fueron debidos á las caritativas insinuaciones del Obispo de Córdoba, y entre ellas el reparto de tres mil sacos *(toles)* de moneda (30,000 pesos), enviados por el Emperador Ceciliano, obispo de Cartago, para que los repartiesen entre los individuos mas necesitados de las iglesias, segun una nómina dada por Osio, que poco tiempo antes de la conversion definitiva de Constantino habia estado en África, lo cual motivó quizás el que Zózimo le llamase *Gitano.*—No solo ante la Iglesia de España, sino á la faz tambien de toda la Iglesia, aparecerá siempre noble y hermosa la figura de Osio, como uno de sus mas grandes baluartes contra

Osio, obispo de Córdoba.

---

(1) Zózimo: *Historia nova*, lib II, pág. 179, edicion de 1679.

los embates del arrianismo. La persecucion pagana habia puesto en sus manos la palma de confesor, y despues de haber consignado su nombre al pié de los cánones de Elvira, como obispo de Córdoba, habia sido lanzado de su silla. Entónces halló cabida al lado de Constantino, quizás para tremolar el lábaro sobre el Capitolio, una vez traspuestas las cumbres de los Alpes.—Á mas de concurrir á muchos concilios, tanto de Oriente como de Occidente, hemos visto que por delegacion del Papa presidió el de Nicea, habiendo presidido antes el de Arles contra los donatistas. En el concilio Niceno, al frente de aquella asamblea de santos, la mas respetable que nos presenta la historia antigua, vióse descollar al grande Osio representando dignísimamente á la Santa Sede; abordando las mas arduas cuestiones; tomando la iniciativa en las proposiciones, y redactando aquel grandioso símbolo de fé que ha significado siempre las doctrinas mas puras de la Iglesia. Su influencia no terminó con la muerte de Constantino. El arrianismo seguia devastando el Oriente, y juzgóse necesaria la convocacion de otro concilio que al fin se reunió en Sárdica (347). Otra vez se vió entonces al grande Osio presidiendo toda la Iglesia como legado del Sumo Pontífice, y cooperando con todas sus fuerzas al triunfo de la verdad y de la inocencia perseguida por los arrianos. El Episcopado español permaneció á su sombra firme en la fé. Para vencerlo, era preciso echar por tierra la constancia de Osio.—Á la edad de cien años, vióse al vigoroso anciano arrastrado á setecientas leguas de Córdoba, llegar á las puertas de Sirmio en Eslavonia, al pié de los montes Karpacios, desfallecido del frio y la fatiga, pero constante en la fé. Los trabajos que sufrió en el destierro condolieron á san Atanasio, por cuya inocencia padecia. «¿Quién dice, «viendo que Liberio, pontífice es desterrado de Ro- «ma, que el *grande* Osio padece tantos males, que

«*tantos obispos de España* y de otras regiones son lle«vados al destierro, no conoce bien que son falsos to«das las acusaciones contra Atanasio?»—Por espacio de un año fué objeto de los mas crueles tratamientos, llegando al extremo de ultrajar sus canas con azotes y toda clase de tormentos. Al peso de las injurias y de los años desfalleció la naturaleza, mas no el vigor. No contentos los arrianos con matar su vida, asesinaron su honor ultrajando la fé del muerto, de quien no pudieron triunfar mientras vivió. Hacíales falta el nombre de Osio para salvaguardia de sus falsos símbolos, publicaron á la faz de la Iglesia, que por fin habia suscrito sus fórmulas. Esta superchería no engañó por entonces á todos los católicos: san Jerónimo duda de la culpa; san Agustin la niega; san Atanasio la atenúa, que, segun este Santo, fué por haber comunicado, aunque de mala gana, con los herejes, vencido por el tormento. Sin auxilio especial de la gracia era imposible que resistiera tantos ultrajes y trabajos un anciano debilitado y centenario: y ¿habia de faltar la fé á quien la habia defendido durante un siglo, á la faz de la Iglesia, siendo su columna, y despues de una vida santa y gloriosa, coronado con un año de martirio?... *Santo y confesor* le siguió llamando san Atanasio despues de su muerte; *santo Padre* llamóle la Iglesia oriental, erigiéndole templos, y escribiendo su nombre en los menologios.

San Dámaso, obispo y pontífice.

Muertos Constantino y Osio, la historia nos presenta otro emperador y otro santo obispo y pontífice, oriundos ambos de España, nobilísimos personajes en el teatro de la Iglesia, san Dámaso y Teodosio. De los hechos de este Príncipe hemos hablado hace poco, ahora nos toca decir algo concerniente á Dámaso. Este santo Prelado, que luego subió á la Sede apostólica, era hijo de un sacerdote español que habia pasado por todos los grados de la jerarquía, desde lector hasta presbítero de la iglesia de San Lorenzo.

Él servia de diácono en la misma iglesia al lado de su padre y del pontífice Liberio, á quién siguió en su destierro. Al regresar á Roma fué elegido en reemplazo de Liberio, oponiéndose á ello los secuaces de Ursino, que atacaron su existencia, y mancillaron su honor con groseras calumnias. Desde el momento que se vió en el puesto mas eminente de la Iglesia católica, desplegó en favor de esta un celo verdaderamente apostólico; trabajó por asegurar la disciplina, cortar las diferencias que algunos obispos suscitaban entre sí, procurando conciliarlos con su ejemplo de humildad; y combatiendo enérgicamente á todas las sectas heréticas que entonces dividian y llenaban de dolor y amargura á la Iglesia.—Para secundar las altas miras del santo Pontífice, ocupaba entonces el trono imperial otro español, el gran Teodosio, el mejor de los emperadores cristianos, á quien la Providencia habia destinado para afianzar la obra, todavía vacilante, de Constantino. Secundóle tambien en sus empresas el prefecto español Cynegio, á quien cupo el honor de abatir los ídolos de Egipto.—De acuerdo ambos príncipes españoles que simbolizaban entonces en sus personas los dos poderes que rigen el mundo, vióse marchar al sacerdocio, enlazadas sus manos con el imperio. Vióse á Teodosio legislar en materias de religion y disciplina con una latitud tal, que apenas podríamos explicarla, si no tuviéramos en cuenta su gran piedad, la rectitud de sus intenciones, el acierto en sus medidas y sobre todo la condescendencia de la Iglesia y su Jefe para con aquel hijo predilecto. Entonces fué cuando este virtuoso Príncipe, de acuerdo con sus cólegas Graciano y Valentiniano, dió la ley *Cunctos quos*, etc., que hemos insertado en otro lugar.—Era muy bello y consolador al mismo tiempo ver en aquel entonces tan estrechamente unidas las relaciones de la Iglesia y el Estado; por esta razon tambien eran grandes las concesiones que mútua-

mente se hacian. Las disposiciones religiosas de Teodosio llevan implícitamente la equiescencia de san Dámaso. Por acuerdo de ambos se reunió en 381 el primer concilio ecuménico de Constantinopla, del que hablamos á su tiempo, para condenar en él, conforme se vió, los errores de varios heresiarcas. Además de este concilio celebró san Dámaso otros cinco en Roma; tan grande era el celo de este virtuoso Papa en favor de su Iglesia. En el primero, al que asistieron noventa obispos, se condenaron los errores de Auxencio, obispo de Milan, que habia descubierto san Filastro, obispo español de Brescia en Italia. *(El Traductor.)*

§ IV.

Desde la muerte de Teodosio, hasta la destruccion del imperio romano de Occidente.

(395-476).

Teodosio dejó dos hijos, Arcadio de edad diez y ocho años, y Honorio que contaba solo diez años. El imperio fué repartido entre los dos jóvenes príncipes: á Arcadio le tocó el Oriente, y el Occidente fué dado á Honorio. Los nuevos Emperadores, ó mejor los que gobernaban en su nombre, se aplicaron á seguir el ejemplo de Teodosio, é imitaron su celo por la Religion. Otras leyes de estos Príncipes confirmaron las que su padre habia hecho en favor de la Iglesia y contra la idolatría, las cuales fueron publicándose sucesivamente. Pero nuevas pruebas esperaban á la Iglesia de parte de sus propios hijos; á esta Iglesia que Jesucristo le ha prometido la victoria, es cierto, pero con ella combates siempre renacientes.

Herejía de los pelagianos. 412. El cisma de los donatistas se iba extinguiendo insensiblemente, cuando apareció el heresiarca Pelagio, natural de la Gran Bretaña. Estaba dotado de un talento sutil; era artificioso é hipócrita, y sin cambiar de sentimientos sabia mudar de lenguaje. Pasó á Roma y propagó secretamente una nueva doctrina, que tenia su orígen en el orgullo humano, y sabia halagarlo muy bien. Negaba el pecado original, y la necesidad de la gracia del Redentor. Desde un principio no se atrevió á explicarse pública y abiertamente, de miedo de agriar los ánimos combatiendo la creencia antigua y universal; mas con el fin de disponerlos poco á poco á recibir sus errores, los encubria artificiosamente con palabras equívocas. Se atrajo un discípulo llamado Celestio, que contribuyó mucho á los progresos de esta secta impía. Este pasó al África, y como era mas atrevido y desvergonzado que su maestro, enseñó sin rodeos, contra la doctrina de san Pablo, que el pecado del primer hombre no es comunicado á sus descendientes, y que el hombre sin una gracia interior, por sus fuerzas solas naturales, puede cumplir los mandamientos de Dios. Esta novedad profana excitó desde luego turbaciones. San Agustin la refutó vigorosamente en sus sábios escritos; probó con las palabras expresas de la Escritura, y por el Bautismo que se administra á los niños, que nacemos culpables del pecado de nuestro primer padre. Por la oracion del Padre nuestro, que nos enseñó el mismo Jesucristo, demostró la necesidad que tenemos de una gracia que prevenga y ayude nuestra voluntad en todas las acciones útiles á nuestra salvacion. Celestio, pues, fué condenado en Cartago, y privado de la comunion eclesiástica.—Entre tanto Pelagio, que habia pasado á la Palestina, logró engañar á los obispos de este país con su disimulo y sus mentiras. Este resultado le ensoberbeció, y envió á san Agustin su apología, en la que se prevalecia del

juicio favorable que en Oriente habian hecho de su persona. Este escándalo excitó el celo de los Obispos de África, en donde tuvieron dos concilios, uno en Cartago y otro en Milevi, en los que se definió, conforme á la fé católica, que el pecado de Adan ha pasado á sus hijos, y que sin una gracia interior que nos inspire la buena voluntad, no puede hacerse ningun bien sobre natural ó útil á la salvacion. Los Padres de este Concilio escribieron al papa san Inocencio, rogándole que se dignase confirmar esta decision. El Soberano Pontífice contestó á las cartas sinodales de los obispos de África, alabando su celo por sostener la pureza de la fé: estableció sólidamente la doctrina antigua del pecado original y de la necesidad de la gracia para todas las acciones de la piedad cristiana; condenó solemnemente á Pelagio, Celestio y sus secuaces, y los declaró separados de la comunion de la Iglesia, á menos de que renunciasen á sus errores. Despues de este decreto del papa, san Agustin miraba la causa como terminada: «Roma ha hablado, dice este santo Doctor, el juicio de los obispos de África ha sido elevado á la Silla apostólica: las cartas «del Papa que lo confirman han llegado: la causa ha «concluido, ¡plugiera á Dios que el error concluyese tambien!»

Concilios en Africa. Condenacion del error pelagiano

El deseo de san Agustin desgraciadamente no se vió cumplido: el error continuó subsistiendo á pesar de la condenacion que habia sufrido. Pelagio y sus secuaces trataron, no de someterse al juicio que se habia pronunciado contra ellos, sino de deshacer á los ojos de los hombres la mancha que esta sentencia les imprimia. El papa Inocencio, que los habia condenado, habia muerto. Pelagio escribió de un modo muy respetuoso á su sucesor Zózimo para justificarse. Celestio fué él mismo á Roma, y le presentó una confesion de fé capciosa, prometiendo condenar todo lo que la Santa Sede condenase. El nuevo papa se con-

Intrigas y obstinacion de los pelagianos.

tentó con hacerle diversas preguntas, á las que Celestio respondió con esta apariencia de simplicidad y rectitud que tan bien sabe fingir la bellaquería. No llevó mas léjos sus precauciones y le juzgó inocente, no porque aprobase sus errores, sino porque este impostor se habia declarado de antemano sumiso al juicio de la Santa Sede. Zózimo escribió á los obispos de África una carta, en la que se manifestaba convencido de la sinceridad de Pelagio, y les reprendia hasta cierto punto su modo de proceder en órden á este novador, sin decir siquiera una palabra que favoreciese su mala doctrina. Cuando en África se hubo recibido esta carta, conocieron que el Papa habia sido engañado por estos ladinos y hábiles embelecos; y se apresuraron á reunir un concilio el mas numeroso que fuese posible. Concurrieron á él doscientos catorce obispos; se redactaron sobre el asunto instrucciones mas estensas; explicóse todo lo que habia sucedido en África; se manifestó el veneno oculto en las profesiones de fé y en las artimañas de estos herejes; se hicieron cánones dogmáticos que se remitieron á Roma acompañados de una carta concebida en estos términos: «Hemos determinado y estatuido «que la sentencia decretada por Inocencio contra Pe«lagio y Celestio tenga su efecto, hasta tanto que «ellos confiesen clara, explícita y terminantemente «que la gracia de Jesucristo debe ayudarnos, no so«lamente para conocer, sino tambien para seguir las «reglas de la justicia en cada una de nuestras accio«nes, de manera que sin este socorro nada pode«mos tener, pensar, decir, ó hacer perteneciente á la «piedad. No basta que Celestio se haya vagamente «sometido al decreto de la Santa Sede; para quitar «todo escándalo, es preciso hacerle anatematizar, sin «el menor equívoco, sin la más mínima ambigüedad, «todo cuanto hay de sospechoso en su escrito, por el «temor de que muchos imaginen, no que el sectario

«ha abandonado sus errores, sino que la Sede apos-«tólica los ha aprobado.»—Estas representaciones tuvieron su efecto: el papa Zózimo examinó el negocio con detenimiento y atencion, y habiéndose convencido de la mala fé de Celestio, pronunció una sentencia que confirmaba las decisiones de los obispos de África y condenaba á Pelagio y á sus sectarios. Esta sentencia fué recibida con respeto por todo el mundo cristiano.—Entonces se vió una vez mas cuán poco sinceras son las protestas de docilidad que hacen los herejes antes de su condenacion. Los pelagianos apelaron de este decreto del Papa al concilio general; pero san Agustin probó que esta apelacion era ilusoria, y que la Iglesia reunida no haria otra cosa mas que confirmar la decision de los obispos de África unidos al Papa; que la herejía estaba suficientemente condenada, y que no se trataba ya de examinarla, sino de reprimirla. El emperador Honorio apoyó este juicio, y pronunció la pena de destierro contra aquellos que se obstinasen en sostener los errores condenados.

Errores de los semipelagianos.

La herejía pelagiana anatematizada cayó y se extinguió poco á poco; pero salió de sus cenizas otra secta que, dulcificando lo que la primera tenia de mas escandaloso, tomó un medio entre la doctrina pelagiana y la fé ortodoxa. Algunos sacerdotes de Marsella fueron los que dieron curso á este pelagianismo mitigado, y se les dió el nombre de *semipelagianos*. Estos atribuyen al libre albedrío el principio de la fé y los primeros movimientos de la voluntad humana hácia el bien; segun ellos, Dios, en consecuencia de estos últimos esfuerzos, da el acrecentamiento de la fé y la gracia de las buenas obras. Así los semipelagianos admitian, como los católicos, el pecado original y la necesidad de una gracia interior para obrar el bien; pero decian que el hombre puede merecer esta gracia por un principio de fe, por un

primer movimiento de virtud, del que Dios no es el autor.—San Agustin alzó vigorosamente la voz contra este pernicioso error, y persiguió al pelagianismo hasta en su última trinchera. Compuso con este objeto dos obras en las que demuestra que, no solamente el aumento, sino tambien el principio de la fé, es un don de Dios; que la primera gracia no puede fundarse sobre nuestros méritos, y que no viene de nosotros en manera alguna. Alega en prueba muchos pasajes de la sagrada Escritura, que enseñan que Dios es quien prepara las voluntades, y quién las dirige hácia el bien; insiste sobre estas palabras del Apóstol: *¿Qué teneis que no hayais recibido?* palabras que hacen ver que el hombre tiene necesidad de la gracia de Dios para empezar y hacer el bien de una manera útil á la salvacion; que Dios no llama á los hombres porque son fieles, sino para que lo sean. Hace observar que la Iglesia ha atestiguado siempre, por medio de sus oraciones, que espera la gracia de la misericordia divina, y no en consecuencia de nuestros méritos, y que la gracia dejaria de serlo sino fuese gratuita. En fin, demuestra esta verdad por el bautismo de los niños, que son llamados á esta gracia sin que hayan hecho de su parte nada que haya podido hacérsela merecer; «porque, dice, ¿donde está la fé, «dónde están las obras que han precedido á esta gra«cia?»—El papa san Celestino, informado de que los presbíteros de Marsella tenian sentimientos contrarios á esta doctrina de san Agustin, les condenó, y definió en contra de ellos que Dios obra de tal modo en los corazones de los hombres, que el pensar santamente los designios piadosos, y, en fin, todo movimiento de la buena voluntad en órden á la salvacion, viene de Dios; y si nosotros podemos algun bien, es por *aquel* sin el cual nada podemos. En fin, todas estas disputas quedaron terminadas por el célebre cánon del segundo concilio de Orange, presidido por

el ilustre san Cesareo de Arles, que se expresó en estos términos: «Si alguno dijere que ó el aumento ó «el mismo principio de la fé, y este primer movi-«miento del corazon, por el cual creemos en el que «justifica al pecador, no es efecto del don de la gra-«cia, sino que esta disposicion se forma naturalmente «en nosotros, contradice los dogmas apostólicos, pues «que san Pablo dice: *Confiamos que aquel que ha da-«do principio en vosotros á la buena obra, la perfeccio-«nará hasta el dia de Nuestro Señor;* y además de es-«to dice tambien: *Se os ha dado el creer en Jesucris-«to... la gracia os ha salvado por medio de la fé, y es-«to no viene de vosotros, sino que es un don de Dios.*»

San Jerónimo, uno de los mas ilustres doctores de la Iglesia, se unió á san Agustin para combatir la herejía de Pelagio. Nacido en Dalmacia, de padres cristianos y ricos, manifestó desde niño tan felices disposiciones por las ciencias, que su padre creyó deber cultivar bajo todos los medios posibles este gérmen precioso que se descubria en él. Envió su hijo á Roma, y este jóven hizo allí grandes progresos en las letras humanas y en la elocuencia; pero como el objeto especial de sus estudios era mas bien captarse el aprecio de los hombres que adelantar y perfeccionarse en la ciencia de la salvacion, Dios permitió que cayese en el desórden. Sus extravíos duraron poco tiempo, pues que hácia el año 374 se retiró al desierto de Calcides en la Siria. Era este una vasta soledad abrasada por los rayos de un sol ardiente, y habitado, no obstante, de algunos solitarios que el amor de la penitencia habia conducido allí. Oprimido de los temores que le inspiraban los juicios de Dios, Jerónimo no pensaba en su retiro mas que en prevenir ó evitar sus rigores, cuando Pelagio pasó á Palestina y se esforzó por diseminar en ella sus errores. El piadoso solitario, alarmado del peligro en que veia á la fé, levantó su voz vigorosamente contra la nue-

San Jerónimo 331-420.

va doctrina; Pelagio se enfureció, y no solamente escribió defendiendo sus errores, sino que animó á sus discípulos contra san Jerónimo, los que llegaron al extremo de cometer horribles violencias: atacaron como bandidos el monasterio en que vivia, lo saquearon y le pegaron fuego. San Jerónimo, pasado el peligro, hizo un viaje á Antioquía, en donde Paulino, su obispo, le ordenó de sacerdote, pero no quiso permanecer en aquella ciudad, ni formar parte del número de los sacerdotes de ninguna de sus iglesias, porque su deseo era continuar viviendo en la soledad. Pasó despues á Constantinopla, en donde permaneció algun tiempo con san Gregorio Nazianceno, y bajo la direccion de este sábio maestro se instruyó en el estudio de la santa Escritura, que formaba sus castas delicias. Desde allí fué á Roma, donde el papa Dámaso le retuvo á su lado para contestar á los que le consultaban sobre las Escrituras sagradas ó sobre algun punto de moral. Despues de la muerte del pontífice Dámaso, regresó á Palestina y fijó su residencia en Belen. Entonces fué cuando este santo Doctor, gozando del reposo que tanto habia deseado, escribió la mayor parte de sus grandes obras relativas á la sagrada Escritura, y haciendo con ellas á la Iglesia un servicio importantísimo. Emprendió traducir en latín el texto de las Escrituras: con este objeto hizo un estudio laborioso y reflexivo de la lengua hebrea y para conocerla á fondo tomó lecciones de un judío que era muy hábil, y se hizo su discípulo. Trabajó en seguida sin descanso para esclarecer ó aclarar las dificultades de la Escritura santa. No solamente enriqueció á la Iglesia con una nueva version, sino que compuso tratados para facilitar la inteligencia de los Libros santos. Poseemos muchos comentarios de san Jerónimo; en el prólogo del que ha escrito sobre el profeta Isaías, que vivia setecientos años antes de Jesucristo, dice que no le mira solo como á un profeta,

sino como á un evangelista y á un apóstol, porque encierra en sus profecías todos los misterios del Salvador, su nacimiento de una vírgen y los milagros de su vida, la ignominia de su muerte, la gloria de su resurreccion, y la extension de su Iglesia por toda la tierra. «Isaías, dice el sábio intérprete, habla con «tanta claridad de todas estas cosas, que mas bien «parece escribir una historia de sucesos pasados, que «predecir el porvenir.»

Por este mismo tiempo san Crisóstomo, arzobispo de Constantinopla, honraba á la Religion por su celo apostólico en reformar el clero y el pueblo de esta gran ciudad. Reprendia con generosa libertad la avaricia de los ricos, el lujo de las mujeres y el orgullo de los nobles. La misma corte experimentó su celo: habló con frecuencia al Emperador y á Eudoxia su esposa de sus obligaciones. Este vigor episcopal le suscitó poderosos enemigos ; la Emperatriz, sobre todo, estaba irritada contra él, á causa de un discurso ó sermon que los mal pensados aplicaron á esta Princesa. Ella buscó medios de vengarse, y halló en Teófilo, obispo de Alejandría, un ministro complaciente que se prestaba á su odio y á sus violencias. San Crisóstomo fué depuesto y enviado al destierro, pero al dia siguiente hubo en Constantinopla un temblor de tierra que fué mirado como un efecto de la cólera divina. La misma Eudoxia quedó tan asustada, que suplicó encarecidamente al Emperador volviese á llamar al santo Obispo, que efectivamente regresó y penetró en la ciudad como en triunfo. Bien pronto se alzó una nueva tempestad : se habia levantado una estátua de plata á la Emperatriz, cerca la principal iglesia de Constantinopla, y en este sitio se celebraban juegos públicos mezclados de supersticiones. El santo Prelado predicó contra este abuso. Siendo Eudoxia informada de ello, creyóse personalmente ofendida, y juró la pérdida del Arzobispo. Fué depuesto

S. Juan Crisóstomo. 344-407.

segunda vez y desterrado á Cucusa, pequeña ciudad de la Armenia. La Emperatriz habia elegido este país pobre y estéril, para hacer sentir al santo Obispo todo el peso de su venganza. Llegó allí despues de setenta dias de camino, de incomodidades extremas, ocasionadas por su delicada salud y por el mal trato y dureza de los soldados que le custodiaban. Tan luego como su salud quedó restablecida, trabajó con nuevo celo por el bien de la Iglesia; instruia á los pueblos del país, socorria á los pobres, y rescataba á los cautivos. Sus enemigos, aunque triunfantes, concibieron celos de su conducta virtuosa, y le desterraron de nuevo á Pitiontes, ciudad desierta y la última del imperio en la orilla oriental del Ponto Euxino. Se le hizo conducir á este nuevo destierro por dos guardas sin piedad que se esforzaban en acrecentar con sus malos tratamientos las fatigas de un viaje largo y penoso. Habian prometido á estos soldados una recompensa si el Santo moria en el camino, y la merecieron por su barbarie. El santo Obispo, delicado y agotadas sus fuerzas, sucumbió al fin á tantos males. Despues de tres meses de una marcha contínua, y habiendo llegado á Comanes en el Ponto, fué atacado de una violenta calentura, que le obligó á detenerse. La noche siguiente, hallándose en el presbiterio de San Basilisco, obispo de Comanes y mártir, se le apareció este Santo y le dijo: «Ánimo, hermano «mio, mañana estarémos reunidos.» En efecto, su muerte acaeció el dia siguiente. La Iglesia perdió uno de sus mas santos obispos y de sus mas ilustres doctores: su elocuencia, que cuando menos igualaba á la de los mas célebres oradores de la antigüedad, le ha merecido justamente el sobre nombre de *Crisóstomo*, es decir *boca de oro*.

Heregía de Nestorio. 430. El espíritu del error, despues de haber atacado el misterio de la santísima Trinidad, el del pecado original y el de la gracia, hizo multiplicados esfuerzos

por amortiguar la fé cerca del misterio de la Encarnacion. Se habia creido siempre que Jesucristo no es otro que el *Verbo encarnado*, y que de consiguiente hay en Jesucristo dos naturalezas y una sola persona. Nestorio, obispo de Constantinopla, enseñó que hay dos personas en Jesucristo. Como no se atrevia á atacar directamente el dogma católico, buscó un rodeo, y dijo que la santa Vírgen no debia ser llamada *Madre de Dios*, sino únicamente *Madre de Cristo*, distinguiendo así la persona de Cristo y la del Verbo. Esta doctrina nueva y contraria á la creencia comun causó un grande escándolo, tanto en el clero como entre el pueblo. La vez primera que se oyó esta blasfemia en la Iglesia de Constantinopla, los fieles huyeron por no comunicar con el impío que la habia proferido. Este primer grito de la fé es bien digno de notarse: jamás deja de levantarse en el nacimiento de todas las herejías, es decir, todas las veces que se ataca á lo que siempre se ha creido. Nestorio tenia crédito en la córte; y nada omitió para interesar al Emperador en sus designios, y por este medio difundir sus errores á todas partes: pero Dios habia preparado un remedio al mal y á la fé atacada. Un ilustre defensor, san Cirilo, obispo de Alejandría, fué el invencible atleta que la Providencia opuso al heresiarca. Luego que el santo Prelado fué advertido de los progresos de la impiedad, publicó un escrito en el que explicaba claramente la verdad del misterio de la Encarnacion. «Me asombro, decia, de ver que «haya quien pueda poner en duda si la santísima «Vírgen debe ser llamada *Madre de Dios*; porque si «Nuestro Señor Jesucristo es Dios, la santa Vírgen, «su madre, es forzosa é innegablemente *Madre de «Dios*. Esta es la fé que nos han enseñado los Após«toles, esta es la doctrina de nuestros padres: no que «la naturaleza del Verbo ó la divinidad haya tomado «su principio de María, sino porque en ella ha sido

S. Cirilo de Alejandría.

«formado y animado de un alma racional el sagrado «cuerpo al cual el Verbo se ha unido hipostáticamen- «te, lo que hace decir que el Verbo ha nacido segun «la carne. Así, en el órden de la naturaleza, aunque «las madres no tengan parte alguna en la creacion «del alma, no deja de decirse que son madres del «hombre en su totalidad, y no que solamente lo sean «de su cuerpo.» Este escrito de san Cirilo se difundió bien pronto por todas las Iglesias de Oriente, y consoló á los fieles que el nuevo error habia escandalizado. San Cirilo escribió particularmente á Nestorio para probar de hacerle volver á la verdad: le exhortaba á que hiciese cesar el escándalo, llamando Madre de Dios á la santísima Vírgen. «Por último, añadia, «estad persuadido de que me hallo pronto á sufrirlo «todo, la prision y la muerte, por la fé de Jesucristo.» Esta carta no produjo efecto alguno: la conversion de un jefe de partido ó secta es bien rara. El santo Obispo, viendo que nada podia esperarse de Nestorio, se dirigió al papa san Celestino: le dió cuenta de todo lo sucedido, y del estado en que se encontraba la iglesia de Constantinopla; le pidió encarecidamente que remediase pronto el mal. Nestorio por su parte habia enviado tambien al Sumo Pontífice sus escritos firmados de su puño y letra. El Papa tuvo en Roma una asamblea de obispos, en la que fueron examinados los escritos de Nestorio. La doctrina que en ellos exponia se vió que era contraria á la de los santos Padres, y por lo mismo fué condenada unánimamente. Para notificar este juicio, Celestino escribió á los obispos de las primeras sillas de Oriente. En la carta que dirigió á san Cirilo, el Soberano Pontífice elogia su celo y su vigilancia: le declara que ha aprobado sus sentimientos acerca de la Encarnacion; que si Nestorio continúa en combatir la doctrina católica, y si, en un tiempo determinado, no anatematiza su doctrina impía, será separado del cuerpo de la Iglesia.

Nestorio no se sometió al juicio de la Santa Sede, y como todos los otros novadores, solo sirvió para hacerle propagar con mas ardor que nunca su error. Aunque tuvo protectores en la corte, el emperador Teodosio el Jóven (1), que amaba sinceramente á la Religion, abrió los ojos cuando supo la sublevacion é indignacion de los fieles de Constantinopla, y se resolvió, de acuerdo con el papa san Celestino, á convocar un concilio ecuménico en Éfeso. La noticia de esta convocacion llenó de gozo á todos los católicos. Los obispos concurrieron á él, en número de doscientos, de todas las provincias del mundo cristiano, y fué presidido por san Cirilo á nombre del Papa. Nestorio vino tambien á Éfeso, acompañado del conde Candidiano, á quien el Emperador habia encargado que protegiese el concilio, pero que favoreció abiertamente el partido del sectario. Este heresiarca jamás quiso presentarse á la asamblea, aunque se le requirió tres veces jurídicamente. Pretextaba la ausencia de Juan, obispo de Antioquía, y de sus sufragáneos, que aun no habian llegado. Como parecia afectada la lentitud de estos obispos, y el término fijado por el Emperador para la apertura del concilio habia pasado ya hacia quince dias, se celebró la primera sesion. En medio de la iglesia y sobre un trono elevado estaba colocado el libro de los Evangelios, para representar la asistencia de Jesucristo, que ha prometido hallarse entre los pastores reunidos en su nombre: espectáculo santo é imponente de que el concilio de Éfeso dió el modelo á todos los que se han celebrado despues. Los obispos estaban sentados en ambos lados segun la dignidad de sus sillas.—Como Nestorio rehusó constantemente presentarse, fué preciso examinar su doctrina en sus escritos. En cuanto se hubo

Concilio general de Éfeso contra Nestorio. 431.

(1) Teodosio II, *el Joven*, habia sucedido á *Arcadio*, muerto en 403.

terminado su lectura, los obispos unánimemente exclamaron: «¡Anatema á estos errores impíos! ¡Anatema á todo el que profesa esta doctrina! Es contraria á la santa Escritura y á la tradicion de los Padres.» Se leyó enseguida la carta del papa Colestino á Nestorio, y muchos pasajes de los Padres mas reverenciados, san Cipriano, san Atanasio, san Ambrosio, san Basilio, á los que se puso en cotejo y oposicion con las proposiciones del heresiarca; habiendo despues cada obispo dado testimonio de la fé de su iglesia, se declaró solemnemente á la santísima Vírgen *Madre de Dios*, y se pronunció la sentencia de deposicion contra el novador. Cuando el pueblo de Éfeso tuvo noticia del juicio prorumpió en frenéticos gritos de alegría, y colmó de bendiciones á los Padres del Concilio; toda la ciudad de Éfeso resonó por mucho tiempo con el nombre y las alabanzas de la Madre de Dios. Los Prelados escribieron al Emperador para informarle de su decision; pero el conde Candidiano interceptó sus cartas; y de concierto con Nestorio previno por medio de una falsa relacion á Teodosio contra ellos. Las cartas y los diputados del Concilio no podian llegar al Emperador. Se guardaban los caminos y las naves; se les cerraban todas las entradas, y la verdad hubiera sucumbido si Dios no la hubiese dado la fuerza de vencer todos los obstáculos y sobrepujar todas las cábalas formadas contra ella. Un diputado, disfrazado de mendigo, llevó la verdadera relacion escondida dentro los nudos de una caña, y penetró en el palacio. Cuando el Emperador estuvo mejor instruido de todo lo acaecido en Éfeso, confinó á Nestorio en un monasterio de Antioquía; y como este heresiarca continuase predicando allí sus errores, fué desterrado á Tasis en Egipto, en donde algunos años despues murió miserablemente.

Herejía de Eutiques. 446.

La herejía de Nestorio dió ocasion á otra que la siguió de cerca, y que no era menos contraria al dogma

de la Encarnacion. Eutiques, combatiendo á Nestorio, se alucinó y extravió él mismo. Enseñó que no habia en Jesucristo mas que una sola naturaleza despues de la Encarnacion. Así es como el espíritu humano no evita un error sino cayendo en otro; pero la Iglesia, guiada por el espíritu de Dios, los condena todos. Nestorio habia dividido la persona de Jesucristo, Eutiques confundió las naturalezas. Era superior de un monasterio cerca de Constantinopla, y habia mostrado mucho celo en sostener la unidad de persona en Jesucristo contra Nestorio; pero su oposicion al nestorianismo lo condujo á la herejía opuesta; y este error no excitó menos turbaciones y desórdenes que el de su contrario. El nuevo heresiarca por de pronto no se explicó sino con algunos amigos en sus conversaciones particulares; pero en seguida trató de esparcir su error en el monasterio de Constantinopla. Sus amigos hicieron todos los esfuerzos imaginables para desengañarle y prevenir un ruidoso escándalo; pero todo fué inútil, y Eutiques mostró una obstinacion indomable: entonces viéronse obligados á denunciarle á san Flaviano, patriarca de Constantinopla. El santo Prelado, despues de haber puesto en juego todos los medios de benignidad inútilmente, reunió los obispos que se hallaban en la ciudad imperial: citó á esta asamblea al novador, que rehusó mucho tiempo presentarse. Como Eutiques persistia en sus sentimientos, su doctrina fué condenada, y se le quitó el gobierno de su monasterio. El novador encontró apoyo en la corte contra su Obispo. Crisafo, uno de los principales ministros del Emperador, lo sostenia con todo su crédito. Era este un bárbaro cuyo mérito consistia en el buen parecer de su persona: avaro, cruel, impío, reunia todos los vicios. Habia sabido conquistar el ánimo del Emperador, y gobernaba solo todos los negocios del Estado. Obtuvo de Teodosio que el asunto de Eutiques fuese discutido de nuevo en otra

asamblea de obispos; hizo nombrar presidente á Dioscoro, obispo de Alejandría, amigo de Eutiques, y prevenido contra san Flaviano. Crisafo se presentó como dueño absoluto de esta reunion, en la que todo se hizo por la violencia, y que mas bien fué un conciliábulo de malhechores que una asamblea eclesiástica. Hubo en ella dos comisarios del Emperador que entraron con soldados prevenidos de cadenas, y amenazando con las violencias mas extremas á los que no se sometiesen á los deseos del favorito del Emperador. En medio de este tumulto Eutiques fué absuelto y san Flaviano condenado. Como muchos rehusasen suscribir á este juicio inícuo, se cerraron las puertas y se forzó á los obispos á firmarlo. Los que no cedieron á la violencia fueron desterrados, entre ellos tambien san Flaviano, á quien llenaron de golpes en mitad de la calle, de cuyas resultas murió al cabo de pocos dias.—El emperador Teodosio II, que se habia dejado sorprender, no le sobrevivió mucho tiempo. La ciega confianza que concedió á su indigno favorito manchó la gloria de su reinado, cuyo fin fué tan triste como felices habian sido los principios. Le sucedió Marciano, príncipe religioso, que dedicó siempre sus primeros y principales cuidados á mantener la pureza de la fé.

Concilio general contra Eutiques. 451.

San Leon, que entonces ocupaba la cátedra de san Pedro, sintió vivamente la herida que se habia hecho á la Iglesia, y se dirigieron todos sus esfuerzos á curarla. El remedio mas eficaz era un concilio ecuménico. El emperador Marciano, conforme á los deseos del santo Pontífice, le convocó en Calcedonia, uno de los arrabales de Constantinopla, porque quiso asistir á él en persona, y mantener el órden. Los obispos, en número de trescientos, se reunieron en la iglesia de Santa Eufemia, y celebraron la primera sesion el dia 8 de octubre del año 451. San Leon, no habiendo podido asistir, envió tres legados que presidieron en su

nombre. El libro de los Evangelios estaba, como en Éfeso, sobre un trono en medio de la asamblea. Se empezó por examinar la conducta violenta é injusta de Dioscoro con respecto á san Flaviano; se le reprochó el haber hollado todas las reglas, y pronuncióse contra él la sentencia de deposicion. Se leyó en seguida la carta admirable que san Leon habia escrito á Flaviano desde el principio de esta herejía, en la que el santo Doctor exponia con tanta solidez como talento y claridad la fé católica acerca el misterio de la Encarnacion, es decir, la unidad de persona y la distincion de naturalezas en Jesucristo. La doctrina que contenia se halló conforme en un todo al símbolo de Nicea y al de Constantinopla. Fué, pues, unánimamente aprobada, y mirada como una regla infalible de fé. «Nosotros todos creemos de este modo, ex«clamaron los obispos; igual es la fé de los Padres, «igual la fé de los Apóstoles: es Pedro mismo quo ha «hablado por boca de Leon; es preciso tener á esta «doctrina por ortodoxa. ¡Anatema al que así no crea!» Los Padres del Concilio redactaron en seguida una confesion de fé, en la cual, despues de haber citado los símbolos de Nicea y de Constantinopla, se expresaron en estos términos:—«Declaramos que debe con«fesarse un solo y mismo Jesucristo nuestro Señor, el «único verdaderamente Dios y verdadero hombre; «perfecto en una y en otra naturaleza; consustancial «al Padre segun la divinidad, y á nosotros segun la «humanidad; engendrado del Padre antes de los si«glos segun la divinidad, y nacido de la Vírgen Ma«ría en el tiempo segun la humanidad; un solo y «mismo Jesucristo nuestro Señor en dos naturalezas, «sin confusion, sin cambio, sin division, sin separa«cion, sin que la union quite la diferencia de las na«turalezas; al contrario, la propiedad de cada una es «conservada y concurre en una sola persona: de mo«do que él es un solo y mismo Hijo único, Dios, Ver-

«bo, Nuestro Señor Jesucristo.»—El Emperador asistió en persona á la sexta sesion, y declaró que, á ejemplo de Constantino, no habia querido entrar en esta santa asamblea sino para apoyar con la autoridad imperial las decisiones del Concilio, y no para ganar votos ni violentar á los obispos. Al oir esta espontánea manifestacion del Príncipe; toda la asamblea exclamó: «¡Viva el nuevo Constantino! ¡viva el religio«so Emperador y la ortodoxa Emperatriz! ¡Muchos «años y un reinado feliz á Marciano, servidor de Cris«to!» El Emperador hizo leer la definicion de fé decretada por el Concilio, y concluida su lectura preguntó si todos estaban acordes sobre lo que acaban de oir. Todos unánimes respondieron: «Nosotros no «tenemos mas que una fé y una doctrina, la misma «de los santos Doctores, la misma de los Apóstoles: «esta es la fé que ha salvado al universo.» Las aclamaciones empezaron de nuevo con mayores transportes de alegría: volviéronse á repetir los nombres de nuevo Constantino, nueva Elena, y todos los títulos mas capaces de expresar el amor y el respeto. El Emperador mandó la ejecucion de los decretos del Concilio por una ley en donde dice: *Que tratar aun de investiar, despues de esta decision, es querer encontrar la mentira.*

Invasion de los bárbaros. 400-420.

El imperio de Occidente estaba entre tanto invadido de todas partes. Honorio reinaba todavía cuando se presentó el terrible Alarico, rey de los visigodos, y se precipitó sobre la Italia convirtiéndola en un monton de ruinas. Apenas se habia retirado cuando apareció una nueva plaga que llevó aun mas léjos sus estragos: era esta una invasion de doscientos mil germanos, que el hambre y las enfermedades no tardaron en hacer perecer mucho mejor de lo que las armas romanas, en decadencia y durante esta época, lo hubiesen conseguido. Entonces Honorio fijó su trono imperial en Ravena, que era su último atrinchera-

miento ; porque los bárbaros suscitados por la mano de Dios para castigar al viejo mundo por su prolongada resistencia al Evangelio y su corrupcion, cercaron la ciudad de Roma, de la que se apoderaron bajo el mando de Alarico la noche del 24 de agosto de 410. Roma fué saqueada y asolada : los vencedores respetaron, no obstante, las iglesias, en las que la poblacion espantada habia buscado un asilo bajo la proteccion del Dios de los cristianos. —Valentiniano III, sobrino de Honorio, le sucedió en 425. Mientras que los vándalos, los alanos, los suevos y los visigodos conquistaban las provincias de España y de las Galias, un nuevo azote, aun mas terrible , vino á unirse á los anteriores. Átila, rey de los hunos, á la cabeza de setecientos mil hombres, despues de haberlo pasado todo á sangre y fuego en el Norte de Italia, adelantóse hácia Roma para hacer sufrir la misma suerte á esta ciudad, que apenas se levantaba de sus ruinas amontonadas por Alarico. El Emperador, no hallándose en estado de defenderla, consultó al Senado sobre el partido que debia tomarse. No se encontró mas recurso que el de enviar una diputacion al Rey bárbaro para inclinarle á la paz. El papa san Leon, á quién acabamos de ver combatiendo con tanto celo la herejía, se encargó de esta peligrosa negociacion, persuadido de que Dios era quien disponia á su voluntad de los corazones mas inflexibles. La ejecutó con una intrepidéz que impuso á este feroz conquistador. Átila nada tenia de noble y grande en su porte y exterior; pero en él era todo terrible, y retrataba la ferocidad de su orígen. Era bajo de estatura, tenia el pecho ancho, deformemente gruesa la cabeza, los ojos centelleantes, poca barba y poco cabello, y este encanecido antes de tiempo por las fatigas de la guerra, la nariz chata, el color atezado, el continente fiero y amenazador. San Leon, armado de un poder invisible, pero superior á todas las fuerzas hu-

Átila 451.

manas, se presentó con entera seguridad delante de este Príncipe, á quién los reyes sus vasallos no miraban sino temblando: le habló, aunque con respeto, con energía para persuadirle á que devolviese la paz y la tranquilidad á la Italia. La firmeza del Prelado admiró á este príncipe feroz, y dijo á los que le rodeaban: «Yo no sé porque las palabras de este clérigo me han conmovido.» En su consecuencia se hizo mas razonable: escuchó y admitió las proposiciones del Emperador; mandó cesar las hostilidades, y retiró su ejército de Italia. Tal es el imperio de la virtud, que sabe ablandar y dulcificar los ánimos mas feroces.—Cerca tres años despues el santo Pontífice

Genserico 455. hizo de ello una nueva prueba. Genserico, rey de los vándalos vino á su vez á desolar la Italia, dejando por todas partes rastros de su crueldad. Cuando se encontraba ya cerca los muros de Roma, san Leon tuvo valor para presentarse delante de él pidiéndole la vida de los ciudadanos. Le habló con tanta dignidad y sabiduría, que logró ablandar á este Príncipe sanguinario. Pudo conseguir de él que no se emplearia ni el fuego ni el hierro, y que los edificios y los habitantes de esta gran ciudad serian respetados.

Últimos emperadores de Occidente. San Leon, á pesar de sus esfuerzos, no pudo hacer mas que retardar la caida del imperio romano en Occidente. Valentiniano habia sido asesinado por el senador Máximo, quien reinó solamente algunos meses (455). Despues de él llevó la púrpura durante diez y ocho años un bárbaro llamado Ricimero. El último de los emperadores fué Rómulo Augústulo, que reinó bajo la regencia de su padre Oreste. De repente en

Odoacro, rey de Italia. 476. 476 el rey de los hérulos, Odoacro, hablando en nombre de los bárbaros, que componian una gran parte del ejército romano, y de los que estaban acantonados en Italia, pidió las dos terceras partes de las tierras del imperio. Habiendo rehusado el Regente, tomó á Ravena, desterró al jóven Emperador á Campania,

remitió las insignias imperiales á Oriente, y tomó por sí mismo el título de rey de Italia. Las demás provincias fueron bien pronto presa de muchos otros pueblos que las invadieron sucesivamente: cada uno de esos pueblos se arrojó sobre los países que mas les gustaban; todos quisieron tener parte en los despojos de este vasto cuerpo que tanto tiempo les habia contenido encerrados en las soledades y en los bosques del Norte.

De este modo fué como quedó destruido el mas poderoso imperio del mundo, al cabo de mil doscientos veinte y ocho años de haberlo fundado Rómulo: ejemplo bien patente de las vicisitudes de las grandezas humanas aun las mas estables. No son únicamente los reyes y los súbditos los que pasan y desaparecen, sino tambien los mismos reinos. Solo el que Jesucristo ha establecido con su cruz subsistirá siempre:... será eterno.

Reflexiones.

Siempre combatir y siempre vencer, tal es el destino de la Iglesia en la tierra. Así es que apenas la vemos libre de sus perseguidores, cuando ya tiene necesidad de hacer frente á los desórdenes interiores á que se ve expuesta: sus propios hijos, á causa de los cismas y de las herejías, se convierten en sus mas mortales enemigos. Este género de combates, los mas penosos de todos, y tambien los mas difíciles, los encontrarémos en cada página de esta historia; pero á su lado hallarémos igualmente, la relacion de los triunfos de la Iglesia. El arrianismo, que se extendió tan rápidamente, y llenó todo el Occidente, debia él solo echar por tierra la fé ortodoxa, si Dios no la hubiese sostenido con su brazo omnipotente.— En el periodo que acabamos de recorrer, á pesar de la paz general hubo una multitud de Mártires inmolados,

ya en las provincias del imperio por los pueblos paganos, ya en los países que no estaban sometidos á los romanos, como la Persia y el África, en donde se hallaban establecidos los vándalos. Sus reyes, Genserico y Hunerico, se distinguieron por la crueldad de los suplicios que mandaron ejecutar contra los cristianos; estos Príncipes querian que todos sus vasallos fuesen arrianos como ellos. La persecucion duró ochenta años; pero esta sangre generosa, vertida á torrentes, fué una semilla fecunda que produjo á Jesucristo una multitud de nuevos adoradores.

Otro espectáculo presenció entonces tambien el mundo. Hombres dotados la mayor parte de todos los favores de la naturaleza y de la suerte, se retiraron en lo mas profundo de las soledades del Egipto y de la Palestina para practicar en ellas, en su mas sublime perfeccion, los consejos evangélicos. Se les vió entregarse voluntariamente á la pobreza, al trabajo y al silencio, despreciando la tierra y las vanas satisfacciones que puede conceder, para pensar solamente en los bienes invisibles del cielo. El número de los anacoretas es incalculable; puede decirse que han llenado los desiertos. ¡Qué cosa mas admirable que su vida mortificada y penitente, en presencia del lujo desenfrenado que entonces dominaba en todos los ámbitos del imperio! Así confirmaba Dios el Evangelio por la constante y alta manifestacion de toda clase de heroismo. Tales ejemplos bastaban para conducir al mundo romano á los piés de Jesucristo y hacerle cambiar de destino, pero desgraciadamente no fué así. Léjos de tomar y seguir las virtudes de los cristianos, quiso comunicarles sus vicios, y Dios pronunció contra él la sentencia de destruccion (1).

(1) Sentencia terrible, pero justa, que vemos confirmada en la historia moral y religiosa de todos los tiempos y de todos los pueblos. La sagrada Escritura muestra de un modo bien patente cuándo Dios abria la mano á favor del pueblo escogido, y cuándo lo

CAPÍTULO TERCERO.

Desde la caida del imperio romano de Occidente, hasta la huida de Mahoma (476-622).

§ I.

La Religion en Occidente desde el año 480 *á* 620.—*Conversion de los francos.—Conversion de la Inglaterra.*

Cuando llegó el tiempo de que el imperio romano, cayese en Occidente, Dios no dejó á la Galia, esta noble porcion de la cristiandad, bajo el poder de los príncipes idólatras, llamó á la fé á Clodoveo, rey de los francos. Este pueblo, salido de la Germania, se habia establecido ya en las Galias. Su Príncipe, aunque entonces era todavía pagano, casó con una princesa cristiana y de una piedad muy grande. Clotilde (este era el nombre de la virtuosa Reina) le hablaba á menudo de la religion cristiana, y le hacia conocer en sus conversaciones particulares la vanidad de los ídolos; pero al Rey le costaba trabajo rendirse. Sin embargo Clotilde pudo conseguir que un hijo que habia dado á luz fuese bautizado. El niño habiendo muerto pocos dias despues de su bautismo, Clodoveo echaba

Conversion de los francos ó franceses.

Santa Clotilde.

entregaba á merced de sus contrarios. Mientras creia y practicaba, conseguia enfrenar á los antiguos poseedores de la tierra de Canaan: en el momento que abjuraba de su culto, y su moral se relajaba, veíase esclavizado del modo mas vergonzoso, ó dividido por guerras intestinas.—El mismo pueblo romano, tan varonil en otro tiempo, habia caido en el último grado de todos los vicios, y por esto sucumbió. ¿De qué le sirvió al español Teodosio, digno de mejores tiempos, tanta constancia y trabajo, si apenas logró galvanizar el cadáver que quedó sepultado con él? (*El Traductor*).

la culpa á la Reina, y atribuia esta muerte á la cólera de sus falsos dioses. Clotilde no se desalentó por esto: la fé de que estaba animada secó sus lágrimas, que la ternura maternal hacia derramar, y la sostuvo en su afliccion. Alumbró un segundo hijo, que tambien hizo bautizar. El niño cayó enfermo, y el rey ya decia que moriria de seguro como su hermano, pues que habia sido bautizado como él. Clotilde recurrió á la oracion, y Dios, contento con haber puesto su fé á esta prueba; recompensó su mérito y devolvió la salud al jóven príncipe.—Las grandes cualidades de Clodoveo, y las esperanzas que se concebian de su conversion, le ganaron el corazon de sus nuevos súbditos; en todo el reino se hacian los mas ardientes votos para que Dios se dignase ilustrarle. Al fin fueron oidos, y la divina Providencia quiso que la conversion de este Príncipe, á la cual debia seguirse la de toda la nacion de los francos, se hiciese por medio de un milagro semejante al que en otra ocasion habia ganado para Jesucristo á Constantino el Grande. Una victoria milagrosa fué para estos dos Príncipes el mas poderoso atractivo que les hizo abrazar el Cristianismo. Los alemanes, pueblo guerrero de la Germania, á la que dieron despues su nombre, habian pasado el Rhin, y avanzaban hácia la Galia para conquistarla. Clodoveo marchó contra ellos, y los alcanzó en las llanuras de Tolbiac, en el ducado de Juliers. Antes de su partida Clotilde le habia dicho que si queria tener segura victoria debia invocar al Dios de los cristianos. Trabóse el combate, y al poco rato las tropas de Clodoveo empezaron á replegarse, retroceder y desbaratarse. Este primer movimiento de desórden redobló el ardor de los alemanes, que se creian ya victoriosos. En tal extremo Clodoveo se acordó de las lecciones de Clotilde, y dirigiéndose al Dios de su virtuosa esposa exclamó en alta voz: «¡Oh Dios á quien «Clotilde adora socorredme! Si me concedeis la vic-

«toria, yo no adoraré á otro Dios sino á Vos.» Dios habia en sus inescrutables designios señalado este momento para hacerse conocer á Clodoveo por sus beneficios. Apenas hubo el Príncipe terminado esta corta oracion, cuando de pronto y definitivamente la victoria se puso del lado de los francos. Los alemanes tomaron la fuga, y casi todos los que escaparon de la matanza se rindieron á discrecion.

Conversion de Clodoveo. 496.

Nadie dudó de que la victoria no viniese del cielo, y la belicosa nacion de los francos conoció que el Dios de Clotilde era el verdadero Dios de los ejércitos. Clodoveo regresó á las Galias con sus tropas para dar cumplimiento al voto solemne que habia hecho. Una santa solicitud le indujo á hacerse instruir en nuestros misterios aun durante la marcha. Con este objeto hizo que le acompañase desde Toul un santo sacerdote, llamado Wasso, que gozaba de una gran reputacion de virtud. La alegría de Clotilde llegó á su colmo cuando supo la victoria y sobre todo la conversion de Clodoveo. Fué á salirle al encuentro hasta Reims, y le felicitó sobre todo por las disposiciones en que le veia, mas aun que por la prosperidad de sus armas. San Remigio, obispo de esta ciudad, á quien Dios habia adornado de talento y de virtudes, y habia colocado sobre esta gran silla para que fuese el apóstol de los franceses, acabó de instruir al Rey. Clodoveo ya no deliberó mas, ni titubeó sobre el cambio de religion que iba á tomar: reunió á sus soldados y les aconsejó que siguiesen su ejemplo, renunciando á los ídolos engañosos para adorar al Dios á quien debian la victoria. Vióse repentinamente interrumpido por las aclamaciones de los francos, que de todas partes gritaban: «Renunciamos á los dioses «mortales: estamos prontos á adorar al verdadero «Dios, al Dios que predica Remigio.» Clodoveo, encantado de encontrar á su ejército animado de sus mismos sentimientos, fijó con san Remigio dia para

recibir el Bautismo, y convinieron en que seria la vigilia de Navidad. Remigio, que queria desplegar á los ojos de los francos todo cuanto nuestra Religion tiene de mas augusto en sus ceremonias, á fin de conmoverlos é inclinar su ánimo en favor de ella, nada omitió para hacerla lo mas brillante posible. Mandó colgar en toda la iglesia y en el baptisterio los mas ricos tapices; hizo escender un gran número de hachas, cuya cera estaba mezclada de preciosos y delicados perfumes, de modo que el santo templo parecia estar lleno de un olor celestial. Nada es mas magnífico que la descripcion que aun se conserva de la marcha de los nuevos catecúmenos: las calles y las plazas estaban llenas de adornos y colgaduras; caminaban en prosecion, precedidos de los santos Evangelios y de la cruz, desde el palacio del Rey hasta la iglesia cantando himnos y letanías. San Remigio llevaba de la mano al Rey; la Reina seguia con las dos princesas hermanas de Clodoveo, y cerraban la marcha mas de tres mil guerreros á quienes el ejemplo de su Príncipe habia ganado á Jesucristo. Cuando el Rey hubo llegado al baptisterio pidió el Bautismo. El santo Obispo le dijo: «Baja la cabeza, fiero sicambro; adora lo «que has destruido, y destruye lo que has adorado.» Habiéndole hecho confesar enseguida la fé de la Trinidad, le bautizó y le ungió con el santo crisma. Los tres mil francos que le acompañaban, sin contar los niños y las mujeres, fueron bautizados al mismo tiempo por los obispos y los otros ministros que habian concurrido á Reims para esta ceremonia. De las dos hermanas de Clodoveo una recibió el Bautismo, y la otra, que era, cristiana, pero que habia tenido la desgracia de caer en la herejía, fué reconciliada por la uncion del santo crisma, con la Iglesia de la que antes ciegamente se apartó.

Su bautismo.

La noticia de la conversion de Clodoveo llenó de regocijo á todo el mundo cristiano. El papa Anastasio

se alegró tanto mas cuanto que esperaba hallar en este Príncipe un poderoso protector de la Iglesia. En efecto, este era entonces el único soberano católico: el arrianismo dominaba en todas las cortes. Luego que hubo abrazado la verdadera, fé, Clodoveo no dejó de protejerla: ejemplo que sus sucesores siguen imitando hace ya doce siglos, por lo que les ha merecido el título de *Reyes Cristianísimos.*

Santa Genoveva

En este mismo tiempo una jóven doncella, llamada Genoveva, se hizo célebre en toda la Galia por la pureza de su vida y la fama de sus milagros. Nació en Nanterre, cerca de París. San German, obispo de Auxerre, pasando por este lugar vió en ella algo de extraordinario; la exhortó á que consagrase á Dios su virginidad, la condujo á la iglesia, y la dió la bendicion de las vírgenes. Al dia siguiente la preguntó si se acordaba de su promesa, y cuando hubo contestado que mediante la gracia de Dios la verificaria, el santo Obispo la dió una medalla de cobre en la que estaba impresa la figura de la cruz, recomendándola que la llevase siempre colgada del cuello, y prohibiéndola todo adorno enriquecido de oro, plata ó pedrería. Despues de esto Genoveva hizo grandes progresos en la virtud; añadió á la inocencia los rigores de la mas austera penitencia: no comia sino dos veces la semana; su alimento consistia en pan de cebada ó en algunas legumbres, y no bebia mas que agua. Tan austero ayuno iba siempre acompañado de la mas ferviente y continua oracion. Derramaba en presencia de Dios tan abundantes lágrimas, que la tierra estaba empapada de ellas.—Su virtud no la puso á cubierto de los tiros de la calumnia, pero lo sufria todo con resignacion y paciencia. Dios tomó á su cuidado justificarla, haciendo brillar su santidad con el don de los milagros y el de las profecías. El cruel Átila, habiendo conducido su ejército hácia París, causaba las mas grandes alarmas á esta ciudad: Genoveva

exhortaba á sus habitantes á que apasiguasen la cólera de Dios por medio de las oraciones, las vigilias y los ayunos; y uniéndose á ellos, el Señor oyó sus súplicas, y la hizo revelar que este azote no penetraria en París La prediccion se cumplió, y París fué salva. Despues de este acontecimiento todas las prevenciones que se habian alimentado contra ella se disiparon, y en cambio engendraron en las gentes los sentimientos mas respetuosos y una ciega confianza.— De todas partes acudian á implorar el auxilio de la Santa, lo que nada la costaba y aun la complacia cuando se trataba del servicio de Dios y del bien del prójimo. Pudo conseguir al cabo, atendido el crédito que le concedia su virtud, el hacer levantar una iglesia en honor de san Dionisio y sus compañeros. En una ocasion en que el hambre hacia sus estragos en París, emprendió un viaje para procurar víveres á sus habitantes. Nunca se vió mejor que en esta virtuosa jóven cuán respetable es la santidad, la envidia, que tan cruelmente la habia perseguido, se encargó, de hacer su elogio. Á pesar de las austeridades de su vida alcanzó una vejez muy avanzada, pues que murió á la edad de noventa años, y el 511, despues de haberlos empleado constantemente al servicio de las buenas obras. Su cuerpo fué sepultado junto al de Clodoveo en la iglesia de los apóstoles san Pedro y san Pablo, que lleva hoy dia el nombre de Santa Genoveva. Los auxilios que esta santa vírgen habia procurado á la ciudad de París no concluyeron con su vida; sino que continuó despues de su muerte protegiendo á esta capital, que la honra como á su patrona, y que mira sus preciosas reliquias como una salvaguardia á la que nunca ha recurrido en vano durante las calamidades públicas.

San Benito. 480-543.

Las virtudes y los milagros de san Benito derramaron tambien en Occidente una viva luz sobre la vida monástica. Este santo varon, á quien Dios destinaba

á ser el padre de una multitud innumerable de religiosos, nació de padres nobles en Nurcia, pequeña ciudad de Italia. Cuando estuvo en edad de aprender las ciencias le enviaron á las escuelas públicas de Roma. Como su corazon jamás habia sido infestado con el veneno del vicio, temió por su inocencia al verse en medio de una muchedumbre de jóvenes cuya mayor parte llevaba una vida muy desarreglada. Se retiró, pues, á una caverna muy estrecha á cuarenta millas de Roma. Permaneció allí tres años, ignorado de todos los hombres, menos de un santo monje llamado Romano, quien le suministraba un poco de pan para su alimento. Pasado este tiempo fué descubierto, y se hizo célebre en aquellas comarcas. Entonces los religiosos de un monasterio inmediato le solicitaron que fuese su abad. Benito resistióse mucho tiempo, y les predijo que no se acomodarian á su método de vida; pero vencido por sus instancias reiteradas, se encargó del gobierno y direccion del monasterio; mas bien pronto estos desgraciados, no pudiendo sufrir su regularidad, resolvieron deshacerse de él por el veneno, y emponzoñaron su vaso. Á la hora de la comida san Benito hizo sobre el vaso la señal de la cruz, segun tenia costumbre, y este se quedó con estrepitoso ruido. El hombre de Dios conoció la causa de ello, y vió el gran peligro de que habia sido preservado; se levantó, y dijo á los religiosos con un tono tranquilo: «¿Por qué habeis querido, hermanos mios, tratarme «de este modo? ¿No os habia prevenido que quedaríais «descontentos de vuestra eleccion? Buscad, pues, un «superior que os convenga.» En seguida se volvió á su primera soledad.—Sin embargo del cuidado que puso en ocultarse, el brillo de su santidad le descubrió, y su desierto se convirtió bien pronto en un lugar habitado. Como muchas personas le rogaban que las dirigiese en el servicio de Dios, se vió obligado á recibirlas por discípulos. Hizo edificar doce monaste-

rios, y en cada uno puso doce monjes bajo las órdenes de un superior, y retuvo á su lado á los que aun tenian necesidad de sus instrucciones. Los jóvenes venian en gran número á encontrarle, y las familias mas ilustres de Roma le encargaban la educacion de sus hijos. Entre estos niños se contaban Mauro y Plácido, hijos de dos de los primeros senadores. Estos jóvenes, educados en la escuela de Benito, llegaron á ser grandes santos, y lograron hacer otros muchos. Un dia el jóven Plácido, yendo á sacar agua de un estanque, se cayó en él: san Benito, que se hallaba en el monasterio, conoció por revelacion divina lo que acababa de suceder, y dijo á Mauro: «Hermano mio, «corred aprisa, que el niño Plácido ha caido en el «agua.» Mauro corrió apresuradamente al sitio del estanque en que Plácido habia caido, y cogiéndole de los caballos le sacó con la mayor prontitud. Cuando llegó á tierra miró hácia atrás, y se asombró al ver que habia andado sobre el agua. Lo contó á san Benito, quien atribuyó este milagro á su obediencia; pero Mauro lo atribuia á las oraciones de su santo Superior. San Gregorio el Grande es quien refiere este milagro.

Monasterio de Monte Casino.

El principal establecimiento de san Benito fué el monasterio de Monte Casino. Estaba situado en el reino de Nápoles, y llegó á ser como el centro de toda su Órden. Cuando el santo Abad vino por primera vez á este sitio, vió edificado sobre esta montaña un antiguo templo dedicado á Apolo, que los paisanos de las cercanías adoraban todavía. Benito destruyó el ídolo y derribó el altar, logrando convertir á aquella pobre gente con sus discursos y con sus milagros. Dios concedió entonces á su siervo el don de profecía, é hizo brillante y ruidosa su santidad por medio de un gran número de prodigios. Totila, rey de los godos, admirado de lo que oia referir del santo Abad; quiso ver-

le (1). Resolvió, pues ir al Monte Casino, y para experimentar si el Santo conocia las cosas ocultas, como le habian dicho hizo saber al varon de Dios que iba á visitarle; pero envió primero á uno de sus oficiales, á quien mandó poner sus vestiduras reales, é hizo acompañar de un lucido y numeroso cortejo. Benito, que nunca habia visto á Totila, no se equivocó por esto; apenas descubrió al oficial le dijo: «Dejad, hijo «mio, dejad el vestido que llevais, porque no os per«tenece.» Este oficial y todos los que acompañaban quedaron llenos de asombro, y fueron á contar á Totila lo que acababa de pasar. Entonces, no dudando el Príncipe que en este hombre maravilloso se escondia alguna cosa extraordinaria, fué á visitarle en persona. Acercóse al Santo con un temor respetuoso, se postró á sus piés, y permaneció en esta humilde postura hasta que el santo varon le levantó. San Benito le dió muchos y muy saludables consejos, y le predijo los principales acontecimientos de su vida. Totila, al despedirse, le suplicó que le tuviera presente en sus oraciones, y desde aquel momento se mostró mas humano de lo que habia sido hasta entonces. Poco tiempo despues, cuando tomó la ciudad de Nápoles, trató á los prisioneros con una bondad que no debia esperarse de un conquistador bárbaro. —San Benito envió á Francia á muchos de sus discípulos para que fundasen monasterios. Pronosticó su muerte algun tiempo antes de la enfermedad que le acometió; hizo abrir su sepultura, y al cabo de pocos dias le acometió una violenta calentura, que, yendo

(1) Odoacro, despues de haber destruido el imperio romano, fué á su vez vencido por Teodorico, rey de los ostrogodos (493), quien fundó en Italia la dominacion goda. Estos no tardaron en sucumbir bajo los golpes de Belisario y de Narsés, generales de los Emperadores de Oriente, á pesar del valor de su rey Totila (553). Pero en 568 los lombardos, al mando de Alboino, volvieron á apoderarse de la Península itálica, que continuó bajo el poder de los Emperadores hasta que Carlomagno la conquistó en 774.

cada vez en aumento, se hizo trasladar á la iglesia, en donde recibió el cuerpo y la sangre de Jesucristo; despues, alzando las manos al cielo, espiró. Contaba la edad de setenta y tres años (543).

Regla de S. Benito. San Benito ha dejado á sus discípulos una regla admirable, que ha merecido los elogios del papa san Gregorio. Se ve en ella á un hombre consumado en la ciencia de la salvacion, y guiado por el Espíritu de Dios para conducir las almas á la mas sublime perfeccion. Esta regla ha sido tenida por tan sábia, tan llena de discrecion, que todos los monjes de Occidente han hecho profesion de seguirla. El célebre Cosme de Médicis y otros muchos hábiles legisladores leian con frecuencia la regla de san Benito; la miraban como un fondo rico de máximas propias á formar los hombres en el arte difícil de gobernarse bien. Así fué que este piadoso establecimiento se convirtió en un manantial de ventajas preciosas en todo género; y además de los grandes ejemplos de virtud que se vieron brillar en él, en estos asilos respetables ha sido donde se han conservado la mayor parte de los hechos históricos acaecidos durante los primeros siglos de la monarquía: en estos asilos ha sido donde, despues de los estragos causados por los bárbaros, se han perpetuado las ciencias y las letras. El trabajo y la sabiduría de los discípulos de san Benito, llamados comunmente *los Benedictinos*, han llegado, en cierto modo, á ser proverbiales en la Europa entera.

Conversion de la Inglaterra 596. No debia terminar este siglo sin que los conquistadores de la Inglaterra dejasen de recibir la luz del Evangelio. Es verdad que Jesucristo habia sido anunciado en esas islas desde el segundo siglo; pero la fé se extinguió en ellas con la invasion de los sajones; idólatras, que habian expulsado á sus antiguos habitantes. San Gregorio el Grande, siendo todavía diácono concibió el designio de restablecer en ellas el Cristianismo. Un dia que pasaba por el mercado de

Roma admiró la talla de algunos esclavos ingleses que allí se vendian; preguntó si eran cristianos, y habiéndole respondido el mercader que eran idólatras, «Es bien sensible, dijo, que un pueblo tan bien «formado gima bajo el poder del demonio.» Á la vista de este triste espectáculo desde el momento hubiera emprendido él mismo esta mision, si no se lo hubiesen estorbado; mas no la perdió de vista, y cuando fué establecido sobre la silla de san Pedro su primer cuidado se dirijió á la ejecucion del proyecto que hacia tanto tiempo meditaba. Envió á Inglaterra cuarenta misioneros á quienes dió por jefe á Agustin, prior del monasterio de San Andrés. Estos soldados, apostólicos marcharon con valor para ir á anunciar Jesucristo á un pueblo que no le conocia, y abordaron en el país de Kent. El rey, que se llamaba Etelberto, concedió á los misioneros una audiencia pública, á la que se presentaron en procesion llevando una cruz de plata con la imágen del Salvador, y pidiendo á Dios la salvacion de los pueblos por quienes venian de tan léjos. El Rey los hizo sentar para oirles á su placer.—«Os anunciamos, le dijo Agustin, la noticia «mas feliz. Dios, que nos ha enviado, os ofrece des-«pues de esta vida un reino infinitamente mas glo-«rioso y mas durable que en el de Inglaterra.—Ve ahí «unas promesas muy bellas, dijo el Rey, mas como «son nuevas, no puedo abandonar lo que observo ha-«ce tanto tiempo con la nacion inglesa; sin embargo «no os impído atraer á vuestra religion á todos los «que podais persuadir; y como venís de léjos para «hacernos participantes de los que vosotros creeis ser «lo mejor, quiero que se os proporcione tambien todo «cuanto necesiteis para vuestra subsistencia.» Los santos misioneros empezaron en seguida á predicar el Evangelio. Su conducta era un fiel trasunto de la vida de los Ápóstoles. La pureza de sus costumbres, su frugalidad, su desinterés y el don de milagros que

Dios les concedió, conmovieron á un gran número de idólatras, que renunciaren á sus supersticiones y pidieron el Bautismo. El mismo Rey, no pudiendo resistir al brillo de sus virtudes y de los milagros que obraban, se convirtió tambien. Su conversion fué seguida de la de una multitud inmensa de sus vasallos. El Rey, despues de su bautismo, se llenó de celo por los progresos de la religion cristiana en sus Estados; pero no violentaba ni obligaba á nadie: habiendo aprendido de los misioneros que el servicio de Jesucristo debe ser voluntario, se contentaba con expresar su confianza y una benevolencia particular á los que como él profesaban la verdadera Religion.

San Agustin, arzobispo de Cantorbery.

Para dar una forma á la naciente Iglesia de Inglaterra, y á fin de establecerla de manera que pudiese subsistir, san Agustin pasó á Francia, y recibió la consagracion episcopal de manos del obispo de Arles, que era vicario de la Santa Sede en las Galias. Volvió en seguida á Inglaterra, en donde recogió los frutos mas abundantes, porque Dios apoyaba su predicacion con milagros sorprendentes y multiplicados. Bautizó en Cantorbery á mas de dos mil personas el dia de la Natividad. La fama de los milagros que obraba san Agustin en Inglaterra llegó hasta Roma, y san Gregorio le escribió dándole consejos saludables, y para enseñarle á temblar en medio de los continuados prodigios que Dios hacia por su ministerio. Despues de haberle felicitado por la conversion de los ingleses, le dice: «Esta alegría, mi muy amado hermano, debe ir «acompañada de temor porque yo sé que Dios ha he«cho por vuestro medio grandes cosas en esa nacion. «Acordémonos, pues que cuando los Apóstoles decian «con alegría á su divino Maestro: *Señor, los mismos «demonios nos obedecen en vuestro nombre*; él les res«pondió: *No es de eso de que debeis alegraros, sino mas «bien de que vuestros nombres están escritos en el cie«lo*. En tanto que Dios obra así por vuestro medio ex-

«teriormente, vos debeis, mi muy amado hermano, «juzgaros con mas severidad interiormente, y cono«cer bien lo que sois. Si os acordais de haber ofendido «á Dios con palabras ó con acciones, tened estas fal«tas siempre presentes en vuestro espíritu, á fin de «reprimir la complacencia secreta que pudiera intro«ducirse en vuestro corazon: no olvideis que este don «de los milagros no se os ha dado por vos, sino por «aquellos cuya salvacion debeis procurar. Sabeis bien «lo que dice la Verdad misma en el Evangelio: *Mu«chos vendrán á decirme: Nosotros hemos hecho mila«gros en vuestro nombre, y yo les declararé que jamás «les he conocido.*» Nada prueba mejor la verdad de los milagros de san Agustin que estos avisos tan graves é importantes de san Gregorio.— Á medida que las conversiones se multiplicaban en Inglaterra, el Papa enviaba á ella nuevos operarios para cultivar este campo que la gracia hacia tan fecundo. Hizo traer á Roma ingleses jóvenes, que se instruian en los monasterios, para enviarlos despues á su país, y trabajar en los progresos y extension de la religion cristiana.

Durante este mismo siglo floreció en España uno de sus Santos mas ilustres. Hermenegildo, hermano de Recaredo, y ambos hijos de Leovigildo, rey de los godos, casó con Igunde, princesa cristiana. En vano su endurecida abuela, Gosvinda, se obstinó en haberla apostatar el Catolicismo, y convertirla al arrianismo, que ella profesaba. Ni las amenazas ni los golpes, á cuyo extremo llegó esta desapiadada mujer, pudieron hacerla abjurar la verdad. Leovigildo, disgustado de estas discordias domésticas, tomó el partido de enviar á su hijo á Sevilla, para que allí viviera con toda la pompa y aparato régio. Mucho debia entrar en el ánimo del astuto Príncipe el deseo de afianzar

S. Hermenegildo 586.

de este modo en su raza la sucesion hereditaría.—Los consejos de san Leandro, y las cariñosas exhortaciones de su virtuosa esposa, hicieron por fin á Hermenegildo abrazar el Catolicismo. Sospechándola su padre, le puso una corte arriana, y le intimó que sujetase su conciencia á los obispos de esta secta, á quienes habia encargado su vigilancia y la administracion de los Sacramentos. El santo Rey obedecia á su padre en todo lo que no era contrario á la ley de Dios; mas rehusó hacerlo en los asuntos en que, segun expresion de los santos Apóstoles, *conviene obedecer á Dios primero que á los hombres:* así es que ni aun quiso presentarse ante él, y se preparó á lidiar contra el ejército godo. Pujante debia ser ya entonces el partido católico en Sevilla, cuando pudo resistir durante dos años el obstinado sitio del Monarca arriano. Abandonado Hermenegildo de los imperiales, que le vendieron en treinta mil sueldos de oro, y tambien del suevo Miron, que de aliado se tornó en enemigo, tuvo que huir de Sevilla. Perseguido de ciudad en ciudad, fugitivo y vencido en todas partes, fuele preciso entregarse. En ello medió su hermano Recaredo, quien le prometió que su padre no le haria daño alguno. Mas bien poco duró su tranquilidad. Despojado de sus vestiduras régias y en traje vil fué conducido á Toledo, tal vez por satisfacer el odio rencoroso de Gosvinda. Luego le desterraron á Valencia, y en esta ciudad hizo segunda vez armas contra su padre. Muchos escritores, y no pocos Santos de aquella época, reprenden severamente su conducta; pero ¿no conservaba aun los resabios de las antiguas creencias que le habia enseñado la barbarie goda? ¿Qué extraño, pues, que no comprendiese los sentimientos de mansedumbre, resignacion y humildad que caracterizan el verdadero espíritu del Cristianismo, enemigo de discordias y sangrientas luchas? Si el levantamiento contra su padre merecia un castigo, su entusiasmo

religioso merecia un premio, y uno y otro se reunieron en su martirio: lavó la mancha con su propia sangre.—Nuevamente vencido y fugitivo, trató de pasar á Francia para refugiarse al lado de los parientes de su mujer; mas, habiendo sido preso, se le encerró en una cárcel de Tarragona. Al aproximarse la Pascua su padre le envió, á eso de media noche; obispos arrianos á fin de que le diesen la Comunion: negóse á ello Hermenegildo con católica entereza; y despidió á los malos obispos despues de haberles reprendido con amabilidad y dulzura su apostasía, haciéndoles entender que su religion, léjos de ganar almas para Jesucristo, las ganaba para el demonio. Fueron estos á quejarse á su padre, y á darle cuenta de los malos resultados de su mision; y entonces el cruel Leovigildo dirimió la cuestion por mano del verdugo, que, entrando en la cárcel, y sin respetar la humildad de su fervorosa oracion, á la que estaba entregado, le partió la cabeza á hachazos. De este modo consumó el Santo su martirio; y el cielo, para manifestar su gloria, hizo que durante muchas noches consecutivas apareciese iluminada milagrosamente la prision en que, muriendo por Jesucristo, habia realmente triunfado de todas las adversidades.

Recaredo y san Leandro.

Esta preciosa sangre debia sin duda servir para lavar la mancha abominable del arrianismo, y convertir á la España al Catolicismo. Tal vez entraba en los designios del Eterno que fuese de régia estirpe la víctima sacrificada en holocausto, á fin de que la auréola del martirio brillase con mas vivo resplandor, é ilustrase los entendimientos. Y tambien debia ser efecto de la voluntad de Dios el que un príncipe de la misma estirpe, hijo del mismo padre de Hermenegildo, y por consiguiente su hermano, destruyese en España la herejía para levantar sobre sus escombros triunfante la religion cristiana. Recaredo fué el designado por el Salvador para ejecutar esta admirable é im-

portante mision. La influencia de san Leandro en la conversion de Hermenegildo continuó tambien obrando lo mismo en el ánimo de Recaredo; y es bien seguro que en la conversion de los godos al Cristianismo el santo Metropolitano de Sevilla representó el papel mas importante. Deseoso Leandro del mayor recogimiento y estudio del que podia proporcionarle la silla de Sevilla, se retiró á la soledad del claustro; y allí, ignorado de los hombres, formábase en la oscuridad el que debia alumbrar las tinieblas del arrianismo godo, y brillar como una de las mejores antorchas de la Iglesia católica. Poseia una grande erudicion: era austero en sus costumbres, dulce y afable en su trato; y estas eminentes cualidades contribuyeron sin duda á la conversion de Hermenegildo y de Recaredo. Apoderado Leovigildo de Sevilla, hubo san Leandro de salir desterrado: durante su emigracion escribió dos libros contra los arrianos, manifestando la superioridad del Catolicismo, y lo alejados que aquellos andaban de la verdadera Iglesia. Otro tratado de polémica, que escribió con el mismo objeto, fué muy aplaudido de su hermano san Isidoro.—Ya que nombrados á este Santo esclarecido de nuestra Península, dirémos de paso que eran cuatro. hermanos santos, llamados Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina. Á esta última decia san Leandro, durante su peregrinacion de Cartagena á Sevilla: «No vuel-«vas los ojos hácia el país natal, de miedo que no es-«carmientes como la mujer de Lot.» ¡Tan funesta debia ser para aquella santa familia la residencia entre los griegos imperiales!—En los últimos años de su vida pareció templarse la furia de Leovigildo; quizás cansado de las instigaciones de su malvada consorte. renació en el corazon del padre la memoria del hijo malogrado. Algunos historiadores que creen que la influencia de los milagros que presenció, haciéndole conocer la superioridad de la religion católica sobre

el arrianismo, hizo que se convirtiese, pero esta creencia, atendido el carácter duro y obstinado del anciano, no nos parece admisible. Tal vez fué cierto su deseo de convertirse, pero era necesario un jóven vigoroso para la revolucion que iba á verificarse. De sus doce antecesores nueve habian sucumbido al hierro asesino.—Recaredo al ver la hipocresía, ignorancia y avaricia del clero arriano, que contrastaba visiblemente con la humanidad, sabiduría y austeridad del clero católico, se convirtió á esta Religion diez meses despues de la muerte de su padre, y exhortó á su corte y á sus súbditos tambien á que abjurasen el error. En lo sucesivo distinguió su reinado con los actos mas sublimes de justicia y de amor á sus pueblos. Alivió los tributos, desolvió los bienes mal confiscados, y los arrebatados á las iglesias y monasterios; trató, en fin de borrar las sangrientas huellas de Leovigildo, para que vieran los pueblos las ventajas de la nueva Religion.

Conversion de Recaredo

La conversion de Recaredo fué seguida de uno de los actos mas grandiosos y memorables que presenció jamás la nacion española. El catolicismo del Príncipe conmovió á los cortesanos, y el fervor, el celo y la virtud de los santos obispos católicos ilustró y convirtió á los fieles. Tras estas conversiones sucesivas siguióse el imperecedero acontecimiento á que antes aludimos.—Á principios de mayo del año 589 se hallaban reunidos en Toledo casi todos los obispos de España y de la Galia gótica para celebrar un concilio nacional. Iba á reproducirse en pequeño el gran concilio de Nicea. Recaredo, semejante á Constantino, realzaba la asamblea con su presencia, y autorizaba el golpe que iba á matar para siempre al arrianismo en España. Reunidos el dia 4 de mayo halláronse cinco metropolitanos, presididos por el anciano y virtuoso Massona, que lo era de Mérida. Habia además cincuenta obispos católicos, ocho arrianos que debian

Abjúrase en España el arrianismo.

Concilio tercero de Toledo.

abjurar sus errores, y seis representados por arcipreste y arcedianos; de manera que, segun varios escritores de aquella época, ascendia á setenta el número de los reunidos en esta célebre asamblea. Era, por tanto, la mas numerosa que se haya visto jamás en España. Abrióla el Rey en persona, dando parte de su conversion y de la de todo su reino, para que la Iglesia se llenase de regocijo con tan fausta nueva; exhortando á todos á que ayunasen durante tres dias consecutivos, impetrando el favor del cielo á fin de proceder á la reforma de la disciplina.—Terminado el ayuno, reunióse el dia 8 el Concilio, en el cual se presentó nuevamente el Rey, con su esposa la Reina Badda. Despues de un elegante discurso refiriendo su conversion y la de todos sus dominios, tanto de las Galias como del país ocupado por los suevos, manifestó los motivos que le habian inducido á reunir el Concilio, y presentó un pliego que contenia su profesion de fé, y la admision, no solo del símbolo de Nicea, sino tambien de este Concilio y los de Constantinopla Éfeso y Calcedonia. Las palabras, las fórmulas y hasta la suscripciones revelan el entusiasmo y el calor de la fé. Terminadas, estas el coro rompió en armoniosos cánticos, y el pueblo y clero en ruidosas aclamaciones. En seguida los obispos arrianos, en union de varios presbíteros y diáconos, y muchos indivíduos de la nobleza que se hallaban presentes, abjuraron el arrianismo, pronunciando y suscribiendo la fórmula que se leyó, y los anatemas contra los herejes. Procedióse luego á dar veinte y tres cánones, que suscribieron tambien el Rey, los obispos y vicarios presentes. El alma de esta reunion habia sido san Leandro, quien para completar la grande obra dió cuenta de todo al papa san Gregorio Magno. El mismo Recaredo le escribió tambien, y le envió varios regalos, entre ellos un cáliz para la iglesia de San Pedro. El Sumo Pontífice contestó con una carta llena

de sadudables consejos, acompañada de varias preciosas reliquias.—*(Alzog. H. E. de Esp.)*.

Admirable es en verdad este entusiasmo religioso de todo un pueblo. Ver á una nacion entera, empezando por su príncipe y concluyendo con el mas modesto de sus súbditos, abjurar el error, anatematizar al arrianismo y todas las herejías, y confesar unánime la fé católica, es ciertamente un hecho maravilloso, dirigido indudablemente por el mismo Dios. Es este uno de aquellos ejemplos que deben asombrar al mundo como únicos en su clase. ¡Cuan conmovido y colmado de contento y satisfaccion á la vez debia estar el piadoso Recaredo al ver bajo su cetro á todos sus súbditos obedientes á los preceptos de la Religion verdadera! ¡Queden dentro el corazon sentimientos que la pluma no puede expresar!

El catolicismo afianzado en España

El cielo coronó los esfuerzos de este religioso Monarca, permitiéndole ver cuan sincera habia sido la profesion de fé de los españoles, pues que en ningun tiempo volvieron á presentarse síntomas que permitiera temer la reaparicion de la plaga blasfema de las herejías. Si bien en muchas *sillas* se vió el raro fenómeno, al principio de esta conversion, de estar ocupadas por dos pastores á la vez, esto es, el católico y el arriano convertido, tardó poco tiempo en volver á su verdadero y natural arreglo el Episcopado español. Está circunstancia en otros tiempos, como lo hemos visto ya en el decurso de esta historia, hubiese sido motivo de disgustos y turbulencias ocasionadas por la rivalidad de los obispos; mas ahora toda era union y concordia. Los sentimientos de la fé religiosa, aunque nacientes, adquirieron muy pronto una solidez inquebrantable. Arraigadas en todos los corazones las profundas raíces de un verdadero amor al prójimo, de una piedad sincera y de una modesta humildad, no se pensaba mas que en practicar todas las virtudes y enaltecer la doctrina del Salvador. La sucesion de san-

tos, sábios y virtuosos prelados con que la Providencia enriqueció á la católica España fué sin duda el medio mas poderoso de que se valió para el aniquilamiento y destruccion completa de las herejías. Entonces viéronse aparecer majestuosas las lumbreras mas brillantes de la Iglesia católica de aquella época. Entre ellas sobresalian los ilustres nombres de los tres hermanos Leandro, Isidoro y Fulgencio, primos de Recaredo, y los de sus discípulos Braulio, Eladio é Ildefonso: pero los dos primeros hermanos merecen, á todas luces, la primacía; ya porque sufrieron con la constancia de los Mártires el destierro que les impuso su cuñado Leovigildo por no querer acceder á las solicitaciones que les hacia, ya porque á ellos se debió la conversion de Recaredo, y por consiguiente la de toda la España; y ya, en fin, porque en los concilios de Sevilla, de cuya Iglesia fueron sucesivamente prelados, y en los de Toledo, constituyeron el alma de todo cuanto se verificó en bien del Catolicismo; y por que con sus escritos, especialmente los del último, hicieron triunfar la verdad, destruyendo los errores. Habiendo observado ellos mismos los felices resultados de la vida monástica, la fomentaron y protegieron con todas sus fuerzas y con una constancia admirable. Los delicados y abundantes frutos que á la sazon iba produciendo la regla de san Benito hicieron que cási todos la abrazasen y profesasen. Estableciéronse á sus instancias muchos asilos en donde se retiraban la inocencia y la virtud, para huir de las vanidades y de los vicios contagiosos del mundo, siendo al mismo tiempo refugios de penitencia y de oracion. Incansables en la predicacion, difundieron la fé en todas partes; por el olor de su santidad lograron hacerla amable y deseable; y con los numerosos escritos que publicaron, y á beneficio de la disciplina que establecieron en toda España, la difundieron en términos que su memoria será eterna entre nosotros, como es en

ellos eterna é imperecedora la bienaventuranza de su gloria. *(El Traductor).*

El celo ardiente del santo papa Gregorio el Grande, abrazaba á toda la Iglesia, y velaba por todas sus necesidades. Á pesar de lo delicado de su complexion, no se concedia descanso alguno en sus funciones apostólicas: corregia los abusos y mantenia la pureza de la disciplina; protegia á los débiles y socorria á los pobres, á quienes hacia tan grandes limosnas, que carecia muchas veces él mismo de lo necesario. Aunque siempre estuvo abrumado de trabajo, y fueron contínuas sus ocupaciones, jamás se dispensó de instruir á su pueblo: lo hacia de viva voz y por escrito. Ha compuesto un gran número de obras en las cuales explica los principios y las máximas de la moral cristiana de una manera tan sólida como luminosa. Tanto trabajo y una aplicacion tan contínua acabaron de arruinar su salud, y le condujeron á la felicidad que únicamente deseaba. San Gregorio el Grande es uno de los papas mas eminentes que ha tenido la Iglesia, y uno de aquellos de quien nos quedan mayor número de escritos. Se conservan de él tambien ochocientas cartas, cuarenta homilías sobre los Evangelios, y muchas otras obras muy célebres, entre ellas su *Pastoral*, en la que trata de todo lo que tiene relacion con el santo ministerio. Sus brillantes virtudes le han merecido ser colocado en el rango de los que la Iglesia venera con un culto público como á los mas perfectos siervos de Jesucristo, es decir, que se cuenta en el número de sus santos. Murió en 604.

Celo de S. Gregorio el Grande. 590-604.

§ II.

La Religion en Oriente desde el año 480 á 630.

Emperadores de Oriente. Anonadado el imperio romano en Occidente bajo los golpes de los bárbaros, persistia, aun en Constantinopla y en Oriente. Leon I, sucesor de Marciano, que tan celoso hemos visto por la fé católica en el concilio de Calcedonia en 451, publicó muchas leyes favorables á la Iglesia: confirmó los privilegios concedidos á los hospitales, á los monasterios y á los eclesiásticos; prohibió, en los domingos y dias festivos, todos los actos judiciales y los espectáculos públicos. Su sucesor, Zenon, no hizo mas que embrollar los negocios religiosos. El emperador Justino I, que de simple pastor se habia elevado por su mérito á la primera dignidad del Estado, hizo la felicidad de sus pueblos, y protegió la fé ortodoxa contra los atentados y empresas siempre renacientes de los eutiquianos. Su partido se habia sublevado en Egipto, en donde estos sectarios cometieron las mas horribles violencias. Nadie se atrevia á oponérseles, á causa de su número y del crédito de que habian gozado bajo el gobierno de los príncipes anteriores. Hicieron todos los esfuerzos imaginables para debilitar la autoridad del concilio de Calcedonia, que los habia condenado. Hé aquí el medio de que se valieron para alcanzarlo cerca del emperador Justiniano, hijo de Justino, que reinaba desde 527.—En tiempo de Nestorio habian aparecido

Justiniano. 527-565. tres obras favorables á este heresiarca, á saber: los escritos de Teodoreto, obispos de Ciro, contra san Cirilo; la carta de Ibas, obispo de Edesa, y los escritos de otro Teodoreto, obispo de Mopsuestia. Estas tres

Los tres Capítulos. obras, llamadas *los tres Capítulos*, eran á la verdad reprensibles; pero sus autores parecia que las habian retractado, habiendo una profesion de fé ortodoxa en

el concilio de Calcedonia. Los Padres de este Concilio, que no se habian reunido con este objeto, no examinaron los tres Capítulos, y se contentaron con exigir á sus autores que anatematizasen á Nestorio. Teodoreto é Ibas lo hicieron; el tercero habia muerto. Sobre esta declaracion de los dos Obispos se aprobaron sus personas, que fueron consideradas ortodoxas, sin pronunciar nada acerca de sus obras. Los eutiquianos, que trataban de desacreditar el concilio de Calcedonia, quisieron sacar partido de su silencio sobre los tres Capítulos para obrar contra él, y tambien por haberse mirado á sus autores como ortodoxos. Pretendieron con calor la condenacion de los tres Capítulos, é hicieron entrar al Emperador Justiniano en sus intereses. Los católicos, aunque no aprobasen la doctrina de estos escritos, aunque reconociesen que era reprensible, temian que condenándolos se atacase ó menoscabase la autoridad del concilio de Calcedonia, y que esta condenacion no fuese un triunfo para los eutiquianos. Este asunto hizo mucho ruido. El papa Vigilio desechó al principio el edicto del Emperador contra los tres Capítulos; mas despues, en la esperanza de procurar la paz, los condenó él mismo, pero con esta reserva: *salva la autoridad del concilio de Calcedonia.* En fin, determinóse convocar un concilio general en Constantinopla, para terminar todos estos debates. Examináronse en él los tres escritos que excitaban tantas contestaciones, y fueron condenados, pero sin deprimir la autoridad del concilio de Calcedonia. Los Padres declararon expresamente que mantenian la fé de los cuatro primeros concilios, poniendo tambien al de Calcedonia en el mismo lugar y rango que los otros tres. Juzgaron que podian condenarse con razon los escritos sin condenar á sus autores. El papa Vigilio, despues de haberse resistido algun tiempo, confirmó esta decision, y todas las iglesias, tanto de Oriente como de Occidente, la admitie-

Quinto concilio general en Constantinopla. 553.

ron. De esta suerte fué mirado como el quinto general ó ecuménico este Concilio. Se ve en él un ejemplo notable del poder que tiene la Iglesia de condenar los escritos, de fallar sobre el sentido de los libros, y de exigir que los fieles se sometan á sus juicios. Esta autoridad la es, en efecto, necesaria para la conservacion de la fé, pues que uno de los medios mas á propósito para mantener el tesoro de las verdades que enseña es el de hacer conocer á los fieles las fuentes puras en donde deben beber, y las cisternas ó algibes infectados del veneno del error de que deben alejarse. Encargada por su divino Autor de enseñar la buena doctrina, ha recibido de él al mismo tiempo el poder de preservar á sus hijos de la que es perniciosa, y de prohibirles la lectura de los libros que la contienen y podrian alterar su fé.

Heraclio 610-641. Despues de Justiniano y algunos otros emperadores, Heraclio subió al trono. Bajo su reinado los persas atacaron el imperio de Oriente con una violencia terrible. Cosroas, que era su rey, habiendo pasado el Eufrates, se apoderó de la ciudad de Apamea en Siria, y llevó el estrago hasta las puertas de Antioquía. Un ejército romano, que le salió al encuentro, fué enteramente derrotado. Los persas penetraron en la Palestina y franquearon el Jordan. Las riberas de este rio en toda la extension de su curso fueron cubiertas de ruinas. Los habitantes del campo habian tomado la fuga; pero los solitarios, que no pudieron resolverse á salir de sus celdas ó grutas, cayeron en manos de los persas, quienes despues de haberles hecho sufrir horribles tormentos, los asesinaron cruel y bárbaramente. El ejército marchó en seguida á Jerusalen, en donde entró sin que se le opusiera resistencia.

Toma de Jerusalen por los persas. 614. La guarnicion habia abandonado la ciudad, y un terror general se habia apoderado del corazon de todos los ciudadanos. Los persas lo pasaron todo á sangre y fuego, y perecieron un gran número de sacerdotes,

monjes y religiosos, porque á ellos principalmente era á quienes tenia ojeriza y un fiero encono este pueblo idólatra y enemigo del Cristianismo. El resto de los habitantes, hombres, mujeres y niños, fueron hechos esclavos y cargados de cadenas para ser conducidos mas allá del Tigris. Solo los judíos, á causa del odio que profesaban á los cristianos, y que en esta ocasion llevaron su rabia aun mucho mas léjos que los mismos paganos, fueron perdonados y respetados. Compraron á los persas cuantos cristianos cautivos pudieron, para tener el bárbaro placer de hacerlos morir á su antojo. Á ochenta mil ascendió el número de los que los judíos mataron atrozmente. El obispo Zacarías fué llevado al cautiverio. El santo Sepulcro y las iglesias de Jerusalen despues de saqueadas fueron entregadas á las llamas. Los vasos sagrados, y todas las riquezas que la piedad de los fieles habia acumulado en estos Santos Lugares, fueron robados; pero la pérdida mas sensible para los cristianos fué la de la verdadera cruz, que cada uno de ellos hubiese querido rescatar con el precio de su propia vida. Los persas se la llevaron en el mismo estado en que la encontraron, es decir, encerrada en un estucho en el que se habia puesto el sello del obispo. Se salvó sin embargo, la esponja que habia sido presentada á Jesucristo en la cruz, y la lanza con que fué atravesado su divino costado. Un oficial del Emperador rescató estas dos santas reliquias de manos de un persa mediante una gruesa suma de dinero, y las hizo llevar á Constantinopla, en donde estuvieron expuestas á la veneracion de los fieles por espacio de cuatro dias, quienes las regaban de lágrimas. La santa cruz fué depositada en Tauris, en la Armenia. Aun hoy dia se enseñan las ruinas de un castillo en donde fué guardado este precioso tesoro, que á los ojos de los persas parecia menos rico que los otros despojos de que iban cargados. Cuando los enemigos se hubieron retirado,

los habitantes de Jerusalen que habia podido sustraerse al odio de los persas y al furor de los judíos por medio de la fuga, regresaron á la ciudad santa. El sacerdote Modesto, en ausencia del obispo Zacarías, tomó el gobierno de esta iglesia desolada, y trabajó con el mayor celo y ardor en volver á restablecer todos los Santos Lugares. En esta piadosa empresa le ayudó con grandes socorros Juan, llamado el Limosnero, patriarca de Alejandría. En esta capital del Egipto se habian refugiado en gran número los habitantes de la Palestina. El santo Prelado los recibió con una ternura verdaderamente paternal: los alojó en los hospitales, donde acudia él mismo á curarles las heridas, enjugar sus lágrimas y distribuirles la subsistencia, Su caridad inagotable alcanzaba á todo. Hizo llevar á Jerusalen dinero, trigo y vestidos, y endulzó y alivió en cuanto pudo la suerte de estos desgraciados.

S. Juan el limosnero

Derrota de los Persas.

El emperador Heraclio envió una embajada á Cosroas pidiéndole la paz; pero este Príncipe idólatra exigia por condicion un acto de impiedad, que consistia en que abjurase el Cristianismo y adorase al sol, que era la principal divinidad de los persas. Heraclio desechó con horror esta proposicion, y resolvió combatir hasta la muerte por la Religion y el imperio. Levantó un ejército y marchó á su cabeza contra el enemigo. Dios vino al socorro de su pueblo, y desde la primera campaña el Emperador consiguió una ventaja considerable sobre los persas. Este primer buen éxito inflamó el valor de sus tropas, que no cesaron de batir á los enemigos durante cuatro años seguidos. En fin, Heraclio resolvió dar una batalla decisiva. Habiendo reunido los soldados, los animó al combate, exponiéndoles todos los males que los persas habian hecho al imperio; las campiñas asoladas, las ciudades saqueadas, profanados los altares, las iglesias reducidas á cenizas. «Ya veis, les dijo, los ene-

«migos con quienes vais á pelear. Ellos declaran la «guerra á Dios mismo: ellos han entregado á las lla«mas sus templos y sus altares. Dios combatirá por «vosotros: armaos de confianza: la fé supera y vence «todos los peligros; ella combatirá por vosotros.» Estas palabras hicieron una viva impresion en todos los corazones: los ojos de los soldados chispeaban de coraje, y se arrojaron á los persas impetuosamente á la primera señal de combate. El mismo Emperador se expuso en lo mas récio de la pelea. Su caballo fué herido y él recibió tambien muchos golpes en su armadura, que por su buen temple le salvó la vida. El combate duró desde la mañana hasta la noche. Los persas perdieron en él tres oficiales generales y mas de la mitad de su ejército. De parte de los romanos perecieron solo cincuenta hombres. Cosroas huyó á uña de caballo, y despues de andar ocho leguas tuvo que pasar la noche en una pobre choza, en la que no se podia entrar sino á gatas. Reducido á tan grande extremidad, y acometido de una violenta disenteria, designó para sucederle en el trono á un hijo segundo muy predilecto, en perjuicio de su primogénito. Este se rebeló contra su padre, le hizo prender y morir de hambre en una prision, y se apoderó del reino. El nuevo Rey de Persia propuso un arreglo á Heraclio, y le envió todos los cristianos que tenia cautivos en sus Estados, entre otros al patriarca Zacarías con la santa cruz, que hacia catorce años habia sido arrebatada. Durante todo este tiempo habia quedado encerrada en su estuche, y los persas no tuvieron la curiosidad de romper el sello. Este sello fué reconocido por el Patriarca. La pusieron en sus manos en el mismo estado en que se hallaba cuando la quitaron. Todo el mundo admiró la proteccion de Dios sobre esta preciosa é inestimable reliquia. El Emperador entró en Constantinopla con todo el aparato de triunfo. Montado en un carro tirado de cuatro elefantes, hacia llevar delante

Rescate de la santa cruz. 862.

de él la santa cruz, que era el triunfo mas glorioso de sus victorias. Al principio de la primavera Heraclio partió para Jerusalen con el fin de dar gracias á Dios por el feliz éxito que le habia concedido en sus campañas, y para colocar la santa cruz en la iglesia de la Resurreccion. Quiso seguir los mismos pasos del Salvador, y llevar la cruz á cuestas hasta la cima del Calvario. Este acto fué para todos los cristianos una festividad solemne, y la Iglesia celebra aun su memoria el dia 14 de setiembre con el nombre de *Exaltacion de la santa cruz.*

CAPÍTULO CUARTO.

Desde Mahoma hasta la muerte de Carlomagno (622 814).

---

§ 1.

Historia de Mahoma y de su doctrina.

Justicia de Dios sobre el Oriente.

Dios habia regenerado el Occidente haciendo desaparecer todos los males que acompañaron y siguieron á la invasion de los bárbaros en el siglo V. Los pueblos recobraron una nueva vida, es cierto, pero frecuentemente mancillada por los desórdenes y desvíos naturales al hombre á quien el Evangelio no ha podido aun imponer el yugo de sus divinos preceptos; pero tambien mas á menudo honrada con rasgos de generosidad y de heroismo enteramente cristianos. Mas el Oriente, teatro de la mas horrorosa sensualidad, centro de todas las herejías, de todos los errores filosóficos, de todas las miserables disputas, debia sufrir á su vez uno de esos castigos ejemplares con que Dios instruye el mundo. Despues de haber precipitado sobre el Occidente los pueblos del Norte

de Asia, los hunos, los tártaros, los godos, llamó del Mediodía á los que tenia reservados para castigar el Oriente: estos eran los árabes, mandados por Mahoma, su pretendido profeta. Pero antes de contar su historia hagamos notar la economía de la sabiduría y de la justicia de Dios, que hace pasar la antorcha de la fé de un pueblo á otro, de manera que la Iglesia gana en un país lo que pierde en otra parte, permaneciendo siempre católica. Así, en el momento en que iba á experimentar en el Oriente pérdidas considerables, la conversion de los pueblos del Norte la indemnizaba magníficamente, y la traia á su dolor un inmenso consuelo.

Principios de Mahoma. 570.

Mahoma nació en la Meca, en Arabia, hácia el año 570. Su padre era pagano y su madre judía. Perdió á uno y otra siendo todavía muy jóven, y fué educado por un tio que le puso en el comercio. Casó en seguida con la rica viuda de quien era factor. Á la edad de cuarenta años empezó su papel de profeta, y, diciéndose inspirado de Dios sin presentar prueba alguna, inventó una religion nueva, mezcla de judaismo y de cristianismo, á la que añadió algunos dogmas ó creencias que eran particulares á los habitantes de la Arabia. Enseñaba que no hay mas que un solo Dios, pero sin distincion de personas en la divinidad. No admitia la Encarnacion y los otros misterios de la religion cristiana. Aceptaba la circuncision, y prescribia la abstinencia del vino, de la sangre y de la carne de cerdo; pero permitió á cada hombre tener tantas mujeres como quisiese, y él tomó para sí mismo diez á la vez. Cuando le pedian milagros en prueba de su mision, respondia que no habia sido enviado para hacer milagros, sino para extender la religion con la espada. Á esto es, en efecto, á lo que se dedicó, exhortando al pueblo á tomar las armas para convertir el mundo, prometiendo á los que muriesen combatiendo un paraiso en el que gozarian de todos los placeres de los

sentidos. Púsose á reprobar públicamente á los árabes su idolatría, y estos se burlaban de él. Bien pronto le tomaron odio, y fué pronunciado en contra suya un decreto de proscripcion de su ciudad natal, en donde enseñaba su nueva y perniciosa doctrina. Cada tribu habia nombrado uno de sus miembros, que juró dar una puñalada al Profeta. Pero Mahoma lo supo y tomó la fuga, retirándose á Medina con algunos partidarios que le ayudaron á apoderarse de esta ciudad. De esta época, **622**, data la huida de Mahoma ó *Egira*, que es el fundamento de la cronología de los musulmanes, y tambien la fecha de los progresos de la nueva religion.—Este impostor reunió veinte ladrones y algunos esclavos fugitivos, que se le unieron en tropel con tanto mas empeño, cuanto que les concedia la libertad de satisfacer sus apetitos sensuales. Despues de haber formado con ellos un pequeño ejército, se puso á su cabeza con jefe y legislador. Al principio no atacó sino á las caravanas que atravesaban la Arabia para hacer su comercio; triunfó de ellas, y al paso que con su pillaje enriquecia sus sectarios, agrandaba sus proyectos. Cuando su pequeño ejército hubo aumentado considerablemente, marchó contra la ciudad de la Meca, que le habia expulsado, y la tomó. En seguida apaleó con su baston á los trescientos sesenta ídolos que adornaban los edificios, quedando de este modo purificados de la idolatría los lugares en que, segun refiere la tradicion, Abrahan habitó y ofreció á Dios su sacrificio.

Huida de Mahoma. 622

Sus triunfos y su muerte. 632.

Esta conquista le entregó la Arabia, de la que se hizo dueño. Llegáronle embajadas de todas las tribus, que una tras otra fueron sometiéndose. Desde entonces el islamismo (1) se extendió rápidamente, Mahoma creyó que no podria sostener su doctrina y la

---

(1) Esta palabra designa la religion de Mahoma. Viene del árabe *islam*, que quiere decir *sumision á Dios*.

union de sus partidarios sino con la guerra; les relevó de la observancia de todos los contratos hechos con los idólatras y los cristianos: esto era lanzarlos sobre el mundo entero. En efecto se vió acudir á su voz, de todas las extremidades del desierto, una multitud de caballeros dispuestos á seguirle por todas partes. Púsose á su cabeza, y se adelantaba hácia la Siria cuando una languidez mortal le obligó á retroceder á Medina, en donde murió á consecuencia de un veneno que le habia administrado una mujer judía durante sus expediciones; pero antes de espirar dió su último precepto, que reasume todos los otros: «Haced la «guerra santa en nombre de Dios, dice él á uno de sus «esclavos; y á todos los que rehusaren creer en Dios «asesinadlos.» Fué enterrado en la misma ciudad de Medina, y aun hoy dia se ve su sepulcro en una magnífica mezquita.

Mahoma, no sabiendo leer ni escribir, hizo redactar á otro sus creencias impías, y dió á este libro, que fué coordinado por su sucesor Abubekre, el nombre de *Al-Koran ó Koran*, es decir, el libro por excelencia. Veíase acometido con frecuencia de ataques de epilepsia, y, como prueba de sumision, los hizo pasar por éxtasis ocasionados por las visitas del ángel Gabriel, que venia á revelarle la verdad eterna. Estos son los medios de que se valió para persuadir á esos pueblos ignorantes y groseros.—Sus sucesores continuaron sus conquistas, y en poco tiempo formaron un imperio dilatado; pero se ve claramente que su resultado fué muy distinto, en el modo de verificarse, del de los Apóstoles. Mahoma estableció su religion soltando el freno á todas las pasiones, y degollando á los que rehusaban someterse; mientras que los Apóstoles han establecido la religion cristiana poniendo un yugo á todas las pasiones, dejándose degollar. De una parte todo es natural, y de la otra es todo manifiestamente divino. El Coran.

§ II.

La Religion en Oriente, desde el año 630 á 814.

Herejía de los monotelitas. 630. Apenas se habia recobrado la cruz, y sido llevada con honor por Heraclio á Jerusalen, cuando la alegría de la Iglesia, un instante consolada de sus males con un acontecimiento tan feliz, fué turbada de nuevo por una furiosa y violenta tempestad. Vióse nacer una nueva herejía, ó mas bien la de Eutiques disfrazada y encubierta bajo otro nombre. Partidarios secretos de este heresiarca enseñaron que no hay en Jesucristo mas que una sola voluntad y una sola operacion (esto es lo que significa en griego el nombre de *monotelismo* que se ha dado á esta secta); al contrario de la iglesia, que reconoce en Jesucristo dos naturalezas, y tambien dos voluntades, que nunca son opuestas, pero que no son menos distintas. El error de los monotelitas fué defendido con obstinacion por Sergio, patriarca de Constantinopla, que puso en juego todos los resortes que pudo para acreditarlo. Lo insinuó directamente en el ánimo de Heracio, cuyo Emperador, por medio de un famoso edicto que publicó con el nombre de *Ecthesis* ó *Exposicion*, lo apoyó clara y abiertamente. San Sofronio, patriarca de Jerusalen, combatió con celo esta naciente herejía, y publicó un escrito en el que, despues de haber probado la distincion de dos naturalezas en Jesucristo, expone con toda claridad la doctrina constante de la Iglesia acerca de las dos voluntades y de las dos operaciones. Sergio, que temió que no se previniese al papa Honorio contra su nueva doctrina, tomó el partido de escribirle primero para ver de inclinarle á su afecto. Su carta era sobrado aduladora é insinuante: decia en ella que la cuestion que acababa de suscitarse oponia obstáculos á la conversion de los here-

jos; y pedia solamente que no se hablase ni de una ni de dos voluntades en Jesucristo, porque este era el único medio de reunir los espíritus. Honorio cayó en este lazo, y le concedió una complacencia peligrosa y perjudicial: consintió en guardar un silencio en el que estaban igualmente suprimidas la verdad y la mentira, y por esta mala complacencia, sin haber enseñado nunca el error, dió lugar á que se sospechase que le favorecia. En fin, los artificios de los herejes fueron descubiertos por los cuidados de san Sofronio, quien informó al Papa de los progresos de la nueva secta. Honorio habia muerto: su sucesor condenó el error y el edicto del Emperador que le era favorable. Este primer juicio fué confirmado despues por el papa san Martin. El celo que mostró este Pontífice para mantener la pureza de la fé, costó la libertad y la vida. El Emperador Constante, sucesor de Heraclio (641), habiendo publicado un segundo edicto en favor del monotelismo, hizo sacar de Roma al santo Papa. Fué conducido cargado de cadenas á Constantinopla, en donde sufrió mil indignidades é infamias. Poco despues fué desterrado, y, al cabo de dos años de cautiverio y de penalidades, murió sin haberse quejado nunca, ni haber faltado en nada á los deberes de su ministerio. Un santo Abad de Constantinopla, llamado Máximo, imitó el celo del Pontífice, y experimentó los mismos tratamientos de parte de los herejes: fué cruelmente azotado con látigos ó nervios de buey; le cortaron la lengua de raiz, y acabó su martirio en un riguroso destierro.

El emperador Constantino, conocido con el sobrenombre de *Pogonato*, enjugó las lágrimas de la Iglesia y reparó los males que la habian causado sus predecesores. Este Príncipe creyó que no podia hacer mejor uso de su poder que congregando un concilio general. Escribió con este objeto al papa Agaton, quien hizo saber á los obispos de Occidente las pia- Sexto concilio ecuménico en Constantinopla. 680.

dosas intenciones del Emperador, y nombró tres legados para presidir el concilio en su nombre. El nuevo error no habia penetrado aun en Occidente, y todos los obispos sin excepcion convinieron en reconocer dos voluntades en Jesucristo, é igualmente dos naturalezas. El Emperador recibió con todos los honores debidos á los legados de la Santa Sede, y la apertura del concilio se hizo en uno de los salones de palacio. El libro de los Evangelios fué colocado en un trono, segun costumbre, en medio de la asamblea. El Emperador asistió á ella acompañado de trece oficiales generales. Los legados del Papa hablaron los primeros, y manifestaron los motivos del concilio. «Des«pues de mas de cuarenta años, dijeron, Sergio y « otros han enseñado que no hay en Jesucristo nues«tro Señor sino una sola voluntad y una sola opera«cion. La silla apostólica ha desechado este error, y «exhortado á los que le propalaban que renunciasen «á él, pero inútilmente; por esta razon pedimos que «cada uno se explique sobre esta doctrina, y con ar«reglo á la tradicion.» Se examinaron, pues, cuidadosamente los cánones de los concilios precedentes y los pasajes ó textos de los Padres, y se halló que la nueva doctrina era contraria al Evangelio y á la tradicion. Los monotelitas fueron convencidos de haber truncado los textos de los Padres que citaban para apoyar sus errores. Examinóse tambien la carta de san Sofronio, que los habia combatido, y se juzgó enteramente conforme á la verdadera fé, á la doctrina de los Apóstoles y de los santos Padres. Despues de este exámen se redactó la confesion de fe: en ella se declaraba que se adherian á los concilios precedentes; y luego se pronunció el juicio en estos términos: «Nosotros juzgamos que hay en Jesucristo dos volun«tades y dos operaciones naturales, y prohibimos que «se enseñe lo contrario. Detestamos y rechazamos los «dogmas impíos de los herejes, que no admiten en

«Jesucristo sino una voluntad y una operacion, siendo y hallando estos dogmas contrarios á la doctrina «de los Apóstoles, á los decretos de los Concilios y á «los sentimientos de todos los Padres.» El santo concilio lanzó en seguida el anatema contra los autores de la secta, sin perdonar á Honorio por su tolerancia y condescendencia. El Emperador, que se hallaba presente á la conclusion del concilio, recibió los mismos honores que fueron en otro tiempo tributados á Constantino, á Teodosio y á Marciano. Las actas fueron firmadas por los legados, por los obispos en número de ciento sesenta, y por el mismo emperador, quien mandó su ejecucion apoyándola con toda su autoridad. En efecto, el error cayó bien pronto, y cesaron las turbulencias. Este concilio de Constantinopla es el sexto ecuménico ó universal.

Los sucesores de Constantino Pogonato, príncipes feroces y estúpidos, no se ocuparon sino de destronarse y degollarse unos á otros. En el espacio de setenta años perecieron ocho emperadores de muerte violenta. Entonces apareció Leon III el Isauro, apellidado así del nombre de su país, príncipe á quien sus cualidades guerreras hiciéronle subir al trono. Se habia visto ya á muchos emperadores proteger el error, pero este se erigió él mismo en jefe de secta. Nacido y educado, digámoslo así, en el ejercicio de las armas, era extraordinariamente necio é ignorante; tuvo, sin embargo, la loca vanidad de erigirse en reformador de la Religion. Habia dejado prevenirse contra el culto de las santas imágenes, y llamaba á este culto *idolatría.* Habiéndose propuesto abolirle, publicó un edicto en el que mandaba quitar de las iglesias las imágenes de Jesucristo, de la Vírgen santísima y de los Santos. Esta empresa, contraria á la práctica constante y universal de la Iglesia, chocó con escándalo á todo el mundo. El pueblo de Constantinopla murmuraba de él públicamente. German,

Leon III el Isauro. 717.

Herejía de los iconoclastas. 727.

patriarca de esta ciudad, combatió con celo el nuevo error, sin temer la cólera del Emperador: trató desde luego de desengañar á este Príncipe en sus conversaciones particulares; le dijo que el culto que se ofrece á las santas imágenes se refiere á los originales que ellas representan, así como se honra el retrato de un soberano; que este culto relativo habia sido dado siempre á las imágenes de Jesucristo y de su santísima Madre desde el tiempo de los Apóstoles; que era una temeridad impía atacar una tradicion tan antigua. Pero el Emperador, que ignoraba los elementos de la doctrina cristiana, persistia obstinado con su error. Entonces el Patriarca informó al Papa de lo que sucedia en Constantinopla. El soberano Pontífice contestó al santo Obispo felicitándole por su valor en combatir la naciente herejía. Convocó en Roma una asamblea de obispos, en la que esta falsa doctrina fué condenada. Escribió tambien al Emperador, exhortándole á que revocase su edicto; y le advirtia que no compete al príncipe estatuir ó decretar nada relativamente á la fe, ni hacer innovaciones en la disciplina de la Iglesia. Estas advertencias fueron mal recibidas, del Emperador, quien, á consecuencia de ellas, se empeñó con mas ardor en la ejecucion de su edicto. Hacia quemar las imágenes en la plaza pública, y blanquear las paredes de las iglesias que estaban adornadas de pinturas. Mandó derribar á hachazos un magnífico Crucifijo que Constantino, despues de su victoria, habia hecho colocar sobre la puerta del palacio imperial. Unas mujeres que se hallaban presentes trataron con sus ruegos de disuadir de esta impiedad al oficial encargado de ejecutar la órden del Emperador; mas fueron inútiles sus súplicas, y este oficial subió la escalera que al efecto se habia arrimado á la pared, y el mismo dió tres golpes de hacha á la santa escultura. Entonces las mujeres no escuchando mas que su indignacion, tiraron del

pié de la escalera, é hicieron dar en tierra con el oficial; que murió de la caida. Fueron condenadas al último suplicio con otras diez personas que el Emperador sospechó hubiesen favorecido este alboroto. El patriarca san German fué expulsado de su silla, y murió en el destierro á los noventa años de su edad.

Constantino, apellidado *Coprónimo*, hijo y sucesor de Leon, siguió las pisadas de su padre, y aun le excedió en el ejemplo. Educado en la impiedad, á la cual su carácter fogoso y arrebatado añadia la audacia y la insolencia, persiguió con furor á los que honraban las imágenes. Constantinopla se convirtió en un teatro de suplicios y crueldades: se sacaba los ojos, se cortaba los narices á los católicos; se les despedazaba á azotes, se les arrojaba en el mar. El Emperador dirigia sobre todo su saña contra los monjes: no hubo ultrajes ni tormentos que él no les hiciese sufrir; se les quemaba la barba embadurnada de pez: se les rompia en la cabeza las imágenes de los Santos pintadas en madera. Estas horrorosas escenas regocijaban á Constantino, á quien nada podian contar, mientras comia, que tanto le divertiese. No satisfecho con las crueldades que hacia ejercer á sus oficiales, quiso presidir él mismo las ejecuciones, y tener el placer de ver correr la sangre, haciendo levantar un tribunal á las puertas de Constantinopla. Allí, rodeado de verdugos, y en medio de la pompa imperial, hacia atormentar á los católicos, y se extasiaba en aquel espectáculo, horrible para todo corazon que no estuviese dotado de sentimientos feroces y sanguinarios como el suyo y el de sus cortesanos.—Cerca de Nicomedia vivia un santo abad, llamado Estéban, cuya virtud era muy reverenciada de todas las gentes. El Emperador, queriendo atraerle á su partido, le hizo conducir á Constantinopla, y se encargó de interrogarle él mismo, en la confianza de que le confundiria con sus raciocinios: porque este Príncipe se

Violencia de los iconoclastas

creia muy hábil en la dialéctica. Entró, pues, en disputa con el santo Abad. «¡Oh hombre estúpido le dijo el «Emperador, ¿cómo no concibes que se puede pisotear la imágen de Jesucristo sin ofender al mismo «Jesucristo?» Entonces Estéban, acercándose á él y enseñándole una moneda que llevaba su busto, «Yo «puedo, pues, le respondió, tratar del mismo modo á «esta imágen sin faltar al respeto que os debo.» Luego, habiendo dejado caer en el suelo esta moneda, fué á ponerla el pié encima; y como los cortesanos al ver su accion se arrojaban sobre él para maltratarle, «¡Y «qué! añadió Estéban dando un gran suspiro, ¿es un «crímen profanar la imágen de un príncipe de la tier«ra, y no lo será el arrojar al fuego la imágen del Rey «del cielo?» Nada razonable pudieron oponer á esta observacion, pero la perdicion del Santo quedó resuelta. Fué metido en prision, y poco despues condenado á muerte. Diez y nueve oficiales, acusados de haber tenido amistad y relaciones con el santo Mártir, y de haber elogiado su constancia en los tormentos, fueron á su vez atormentados, y á dos de los mas graduados se les cortó la cabeza de órden del Emperador. La persecucion se extendia á las provincias: sus gobernadores, deseosos de hacer la corte al Príncipe, se distinguian por su impiedad contra los católicos de todo el imperio. Hacian la guerra no solamente á las imágenes de los Santos, sino tambien á sus reliquias: las arrancaban de los santuarios; las arrojaban en los sumideros y en los rios; las hacian quemar mezcladas con huesos de animales, á fin de que no pudiesen distinguirse las cenizas.

Segundo concilio de Nicea, séptimo ecuménico. 787.

Despues de la muerte de Constantino Coprónimo y de la de su hijo Leon IV, el poder soberano cayó en manos de Irene, en clase de regenta, en nombre de su hijo aun niño. Entonces la Iglesia, atormentada hacia tanto tiempo por los iconoclastas impíos, volvió á respirar. Esta Princesa, adherida á la doctrina

católica, se dedicó á reparar los males causados por los detestables Gobiernos de los últimos emperadores. Por consejo de Tarasio, patriarca de Constantinopla, escribió al papa Adriano para la convocacion de un concilio general. El Sumo Pontífice aprobó esta intencion, y envió dos delegados para presidir el concilio en su nombre. Constantinopla fué elegida al principio para la asamblea; pero como los iconoclastas, cuyo número era grande en esta ciudad, empezaban á mover tumultos y desórdenes, el concilio se trasladó á Nicea, célebre ya por el primero ecuménico que en ella se habia tenido. Los obispos de las diferentes provincias del imperio, en número de trescientos setenta y siete, se reunieron en esta ciudad. El Emperador envió tambien dos comisarios para mantener el órden, y dejar á los obispos una entera libertad de discusion.—Se tuvieron ocho sesiones. En la primera se leyó la carta del Papa, en la que justificaba la tradicion de la Iglesia sobre la veneracion de las santas imágenes, y explicaba la naturaleza de este culto; leyóse tambien la confesion de fe de los patriarcas de Oriente, que no pudieron asistir al concilio porque se hallaban bajo la dominacion de los mahometanos. Su doctrina era enteramente conforme á la del Papa. Se produjeron en seguida los testimonios de la Escritura y de los santos Padres. Las objeciones de los iconoclastas fueron victoriosamente rebatidas, confundida la herejía y reducida al silencio; en fin, los Padres, despues de haber declarado que recibian y admitian con respeto las decisiones de los concilios precedentes, pronunciaron su juicio, concebido en estos términos: «Decidimos que las imágenes «serán expuestas no solamente en las iglesias, en los «vasos sagrados, en los ornamentos, en las paredes, «sino tambien en las casas y en los caminos; porque «cuanto mas se ven las imágenes de Jesucristo nues«tro Señor, de su santa Madre, de los Apóstoles y de

«los demás Santos, mas inclinado se siente el corazon «á honrar á los originales, y el pensamiento á recor«darlos. Debe rendirse á estas imágenes la salutacion «y el honor, mas no el culto de latría, que solo es de«bido á la naturaleza divina, es decir, á Dios exclu«sivamente. Se acercará á estas imágenes el incienso «y la luz, como se acostumbra hacer con la cruz, el «Evangelio y otras cosas sagradas, porque el honor «tributado á la imágen se refiere al objeto que ella «representa.» Tal es la doctrina de los Padres y la de la Iglesia católica. Despues se pronunció el anatema contra los iconoclastas. Este decreto fué suscrito por los legados y por todos los obispos. Los Padres se trasladaron enseguida á Constantinopla, y allí celebraron la octava sesion en presencia del Emperador y de su madre, que firmaron la definicion del Concilio en medio de las aclamaciones de todos los concurrentes. Así quedó por entonces extinguida esta herejía sanguinaria; pero los últimos reformistas, luteranos y calvinistas, siguiendo las pisadas de estos antiguos fanáticos, la han renovado en el siglo XVI con los mismos excesos de impiedad, de crueldad y de furor.

La emperatriz Irene, que acababa de procurar la paz de la Iglesia, no fué sin embargo digna de toda la estimacion que le hubiese asegurado un acto semejante. Dícese que despues de haber envenenado á su esposo Leon IV, y hecho sacar los ojos á su propio hijo Constantino V, por reinar en lugar suyo, formó el ostentoso pero vano proyecto de casarse con Carlomagno, y reunir por este medio los dos imperios de Oriente y de Occidente. Fué depuesta por el usurpador Nicéforo, á quien ella habia colmado de beneficios, y poco despues murió en la miseria y el abandono en 802. Nicéforo ejerció contra los católicos toda suerte de violencias, y murió en 811 en una guerra que habia emprendido contra los búlgaros.

§ III.

La Religion en Occidente, de 630 á 814.

Pareceria completamente fabulosa, si no constase de una manera indudable en la historia, la conquista de España por los sarracenos, en la que emplearon dos años solamente, cuando costó un siglo á los godos, y dos á los romanos el apoderarse de ella. Grande debia ser la relajacion é inmoralidad de aquel pueblo, muy enervado su carácter, muy imprevisor su Gobierno, cuando un puñado de fanáticos aventureros pudo echar por tierra de un solo golpe la monarquía de Leovigildo. Era esta la raza de Ismael y Agar, que Dios enviaba para castigar á su pueblo envilecido, y los escándalos causados por los inmorales Witiza y Rodrigo, últimos reyes godos de esta católica nacion. Desembarcaron en Gibraltar (aciago siempre para España, en donde contaban con muchas inteligencias. Noticiosos de ello Witiza y Rodrigo, depusieron su encono un momento, y de acuerdo con sus partidarios, acaudillados por este último, salieron al encuentro de los árabes en los llanos de Jerez con un ejército numeroso, pero mercenario. Presentaron batalla, y el rey Rodrigo, apesar de su valor y denuedo, fué derrotado, sucumbiendo él mismo con honor en la pelea. Las menguadas corrientes del Guadalete arrastraron su cadáver ignorado, dejando sepultadas en sus arenas la corona de los godos y la libertad de España. Venia al frente de los sarracenos un general brioso llamado Tarik, quien con pocos combates y una breve resistencia se hizo dueño de esta nacion. Muza, que le habia enviado á España, envidioso de los triunfos del caudillo árabe, no pudo dominar su rencor, y en un momento de despecho ultrajó al General afortunado, tratándole de cobarde y débil á causa de las

Invasion sarracena 711.

honrosas capitulaciones que habia concedido á los cristianos de Toledo y de las demás ciudades conquistadas. Al desembarcar en España este terrible adversario de Tarik, lo primero que hizo para contrariarle fué romper las capitulaciones que habia estipulado, y luego extender por todas partes el degüello y la devastacion. Los templos fueron ó incendiados ó convertidos en mezquitas; profanados y derribados los altares; los ministros de Dios ultrajados y asesinados; las esposas del Señor violadas ó muertas en sus asilos; los vasos sagrados y todos los tesoros de la Iglesia robados. Horrible es la pintura que hace de las escenas de aquella época un escritor contemporáneo. «¿Quién podrá, dice, referir tantos peligros? quién «podrá enumerar tan intempestivas calamidades? «Aunque todos los miembros se volvieran lenguas no «podria el hombre decir las ruinas de España y la «inmensidad de sus males. Todas las desgracias des- «de Adan, la ruina de Troya, la cautividad de Jeru- «salen, la caida de Babilonia, la persecucion al Cris- «tianismo y los martirios en Roma, todos y cada uno «de estos males han sobrevenido á la desgraciada Es- «paña, tan deliciosa en otro tiempo.» *(Pacence,* § 36). —Theudimer, valeroso general godo, despues de la batalla de Guadalete se habia retirado con muchas tropas y fortificándose con sus gentes en Orihuela, donde el valiente godo, despues de rechazar en diferentes encuentros las huestes sarracenas, pudo formar una pequeña monarquía en el reino de Murcia. Era valiente al par que religioso; respetado entre los godos por su vida cristiana, y por su elocuencia y pericia en las sagradas Escrituras. Con sus buenos oficios cerca de Abdelais pudo obtener que los cristiatianos ejercieran libremente su Religion, conservando sus iglesias y sus obispos, y regirse por las leyes godas. De este modo los cristianos pudieron respirar en España, y la Iglesia continuó tolerada en las po-

blaciones sometidas al yugo sarraceno. Los cristianos que permanecieron de este modo tomaron el nombre de *muzárabes*.—El espíritu belicoso de los españoles y su amor á la independencia les hicieron bien pronto tomar las armas contra los invasores. No eran ya los godos los que se levantaban contra los árabes, sino los hijos de Viriato, los cántabros y bagandas, que sin organizacion, sin jefes y sin recursos habian luchado contra los romanos y los godos siglos enteros. Desde este momento verémos á la raza indígena luchar sola contra sus opresores, llevando por divisa de tan santa empresa la gloriosa cruz, y unidos bajo su proteccion lograrán vencer.—La pequeña dominacion de Theudimer desapareció entre el oleaje de las ambiciones musulmanes. Mas ya por aquel entonces en la parte septentrional de la Península algunos españoles, no tributarios, sino independientes, habian alzado el pendon de la cruz como enseña de libertad, al mando de D. Pelayo, jóven príncipe de la familia real **D. Pelayo** de España, á quien las abominaciones de la corte de D. Rodrigo no habian podido mancillar. Acabábase de poner al frente de los suyos, refugiados en las montañas de Asturias, cuando tuvo noticia que se aproximaba el ejército musulman. Retiróse con su puñado de valientes á las quebradas y asperezas de los montes, junto á un angosto valle, en el que se eleva un enorme peñasco de mas de ciento veinte piés de elevacion, en cuyo centro se ve una profunda caverna **Covadonga.** abierta por la naturaleza, y de cuyas entrañas brota un torrente que, cayendo al fondo del valle, forma una vistosa cascada, que aumenta el aspecto salvaje de aquel terreno. Allí, ocultos en los flancos de los montes, esperaron á pié firme á su formidable enemigo, y empezaron el combate. Entonces Pelayo acudió á la Madre de los españoles, que no se olvidó en aquel apurado lance de la proteccion que les habia prometido cuando su aparicion en Zazagoza, viéndose un

fenómeno verdaderamente milagroso. Gruesos troncos y enormes peñascos rodaban sobre los sarracenos desde la cima de los montes, aplastándolos en su caida: la misma naturaleza, desencadenada contra ellos, enviando el agua á torrentes acompañada del fragor del trueno, los amedrentó de tal modo, que apelaron á la fuga, ahogándose unos á otros en aquel estrecho sendero. Un trozo de montaña se desplomó sobre los fugitivos, y las aguas del Deva, desbordándose de sus márgenes, tragaron millares de aquellos infieles. La mano de Dios obraba allí visiblemente; y aquel conjunto de causas naturales, acumuladas en favor de los cristianos, tiene en verdad algo de milagroso. Los mismos árabes, en sus confusas crónicas, refieren con asombro la horrible matanza, que aseguró la existencia de aquella sociedad naciente. Aquel lugar, en memoria de tan gran prodigio, fué consagrado al culto de la Madre de Dios, á quien se encomendara el valeroso caudillo, y ha sido siempre objeto de veneracion especial para los españoles con el título de la Vírgen de Covadonga. La pequeña basílica que habia sido quemada, y fué reconstruida trabajosamente en el siglo pasado, perpetúa siempre esta religiosa tradicion, y es uno de los monumentos eclesiásticos mas gloriosos de nuestra patria.—Alfonso, hijo del duque Pedro de Cantabria, casado con una hija de Pelayo, continuó dignamente los hechos esclarecidos de su suegro. Dejando las gargantas y desfiladeros en que se habian guarecido los insurgentes, y ayudado de los vascones, todavía independientes de los sarracenos, recorrió casi toda la Galicia, y avanzó por las llanuras de lo que despues se llamó Castilla la Vieja, conquistando todo el terreno que media desde el Cantábrico hasta las vertientes del Guadarrama y márgenes del Duero. Imposibilitado de sostener tan vastas conquistas, despobló todo aquel territorio, pasando á degüello los sarracenos, y retirándose con todos

D. Alfonso el *Católico*

aquellos cristianos hácia la parte septentrional, repoblando Asturias y Galicia. Tan grandes victorias arguyen un favor especial de la Providencia; y don Alfonso era acreedor á él: su celo por la Religion fué grande, y en los pueblos de su dominacion construyó y restauró numerosas basílicas. Su muerte, acaecida en 757, fué la del justo, y los cronistas de la edad media refieron los cánticos celestes que honraron sus exequias. El celo que mostró por el bien de la Iglesia le valió el dictado de *Católico*, con que le conoce la historia, título que habia dado la Iglesia goda á Recaredo, que usaron despues los reyes que lanzaron la morisma de nuestro suelo, dejando este sobrenombre como glorioso distintivo de los monarcas españoles. —Alfonso II el *Casto* continuó con celo y vigor la empresa de sus antecesores. Tanto por su denuedo en los combates, que casi siempre fueron felices, como por la sabiduría con que supo gobernar sus pueblos, y sobre todo por la pureza é integridad de su vida, que le valió el sobrenombre de *Casto*, fué digno sucesor de Pelayo y de Alfonso el Católico. El recuerdo de su reinado será siempre imperecedero, por haberse hallado entonces milagrosamente el cuerpo de Santiago, que sus discípulos habian traido de Jerusalen. La muerte de los dos últimos que habian quedado en custodia del santo depósito, la persecucion de los romanos, la invasion de los suevos y mahometanos habian hecho perder de todo punto hasta el último vestigio exterior de su existencia, creciendo un bosque sobre la sagrada tumba.—Corria ya el siglo IX, y reinaba, como hemos dicho, en aquellos países Alfonso el *Casto*, cuando se presentaron algunas personas respetables al obispo de Iria, llamado Teodomiro, refiriéndole que en el bosque inmediato habian visto luces sobrenaturales y apariciones angélicas. El Prelado trasladóse al punto indicado, y fué testigo del prodigio. Reconociendo entonces la maleza halló una

Alfonso II *el Casto.*

Hallazgo del cuerpo de Santiago. 823.

pequeña fábrica dentro la cual habia una tumba de mármol bajo una bóveda de piedra. El Rey *Casto*, noticioso por el obispo de tan precioso hallazgo, se dirigió presuroso al sitio donde yacia el sagrado tesoro, y mandó construir allí una residencia para el Obispo con su iglesia correspondiente, dándole al mismo tiempo tres millas al rededor del sepulcro. La celebridad del nuevo templo, la residencia del prelado, y la afluencia de peregrinos á visitar el sepulcro del santo Apóstol, hicieron que la sede antigua perdiera su nombre é importancia, adquiriéndola muy grande desde entonces la célebre *Iglesia compostelana*, una de las mas insignes del orbe católico. *(La Fuente, Hist. Ecles. de España, t. 2.°) (El Traductor).*

Conversion de la Alemania 723.

La luz de la fé, lo mismo que el sol, no desaparece de una region sino para ir á alumbrar á otra, como ya lo hemos manifestado. Á medida que la luz del Evangelio se iba extinguiendo en Oriente á causa de las conquistas de los mahometanos, se extendia del lado del Norte á beneficio de los trabajos apostólicos de muchos misioneros. El mas célebre de todos era

San Bonifacio.

Bonifacio, que fué obispo de Maguncia y apóstol de la Alemania. Era inglés de nacion, y se notaron en él desde la niñez señales sensibles de la elevada mision que debia cumplir en lo sucesivo. Algunos misioneros habiendo ido á casa de su padre le hablaron de Dios y de las cosas celestiales: y le movieron tanto su conducta edificante y sus instrucciones, que concibió desde entonces un deseo ardiente de imitarles y consagrarse á Dios con ellos. Aunque era muy niño, las impresiones de virtud que recibió entonces no se borraron jamás de su espíritu. Entró en un monasterio, y se instruyó temprano en las funciones del apostolado. Ordenado de sacerdote á la edad de treinta años, sintió crecer en sí el celo que le llevaba á

instruir á los pueblos y á trabajar en la salvacion de las almas. Gemia dia y noche por la desgracia de aquellos que estaban aun sumergidos en las tinieblas de la idolatría. Penetrados de estos piadosos sentimientos, fué á echarse á los piés de Gregorio II, quien, despues de haber reconocido en él una vocacion divina, le dió ámplio poder para predicar el Evangelio á los alemanes. Al santo Apóstol le costó mucho trabajo poder hacer nacer en el corazon de los pueblos, todavía bárbaros, los sentimientos de dulzura y de piedad que prescribe el Evangelio; mas los frutos correspondieron al fin á sus trabajos, y fué abundante la cosecha. Pasó tambien á la Baviera y á Turingia, y bautizó en estos paises un gran número de infieles. Se derribaron por todas partes los templos dedicados á los ídolos, y sobre sus ruinas levantáronse iglesias consagradas al verdadero Dios. El santo Apóstol tuvo, sin embargo, mucho que sufrir, sobre todo en la Turingia, país desolado poco antes por los sajones, y en donde los pueblos eran tan pobres, que se vió obligado á procurarse la subsistencia con el trabajo de sus manos. De allí marchó á la Frisia, en donde ejerció por espacio de tres años el apostolado, y ganó una infinidad de almas para Jesucristo. Entonces fué cuando el Papa informado de los bienes que hacia, le hizo ir á Roma para darle la consagracion episcopal. Á su regreso de este viaje san Bonifacio empezó á predicar la fé en la Hesse, en donde consiguió un éxito prodigioso. Fundó en este Estado muchas iglesias y monasterios. Llamado nuevamente á Baviera por el duque de esta provincia, reformó los abusos que allí se habian introducido. Halló en ella seductores que engañaban al pueblo con sus artificios, y le escandalizaban con sus desórdenes. Sometió á los unos y arrojó á los otros, restableciendo por este medio la fé y las costumbres en este país. El Papa le nombró su legado en Alemania, y le permitió hacer

Su celo y sus trabajos.

todos los reglamentos que juzgase necesarios para dar una forma á esta naciente Iglesia.

Su martirio. 755. La reputacion y fama de san Bonifacio se extendia á la mayor parte de Europa, y se hablaba mucho sobre todo de sus trabajos apostólicos. Presentáronse á él á consecuencia de esto un gran número de siervos de Dios que se asociaron á esta apostólica mision, quienes aliviaron las fatigas del Santo compartiéndolas con él. Entonces, viendo el venerable Arzobispo que adelantaba en años y que aumentaban sus enfermedades, pensó en elegirse un sucesor. Habiéndolo verificado, y consagrándole arzobispo de Maguncia, se descargó sobre él del cuidado de esta iglesia particular, á fin de poder continuar libremente la vocacion que habia recibido del cielo, y entregarse por completo á la conversion de los infieles. No podia disfrutar de reposo mientras habia almas que no conocian aun á Jesucristo: corria á instruirlas, y las ganaba para él. Por otra parte ardia en deseos de derramar su sangre por la fé, y tenia un presentimiento secreto de que su muerte estaba próxima. Habiendo puesto, pues, en órden los asuntos de su Iglesia, partió acompañado de algunos cooperadores celosos, á los confines mas apartados de la Frisia, á predicar á aquellos pueblos, que gemian aun en la idolatría, la doctrina de Jesucristo, convirtiendo un gran número de paganos, á quienes dió el Bautismo. Señaló dia para administrarles la Confirmacion; mas como una sola iglesia no podia contenerlos á todos, les indicó un campo cercano en el que debian reunirse para recibir este Sacramento. El santo Prelado hizo colocar allí unas tiendas de campaña, y se presentó el dia marcado. Mientras estaba en oracion esperando á los nuevos cristianos, vióse llegar desde la mañana, no á los que se aguardaba, sino á una turba de paganos armados de espadas y de lanzas, que se arrojaron furiosos sobre las tiendas del santo Obispo. Sus servi-

dores se preparaban ya á rechazar á los bárbaros á mano armada; pero san Bonifacio, habiendo oido el ruido, llamó á su clero, y tomando las reliquias que llevaba siempre consigo, salió de su tienda y dijo á sus gentes: «No combatais, hijos mios; la sagrada Es«critura nos prohibe volver mal por mal: el dia que «yo esperaba hacia tanto tiempo ha llegado; confie«mos en Dios que salvará nuestras almas.» En seguida exhortó á sus sacerdotes y á sus compañeros á que sufriesen con valor una muerte pasajera que los llevaria á la vida eterna. Su ejemplo los fortaleció mas aun que sus exhortaciones. Apenas habia cesado de hablar cuando vió á los bárbaros arrojarse sobre él; los esperó con firmeza, y estos furiosos le asesinaron al instante con todos sus compañeros en número de cincuenta y dos. Así terminó san Bonifacio, con una muerte gloriosa, una vida que habia sido un martirio continuado, puesto que fué un apostolado nunca interrumpido. Sus inmensos trabajos, y los frutos que de ellos recogió la Iglesia, mereciéronle tan preciosa corona. El cuerpo del santo Mártir fué trasladado á la abadía de Fuldes, que él habia fundado, y Dios glorificó en ella á su siervo con un gran número de milagros.

La piedad de Carlomagno, rey de Francia (1), fué nuevo motivo de alegría para la Iglesia, que este Príncipe no cesó de proteger durante su dilatado y glorioso reinado. Subió al trono siendo aun muy jóven; pero solo tenia de la juventud el vigor y la actividad: la prudencia guiaba todos sus actos, y empleó todo su poder en extender el reino de Jesucristo. Durante los primeros años de su reinado publicó Carlomagno rey de Francia. 768.

(1) *Carlomagno* era hijo de *Pepino el Breve* ó *corto*, que en 750 fué proclamado rey despues de la deposicion de Childerico II, último descendiente de Clodoveo. Pepino fué de este modo el jefe de la segunda raza de los reyes franceses, llamada de los Carlovingios, que reinó hasta Hugo Capeto (787).

á peticion de los obispos, una ordenanza real dividida en capítulos para el sosten de la disciplina eclesiástica. Protegió á la Santa Sede contra los ataques de Desiderio, rey de los lombardos. Este Príncipe queria despojar á la Iglesia romana de sus bienes; pero llamado Carlomagno al socorro de la Silla apostólica, obligó al usurpador á que abandonase sus intentos; y aniquiló la dominacion de los lombardos en Italia. El Rey de Francia seguia en esto los ejemplos que le habia dado Pepino, su predecesor y su padre; porque este Príncipe, habiendo conquistado muchas ciudades y tierras considerables, hizo de ellas donacion al Papa. Este fué el principio de la dominacion temporal de los Soberanos Pontífices, y es glorioso para la Francia haberla fundado.— Mucho tiempo habia que los sajones hacian sus correrías por las comarcas de la propiedad francesa: á fin de reprimirlos emprendió contra ellos una guerra dilatada, que terminó por la conversion de estos pueblos. Este era el fruto mas precioso que se prometia de su conquista. Pareció que deseaba menos someterlos á su poder que llevarles la luz de la fé. Estos pueblos idólatras resistieron mucho tiempo; mas al fin abrazaron la religion cristiana, y esto bastó para que se les perdonasen sus contínuas rebeliones. Como Carlomagno desconfiaba de su constancia, y parecia que muchos de ellos habian pedido el Bautismo solo por política, les envió celosos misioneros para fortalecerlos y afirmarlos en la fé. No obstante Witikind, el mas acreditado de sus jefes, no se rendia, y estaba mas irritado que abatido por sus derrotas. Carlomagno, que no habia podido reducirle con las armas, no desesperó de ganarle por las vias de una negociacion. Le propuso una conferencia, y Witikind fué á Atigny, donde se hallaba la corte: una vez allí, lo que no habian podido lograr tantos combates lo consiguieron la bondad y la majestad de Carlomagno, que desarmaron á este jefe de

rebeldes, quien se sometió de buena voluntad á un tan gran Rey. Hizo mas aun: durante su permanencia en Francia examinó con cuidado la Religion: desde el momento que la conoció la admiró, y abriendo enteramente los ojos á la luz de la gracia, que iluminaba su entendimiento y su corazon, detestó en seguida el paganismo, y pidió ser bautizado. Lo fué en efecto, y Carlomagno quiso ser su padrino. Witikind, que no era menos franco que valiente, dió admirables pruebas de la sinceridad de su conversion, y manifestó en lo sucesivo tanto celo por la propagacion de la fé, como encarnizamiento habia desarrollado antes por retardar sus progresos. Carlomagno atribuia á Dios la gloria de sus felices resultados, y le hizo tributar solemnes acciones de gracias por la conversion de los sajones y de su jefe.

Celo de Carlomagno por los estudios, y la instruccion.

Cuando subió al trono este grande hombre se hallaba la Francia en una ignorancia completa, habiéndose llegado á perder la aficion ó gusto á las letras hasta tal punto, que no habia maestros ni escuelas públicas donde poder aprenderlas ó estudiarlas. Carlomagno, que sabia que el estudio de las ciencias y de las artes no contribuia menos al bien de la religion que á la gloria del Estado, se dedicó á restablecerlas en su reino Para conseguir un buen resultado era necesario tambien encontrar maestros capaces de enseñar, y ninguno habia en toda la Francia. Este Príncipe atrajo á su corte á los hombres mas instruidos y á las personas mas renombradas de todos los países extranjeros; por medio de recompensas dignas del Monarca y de los sábios que habian dejado su patria, pudo fijarlos en sus Estados: no creia comprar demasiado caros á hombres que por sus talentos podian hacer honor á la Francia y á la Religion. El que mas sirvió á sus designios fué Alcuino, célebre inglés, á quien colmó de bienes y de honores. Este hombre, que era tenido por el mas gran talento de su

tiempo, habia enseñado en su patria las ciencias sagradas y profanas con mucho éxito. Habiendo aceptado la invitacion de Carlomagno, le aconsejó establecer escuelas en las principales ciudades y en las grandes abadías de su reino. Este Príncipe siguió su consejo, y escribió con este objeto á los obispos y abades una carta circular exhortándolos á que formasen establecimientos tan útiles. Como las lecciones dadas de viva voz no bastasen, y hacian falta libros, que en cierto modo deben llamarse los guardianes y depositarios de las ciencias, el Rey tomó precauciones para impedir que esta fuente pública de la erudicion fuese alterada por la negligencia de los copiantes, de quienes era necesario servirse antes de la invencion de la imprenta, y mandó por otra ordenanza capitular que, para transcribir ó copiar los libros, no se empleasen sino hombres inteligentes y de edad madura. El estudio de la Religion era el que mas atraia su atencion : hizo revisar y corregir con la mayor exactitud los ejemplares manuscritos del Viejo y Nuevo Testamento. Dedicó tambien sus cuidados á la correccion de las oraciones que componian el oficio divino, á fin de que no hubiese nada en ellos que no fuese digno de la majestad de Dios. Hizo venir de Roma chantres ó cantores, que enseñaron á los franceses el canto romano en toda su pureza ; ordenó á todos los maestros de canto del reino que trajesen sus antifonarios para corregirlos, y á fin de que aprendiesen de los extranjeros el arte de cantar. Para dar él mismo el ejemplo de aplicacion al estudio, y estimular con mas eficacia la emulacion, formó en el recinto de su palacio una academia, en la que los jóvenes príncipes sus hijos y los grandes de la corte venian á instruirse. El mismo Monarca no desdeñaba bajar algunas veces de su trono, y colocarse en el número de los discípulos de Alcuino. La Francia reportó de este establecimiento las mas grandes ventajas: hízose ge-

neral el deseo de instruirse, y cada cual procuró adquirir conocimientos en las ciencias. En poco tiempo se reunió una compañía de sábios que mantenian entre sí un comercio de literatura, y se comunicaban mútuamente sus luces. Se cree que esta fué la cuna de la universidad de París, la mas antigua y la mas célebre de toda la España.

Carlomagno era dueño de casi todas las provincias que habian formado el imperio de Occidente. La Germania, las Galias, una gran parte de España y de Italia le obedecian. Nada le faltaba sino el título de emperador; tenia ya el de patricio de Roma, que los omanos le ha bian concedido; y estos creyeron no poder manifestar mejor su reconocimiento á los servicios señalados y distinguidos que habia hecho á la Iglesia, que dándole la corona imperial y con ella el título de emperador. En un viaje que este Príncipe hizo á Roma el papa Leon III, de acuerdo con los principales señores romanos, tomó la resolucion de hacerle proclamar emperador de Occidente. Nadie habia prevenido á Carlomagno de este gran designio, á fin de que no se creyese que habia solicitado tanta dignidad, y fuese para él mas gloriosa esta promocion. En efecto, habiendo ido el Rey el dia de la Natividad á la basílica de San Pedro para oir misa, quedó muy sorprendido cuando vió que el Papa le ponia la corona imperial en la cabeza, y en tanto el pueblo exclamaba: «¡Vida y victoria al piadosísimo Cárlos, au«gusto, coronado en nombre de Dios, grande y paci«fico emperador!» El Papa al mismo tiempo ungió al Rey y al príncipe Luis, su hijo; despues rindió el primero sus homenajes al nuevo Emperador prosternándose ante él públicamente.—De este modo el imperio de Occidente, destruido hacia ya mas de tres siglos, fué restablecidos en la persona de un príncipe capaz, por su valor y por su piedad, de sostener todo el peso de la gloria de los Constantino y Teodosio. La

Carlomagno coronado emperador de Occidente 800.

modestia que Carlomagno manifestó en esta ocasion dió un nuevo y mayor brillo á su dignidad, y fué un nuevo título para merecerla. Eginhardo, su secretario, asegura que al regresar de la ceremonia este gran Príncipe protestaba que, si hubiese podido prever lo que intentaban los romanos, se hubiera abstenido, á pesar de la solemnidad, de concurrir este dia á la iglesia. Hizo magníficos presentes á la basílica de San Pedro y á las demás iglesias de Roma, y despues de Pascua regresó á Aix-la-Chapelle.—Viéndose en paz con todas las naciones vecinas, quiso señalar los principios de su imperio con un aumento de celo por el bien de sus pueblos y la extirpacion de los vicios sociales: envió á las diferentes provincias de sus Estados comisarios régios para informar de las malversaciones de caudales, y hacer exacta justicia á todos los que pudieran haber sido perjudicados. Por este último acto de equidad se preparó á la muerte.

Su muerte. El tiempo marcado por Dios para recompensar tantas virtudes llegó, y este gran Príncipe cayó en cama postrado de una fiebre intensa. Como el peligro crecia, se hizo administrar el santo Viático, que recibió con grandes sentimientos de piedad, y á poco entregó su alma á Dios, contando la edad de sesenta y dos años. Tal fué la cristiana muerte del mas poderoso de los reyes de la moderna Europa, de uno de los mas celosos defensores de la Iglesia, de un príncipe que el mundo ha colocado en el número de los héroes, y la Religion en el rango de los Santos.

Crítica imparcial sobre Carlomagno. Es tanto lo que los escritores franceses han enaltecido á este grande hombre, que, pareciéndonos exagerada la última suposicion precedente, nos vemos precisados á interrumpir un momento nuestro trabajo de traduccion. La narracion de los hechos deberia ser casi sagrada para todo historiador concienzu-

do é imparcial; mas no sucede aun por lo comun; y ha llegado, especialmente en los tiempos que alcanzamos, á ser tan frívola la accion de la historia, que casi parece novelesca. Esta gravedad científica y crítica, que debiera ser siempre su tipo característico, se halla casi desfigurada.— Estas observaciones, y otras muchas que omitimos en obsequio á la brevedad, nos las sugiere la aseveracion del escritor francés de que Carlomagno *ha sido colocado en el rango de los Santos.* Es verdad que en un arrebato de entusiasmo se llegó á canonizarle de un modo imprudente, pero no es menos cierto que esta canonizacion la Iglesia despues la anuló de hecho.—Como las exageraciones son inconvenientes siempre, y sobre todo en las apreciaciones históricas, no entraremos en discusion acerca de si el único móvil de los actos de Carlomagno fué la ambicion, como algunos pretenden, ó el aumento de la Religion y el bienestar de la Iglesia y de sus Estados. Estos últimos sentimientos nadie se los podrá negar, si no quiere cerrar los ojos á la luz de la razon y de la verdad. En cuanto á sus miras ambiciosas, ¿qué soberano, por recto que sea, no ha deseado siempre el engrandecimiento de sus Estados? Por virtuosa y casi santa que sea Isabel la Católica, ¿habrá alguno tan entusiasta que afirme que el descubrimiento de América se debió solamente á su deseo de aumentar la Religion y la gloria de Dios?— La influencia religiosa de Carlomagno, aunque poco, dejóse sentir tambien en España, y sobre todo en Cataluña, contra los errores que vertia el obispo Félix de Urgel, contagiado con el adopcianismo, haciendo que cesasen por medio de la beneficiosa intervencion de este Príncipe en favor de la pureza del dogma católico. Mas podríamos extendernos si tratásemos de su influencia militar, pero es asunto que no nos pertenece. *(El Traductor).*

Su influencia religiosa en España

Reflexiones.

Las herejías y los cismas deben probar la iglesia, mas no alterarla.

Las herejías y los cismas son la segunda prueba por que debia pasar la Iglesia. *Es preciso que haya herejías*, dice el Apóstol, *á fin de descubrir y conocer á los que tienen una virtud probada.* La persecucion que procede de los herejes nunca ha sido tan violenta como en el tiempo en que cesó la de los paganos. El infierno hizo entonces los mas grandes esfuerzos para destruir por sí mismo esta Iglesia que los ataques de sus primeros enemigos no habian hecho sino fortalecer y afirmar. Apenas empezaba á respirar con la paz que la dió Constantino, cuando Arrio excitó en ella una tempestad mas violenta que todas las que habia sufrido hasta entonces. Constancio, hijo de Constantino, seducido por los arrianos, atormentó á los católicos por toda la tierra; nuevo perseguidor del Cristianismo, tanto mas formidable y temible, cuanto que bajo el nombre de Jesucristo hacia la guerra al mismo Jesucristo. Despues de él vino Valente, adicto tambien á los arrianos, pero mas violento aun que Constancio. Otros emperadores protegieron á otras herejías con la misma obstinacion. La Iglesia, por una triste experiencia, aprendió que no tenia menos que sufrir bajo el poder de los emperadores cristianos que lo que habia sufrido con los emperadores infieles, y que debia verter su sangre por defender, no solamente el cuerpo de su doctrina, sino tambien cada artículo particular de su fé. No hay uno solo que no lo haya visto atacado por sus hijos: la divinidad de Jesucristo, su encarnacion, su gracia, sus Sacramentos, todos los dogmas, en fin, han sido el tema de diferentes errores, y han dado ocasion á funestas divisiones. En esta confusion de sectas que se vanagloriaban de ser cristianas, Dios no se olvidó de su Iglesia, y la hizo tan invencible contra las divisio-

nes intestinas como lo habia sido contra los enemigos de fuera. Cada dogma ha sido solemnemente decidido por toda la Iglesia, es decir, que ella ha confirmado lo que se creia antes de parecer la herejía, y los que habian turbado esta creencia, introduciendo la innovacion, han sido arrojados de su seno.—La Iglesia, que habia visto levantarse las herejías, segun la prediccion de Jesucristo, las ha visto tambien caer una despues de otra, segun sus promesas, aunque fuesen sostenidas por los emperadores y por los reyes. Constancio y Valente no han tenido menos poder para alterar la fé de la Iglesia. que Neron y Diocleciano para impedir su establecimiento. Dios, á fin de provar á los que permanecian inviolablemente adictos á la verdad, ha permitido que ciertas herejías hiciesen algunos progresos; pero el error jamás ha prevalecido: la enseñanza pública y universal ha sido siempre en favor de la verdad; la Iglesia ha conservado constantemente un carácter de autoridad que las herejias no podian adquirir. Ella nunca ha cesado de ser católica ó universal; porque se extendia á todas partes, y, excluyendo ó separando alguno de sus miembros, nada perdia de su universalidad.

Si se sigue con atencion su historia, se verá que todas las veces que una herejía la ha disminuido de un lado, ha reparado del otro sus pérdidas haciendo nuevas conquistas. Era como un árbol frondoso y corpulento del que se cortan algunas ramas: su buena sávia no se pierde por esto; empuja por otras partes, y el cernamiento ó corte de los troncos supérfluos no hace sino producir frutos mas excelentes. Era apostólica, es decir, que se remontaba, por una sucesion no interrumpida de pastores, hasta á san Pedro, que Jesucristo estableció jefe de los Apóstoles, en vez de que cada secta carecia necesariamente de esta continuacion de ministerio, y nunca iba mas allá de su autor, que habia sido él mismo educado y exal-

tado en la iglesia antes de formar una sociedad aparte. Esta separacion habia sido ruidosa; la época era conocida: los mismos paganos miraban la iglesia como el orígen de donde se habian apartado todas las demás sociedades; como el tronco siempre vivo que las ramas separadas dejaban entero; ellos la llamaban *la grande Iglesia, la Iglesia católica.* No era posible darla otro nombre, ni encontrarla otro autor que el mismo Jesucristo. Los herejes, al contrario, llevaban en la frente una señal de innovacion y de rebeldía que no podian encubrir. Nunca han podido deshacerse ó abandonar el nombre de su autor: los arrianos, los pelagianos, los nestorianos debian bien ofenderse del nombre que se les daba: á pesar suyo el mundo queria hablar naturalmente, y señalar á cada secta de dónde procedia su nacimiento. Este hecho visible de su separacion de la grande Iglesia, de la Iglesia antigua, de la Iglesia apostólica, subsistia siempre; esta mancha de innovacion que no podian quitarse deponia siempre en contra suya, y demostraba á la faz del universo que su secta era obra de los hombres. Así, estas ramas cortadas del tronco del árbol han sido siempre infecundas: no han tomado desarrollo alguno, y han ido á secarse, al fin, en apartados rincones. Las obras de los hombres han perecido á pesar de las astucias y esfuerzos del infierno que las sostenia; mas la grande obra de Dios ha permanecido siempre firme é inmutable. Lo mismo ha triunfado la Iglesia de las herejías que triunfó de la idolatría.—Lo mismo sucederá á todas las herejías que en lo sucesivo se levantarán en la Iglesia de Jesucristo: caerán todas á sus piés: sus pasadas victorias son una garantía segura de las que ella alcanzará en lo por venir: las promesas que ha recibido son eternas, y seguirán cumpliéndose hasta la consumacion de los siglos.

CAPÍTULO QUINTO.

Desde la muerte de Carlomagno (814), hasta la primera Cruzada (1095).

§ I.

Conversion de los pueblos del Norte (829-1002).

Conversion de los daneses y de los suecos 829.

Sucedió á Carlomagno en el trono un príncipe no menos celoso que él por la gloria de la Iglesia y la conversion de los pueblos. Bajo el gobierno de Luis el Benigno (1), su hijo, fué cuando la luz de la Iglesia se extendió y comunicó á las naciones mas lejanas del Norte de Europa. Los sajones fueron los primeros instrumentos, al mismo tiempo que las primeras cosechas, de esta miés abundante: convertidos por el celo y cuidados de Carlomagno, esparcieron las primeras semillas de la fé entre los pueblos vecinos. Formáronse nuevos apóstoles para secundar tan felices disposiciones, siendo san Anscario uno de estos celosos misioneros. Habia nacido en Francia, y fué educado en el monasterio de Corbia. Despues de haberse penetrado y llenado bien del espíritu apostólico en el retiro del claustro, fué enviado por sus superiores á Dinamarca, para alumbrar é ilustrar en el conocimiento de la fé á sus habitantes, aun bárbaros é idólatras. Trabajó allí sin descanso, pero con fruto: de manera que el número de los fieles iba creciendo de dia en dia. El medio mas eficaz que empleó para perpetuar en aquella comarca el fruto de sus predicaciones fué el comprar jóvenes esclavos, que educó en el temor de Dios, logrando formar de ellos una escuela

San Anscario.

(1) Ludovico Pio le llaman los españoles, y así seguiremos llamándole nosotros. (*El Traductor*).

numerosa. Mientras que esta obra prosperaba, el rey de Suecia pidió á Ludovico Pio algunos misioneros para que anunciasen el Evangelio en sus Estados. El Emperador juzgó conveniente enviarle san Anscario, asociándole otro religioso de Corbia, que se ofreció á acompañarle voluntariamente en esta nueva mision. Los dos misioneros partieron juntos, cargados de los presentes que Ludovico enviaba al rey de Suecia; pero fueron acometidos en el camino por unos piratas que les robaron los presentes, y entraron por esta causa en Suecia sin llevar consigo nada mas que la buena nueva de la salvacion. Fueron, no obstante su percance, bien recibidos del rey, y lograron muchas conversiones. El gobernador de la ciudad fué uno de los primeros á quien la gracia convirtió, y este señor, que era muy querido del rey, hizo edificar una iglesia, dió muestra de síncera piedad, y perseveró en la fé que habia abrazado. Cuando el número de los cristianos hubo aumentado considerablemente, establecióse en Hamburgo una silla episcopal, y san Anscario fué ordenado su arzobispo. Cultivó este campo con un celo incansable, y llevando una vida tan austera, que no se alimentaba mas que de pan y agua. Se retiraba á menudo á una pequeña ermita, que habia mandado levantar expresamente para disfrutar de reposo y derramar abundantes lágrimas delante de Dios y fuera de la vista de los hombres en los intervalos que le concedian sus obligaciones pastorales. Dios le acordó el don de milagros, y curó á muchos enfermos con la virtud de sus oraciones; mas su humildad le impedia atribuírselas. Un dia, hablándose delante de él de algunas curas maravillosas que habia obrado, dijo: «Si yo tuviese crédito cerca de Dios, «no le pediria sino un solo milagro; este fuera el que, «por medio de su gracia, me hiciese hombre de bien.» —El santo Obispo habia mantenido siempre la esperanza de que su sangre seria derramada por la fé; pero

cuando se vió acometido de la enfermedad que le llevó al sepulcro estaba inconsolable por no haber tenido tanta felicidad. «¡Ay de mí, decia, son mis pecados «los que me han privado de la gracia del martirio!» Estando su fin cercano, reunió todas las pocas fuerzas que le quedaban y empezó á exhortar á sus discípulos á que sirviesen á Dios fielmente y sostuviesen su mision querida.—Esta naciente iglesia sufrió durante algun tiempo una violenta tempestad ocasionada por la irrupcion de los bárbaros; pero la preciosa semilla que el santo Apóstol habia sembrado en ella renació en seguida, y fructificó por los trabajos de sus sucesores.

Conversion de los eslavos. 842.

Los esclavos, pueblo bárbaro que ocupaba una parte del país que hoy dia se llama la Polonia, haciendo de tanto en tanto sus incursiones por las provincias del imperio de Oriente, tuvieron ocasion de conocer la religion cristiana, y concibieron el deseo de abrazarla. Con este designio se dirigieron á la emperatriz Teodora, que gobernaba Constantinopla á nombre de su hijo todavía niño, y la rogaron que les enviase un misionero para instruirles; prometiéndola, en cambio de este favor, ser en adelante constantemente adictos al imperio (1). La Emperatriz accedió á sus deseos; y para esta mision fué elegido un tal Constantino. En cuanto llegó á este pueblo estudió en aprender la lengua del país; tradujo en su idioma el Evangelio y los demás tratados de la Escritura que creyó mas útiles para la instruccion de los fieles. Dios bendijo sus trabajos, y toda la nacion se convirtió al Cristianismo.—La conversion de los esclavos abrió una puerta al Evangelio á los rusos sus vecinos, no tardando en penetrar allí la luz de la fé. El emperador

Conversion de los rusos. 844.

(1) *Teodora* era mujer del emperador *Teófilo*, furioso enemigo de las santas imágenes, que murió en 842.

Basilio se aprovechó de esta coyuntura para concluir con ellos un tratado de paz, y, despues de haber ablandado con presentes su natural ferocidad, les hizo aceptar un obispo ordenado por Ignacio, patriarca de Constantinopla. Un milagro sorprendente que el santo obispo obró hizo fecundas sus instrucciones. El príncipe de los rusos habia convocado la nacion para deliberar acerca de si debian abandonar su antigua religion; hicieron comparecer al obispo, y le preguntaron qué era lo que venia á enseñar. El santo prelado les mostró el libro del Evangelio, y les refirió algunos milagros tanto del Viejo como del Nuevo Testamento. El de los tres niños en el horno de Babilonia hizo la mas viva impresion en la asamblea, que le dijo: «Si nos haces ver algun milagro semejante, creeremos que nos enseñas la verdad.—No es permitido tentar á Dios, les respondió el obispo: sin embargo, si estais resueltos á reconocer su poder, pedid lo que querais, y él os lo manifestará por conducto de su ministro.»—Los rusos pidieron que el libro santo que llevaba fuese arrojado en el fuego que ellos mismos encenderian, y prometieron que si no se quemaba se convertirian al Cristianismo. Entonces el prelado, alzando los ojos al cielo, exclamó: «Jesús, Hijo de Dios, glorificad vuestro santo nombre en presencia de este pueblo.» Metieron en seguida el libro en un horno ardiendo, y le dejaron en él un tiempo bastante largo; luego apagaron el fuego, y se halló el libro tan entero como cuando lo echaron en las llamas. Á vista de esta maravilla el pueblo pidió en seguida el Bautismo, y lo recibió con diligencia y verdadero celo. —Dios ha renovado de siglo en siglo, y tambien en nuestros dias, los milargros que han señalado el establecimiento de la religion cristiana. Su poder no ha disminuido; y cuando envia misioneros á un nuevo país opera en su favor los mismos prodigios que acompañaron la predicacion de los Apóstoles.

Conversion de los búlgaros. 855.

Los búlgaros en una guerra que tuvieron que sostener contra Teófilo, emperador de Oriente, habian perdido una gran batalla, y entre los cautivos se halló la hermana del rey vencido (1). Esta princesa fué conducida á Constantinopla con los demás prisioneros de guerra, y la retuvieron allí durante treinta y ocho años. En este largo intérvalo se hizo instruir en la religion cristiana, y recibió el Bautismo. Despues de la muerte del Emperador, Teodora, su viuda, gobernaba como regenta á nombre de su hijo de menor edad. El rey de los búlgaros, creyendo la circunstancia favorable para reparar su derrota, le declaró la guerra. Teodora le contestó con firmeza y resolucion que si entraba en las tierras del imperio marcharia contra él con ánimo y confianza de vencerle; pero que, aun cuando la victoria se declarase en favor suyo, deberia avergonzarse de haber combatido contra una mujer. El rey, admirado de una contestacion tan altiva, concibió afecto por Teodora, que la ofreció la paz con algunas condiciones que fueron aceptadas. Una de estas condiciones era que se devolveria la libertad á la hermana del rey. De regreso la princesa al lado de su hermano, no cesó de hablarle de la religion cristiana, exhortándole á que la abrazase. Sus discursos ablandaron y conmovieron al rey de manera que el cielo parecia obrar de concierto con la princesa. En la Bulgaria se habia extendido entonces una enfermedad contagiosa: el rey acudió en súplica al Dios de su hermana, y la plaga se extinguió casi al instante. Á la vista de este prodigio el rey se convenció; mas el temor de que se sublevasen sus súbditos, que estaban muy aferrados á sus supersticiones, le retenia todavía en la indecision, y fué preciso

(1) Los búlgaros, descendientes de los tártaros, ocuparon los paises situados entre el Don y el Danubio al noreste del mar Negro: una parte de este pais, al sud del Danubio, ha conservado su nombre y es ocupado por sus descendientes.

horrorizarle para hacerle doblegar al yugo del Evangelio. La ocasion se presentó, y sin duda fué la Providencia la que la conducia. El rey hacia pintar una galería de su palacio: como naturalmente era duro y feroz, habia encargado expresamente al pintor que eligiese un asunto terrible. Este pintor, que era cristiano, representó el juicio final y los suplicios de los réprobos, con las circunstancias mas capaces de inspirar terror. La explicacion de este cuadro heló de espanto al mismo rey, tomó la resolucion de abandonar la idolatría, é hizo saber á Teodora que solo esperaba un ministro de la religion cristiana para recibir el Bautismo La Emperatriz se apresuró á enviarle un obispo, que le bautizó durante la noche. Á pesar de las precauciones que se tomaron para mantenerla en secreto, la noticia se esparció bien pronto. Los búlgaros se revolucionaron, y fueron atacar el palacio; pero el rey, lleno de confianza en el socorro del cielo, salió á la cabeza de sus domésticos, y disipó en el acto esta multitud de sediciosos. Perdonó á los rebeldes, quienes al fin se formaron idea mas justa de la Religion, y la abrazaron tambien. Entonces el rey envió embajadores al Papa, como jefe de la Iglesia, para pedirle ministros evangélicos y consultarle sobre algunas cuestiones concernientes á la Religion y á las costumbres. El pontífice Nicolás I recibió con ternura á estos nuevos cristianos, que habian venido de tan léjos para recibir las instrucciones de la Santa Sede. Despues de haberlos acogido con un afecto verdaderamente paternal, respondió á su consulta y los despidió llenos de alegría, acompañados de dos obispos venerables y dignos de respeto por su sabiduría y sus virtudes.

Invasion de los pueblos bárbaros en el siglo X.

Mientras que se extendia el reino de Jesucristo de una manera tan admirable en las regiones mas apartadas, una nueva invasion de bárbaros amenazaba á la Europa y empezaba ya á cubrirla de ruinas. El si-

glo X, tan célebre por sus calamidades, su barbarie y los ruidosos escándolos que se cometian, vió á los normandos, á los húngaros y á otros pueblos salvajes recorrer armados la Alemania, la Francia, la Italia, la Inglaterra y la España, y causar por todas partes infinitas calamidades. Las ciudades fueron reducidas á cenizas, los monasterios derribados y saqueados, los estudios abandonados, las ciencias y las artes casi olvidadas. La ignorancia produjo la tibieza de la disciplina y la corrupcion de las costumbres. Los escándalos se multiplicaron; las leyes mas sagradas eran públicamente violadas; el mal habia ganado hasta á los principales pastores, y la misma Roma no se eximió de él. La Iglesia gemia y lloraba estos desórdenes; y semejante prueba era mil veces mas dolorosa y terrible para ella que las persecuciones. Mas Dios no tardó en cambiar su tristeza en alegría por la inesperada y sorprendente conversion de los mismos que habian causado sus desgracias con sus actos vandálicos. Nada hace mas sensible la proteccion omnipotente de su divino Jefe, que verla en un siglo que, deshonrado por tantos desórdenes, parecia perder el ánimo, hacer sin embargo nuevas conquistas, y someter á su obediencia las naciones feroces que la habian llenado de horrores y desolacion.

Conversion de los normandos. 912.

Hacia setenta años que los normandos desolaban la Francia, cuando plugo á Dios detener este torrente de maldades. Habia llegado el tiempo marcado por la Providencia para la conversion de este pueblo, y sin embargo nada parecia preparar aun tan grande acontecimiento. Rollon, el mas valiente de sus jefes, estaba mas encarnizado y animado que nunca en favor de la guerra. El rey Cárlos el *Simple* tomó el partido de tratar con él, y le ofreció la provincia de Neustria y su hija en matrimonio si queria hacerse instruir en la Religion y recibir el Bautismo. Fué aceptada la condicion y concluido el tratado. El arzobispo de

Rollon.

Su conversion.

Ruan instruyó al Príncipe en los misterios de la fé, y le bautizó á principios del año 912. Esta conversion, en la que pareció tener parte la política, fué sin embargo muy síncera. El ofrecimiento que se hizo á Rollon no era sino una ocasion dirigida por la Providencia para conducir á este Príncipe y á su pueblo á la fé. El nuevo Duque, luego despues de su bautismo, preguntó al arzobispo cuáles eran las iglesias mas reverenciadas de la provincia. El prelado le nombró las iglesias de Nuestra Señora de Ruan, de Bayeux y de Evreux, las del monte San Miguel, de San Pedro de Ruan y de Jumiègues. «¿Y cuál es en nuestra ve-«cindad, repuso el Duque, el Santo mas poderoso y «eficaz cerca de Dios?—Es san Dionisio, apóstol de la «Francia, respondió el arzobispo.—Pues bien, repitió «el Duque; antes de repartir mis tierras á los señores «de mi ejército, quiero dar una parte de ellas á Dios, «á la santa Vírgen y á los Santos que me habeis nom-«brado, á fin de merecer su proteccion.» En efecto, durante los siete dias que siguieron á su bautismo, en los que llevó el hábito blanco, segun era costumbre, dió cada dia un terreno ó territorio á alguna de las iglesias que le habian sido indicadas. Distribuyó en seguida las tierras de su ducado á sus vasallos. Habia tenido cuidado de hacer instruir á la fé á sus oficiales y á sus súbditos, y casi todos recibieron el Bautismo. La gracia perfeccionó lo que el Príncipe habia tenido de humano. Vióse un cambio repentino en las costumbres de este pueblo. Solo la fé de Jesucristo pudo someter y dar un buen gobierno á una nacion tan belicosa y feroz como eran los normandos. El duque Rollon, fué despues de su conversion, tan amable y religioso como cruel y terrible habia sido antes. Solo se le habia tenido por un gran capitan: mas hizo ver que era tambien un sábio legislador, y que sabia hacerse obedecer tan bien de sus súbditos por sus ordenanzas, como habia sabido hacerse temer

de los extranjeros por sus armas. Dedicóse desde luego á establecer leyes para arreglar y constituir su nuevo ducado; y como los normandos hasta entonces habian estado acostumbrados al pillaje, publicó algunas muy severas contra el robo. Fueron tan exactamente observadas, que ni aun se atrevian á recoger lo que encontraban en el camino. Hé aquí un ejemplo notable: un dia el Duque suspendió en las ramas de una encina, bajo la cual habia descansado durante una partida de caza, uno de los brazaletes que llevaba, y le dejó olvidado: este brazalete permaneció allí tres años sin que nadie se atreviese á quitarlo, tan persuadidos estaban de que nada podia escapar á las investigaciones y á la severidad de Rollon. Su solo nombre inspiraba tanto terror, que bastaba recordarle ó reclamarle cuando alguno sufria violencias ó vejaciones, para obligar á todos los que le oian á perseguir el causante ó malhechor.

Conversion de los húngaros. 1002.

Los húngaros, otro pueblo feroz, procedente de la Scitia, desolaron la Alemania, dejando por todas partes huellas de la mas horrible crueldad. Incendiaban las iglesias, asesinaban á los sacerdotes al pié de los altares, y se llevaban cautivos una infinidad de cristianos sin distincion de edad, sexo ni condicion. No obstante, la natural ferocidad de estos mónstruos fué modificada y aun destruida por la Religion, bastante poderosa para ablandarlos é inspirarles sentimientos humanitarios y virtuosos. Dios, que queria convertirlos, tocó el corazon de uno de sus reyes, é hizo nacer en él disposiciones favorables á los cristianos. Como los habia habitantes en los confines de la Hungria, este rey, por medio de un edicto que mandó publicar, les permitió entrar en sus Estados, y quiso que se ejerciesen en su favor los deberes de la hospitalidad. Este primer paso tan bien encaminado le puso en disposicion de conocer la santidad de la religion cristiana, y conducirlo, al fin, á una verdadera conversion,

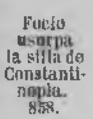
recibiendo el Bautismo con toda su familia. Habiendo tenido un hijo, le hizo bautizar por san Adalberto, obispo de Praga, que le puso el nombre de *Estéban*. Este jóven Príncipe, educado con sumo cuidado, dió desde la niñez muestras de extraordinaria piedad, llegando luego á ser el apóstol de sus súbditos. En cuanto subió al trono se ocupó de los medios de procurar la conversion de su pueblo y establecer el Cristianismo en sus Estados. Algunos de sus súbditos rebeldes, á quienes su adhesion á la idolatría les inducia á tomar las armas, se opusieron á este designio; pero el Rey, lleno de confianza en el auxilio de Dios, marchó contra ellos, llevando en sus banderas y estandartes la imágen de san Martin, que la Hungría ha venerado siempre muy particularmente, por ser la patria del santo Obispo. Habiendo vencido á los rebeldes, consagró á Dios sus territorios, y fundó un monasterio en honor de san Martin. En cuanto vió restablecida la tranquilidad en sus Estados, empleó todos los medios que pudiesen favorecer los progresos del Evangelio; y, para hacerlos mas eficaces, repartia abundantes limosnas y oraba con grande fervor: veíasele á menudo en la iglesia, arrodillado sobre el enlosado, ofrecer á Dios sus gemidos y sus lágrimas. Enviaba á buscar de todas partes operarios evengélicos, y Dios inspiraba á virtuosos sacerdotes la resolucion de dejar su patria para ir á secundar el çelo de un príncipe tan religioso. Hiciéronse innumerables conversiones, y el piadoso Rey tuvo el consuelo de ver desterrada la idolatría de todos sus Estados. Entonces, á fin de consolidar y dar una forma conveniente á la iglesia de Hungría, se dividió en diez obispados, cuya metrópoli era Strigonia, sobre el Danubio, en la que fué colocado arzobispo un santo religioso llamado Sebastian. El Rey envió un obispo á Roma para pedir al Sumo Pontífice la confirmacion de esta institucion ó establecimiento: el delegado no

San Estéban, rey de Hungría. 997-1038.

dejó de referir al Papa todo lo que este príncipe hacia en bien de la Religion. El Soberano Pontífice, al oir expresar el celo y piedad del Rey, llegó al colmo de su alegría, y concedió todo lo que se le pedia. Envió al Rey una corona, y además una cruz para que se llevase delante de él como una señal de su apostolado; y de esto viene el título de *Apostólico* que toman los reyes de Hungría. Al regresar el comisionado, Estéban fué coronado solemnemente con su esposa, princesa de una eminente piedad, que secundaba con todos su poder las buenas obras del santo Rey. El Príncipe tenia una devocion particular á la Madre de Dios, y puso bajo su proteccion su persona y su reino, ejemplo que mas tarde ha sido imitado por el rey Luis XIII, que consagró igualmente á la Madre de Dios su familia y toda la Francia. El fervor de Estéban iba aumentando á medida que se aproximaba el término de su vida. Sintiéndose cercano á la muerte, llamó á los obispos y á los señores de su corte para recomendarles ante todo la conservacion de la religion cristiana en la Hungría. Murió el año 1038; su última voluntad ha sido ejecutada, y la fé jamás se apartó de este reino, que ha dado á la Iglesia un gran número de Santos.

§ II.

Perturbaciones en la iglesia de Constantinopla. (858-1053).


Focio usurpa la silla de Constantinopla. 858.

Continuemos nuestra narracion retrocediendo algunos años. Dios, que por una parte consolaba á su Iglesia con los progresos del Cristianismo en los países del Norte, de otra permitió que fuese turbada con la intrusion escandalosa de Focio en la silla de Constantinopla. Este hombre, igualmente distinguido por su elevado nacimiento que por sus cualidades perso-

nales y por su saber, habia sido honrado por la corte imperial con muchos empleos importantísimos; pero empañó y oscureció sus talentos con su desmedida ambicion y sus engaños y bellaquerías. Era el favorito de César Bardas, tio del jóven emperador Miguel III, y su principal ministro. Bardas, muy desarreglado en sus costumbres, habiendo sido, despues de muchas amonestaciones inútiles, excomulgado por san Ignacio, patriarca de Constantinopla, resolvió perder á este santo Prelado. Como tenia mucho ascendiente en el ánimo del Emperador su sobrino, le persuadió á que desterrase á Ignacio. En seguida empleó todos los medios para determinar al Patriarca á que hiciese dimision de su silla; pero, no habiendo podido conseguirlo, hizo nombrar á Focio, aunque lego, para ocupar el patriarcado, infringiendo de este modo todas las reglas establecidas en la Iglesia. Una promocion tan irregular sublevó y escandalizó todos los espíritus. Los obispos sufragáneos de Constantinopla de ninguna manera quisieron al principio reconocer á Focio por patriarca; mas logróse, al fin, seducir á algunos y desterrar á los otros. Hubiese sido una gran ventaja para Focio que el papa Nicolás le hubiese apoyado con su aprobacion. Le escribió participándole su elevacion á la silla patriarcal: el tramposo nada olvidó para prevenir al Soberano Pontífice en favor suyo; le hacia entender que á su pesar habia sido elegido para ocupar este destino eminente; que se habia resistido con todas sus fuerzas, y que se le habia violentado: únicamente derramando un torrente de lágrimas, decia, que al fin habia consentido en recibir la imposicion de las manos. Añadia que Ignacio se habia retirado de su plena voluntad á un monasterio para terminar en él sus dias en un reposo tranquilo y honorífico; que su vejez y sus enfermedades le habian determinado á tomar esta resolucion. Esta carta iba acompañada de otra del mismo Empe-

rador, que confirmaba todas sus mentiras. Mientras esto sucedia san Ignacio estaba encerrado en una prision infecta, en la que era tratado de una manera indigna. Con el designio de hacerle morir se le acusó de haber conspirado contra el Estado aunque nadie pudo presentar prueba alguna, fué cargado de cadenas, y condenado al destierro en Metelin, en la isla de Lesbos. El Papa, que ninguna relacion habia recibido sobre este asunto de parte de Ignacio, púsose sobre aviso, y nada quiso decidir acerca de la eleccion de Focio sin examinar el negocio con madurez y detenimiento. Tomó, por consiguiente, el partido de enviar á Constantinopla dos legados para que se informasen de los hechos, y luego darle cuenta de todo. Los legados recibieron en el camino regalos y obsequios del Emperador y de Focio, quienes trataban de antemano seducirles. Una vez llegados á Constantinopla les pusieron guardas de vista, y fueron separados de toda comunicacion, á fin de que nadie pudiese instruirles de las violencias que se habian cometido contra san Ignacio. Se les hicieron las mas rigurosas amenazas si no reconocian á Focio por patriarca. Resistiéronse á ello mucho tiempo; pero al cabo fueron forzados á ceder, vencidos por las solicitaciones, por las promesas, y, sobre todo, por las amenazas, y se prestaron á la voluntad del Príncipe.

S. Ignacio de Constantinopla.

San Ignacio, al fin, halló medio de insormar al Soberano Pontífice de todo lo acaecido en Constantinopla. El Papa lamentó la prevaricacion de los legados; condenó lo que se habia hecho; escribió al Emperador y á Focio cartas en las que reconocia á Ignacio por patriarca legítimo, y declaraba nulo el nombramiento de Focio. Pero este interceptó las verdaderas cartas, y las reemplazó con otras falsas, en las cuales hacia decir al Papa que sentia haberle sido contrario, y que, habiendo descubierto por fin la verdad, le prometia una amistad constante. Esta impostura tampo-

Insignes picardías de Focio.

co le salió bien. Entonces este imprudente y desvergonzado falsario probó otra bellaquería que jamás ha tenido ejemplo: supuse un concilio ecuménico celebrado contra el papa Nicolás; dió á esta insigne falsedad todas las apariencias de verdad, á fin de hacerla creer al menos de los extranjeros. Las actas de este pretendido concilio fueron redactadas con tanto cuidado, que podian engañar aun los ánimos mas atentos y á los talentos mas perspicaces. Como el tramposo estaba perfectamente instruido en todo lo concerniente al contenido de los concilios, habia dado á su asamblea imaginaria la forma mas regular: se veian en ella acusadores que pedian justicia contra el Papa, y testigos que afirmaban, bajo juramento, los cargos de acusacion: Focio representaba el papel de defensor del Papa; no queria que se condenase á un Pontífice ausente; pero los Padres del pretendido concilio no se dejaban vencer de las razones que alegaba para defenderle, y Focio, cediendo al fin, aunque con pesar, á su autoridad, pronunciaba contra Nicolás una sentencia de deposicion y de excomunion, El impostor halló algunos obispos bastante corrompidos que firmaron estas actas falsas, y él mismo añadió á ellas casi mil firmas supuestas, entre las cuales figuraban las de los diputados de tres patriarcas de Oriente y de los del Emperador. Todas estas suscripciones era fingidas tambien. Focio tuvo la imprudencia y desvergüenza de enviar estas piezas á Luis el Benigno (Ludovico Pio), rey de Francia, para inducir á este Príncipe á echar á Nicolás de su sede. Dirigió tambien á los Obispos de Oriente una carta circular llena de quejas contra la Iglesia latina. Calificaba en ellas de error la doctrina que nos enseña que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, aunque este dogmo católico hubiese sido enseñado por los Padres griegos lo mismo que por los latinos, y aprobado en muchos concilios. Reprochaba asimismo

á la Iglesia romana algunos puntos de disciplina que él había mirado hasta entonces como legítimos é irreprensibles. Tal fué la semilla oculta que, despues de haber germinado durante largo tiempo, produjo en lo sucesivo un cisma funesto que dura todavía, como veremos bien pronto.

Reposicion de S. Ignacio

Focio no halló en el emperador Basilio el favor que le habia dispensado Miguel su predecesor. El nuevo Emperador, bien distante de proteger al usurpador, reunió en su palacio á los obispos que se encontraban en Constantinopla, y por su consejo separó á focio de la silla arzobispal, y le hizo encerrar en un monasterio. En esta ocasion fué cuando le sorprendieron las actas de falso concilio, cuyo romance habia compuesto este hombre perverso. El ejemplar que se halló en su casa se llevó al Senado, y fué expuesto al público, que se horrorizó de tan extraña impostura. Luego despues de la expulsion del usurpador, Ignacio, patriarca legítimo, volvió á entrar solemnemente en su Iglesia, y, á fin de reparar tantos escándalos, aconsejó al Príncipe que se convocase un nuevo concilio general. El Emperador envió diputados al Sumo Pontífice para rogarle que concurriesen á él sus legados; escribió al mismo tiempo á los tres patriarcas de Oriente y á todos los obispos del imperio invitándoles á que se presentasen al concilio, que efectivamente se reunió en Constantinopla en 869. El papa Adriano II, sucesor de Nicolás, nombró tres legados, á quienes entregó dos cartas, una para el Emperador y otra para el Patriarca. Su entrada en Constantinopla se hizo con la mayor pompa; y estos legados sostuvieron dignamente en todos sus actos y conducta la primacía de la Santa Sede. Ocupaban el primer sitio en el concilio; despues de ellos seguian Ignacio y los diputados de los otros patriarcas de Oriente. Once oficiales generales de la corte asistieron á todas las sesiones para mantener el órden y la libertad de dis-

Octavo concilio ecuménico en Constantinopla. 869.

cusion. Los legados leyeron un formulario de reunion que fué aceptado por todo el Concilio. En él se reconocia la primacía de la Iglesia romana; se pronunciaba anatema contra todas las herejías, contra Focio en particular, y contra todos los que permanecian adheridos á su comunion. Los obispos á quienes la violencia ó el miedo obligó á entrar en el partido de Focio, y que pidieron perdon de su debilidad, fueron generosamente perdonados. Este hipócrita afectó todas las exterioridades de la inocencia, y supo representar el papel de un personaje injustamente oprimido. Á la mayor parte de las preguntas que se le hicieron guardó el mas profundo silencio: cuando se vió obligado á hablar valióse de las mismas palabras que Jesucristo habia pronunciado delante de sus jueces al tiempo de su pasion. Á vista de tan malvada hipocresía el Concilio le hizo salir con indignacion. —La última sesion, á la que asistió el Emperador con sus dos hijos, fué la mas numerosa. Se confirmó en ella todo cuanto contenian los decretos de los papas Nicolás y y Adriano en favor de san Ignacio y contra Focio. Como este usurpador persistiese obstinado, se le anatematizó junto con sus secuaces. El Emperador declaró en seguida que, si alguno tenia que quejarse de las decisiones del Concilio, produjese en el acto sus razones, porque despues de la separacion de la asamblea nadie seria dispensado de obedecer, so pena de incurrir en su indignacion. En fin, fueron escritas á nombre del Concilio dos cartas: una al papa Adriano suplicándole que confirmase con su autoridad los decretos del Concilio, y los hiciese recibir en todas las iglesias de Occidente; y otra dirigida á todos los fieles, exhortándoles á que se sometiesen.

Cisma de Miguel Cerulario. 1053.

Al cabo de cerca dos siglos estalló la division cismática: su autor fué otro patriarca de Constantinopla, llamado Miguel Cerulario. La herida que Focio habia ocasionado á la Iglesia nunca llegó á cicatri-

zarse completamente: el gérmen de los celos se abrigaba en el corazon de los obispos de Constantinopla, quienes veian con pesar ó disgusto la preeminencia de la Silla de Roma, que es la cátedra principal desde donde se enseña á todos los fieles, la cátedra de san Pedro, que Jesucristo ha establecido como fundamento de la Iglesia por estas palabras: *Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* No obstante, Miguel Cerulario, mas fogoso aun que Focio, tuvo la osadía de romper abiertamente con la Iglesia de Roma, y separare de la unidad cuyo centro representa. Á fin de dar algun colorido á esta escision escandalosa, renovó las injustas acusaciones y los frívolos reproches que Focio habia dirigido antes contra los latinos. Prohibió, pues, el que se comunicase con el Papa; hizo cerrar las iglesias de los latinos, y llevó su fanatismo hasta el extremo de volver á bautizar á los que ya lo habian sido por aquellas iglesias. El pontífice Leon IX, informado de este público escándolo, empleó todos sus esfuerzos en ahogar en su cuna un proceder tan indigno, y en calmar los ánimos. Rebatió con sólidas razones todas las infames acusaciones del Patriarca, y le hizo observar que la diferencia de usos y costumbres no es motivo suficiente para romper la unidad de la Iglesia (1). Como deseaba sinceramente la paz, envió tres legados á Constantinopla para que conferenciasen con el Patriarca, y trabajasen por el restablecimiento de la union; entregánles, al efecto, dos cartas, una para el Emperador y otra para Miguel Cerulario. Los legados fueron bien recibidos del Emperador; pero el Patriarca no quiso verles ni hablarles. Indignados de una conducta tan escandalosa, los legados excomulgaron á Miguel

(1) Ciertos escritores profanos de nuestros dias, que por otra parte defienden con celo la Religion, parece que quisieran ponerse sobre este punto en oposicion con el Papa san Leon IX. Podrian estudiar con fruto la antigüedad eclesiástica.

Cerulario, y depositaron, en presencia del clero y del pueblo, el acta de excomunion sobre el altar mayor de la catedral, de la que salieron sacudiéndose el polvo de los piés, y diciendo: «¡Qué Dios lo vea y juz«gue!» Fueron en seguida á despedirse del Emperador, quien vituperaba al Patriarca, pero que no tenia bastante firmeza y resolucion para reprimir sus excesos. Miguel Cerulario, á quien la sentencia de los legados habia puesto furioso, se atrevió, á su vez, á excomulgar al Papa. Esforzóse, con cartas llenas de mentiras, en hacer que los demás patriarcas de Oriente se separasen de la Iglesia romana. Sus imposturas consiguieron resultado con algunos obispos que entraron en sus miras; pero el cisma no fué aun general, y no quedó terminado ó consumado tal como existe hoy dia, hasta pasado un siglo, que los latinos se hicieron odiosos á los griegos apoderándose de la ciudad y del imperio de Constantinopla.

§ III.

Restablecimiento de la disciplina en la Iglesia de Occidente, en el siglo X.

S. Odon de Inglaterra. 969. La Iglesia, á la que el espíritu de Dios no abandona jamás, encuentra en sí misma, en los tiempos de relajacion, un principio de vida que la rejuvenece y la hace adquirir su primitivo vigor. Esta singular prerogativa, que tiene de su divino Fundador, nunca se manifestó con tanta fuerza y esplendor como en medio de los desórdenes del siglo X. En Inglaterra, san Odon fué colocado en la primera silla del reino por la divina Providencia para reparar la disciplina de su Iglesia. En cuanto se le nombró arzobispo de Cantorbery, redactó sábios reglamentos para la instruccion del clero, de los nobles y del pueblo. Era protegido por el rey Edmundo I, quien secundaba las miras del

santo Prelado, y publicó leyes á propósito para restablecer el buen órden (1). Un obispo lleno de celo no puede dejar de hacer mucho bien, mayormente cuando encuentra apoyo en un príncipe religioso. Así fué que Odon reformó un gran número de abusos; y la obra que tan felizmente habia empezado, san Dunstan, su sucesor, la terminó. Este santo Prelado, animado del mismo espíritu, viéndose obligado por su dignidad á velar en todas las iglesias de Inglaterra, recorrió las ciudades de este reino, dando instrucciones á los fieles acerca las reglas de la vida cristiana, y guiándolos á la práctica de todas las virtudes con afectuosas y tiernas exhortaciones. Hablábales con tanta fuerza y uncion, que parecia no podérsele resistir. Era incansable; veíasele sin cesar ocupado en cortar los escándalos, terminar diferencias y disensiones, y apaciguar los ánimos. Nunca se separaba de sus contínuos trabajos sino para dedicarse á la oracion. El objeto principal de su celo era la reforma del clero: inclinó al Rey á que castigase severamente á los que deshonrasen este santo estado con su mala conducta, el que llegó á ser tan intachable y brillante, que las casas mas ilustres de Inglaterra tenian en grande honra poder contar, entre los miembros del sacerdocio, á alguno de su familia. La firmeza de san Dunstan igualaba á su actividad. Uno de los señores mas poderosos de este país casó con su parienta, siendo prohibido por la Iglesia, y no quiso separarse de ella, por mas que se le advirtió hasta tres veces. En vista de su tenacidad é inobediencia, el santo Prelado le privó la entrada en el templo. El Conde fué á quejarse al Rey, y obtuvo del Monarca

S. Dunstan.

---

(1) *Edmundo* era el tercer sucesor de *Alfredo el Grande*, que libertó á la Inglaterra en 878 de la dominacion de los daneses, quienes volvieron un siglo mas tarde á establecerse en la Bretaña bajo el gobierno de Suenon, cuyo hijo, *Canuto el Grande*, es justamente célebre por su sabiduría y rectitud.

una órden dirigida al Arzobispo para que le levantase la censura. San Dunstan, sorprendido de que un rey tan piadoso se hubiese dejado engañar de este modo, exhortó al Conde á la penitencia; mas viendo que este desdeñaba y aun se irritaba de sus exhortaciones, le dijo con firmeza: «Cuando os veré verda«deramente penitente, obedeceré con gusto al Rey; «pero en tanto que seguireis obstinado en vuestro pe«cado, ¡no quiera Dios que ningun hombre mortal «me haga violar su santa ley haciendo despreciables «las censuras!» El vigor y entereza del santo ministro conmovió al culpable en términos de lograrse de él un síncero arrepentimiento; el Conde se sometió, y no solo renunció á esta alianza ó union ilícita, sino que, celebrándose entonces un concilio nacional, presentóse descalzo en medio de la asamblea, vestido de ropas groseras, y con un haz de varas en la mano en señal de sumision. Se arrojó á los piés de su prelado, quien mezclando las lágrimas con las del penitente, le dió la bendicion levantando su excomunion. — La firmeza apostólica de san Dunstan se manifestó poco tiempo despues con mas esplendor. El Rey tan religioso como era, cayó en un gran crímen; y el santo Obispo en cuanto lo supo fué inmediatamente á encontrarle, y le representó con fuerza la enormidad de su pecado. Penetrado el Príncipe de sus representaciones, le preguntó con lágrimas lo que debia hacer para obtener el perdon, y el santo Arzobispo le impuso una penitencia, que el Rey cumplió en toda su extesion.

S. Bruno en Alemania

En el mismo tiempo otros ilustres y piadosos obispos, secundados poderosamente por el emperador Oton el Grande, trabajaron con el mismo feliz éxito en la reforma de los abusos en Alemania; pero ninguno lo hizo con tanta eficacia como san Bruno, arzobispo de Colonia, hermano de este Príncipe. Bruno habia recibido una educacion conveniente á su naci-

miento. Desde la edad de cuatro años fué enviado á Utrecht, donde el obispo Baudri, sábio de primer órden, habia reunido excelentes maestros para enseñar á la juventud. Hizo grandes progresos en las ciencias; pero mas grandes los hizo aun en la virtud. Su piedad nada perdia por su aplicacion al estudio: asistia constantemente á los divinos oficios, y su recogimiento edificaba á todos los que le veian. Las menores irreverencias en el culto de Dios inflamaban su celo. Un dia que vió á su hermano, el príncipe Enrique, entretenerse hablando con Conrado, duque de Lorena, durante el santo sacrificio de la misa, les amenazó con la cólera del cielo. Bastaba para obtener sus favores ser amante de la Religion, y apoyaba con su proteccion todas las empresas que tenian por objeto la gloria de Dios. Vuelto á la corte, no halló en ella sino estímulos que excitaban á la piedad; porque era entonces una escuela de virtudes reales y cristianas. Santa Matilde, madre del Emperador, el mismo Oton, y Adelaida su esposa, daban con la regularidad de su conducta lecciones elocuentes de religion y de piedad á los cortesanos que les rodeaban. Así es que cuando los escándalos se multiplicaban, Dios daba á su Iglesia reyes santos que la consolaban en su afliccion. Bruno se dispuso al gobierno episcopal empezando con el de algunos monasterios, en los que se señaló su sabiduría, conduciéndolos á una exacta disciplina. Elevado en seguida á la silla de Colonia, dió mayor extension á su celo, y se dedicó asiduamente á hacer reflorecer la piedad en toda la Alemania. Fué su primer cuidado el de restablecer en toda su diócesis la paz y la concordia, y que los divinos oficios se celebrasen con la decencia conveniente. El Emperador su hermano, al marcharse para Italia, le confió durante su ausencia la administracion de su reino. Bruno supo desempeñar tan fielmente este cargo, que unia perfectamente los debe-

res de un princie con los de un obispo. No se sirvió de su autoridad sino para formar buenos establecimientos, proteger á los débiles, socorrer á los pobres, intimidar á los malos, y animar á los hombres de bien. Hizo edificar y reparar tambien un gran número de iglesias y de monasterios. Anunciaba la palabra de Dios y explicaba las Escrituras á su pueblo con mucha frecuencia; pero su principal cuidado consistia en colocar en las provincias, donde se habian introducido la relajacion y los abusos, obispos sábios y virtuosos, persuadido de que el medio mas poderoso para corregir los vicios y atraer los pueblos á sus deberes consiste en las instrucciones, y sobre todo en los ejemplos de sus pastores.

Nada influyó tanto en Francia á restablecer la disciplina como la fundacion del célebre monasterio de Cluny, que fué como un semillero de hombres apostólicos. Esta Congregacion debe su orígen al celo del virtuoso Bernon, que fué su primer abad. Nacido de una de las mas ilustres familias de Borgoña, abrazó el estado monástico en la abadía de San Martin de Autun. Poco tiempo despues fué sacado de ella para gobernar un monasterio de la Borgoña, en el que estableció la mas exacta regularidad y la mas perfecta observancia. Algunos oficiales de Guillermo, duque de Aquitania, habiendo pasado por esta casa ejemplar y edificante, hicieron de ella á su regreso tan grande elogio al Duque, que este concibió el proyecto de establecer sobre este modelo un monasterio en sus tierras, y confiar su gobierno al santo Abad. Invitó, pues, á Bernon á que fuese á verle á Cluny, una de las tierras que pertenecian al Duque. Bernon se trasladó allí en efecto con san Hugo, monje entonces de san German de Autun, y su amigo particular. El Duque los recibió con bondad, y habiéndoles declarado la resolucion que tenia hecha de hacer levantar un monasterio en sus dominios, les encargó que eli-

S. Bernon en Francia. 910.

giesen un sitio á propósito para este nuevo establecimiento. Los dos santos religiosos, encantados de la posicion que ocupaba Cluny, le respondieron que ninguno encontrarian mas á propósito que este lugar. El Duque les dijo desde luego que no podia pensarse en edificarlo allí, porque era donde tenia su jauría para la caza. «Pues bien, señor, dijo con agrado Ber«non, echad los perros y recibid en su lugar á los «monjes.» El Duque al cabo consintió en ello de buena voluntad, y deseó que el monasterio fuese dedicado á san Pedro y san Pablo. Al instante hizo extender la escritura de fundacion, que se conserva todavía, en la que expone los motivos que le han inducido á hacerla. «Queriendo, dice en ella, emplear en «un santo uso los bienes que Dios me ha dado, he «creido deber buscar la amistad de los pobres de Je«sucristo, y perpepetuar esta buena obra fundando una «comunidad. Doy, pues, por amor de Dios y de Jesu«cristo nuestro Salvador, mi tierra de Cluny, para «edificar en ella en honor de san Pedro y san Pablo «un monasterio, que sea para siempre un refugio en «el que, los que salgan pobres del siglo, encuentren «en el estado religioso los tesoros de la virtud.» La intencion del piadoso fundador fué cumplida: esta comunidad produjo infinitos bienes, y se distinguió por su disciplina y rigurosa observancia, é igualmente por el mérito extraordinario de los abades que la gobernaron. De esta santa casa se extendió el espíritu de la vocacion religiosa al cabo de poco tiempo por toda la Francia. El santo Abad no destinó al principio mas que doce monjes en el monasterio de Cluny: pero eran todos de tan virtuoso fervor, que se extendia muy léjos la reputacion de su santidad. Bien pronto se establecieron otros monasterios bajo el mismo régimen, y el santo Abad llegó á gobernar siete á la vez. Esta célebre casa ha dado grandes papas á la Iglesia, y ha producido muchos santos obispos,

que han renovado el espíritu del Cristianismo en las diferentes diócesis de la Francia.

S. Odon de Cluny. 938. San Odon, que sucedió al bienaventurado fundador, concluyó el establecimiento de la nueva Congregacion, y le dió la última forma. Odon habia nacido en el país de Maine de una familia noble. Hizo sus estudios en París, dondo, á pesar de la desdicha de los tiempos, se habia perpetuado la doctrina por una sucesion no interrumpida de excelentes maestros. Deseando consagrarse á Dios, tomó la resolucion de ir á Roma, con la esperanza de encontrar alguna comunidad fervorosa en la que pudiese adelantar en la virtud. Pasó por Borgoña, y su corazon se impresionó profundamente al ver la piedad que reinaba en el monasterio de Cluny. Habiendo hallado, pues, en Francia lo que iba á buscar en Italia, se quedó en esta casa, y pidió ser admitido en el número de sus religiosos. No se tardó mucho tiempo en conocer y descubrir las grandes cualidades del nuevo profeso ; así es que le fué confiado el cuidado de la juventud que se educaba en el monasterio. La manera con que se condujo en el desempeño de este importante empleo, los talentos y las virtudes que todos admiraban en él hicieron nacer el deseo de tenerle por abad. Odon resistió mucho tiempo, y no se rindió sino cuando expresamente se lo mandaron los obispos, quienes se vieron tambien obligados á amenazarle con la excomunion para vencer su resistencia. Cedió, en fin, y recibió la bendicion abacial. El monasterio de Cluny bajo su gobierno se distinguió por la exacta observancia de la regla, por la emulacion de la virtud que animaba á todos los religiosos, por el estudio de la Religion, y por la caridad que se ejercia con los pobres. Esta edificante regularidad atrajo á Cluny un gran número de sujetos distinguidos por su nacimiento y por sus dignidades. No solamente concurrian allí láicos de la clase mas elevada para hacer pe-

nitencia, sino tambien obispos que dejaban sus iglesias para abrazar la vida monástica. Los condes y duques se apresuraban á someter los monasterios de su dependencia á la direccion del de Cluny, á fin de que el santo Abad introdujese en ellos su reforma: y bien pronto Odon no se limitó al gobierno de su comunidad, sino que trabajó con incansable celo en el restablecimiento de la disciplina en toda la Francia, y aun en Italia, á donde fué llamado por los Soberanos Pontífices. Esta empresa costó al santo Abad inmensos trabajos; pero el buen resultado le consoló, y nunca se vió mejor lo que el celo de un solo hombre puede procurar de gloria á Dios, cuando es sostenido por la santidad y conducido por la prudencia.—Los sucesores de Odon heredaron sus virtudes y su celo: Mayolo, Odilon, Pedro el Venerable y Hugo edificaron la Iglesia toda con sus virtudes y el brillo de su santidad, y dieron la última mano á la grande obra de la reforma. Por sus cuidados y sus ejemplos se vió renacer el fervor religioso en todos los monasterios. El bien que por sí mismos hicieron inspiró á otros el deseo de imitarles. San Gerardo restableció la disciplina regular en la Bélgica, y Adalbenon, obispo de Metz, en la Lorena consiguió el mismo resultado.

Celo de sus sucesores

El papa san Leon IX se aplicó por su parte á reparar con ardor las brechas causadas á la disciplina eclesiástica. Atacó principalmente dos vicios, la simonía y la incontinencia, que afligian entonces á la Iglesia. Hizo con este objeto muchos viajes á Francia y á Alemania, sin que le detuvieran ni los obstáculos ni los peligros. Reunió concilios y mandó redactar sábios reglamentos á fin de extirpar estos vicios. Todos los que se hallaron culpables fueron depuestos; y cuando no querian someterse á este juicio, se fulminaba contra ellos la excomunion.—Los sucesores de este santo Pontífice siguieron sus mismas huellas, y no tuvieron menos firmeza que él para reformar las

Reforma del clero. 1050.

costumbres del clero. Su celo fué maravillosamente secundado por un santo personaje que la Providencia parece haber suscitado. en aquellos desgraciados tiempos, para oponerse á los desórdenes. San Pedro Damian, que hizo á la Iglesia este servicio importante, nació en Italia en la ciudad de Ravena. Abandonado de sus padres, fué educado por una mujer caritativa, que le hizo las veces de madre. Dios, que lo tenia destinado para grandes cosas, le procuró despues medios de instruirse. Adelantó igualmente en las ciencias y en la virtud : unia al estudio grandes mortificaciones; ayunaba, velaba y oraba mucho. Al fin renunció enteramente al mundo. y abrazó la vida religiosa en el monasterio de Fontavella en Umbría, en el que los solitarios vivian en celdas separadas, únicamente ocupados en la oracion y en la lectura. Á excepcion del martes y jueves que comian algunas legumbres, los demás dias de la semana se alimentaban de solo pan y agua. Pedro, por su fervor en todos los ejercicios de la penitencia, fué para los demás solitarios una regla viva, y un modelo perfecto de todas las virtudes. Los Papas, viendo, la utilidad que podia reportar la Iglesia de los dones de piedad y de ciencia con que Dios le babia dotado, le elevaron á las primeras dignidades eclesiásticas, haciéndole cardenal y obispo de Ostia. Entonces trabajó con un celo infatigable y con santa libertad en combatir la relajacion y poner en vigor las leyes sagradas de la Iglesia. Habiendo sido empleado en muchas legaciones, nada olvidó para reprimir los escándalos, corregir los abusos, y restablecer en todas partes una exacta disciplina. La reforma de las comunidades eclesiásticas, que se hizo en un concilio celebrado en Roma durante el pontificado de Alejandro II en el año 1063, fué uno de los frutos debidos á su celo.—Desde el siglo IV existian comunidades de clérigos que nada poseian en propiedad y vivian reunidos bajo la autoridad del obispo.

S. Pedro Damian.

Canónigos regulares

En medio de las ciudades practicaban, tanto como sus funciones se lo permitian, la vida solitaria, el abandono del mundo, y las mayores austeridades. Esta institucion mereció los elogios de san Ambrosio, que habló de ella en estos términos: «Esta es una «milicia toda celestial y angélica, ocupada dia y no«che en cantar las alabanzas de Dios, sin desatender «por esto á los pueblos confiados á sus cuidados. Tie«nen siempre el espíritu ocupado en la lectura y en el «trabajo. ¿Hay nada, por ventura, mas admirable «que esta vida, en la que la penitencia y la austeri«dad del ayuno se hallan compensadas por la paz del «alma, sostenidas por el ejemplo, endulzadas con la «costumbre, y embelesadas con santas ocupaciones? «Esta vida, ni se ve turbada por los cuidados tempo«rales, ni distraida por la confusion y enredos del si«glo, ni estorbada por las visitas de gentes ociosas, «ni relajada ni entibiada por el comercio de las per«sonas de mundo.» San Agustin no las tenia en menos estima, como puede verse en los dos discursos que compuso sobre la excelencia de la vida comun, y que han servido de base á la regla de los canónigos. Esta disciplina se fué debilitando poco á poco, y aun se habia casi aniquilado con las incursiones de los bárbaros, que en el siglo X arruinaron las iglesias. Fué vuelta á su primera perfeccion en tiempo de san Pedro Damian, y los que despues la siguieron se llamaron *canónigos regulares.*

Fundacion del Órden de los Cartujos por S. Bruno. 1084.

Algunos años mas tarde vióse nacer una nueva Órden de solitarios, que con grandes ejemplos de santidad, una vida de recogimiento, de mortificacion y de oraciones, debian constantemente llenar los pueblos de edificacion y honrar la Religion. San Bruno, que fué su fundador, habia nacido en Colonia. Desde su infancia se distinguió por sus grandes disposiciones á la piedad, que con la edad siguieron desarrollándose; no fueron menos sensibles sus progresos en

las ciencias; llegó á ser en teología un sábio tan consumado, que pasaba ó era tenido por uno de los mas grandes doctores de su tiempo. Fué rector de los estudios mayores, y canciller en la iglesia de Reims; pero temiendo los peligros á que se halla uno expuesto en el mundo, formó la resolucion de vivir en la soledad, y en ella consagrarse á la penitencia. Participó su designio á algunos de sus amigos, y les inspiró los mismos sentimientos. Se dirigieron á san Hugo, obispo de Grenoble, que les guió á un horrible desierto de su diócesis, llamado la *Cartuja*, en el que se estableció san Bruno con sus compañeros. Vióse entonces reaparecer en Francia las maravillas que en otro tiempo habian asombrado á la Tebaida. Estos nuevos solitarios mas bien eran Ángeles que hombres, dice un autor contemporáneo, que describe su género de vida en estos términos: «Cada uno tiene su celda separa«da de la de los demás, y recibe un pan y algunas «legumbres de una sola especie para alimento de to«da la semana; pero el domingo se reunen y pasan «juntos este santo dia. Visten un hábito muy senci«llo, y llevan debajo de él un cilicio. Todo es pobre «entre ellos, hasta la iglesia, en la que, exceptuan«do un cáliz, no se ve plata ni oro. Guardan un si«lencio tan exacto, que no piden sino por señas las «cosas de que tienen absoluta necesidad. No viven «sino del trabajo de sus manos, que de ordinario con«siste en la copia de libros,» lo cual les bastaba en aquel tiempo, porque no se conocia aun la imprenta. —La fama de su santidad, extendiéndose por todas partes, dispertó á los hombres de su letargo, y movió á muchos á imitarlos. Vióse entonces á personas de toda edad y de toda condicion correr al desierto para abrazar en él la cruz de Jesucristo, y bien pronto se formaron monasterios en diferentes países. Apenas hacia seis años que se habia fundado esta santa sociedad, cuando el papa Urbano II obligó á san Bruno á

que fuese á Roma para que le ayudase con sus consejos en los negocios eclesiásticos; pero los embarazos de una vida tumultuosa le hicieron bien pronto echar de menos su querida soledad y solicitar su regreso á ella. El Soberano Pontífice, para fijarlo á su lado, quiso inútilmente nombrarle arzobispo de Regio. El siervo de Dios no hizo, en vista de esto, sino apresurarse á solicitar el permiso de retirarse. Habiéndolo, al fin, obtenido, pasó á la Calabria, donde fundó un monasterio con algunos compañeros que en Italia se le habian unido. Permaneció en él el resto de su vida ejercitándose en la oracion y en la penitencia. Cuando conoció que su fin estaba cercano, reunió su comunidad, é hizo su profesion de fé en estos términos: «Creo en los Sacramentos de la Iglesia, «y en particular que el pan y el vino consagrados so«bre el altar son el verdadero cuerpo de Nuestro Se«ñor Jesucristo, su verdadera carne y su verdadera «sangre, que nosotros recibimos en perdon de nues«tros pecados, y con la esperanza de alcanzar por su «medio la vida eterna.» El espíritu del santo fundador vive aun entre sus hijos; su Orden, por una rara fidelidad, en nada ha degenerado de su primitivo fervor; despues de ochos siglos que hace que subsiste, nunca ha tenido necesidad de reforma.—Esta declaracion de fé que hizo relativa á la Eucaristía, la motivaba entonces la herejía de que vamos á hablar.

Antes de ocuparnos de esta herejía, permítasenos, por lo que interesa á las glorias de la Iglesia de España, suspender la traduccion.

Si las naciones extranjeras presentan monjes virtuosos durante estos dos siglos, nuestra patria puede presentarles tambien un catálogo no menos célebre y numeroso. Los santos Domingos de Silos, y de la Calzada, García, Juan de Ortega, Iñigo de Oña, Li- Santos y célebres monjes, obispos, anacoretas, etc., españoles de aquella época.

ciniano, Veremundo y Sisebuto, son bastantes para poner en buen lugar nuestras glorias religiosas. Si no influyeron como los Cluniacenses en la marcha de los negocios de la Iglesia, si acaso sus virtudes no son conocidas tan generalmente, no es por falta de grandeza y heroismo, sino porque aislada entonces todavía nuestra nacion del resto de Europa, ni participaba de sus vicios, ni de sus virtudes. Las oleadas de la tempestad, que rugia por fuera, llegaban á nuestro país cual marea que agita las aguas dentro de una ensenada.

Tambien puede presentárseles santos obispos celosos por la disciplina é incansables en las reformas. Á otros que, como Ansurio, obispo de Orense, dejando su silla, se retiró á morir al célebre y austero monasterio de Ribas de Sil, acabado de fundar por el venerable abad Franquila que hacia en él austerísima penitencia. Al venerable Pedro de Moroncio, obispo de Iria, á quien algunos Martirologios han apellidado Santo, y otros escritores antiguos le han atribuido la invencion de la tierna plegaria que dirigimos á la Vírgen, conocida por la *Salve Regina.* Á los anacoretas Froilan y Atilano, que ocuparon respectivamente las sillas de Leon y Zamora. Mozárabe el último, abandonando á Tarazona su patria, habia venido á las montañas de Leon en busca de mayor austeridad y retiro. Asociado allí á su maestro san Froilan, edificaron la comarca con sus virtudes, y fundaron el monasterio de Moreruela á las márgenes del Ezla, de donde en breve fueron sacados para regir, este la silla de Leon, y san Atilano la de Zamora, mereciendo esto por sus virtudes y milagros ser uno de los primeros canonizados por la Santa Sede, ocupada entonces por Urbano II. *(El Traductor.)*

§ IV.

Herejía de Berengario.—Querella de las investiduras.

Durante el siglo XI, Berengario, Arcediano de Angers, atrevióse á atacar el misterio de la Eucaristía, y enseñar que el cuerpo y la sangre de Jesucristo no se hallan realmente en él, sino en figura. Al instante se levantó una reclamacion general contra esta doctrina, que era contraria á la creencia constante de toda la Iglesia. Los doctores católicos refutaron con celo esta nueva impiedad; y en todas partes se escribió en defensa de la verdad. Lanfranc, arzobispo de Cantorbery, y Adelman, obispo de Bresa, dirigieron cartas al novador para probar de conducirle á mejores sentimientos. «Os conjuro, le decia Adelman, á «que no turbeis la paz de la Iglesia católica, en cuya «defensa han combatido tantos miles de Mártires y «tantos santos y sábios doctores. Nosotros creemos «que el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de «Jesucristo se hallan realmente en la Eucaristía. Tal «es la fé que ha tenido desde los primeros tiempos y «tiene aun hoy dia la Iglesia que está extendida por «toda la tierra y lleva el nombre de católica. Todos «los que se dicen cristianos, se glorian de recibir en «este Sacramento la verdadera carne y la verdadera «sangre de Jesucristo: preguntad, pues, á todos los «que conocen nuestros Libros santos, interrogad á «los griegos, á los armenios, á los cristianos de cual«quiera nacion, y todos confiesan que esta es su creen«cia.» Establece en seguida la verdad del dogma católico por las palabras de la Escritura; y como Berengario contestaba que no podia comprender de qué manera el pan se convierte en el cuerpo de Jesucristo, Adelman añadia: «El justo que vive de la fé, nun«ca examina la palabra de Dios, ni trata de compren-

Herejía de Berengario. 1050.

«der por la razon lo que es superior á toda razon; «prefiere creer los misterios celestiales para recibir «un dia la recompensa de su fé, que esforzarse in- «útilmente en querer comprender lo que es incom- «prensible. Es tan fácil á Jesucristo cambiar el pan «en su cuerpo, como el agua en vino, y crear la luz «con la fuerza de su palabra.» Para hacer callar á este novador se celebró un concilio en París, en el que fueron leidas las cartas que él escribió sobre este asunto. No pudo oirse sin horror la doctrina que contienen. El concilio expresó su indignacion contra el autor, y le condenó unánime. El Papa Nicolás II convocó otro concilio en Roma. Berengario compareció en él, y no se atrevió á sostener su error: prometió suscribir la profesion de fé que el concilio redactase. Estaba concebida en estos términos: «Anatematizo «todas las herejías, señaladamente la de que he sido «acusado. Protesto de corazon y de boca que yo ten- «go tocante á la Eucaristía, la fé que el Papa y el «concilio me han prescrito segun la autoridad de los «Evangelios y del Apóstol, á saber, que el pan y el «vino que se ofrecen sobre el altar son, despues de «la consagracion, el verdadero cuerpo y la verdadera «sangre de Jesucristo.» Berengario confirmó con juramento esta misma profesion de fé, y arrojó al fuego los libros que habia escrito conteniendo sus errores.—Algun tiempo despues se observó que variaba, y sostenia que la sustancia del pan no se cambiaba en la del cuerpo de Jesucristo, sino que quedaba unida al cuerpo de Nuestro Señor. Este era el último atrincheramiento del heresiarca; pero la Iglesia, que sigue constantemente las herejías paso á paso para condenar todos los errores á medida que se van manifestando, despues de haber establecido de una manera tan terminante y segura la presencia real en la primera profesion de fé, propuso una segunda, en la que se expresaba mas distintamente el cambio de sus-

tancia. Berengario la suscribió tambien, y confesó que el pan y el vino cuando se consagran son, por la virtud omnipotente de las palabras de Jesucristo, convertidos sustancialmente en la verdadera y propia carne y sangre de Nuestro Señor, de suerte que el cuerpo que en la Eucaristía se recibe es el mismo que nació de la Vírgen María, que fué clavado en la cruz, y que está sentado á la diestra de su Padre. Así es que Berengario se condenó á sí mismo segunda vez. Esta herejía. anatematizada por su mismo autor, fué aniquilada por entonces, y no reapareció sino algunos siglos despues, cuando los protestantes la renovaron.

Querella de las investiduras. 1073.

Pasado algun tiempo, Enrique IV, emperador de Alemania, que reinó desde **1050** á **1106**, dió lugar á una querella ó disputa que causó grandes males á la Iglesia y al imperio. Era costumbre establecia entonces en Alemania que el emperador pusiese en posesion de sus beneficios á los obispos y á los abades, dándoles el cayado y el anillo; y á esto se llamaba *el derecho de investidura.* Enrique IV no se contentaba con seguir esta costumbre, sino que en esta ocasion hacia un tráfico escandaloso y vergonzoso de las dignidades eclesiásticas. confiriéndolas no á los mas dignos, sino á las que le ofrecian mas dinero. El papa san Gregorio VII, lleno de celo por la disciplina eclesiástica, quiso cortar este abuso. Como el anillo y el cayado pastoral son el símbolo del poder espiritual, que no puede ser conferido por los legos ó seglares, condenó el mismo la costumbre de las investiduras, y amenazó de excomunion á todos los que las confiriesen y las recibiesen de esta manera. El Emperador no se rindió por eso á esta amenaza, y, perseverando en su denegacion, fué excomulgado. El Papa no se contentó solo con esta pena espiritual, sino que declaró tambien á Enrique despojado de la dignidad imperial, y á sus súbditos libres y absueltos del ju-

El papa S. Gregorio VII.

ramento de fidelidad. Esta conducta del Sumo Pontífice tomó orígen y se apoyó en el derecho público de aquel tiempo, en que generalmente se acordaba á los Papas de Roma el poder de deponer los príncipes que ellos juzgaban indignos de gobernar. La sentencia del Papa animó y excitó á la rebelion á algunos señores que estaban descontentos del Gobierno, y se aprovecharon de ella para satisfacer sus resentimientos ó sus ambiciones: elevaron al trono del imperio á Rodolfo, duque de Suabia, quien se hizo consagrar en Maguncia ocho dias despues de su eleccion. Este Príncipe, habiendo levantado en seguida un ejército, ganó una batalla contra Enrique, pero este primer resultado no se sostuvo, y Rodolfo en una segunda accion fué muerto. Enrique, hallándose entonces en estado de vengarse del Papa, pasó á Italia, hizo deponer á san Gregorio y colocar en su lugar á Guiberto, arzobispo de Ravena, que tomó el nombre de Clemente III. Despues de un sitio de dos años se apoderó de Roma en 1084, y san Gregorio, encerrado en el castillo de San Angelo, no tuvo otro recurso que el de reclamar el socorro de los feudatarios de la Iglesia, los normandos de Italia, quienes, al mando de Roberto Guiscardo, acababan de someter la Pulla, la Calabria y la Sicilia. El Papa, protegido por estos guerreros, pudo tomar el camino de Salerno, en donde murió el año siguiente 1085, renovando la excomunion contra el Emperador y su antipapa, y pronunciando estas bellas palabras que resumen toda su vida. *He amado la justicia y odiado la iniquidad, y por esta causa muero en el destierro.* Tuvo por sucesor á Desiderio, abad de Monte Casino, que tomó el nombre de Víctor III, y fué puesto en posesion de su dignidad de la manera mas solemne en Roma el mismo año de la muerte de Gregorio VII, despues que se hubo arrojado de la Santa Sede al antipapa Guiberto. —La venganza divina prosiguió al culpable Enri-

que IV: largo tiempo vencedor de sus enemigos, encontró en su propia familia terribles abversarios. Conrado, su hijo primogénito, sostuvo contra él una lucha de ocho años; apenas acababa este de morir, cuando Enrique V, el segundo de sus hijos, tomó á su vez las armas contra su padre, y despues de haberle encerrado en una ciudadela, de la que se escapó, le dejó morir en Lieja en el mas grande abandono y aun en la miseria. Tal fué el fin deplorable de un príncipe que, por los recursos de su genio y de su valor, supo librar ó recibir hasta el número de sesenta y seis combates, de las cuales salió victorioso todas las veces que no se le hizo traicion, pero que su pasion brutal por los placeres, su desprecio por la Religion, su tráfico sacrílego de los bienes eclesiásticos, su crueldad y su perfidia le merecieron bien su desgraciada suerte.

Reflexiones sobre los desórdenes del siglo X.

La segunda invasion de que hemos hablado, que tuvo lugar durante el siglo X, llevó tantos desórdenes á la disciplina, dió lugar á tantos escándalos, aun de parte de quienes debian ser los modelos de los pueblos al mismo tiempo que sus pastores, que se ha creido poder servirse contra la religion de lo que refiere la historia con este motivo; los impíos; han hallado en ello un manantial inagotable de calumnias contra la Iglesia. Pero estos escándalos, en lugar de quebrantar nuestra fé, deben al contrario servir para afirmarla: jamás pareció mas sensible que la mano de Dios es la que sostiene la Iglesia, y no la de los hombres. Porque si la Iglesia hubiera sido una obra humana, el siglo X hubiera sido su tumba. Esta observacion, que con demasiada frecuencia se pierde de vista, es aplicable á otras muchas épocas de la historia eclesiástica. En medio de todos los desórde-

nes, vemos la fé mantenerse siempre pura; los hombres no fueron perversos sino porque dejaron de ser consecuentes con los principios cristianos que profesaban. Dios no permitió entonces que en la enseñanza pública se cometiese el menor atentado contra la moral cristiana ni contra la cre ncia católica. Nunca ha dejado de reclamarse contra los vicios y los abusos; se renovaban en todos los concilios las leyes de la disciplina, y se hacian los mayores esfuerzos para restablecer su observancia. La divina Providencia hizo mas: suscitó ilustres Santos que se opusieron con celo al torrente de la iniquidad. En fin, la Iglesia ha tenido bastante fuerza, no solamemte para curar las heridas que habia recibido de parte de los bárbaros, sino tambien para convertir aun á estos nuevos perseguidores y someterlos al yugo del Evangelio. Las naciones feroces que habian derribado el imperio roromano, léjos de destruir la Iglesia, han sido conquistadas por ella misma. Es verdad que se ha necesitado mucho tiempo para dominar los restos de su barbarie innata, y disipar la ignorancia que habian arrastrado consigo; mas Dios hizo triunfar, al fin, á la Iglesia de la ignorancia y de la barbarie, del mismo modo que había triunfado de las persecuciones y de las herejías. Las ciencias y las artes hallaron un asilo entre el clero y en los monasterios. Los palacios episcopales y las comunidades religiosas se convirtieron en escuelas públicas, donde se conservó el gusto por los estudios y el amor á las ciencias. Mientras que los nobles, educados en la carrera de las armas, miraban con menosprecio el cultivo de las letras, los clérigos y los monjes se ocupaban en copiar las obras antiguas que habian podido quitar de manos de los bárbaros. Estos preciosos monumentos se hubieran perdido para siempre, si la Iglesia no se hubiese tomado el cuidado de transmitirlos á la posteridad. En su seno es donde han vuelto á renacer y á alumbrar

estas pequeñas centellas de las letras; á la Religion es, pues, debida no solamente la tradicion constante y continuada de las virtudes que regulan nuestra creencia y nuestras costumbres, sino tambien el renacimiento de las letras, el retorno á Europa de las ciencias y de les bellas artes.

CAPÍTULO SEXTO.

Desde la primera Cruzada, hasta la muerte de san Luis (1095-1270).

---

§ I.

Historia de la primera Cruzada. (1095-1099).

Un espectáculo grande y bello va á desarrollarse ante nuestros ojos. La Europa entera se levanta como un solo hombre y se precipita sobre el Asia para arrancar á los infieles el sepulcro de Jesucristo. Esta el la época de las Cruzadas. Los árabes habian extendido sus conquistas hasta á las puertas de Constantinopla; el Egipto y una parte del África les estaban sometidos; habian formado tambien establecimientos considerables en España; cuando una tribu salida del Turquestan, la de los turcos Seldjucides, empezó por someter á los emires ó jefes orientales, y despues fué insensiblemente derribando en todas partes la raza árabe para ponerse en su lugar, Estos nuevos conquistadores se apoderaron de Jerusalen en 1086, y ejercieron contra los cristianos del pais, y lo mismo contra los numerosos peregrinos que afluian de todas las partes del mundo á los Santos Lugares, las mas horribles crueldades. Hacia mucho tiempo

Toma de Jerusalen por los turcos.

tambien que los emperadores de Oriente, á quienes estos infieles habian despojado de sus mas ricas posesiones, reclamaban el socorro de los occidentales sin poder obtenerlo. Entonces reinaba en Francia el rey Felipe I, tercer sucesor de Hugo Capeto (1060-1108), príncipe entregado á los desórdenes mas escandalosos, y demasiado entretenido en sus placeres para ocuparse de los intereses de la Religion. En Alemania vivia aun el emperador Enrique IV. El trono de Inglaterra estaba ocupado por *Guillermo el Bermejo* (1087-1100), hijo de Guillermo el Conquistador, y bastante tenia que hacer para poder afirmar su poder en este reino. La España, oprimida en gran parte por los moros y los árabes, empezaba apenas á levantarse de sus ruinas, y se veia forzada á luchar constantemente contra sus enemigos. La Italia estaba desgarrada por las facciones interiores. Era, pues imposible en circunstancias tales que los latinos pensasen en llevar á Oriente el apoyo que se les pedia. Pero lo que no podia hacer la política, lo hizo por sí sola la Religion, y lo que los mas poderosos príncipes del siglo XI no se atrevieron á emprender, un pobre monje lo intentó, no teniendo para ello otro recurso que su palabra vehemente y el nombre de Dios de los ejércitos. Pedro el Ermitaño, sacerdote de la diócesis de Amiens, habiendo hecho la peregrinacion á Jerusalen, le afligió sensiblemente ver los Santos Lugares profanados por los infieles. Conferenció sobre ello con Simon, patriarca de Jerusalen, y en las conversaciones que tuvieron con este objeto concibieron el designio de libertar á Palestina de la servidumbre en que gemia hacia ya diez años. Convinieron en que el Patriarca escribiera al Papa, y que Pedro, al entregarle la carta, procuraria hacer que este proyecto mereciese su aprobacion. Pedro pasó á Italia, se presentó al papa Urbano II, y le hizo una pintura lastimera del estado deplorable en que se ha-

Estado del Occidente al fin del siglo XI.

Pedro el Ermitaño. 1093.

llaba la Tierra Santa. Urbano quedó tan vivamente afectado, que resolvió invitar á los príncipes cristianos á que reuniesen sus fuerzas para libertarla. Convocó, al efecto, un concilio en Clermont, al cual concurrieron muchos príncipes. Habló de él en una manera tan patética, que los concurrentes prorumpieron en lágrimas y exclamaron todos á una: *¡Dios lo quiere!* Estas palabras, que repitió acorde todo el mundo como inspirado del cielo, parecieron de feliz agüero y fueron en lo sucesivo el grito de guerra. La mayor parte de los que se hallaban presentes se alistaron para esta expedicion, y tomaron por distintivo y prueba de enganche una cruz de paño encarnado puesta al lado derecho; lo que les hizo dar el nombre de *Cruzados.* Al mismo tiempo los obispos predicaron la cruzada en sus diócesis con un éxito que sobrepujó sus esperanzas. pedro el Ermitaño recorria las provincias para animar los espíritus á esta grande empresa. Su celo, su desinterés y su vida penitente le daban la apariencia y la autoridad de un profeta. Pronto se puso en movimiento toda la Francia, toda la Italia, toda la Alemania (1): vióse á los grandes y á los pueblos apresurarse igualmente en tomar la cruz. Lo que hubo de mas edificante en este movimiento general fué que las enemistades y las guerras particulares, que entonces estaban encendidas en todas las provincias, cesaron y se extinguieron de repente. Parecia que la paz y la justicia se habian apoderado de toda la tierra, á fin de preparar á los hombres á la guerra santa. Entre los señores franceses que se cruzaron, fueron los mas distinguidos Godofredo de Bullon, duque de Lorena; Hugo el Grande, conde del Vermandois; Raimundo, conde de Tolosa; Ro-

---

(1) La España no podia, porque tenia mucho que hacer en su casa contra sus eternos enemigos los musulmanes. (*El Traductor).*

berto, conde de Flandes, y Roberto, duque de Normandía (1). Héroes de carácter, eran capaces de hacer la conquista del mundo entero, si hubiese habido mas concierto entre los jefes y mas disciplina en las tropas. Godofredo de Bullon, que tuvo todo el honor de esta Cruzada, reunia en su persona la prudencia con el ardor y actividad de la juventud, y el valor mas intrépido con la mas tierna piedad. Aunque no fué el príncipe mas poderoso de los lefes cruzados, su ejército era el mas floreciente, porque su reputacion habia atraido bajo sus banderas una nobleza numerosa, que tenia á honor y gloria el aprender en su escuela el arte de la guerra.

Partida de los Cruzados. 1095.

Los Cruzados se dividieron en muchos cuerpos, que tomaron distintos caminos para reunirse en Constantinopla conforme habian convenido; pero muchos perecieron en la marcha, porque no guardaron órden ni disciplna, entregándose á toda clase de excesos y demasías. Godofredo de Bullon, que supo contener mejor sus tropas, llegó el primero á Constantinopla, en donde esperó á los demás cruzados. Cuando estuvieron todos reunidos, atravesaron el Helesponto, y pusioron sitío á Nicea, capital de la Bitinia, para abrirse paso á la Tierra Santa. Esta ciudad tenia una fuerte guarnicion, pero no pudo sostenerse contra los esfuerzos de los sitiadores, y se rindió por capitulacion. Pocos dias despues, los Cruzados, que de nuevo se habian puesto en marcha, fueron acometidos por una multitud innumerable de enemigos. Se vino á las manos: los cristianos se batieron como leones y obligaron á los infieles á tomar la fuga, despues de haber hecho en ellos una horrible carnicería. Esta victoria no alejó, sin embargo, todos los pe-

---

(1) Entre los señores españoles, fueron Berenguer Ramon, conde de Barcelona, y Gerardo, conde de Rosellon, uno de los primeros que entraron en Jerusalen. (*El Traductor*).

ligros. El ejército cristiano vióse expuesto á los horrores del hambre y de la sed, porque el país habia sido desbolado por el enemigo. La escasez de víveres, unida á la fatiga de los viajes, hizo perecer á una infinidad de hombres y á la mayor parte de los caballos. Se llegó, al fin, á la Siria, y resolvióse poner sitio á Antioquía, que era entonces una de las ciudades mas grandes y fuertes del Oriente. Los enemigos, que esperaban este sitio, la habian provisto de todo lo necesario para oponer una larga resistencia, y poseian tambien un ejército considerable para su defensa. El sitio hacia siete meses que duraba, y los Cruzados empezaban á desconfiar del buen éxito, cuando un feliz acontecimiento les hizo dueños de la ciudad. Uno de los principales habitantes de Antioquía tenia un hijo que fué hecho prisionero en una salida. El padre le amaba tiernamente, y ofrecia una suma considerable por su rescate. El caballero cruzado á quien pertenecia el jóven cautivo se lo envió sin aceptar en cambio nada por su libertad. Esta generosidad ganó el corazon del padre y le determinó á introducir los Cruzados en la ciudad. Despues de esta importante conquista, la alarma y el terror se difundieron por toda la Palestina, y el ejército cristiano avanzó sin obstáculo hácia Jerusalen, que era el principal y mas grande objeto de esta expedicion. La ciudad podia resistir mucho tiempo; el enemigo no habia olvidado nada para ponerla en estado de defensa; pero los Cruzados hicieron prodigios de valor, y al cabo de cinco semanas la tomaron por asalto un viernes á las tres de la tarde, circunstancia que fué notada por coincidir con el dia y la hora en que Jesucristo espiró sobre la cruz. En el primer ardor de la victoria, nada pudo contener el furor del soldado; se llevó á sangre y fuego á los infieles de que estaba llena la ciudad, y la matanza fué horrible; pero se pasó bien pronto de estos arrebatos de furor á los sentimientos

Toma de Jerusalen. 1099.

de la piedad mas tierna. Los Cruzados se quitaron sus hábitos ensangrentados; y á pié descalzo; llorando y golpeando sus pechos, fueron á visitar todos los lugares consagrados por la pasion del Salvador. Los pocos cristianos que habian permanecido en Jerusalen daban gritos de alegría y tributaban gracias á Dios que los habia libertado de la opresion.—Ocho dias despues los príncipes y los señores se reunieron para eligir un rey capaz de conservar esta preciosa conquista. La eleccion recayó sobre Godofredo de Bullon, que era el mas baliente y virtuoso de todo el ejército. Fué acompañado á la iglesia del Santo Sepulcro, y en ella le proclamaron solemnemente. Como le presentaban una corona de oro, el piadoso héroe la rehusó, diciendo: «No quiera Dios que yo ponga sobre mi cabeza una corona semejante en un sitio en que el Rey de reyes ha sido coronado de espinas.»

Godofredo de Bullon rey de Jerusalen

Los Cruzados dieron lugar al establecimiento de Órdenes militares, de las cuales la mas antigua es la de San Juan de Jerusalen, llamada de los Hospitalarios (1), que subsistia aun á fines del siglo pasado bajo el nombre de Caballeros de Malta. La primera casa de esta Órden célebre no fué mas que un hospital levantado en Jerusalen para hospedar en ella á los peregrinos que venian á visitar los Santos Lugares y cuidar á los enfermos. Habia sido fundada por unos mercaderes napolitanos en el tiempo en que la ciudad santa se hallaba aun en poder de los infieles. El bienaventurado Gerardo, natural de la Provenza, personaje muy prudente y de una rara virtud, era director de este hospital cuando los Cruzados se hicieron dueños

Órdenes militares.

Caballeros de Malta.

(1) La de los Hospitalarios de San Lázaro, que se dedicaban á la curacion de los leprosos, es mucho mas antigua, puesto que vemos á san Basilio hacer edificar en Cesarea un hospital para los enfermos de esta clase. (*El Traductor*).

de Jerusalen. Hecho rey Godofredo de Bullon, como ya hemos dicho, protegió á este establecimiento y le hizo grandes donativos. Muchos jóvenes nobles que le habian seguido en su expedicion, edificados de la caridad que en esta casa se ejercia con los peregrinos y con los enfermos, renunciaron el volver á su pátria, y se consagraron á esta buena obra; mas no se limitaron á lor pacíficos ejercicios de la caridad, como se habia hecho hasta entonce, sino que tomaron las armas en defensa de la Religion. Eran todos ellos valientes guerreros, á quienes la piedad de que estaban inflamados y la causa por que combatian infundian un nuevo valor. Altivos y terribles contra los musulmanes fuera de Jerusalen, eran dentro su hospital los mas humildes servidores de los peregrinos. Austeros consigo mismos, y llenos de una caridad generosa para los demás, no comian otra cosa que un poco de pan hecho de la harina mas grosera, reservando la mas pura para alimento de los enfermos.—A fin de perpetuar este piadoso establecimiento resolvieron ligarse con votos. El patriarca de Jerusalen aprobó esta resolucion, y ellos hicieron en sus manos los tres votos de religion, á los que añadieron el de combatir á los infieles. El papa Pascual II confirmó en seguida esta institucion, y la concedió grandes privilegios, Formaron, pues, un cuerpo á la vez religioso y militar, en el que, sin renunciar á los ejercicios de la hospitalidad, se hacia una profesion especial de defender á los cristianos contra los insultos de los infieles. Esta nueva Órden se multiplicó considerablemente en poco tiempo, y adquirió en todos los reinos de Occidente bienes inmensos. Acudia mucha juventud noble de todas las partes de Europa para alistarse bajo sus enseñas. Estos valientes caballeros señalaron en mil ocasiones su celo y su valor, y llegaron á ser el mas firme apoyo del trono de Jerusalen mientras subsistió. Despues de la caida de este reino, que solo

duró noventa y seis años, se trasladaron á la isla de Rodas, donde sostuvieron contra Soliman, emperador de los turcos (1522), un sitio para siempre memorable. Luego pasaron á la isla de Malta, que fué desde entonces el lugar principal ó la cabeza de la Órden, y la residencia del gran maestre, á quien el emperador Cárlos V cedió la soberanía. Quedaron dueños de ella hasta que la tomaron los franceses al mando de Bonaparte en 1798, y poco despues fué conquistada por los ingleses (1800), que hoy dia la poseen.

Los Templarios.

La Órden del Temple siguió de cerca á la de San Juan, pues que fué instituida en 1113. Balduino II, rey de Jerusalen, y segundo sucesor de Godofredo de Bullon (1118-1131), dió á los Templarios una casa sisituada junto al antiguo templo de Salomon, de donde les viene su nombre. El objeto de esta Órden era mas particularmente el de hacer la guerra contra los infieles, y se conservó pura mientras tuvo que combatir en la Tierra Santa; pero cuando vió frustradas sus esperanzas, y que la Palestina se escapaba de sus manos, se abandonó á toda suerte de excesos, hasta que desapareció en las hogueras de Felipe el Hermoso en el año 1812.

Los caballeros Teutones

La tercera Órden militar, llamada Teutónica, permaneció poco tiempo en San Juan de Acre, en donde fué fundada, y se trasladó al Norte de Europa, para combatir los pueblos aun paganos de la Polonia y de la Prusia, erigiendo allí ricos feudos que dieron orígen al reino de Prusia. Uno de sus gran maestres, Alberto de Brandeburgo, secularizó estas posesiones, y por un acto contrario á todos los derechos de la Órden, las hizo hereditarias en su familia 1525, despues de haberse entregado al Protestantismo.

Reino de Jerusalen.

Con el auxilio de estas tres Órdenes militares el reino de Jerusalen se sostuvo algun tiempo, y aun alcanzó, con la conquista de las plazas circunvecinas, un alto grado de prosperidad. Pero á la muerte

de Balduino II, acaecida en 1131, se detuvieron los progresos de los cristianos, mientras que los árabes, repuestos de su primer espanto, volvieron á presentarse con nuevas tropas, pusieron sitio á Edesa, la tomaron por asalto, destruyeron y derribaron las iglesias, y pasaron á cuchillo toda la poblacion cristiana. La noticia de este desastre, que fué transmitida á Occidente, dió lugar á la segunda Cruzada, como berémos pronto.

§ II.

Fundacion de nuevas Órdenes.—La de los Premonstratenses ó Mostenses.—La del Cister.—La de los Trinitarios.

(1098-1199).

La Iglesia, que acababa de producir en Oriente una sociedad de héroes religiosos, vió con nuevo consuelo formarse en Francia y otras naciones de Europa muchas nuevas Órdenes destinadas á producir bienes de otro género. San Norberto pareció suscitado por Dios para dar á los eclesiásticos un modelo perfecto de las virtudes de su estado, por medio del establecimiento de la Órden tan célebre de los Mostenses. Habia nacido en el ducado de Clóves, de una familia distinguida por su nobleza. Colocado de niño en el clero, no conoció al principio la santidad de su vocacion. Poseia muchos beneficios, cuyas rentas se empleaban en el lujo y la vanidad: pero Dios, que queria hacer de él un vaso de eleccion, le aterró, como en otro tiempo á san Pablo, para alzarlo mas gloriosamente. Un dia que Norberto paseaba á caballo por una pradera agradable y amena, sobrevino de pronto una gran tempestad, y cayendo un rayo á los piés del caballo, vino este al suelo, é hizo rodar al caballero medio muerto.

Institucion de los Mostenses. 1120.

San Norberto.

Norberto permaneció cási una hora sin sentido; mas al fin, habiendo vuelto en sí, exclamó como Saulo: *Señor, ¿qué quereis que yo haga?* Dios le respondió interiormente que debia llevar una vida digna del estado que habia abrazado. Entonces mudó enteramente de conducta; despojóse de sus lujosos vestidos, y se puso un áspero cilicio; renunció á todos los beneficios que poseia; vendió su patrimonio, distribuyó su precio á los pobres, y vino descalzo á Reims á encontrar al papa Calixto II, que celebraba un concilio en esta ciudad, El Sumo Pontífice le hizo una favorable acogida, y encargó al obispo de Laon que tuviese cuidado de él. El prelado, al terminarse el concilio, se lo llevó consigo á Laon, reteniéndole á su lado todo el invierno, á fin de que restableciese su salud, quebrantado considerablemente á causa de las austeridades á que se entregaba. Como Norberto le manifestase con frecuencia deseos de retirarse á la soledad, el obispo, que queria retenerlo en su diócesis, le acompañó á diferentes sitios para que eligiera el que mas le conviniese. El Santo se fijó en un paraje muy solitario llamado *Premostrado ó Premonstratense*, y estableció en él su morada. Sus predicaciones y la santidad de su vida le atrajeron bien pronto muchos discípulos : en poco tiempo tuvo reunidos cuarenta eclesiásticos y un número mayor de legos, animados todos de su mismo espíritu, y que se esforzaban á imitar sus virtudes. Entonces Norberto trató de elegir una regla. Despues de haber reflexionado detenidamente, se determinó por la de san Agustin. Todos sus discípulos la profesaron solemnemente con promesa de estabilidad.—El santo Fundador pasó en seguida á Roma á solicitar del Soberano Pontífice la confirmacion de su Órden. El papa Honorio le concedió lo que deseaba; y Dios bendijo esta naciente institucion, que se extendió bien pronto por todo el mundo cristiano. En todas partes se veia un santo ahinco de

alistarse en la nueva Órden. Tibaldo, conde de Champaña, movido con los discursos y la vida del santo Fundador, concibió el designio de abandonar el mundo, y vino á ofrecer á Norberto su persona y todo cuanto poseia; pero el Santo, que buscaba menos su gloria y la ventaja de su Órden que el bien general de la Iglesia, le aconsejó que permaneciese en el siglo, en el que podia ser mas útil á Dios, haciendo que sus vasallos le honrasen y sirviesen.—Es muy conveniente hacer notar cuán puro ha sido el orígen de las Órdenes religiosas. La vida austera, el desprendimiento de los que á ellas se consagraron, demuestran que se hallaban bien distantes de solicitar beneficios ó donaciones. Sus trabajos en el desmonte de terrenos hasta entonces incultos, una administracion sábia y activa, han sido las verdaderas fuentes de las riquezas que la impiedad ha sabido arrebatarles.

Dios, que habia elevado á Norberto á tan alto grado de santidad, le destinaba á gobernar un gran pueblo, y á edificar á toda la Alemania. Obligado á hacer allí un viaje á causa de importantes negocios, llegó á Espira cuando el emperador Lotario II celebraba en esta ciudad una asamblea para elegir un arzobispo de Magdeburgo (1). Invitáronle á predicar: lo hizo con tan feliz resultado, que los diputados de la iglesia de Magdeburgo lo propusieron para la silla vacante, y, sin darle tiempo de negarse á aceptarla, se apoderaron de su persona exclamando: *¡Hé aquí nuestro obispo! ¡hé aquí nuestro padre!* Presentáronle en seguida al Emperador, que aplaudió esta eleccion con todos los concurrentes. Despues que el legado de la Santa Sede, que se hallaba presente, hubo confirmado la eleccion, El nuevo Obispo fué acompañado á Magde-

Es elegido arzobispo de Magdeburgo.

(1) *Lotario II* era el sucesor de *Enrique V*. Despues de su muerte, en 1138, fué cuando principió la famosa contienda entre güelfos y gibelinos. Lotario era el apoyo de los güelfos.

burgo. En cuanto Norberto divisó la ciudad de que iba á ser pastor, quiso hacer á pié descalzo el camino que faltaba para llegar á ella. Á su entrada todo el pueblo concurrió á ver un hombre tan santo; la alegría era general; fué conducido en procesion á la iglesia, y desde allí al palacio arzobispal. Iba vestido muy pobremente, y nada llevaba en su exterior que le distinguiese. Cuando se presentó para entrar en el palacio, el portero, que no le conocia, le tomó por un pobre, y le repelió bruscamente, diciendole: «Hace «ya tiempo que los otros pobres han entrado, retiraos «y no incomodeis á otros señores.» Á vista de esto, todo el gentío agrupado á la entrada del palacio gritó al portero: «¿Qué haces, ignorante? ¡Es á tu arzo«bispo, á tu amo á quien echas fuera!» El portero, confundido de su engaño, quiso ocultarse; pero el santo Arzobispo le detuvo, y le dijo sonriendo: «No «temas nada, amigo mio; mas bien que enojado te «quedo muy agradecido; tu me conoces mejor que «los que me obligan á habitar un palacio, poco con«veniente á un hombre pobre como yo.» Gobernó su diócesis con un celo infatigable; pero tuvo que sufrir mucho. La iglesia de Magdeburgo se hallaba sumergida en la mayor relajacion; y se aplicó asiduamente á establecer en ella una exacta reforma. En cuanto á la mayor parte de las personas, sus esfuerzos fueron aplaudidos y admirados; pero todos aquellos y quienes no pudo ganar ó convertir se declararon sus enemigos. «¿Por qué, decian estos, hemos llamado á un «extranjero cuyas costumbres son tan contrarias á las «nuestras?» Le llenaban de injurias, y procuraban desacreditarle entre el pueblo. Su furor llegó hasta el extremo de buscar medios de quitarle la vida. Norberto lo sufria todo con una paciencia inalterable; y tomando ocasion de esto, decia á sus amigos: «¿Es «de estrañar que el demonio se desencadene contra «mí, cuando se atrevió á atentar contra la vida de Je-

«sucristo nuestro Señor?» Su caridad, su dulzura y su perseverancia triunfaron, al fin, de todos los obstáculos. Murió rendido y aniquilado de austeridades y fatigas, despues de haber llenado todos los deberes de un buen pastor.

La Órden del Cister fué establecida un poco antes que la de los Mostenses, y no fué menos célebre ni menos útil á la Iglesia que esta. San Roberto, que la fundó, habia abrazado el estado religioso desde la edad de quince años. Con el designio de guardar un retiro mas estrecho, y de practicar la regla de san Benito sin contemplacion ni blandura de ninguna clase, fué á establecerse, con algunos compañeros fervorosos como él, en la selva del Ciste, á cinco leguas de Dijon: era esta un desierto cuya sola vista causaba horror, y habitado únicamente por bestias feroces; pero cuanto mas espantosa era para la naturaleza esta morada salvaje, mas les parecia convenir al deseo que tenian de ocultarse y vivir entregados exclusivamente á Dios. Se dedicaron, pues, á desmontar el terreno y construir celdillas de madera para su morada. El monasterio, por consiguiente, no era mas que una informe reunion de cabañas. Estos santos religiosos, puestos allí, inmolaban sin cesar su cuerpo á Dios por medio de los rigores de la penitencia, y sus corazones con el fuego de la caridad. Á menudo llegaba á faltarles hasta el pan, porque su trabajo no bastaba para procurarse el necesario, y con todo rehusaron los ricos presentes que el duque de Borgoña queria hacerles; ¡tanto era lo que amaban la pobreza! Aunque esta nueva institucion fué muy renombrada por su fervor, permaneció muchos años sin hacer progresos sensibles. Este era un árbol que echaba profundas raíces antes de crecer y extender sus ramas. Dios se complació en realzarlo despues con todo lo que la virtud puede tener de mas brillante á la vista del mundo. Un jóven señor, llamado Ber-

Órden del Cister 1098.

San Roberto.

San Bernardo. 1112. nardo, vino á consagrarse á este retiro con treinta compañeros que habia ganado á Dios, y conducia al Cister como precioso despojo que quitaba al mundo al abandonarle. —Bernardo nació en el castillo de Fontaines, en la Borgoña. Como reunia en su persona las gracias exteriores del cuerpo y las mas raras cualidades del espíritu, se concibieron de él las mas bellas esperanzas. Todo le sonreia á su entrada en el mundo; mas él formó la generosa resolucion de sacrificarlo todo á Dios. Sus hermanos y sus amigos, habiendo descubierto su designio, hicieron todos los esfuerzos posibles para apartarle de él, pero solo lograron afirmarlo mas y mas en su resolucion, y consiguió inspirar el mismo propósito á los que se habian mostrado mas opuestos. Todos sus hermanos le siguieron al Cister, menos el último, que Bernardo dejó á su padre para consuelo de su vejez. En el momento de la partida, el primogénito, viendo en la calle á su hermano pequeño que jugaba con otros niños, le dijo: «Tú serás el único heredero de nuestra casa; «nosotros te dejamos todos nuestros bienes.—Sí, res«pondió el muchacho; los bienes del cielo son para «vosotros, y para mí los de la tierra; pero ya veis que «esta particion no es igual.» — Por entonces permaneció en la casa de su padre; mas en lo sucesivo quiso participar de los bienes que sus hermanos procuraban heredar en otra vida, y se reunió con ellos. Desde que Bernardo llegó al Cister viéronse brillar en él las mas sublimes virtudes; se aplicó de tal manera á mortificar todos sus sentidos, que pareció haberse convertido en un hombre enteramente espiritual; se echaba en cara el alimento que se veia obligado á tomar, y la comida era un tormento para él. Su recogimiento en el monasterio habia sido tan profundo, que, despues de haber permanecido un año entero en el aposento de los novicios, salió de él sin saber cómo estaba construido. Velaba una gran parte de la no-

che, mirando como perdido el tiempo que destinaba ó concedia al sueño. Con su ejemplo sostenia el fervor de sus compañeros, y reanimaba el suyo recordando los motivos de su conversion, y diciéndose á menudo á sí mismo: *Bernardo, ¿con qué designio has venido aquí?* estas cortas palabras le inspiraban nuevo valor para llenar los deberes de la vida religiosa.

El ejemplo de san Bernardo atrajo tan gran número de religiosos á la casa del Cister, que para desahogarla se fundaron muchas abadías, entre otras la de Claraval. El lugar en que fué edificada era un desierto, que antes se llamaba *el valle de Amargura ó del Ajenjo.*, cuyos bosques habian servido mucho tiempo de guarida de ladrones, y entonces se convirtió en morada de santos, Bernardo fué establecido su abad, y condujo á esta casa doce religiosos; pero su número se acrecentó bien pronto de una manera considerable. El santo Abad tenia costumbre de decir á los que admitia en clase de novicios: «Si quereis entrar aquí « dejad á la puerta el cuerpo que habeis traido del si-«glo; esta casa únicamente está abierta para el al-« ma.» En efecto, la regla que se observaba en ella era extremadamente austera. Como el monasterio era al principio muy pobre, no se comia mas que pan hecho con harina de cebada y mijo, y un potaje que se hacia con hojas de haya cocidas. A pesar de tan miserable nutricion estos santos solitarios vivian contentos; el amor de la penitencia sazonaba sus groseros manjares. En Claraval no se conocian otros ejercicios que la oracion y el trabajo manual. Aunque la comunidad fué numerosa, el silencio de la noche reinaba allí durante el dia. Este silencio infundia un respeto tan grande á los seglares, que ellos mismos no se atrevian á tener en este santo recinto conversacion alguna profana. Veíanse en él hombres que, despues de haber sido ricos y cargados de honores en el mundo, se gloriaban en la pobreza de Jesucristo, y su-

frian con alegría las fatigas del trabajo, el hambre, la sed, el frio y las humillaciones. El santo Abad era el primero en todo, y hacia en sí mismo mas de lo que exigia á los suyos. Tenia una idea tan elevada de la vida religiosa, que al principio de su gobierno le chocaban las mas pequeñas é insignificantes imperfecciones que no pueden evitarse de una manera absoluta en esta vida, y solo queria encontrar Ángeles en los que dirigia y gobernaba; pero Dios le hizo conocer que se engañaba, y en lo sucesivo supo ajustarse á las debilidades de la humanidad, y conducir sus religiosos á la perfeccion por diferentes vias, segun las diversas disposiciones de gracias que reconocia en ellos. San Bernardo santificó toda su familia: tenia en su compañía á todos sus hermanos; y Tescelino, su padre, vino tambien en su vejez á tomar el hábito monástico de Claraval. Solo le quedaba en el mundo una hermana casada, muy aficionada y apegada al siglo. Con todo sus sentimientos mundanos no le privaban de querer mucho á sus hermanos, y tuvo deseos de verlos. Fué con este objeto al monasterio magnífica y soberbiamente engalanada, y con un séquito numeroso. El santo Abad rehusó verla en este estado: su negativa la llenó de vergüenza y de compuncion, y envió á decir á su hermano: «Aunque »yo no sea mas que una pecadora, Jesucristo ha »muerto sin embargo por mí. Si mi hermano des»precia mi cuerpo, que el siervo de Dios no desprecie »mi alma. Que venga, pues; que me mande; yo »estoy pronta á obedecerle.» Entonces san Bernardo fué á verla: quedó tan conmovida y afectada con sus conversaciones, que renunció á la vanidad; y dos años despues, habiendo obtenido el consentimiento de su marido, entró en el monasterio de July, fundado poco antes para mujeres, en el que murió santamente.

San Bernardo adquiria de dia en dia mayor celebridad, tanto por sus talentos como por sus virtudes, que no tardaron en ser recompensadas por Dios con el don de los milagros. El primero se hizo en favor de un caballero pariente del santo Abad. Este hidalgo cayó enfermo, y perdió de repente el conocimiento y la palabra. Su familia estaba muy alarmada, porque el enfermo en otro tiempo habia cometido injusticias. Se llamó á san Bernardo, quien aseguró que recobraria el conocimiento si se reparaban los daños que se habian causado, Se hizo al instante la reparacion, y el venerable Abad fué á ofrecer el santo sacrificio. Antes de que la misa se acabase el enfermo empezó á hablar libremente, y pidió confesarse. Hizo, en efecto, su confesion derramando muchas lágrimas: recibió los Sacramentos, y tres dias despues murió con grandes sentimientos de penitencia. Una mujer vino un dia á encontrar al santo Abad, y le presentó su hijo, cuya mano estaba seca y el brazo torcido desde su nacimiento. San Bernardo tuvo compasion de esta mujer, y le dijo que pusiera su niño en el suelo; despues, habiendo dirigido á Dios una ferviente súplica, hizo la señal de la cruz sobre el brazo del niño, que fué curado al instante y corrió á abrazar á su madre. —Habiéndose extendido la fama de sus milagros, le condujeron de puntos muy distantes enfermos de todas clases, ciegos, paralíticos, y los curaba solo tocándolos ó haciendo sobre ellos la señal de la cruz. Las conversiones que obró no eran prodigios menos sorprendentes. Nadie podia resistir á su elocuencia persuasiva, ó mas bien al Espíritu divino que le animaba. Una cuadrilla de jóvenes señores, que iban en busca de fiestas y diversiones, tuvo la curiosidad de ver al paso al monasterio de Claraval. El santo Abad los recibió benignamente; y, para desviarlos de los placeres peligrosos á que iban á entregarse, les invitó á que permaneciesen allí algunos dias, hasta la

Celebridad de San Bernardo.

Cuaresma, que estaba próxima; pero nada pudo conseguir de ellos: «Yo espero, les dijo, que Dios me «concederá lo que vosotros me rehusais.» Al mismo tiempo hizo que les presentasen cerveza, y les exhortó á que bebiesen á la salud de sus almas. Hiciéronlo riendo, y marcharon en seguida; pero apenas se hallaban á alguna distancia del monasterio cuando se acordaron de lo que les habia dicho san Bernardo, y se sintieron cambiados; volviéronse á Claraval, y abrazaron todos la vida religiosa.

La reputacion de san Bernardo hizo nacer en muchas iglesias el deseo de tenerle por obispo: ofreciéronle el arzobispado de Milan, el de Reims, el obispado de Langres y el de Châlons. Se negó constantemente á aceptar estas dignidades; y el respeto que los Soberanos Pontífices tenian á su virtud les impidió siempre hacer violencia á su modestia. El humilde solitario no buscaba ni deseaba otra cosa que sepultarse en la soledad y el retiro, instruir á sus religiosos, y dirigirse él mismo por el camino que conducia á Dios; pero el crédito que sus talentos y su santidad le adquirian turbó con frecuencia su soledad. De todas las provincias acudian á él; y su celo le obligaba á tomar parte en todos los negocios concernientes á la Iglesia. Era á la vez el refugio de los desgraciados, el defensor de los oprimidos, el azote de los herejes, el oráculo de los Soberanos Pontífices, el consejero de los obispos y de los reyes, en una palabra, el hombre de la Iglesia siempre pronto á sostenerla en sus derechos, á defender su unidad y á combatir sus enemigos. San Bernardo es mirado como el último de los padres de la Iglesia: sus eminentes virtudes y sus extraordinarios talentos le hacen superior á todo elogio.

Órden de los Trinitarios. 1199.

Poco tiempo despues la Francia vió salir de su seno un nuevo establecimiento muy útil á la Iglesia, é infinitamente glorioso á la Religion. Durante las Cru-

zadas un gran número de cristianos habian sido hechos prisioneros por los infieles, gemian en la esclavitud y entre cadenas, expuestos al peligro de perder la fé, cuando un santo sacerdote se sintió inspirado de Dios para trabajar en libertarlos. Juan de Mata (este era su nombre), nacido en Provenza, de padres virtuosos, habia recibido una educacion cristiana, y la gracia fortaleció sus felices inclinaciones. El estudio y la oracion eran las ocupaciones ordinarias de su infancia; no conocia otras distracciones y recreos que la lectura de libros piadosos: desde su juventud atormentaba su cuerpo con ayunos y otras mortificaciones, y distribuia en limosnas todo el dinero que le daban sus padres. Despues de sus primeros estudios se retiró durante algun tiempo á una ermita vecina, para vivir allí solo y aislado en una contínua aplicacion á las cosas de Dios; pero, hallándose demasiado expuesto á las visitas de su familia, se fué á París, en donde estudió teología y recibió el doctorado. Mauricio de Sully, obispo de París, informado de su ciencia y de su piedad, le ordenó sacerdote. Celebrando su primera misa conoció por una luz interior los designios que Dios tenia sobre él. Al momento el santo sacerdote se dispuso á cumplir su voccaion por medio del retiro y de los ejercicios de la penitencia. Habiendo oido hablar de un solitario que se llamaba Félix de Valois, y que vivia en la diócesis de Meaux, en el sitio llamado Gerfroy, fué á encontrarle y le participó sus designios. Formaron juntos el plan de una sociedad religiosa cuyo objeto seria el rescate ó redencion de cautivos. Los dos fueron en seguida á Roma, y expusieron este proyecto al papa Inocencio III, que lo aprobó por una bula solemne, y lo erigió en Instituto religioso con el nombre de la santísima Trinidad para la redencion de cautivos. Vueltos á Francia fundaron el primer monasterio de la Órden en el mismo sitio donde estaba la ermita de Félix de Valois. Su vida era

S. Juan de Mata.

tan santa, tan noble el fin del nuevo Instituto, tan respetable la obra que en él se ejercia, que bien pronto se granjearon la veneracion y el aprecio de los fieles. Así es que los hombres vinieron en tropel, y el número de los que podian ser admitidos en la comunidad aumentaba de dia en dia. El santo Fundador vióse obligado á mandar edificar muchos monasterios; y los fieles se apresuraban á contribuir á esta piadosa obra con espontáneas liberalidades. Entonces dió principio al acto especial de caridad á que se habia consagrado. Envió á África dos de sus religiosos, que por primera vez rescataron de manos de los infieles ciento ochenta y seis esclavos. El mismo san Juan hizo muchos viajes á España y á Berbería, y procuró la libertad á ciento veinte cautivos. Experimentó en sus diferentes viajes las mas grandes contrariedades, y corrió peligros de toda clase; pero nada pudo detener la actividad de su celo. Á pesar de tantas fatigas en nada disminuyó sus austeridades. En fin, sintiendo agotadas sus fuerzas, se retiró á Roma, donde pasó los dos últimos años de su vida visitando los presos, asistiendo á los enfermos y socorriendo á los pobres.

Únicamente en la religion cristiana pueden hallarse ejemplos de esta caridad generosa que sacrifica su reposo, su salud, y expone su vida por el bien de los demás. Una sensibilidad natural, una beneficencia enteramente humana puede obrar fácilmente algunos ligeros sacrificios; pero no es capaz de este heroismo que hace despreciar así los trabajos, los peligros y aun la muerte: para inspirarlos, alimentarlos y perpetuarlos se necesitan motivos mas poderosos y un valor de otra clase; es preciso el santo amor de Dios.

Podríamos hacer mencion de muchas Órdenes militares y religiosas oriundas de España; pero nos limitarémos á las mas importantes, tanto por el objeto de su fundacion, cuanto por la preeminencia que algunas de ellas llegaron á adquirir. *Calatrava*, *Santiago* y *Alcántara* se refieren á las primeras, la de *Predicadores* á las segundas.—*Calatrava.*—Despues de la conquista de Toledo las armas españolas avanzaron hasta las vertientes de Sierra Morena, que eran por entonces las barreras de las dos opuestas religiones, cristiana y mahometana. Los musulmanes se guarecian tras de aquellas murallas naturales. La dificultad de sostener á Calatrava, punto avanzado de los cristianos y vigía de Toledo, habia hecho que sé cediera aquel pueblo á los Templarios. Cansados estos de diez años de fatigas, y noticiosos de la venida de un poderoso ejército musulman, devolvieron al rey la plaza, considerando imposible su defensa. Ofrecióla el rey por juro de heredad á quien se presentase á defenderla; mas en medio del general silencio solo dos monjes cistercienses respondieron al llamamiento. Era el uno el abad de Fitero, llamado Fr. Raimundo Sierra, natural de Tarazona, y antiguo prebendado de aquella iglesia: su compañero era un viejo soldado de ilustre nacimiento, llamado Fr. Diego Velazquez, que, despues de haber ofrecido á la patria su brazo juvenil, queria consagrar á Dios las canas en el nuevo y fervoroso monasterio de Fitero, Mas, á vista del peligro, sus mal apagados brios le incitaron á empuñar las armas en defensa de la Religion, pero sin desprenderse de sus hábitos; y tanto pudieron sus exhortaciones, que, alentado el santo Abad, tomó sobre sí aquel tan arriesgado empeño; otorgósele por el rey D. Sancho la escritura de cesion en Almazan, durante el mes de enero de 1158.—No hacia muchos años que la palabra de san Bernardo habia empujado toda la Europa belicosa contra el

Órdenes oriundas de España

Calatrava

Asia, y la palabra y ejemplo de este otro Santo español é hijo suyo consiguió tambien que se le agregasen numerosos guerreros, con los cuales, y con los recursos que sacó de Fitero y de sus inmediaciones, consiguió no tan solo salvar á Calatrava, sino tambien poblar los lugares inmediatos.—Pero no olvidando su orígen monástico, santificó como era justo aquel ardimiento belicoso, haciendo que no solamente sirviese en defensa de la fé, sino tambien á la santificacion de sus indivíduos, consiguiendo que en el claustro fueran corderos los que eran leones en el campo de batalla. El Capítulo del Cister modificó, en obsequio á la Órden de Calatrava, la regla de san Benito, acomodándola á sus necesidades; y no tardó en hacerse respetable á los ojos de los cristianos y temible para los sarracenos. El papa Alejandro III la confirmó por una bula dada en Senon en 1164.—Despues de la aciaga batalla de Alarcos (1195), de la pérdida del castillo de Salvatierra, tan llorada por los cristianos de España, que *vieron eclipsada la gloria de Castilla;* despues, en fin, de medio siglo de victorias y derrotas, que mermaron considerablemente sus filas, é iban reponiendo silenciosamente, les vemos todavía acudir los primeros á la defensa de las Navas cuando el clarin de la cruzada llamaba á los cristianos de toda la Península. ¡Tanto pudo en ellos el fervor religioso!

Santiago. Si la Órden de Calatrava tuvo un orígen asimilado á la de los Templarios, la de Santiago se pareció mas á la de San Juan. La devocion al sepulcro de Santiago de Galicia atraia en el siglo XII multitud de peregrinos de varias naciones, de Europa, que, no pudiendo dirigirse al Santo Sepulcro, ni á Roma, envuelta en guerras, cismas y facciones, preferian atravesar el Pirineo, y correr los riesgos de un país recien salido del poder infiel y en gran parte despoblado. Santo Domingo de la Calzada y san Juan de Ortega cons-

truian caminos y puentes para los peregrinos, y los albergaban en sus casas monásticas: el francés san Lesmes les fabricaba un hospital en Búrgos, y se dedicaba á su servicio, y por todas partes la Religion suplia la falta de cultura y el atraso de aquella época dando *gratis*, á fuerza de caridad y por espíritu de penitencia, la hospitalidad que la civilizacion moderna da algo mas cara y desapiadadamente.—Mas no era bastante que el peregrino hallase albergue en los brazos de la fé cristiana, era preciso que encontrase seguridad en el camino. Á esta santa tarea se dedicaron trece caballeros, que se obligaron con juramento á proteger y guiar los peregrinos, bajo la advocacion del apóstol Santiago. Bien pronto se les unieron los canónigos reglares de San Eloy de Galicia, quienes habian fundado algunas otras casas en obsequio de los peregrinos, representando á estos don Pedro Fernandez. Así fué que la Órden tomó desde su principio un carácter militar y religioso á la vez, sometiéndose los caballeros á la regla de san Agustin, que era la que profesaban los canónigos; la que fué sancionada por el legado del Papa, que á la sazon se hallaba en Osma, modificándose algun tanto en obsequio de los caballeros. El aumento que esta Órden recibió, y la mayor seguridad del camino, hizo pensar á los caballeros de Santiago en emplear sus fuerzas contra los sarracenos mas remotos. Con este objeto fué el maestro D. Pedro Fernandez á presentar al sumo pontífice Alejandro III, de quien obtuvo una extensa y curiosa bula (1175), en la que no solamente aprobaba su Instituto, sino que le daba muy sábio reglamento para su constitucion, y le honraba con grandes privilegios. Llegó á tal extremo de pujanza esta célebre Órden de caballería, que, dejando descansar á los moros, y tomando parte en las miserias políticas de los cristianos, hizo algunas voces bambolear el trono, ó inclinar la balanza del lado en que ponian

sus maestres la roja espada de Santiago, con que adornaban su pecho.

Alcantara Los moros, que ocupaban aun á mediados del siglo XII gran parte de Extremadura, solian hacer repentinas embestidas y algaradas hasta las inmediaciones de Salamanca. Entre los aragoneses que habia traido el rey D. Alfonso el *Batallador* para poblar en Salamanca , se distinguian D. Suero Fernandez y don Gomez, su hermano. Ya sea por disgusto particular, ya por espíritu de penitencia y viva fé, los dos hermanos, reunidos con otros caballeros del país, se decidieron á consagrar su vida á la defensa de los cristianos, haciendo voto de lidiar en todo tiempo contra los moros. Un ermitaño de tierra de Ciudad-Rodrigo les designió, como punto el mas á propósito para construir un castillo, y vigilar desde él contra las algaras sarracenas, una ermita llamada de san Julian de Luna. En efecto, á los ocho meses habian levantado en este sitio un castillo fuerte y capaz, no sin tener que luchar algunas veces contra los moros, que trataban de impedir la obra. Del nombre de la antigua ermita se llamaron caballeros de san Julian del *Pereiro*, denominada así vulgarmente porque estaba rodeada de perales. El rey D. Ferdando II se interesó por estos briosos y modestos caballeros, como tambien el obispo de Salamanca, D. Ordoño, monje cisterciense, que se declaró su protector. El papa Alejandro III, que habia aprobado las otras dos Órdenes de Calatrava y Santiago, aprobó tambien esta, á peticion del prior D. Gomez Fernandez, dándola la regla de san Benito, mitigada y acomodada á las costumbres militares del Instituto, que confirmaron posteriormente los papas Lucio III é Inocencio III.—Siendo maestro D. Nuño Fernandez, la Órden de Calatrava cedió á los caballeros de san Julian la villa de Alcántara, de donde vino á los caballeros su nuevo nombre. Al admitir esta donacion sujetáronse á la vista y correccion del

maestre de Calatrava, y aun llegaron á reunirse los dos Institutos, segun tenian estipulado; pero su union fué poco duradera, conservando, como un vestigio de su antigua confraternidad, la cruz de Calatrava, pero de color verde, sobre la blanca túnica del Cister.

No fué solamente la persecucion de los infieles y propagacion del nombre de Cristo para lo que España dió á la Iglesia Órdenes reigiosas de alta nombradía. En el orígen del instituto de Predicadores va envuelto el de otra milicia permanente contra el error, fundada por el célebre español santo Domingo de Guzman. *(La Fuente, Hist. ecl de Esp.)*

Como la fundacion de esta Órden alcanza ya al siglo XIII, puesto que santo Domingo principió á establecerla en 1201, aun cuando su confirmacion por el papa Honorio XIII no se hizo hasta 1216, dejarémos para aquella época la relacion circunstanciada de este Instituto puramente religioso, y los principales rasgos de la vida del santo é ilustre Fundador. *(El Traductor).*

§ III.

Cruzadas segunda, tercera, cuarta, quinta y sexta. (1147-1229).

Los infieles, habiendo tomado á los cristianos la ciudad de Edesa, como ya hemos dicho en otra parte, ejercieron contra ellos tan inauditas crueldades, que, llegando á noticia de los latinos, sublevóse su indignacion. Por otra parte la Tierra Santa se hallaba tambien en el mayor peligro de caer de nuevo en poder de los turcos. El papa Eugenio III emprendió reanimar en el corazon de los cristianos el mismo ardor que cincuenta años antes Urbano II habia hecho nacer en ellos. Con este objeto escribió al rey de Francia una carta, exhortándole á que todos los franceses

Segunda Cruzada. 1147-1149.

tomasen las armas en defensa de la Religion San. Bernardo reicbió el encargo de predicar la cruzada. Luis VII, apellidado el *Jóven*, le habia invitado ya á esta empresa, y tambien le habia escrito el Papa con el mismo fin; pero el santo Abad no pudo resolverse á aceptarla sino despues de haber recibido una órden formal.

Entonces hizo su predicacion no solamente en Francia, sino tambien en Alemania, con un éxito prodigioso, siendo sostenida con brillantes milagros; por lo que una multitud de señores pidieron la cruz con tanta prontitud y ardimiento, que parecia que toda la Europa iba á trasladarse á Asia. Aunque se habian preparado un gran número de ellas, como no hubo bastantes para ir repartiendo á la multitud, que aumentaba por momentos, el santo Abad se vió obligado á hacer pedazos una parte de sus hábitos para convertirlos en cruces. El rey Luis el Jóven, que dió él mismo á sus súbditos el ejemplo de tomar la cruz, se dispuso á marchar en persona á la cabeza de su ejército. El emperador Conrado III, que tambien formaba parte de esta expedicion, se adelantó, y púsose en camino el dia de la Ascencion del año 1147. Su ejército se componia de setenta mil caballeros armados de corazas, sin contar la caballería ligera y la infantería, que era innumerable. El ejército del Rey de Francia, que se puso en marcha quince dias despues que el del Emperador, no era menos considerable; mas pereció cási todo por la mala conducta de los Cruzados, á quienes no fué posible sujetar al freno de la disciplina militar. Cuando entraron en las tierras del imperio griego cometieron tales desórdenes, que hicieron entrar en desconfianza á Manuel Comneno, emperador de Constantinopla. Este príncipe, que temia por sus Estados, resolvió hacer perecer á los Cruzados: dióles guias infieles que los condujeron á los desiertos del Asia Menor, donde cayeron en manos de

sus enemigos. Á duras penas Luis y Conrado lograron hacer llegar hasta Siria los restos de sus ejércitos. Una vez allí pusieron sitio á Damasco; pero viéronse obligados á levantarle y tomar otra vez el camino de Europa. Tal fué el fin de esta desgraciada expedicion, en la que perecieron los dos ejércitos mas brillantes que se habian visto hasta entonces.—La pena y el disgusto que causó tan gran pérdida fué causa que se prorumpiese en murmuraciones contra san Bernardo, que habia predicado la cruzada, y hecho esperar de ella un resultado feliz; pero él se justificó diciendo que los cruzados se habian atraido la cólera de Dios con sus desórdenes, é impedido la ejecucion de sus promesas, como en otro tiempo los israelitas en el desierto habian sido excluidos de la tierra prometida á causa de sus crímenes. Aniquilado y abatido ya el Santo por las fatigas y las austeridades, no sobrevivió mucho tiempo á esta desgracia. Murió en 1153.

Tercera Cruzada. 1189 1192.

Enrique II, rey de Inglaterra, habia resuelto emprender una nueva cruzada con el objeto de expiar el crímen que habia cometido condenando á muerte á santo Tomás de Cantorbery. Hé aquí con qué motivo.

Santo Tomás de Cantorbery. 1170.

Tomás Becket, nacido en Lóndres en 1149, y muy notable por sus bellas cualidades, habia llegado á alcanzar la gran dignidad de conciller de Inglaterra y el mas alto favor cerca del Rey. Habiendo quedado vacante la silla de Cantorbery, Enrique II quiso colocar en ella á su canciller. Tomás se resistia, y hacia entender al Rey que si llegaba á ser arzobispo no podria menos de incurrir en su desgracia, porque se creeria obligado á oponerse á ciertos abusos que reinaban en Inglaterra. Enrique no tuvo en consideracion estas representaciones, y le hizo elegir arzobispo por el Capítulo de Cantorbery. Lo que el santo Prelado habia previsto sucedió. El Rey se apropiaba la renta de los beneficios cuando se hallaban vacan-

tes, y diferia el nombramiento para prolongarlas. Tomás se elevantó con resolucion contra este abuso. Se opuso tambien á las empresas de los jueces láicos que, con desprecio de las inmunidades de la Iglesia anglicana, citaban á su tribunal á las personas eclesiásticas. En fin, mostró un celo intrépido contra los señores y los oficiales que oprimian á la Iglesia y usurpaban sus bienes. Enrique se enfureció, y exigió que los obispos hiciesen juramento de mantener todas las costumbres del reino. Este santo Arzobispo comprendió que bajo la palabra *costumbres* el Príncipe entendia los abusos de que acabamos de hablar, y se negó á prestar el juramento. Desde entonces experimentó una persecucion declarada, hasta el punto de ver su vida en peligro, y tener que refugiarse á Francia. Llegado que hubo envió á Luis VII dos de los que le habian acompañado para pedirle un asilo en sus Estados. A la relacion que estos hicieron al Rey de lo que habia sufrido el Prelado, este Príncipe les dijo con bondad: «¿Cómo ha olvidado el Rey de «Inglaterra estas palabras de Salmista: *Escolerizaos «y no pequeis?*—Señor, les respondió uno de los dipu«tados, tal vez se hubiese acordado de ellas si asis«tiese al santo sacrificio y demás preces divinas con «la frecuencia que V. M.» El Rey se sonrió, y prome«tió su proteccion al Arzobispo, añadiendo: «Pertenece «á la antigua dignidad de la corona de Francia el que «los justos perseguidos, y sobre todo los ministros de «la Iglesia, hallen socorro y seguridad en el reino.» En seguida trabajó de concierto con el Papa para reconciliar al santo Arzobispo con Enrique. Sobre la fé de esta reconciliacion Tomás volvió á Inglaterra; pero no hacia aun tres meses que habia regresado cuando el Rey se irritó de nuevo contra él, y en un arrebato de cólera dijo: «¡Cómo! ¿será posible que no «haya nadie que me venga de un clérigo que tiene «turbado todo mi reino?« Estas palabras fueron un

decreto de muerte contra el santo Prelado. Al instante cuatro oficiales del Príncipe formaron el horrible complot de asesinar al Arzobispo. Marcharon en secreto á Cantorbery, y le mataron atrozmente dentro de su iglesia (1170). Enrique en cuanto supo su muerte quedó consternado. Protestó bajo juramento que jamás lo habia ordenado: se encerró en su cuarto, en el que estuvo tres dias cási sin comer ni recibir consuelos de nadie; y consintió en sufrir la penitencia que se le impusiése.—Dios no tardó en manifestar la santidad de su siervo con un gran número de milagros obrados sobre su sepulcro, y con los castigos terribles que descargó sobre Enrique, hasta que este Príncipe hubo apaciguado la cólera divína con una penitencia ejemplar. Pero murió antes de cumplir la promesa que habia hecho de socorrer á los cristianos de la Palestina. Le sucedió en el trono su hijo Ricardo Corazon de Leon (1189).

Su muerte 1170.

La Tierra Santa se encontraba entonces en la mas penosa situacion. Saladino, sultan de Egipto, habia penetrado en ella á la cabeza de cincuenta mil hombres, y alcanzado una gran victoria contra los cristianos, en la cual hizo prisioneros á Guy de Lusiñan, rey de Jerusalen, á Reinaldo de Chatillon, al gran maestre de los Hospitalarios y á otros muchos señores de distincion; pero la pérdida mas sensible fué la de la verdadera cruz, que se habia llevado al combate, y sido cogida por los infieles. Despues de esta derrota del ejército cristiano nada pudo detener los progresos de las armas de Saladino: cási todas las ciudades abrieron sus puertas al vencedor. Puso sitio á Jerusalen, y se hizo dueño de ella. Así fué como esta ciudad santa cayó otra vez en poder de los infieles, al cabo de ochenta años de haberla conquistado los cristianos. No les quedó en Palestina mas que tres plazas considerables, Antioquía, Tiro y Trípoli. La noticia de este desastre consternó á todo el Occidente. El pa-

Ricardo. Corazon de Leon. 11[illegible]-1199.

24

pa Urbano III murió de pena. Los reyes de Francia y de Inglaterra, Felipe Augusto y Ricardo, que entonces estaban en guerra, quedaron tan afectados, que olvidaron sus querellas particulares para pensar únicamente en dar cumplimiento á la cruzada meditada por Enrique II. Con el fin de atender á los gastos de ella se impuso sobre los bienes eclesiásticos una contribucion que se llamó *diezmo Saladino*, porque era la décima parte de las rentas que se destinaba á hacer la guerra al sultan de este nombre. Los dos Reyes se embarcaron, cada uno con su ejército. Felipe llegó el primero á Palestina, y se juntó á los cristianos que hacia dos años tenian sitiada la ciudad de Acre. Este refuerzo ponia á los sitiadores en estado de poder dar el asalto; pero Felipo, por miramiento y diferencia al Rey de Inglaterra, quiso aguardar su llegada, á fin de compartir con él el honor de la toma de esta ciudad. En efecto, se rindió la plaza por capitulacion, y uno de los principales artículos del tratado fué que la verdadera cruz seria entregada á los cristianos. Habia razon fundada para esperar que este primer resultado feliz seria seguido de nuevas conquistas; pero la mala salud de Felipe, y los disgustos que le habia causado el Rey de Inglaterra, le determinaron á volverse á Francia. No obstante, á fin de que no se le acusase de que abandonaba á su aliado, le dejó diez mil hombres de infantería y quinientos caballeros, con el dinero necesario para el mantenimiento de estas tropas durante tres años. Ricardo quedó solo en Palestina con un ejército bastante fuerte para formar cualquier grande empresa: ganó, en efecto, una batalla á Saladino, y si hubiese marchado directamente á Jerusalen hubiera fácilmente conquistado de nuevo esta ciudad; pero no supo aprovecharse de la ventaja que acababa de conseguir, y dió tiempo al enemigo de fortificar la plaza. Obligado luego á renunciar al proyecto de este sitio, volvióse

Felipe Augusto.

á Europa, despues de haber concluido con el Sultan una tregua de tres años.—De este modo todo el fruto de la tercera Cruzada se redujo á la toma de Acre, que vino á ser el refugio de los cristianos del Oriente que esperaron allí mucho tiempo en vano la ocasion de restablecer el reino de Jerusalen. Por lo que hace á Ricardo, fué arrojado por una tempestad sobre las playas del territorio del duque de Austria, quien le retuvo traidoramente durante un año, al cabo del cual consiguió su libertad mediante una fuerte suma de dinero.

Cuarta Cruzada. 1202-1204.

El escaso triunfo de la tercera Cuzada no impidió que fuese seguida de una cuarta, pocos años despues de la vuelta de Felipe Augusto; pero este Príncipe no tomó parte en ella. Esta nueva expedicion fué emprendida por señores franceses é italianos, que tenian á su cabeza al marqués de Monferrato y á Balduino, conde de Flandes (1). Habian convenido en reunirse en Venecia, y esta república habíase obligado á proporcionar bajeles para transportar los cruzados á la Tierra Santa. Los venecianos, fieles á sus promesas, tuvieron bien pronto reunidos todos los buques necesarios. Hicieron más: quisieron señalarse tambien en una guerra en que estaba interesada la Religion, y equiparon á sus costas cincuenta galeras para quinientos de sus nobles, que se unieron á los Cruzados. Se esperaba la estacion favorable para darse á la vela, cuando el jóven Alejo, hijo del emperador de Constantinopla, vino á implorar su socorro en favor de su padre, que un usurpador habia destronado y encerrado en una estrecha prision, despues de haber mandado sacarle los ojos. Prometió restablecer la union

(1) Algunos historiadores atribuyen la empresa de esta Cruzada á Enrique VI, emperador de Alemania, á la reina Margarita de Hungría, al Obispo de Maguncia y á Valeran, conde de Limburgo. (*El Traductor*).

entre los griegos y los latinos, aprontar doscientos mil marcos de plata, suministrar víveres para un año, facilitar la conquista de la Tierra Santa, y mantener en ella, mientras viviese, quinientos caballeros para defenderla. Estas ofertas parecieron tan ventajosas, que se creyó conveniente aceptarlas, á pesar de que, llevando la guerra á otra parte, se separaban del objeto especial de su empresa. Así fué que, en lugar de ir á Palestina, se hizo rumbo hácia Constantinopla. Los Cruzados necesitaron solo seis dias para conquistar la plaza. El usurpador tomó la fuga, y el jóven Alejo fué coronado emperador, pero poco despues este Príncipe fué ahogado por las propias manos de uno de sus oficiales, que se apoderó del trono. En esta conyuntura los Cruzados tuvieron consejo para resolver lo que debian hacer: creyéronse autorizados á vengar la muerte del Príncipe que habian protegido, y atacando de nuevo la ciudad de Constantinopla, la tomaron por asalto y la abandonaron al pillaje. La autoridad de los jefes no pudo enfrenar la licencia del soldado, que se entregó á los mas grandes excesos. Dueños de Constantinopla, los Cruzados resolvieron establecer uno de ellos en clase de emperador. La eleccion recayó zobre Balduino, conde de Flandes, cuyas virtudes no pudieron menos de alabar los mismos griegos. Este Príncipe fué coronado solemnemente en la iglesia de Santa Sofía (1). Desde entonces tomó las insignias y el título de emperador de Oriente. Los otros señores cruzados se repartieron en seguida la mayor parte de las provincias del imperio

Imperio latino en Constantinopla. 1204-1261.

(1) Entonces fué cuando se fundó en Trebizonda, sobre las costas del mar Negro, lo que los historiadores llaman el *Imperio de Trebizonda*, á donde fueron á refugiarse los antiguos dueños de Constantinopla, aguardando la ocasion de volver á subir al trono imperial, que no tardó en presentarse (1261). El imperio de Trebizonda, en el que habian permanecido los príncipes de la familia imperial, aun despues de la vuelta de los Paleólogos á Constantinopla, fué definitivamente destruido por Mahomet II en 1461.

que se hallaban en Europa; y, ocupados únicamente de mantenerse en ellas, abandonaron del todo la expedicion de la Tierra Santa, por la que habian tomado las armas. Así se fundó el imperio de los latinos en Constantinopla; pero fué de muy corta duracion: al cabo de cincuenta y siete años los griegos volvieron á poner sobre el trono imperial á Miguel Paleólogo, de la familia de sus antiguos emperadores. Esta conquista de los latinos, lejos de facilitar la reunion de los griegos á la Iglesia romana, acabó de separarlos del todo. Los excesos que se cometieron en la toma y saqueo de Constantinopla les inspiraron una grande aversion á los latinos, y á esta época debe referirse ó colocarse la ruptura entera y el cisma consumado de la Iglesia griega (1).

El Papa Inocencio III, indignado de ver que se sustituyesen otros intereses á los de la Cruzada, se apresuró á pedir á la cristiandad un nuevo esfuerzo, y en el cuarto concilio de Letran, en 1215, fué decidida la quinta Cruzada. Honorio III, sucesor de Inocencio, nombró para mandar la expedicion á Andrés II, rey de Hungría, que llevó consigo un gran número de caballeros alemanes y franceses, entre los cuales habia Juan de Briena, designado rey de Jerusalen por Felipe Augusto, quien se retiró apenas hubo llegado á San Juan de Acre. No obstante, la ciudad de Damieta fué tomada por los Cruzados; pero esta conquista sirvió de bien poco, á causa de las enfermedades y de las divisiones que se introdujeron en el ejército cristiano, reduciéndolo al extremo mas deplorable. Los Cruzados abandonaron el Egipto despues de una capitulacion humillante, y se retiraron dejando en rehenes á su jefe Juan de Briena,

Quinta Cruzada. 1217-1221.

(1) Toda esta relacion, que V. Postel aplica á la cuarta Cruzada, L. Maibourg y otros escritores la refieren á la quinta, considerando á aquella de bien escasa importancia. (*El Traductor.*)

Sexta Cruzada. 1228. La sexta Cruzada fué emprendida por el emperador de Alemania Federico II. Hacia ya quince años que este Príncipe habia hecho voto de libertar la Palestina, sin que se hubiese dado prisa por cumplir su promesa. Excomulgado por el Papa, partió al fin, mas sin hacerse absolver: trató con el sultan Meledino para entrar en Jerusalen, con el designio de coronarse rey de esta ciudad; pero no se halló ningun obispo que quisiese dar la uncion real á un emperador excomulgado: y entónces él mismo se coronó. Seis años despues la ciudad santa volvió á caer en poder de los infieles. Estaba reservado á San Luis el tentar un último y magnífico esfuerzo para arrancarla de sus manos sacrílegas; pero no tuvo resultado.

§ IV.

San Francisco de Asis.—Santo Domingo de Guzman. (1204-1221).

San Francisco de Asis. La institucion de dos célebres órdenes religiosas, que siguió de cerca á la cuarta Cruzada, ofrece á los ojos de la Religion un objeto mas interesante que la mal asegurada conquista de Bizancio. Francisco nacido en Asis, pequeña ciudad de Italia, fundó la primera de estas dos Órdenes, y dió á sus discípulos el nombre de *Frailes Menores*. Su padre, que era mercader, le destinaba al ejercicio de la misma industria, y no puso gran cuidado en su educacion. Aunque el jóven Francisco tuvo mas inclinacion á los placeres y vanos atractivos del mundo que á los ejercicios de piedad, con todo manifestó desde la niñez una tierna compasion hácia los pobres, á los que socorría segun le era posible. Un dia, sin embargo, rehusó, contra su costumbre, dar limosna á un mendigo; pero luego lo sintió tanto, que resolvió en adelante socorrer á todos los que le pidiesen por amor de Dios. Una en-

fermedad grave que le afectó le hizo tomar la resolucion de renunciar al mundo, y entregarse enteramente á Nuestro Señor. Algun tiempo despues, habiendo encontrado á un pobre cubierto de harapos, se quitó un vestido nuevo que llevaba, y se lo puso. Otro dia que iba de camino vió á un leproso tan desfigurado, que de pronto le causó horror y repugnancia; mas reflexionando luego que para servir á Jesucristo es necesario vencerse á sí mismo se apeó del caballo, y, besando al leproso le dió limosna. Cuando se empieza así se hacen en poco tiempo grandes progresos en la senda de la virtud. Por esto tambien Francisco pareció bien pronto un hombre nuevo; buscaba la soledad, y meditaba con el mas grande enternecimiento en la pasion del Salvador.—Esta vida retirada no gustaba á su padre, que le maltrataba á menudo, y llegó hasta el extremo de desheredarle. Jamás se creyó Francisco tan rico como cuando vió que nada poseia, Todo lo sufrió con paciencia. «Abandonado «del padre que tengo sobre la tierra, me dirigiré des- «de hoy con mas confianza al Padre que me queda en «el cielo,» Retiróse despues á una pequeña iglesia llamada la Porciúncula, ó Nuestra Señora de los Ángeles, y se puso á servir á los leprosos, ejercitándose en las obras mas pesadas y mortificantes de misericordia y de humildad. Habiendo oido leer en la misa estas palabras que Jesucristo dirigió á los Apóstoles; *No llevéis ni oro ni plata, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston*, «Vé ahí, exclamó lleno de alegría, vé ahí «lo que yo busco, lo que yo anhelo con todo mi corazon.» Al instante se quitó sus zapatos, y los abandonó con su baston; renunció al dinero, y no se quedó mas que con una simple túnica, que ceñia con una cuerda; practicando á la letra lo que acababa de oir. Desde entónces comenzó á predicar la penitencia con discursos sencillos, pero sólidos, y que hacian la mas viva impresion en el corazon de sus oyentes.

Institucion de los Frailes Menores. 1208. No tardó en reunir discípulos que imitaron su penitencia y su celo: anunciaban la palabra de Dios, exhortando á todos los que encontraban á que le temiesen, le amasen y observasen sus mandamientos. Algunos los escuchaban con atencion; pero á la mayor parte les chocaba su vestido extraño, y la singular austeridad de su vida. Les preguntaban de qué país eran, y qué profesion ejercian: muchas veces, lo mismo que si fuesen unos malhechores, se les negaba la hospitalidad, y veíanse reducidos á pasar las noches enteras bajo los pórticos de las iglesias. Otras veces se les llenaba de injurias, y los muchachos y el populacho les arrojaban piedras y lodo; pero ellos se regocijaban de sufrir estos oprobios en el ejercicio del ministerio evangélico. En fin, llegaron, con su desinterés y su paciencia, á disipar todas las prevenciones, y á granjearse en todas partes la pública veneracion.

Trabajos apostólicos de S. Francisco de Asís. San Francisco, viendo que el número de sus discípulos iba cada vez mas en aumento, les redactó una regla que no era otra cosa que la práctica de los consejos del Evangelio: solo añadió á ella algunas observancias particulares para dar uniformidad á su modo de vivir. Fué luego á Roma á presentar á Inocencio III esta regla, que mereció su aprobacion. Entónces el siervo de Dios condujo su pequeña sociedad á la iglesia de la Porciúncula, que le fué cedida por una abadía de Benedictinos, de que dependia, y formó allí la fundacion de su primer establecimiento. Esta iglesia vino á ser como la cuna de su Órden. Se aplicó enseguida á formar á sus discípulos propios para el apostolado: les dió instrucciones á fin de adelantar ellos mismos en la perfeccion, y ganar almas á Jesucristo; les recomendó, sobre todo, el que permaneciesen siempre fuertemente unidos á la fé de la Iglesia romana. Despues de haberles hablado mucho del reino de Dios, del desprecio del mundo, del despren-

dimiento de su propia voluntad, y de la mortificacion del cuerpo. «Nada temais, les añadió, porque parez- «camos despreciables: poned vuestra confianza en «Dios, que ha vencido al mundo. Encontraréis hom- «bres duros y crueles que os maltratarán: aprended «á sufrir con paciencia los desprecios y los ultrajes.» En seguida los envió á diferentes naciones, reservándose para sí mismo la mision de la Siria y del Egipto, con la esperanza de hallar en alguno de estos países la corona del martirio. Se embarcó con un solo compañero y abordó en Damieta, donde se hallaba entonces el sultan Meledino (1). El Sultan le preguntó por quién habia sido enviado cerca de él. «Es Dios, le «respondió intrépidamente Francisco; es el Altísimo «el que me envia para enseñaros el camino del cielo «á vos y á vuestro pueblo.» Esta intrepidez admiró al Sultan, quien le invitó á permanecer á su lado. «Yo «lo haria de muy buena voluntad, dijo el Santo, si «vos y vuestro pueblo quisiérais convertiros. Para «que no vacileis mas en dejar la ley de Mahoma, y «abrazar la de Jesucristo, haced encender un gran «fuego: yo entraré en él con vuestros santones á fin «de que veais cual es la verdadera Religion.—Dudo «muchísimo, respondió Meledino sonriéndose, que «ninguno de nuestros imanes quiera someterse á esta «prueba; por otra parte seria de temer que esto excitase alguna sedicion.» Sin embargo, el Sultan, encantado de los discursos de Francisco, le ofreció ricos presentes, que el santo hombre de ningun modo quiso aceptar, y esta generosa denegacion le hizo aun mas venerable á los ojos de Meledino, quien le despidió diciéndole: «Rogad por mí, ó Padre mio, á fin de «que Dios me haga conocer la religion que le es mas «agradable, y me dé valor para abrazarla.»

---

(1) El mismo con quien trató Federico II en tiempo de la sexta Cruzada.

Francisco, á su vuelta de Egipto, convocó un Capítulo general en Asis: su Órden se habia multiplicado hasta tal punto, que el número de religiosos en esta reunion llegaba á cinco mil. Como algunos de ellos le suplicaban que obtuviese del Papa un privilegio en cuya virtud pudiesen predicar en todas partes, aun sin permiso de los obispos, respondió con indignacion: «¡Qué, hermanos mios! ¿aun no conoceis «la voluntad de Dios? Él quiere que ganemos primero á los superiores con la humildad y el respeto: «despues ganaremos á los que les están sometidos con «nuestros discursos y con nuestros buenos ejemplos. «Cuando los obispos verán que vivis santamente, y «que no quereis sobreponeros ó usurpar su autori«dad, ellos mismos os rogarán que trabajeis en la sal«vacion de las almas que les están confiadas. Nuestro «privilegio particular debe ser el no tener privilegio «alguno.»—Cuando san Francisco sintió aproximarse el término de su vida redobló los rigores de su penitencia. El mismo dia en que rindió su alma á Dios se hizo leer la pasion del Salvador; y, habiéndose puesto á recitar el salmo CXLI, espiró, diciendo estas palabras: *Los justos me están aguardando has que Vos me recompenseis.*

Santo Domingo de Guzman.

Santo Domingo, nacido de una de las mas ilustres familias de España, y título de Castilla, como lo indica su apellido, desde su juventud se sintió animado de un gran deseo de trabajar en la santa obra de la salvacion de las almas, y especialmente en favor de aquellas que estaban sumergidas en las tinieblas del error. Halló bien pronto la ocasion de ejercitar su celo. Era canónigo regular de la iglesia de Osma cuando su obispo, D. Diego, recibió de Inocencio III el encargo de instruir y convertir á la fé católica á los albigenses, cuyos errores infestaban entonces la ciudad de Albi y sus alrededores. Domingo acompañó á su Obispo en esta mision apostólica, y se empleó con

mucho ardor en la conversion de estos herejes. Habíase dado el nombre de *albigenses* á diferentes sectarios que, divididos por una parte en sus sentimientos, estaban de otra acordes en despreciar la autoridad de la Iglesia, en proscribir el uso de los Sacramentos, y en trastornar toda la antigua disciplina. Estos fanáticos llevaron el estrago y la desolacion por todo el país. Se juntaban á veces hasta ocho mil hombres, saqueaban las ciudades y las villas, asesinaban á los sacerdotes, profanaban las iglesias, y hacian pedazos los vasos sagrados. Los misioneros conocieron el peligro y la dificultad de su empresa; mas no por eso se arredraron: estaban dispuestos á sacrificar su vida por tan bella causa. Dios les libró de muchos peligros. Una vez habíanse apostado dos asesinos en un paraje por donde Domingo debia pasar; pero escapó de sus manos. Como luego le preguntasen qué habria hecho si hubiese caido en poder de estos asesinos, respondió: «Hubiera dado gracias á Dios, y su-«plicádole que hiciese que mis verdugos derramaran «mi sangre gota á gota, y cortaran mis miembros «uno tras otro á fin de prolongar mi suplicio y enri-«quecer mas mi corona.» Esta respuesta hizo muy viva impresion en el ánimo de sus enemigos.—Los santos misioneros tuvieron muchas conferencias con los herejes, y todas terminaron en ventaja de la verdad. No habia dia que no se obrasen algunas conversiones brillantes y ruidosas; pero servian para agriar los ánimos de los fanáticos sectarios en vez de conmoverlos; y como se hallaban apoyados y sostenidos por Raimundo, conde de Tolosa, se entregaron á las mas graneos crueldades. Fué preciso para reprimirlos recurrir á medios violentos; y se publicó contra ellos una Cruzada, no tanto porque iban errados en la fé, cuanto porque derribaban las leyes de la sociedad y trastornaban la tranquilidad pública. Simon, conde

Herejía de los albigenses.

de Monfort, tuvo el mando de este ejército que se levantó contra los albigenses. Este señor los persiguió tenaz y enérgicamente; y si en el número de sus hazañas se encuentran algunos rasgos de severidad excesiva, es preciso considerar que tenia que habérselas con mónstruos, á quienes creyó no poder reducir de otro modo, para purgar las provincias que desolaban. Por lo demás santo Domingo no tuvo parte alguna en esta expedicion militar: las únicas armas que él empleó fueron la dulzura y la paciencia. Cuando vió que el ejército de los Cruzados se aproximaba, nada omitió para evitar el peligro que amenazaba á esta secta obstinada. Hallándose en seguida entre los Cruzados, advirtió que muchos se habian unido á ellos solo para dedicarse al pillaje, y que se entregaban á toda clase de desórdenes. Emprendió, pues, el reformarlos á ellos mismos; y trabajó en esta empresa con tanto celo como habia mostrado para la conversion de los albigenses. Por otra parte es falso que haya sido inquisidor.

Institucion de los Frailes Predicadores. 1216.

Dios inspiró á Domingo el designio de formar una sociedad de hombres apostólicos que, santificándose á sí mismos por medio de los ejercicios de la vida religiosa, pudiesen trabajar eficazmente con sus predicaciones á difundir la luz de la fé, y obrar la santificacion del prójimo. Con esta santa mira se asoció algunos compañeros, que consintieron vivir en comun y con arreglo al pan que les trazó. Fulques, obispo de Tolosa, halló muy bueno este proyecto, y favoreció la ejecucion con todo su poder. Cuando Domingo marchó á Roma con su Prelado para concurrir al concilio de Letran, llenaba tambien por objeto obtener la aprobacion pontificia de su Instituto. Poco dispuesto el gran Inocencio III á dársela, creyó ver en sueños que la iglesia lateranense amenazaba ruina, y Domingo aplicaba sus hombros para sostenerla: cre-

yendo la vision un aviso del cielo (1), mudó de propósito, y aprobó de viva voz el Instituto á presencia del Santo y de su amigo el Obispo de Tolosa. Este Prelado dió á santo Domingo y á sus discípulos la primera iglesia que tuvieron, fundada en honor de san Roman, en la misma ciudad de Tolosa, y hubo entre sus habitantes tan piadosa emulacion, que casi todos contribuyeron á su benéfico establecimiento. Esta emulacion se extendió bien pronto á toda la provincia; pues que se apresuraron á fundar casas de esta Orden Montpeller, Bayona, Lyon y otras muchas ciudades. —Al año siguiente de su confirmacion oficial por el papa Honorio, este Instituto pasó á España. Trajéronlo cuatro esclarecidos varones, llamados el venerable Fr. Suero Gomez, que venia por superior, y pasó á Portugal, su patria, y además Fr. Pedro de Madrid, Fr. Miguel de Uzero y Fr. Domingo de Parvo. Dieron estos principio á su Instituto en el convento de Santo Domingo de Silos. Al regresar á España el santo Fundador en 1218 observó la solidez y grandeza de aquel edificio, y alarmada su humildad á vista de la suntuosa fábrica que se proyectaba. «¿Qué es «esto? dijo, ¿quieren mis hijos tener palacios duran«te mi vida? ¡qué harán despues de mi muerte!» y mudada la planta la mandó continuar con la modestia que se ve aun hoy dia. Mas lo que perdió de suntuosidad lo ganó con sobras en los vestigios de su pobre celda, salpicadas de sangre, cual se ve aun hoy dia en dicho convento, que es llamado de Santo Domingo el Real. De Madrid pasó á Segovia donde erigió el Santo su primer convento en España.—La reputacion de que gozaban los nuevos religiosos, conocidos con el nombre de *Frailes Predicadores*, atrajo

(1) Su nacimiento fué anunciado tambien en sueños á su madre la beata Juana de Aza, que creyó ver un perro con una antorcha en la boca que incendiaba el mundo: símbolos todos de fidelidad, celo é inteligencia. (*El Traductor*).

á su Órden hombres de un mérito distinguido. Entonces el santo Patriarca envió muchos de sus discípulos á diferentes países para predicar la penitencia, y defender la pureza de la fé contra los herejes : fueron siete á París, á quienes la Universidad y un piadoso doctor, llamado Juan, dean de San Quintin, dieron la casa de San Jacobo, de donde tomaron en Francia el nombre de *Jacobinos*. Esta pequeña comunidad creció tanto en poco tiempo, que santo Domingo cuando vino á visitarla en el año 1219 encontró ya en ella treinta religiosos. El santo Fundador veia con tierno y agradable consuelo prosperar la obra de Dios, y no cesaba de orar por la conversion de los herejes y de los pecadores. Nada hubiese sido para él tan agradable como el ir á predicar el Evangelio á las naciones bárbaras y derramar su sangre por Jesucristo, si la voluntad de Dios no le hubiese retenido entre sus hermanos. Puede decirse que, especialmente porque se hallaba animado de estos sentimientos, hizo del ministerio de la palabra el fin principal de su instituto; por cuya razon deseaba tambien que se aplicasen á él sus religiosos, para poder transmitirla con facilidad y persuacion. Esta funcion es tanto mas importante cuanto mas buenos son los que se dedican á ella; y conociéndolo así Domingo, ponia todo su cuidado en que sus discípulos se preparasen á su ejecucion por la práctica de todas las virtudes. Les enseñaba el delicado y difícil arte de hablar al corazon, inspirándoles una ardiente caridad hacia el prójimo. Un dia que venia de predicar le preguntaron en qué libro habia estudiado su sermon. «El libro de que me « he servido, respondió, es el de la caridad. »—Predijo la hora de su muerte algun tiempo antes de que llegase. Hácia fines de julio dijo á algunos de sus amigos: « Ahora me veis en tan buen estado de salud, y, «sin embargo, saldré de este mundo antes de la fiesta «de la Asuncion.» En efecto, vióse acometido de una

calentura violenta; y despues de haber exhortado á sus religiosos á edificar al prójimo, y á honrar su estado con sus virtudes, espiró dulce y tranquilamente tendido sobre la ceniza el año 1221. Se halla su sepulcro en Bolonia (Italia).

§ V.

San Luis, rey de Francia. (1215-1270).

Nacimiento y educacion del santo Rey. 1215.

Dios puso colmo á los señalados favores que habia dispensado á este siglo, fecundo en santos personajes, con el nacimiento de un gran príncipe que santificó el trono con sus virtudes, y le honró con sus raros talentos. Luis IX apenas tenia doce años cuando murió su padre Luis VIII. Fué educado bajo la tutela de su madre D.ª Blanca de Castilla, que regentó el reino de Francia durante la menor edad de su hijo. Esta virtuosa Princesa inspiró desde muy temprano á su augusto hijo el amor de la virtud y el placer de la piedad. Le repetia con frecuencia estas bellas palabras, tan dignas de una madre cristiana: «Mas quisiera, hijo mio, á pesar de la ternura con que os amo, «veros privado del trono y de la vida, que manchado «con un solo pecado mortal.» El jóven Luis tomaba placer en escuchar las sábias instrucciones de su madre, y no las olvidó jamás. Blanca, no pudiendo bastar por sí sola á la educacion del jóven Rey, puso á su lado hombres dotados de una sabiduría consumada, quienes formaron en él las cualidades de un héroe y las virtudes de un gran santo. Enseñáronle que todo es grande en el Cristianismo, y que se halla sobre todo cuanto se tiene en mas estima en el mundo. El buen natural del Príncipe era muy á propósito para secundar los designios de sus preceptores; y sus progresos sobrepujaban á las lecciones que estos le da-

ban. Durante toda su vida manifestó la singular estimacion que le merecia la gracia del Bautismo, por la prediieccion marcada que tenia al lugar en donde le habia recibido. Algunas veces se firmaba *Luis de Poissy*, dando á entender que preferia el título de cristiano al de rey de Francia. Fué consagrado en Reims el primer domingo de Adviento del año 1226. Esta no fué solo una pura ceremonia para este jóven Príncipe, sino que la miró tambien como un empeño solemne que tomaba para trabajar por el bien de su pueblo. Preparóse á esta solemne funcion con ejercicios de piedad, rogando al Señor que se dignase derramar en su alma la uncion santa de la gracia. Pareció penetrado de las palabras del salmo que se canta en esta funcion al principio del oficio: *Hácia Vos, Señor, he levantado mi alma: he puesto, Dios mio, toda la confianza en Vos*· y se las aplicó á sí mismo.—Cultiváronse tambien los talentos del jóven Rey; le enseñaron el arte de gobernar á los hombres y el de hacer la guerra; se le instruyó en las historia, que ha sido siempre mirada como la escuela de los príncipes; en fin, no se omitió ninguno de los conocimientos propios á formar un gran rey. Sabia bastante bien el latin para poder entender los escritos de los santos Padres, que tenia costumbre de leer á fin de santificar sus demás estudios. Cuando el jóven Monarca principió á gobernar se le vió siempre aplicado á llenar fielmente todos sus deberes. Magnífico y suntuoso cuando era necesario serlo, amaba sin embargo la economía, y en todo preferia la sencillez: sus vestidos, su mesa, su corte, todo anunciaba un príncipe enemigo del fausto. Despues de haber dedicado la mayor parte del tiempo á los negocios del Estado, se complacia en tener conversacion con personas piadosas. Todos los dias consagraba algunas horas á los ejercicios de la religion; y como los que tenian menos piedad que él criticasen su devocion, dijo con

Es proclamado rey. 1226.

dulzura: « Los hombres son extraños: se acrimina mi «asiduidad á la oracion, y si emplease el tiempo que «dedico á ella en la caza, en el juego ó en otra diver«sion cualquiera nadie diria una palabra.»

San Luis halló bien pronto la ocasion de hacer brillar su piedad y su respeto por la Religion. Balduino III, emperador latino de Constantinopla, vino á Francia á solicitar socorro para afianzar su trono vacilante. Este trono nunca habia estado bien afirmado desde que se hizo su conquista por los Cruzados, y entonces era poderosamente atacado por los griegos. Balduino, colmado de favores por el santo Rey, le manifestó su reconocimiento ofreciéndole la corona de espinas de Nuestro Señor, que de tiempo inmemorial se conservaba en la capilla del palacio de los emperadores de Oriente. El religioso príncipe aceptó este ofrecimiento con marcadas muestras de una inmensa alegría. Inmediatamente envió sus embajadores á Constantinopla, á quiénes el Emperador entregó cartas credenciales que contenian la órden de que se le remitiese este piadoso depósito. Los diputados, al llegar á esta ciudad, se encontraron con que los venecianos tenian en prenda la santa corona por una suma considerable que habian prestado á su Gobierno, y era preciso resarcirles para retirar de sus manos esta santa reliquia. Luis, informado de este negocio, la desempeñó á sus costas. Fué, pues, traida á Francia en una caja cerrada con el sello del imperio y con el de la república de Venecia, Cuando el Rey supo que sus conductores estaban cerca de Sens, fué á su encuentro hasta el pueblo de Villanueva, acompañado de su corte y de un clero numeroso. Á la vista de la santa corona prorumpió en lágrimas hasta el punto de enternecer á todos los que le rodeaban. En seguida él y su hermano Roberto se encargaron de la caja que la contenia, y la llevaron á pié descalzo, y en medio de una multitud innumerable de pueblo,

desde la entrada de Sens hasta la iglesia de San Estéban de esta ciudad. El piadoso Rey la recibió con los mismos sentimientos é igual pompa en París, y la hizo colocar en su palacio.—Algunos años despues le enviaron tambien de Constantinopla muchas otras reliquias, entre ellas un pedazo considerable de la verdadera cruz, el hierro de la lanza que atravesó el costado de Nuestro Señor, la esponja que le fué presentada embebida de hiel y vinagre. Todas estas reliquias las hizo encerrar en cajas de plata enriquecidas de piedras preciosas, y, á fin de colocarlas honoríficamente, mandó levantar una capilla célebre en el sitio mismo en que se hallaba un antiguo oratorio, y fundó canonicatos para que estas dignidades celebrasen en ella el oficio divino. La dedicacion de la santa capilla se hizo con mucha solemnidad, y desde entonces fué el oratorio ordinario en que el santo Rey se entregaba á los ejercicios de piedad, pasando á veces las noches enteras en oracion: pero el tiempo que empleaba en estos actos de devocion jamás era en perjuicio de los intereses de su pueblo. Estaba persuadido de que la piedad que perjudica al cumplimiento de los deberes es una falsa piedad. El cuidado y la atencion que prestaba á todos los ramos del gobierno, atestiguados por los monumentos que conservamos de su reinado, prueban que los deberes del trono eran su mayor y preferente ocupacion: la Francia le debe los mas bellos establecimientos y las leyes mas sábias.

S. Luis emprende la séptima Cruzada. 1248.

Una enfermedad peligrosa que sufrió san Luis fué el motivo de emprender una Cruzada para el restablecimiento de la Tierra Santa. Le atacó una disentería tan aguda y violenta, que le puso bien pronto en un estado alarmante. Durante algunos momentos se le creyó muerto. La Francia consternada dirigia á Dios fervientes plegarias pidiéndole la salud de su padre y de su rey. Pusiéronse sobre el moribundo Prín-

cipo el trozo de la verdadera cruz y las otras reliquias que habia recibido de Constantinopla, y volvió de su letargo. La primera palabra que pronunció fué para llamar al obispo de París, y pedirle la cruz, porque queria ir al socorro de la Tierra Santa. El prelado le presentó muchas dificultades, pero el Rey insistió de una manera tan tierna y conmovedora, que no hubo medio de rehusar. Presentósele, pues, la cruz, y al recibirla la besó afectuosamente, y declaró que ya estaba restablecido. En efecto, poco despues volvió á aparecer en medio de su pueblo, y le enterneció el público regocijo que expresaban sus leales súbditos al verle curado. Luego se dispuso con el ejercicio de toda clase de buenas obras á cumplir su voto. La mayor parte de los príncipes tomaron la cruz, y la nobleza y el pueblo siguieron su ejemplo. El Rey se embarcó con el designio de llevar la guerra al Egipto, y atacar al sultan en su propio país, quien habia subyugado la Tierra Santa. Llegó felizmente con todo su ejército á la isla de Chipre, donde el Rey habia mandado establecer almacenes. Desde allí envió la declaracion de guerra al sultan de Egipto en caso de negarse á devolver á los cristianos las plazas que les habia tomado. El fiero musulman rehusó entregarlas, y se preparó á sostener la guerra. La flota de los Cruzados salió, pues, de la isla de Chipre, y llegó á la vista de Damieta, una de las plazas mas fuertes del Egipto. El enemigo circundaba la costa para oponerse al desembarco. Entonces el Rey subió á cubierta, y todos los señores se reunieron en torno suyo. «Amigos mios, les dijo, una providencia singular ha hecho que se emprediese este viaje, no podemos dudar de que Dios tiene sobre nuestra empresa grandes designios. Serémos invencibles si estamos unidos; pero sea cualquiera el acontecimiento, siempre nos será ventajoso: si morimos, obtenemos la corona inmortal del martirio; si salimos victoriosos, Dios

«será glorificado. No tengais consideracion á mi per«sona, porque yo no soy sino un hombre, cuya vida «está en manos del Salvador.» Estas palabras y la intrepidez del Rey inspiraron á los Cruzados un nuevo ardor, y avanzaron valerosa y resueltamente hácia la orilla. El legado del Papa, que iba en el mismo esquife del Rey, llevaba una cruz muy alta para animar á los soldados á la vista de esta sagrada enseña. Una chalupa precedia á las demás, y en ella iba el oriflama, estandarte que los reyes de Francia llevan siempre delante de sí en la guerra. Como no habia bastante agua para poder atracar á tierra, el Rey tiróse al mar, espada en mano, y todo el ejército le siguió. Los enemigos les arrojaron una lluvia de dardos y de flechas; pero no pudieron resistir el ataque impetuoso de los franceses, y huyeron en desordenada dispersion. Los habitantes y la guarnicion de Damieta la abandonaron, y el Rey entró en ella sin la menor resistencia, pero no con el fausto y la pompa de un conquistador, sino con la humildad de un rey verdaderamente cristiano, que hace á Dios un sincero homenaje de su victoria. Así es que entró en procesion, con los piés descalzos, acompañado de los príncipes y el clero. Fueron de esta manera hasta la principal mezquita, que quedó convertida en iglesia, purificándola el legado, quien celebró en ella solemneente la misa.

Su cautiverio. 1250. San Luis. dueño de Damieta, resolvió partir en derechura al Cairo, que era la capital de Egipto. Para poder llegar á ella fué preciso combatir al ejército infiel, que se habia acampado en la opuesta ribera del Nilo, cerca de un lugar llamado Mansourah. El Rey condujo allí sus tropas y atacó al enemigo, que presentó una vigorosa y tenaz resistencia. La temeridad del Conde de Artois, que se adelantó, contra la órden del Rey su hermano, hasta el mismo Mansourah, atrajo sobre él y sobre todo el ejército francés las desgra-

cias que siguieron á esta funesta jornada. Los enemigos se arrojaron impetuosamente sobre él: los franceses, al ver el inminente peligro en que se hallaba su Príncipe, volaron á su socorro, y se trabó un sangriento combate en el que Roberto pereció. La pérdida fué de una y otra parte considerable; pero el enemigo, hallándose en su propio país, podia fácilmente reparar sus fuerzas, lo que no era tan asequible á los Cruzados. Para colmo de desdichas una enfermedad contagiosa se presentó entre ellos, y, extendiéndose en sus filas, causó bastantes estragos, y les obligó á permanecer en inaccion durante muchos meses. Como los víveres se acababan, el hambre se unió á la enfermedad. Viéronse, pues, obligados á tomar de nuevo el camino de Damieta, pero los enemigos los persiguieron, y esta marcha en retirada fué un combate continuado. El santo Rey hizo esfuerzos increibles; mas habiendo sido forzado á detenerse en la aldea de Kasal, y no pudiendo sostener el empuje de los apiñados batallones enemigos, cayó en su poder con sus dos hermanos Alfonso y Cárlos, junto con los demás nobles que habian peleado á su lado, y la mayor parte del ejército.—San Luis fué el mismo en la prision que habia sido en el trono; tan noble y grande entre cadenas como valiente y vencedor en el campo de batalla. Los mismos bárbaros estaban asombrados de su entereza de alma, y decian que era el cristiano mas noble y arrogante que habian visto jamás. Á pesar de ser tratado de una manera inhumana é indigna, se condujo siempre como un rey cuya grandeza es independiente de los acontecimientos; como un fiel cristiano á quien Dios lo suple todo; como un héroe cuya alma elevada es superior á todos los reveses de la fortuna. «Te hallas entre cadenas, le «decian estos bárbaros, y nos tratas lo mismo que si «fuéramos tus cautivos.» Esta constancia heróica produjo tanta impresion en el sultan, que le ofreció la

libertad, á condicion de que Luis entregaria para su rescate y el de los demás prisioneros un millon de besantes de oro. «La persona de un rey de Francia «nunca se redime á precio de oro, respondió el Rey; «pero en cambio de mi libertad os entregaré la plaza «de Damieta, y la suma que me exigís por la de mis «súbditos.» El sultan, lleno de admiracion, hizo rebaja al Rey de la quinta parte del precio del rescate. Se concluyó el tratado; pero antes de ponerlo en ejecucion el sultan fué asesinado por sus emires, y esta muerte sumergió al Rey en nuevas dificultades y embarazos. Los asesinos vinieron á su prision como unos locos furiosos: Luis los vió entrar sin emocion alguna, y su intrepidez les impuso y desarmó. Ratificaron el tratado, y aun deliberaron acerca de si le nombrarian su sultan; pero el temor de ver sus mezquitas destruidas por un príncipe tan firme y adicto á su Religion, les impidió ofrecerle esta dignidad. El dia señalado entregó Damieta, pagó la suma prometida, y, como los infieles se habian equivocado en la cuenta en desventaja suya, les remitió la cantidad que faltaba, aun cuando ellos hubiesen sido poco exactos en llenar sus compromisos.

S. Luis en Palestina.

Los infieles, contra la fé del tratado, retenian un gran número de prisioneros franceses, y se esforzaban por hacerlos apostatar de la religion cristiana. Este acto, digno únicamente de esa canalla perjura, impidió al Rey su regreso á Francia, segun tenia ya dispuesto. Á fin de poder sacar de las manos de los infieles el resto de sus súbditos, y preservar la Tierra Santa de su completa ruina, hizo rumbo hácia la Palestina, y arribó felizmente á la ciudad de Acre. Fué recibido por sus habitantes con grandes demostraciones de alegría, que fueron en procesion á su encuentro hasta la orilla del mar. Apenas le quedaban de tan brillante ejército seis mil hombres; número demasiado limitado por cierto para poder arriesgarse á

empresa alguna. Resolvió, no obstante, á ruegos de los habitantes de este país, permanecer en él algun tiempo; pero volvió á enviar sus dos hermanos Alfonso de Poitiers y Cárlos de Anjou á Francia. Durante el tiempo que este Príncipe permaneció en la Tierra Santa visitó los Santos Lugares con los mas tiernos sentimientos de piedad, y con las demostraciones mas afectuosas de respeto. Habiendo ido á Nazaret el dia de la Anunciacion, apercibió desde muy léjos este lugar sagrado, y, apeándose de su caballo, se hincó de rodillas; enseguida hizo á pié el resto del camino, á pesar de ser muy fatigoso, de estar rendido de cansancio, y de haber ayunado á pan y agua todo este dia. Tenia un deseo extraordinario de visitar Jerusalen, y el sultan de esta ciudad habia consentido en ello; pero le hicieron presente que si entraba en la ciudad santa sin libertarla, todos los reyes que en lo sucesivo vendrian á Palestina se creerian dispensados de sus votos, contentándose, á ejemplo suyo, con un simple viaje de devocion, Esta observacion le hizo renunciar á su intento.—Empleó todo el tiempo de su permanencia en Palestina en asegurar los negocios de los cristianos de este país, reparando y fortificando á sus costas las plazas que aun conservaban. Estaba ocupado en la actividad de estas grandes obras cuando recibió la infausta nueva del fallecimiento de su madre la reina D.ª Blanca, que lloró amargamente, pero como cristiano, con entera resignacion á la voluntad de Dios: arrodillóse delante del Altar, y dirigió al Señor estas palabras; «Os doy «gracias, Dios mio, de haberme conservado hasta el «presente una madre digna de todo mi cariño; era un «don de vuestra misericordia infinita; vos volveis á «tomarlo como vuestro, y yo no debo quejarme ni «sentirlo. Es verdad que la amaba tiernamente; mas, «puesto que os place quitármela, que vuestro santo «nombre sea bendecido por todos los siglos.» Esta

muerte le hizo pensar en su regreso á Francia, de donde hacia ya cerca seis años que se habia ausentado. Verificó sus últimas disposiciones, y, despues de haber puesto las plazas fuertes de la Palestina en buen estado de defensa, salió del puerto de Acre en el mes de Abril de 1254, colmado de bendiciones de todo el pueblo, de la nobleza y de los obispos, que le acompañaron hasta su navío.—Durante la navegacion el santo Rey se ocupó en el cuidado de los enfermos, en la instruccion de los marineros y en la oracion. Sus ejemplos produjeron los mejores efectos; los ejercicios religiosos se verificaban cási con tanta regularidad como en un monasterio. Al llegar á las costas de Francia el recuerdo de su madre y la vista de su querido pueblo le enternecieron. Desembarcó en Provenza y tomó el camino de París, á donde llegó el 5 de Setiembre. Uno de sus primeros actos fué el ir á dar gracias á Dios á la iglesia de San Dionisio, á la que hizo magníficos presentes.

Octava y última Cruzada. 1270.

San Luis, á su vuelta de la Palestina, no habia dejado la cruz, porque no cesaba de pensar continuamente en la empresa de otra expedicion con el mismo objeto. Se determinó á esta resolucion con las noticias que recibió de ese país. Desde su salida de la Tierra Santa los infieles se habian apoderado de gran parte de las plazas qne él habia fortificado, y ejercian en sus habitantes cristianos las mas grandes crueldades, las que llegaban á su colmo si se negaban á abrazar el mahometismo. Este Príncipe, despues de dejar arreglados los asuntos de su reino, declaró su resolucion de ir al socorro de los infelices que en la Palestina gemian bajo el yugo musulman; y con motivo de esta santa empresa indujo á los príncipes y á los nobles de sus Estados á que se cruzasen con él. Sus discursos y su ejemplo hicieron la mas viva impresion en el ánimo de todos, y el Rey se vió bien pronto á la cabeza de un poderoso ejército. Embar-

cóse en el mes de julio de 1270, y se dió á la vela para Tunez. Lo que le determinó á conducir hácia este punto su ejército fué que el rey de este país le habia hecho creer que abrazaria la religion cristiana si no fuese por el temor de que sus súbditos se sublevasen. Esta conversion parecia á Luis muy á propósito y favorable para poder recobrar la Tierra Santa, cuya empresa tomaba con tanto interés. «¡Oh! exclamaba «alguna vez, ¡cuán dichoso seria yo si me viese pa-«drino de un príncipe mahometano!» Mas bien pronto quedó desvanecida tan halagüeña esperanza; porque en cuanto los Cruzados llegaron á Africa, el rey de Tunez mandó á arrestar á todos los cristianos que habia en la ciudad, y les amenazó con hacerles cortar la cabeza si el ejército francés se aproximaba á la plaza. Como Tunez estaba entonces muy bien fortificada y defendida por una numerosa guarnicion, Luis creyó que nada debia emprender antes de recibir los refuerzos que esperaba, y se contentó con poner á su ejército al abrigo de los insultos del enemigo, haciendo rodear su campo de empalizadas y de fosos. Mas bien pronto las fiebres malignas y las disenterias agudas, ocasionadas por el excesivo calor del clima á las malas aguas, se presentaron entre sus soldados, y desplegaron sus estragos con tanta violencia, que en poco tiempo el ejército quedó reducido á cerca la mitad. El mismo Rey fué acometido de esta terrible epidemia, y desde el primer dia conoció que su enfermedad era mortal. Nunca apareció tan grande como en esta crítica circunstancia. Á pesar de los terribles dolores que sufria no interrumpió las funciones de su dignidad real: dió siempre sus órdenes con la misma presencia de ánimo que si se hallase en perfecta salud, y, mas ocupado de los otros que de sí mismo, nada omitia en su socorro. Fuele, al fin, imposible resistir, y se vió obligado á guardar cama. Su hijo primogénito, el príncipe Felipe, no le abando-

Muerte de S. Luis. 1270.

naba un momento. San Luis, que le amaba mucho, é iba á abdicar bien pronto el cetro en favor suyo, reunió todas sus fuerzas, y le dió instrucciones admirables, que aun se conservan en nuestros dias, y que principian de este modo: «Hijo mio, lo primero que «os recomiendo encarecidamente es que ameis á Dios «de todo corazon, y que os halleis siempre dispuesto «á sufrirlo todo antes que cometer un pecado mor-«tal.» Esto era lo mismo que le habia inculcado su virtuosa madre desde su infancia, y que fué siempre la norma de su conducta. Pidió con anticipacion los Sacramentos, y los recibió con tanto fervor, que hizo derramar lágrimas á todos los que se hallaban presentes. Cuando sintió aproximarse su último momento se hizo acostar en una cama cubierta de ceniza, y en ella, cruzados los brazos sobre el pecho, y los ojos levantados al cielo, espiró pronunciando distintamente estas palabras del Salmista: *Entraré, ó Señor, en vuestra casa, os adoraré en vuestro santo templo, y glorificaré vuestro nombre.* Así murió este santo Rey, cuyas virtudes no pueden admirarse sin bendecir la Religion santa que las produjo.

S. Fernando rey de España 1250.

España, que á mediados de este siglo gozaba ya de una era mas feliz y venturosa, debida al reinado de dos grandes hombres cuya memoria recuerda con gloria y con profunda veneracion, presenta en ellos á san Fernando reinando en Castilla, y á D. Jaime el *Conquistador* en Aragon. Son tantos los puntos de contacto que por su valor, generosidad y talentos tienen estas dos grandes figuras, que su paralelo podria reunirse en un solo cuadro, de manera que, hablándose del uno, puede decirse que se describe la bio-

grafía del otro. Así, pues, nos circunscribirémos á la del santo Rey, por adaptarse mejor al objeto especial de este libro.—La religion cristiana, que en una série continuada de reveses santificó al rey Luis de Francia, santificó tambien al rey Fernando de España. El primero llevó su piedad, heroismo y paciencia al mayor grado de esplendor, y el segundo unió á estas virtudes una série no interrumpida de victorias y de prosperidades. Quedó Fernando desde muy jóven huérfano de padre, y su tierna y cariñosa madre, doña Berenguela, solícita y cuidadosa del bien de su hijo, le procuró una esmerada educacion que, desarrollando en el jóven Príncipe las preciosas cualidades de su alma, le puso en disposicion de servir fielmente á Dios, gobernar sus pueblos, y defenderlos como padre y como rey. La España, hasta entonces humillada por las armas sarracenas, y escasa de recursos á consecuencia de las sostenidas guerras contra estos infieles, necesitaba de un monarca que la librase de todos los males que despues de tanto tiempo pesaban sobre ella. Fernando fué el que acometió esta gigantesca empresa. Principia por la grande obra de dar uniformidad á la legislacion de su reino. Funda las mas bellas iglesias de España; fomenta su marina; persigue encarnizadamente á los herejes; conquista las principales provincias que restaban en poder de los infieles, consiguiendo hacer respetable su pendon por mar y tierra. Ardia en deseos de cruzarse para emprender la reconquista del Santo Sepulcro, y vióse obligado á desistir de esta santa empresa. Parco como un monje, economizaba cuanto podia, y hubiese creido defraudar á sus pueblos desplegando la ostentacion y el lujo de un soberano. Como estaba persuadido de que nada se hace bien sin la ayuda del cielo, oraba fervorosamente; ejercia en sí mismo penitencias mortificantes; administraba justicia con la mas grande imparcialidad y exactitud. Su ejemplo

era admirado de todos y generalmente imitado; así es que su ejército, por numeroso que fuese, observaba constantemente una severa disciplina; y esta, acompañada del valor que siempre infunde una conciencia pura, le hacia mirar con indiferencia los peligros y la muerte misma. Estas tropas modelo sufrian toda clase de privaciones por no molestar ni ser gravosos á los cristianos; pero una vez en el campo de batalla se convertian en leones contra los infieles. Habian oido decir á su santo Rey «que temia mas las «maldiciones de cualquiera de sus viejas de Castilla, «que á todos los moros de aquende y de allende el «mar,» y por esto arreglaban su conducta á la del valiente Rey y generoso padre. Nada detuvo, por consiguiente, á Fernando cuando emprendió, con unos soldados amaestrados y disciplinados por él, y á quienes habia inculcado el santo temor de Dios, la conquista de las provincias que en Andalucía gemian bajo el poder sarraceno. Apenas los reinos de Murcia y de Jaen tuvieron noticia de su invasion, cuando se apresuraron á rendírsele. Atacó á Córdoba, y esta ciudad le reconoció por dueño. Puso cerco á Sevilla, y esta plaza se entregó tambien. Quedó únicamente en poder de los moros el pequeño reino de Granada, que se sujetó á ser su tributario, á fin de conjurar la tempestad que á su vez le amenazaba. Lo que es mas de admirar en este gran Rey es que, en medio de tantas y tan importantes victorias, jamás se envaneció su ánimo ni se desmintió nunca su humildad. Afecto siempre á la piedad mas pura y verdadera, procuraba disponerse á alcanzarlas por medio de la oracion, el ayuno y las mas austeras penitencias; y cuando las habia conseguido tributaba rendidas gracias al Señor, á quien siempre concedia la gloria de la prosperidad de sus armas; naciendo de ahí que rindiese un culto especial al Dios de los ejércitos, dotando con esplendidez sus templos, levantando muchos, y res-

Somete los reinos de Andalucía y de Murcia.

tituyendo á todos los que podia arrancar á la profanacion sarracena á la verdadera Religion. En su nunca desmentida generosidad se le veia renunciar libremente todo cuanto podia pertenecerle de las conquistas hechas á los moros; y aun hoy dia se conservan rasgos de su magnánima liberalidad, atestiguados en muchos monumentos célebres de su tiempo, que con su voz muda recuerdan las virtudes del mejor de los reyes.—Es indudable que este santo Rey, hubiese libertado á España de la dominacion sarracena que aun pesaba sobre el reino de Granada, y que no podemos concebir cómo los reyes de Castilla sus sucesores dejaron subsistir y robustecer por espacio de dos siglos, si Dios no le hubiese llamado al descanso eterno. Conociendo, al fin, que se aproximaba el término de su vida, se desprende de su espada, y cambia su corona por la cruz. Pidió con tiempo los santos Sacramentos que le administró el arzobispo de Sevilla. Cuando vió entrar el santo Viático, conducido por este venerable prelado, se postra de hinojos en el suelo con un dogal al cuello, cual reo que va á morir; toma la candela en la mano, y pronuncia estas sentidas palabras que la historia nos ha conservado: «El reino, Señor, «que tú me diste, y la honra mayor que yo merecía, «te los devuelvo: desnudo salí del vientre de mi ma«dre, y desnudo me ofrezco á la tierra: recibe, Dios «mio mi ánima; y por los méritos de tu santísima «pasion ten por bien de la colocar entre los tus sier«vos.» Habiéndole luego recibido, lleno su corazon de un amor y ternura inefables, espiró dormido en el sueño eterno del justo, volando su alma á las regiones celestiales, y quedándonos acá en la tierra sus santos despojos, que se conservan incorruptos despues de tantos siglos, como nna prueba patente de su santidad y de la gloria que disfruta. Murió en 1276,

Su muerte 1276.

despues de un reinado próspero y feliz, que duró cerca de treinta y cinco años (1). *(El traductor).*

Reflexiones sobre las Cruzadas.

Algunos escritores del siglo pasado, enemigos de la Religion y de sus obras, han tenido bastante osadía para vituperar y reprobar las Cruzadas, que no han sabido atribuirlas sino al fanatismo, rusticidad é ignorancia de nuestros antepasados; y, sin querer reconocer las ventajas que de ellas hemos reportado, se han circunscrito á demostrar los inconvenientes y á exagerar los males. Sin embargo, sea cualquiera el punto de vista en que se las mire, estas santas expediciones han sido fecundas en resultados felices, no solamente por lo tocante á la Religion, sino tambien, y muy particularmente, por lo que respecta á la sociedad europea durante los siglos XII y XIII. Legítimas en su principio, puesto que se trataba de libertar á los cristianos de Oriente ultrajados y perseguidos; de sustraer el sepulcro de Jesucristo á las profanaciones de los infieles, y de preservar el Occidente de la invasion árabe que le amenazaba, han fundado

---

Reinado dilatado de D. Jaime I.

(1) La vida de D. Jaime el *Conquistador*, á pesar de haber sido aun mas azarosa que la de san Fernando, fue bastante mas larga; durando su reinado sesenta y tres años, el mas dilatado de que se tiene noticia despues del de Salomon. Uno de sus hechos mas notables, y puede decirse providencial para aquellos tiempos de disturbios y frecuentes animosidades, es el de haber tenido la gloria de nó promover guerra alguna contra cristianos, sino únicamente contra infieles, á los cuales ganó mas de treinta batallas campales y un sinnúmero de encuentros parciales, batiéndose casi siempre con fuerzas inferiores. La vida de D. Jaime I se resume en estas palabras que pronunció cuando ya casi exánime, y vestido el hábito de Cister, entregó á su hijo D. Pedro la espada que pendia junto á su lecho: *Tomad, hijo, esta espada, la cual, por la virtud de la diestra divina, siempre me ha sacado vencedor*. Murió en 1284. (*El Traductor.*)

tambien entre nosotros la libertad civil, manumitiéndo los siervos que se alistaban para la conquista de la Tierra Santa, obligando á los señores á ceder de sus derechos y vender sus patrimonios para atender á los gastos y mantenimiento de una guerra tan lejana; de donde vienen los primeros desarrollos de los Comunes y de los Consejos. Ellas han procurado y contribuido tambien á la terminacion de esas guerras intestinas que en la edad media desolaban y destruian los Estados, dando al valor de los caballeros otro fin y otro objeto; atrayendo á las llanuras del Asia una multitud de bandidos y vagamundos que infestaban los campos y las ciudades. El comercio adquirió un desarrollo inmenso; se perfeccionó la navegacion; fué acrecentándose la industria, y perfeccionándose, á causa de la vida delicada y voluptuosa de los orientales, y del adorno y lujo de sus casas, á todo lo que se habian acostumbrado los expedicionarios. Las ciencias, las letras y las bellas artes recibieron un nuevo y decisivo impulso desde que los Cruzados tuvieron ocasion de admirar los monumentos de Constantinopla: la misma medicina, hasta entonces imperfecta y casi sin principios, se enriqueció con los conocimientos de los árabes, muy adelantados en esta ciencia; perfeccionáronse las lenguas europeas; hiciéronse mas comunes los libros, y el gusto al estudio se fué desarrollando insensiblemente.—Las Cruzadas han hecho conocer á cada nacion su unidad, proponiendo la misma idea á todas las clases de la sociedad, y caracterizando sus propios rasgos. Bien conducidas y gobernadas hubiesen reunido el Oriente y el Occidente: el Egipto, la Siria, la Grecia se hubieran convertido en colonias cristianas. Entonces se hubiese renovado, bajo las leyes del Evangelio, el estado del universo romano del tiempo de Augusto: todos los mares eran libres; las ciudades daban salida á sus industrias y artefactos, cambiándolas con

otras procedentes de diversos países; los climas trocaban sus productos, y las naciones se comunicaban sus luces. —Mas, sin extendernos demasiado en estas reflexiones, observemos solamente, por el honor de la Religion, y bajo el punto de vista de sus intereses, que las Cruzadas han contribuido á volver á la senda del bien, y guiarlos por el camino que conduce á Dios, una multitud de cristianos entibiados en su fé, ó culpables, que abrazaban con celo y diligencia este medio de reparar sus faltas. Por esto se vieron altos y poderosos señores partir á Oriente á expiar los crímenes que habian cometido, ya sea en las guerras injustas que unos á otros se hacian, ya en las tropelías, vejaciones y aun asesinatos que cometian en las personas de sus vasallos, y observar desde este momento una conducta enteramente humanitaria, llevar una vida mas arreglada y á menudo santificada por la virtud.—El mas grande servicio, empero, que han hecho las Cruzadas, ha sido sin duda el de salvar la fé en Occidente. Los árabes y los turcos amenazaban la Europa entera: desbordándose por España y por el Asia Menor, hubiesen conducido tal vez sus armas victoriosas hasta la misma Roma, si Dios no hubiera suscitado las Cruzadas para rechazarlas, llevando el ataque al mismo foco de la invasion. Y ¿no hay motivo para estremecerse al pensar que la Alemania, la Francia, la Inglaterra, la Italia y otros países podian correr la misma desgraciada suerte que la Grecia y la Palestina? La caida del imperio griego, último antemural del Cristianismo en Oriente, se retardó de esta suerte dos siglos.—En fin, lo que concluye por vengar las Cruzadas de las calumnias que se les han imputado, es que han merecido la aprobacion de los mas grandes hombres y de los mas santos personajes de su tiempo; que han sido autorizadas por la Iglesia, á la cual sin duda la asistencia divina, que le ha sido prometida hasta el fin de los siglos, no le ha fal-

tado en esta circunstancia; que han sido, por último, ratificadas por el mas poderoso de todos los testimonios, esto es, los milagros, que mas de una vez han acompañado su publicacion.

CAPÍTULO SÉPTIMO.

Desde la muerte de san Luis (1270), hasta la caida del imperio de Oriente (1453).

§ I.

Santo Tomás de Aquino.—San Buenaventura. (1227-1274).

Cuatro años despues de la muerte de san Luis la Iglesia perdió dos de sus mas ilustres doctores, que fueron la gloria de las dos nuevas Órdenes que acababan de fundar santo Domingo de Guzman y san Francisco de Asis. Si se aprecian de buena fé los importantes servicios que han prestado las Órdenes religiosas, todo lo que han hecho en favor de la instruccion y conversion de los pueblos, en alivio del pastor en el ejercicio del santo ministerio, en honor tambien de la fé, á la que han dado tan buenos defensores, nadie podrá dejar de convenir en que no sean uno de los manantiales mas fecundos de las bendiciones de Dios sobre su Iglesia. San Luis se hallaba penetrado de estos sentimientos: tenia sobre todo mucha estimacion y aprecio á los frailes Menores y á los frailes Predicadores. Admiraba su celo por la salvacion de las almas, su profunda humildad, su vida penitente y mortificada, y su perfecto desprendimiento de los bienes mundanos. Decia á menudo este santo Rey, que, si él podia hacer dos partes de su persona, daria una á los hijos de san Francisco y otra á los de santo Domingo.

Santo Tomás de Aquino. 1227-1274.

Santo-Tomás de Aquino, nacido de una familia noble, en el reino de Nápoles, era entonces la gloria y el ornamento de la Órden de santo Domingo. Recibió una educacion proporcionada á su nacimiento y á las miras venturosas que se tenian en él. Fué enviado á las escuelas mas célebres de Italia ; primero á Monte-Casino, despues á Nápoles, donde habia una universidad floreciente. El jóven Tomás mostraba ya entonces grandes talentos para las ciencias, y manifestaba las mas felices disposiciones para la virtud. Algunas conversaciones que tuvo con un religioso dominicano, lleno del espíritu de Dios, le hicieron concebir un deseo ardiente de entrar en esta Órden, y recibió efectivamente el hábito de la misma á la edad de diez y siete años. Informada su familia de esta determinacion, puso en ejecucion todos los medios imaginables para desviarle de sus santos designios; pero él permaneció inmutable. Llegóse hasta el punto de apoderarse de su persona, encerrarle, maltratarle, amenazarle con toda clase de castigos, y nada fué capaz de conmoverle ni de alterar su firmeza. Por último se empleó un medio que solo el infierno puede sugerir: tal fué el introducir una meretriz en su cuarto para seducirle. Tomás, asombrado del peligro que corria su pureza é inocencia, llama en su auxilio al Dios de la castidad: coge en seguida un tizon encendido, y arroja con indignacion de su presencia á esta desventurada. Despues de haber dado gracias á Dios por esta victoria se consagró de nuevo á su servicio, y le pidió con los ojos bañados en lágrimas la gracia de nunca pecar contra la virtud que el demonio habia probado de arrebatarle. Su oracion fué oida: por premio de su fidelidad recibió el don de una castidad perfecta. Además permitió Dios que se le devolviesen la libertad, y le dejase dueño de seguir su vocacion. Sus superiores le enviaron á Colonia á estudiar la teología con Alberto el Grande. Ins-

truido por este hábil maestro, hizo en poco tiempo grandes progresos en esta ciencia; pero los ocultaba por humildad: hablaba poco, de miedo de no dar entrada en su corazon al demonio del orgullo. Su silencio era tenido por estupidez, y se le llamaba por irrision el *buey mudo*. Pero su maestro, que le conocia mejor, juzgaba de él de una manera muy diferente, y decia á los murmuradores y burlones que los eruditos mugidos de este buey resonarian algun dia por todo el mundo; y por cierto que no se engañó. Tomás, despues de haber terminado su carrera y recibido el grado de doctor, enseñó en París con la mayor celebridad. Compuso un gran número de obras excelentes que extendieron muy léjos su reputacion. El santo Doctor atribuia su ciencia mucho menos al estudio que á las oraciones que elevaba á Dios; y por esta razon antes de escribir invocaba siempre el Espíritu de Dios, y redoblaba sus oraciones cuando encontraba alguna dificultad grande en la resolucion de un pensamiento.—El papa Clemente IV le ofreció el arzobispado de Nápoles, que el santo Doctor rehusó. El Soberano Pontífice cedió en este asunto á sus instancias: pero despues Gregorio X le ordenó trasladarse á un concilio que se celebraba en Lyon. El Santo obedeció; y aunque entónces se hallaba padeciendo una fiebre, no dejó de marchar á esta ciudad desde Nápoles, á donde antes habia sido enviado para enseñar la teología; mas, como el mal iba en aumento, se vió obligado á detenerse en el camino, y murió en la abadía de Fose-Nueva, en la diócesis de Terracina (1274).

S. Buenaventura 1221-1274.

San Buenaventura no hacia menos honor á la Órden de San Francisco que santo Tomás de Aquino á la de Santo Domingo. Nació en Toscana, de padres recomendables por su piedad. Se le dió el nombre de *Buenaventura* á consecuencia de una palabra que san Francisco pronunció sobre él, anunciando las gracias

do que la divina misericordia le colmaria en lo sucesivo. Este niño de bendicion contaba solo cuatro años de edad, cuando fué acometido de una enfermedad muy grave. Su madre llena de desolacion y de llanto, se presentó á San Francisco recomendándole su hijo, que oró por él, y obtuvo de Dios su curacion. Instruido Buenaventura de esta gracia que habia recibido del cielo, tuvo deseos de servir al Señor, que tan señalado beneficio le habia dispensado, y á la edad de veinte y dos años entró en la Órden de los frailes Menores, cumpliendo así el voto que habia hecho su madre. Poco tiempo despues fué enviado á París para terminar allí sus estudios con el célebre Alejandro de Hales, que era uno de los mas sábios religiosos de su Órden, Buenaventura hizo rápidos progresos, y recibió el grado de doctor al mismo tiempo que santo Tomás, con quien le unian los estrechos lazos de una pura y sincera amistad.—Estos dos santos Doctores se visitaban con mucha frecuencia, y se miraban el uno al otro con la mas grande veneracion y estima. Un dia santo Tomás, hallando á su amigo ocupado en escribir la vida de San Francisco, no quiso distraerle de su trabajo. «Dejemos, dijo, al Santo «trabajar por otro Santo; seria una indiscrecion in«terrumpirle.» Á los siete años de profeso se le eligió para sustituir á Alejandro de Hales en la cátedra de teología, y la desempeñó con distincion y talento. Cuando se ocupaba en explicar las lecciones de esta ciencia sublime, se proponia menos el hacer hombres sábios que el formar buenos cristianos: enseñando á sus discípulos lo que debe creerse, les mostraba con su ejemplo lo que debe hacerse. Solo contaba la edad de treinta y cinco años cuando fué colocado, bien á pesar suyo, porque preferia ser un modesto y oscuro religioso, al gobierno superior de toda la Órden, nombrándole general de la misma; cargo delicadísimo é importante que desempeñó con mucha prudencia y

capacidad. El papa Gregorio X, lleno de estimacion hácia el Santo por sus virtudes y por sus talentos, pensó elevarle á la dignidad cardenalicia. El santo Doctor, que sospechó este designio, probó de impedir su ejecucion saliendo secretamente de Italia; pero una órden precisa y terminante del Soberano Pontífice le obligó á regresar inmediatamente. Se hallaba en un convento de su Óden, cerca de Florencia, cuando dos nuncios de Su Santidad vinieronle á presentarle el capelo. Le hallaron ocupado en uno de los mas bajos ministerios de la comunidad. Al verle expresaron alguna sorpresa, pero el Santo no manifestó embarazo alguno; continuó á presencia de ellos el oficio que tenia empezado, y cuando lo hubo concluido recibió suspirando las insignias de su nueva dignidad, y no disimuló la pena que sentia de verse en la necesidad de cambiar las funciones apacibles del claustro por las pesadas obligaciones que se le imponian. Poco tiempo despues le consagró obispo de Albani el mismo Papa en persona, y le ordenó que se preparase sobre las meterias que se debian ventilar en el concilio general de Lyon. San Buenaventura concurrió á este Concilio, y predicó en las sesiones segunda y tercera; pero decayó en una debilidad tan grande, que al cabo de poco terminó su existencia (1274). Ha dejado un gran número de obras, que todas respiran la piedad mas afectuosa, y es tenido, particularmente entre todos los doctores de su tiempo, como el mas grande maestro de la vida espiritual.

---

§ II.

Concilio general de Lyon.—Primera reunion de los griegos. (1274).

Objeto é historia de este concilio.

El concilio de Lyon, al que el Sumo Pontífice habia citado á santo Tomás de Aquino y á san Buenaventura, tenia por objeto principal la reunion de los griegos á la Iglesia romana, de la cual estaban separados hacia mucho tiempo. Este Concilio se inauguró el 27 de mayo de 1274, y duró hasta el 17 de Julio. La asamblea fué muy numerosa: se contaba en ella quinientos obispos y setenta abades. Jaime I de Aragon asistió en persona; otros príncipes y muchos embajadores de diferentes soberanos concurrieron tambien. Miguel Paleólogo, entonces emperador de Constantinopla, deseaba vivamente concurrir; pero era puramente por miras políticas: temia ser atacado por los príncipes latinos, en seguida de haber arrojado á Balduino III del trono imperial, y, á fin de conjurar la tempestad que le amenazaba, escribió al Papa prometiéndole emplear toda su autoridad en hacer que cesase el cisma. Esta proposicion fué tanto mas agradable al Soberano Pontífice, cuanto que los mismos griegos ofrecian espontáneamente una reconciliacion á la que habian sido muchas veces exhortados, y hasta entonces sin resultado, y que las circunstancias parecian ahora favorables á la ejecucion de este gran designio. Miguel, que habia solicitado de Gregorio X la convocacion del concilio, no dejó de enviar á él sus embajadores: estos fueron German, antiguo patriarca de Constantinopla; Teofanto, metropolitano de Nicea, y Jorge, gran tesorero del imperio. Traian una carta para el Papa, en la que era llamado el primero y el soberano Pontífice, el Padre comun de todos los

cristianos. Traian tambien otra escrita en nombre de treinta y cinco arzobispos griegos y de sus sufragáneos. En esta carta los prelados manifestaban su consentimiento á la reunion con la Iglesia romana. — Á la llegada de estos embajadores todos los Padres del Concilio salieron á su encuentro, y los acompañaron al palacio del Papa, quien los recibió con distincion, dándoles el ósculo de paz con todas las demostraciones de una afeccion paternal. Los embajadores por su parte manifestaron al Soberano Pontífice todos los respetos que le son debidos como Vicario de Jesucristo, y por consiguiente como Jefe de la Iglesia universal. Declararon que venian en nombre del Emperador y en el de los Obispos de Oriente á prestar obediencia á la Iglesia romana, y á profesar con ella la misma fé. Esta declaracion llenó de la mas grande alegría todos los corazones. El dia de san Pedro el Papa celebró la misa en la catedral de Lyon á presencia de todo el Concilio. Despues que se cantó el Símbolo en latin, el patriarca German y los otros griegos, á fin de denotar la unidad de la fé, le repitieron en su lengua griega. A la cuarta sesion vinieron al concilio, y fueron colocados á la derecha del Papa, despues de los cardenales. Leyéronse en alta voz la cartas de que habian sido portadores. Entonces el gran canciller del imperio griego abjuró el cisma en nombre de toda la nacion, aceptó la profesion de fé de la Iglesia romana, y confesó la primacía de la Santa Sede. El Papa, despues de haber manifestado en pocas palabras la alegría de la Iglesia, que al fin abrazaba con ternura á todos sus hijos reunidos en su seno, entonó el *Te Deum*, y uniendo todos los asistentes sus voces á las del Sumo Pontífice, rindieron á Dios solemnes acciones de gracias. —Todo parecia prometer una reunion duradera; sin embargo, solo se mantuvo mientras vivió el emperador Miguel. Despues de su muer-

te, acaecida en el año 1282, no tardó en renovarse el cisma bajo el poder de sus sucesores.

Primer jubileo secular. 1300. El siglo XIII tocaba á su fin cuando el papa Bonifacio VIII, querieno favorecer la piedad de los fieles que de todas partes acudian á Roma en la persuacion de que el Príncipe de los Apóstoles derramaba gracias especiales sobre los que visitaban su sepulcro á la conclusion de cada siglo, dió la primera bula que ha establecido *el jubileo*, es decir, la indulgencia plenaria para todos aquellos que, habiendo confesado y estando arrepentidos, visitasen, durante treinta dias si eran vecinos de Roma, ó durante quince si eran extranjeros, las iglesias de los apóstoles san Pedro y san Pablo. Los Papas sus sucesores ordenaron que en lo sucesivo podria ganarse esta indulgencia en cada país particularmente, haciendo las estaciones y demás actos piadosos prescritos. Clemente VI en 1350 redujo á cincuenta el término de cien años, bajo el modelo del jubileo de los judíos. En fin, el pontífice Urbano VI (1378), teniendo en consideracion el pequeño número de los que pueden ganar un favor tan remoto, aplicó esta gracia á cada veinte y cinco años, lo que se observa aun en nuestros dias.

§ III.

Gran cisma de Occidente.—Concilio de Constanza. (1378-1449).

Orígen del cisma. Un cisma todavía mas escandaloso que el de los griegos desoló la Iglesia á fines del siglo XIV. Hé aquí cuál fué el motivo. El papa Clemente V, que era francés, fijó su residencia en Aviñon (1309), y sus sucesores continuaron viviendo en la misma poblacion. La Italia sufrió mucho con esta ausencia de los Papas, y Roma en particular estaba desgarrada y afligida por diferentes facciones. Deseábase ardien-

temente y se solicitaba con empeño el regreso del Papa. En fin Gregorio XI se rindió á esas reiteradas instancias, y salió de Aviñon. Fué recibido en Roma, en medio de las aclamaciones del pueblo y de las demostraciones de la mas viva alegría (1377). Despues de su muerte, temiendo el pueblo romano que si el nuevo papa era francés trasladaria otra vez su sede á Aviñon, corrió en tumulto al conclave en que estaban reunidos los cardenales, y empezó á gritar: «¡Queremos un pontífice romano!» A estos gritos sediciosos añadió las amenazas, y declaró que si elegian un extranjero les pondrian la cabeza tan encarnada como su capelo. Los cardenales, intimidados, nombraron precipitadamente al arzobispo de Bari, quien tomó el nombre de Urbano VI. Este Papa, que era de un carácter duro é inflexible, indispuso bien pronto con su conducta algun tanto imprudente á los mismos que le habian elegido. Descontentos de su eleccion, salieron de Roma, declararon nula su preconizacion por falta de libertad, y eligieron otro papa con el nombre de Clemente VII. Este desgraciado suceso sumergió á la Iglesia en una confusion horrible. Toda la cristiandad se vió dividida entre los dos Papas. Clemente fué reconocido en Francia, España, Escocia y Cicilia; y Urbano tuvo á su partido la Inglaterra, la Hungría, la Bohemia y una parte de la Alemania. Emplearon uno contra otro las armas espirituales; y la conducta violenta que mostraron no hizo mas que encender el cisma con sobrada intensidad, y agriar todos los males que eran su consecuencia. Con la muerte de Urbano no terminó por esto el cisma: los cardenales de su obediencia le nombraron un sucesor. Lo mismo hicieron los del partipo opuesto; y estos sensibles escándalos se renovaron frecuentemente.—En fin, los cardenales, afligidos por esta funesta division, se reunieron en el concilio de Pisa, y para hacerla cesar destituyeron á los dos Papas, y nom- Concilio de Pisa, 1409.

braron de concierto á Alejandro V; pero á pesar de sus esfuerzos el cisma continuó, y los males siguieron en aumento. La obstinacion de los Papas, los celos de los cardenales de las diferentes obediencias, los diversos intereses de las coronas, todo hacia temer que el cisma se perpetuase; pero la Iglesia tiene sus promesas, y Dios no la abandonó en este peligro extremo. Él rompió todos los obstáculos que las pasiones humanas oponian al restablecimiento de la union,

Concilio de Constanza 1414.

y esta se verificó en el concilio general de Constanza celebrado en 1414. Todos los pretendientes al pontificado ó abdicaron ó fueron depuestos por la autoridad del Concilio. Se eligió en él á Martin V, que fué generalmente reconocido por único y legítimo Soberano Pontífice.— Por lo demás, aun cuando las opiniones sobre el derecho del Papado estuviesen divididas, no por eso dejaron de estar unidas á la Sede apostólica, á la cátedra de san Pedro; y este cisma, tan deplorable como era en sí mismo, dañó tal vez menos á las conciencias que otros escándalos. Esta es la reflexion de san Antonio, arzopispo de Florencia, que escribia á mediados del siglo siguiente. «Podía- «se, dice, persistir ó permanecer de buena fé y con «seguridad de conciencia en uno ó en otro partido; «porque, aun cuando es necesario creer que en esta «Iglesia no hay mas que un solo gefe visible, si suce- «de, sin embargo, que dos Soberanos Pontífices sean «creados á un mismo tiempo, no es necesario creer «que este ó aquel sea el legítimo; pero es preciso «creer solamente que el Papa legítimo es aquel que «ha sido elejido canónicamente, y el pueblo no está «obligado á discernir cuál es: puede en este caso se- «guir el sentimiento y la conducta de sus pastores.» El gran designio de Dios, que es la santificacion de los escogidos, no se cumplió menos en medio de los escándalos. En efecto, en las dos obediencias hubo santos personajes.

Además de la extirpacion del cisma, el concilio de Constanza tenia tambien por objeto la condenacion de las herejías que se habian difundido en Alemania á causa de esta funesta division. Wiclef, doctor de la universidad de Oxford habia sido el autor principal. Empezó por avanzar algunas opiniones singulares, que fueron condenadas por el papa Urbano V y por los obispos de Inglaterra. Este heresiarca, para vengarse, atacó todo el órden eclesiástico. Enseñó públicamente que el Sumo Pontífice no es el gefe de la iglesia; que los obispos no tienen preeminencia alguna sobre los simples presbíteros; que los poderes eclesiásticos se pierden por el pecado mortal; que la confesion es inútil al que se halla suficientemente contrito. Estos errores no se arraigaron en Inglaterra, donde habian nacido, y, habiendo muerto Wiclef, su secta se extinguió poco á poco; pero este novador habia dejado escritos infestados del veneno de la herejía. Estos escritos fueron llevados á Praga por un caballero de Bohemia que habia estudiado en Oxford, y comunicados á Juan Hus, rector de la universidad de Praga. Este adoptó la doctrina perniciosa que contenian dichos libros, y la debatió en sus sermones con un ardor increible. Añadió á ella nuevos errores, entre otros la necesidad de comulgar bajo las dos especies. Se atrajo un gran número de discípulos, de entre los cuales el mas acérrimo era Jerónimo de Praga; y esta secta hizo grandes progresos en Bohemia. El arzobispo de Praga y el papa Juan XXIII nada omitieron para contener los progresos del error, y reducir el novador á la verdad y á la sumison; pero fueron inútiles todos sus esfuerzos, y Juan Huz continuó extendiendo su herejía en las ciudades y en las aldeas, seguido de una multitud de pueblo que le escuchaba con extremada solicitud.—Las cosas se hallaban en este estado cuando tuvo lugar la celebracion del concilio de Constanza. Hus vino á él en per-

Wiclef y Juan Hus

sona á defender su doctrina. Antes de su salida de Praga habia hecho fijar en las puertas de las iglesias que consentia en ser juzgado y sufrir las penas impuestas á los herejes, si se le podia convencer de algun error contra la fé. Despues de esta declaracion el emperador Segismundo le dió un salvoconducto, no para garantirle ó defenderle del castigo á que él mismo se sometia, sino para su seguridad en el viaje, y facilitarle el medio de justificarse, si habia sido calumniado, como él decia. Pero no bien hubo llegado á Constanza cuando se puso á dogmatizar, sin esperar el juicio del Concilio sobre su doctrina. Se creyó, pues, necesario asegurarse de su p rsona, y el Concilio nombró comisarios para que examinasen sus escritos. Hallaron en ellos un gran número de errores; de los que se trató en vano que se retractase. Presentóse á la sesion que se celebró el dia 5 de junio. Se sacaron de estos escritos muchos artículos que contenian los errores de Wiclef: despues de haberle dejado la libertad de explicarse sobre cada uno de ellos le exhortaron á que se sometiese al juicio del Concilio, y se le presentó una fórmula de retractacion que rehusó obstinadamente suscribir. El Concilio, que queria evitar los extremos violentos, probó diferentes veces si podia vencer su obstinacion. Se empezó por condenar sus libros y quemarlos públicamente, creyendo intimidarle con esto; pero él persistió en su negativa. Entonces este heresiarca obstinado fué solemnemente degradado de las santas órdenes, y entregado al magistrado de Constanza, quien le condenó, con arreglo á las leyes del imperio, á ser quemado vivo. Jerónimo, su discípulo, tan tenaz y obstinado como el maestro, le acompañó tambien en el castigo. —El Concilio no solicitó su suplicio; pero dejó obrar la justicia del Soberano, que ciertamente puede, por el bien del Estado, castigar á los que turban el órden civil, y la herejía en positivo que excita y alimenta

las pasiones mas funestas á la tranquilidad pública, como lo prueba sobradamente la historia.

El concilio de Constanza, estableciendo á Martin V soberano pontífice, no terminó el gran cisma de Occidente sino por algunos años. El Papa habia señalado un nuevo concilio general en Basilea para el año 1431; pero murió antes de que se reuniese. Su sucesor Eugenio IV, envió á él un legado en representacion suya. El Concilio, animado de sentimientos algo malos, obligó al Pontífice á venir en persona, quien, habiendo rehusado, fué depuesto. Entonces Eugenio declaró el concilio disuelto, y convocó otro en Florencia para tratar del asunto referente á la reunion de los griegos. Los Padres del de Basilea contestaron anatematizando al Papa : luego le opusieron un antipapa, Amadeo, duque de Saboya, que tomó el nombre de Félix V. Este cisma no tuvo afortunadamente consecuencias. El Concilio, habiendo caido en completo descrédito, acabó pon someterse en 1449 al legítimo pontífice Eugenio IV, y la Iglesia volvió á entrar en una era de paz, de la que hacia setenta años que estaba privada.

Concilio de Basilea. 1431 1443.

§ IV.

Concilio de Florencia para tentar segunda vez la reunion de los griegos.—Toma de Constantinopla, (1438-1453).

El concilio de Florencia, de que acabamos de hablar, se celebró, á pesar de los Padres del de Basilea. en el año 1438. El objeto fué el siguiente: Desde que la Iglesia griega habia vuelto á caer en el cisma, los Soberanos Pontífices hicieron muchas tentativas para restablecer la union, pero sin resultado alguno. En fin, el año 1437 el emperador griego Juan Paleólogo II y el papa Eugenio IV, habiendo renovado las

Concilio de Florencia 1438.

negociaciones, convinieron en que se celebraria un concilio general en Occidente compuesto de griegos y de latinos. En virtud de este convenio el concilio se inauguró por el mismo soberano Pontífice en Ferrara (Italia). El Emderador y el patriarca de Constantinopla concurrieron con veinte arzobispos de Oriente y un gran número de eclesiásticos griegos de un talento y méritos distinguidos. Los patriarcas de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalen enviaron tambien sus diputados. Sobrevinieron algunos inconvenientes que no permitieron poder continuarse el concilio en Ferrara, y con el acuerdo de los griegos, se trasladó á Florencia. Despues que se hubieron aclarado todas las dificultades, el emperador, el patriarca y los obispos griegos dieron una profesion de fé conforme á la de la Iglesia romana, en la cual reconocian particularmente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y que el Papa es el Jefe de la Iglesia universal. En seguida fué aceptada la conciliacion por entrambas partes. Hízose un decreto en que se insertaron todos los puntos que los griegos habian consestado antes, y fué firmado por el Papa, por el patriarca y por los demas prelados griegos, excepto por Marcos de Éfeso, que se negó constantemente á suscribirlo. —Así se terminó este gran negocio, cuyo feliz resultado produjo una alegría nniversal en toda la Iglesia católica; pero fué desgraciadamente tambien esta vez de corta duracion. Cuando el Emperador y los prelados estuvieron de vuelta en Constantinopla, se hallaron con el clero y el pueblo de esta ciudad excesivamente prevenidos contra la union. Estos cismáticos llenaron de injurias á los que la habian firmado, y colmaron de elogios á Marcos de Éfeso, por haber tenido él solo bastante valor para negar su consentimiento. Los que habian concurrido al concilio de Florencia, intimidados por este desenfreno de sus conciudadanos, renunciaron á lo que habian hecho, y el

cisma se restableció y fijó sin esperanza de enmienda. Algunos años despues el papa Nicolás V, pontífice de una piedad consumada, reflexionando sobre la inutilidad de los trabajos que se habian tomado sus antecesores para procurar la conversion de los griegos, les escribió una carta en la cual, despues de haberles hablado de los preparativos que contra ellos hacian los turcos, los exhortaba á que abriesen, en fin los ojos sobre su pasada obstinacion. «Hace ya mucho tiempo, les dice, que los griegos están abu«sando de la paciencia de Dios con su perseverancia «en el cisma. Segun la parábola del Evangelio, el Se«ñor espera ver si la higuera, despues de haber sido «cultivada con tanto cuidado y esmero, dará al fin su «fruto; mas si durante el término de tres años, que «todavía le concede, no lo produce, el árbol será cor«tado de raiz, y los griegos enteramente destruidos «por los ministros de la justicia divina, que Dios en«viará para ejecutar el castigo que está ya decretado «en el cielo.» El cumplimiento literal de esta prediccion no se hizo esperar.

Prediccion del papa Nicolás V.

Mahomet II, sultan de los turcos, habiendo resuelto reducir bajo su poder á Constantinopla, capital del imperio de Oriente, vino en 1453 á ponerla sitio con un ejército de trescientos mil hombres y cerca de cien galeras, sin contar un gran número de buques de menor porte. Se hallaban bien distantes los griegos de poder oponerle fuerzas iguales, puesto que la ciudad solo contaba con una guarnicion de siete mil soldados, de los cuales dos mil eran extranjeros; cuyo mando confirió el emperador Constantino Paleólogo á un oficial genovés de grande experiencia llamado Justiniano. Este Príncipe nada habia omitido para fortificar Constantinopla antes de la llegada de los turcos. Como esta ciudad estaba circunvalada de una doble muralla, Mahomed hizo preparar una artillería de catorce baterías, en la que se contaban algunos

Toma de Constantinopla por los turcos. 1453.

cañones de un calibre extraordinario, que arrojaban piedras del peso de doscientas libras. Estas máquinas terribles hicieron, sin descanso dia y noche, fuego contra la ciudad, y la batieron con tanta ventaja, que bien pronto abrieron grandes brechas en las murallas. Los sitiados, en la crítica situacion en que se hallaban, no dejaron de oponer al enemigo una resistencia vigorosa y tenaz, reparando las brechas en cuanto les era posible, y haciendo salidas oportunas en las que mataban un gran número de turcos é incendiaban sus obras avanzadas. Cansados ya los turcos de tan heróica resistencia, pedian en alta voz que se levantase el cerco; pero Mahomet, habiéndoles prometido el saqueo de la ciudad; les resolvió á dar el asalto general. Tomadas todas las disposiciones, fué embestida la plaza por mar y tierra. Los griegos se defendieron con brabura, é hicieron prodigios de valor; mas, habiendo sido herido Justiniano, vióse precisado á dejar su puesto. Esta retirada desanimó de tal manera á los griegos, que desde aquel momento empezaron á perder terreno. Los turcos, arrojándose impetuosamente por la brecha, persiguieron á los fugitivos y mataron la mayor parte. El Emperador, que en persona se habia colocado en la brecha, hacia esfuerzos prodigiosos; pero fué arrastrado por la multitud y pereció con ella. Muerto el Emperador, los turcos no encontraron ya resistencia, apoderáronse de la ciudad, en la que nada escapó á la espada de los vencedores. Hicieron una horrible carnicería en los habitantes, y en las tres horas que duró el saqueo cometieron los mas grandes y atroces excesos.

Así sucumbió el imperio de Constantinopla, despues de haber subsistido por espacio de mil ciento veinte y tres años, contando desde que el trono imperial habia sido trasladado allí por Constantino el Grande en 330. Este desastre fué, sin duda, un castigo manifiesto de su obstinacion en el cisma. Dios les

aguardó con paciencia, y ellos no quisieron aprovecharse del tiempo que les habia sido concedido para someterse y entrar de nuevo en el seno de la verdadera Iglesia. Habian despreciado las amonestaciones que se les hicieron, y fueron víctimas de la justicia divina. No han querido reconocer la autoridad de los sucesores de san Pedro, y han caido bajo el poder tiránico de los infieles, de quienes no puede esperar mas que la opresion y la esclavitud. Todo reino que se opone al de Jesucristo está amenazado de la maldicion divina, y se pone en peligro de no subsistir mucho tiempo.

CAPÍTULO OCTAVO.

Desde la toma de Constantinopla por los turcos, hasta la terminacion del concilio de Trento. (1453-1563).

Proyecto de una nueva cruzada.

Quedó inconsolable la Iglesia de la pérdida de Constantinopla y del triunfo de los infieles. Pareció por un momento que todos los príncipes de Europa iban á unirse y marchar contra los vencedores á la voz de los Pontífices romanos. El papa Pio II en particular desplegó un gran celo y ardor en predicar una nueva cruzada; él mismo queria acompañar al ejército en persona, cuando murió en presencia de las galeras que debian transportarlo á Grecia. Con él quedó extinguida la última esperanza de los griegos Sin embargo, consoláronse un tanto, al ver la moderacion de Mahomet II despues de la conquista. Dejó subsistir la religion cristiana en el país de que se habia hecho dueño. Habiendo sabido tambien que la silla de Constantinopla se hallaba vacante, estableció en ella un patriarca.

S. Francisco de Paula. La Iglesia halló otro consuelo en la brillante santidad de Francisco de Paula, que Dios suscitó para formar una nueva Órden religiosa,, consagrada especialmente á la penitencia y á la humildad. Este santo Fundador nació en **1416** en la pequeña ciudad de Paula, en Italia, de la que tomó su nombre. Sus padres, que eran muy virtuosos, le inspiraron desde niño una inclinacion grata hácia la piedad, no tanto por medio de discursos y reflexiones, como por los ejemplos que ellos mismos le ofrecian. El jóven Francisco se sintió llamado á una vida austera y mortificada, á la que se ejercitó cási desde la infancia. No comia carne, ni pescado, ni huevos, ni lacticinios, y esta prohibicion voluntaria fué para él una ley que la observó toda su vida. Inclinado por un sentimiento interior á la mas absoluta soledad, se retiró á una gruta cercana al mar, donde se ocupaba exclusivamente de las cosas de Dios. Allí, sin mas cama que la dura roca, sin otro alimento que las yerbas que crecian alrededor de la gruta, sin mas vestido que un hábito vil y pobre, debajo del cual llevaba un rudo cilicio, vivia entregado á la oracion y á la penitencia.—La reputacion de su virtud, tan extraña y rara en un jóven de su edad, atrajo á su lado una multitud de personas que le rogaron les permitiese asociarse á su soledad, y que les enseñase á servir á Dios. No pudiendo resistir á sus instancias, les permitió construir otras grutas en torno de la suya, y al lado de ella un oratorio. Esta vino á ser como la cuna de la Órden que fundó poco despues; porque el desarrollo y aumento que iba tomando de dia en dia su comunidad le hizo formar la resolucion de edificar en el mismo sitio un monasterio y una iglesia, lo que puso en obra con los socorros que le suministraron los habitantes de aquellos contornos. La regla que dió á sus discípulos fué la de observar una cuaresma perpétua; y para enseñarles que la penitencia de nada sirve sin la humildad, quiso que hi-

Órden de los *Mínimos*.

ciesen una profesion particular de esta última virtud, y que se les llamase *Mínimos*, es decir, los inferiores de todos los religiosos. Su Órden fué aprobada por Sixto IV en 1474.—Luis XI, rey de Francia, oyó hablar de la virtud extraordinaria de Francisco de Paula; y en la esperanza de obtener por medio de sus oraciones la curacion de una enfermedad que padecia, invitó al santo hombre que fuese á verle. El Papa dió órden á Francisco que accediese á los deseos del Rey. El Santo obedeció, y fué recibido con marcadas demostraciones de veneracion. Luis se arrojó á sus piés suplicándole que pidiese á Dios el restablecimiento de su salud; pero Francisco se aplicó á hacerle entrar en disposiciones mas cristianas; le exhortó á someterse á la voluntad de Dios, haciéndole el sacrificio de su vida. Hízose respetar de toda la corte por su perfecto desinterés y por la sabiduría de sus discursos, que en un hombre sin letras y sin cultura no podian proceder sino del Espíritu Santo; así es que no se le daba otro nombre que el de *santo hombre, hombre de Dios.* Los sucesores de Luis XI le colmaron de beneficios; y vió extenderse su Órden, no solamente en Italia y en Francia, sino tambien en España y en Alemania. Cayó enfermo en el convento de Plessis-les-Tours el domingo de Ramos; el Jueves Santo bajó á la iglesia á recibir la sagrada Eucaristía con grandes sentimientos de piedad, los piés descalzos, la soga al cuello, y derramando un torrente de lágrimas. Murió el dia siguiente, despues de haber exhortado á sus religiosos á que observasen fielmente su regla, y se amasen los unos á los otros. (1507)

Seguros estamos de que ninguno de nuestros lectores, si tiene en consideracion la importancia de algunos de los personajes que figuran en esta historia, nos reprobará que unamos á ella los nombres de los

reyes católicos de España D. Fernando y D.ª Isabel, y al lado de estos el del célebre y renombrado cardenal Cisneros. La mayor parte de los historiadores, aun cuándo escriban una historia universal, se ocupan preferentemente de las cosas de su país, ya con ánimo de realzarlas, ya porque (y esto nos parece lo mas acertado) ignoran ó tienen limitados conocimientos sobre los hechos importantes de otras naciones; hechos que seguramente no relegarian al olvido, si conocieran cuánto se adunan con los generales de las épocas y acontecimientos históricos á que se refieren, y cuánta influencia tiene sobre ellos. Nosotros, que en otra ocasion hemos manifestado una inclinacion decidida á lo justo é imparcial, creemos deber nuestro, antes de proseguir la pesada tarea de traductores que nos hemos impuesto, continuar aquí sucintamente una reseña de estos grandes Reyes y de su eminente confesor y consejero, como el lugar mas á propósito de la época de que nos estamos ocupando. En este siglo XV, tan fecundo en acontecimientos de todas clases, cuyo gran cisma conmovió á todas las iglesias, y no poco á la de España, que á causa de los sentimientos de sus monarcas tomó en él una parte muy activa, viéndose á los reyes de Castilla y de Aragon (1) negar el reconocimiento á ningun papa, convertir en protestas orgullosas y en desdenes insolentes las súplicas respetuosas que hasta entonces se habian dirigido á la Santa Sede (disimulable y aun perdonable á los reyes esta conducta en una ocasion en que los papas, los antipapas, los obispos y el clero en general no merecian otra consideracion); vemos tambien en medio de tantos horrores, bajezas y borrascas; despues de tantos cismas, rebeliones, guerras, ambiciones, rebeldías, ingratitudes, envenenamientos,, fratricidios, y cuantos males puede abortar la

(1) Enrique II de Castilla y Pedro IV de Aragon.

imaginacion, aparecer por fin una figura bella y pura, digna de admiracion y de respeto, en la sin par Isabel la *Católica*, embeleso de los españoles, que casó con D. Fernando de Aragon y rey de Sicilia. Parece imposible, que en medio de la corrupcion y de la incredulidad de la corte del Rey D. Enrique, se conservase intacta la virtud de aquella jóven, reconocida por la mujer mas pura de su tiempo, y se mantuviese fervorosa la piadosa fé de aquella Reina, á quien cuesta trabajo no apellidar santa. Vésela á veces encubrir bajo la púrpura el áspero cilicio, entregarse á la penitencia, á la oracion, y recibir con frecuencia los Sacramentos. Si las virtudes de su esposo no eran iguales á las suyas, por tener algunas fragilidades, en cambio eran estas compensadas con otras cualidades eminentes; pues que unia á la sabiduría, astucia, energía y valor, una fé viva, gran respeto á la Iglesia y sus ministros, aversion á los asesinatos y envenenamientos, á que tan aficionados eran los príncipes de su tiempo, y finalmente una grande esplendidez para con los templos y establecimientos literarios. Parece verdaderamente raro en un rey que no gastaba camisa sino cosida por su esposa, cuyo coleto de ante solia recibir mangas nuevas de tiempo en tiempo, y que tan parco y pobre era en su comida, hallarse y amontonarse tesoros en bien de las cosas de Dios y de pública utilidad. Las nobles prendas de D.ª Isabel, su dulzura, modestia y exquisita sensibilidad suavizaban la rudeza de las costumbres militares de D. Fernando, la Reina era la virtud, el Rey el vigor, y de la reunion de estas dos cualidades resultó la felicidad de España. La union de las coronas de Aragon y Castilla, la expulsion de los moros de su último baluarte de Granada, el descubrimiento del Nuevo Mundo, la incorporacion á la corona de los turbulentos maestrazgos de las Órdenes, la represion del feudalismo, y otros muchísimos beneficios que no

Los reyes católicos Fernando é Isabel.

queremos enumerar, bastan cualquiera de ellas para eternizar la memoria de tan grandes Monarcas. A ellos es debida la reformacion de las costumbres, que dió principio en Castilla, y luego siguió á las demás provincias de ambas coronas. Unidas las armas de Castilla con las de Aragon, ayudadas por los bienes y las exhortaciones de la Iglesia de España, lograron el resultado tan apetecido de limpiarla de sarracenos, y dar unidad á la monarquía con la conquista y toma de Granada. La entrada en la nueva ciudad tuvo todos los visos de una funcion religiosa: la conquista de aquel rincon de España habia costado hartas fatigas y dificultades á los Reyes, y no querian estos negar á Dios el señalado favor que de él recibian. Cuando el Rey vió enarbolar la cruz sobre las torres de la Alhambre, hincóse de rodillas, y dió gracias al Señor por haber colmado sus deseos. ¡Cuántos bienes debe España á esta enseña sacrosanta! La cruz habian enarbolado en sus pendones Pelayo y Arista; la cruz del Arzobispo D. Rodrigo habia triunfado en las Navas de Tolosa: la cruz del cardenal Mendoza se enarboló en los muros de la Albambra; con la cruz se habia peleado y vencido, y no es por tanto de extrañar que los Reyes Católicos resolviesen la completa expulsion de los judíos de España, implacables enemigos de la cruz; y á fin de estribar en mas sólidas y profundas bases la unidad de la Religion. El edicto de expulsion se dió en Granada en 1492; mandándose que en el término de cuatro meses saliesen de toda la nacion española, dándoles aquel tiempo para vender sus bienes. El número de judíos que salieron de Castilla y Aragon no se sabe á punto fijo: Mariana le hace ascender á la enorme cifra de ochocientas mil almas. El papa Alejandro VI acogió en sus Estados á los que quisieron pasar allá, mientras por otro lado aplaudia el celo de los Reyes y los condecoraba con el título de *Católicos*. ¡Es esta una accion bien rara si se medita!

Conquista de Granada.

Expulsion de los judíos.

El cardenal Cisneros.

Al nombre de una Reina tan grata á los oidos de los españoles debemos unir el no menos halagüeño del célebre cardenal Cisneros, por el papel tan interesante que representa en nuestra historia civil y eclesiástica. D.ª Isabel la Católica llamóle á su lado para director espiritual, prendada de las eminentes virtudes que de él la habian contado, cuando aun era fraile del convento de Salceda. Esta piadosa Reina, cuando quedó vacante la dignidad arzobispal de Toledo, sin contar con él para la presentacion, porque conocia el carácter rígido de su confesor, lo propuso á Su Santidad para ocupar esta silla. Al ponerle la Reina llena de regocijo las bulas en la mano, y despues de haberse enterado de su contenido, tirándolas negligentemente encima de la mesa, la dijo con dulzura: *Tal disparate solamente se le ocurre á una mujer*. En seguida salió de la corte con ánimo de no volver á ella y encerrarse en su convento; pero las instancias repetidas de muchas personas, y sobre todas las de la Reina, pudieron conseguir á duras penas que aceptase el arzobispado. Dedicóse desde luego con todo ahinco á la reforma de los abusos, sobrado arraigados en el clero de aquel tiempo, á pesar de la oposicion obstinada que le hicieron varios Cabildos, con quienes hubo de tener grandes y largos pleitos y no pocos disgustos para poder reducirlos. Los beneficios que la Iglesia de España debe al gran Jimenez de Cisneros son difíciles de enumerar: nos contentarémos con citar aquí la fundacion de la universidad de Alcalá, la de otros muchos colegios para estudiantes pobres, el envio de los primeros misioneros al Nuevo mundo, la ereccion de multitud de edificios religiosos, la fundacion de las Cofradías de la Inmaculada Concepcion en Toledo y en toda la Península, declarándose patriarca de ellas, la restauracion, en fin, del culto mozárabe en la catedral de Toledo. No son menores las glorias que le debe la nacion antes y

Su celo por el bien de la Iglesia.

despues de la regencia, á cuyo eminente puesto vióse colocado. La conquista de Oran, empresa digna de un príncipe; la primera idea de un ejército permanente y la creacion de compañías fijas, con que supo enfrenar á la aristocracia; el armamento de las milicias de Castilla, y la agregacion del reino de Navarra á la corona de España, son todos hechos de primera magnitud debidos á un pobre fraile que sobre el humilde sayal vistió la púrpura, con el cordon de franciscano ciñó la coraza de guerrero, y á la cruz primacial de Toledo juntó el baston de gobernador del reino.

Tales son en pocas palabras Isabel y Cisneros, dos de los florones mas hermosos y ricos de nuestra antigua historia. (*El Traductor*).

§ I.

La reforma en Alemania y en Francia. (1517-1545).

Lutero. 1517. Dios, como acabamos de verlo, tiene cuidado de consolar á su iglesia, y le da los mas verdaderos testimonios de su proteccion para afianzarla y sostenerla en los diferentes embates de las tempestades que la llenan de desolacion, renovándose sin cesar. La que Lutero excitó al principio del siglo XVI fué la mas terrible y la mas funesta que sufriera desde el tiempo del arrianismo. Este heresiarca, nacido en Sajonia, era de la Órden de los Ermitaños de San Agustin, y doctor de la universidad de Wittemberg. Hombre de un espíritu inquieto, fogoso y lleno de presuncion, se enardeció con motivo de las indulgencias concedidas por Leon X, porque la publicacion fué confiada á los Dominicos y no á los de su Órden. Empezó por declamar contra los abusos de las indulgencias; despues contra las mismas indulgencias. Atacó en seguida la doctrina de la Iglesia sobre el pecado

original, sobre la justificacion y sobre los Sacramentos. Estas novedades impías habiendo sido condenadas por una bula del Papa, el impetuoso novador se levantó enfurecido contra la primacía de la sede de Roma, y sin guardar miramiento ni consideracion alguna caminó de extravío en extravío, de exceso en exceso renovando los errores destruidos y anatematizados ya en los albigenses, en Wiclef y en los husitas. Escribió contra el purgatorio, contra el libre albedrío, contra el mérito de las buenas obras, etc. Tal fué el principio de su funesta apostasía de la antigua fé; apostasía que él calificó con el nombre de *Reforma* (1). Como era preciso procurarse apoyo para sostener una empresa tan atrevida, aconsejó á los príncipes de Alemania que se apoderasen de los bienes eclesiásticos: este era un medio fácil de hacérselos favorables. La esperanza de recoger estos ricos despojos atrajo á su partido muchos grandes y poderosos señores. Federico, elector de Sajonia, y Felipe, Landgrave de Hesse, se declararon abiertamente sus protectores. Lutero ganóse este último Príncipe por medio de una complacencia todavía mas vergonzosa: Felipe, viviendo aun su esposa, quiso contraer un segundo matrimonio: creyó poder obtenerlo todo del nuevo reformador, y se dirigió á él, quien, habiendo reunido en Wittemberg los doctores de la nueva reforma, dió al Landgrave, contra la expresa y terminante prohibicion de Jesucristo, el permiso de tener dos mujeres á la vez. Con el intento de multiplicar el número de sus sectarios atacó la ley del celibato de los sacerdo-

---

(1) Fueron llamados en lo sucesivo *protestantes* los sectarios de Lutero, porque protestaron contra un decreto del emperador Cárlos V, en la dieta de Espira, en 1529. Este decreto contenia que el luteranismo quedaria excluido de los paises que aun no le hubiesen aceptado, pero que seria tolerado donde estuviese ya establecido.

tes y religiosos, y dió él mismo el ejemplo de infringirla casándose, sin tener en consideracion que era monje y sacerdote, con una jóven religiosa que habia sacado de su convento para catequizarla y seducirla. —Tales lecciones, sostenidas con tales ejemplos, hallaron fácilmente acogida en el espíritu de los pueblos; y una secta tan favorable á las inclinaciones corrompidas del corazon humano se acrecentó de dia en dia. De la Alta Sajonia se extendió á las provincias septentrionales; penetró en los ducados de Brunswick, de Mecklemburgo, de Pomerania, y en la Prusia, donde el gran maestre de la Órden teutónica, Alberto de Brandeburgo, se hizo luterano. Entónces viéndose Lutero á la cabeza de un partido formidable se arrancó la máscara: desfogó su cólera y su bílis contra el Papa y contra las personas mas respetables sin miramiento ni consideracion alguna; vomitó contra ellos un torrente de injurias las mas groseras; injurias tales, que solo un delirio el mas furioso puede sugerir á un frenético. No es posible leer, sin exhalar un gemido mezclado de indignacion, los chistes indecentes, las bufonadas escandalosas y vulgares, y las mismas torpezas con que ha ensuciado sus escritos; y apenas puede concebirse que semejante personaje, haya no obstante estas vilezas, arrastrado á su partido tantas provincias y aun reinos. Preciso es que la sed insaciable de oro y de riquezas, la concupiscencia y el amor de los placeres, que son los mas grandes medios de que se ha valido, tengan sobre el espíritu de los hombres un ascendiente bien imperioso para cegarlos hasta este punto, y para que se haya extendido tanto la seduccion, con mengua y vergüenza de la razon.

Calvino 1532. Luego que Lutero hubo dado el ejemplo de cambiar la doctrina recibida entre los fieles, vióse alzarse un gran número de pretendidos reformadores, quienes, adoptando una parte de sus errores, añadian otros

nuevos (1) Calvino, que es mirado como el segundo jefe de los protestantes, nació en Noyon. Despues de haber estudiado humanidades en Paris, fué á cursar el derecho á Orleans y á Bourges, cuyas escuelas gozaban entónces de reputacion. Tuvo por maestro en esta última ciudad á un hombre célebre, pero infiltrado de la doctrina de Lutero. El discípulo bebió en su escuela, y adquirió en su trato el gusto por las novedades, y no disimuló sus sentimientos. La Francia se esforzaba entónces en repeler el contagio que empezaba á introducirse en ella, y el rey Francisco I estaba airado contra los luteranos. Temiendo, pues, Calvino ser arrestado, retiróse á Basilea. En esta ciudad fué donde publicó su libro de la *Institucion cristiana*, que es como el compendio de toda su doctrina. Excepto en el artículo referente á la Eucaristía, en lo demás apenas se separa de los sentimientos de Lutero, y aun puede decirse que mas bien los aventaja. En esta produccion enseña que el libre albedrío ha quedado enteramente extinguido por el pecado; que Dios ha criado la mayor parte de los hombres para condenarlos, no á causa de sus crímenes, sino porque así le place; refuta la invocacion de los Santos, el purgatorio y las indulgencias; no quiere papa, ni obispos, ni sacerdotes, ni fiestas, ni culto exterior, ni ceremonia sagrada alguna, que sirven de tan gran auxilio para elevar el alma hasta la adoracion del Ser supremo. Lutero, á pesar del intento que tuvo de negar la presencia real del cuerpo y sangre de Jesucristo en la Eucaristía, quedó de ella tan convencido, que jamás pudo abandonar este dogma; Calvino franqueó el paso y tuvo bastante osadía y valor de rechazarle. Es verdad, que penetrado por la fuerza de estas palabras da Jesucristo: *Este es mi cuerpo, esta*

---

(1) En España, entre otros, se contó Arnaldo de Vilanova.
(*El Traductor*).

es mi sangre, y sujetado por la fé constante y universal de este misterio, deja ver un extraño embarazo en la manera de expresarse, y parece que se avergüenza de su propia doctrina. Es este un homenaje forzoso que rinde á la verdad, aun combatiéndola.— El novador hizo varias correrías para extender su veneno, y luego fué á establecerse en Ginebra, de donde hacia algunos años que habia arrojado su obispo, y abrazado el luteranismo. Ejerció en ella el empleo de predicador y el de profesor de teología. Habiendo adquirido bastante crédito, hizo de esta ciudad como el centro de esta secta; y desde allí agitó el fuego de la herejia y de la discordia en Francia y en otros países de Europa. Era absoluto su poder en Ginebra, y nadie se atrevia á resistirle, porque no hubiese sido impunemente. No podia sufrir que se pensase de una manera diferente que la suya; y este hombre que predicaba que no debia escucharse á la Iglesia ni obedecerla, exigia de los demás una ciega sumision á todo lo que le agradaba decidir. Hizo quemar en Ginebra al médico Miguel Servet (1) por haber aventurado algunos errores sobre el misterio de la santísima Trinidad; y sin embargo declamaba con furor contra la justa severidad que se desplegaba en Francia en la persecucion de los herejes: de este modo la iniquidad se desmiente á sí misma. Cuando no podia ejercer de cualquier suerte su venganza, se abandonaba á arrebatos de cólera indignos, no solo de un reformador, sino de un hombre de bien, y prodigaba á sus adversarios los indecentes epítetos de *puerco*, *bestia*, *borrico*, *perro rabioso*, etc. ¡Qué feo y extraño lenguaje en boca de un hombre que se tenia por un apóstol! Compárese este modo de expresarse con el de san Pablo, y por el contraste se podrá juzgar de la

(1) Era español y nacido en la Corona de Aragon, mas se ignora su pueblo (*El Traductor.*)

diferencia que hay entre los enviados de Dios y los que han sido únicamente órganos del demonio, de la herejía ó de la impiedad.

Violencias de los protestantes.

La herejía es cruel y enemiga de toda subordinacion. Los arrianos excitaron los mas grandes desórdenes, y ejercieron las mas horribles violencias. Lo mismo ha sucedido con los protestantes, no han respetado mas el poder del príncipe que la autoridad espiritual del Papa. «Si me es permitido, decia Lutero «hablando á su soberano, si me es permitido por amor «á la libertad cristiana no solamente despreciar, sino «tambien hollar bajo mis piés los decretos de los Papas «y los cánones de los concilios, ¿pensais que yo respe-«to bastante vuestras órdenes para mirarlas como le-«yes?...» En otra parte dice: «El Evangelio siempre ha «causado turbaciones; es necesasio derramar sangre «para establecerle.» ¡Qué horribles escenas no ha causado esta doctrina sediciosa en toda la Europa! En Alemania los luteranos se tumultuaron, sublevaron, tomaron las armas, y llevaron la destruccion á las provincias de Suavia; de Franconia y de la Alsacia; saquearon y quemaron las iglesias, derribaron los monasterios y los castillos, y asesinaron á los sacerdotes y religiosos. Formaron un ejército de setenta y dos mil hombres, y al emperador Cárlos V le costó bastante trabajo reducirlos y someterlos. ¡Cuánta sangre no ha derramado el calvinismo en Francia! Esta nacion fué desgarrada durante tres reinados por contínuas facciones, guerras civiles y sangrientas batallas. No puede leerse la historia de esta herejía sin temblar de horror al recorrer la relacion de los excesos que cometió y ocasionó. A veinte mil asciende el número de las iglesias que estos fanáticos sediciosos destruyeron en el decurso de sus guerras asoladoras. En sola la provincia del Delfinado asesinaron á doscientos cincuenta y seis sacerdotes y ciento doce monjes, habiendo incendiado novecientas pobla-

ciones. Su furor rabioso se extendia aun á los muertos, y no perdonaba las reliquias preciosas de los Mártires y de los Confesores de Jesucristo, que profanaba con sus manos impías y sacrílegas: á viva fuerza arrancaban de sus sepulcros y demás depósitos sagrados en que se conservaban sus santos cuerpos, los arrojaban al fuego, y luego esparcían al viento sus cenizas. Solo citarémos dos ejemplos de esta impiedad cruel:—en 1562 hicieron pedazos el ataud de san Francisco de Paula en Plessis-les-Tours, y habiendo hallado su cuerpo entero é incorrupto, lo arrastraron por las calles, y lo quemaron despues en una hoguera que hicieron con la madera de una cruz grande;—en el mismo año robaron en Lyon la caja que contenia las reliquias de san Buenaventura, la despojaron de todo lo que tenia algun valor, y despues quemaron los restos del Santo y arrojaron sus cenizas en el Saona. Si las máximas de la pretendida religion reformada autorizan tales excesos, ¿puede su evangelio ser nunca el Evangelio de Jesucristo? Nuestro Señor, al enviar á los Apóstoles á predicar por todas las naciones, les dijo; *Os envio como corderos, en medio de los lobos; no opondréis á sus crueldades mas que la paciencia y la dulzura.* Es indudable que se derramó mucha sangre para establecer el Evangelio; pero esta sangre fué la de las ovejas, derramada por los dientes de los lobos. Los fieles no aprendieron entonces de los Apóstoles otra doctrina que la de la paciencia y la sumision á los soberanos, á quienes fueron inviolablemente adictos, y á la que no faltaron jamás. Ellos decian por boca de san Justino en su apología: «Nuestras esperanzas no se fundan en el «mundo presente, y por esto no oponemos resistencia «alguna á los verdugos que vienen á herirnos.» A los emperadores decian: «Nosotros no adoramos mas que «á un solo Dios, pero en todo lo restante os obedece«mos con alegría.» Y aun añadian con Tertuliano:

«Como cristianos rogamos á Dios que se digne conce-
«der á los emperadores una larga vida, un reinado
«pacífico, seguridad en lo interior, armas victoriosas
«en lo exterior, un senado fiel, súbditos sumisos, una
«paz universal, y todo cuanto pueden un hombre y
«un emperador desear.» ¡Qué diferencia entre este espíritu del cristianismo y el de la pretendida Reforma.

Otro de los distintivos de la herejía es tambien el de dividirse y variar en sus dogmas. Como el autor lo ha compuesto de su propio caletre é ingenio, cada particular se cree con el mismo derecho de cambiar y modificar á su gusto lo que ha recibido: el autor de una secta no tiene mas derecho de innovar que sus sectarios. Esta instabilidad de doctrina se ha visto en los arrianos, en los pelagianos, etc., y no ha sido menos manifiesta en los protestantes. Lutero y Calvino no ha podido contener á sus prosélitos en los límites que les habian prescrito; aunque la prescripcion de estos límites era contraria á la máxima fundamental de la secta; puesto que habia anunciado una libertad, que ellos llamaban *evangélica*, hasta entonces desconocida, en virtud de la cual cada particular era dueño de ajustar ó poner regla en sus creencias. Y ¿qué podia resultar de esta libertad sino una extraña confusion de doctrinas y una perpétua variacion? «Los que han excluido un solo artículo de fé, decia en «el siglo V el célebre Vicente de Lerins, atacarán bien «pronto los demás; y ¿cuál será la consecuencia ne«cesaria de este modo de reformar la Religion, sino «que estos reformadores nunca estarán quietos, la «cambiarán sin cesar, hasta que no quede de ella el «menor rasgo?» Esto es lo que ha sucedido en la nueva Reforma: despues de haber sacudido el yugo saludable de la autoridad de la Iglesia, carecia de todo principio de unidad, porque esta sola autoridad es la que puede contener el desenfreno de los espíritus. La

Variaciones de las Iglesias protestantes.

nueva Reforma abandonada al exámen y al juicio de cada particular, ha variado mil veces, ha tomado mil formas diferentes, se ha dividido en *anabaptistas*, en *cuákeros* ó *cuacros*, en *armenios*, en *gomaristas;* en *episcopales*, en *puritanos*, en *socinianos*, teniendo todos ellos dogmas opuestos que únicamente están acordes en el ódio comun á la antigua fe y en el desprecio de toda autoridad. Se ha visto levantarse cási todos los dias nuevos predicantes que, descontentos de lo que sus jefes habian establecido, no han cesado de hacer cambios en ello, resultando de ahí diferentes profesiones de fé que unas á otras se contradecian. Los jefes mismos no permanecian firmes en su primer plan de religion; lo que hoy levantaban lo derribaban al dia siguiente. Se les puede aplicar muy bien lo que san Hilario de Poitiers decia á los arrianos: «Vosotros os pareceis á arquitectos ignorantes «que nunca están contentos de su obra: no haceis «mas que edificar y demoler. Existen actualmente «tantas confesiones de fé diferentes cuantos son los «hombres que las profesan; y hay una variedad tan «grande en la doctrina como en las modas. Cada año, «cada mes ve producirse una confesion de fé: os avegonzais de las antiguas y forjais otras nuevas, que «tambien desechais á su vez.« Era en este punto tan visible su inconstancia, que no han podido dejar de quejarse de ella sus mismos sectarios. «¿Qué clase de «gentes son nuestros protestantes, decia Ducio en «una carta que escribia á Beza, que se extravian á «cada momento, y luego volviendo atrás se dejan ar«rebatar por todo viento de doctrina, tan pronto de «un lado como de otro? Podeis conocer tal vez cuá«les son hoy sus sentimientos en materia de religion, «pero jamás podreis estar seguro de los que tendrán «mañana. ¿Sobre qué artículo de religion están acor«des estas iglesias que se han separado de la de Ro«ma? Examinad todos los puntos de su creencia, des-

«de el primero al último, apenas hallaréis un solo ar-«tículo afirmado por un ministro que no le veais con-«denado por otro como una doctrina impía.» No debe sorprendernos que se extravien de una manera tan lamentable cuando carecen de guia que los conduzca y dirija: abandonaron la Iglesia que Jesucristo manda escuchar; hallándose solos y sin conductores, se perdieron en senderos desconocidos en que el espíritu de seduccion los habia enredado, y se desviaron de la verdad, que es una, para perderse en mil diferentes rodeos. No sucede lo mismo en la Iglesia católica. ¡Cuánta constancia en su gobierno y en su direccion! Fundada sobre Jesucristo, y gobernada por él, segun su promesa, no cambia jamás en su doctrina: su fé es siempre la misma; la ha recibido de su divino Fundador, conserva inviolable este depósito sagrado, y no puede permitir sobre este artículo ninguna variacion.

§ II.

La Reforma en Inglaterra. (1533-1560).

Las pasiones de los príncipes son á veces la causa de las revoluciones que acontecen en sus Estados, y en particular del cambio de religion. Esto es lo que experimentó la Inglaterra, donde la fé habia estado tan floreciente que se la llamó la *Isla de los Santos.* Enrique VIII se habia distinguido por su celo en favor de la fé católica en los principios del luteranismo: habia publicado edictos severos contra los sectarios de Lutero, para impedir que la naciente herejía infectase su reino: hizo mas aun; escribió una obra en la que la combatia enérgicamente, Pero un afecto criminal ahogó en su corazon estas felices disposiciones, é hizo la desgracia de su reino. Se habia casado con

Enrique VIII. 1509-1547.

dispensa con Catalina de Aragon, viuda de su hermano, y habia ya diez y ocho años que esta union existia, cuando este Príncipe dió cabida en su corazon á la pasion que precipitó á él y á su reino en un cisma deplorable. Quiso dar el nombre y título de reina á Ana Bolena, á quien amaba. Para esto era necesario disolver su primer matrimonio, como si hubiese sido ilegítimo, y para lograrlo hizo diligencias en Roma con mucho empeño. El papa Clemente VII, despues de haber examinado con todo detenimiento y madurez este negocio, juzgó que las razones que en él se alegaban á fin de conseguir el divorcio no eran fundadas, y rehusó separar lo que Dios habia unido: pronunció tambien una sentencia de excomunion contra Enrique si no volvia á tomar á su legítima esposa. Entónces este Príncipe apasionado se entregó á todos los transportes de su resentimiento: negóse á reconocer en lo sucesivo la autoridad del Sumo Pontífice, y por un acta solemne del Parlamento de Inglaterra se hizo declarar jefe supremo de la Iglesia anglicana. Sostuvo este paso cismático por una violenta persecucion contra todos los que no quisieron suscribir á su declaracion. Tomás Moro, gran canciller, y Fischer, obispo de Rochester, fueron las primeras víctimas de su furor; les hizo cortar la cabeza porque se habian negado á reconocer su supremacía eclesiástica. El gran Canciller en aquella ocasion dió esta hermosa respuesta: «Si fuese yo solo el «que pensase así, desconfiaria de mis talentos y pre«feriria los del gran Consejo de Inglaterra; mas tengo en mi favor á toda la Iglesia, este gran Consejo «de los cristianos.» El suplicio de estos dos hombres ilustres fué el preludio de un gran número de ejecuciones sangrientas, y Enrique, que hasta entónces no habia parecido inclinado á la crueldad, volvióse un príncipe violento y sanguinario. Para vengarse de los religiosos que perseveraban en la obediencia de-

bida á la Santa Sede, suprimió los monasterios y apropióse sus rentas. Podría decirse que no se habia declarado jefe de la Iglesia de su reino sino con el fin de tener un título para robarla. Casó con Ana Bolena, que era la causa de tantas turbulencias y de tantos males; pero habiéndose disgustado de ella muy pronto, la hizo cortar la cabeza, y contrajo nueva alianza, que fué seguida de otras cuatro. Así Dios castigaba los primeros excesos de este malhadado Príncipe con otros excesos, y le dejaba entregado á los deseos desarreglados de su corazon. Enrique murió, al fin, devorado por los remordimientos de su conciencia, en 1547.

Eduardo VI. 1547-1553.

Á pesar de sus extravíos nada habia cambiado en la doctrina; pero el cisma condujo en poco tiempo á la herejía; los nuevos errores no podian dejar de ser bien recibidos en un país tan dispuesto á la revolucion: viviendo aun Enrique el luteranismo empezó á deslizarse en Inglaterra sin saberlo él y contra su gusto. Despues de su muerte Eduardo VI abolió completamente la religion católica, y estableció la pretendida Reforma. Se suprimió el santo sacrificio de la misa, las imágenes fueron derribadas, las iglesias saqueadas y profanadas, los púlpitos ocupados por predicantes que atacaban públicamente los antiguos dogmas y las santas ceremonias de la Religion.

María 1553-1558.

Sin embargo la mayor parte de la nacion se conservaba todavia católica á la muerte de Eduardo. María, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, única heredera legítima de este Príncipe, aspiró y llegó á conducir su pueblo á la obediencia de la Santa Sede. El Parlamento entró en las miras de la Reina tan fácilmente como se habia conformado con las de Enrique VIII y las de Eduardo. El cardenal Polo absolvió solemnemente las censuras incurridas por el cisma. Es verdad que María olvidó, respecto á los protestantes de su reino, las reglas de dulzura y de

indulgencia que prescribe el Evangelio; lo que ha dado motivo á los enemigos de la Iglesia de acusarla de crueldad y de asimilarla á su padre Enrique VIII. Pero sus acusadores no han tenido cuidado de hacer notar que si Enrique VIII habia sido cruel con los inocentes, Maria no habia castigado sino á los culpables, y á menudo á grandes criminales dignos de los rigores extremos.

Elisabet ó Isabel. 1558-1603. Su hermana Isabel, hija de Ana Bolena, sucedióla en el trono en 1559. La nueva Reina, protestante de corazon y católica de profesion bajo el último reinado, se hizo coronar segun el rito romano; prestó tambien el solemne juramento de mantener la fé y los privilegios de la Iglesia católica. Pero bien pronto, cansada de fingir, se hizo perjura; restableció el Protestantismo, y le fijó para siempre en la nacion. Los últimos restos del Catolicismo fueron destruidos: Isabel tomó por si misma la supremacia espiritual; de manera que por un trastorno nunca oido, y un extraño y nunca visto contraste, se vió una mujer servir de papa en Inglaterra. Las persecuciones continuaron; decretándose leyes tiránicas contra todos los que permaneciesen fieles á la verdadera religion: los jefes de la Reforma proclamaron una nueva profesion de fé; el oficio fué redactado en lengua vulgar; el santo sacrificio abolido; se confeccionó un nuevo calendario en el cual vióse figurar san Enrique VIII, san Eduardo VI, san Wiclef, san Lutero, san Juan Hus, san Jerónimo de Praga; Isabel, aun viviendo, fué incluida en él con el nombre de Reina vírgen, y celebrada su festividad el 7 de setiembre, manteniendo entonces relaciones las mas escandalosas y públicamente con el Conde de Essex, que tenia en torno suyo seis rivales bien conocidos. Esta culpable Princesa, que por otra parte es imposible dejar de reconocer en ella grandes dotes de gobierno político, es la verdadera fundadora de la Iglesia anglicana tal

como se encuentra hoy dia ; y para juzgar bien de esta Iglesia basta recordar lo vergonzoso de su orígen y la impiedad de sus atentados.— Una multitud de sectas no tardaron en dividirla y debilitarla. Entre todas ellas distinguiéronse la de los cuákeros ó cuacros, metodistas y puritanos. Los cuákeros han tenido por jefe un zapatero llamado Fox, fanático, ignorante y furioso; su sitio de reunion no es ni una iglesia ni una capilla, sino un salon inmenso dividido en toda su longitud en dos partes, una ocupada por los hombres y otra por las mujeres. Su silencio es tan profundo, tan completa su inmovilidad, que podria ponerse en duda si son criaturas vivientes ó estatuas. En esta postura esperan la inspiracion del Espíritu Santo. De pronto uno de ellos, hombre ó mujer, cuya cabeza es mas exaltada, se siente inspirado: se levanta, toma la palabra, é insiste sobre la necesidad de hacer penitencia, de ser sóbrio, justo y bienhechor. Poco á poco los oyentes empiezan á moverse, se ponen á temblar (por esto se les llama tambien *temblones)* lo mismo que si estuviesen acometidos de un acceso de fiebre: entonces sucede que todos prorumpen en hablar, como desafiándose á ver quién lo hará mas alto y mas tiempo. Despues de este alboroto todo se va apaciguando, y vuelve de nuevo á su estado natural. Estos sectarios, perseguidos en Inglaterra, se trasladaron á la América septentrional, donde todavía son bastante numerosos.—No es posible imaginarse hasta qué punto de severidad y odiosa injusticia se dejó llevar el Gobierno inglés contra los católicos irlandeses. La Irlanda permaneció inalterable en la fé de los Apóstoles; su fidelidad le valió el honor de ser tratada durante doscientos años ó mas como país conquistado. El código redactado expresamente para ella sobrepuja en barbarie á los de Diocleciano y Juliano reunidos. Pero estos generosos cristianos han preferido hasta hoy dia todas las hu-

Principales sectas de Inglaterra.

millaciones y todos los tormentos á la apostasía ; monnmento eterno, ya del valor que inspira la fé de Jesucristo, ya de la inconsecuencia de los herejes los mas frenéticos en acusar á la Iglesia de intolerancia.

§ III.

San Ignacio de Loyola.—San Francisco Javier. (1521-1552).

Dios no se olvidó de su Iglesia en los peligros en que se hallaba. En ninguna época produjo tantos Santos ilustres como en los mismos momentos en que, destrozada por las herejías, parecia deber sucumbir bajo los golpes que de todas partes la herian. De entre estos piadosos personajes ninguno es mas célebre
S. Ignacio de Loyola 1525. que los santos Ignacio de Loyola y Francisco Javier. —Ignacio era español de nacimiento; pertenecia á una familia noble que desde la infancia le destinó á la carrera de las armas. Ascendió muy jóven á oficial, y se distinguió en muchas ocasiones: asistió al sitio de Pamplona, emprendido por los franceses en **1521**, y desplegó en la defensa de esta plaza una valentía enteramente caballeresca. Pero una herida que recibió en el combate le obligó á guardar cama durante mucho tiempo: este estado de sufrimientos lo eligió Dios para hablar á su corazon. Ignacio, impaciente viéndose en aquel estado de inaccion, pidió algunos romances para distraerse: como en el castillo de Loyola no habia otros libros que las *Vidas de los Santos*, se los trajeron, y empezó su lectura con disgusto. Pero poco á poco se rehizo de esta primera impresion, y aun se aficionó á estas vidas edificantes. Las leyó y volvió á leerlas, comparó la vida que él mismo llevaba con la de tantos Santos que no tenian mas ocupaciones que las suyas en este mundo, esto es, el trabajo de la salvacion. Estas reflexiones le convirtie-

ron; resolvió mudar de conducta, y entregarse completamente á Dios. Retirado en una gruta solitaria de Manresa, que los manresanos conservan aun hoy dia con gran veneracion, entregóse en ella á las austeridades de una rigurosa penitencia. No salió de allí sino para estudiar, con el intento de abrazar el estado eclesiástico, al que se sentia enteramente atraido. Fué, pues, á París (1), cuya universidad era entonces la mas célebre del mundo, y en esta ciudad conoció y guió en el camino que conduce á Dios á san Francisco Javier. Era este un jóven profesor de filosofía, nacido, como Ignacio, de una noble familia de Navarra, que enseñaba con gran éxito, no pensando mas que en adquirirse una reputacion y una sólida fortuna. *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?* Estas palabras, que Ignacio dirigia á Javier con frecuencia, le hicieron meditar sobre la vanidad de las cosas de la tierra, y bien pronto se unió á su santo amigo para consagrar su vida entera á la salvacion de las almas (2).—Tales fueron los principios de la Compañía de Jesús, que ha dado á la Iglesia tantos y tan ilustres defensores, y tantos Santos de una virtud eminente. Fué fundada en el mismo tiempo que la Reforma empezaba á desolar la cristiandad, como un dique poderoso opuesto á sus excesos y á su triunfo; y en efecto, no se ha visto en la Iglesia una Órden contra la cual se hayan desencadenado con mas furor la herejía y las pasiones, porque tampoco se ha presentado otra alguna que haya defendido con mas energía y ardor los intereses de

Institucion de la Compañía de Jesús. 1534

(1) Aquí da á entender el autor que san Ignacio estudió en París, y no fué en Francia, sino en España, que aquel Santo estudió. (*El Traductor*).

(2) La universidad de Alcalá de Henares vió á Ignacio frecuentar modestamente sus aulas, á fin de habilitarse para el sacerdocio; y esta universidad llegó á ser con el tiempo, aun en vida del santo fundador, *una sucursal de la Compañía de Jesús*, que en Es-

Dios contra la herejía y las pasiones. Fué solemnemente aprobada por el papa Paulo III en 1540. Por otra parte los votos ordinarios de pobreza, de castidad y de obediencia les hacian acreedores á toda veneracion. Los nuevos religiosos prometieron una obediencia enteramente especial al Soberano Pontífice, y consagrarse á la enseñanza de la doctrina cristiana, tanto en las provincias católicas como en los países aun idólatras ó herejes. Renunciaron al mismo tiempo con voto á todas las dignidades eclesiásticas. Esta nueva Orden se extendió y engrandeció en poco tiempo, llegando á ser uno de los mas bellos florones de la corona de la Iglesia.

San Francisco Javier. 1541.

San Francisco Javier fué elegido por el Papa para llevar el Evangelio á las Indias orientales, donde los portugueses habian levantado nuevos establecimientos y factorías. Embarcóse en Lisboa el año 1501, y abordó despues de una larga navegacion en Goa, capital de la nacion portuguesa en este país. El estado deplorable en que el Santo halló la Religion le hizo derramar lágrimas de pena é inflamó su celo. Como la vida escandalosa de los cristianos en las indias era el mas grande obstáculo á la conversion de los idólatras mezclados con ellos, emperó sus trabajos apos-

Mision de las Indias

paña se habia extendido prodigiosamente. Una porcion de jóvenes brillantes salieron de aquellas aulas para vestir la sotana; Mariana y Toledo dejaron la universidad de Alcalá para entrar en la Compañía, manifestando el mismo san Ignacio una grande alegría por la adquisicion de tan excelentes jóvenes, que algunos de ellos fueron llamados á Roma para plantear la enseñanza en aquel colegio con sobrada estrechez. Las cartas de santa Teresa de Jesús están llenas de elogios á los Padres de la Compañía, á quienes debió en gran parte la tranquilidad de su espíritu, y no poco apoyo y direccion para el establecimiento de su reforma. La Santa no habla de los Padres de la Compañía, sino para ponerlos en las nubes y colmarlos de bendiciones, y lo mismo hacen todos los Santos españoles de aquella época. Mas no dejó de verse en España mismo sujeta á trabajos y persecuciones, como sucede generalmente á todas las instituciones grandes y buenas. Los religiosos de algunos institutos, especialmente en Zaragoza, ya por envidia, ya por celos, se desencadenaron contra ellos, hasta á las vias de hecho.

(*El Traductor*).

tólicos atrayendo á estos malos cristianos á los principios del cristianismo. A fin de poder lograrlo se aplicó á enseñar á la juventud el camino de la virtud. Reunia á los niños y los acompañaba á la iglesia para explicarles y hacerlos aprender el Símbolo de los Apóstoles, los Mandamientos de Dios y la práctica de la vida cristiana. La piedad de estos niños edificó á toda la ciudad, que bien pronto mudó de aspecto. Los pecadores comenzaron á sonrojarse de sus desórdenes, y vinieron á presentarse á Javier pidiéndole sus consejos, quien los recibió con bondad, les instruyó, les exhortó, y les convirtió casi á todos con su dulzura y su caridad. Pasó en seguida á la costa de Pesquería, cuyos habitantes, aun cuando habian recibido el Bautismo, conservaban no obstante sus supersticiones y sus vicios. Para ponerse en estado de obtener mas abundante fruto estudió la lengua del país de Malabar, y á costa de trabajos tradujo en esta lengua el Símbolo de los Apóstoles, el Decálogo, la Oracion dominical, y, en fin, todo el Catecismo. Aprendió de memoria su traduccion, y luego se puso á recorrer todas las poblaciones, predicando en su idioma la doctrina de Jesucristo. Su predicacion sostenida con el don de los milagros, produjo abundantísimo fruto. El fervor de esta naciente cristiandad era admirable: de una nacion abandonada á todos los vicios hizo él un pueblo de santos. Muchos pecadores mudaron de vida, y la multitud de los infieles que se le presentaban solicitando el Bautismo era tan grande, que Javier, rendido de cansancio, no podia casi levantar los brazos para administrárselo. Animado con sus primeros brillantes resultados, penetró en el país vecino, en el que nadie tenia aun conocimiento alguno de Jesucristo, y en poco tiempo tuvo el consuelo de ver á sus habitantes destruir por sí mismos los templos dedicados á sus ídolos, y levantar sobre sus ruinas magníficas y suntuosas iglesias. Al año

siguiente se trasladó á Travancor, donde bautizó con sus propias manos hasta diez mil idólatras en el corto espacio de un mes. Edificáronse en este país cuarenta y cinco iglesias, y Francisco, que mandaba y dirigia él mismo todas estas particularidades, añade que era un espectáculo bien conmovedor ver á estos infieles convertidos correr á porfía á demoler sus templos.

La reputacion del santo Apóstol se extendió hasta los confines mas apartados de las indias, y de todas partes recibia con instancias encargos de que fuese á visitarles, para recibir de él la instruccion y el Bautismo. Francisco, en medio de esta riquísima y abundante cosecha, escribia cartas á Italia y á Portugal pidiendo operarios evangélicos. En los transportes de su celo hubiese querido que los doctores de las universidades de Europa se convirtiesen todos en misioneros. Predicó en la isla de Manat, en Cochin ó Cochinchina, en Meliapor, en Malaca, en las islas Molucas y en Ternate, obrando en todas partes un número prodigioso de conversiones, y formando en cada una de estas naciones una iglesia numerosa de los que bautizaba. Estos frutos tan multiplicados los alcanzaba el Santo á costa de grandes é increibles penalidades, y en medio de toda suerte de peligros, de manera que seria difícil expresar todo cuanto hubo de sufrir en sus diferentes misiones; pero quedaba él contento, y se creia bien recompensado con las satisfacciones y consuelos que sentia interiormente. «Los «peligros á que me veo expuesto, escribia él mismo á «san Ignacio, los trabajos que emprendo por los in«tereses de Dios solo son manantiales inagotables de «alegría espiritual: no me acuerdo de haber gustado «nunca tantas delicias interiores; y estos consuelos del alma son tan puros, tan dulces y tan contínuos, «que matan los sentimientos de las penalidades y fa«tigas del cuerpo.» Así es que en medio de estas ce-

lestiales dulzuras, que algunas veces se le prodigaban sin medida, suplicaba á la bondad divina que moderase los excesos de ellas.

Javier, cuyo celo no conocia límites, se embarcó para trasladarse al Japon, y en 1549 llegó al reino de Saxuma. Auxiliado de un Japonés que habia convertido en la India, tradujo en lengua del país el Símbolo de los Apóstoles, ó hizo la explicacion de cada uno de los artículos que le componen. Habiendo obtenido una audiencia del rey, alcanzó su permiso para anunciar la fé. Hizo un gran número de conversiones; pero su alegría fué turbada por las persecuciones que sufrió de parte de los bonzos ó ministros del culto idólatra del país, que llegaron al extremo de indisponerle con el rey. Retiróse, pues, á Firando capital de otro pequeño reino, donde fué bien recibido del príncipe, quien le permitió predicar el Evangelio de Jesucristo en todos sus Estados. El fruto de estas predicaciones fué extraordinario; y convirtió mas idólatras en veinte dias que permaneció en este país, que no habia logrado en todo el tiempo que estuvo en Saxuma, que pasó de un año. Dejó encargada esta cristiandad á la direccion de un misionero que le acompañó, y se puso en camino para Meaco, capital entonces de todo el Japon. Pasó por Amanguchi, en donde reinaba una extraordinaria corrupcion de costumbres. Sus predicaciones allí ningun efecto produjeron, y tuvo que sufrir mas bien insultos repetidos y muchas afrentas. Llegado á Meaco, no fué mejor escuchado, y vió con gran pesar que los espíritus no estaban aun dispuestos á recibir la verdad. Volvióse, pues á Amanguchi, y como hubiese advertido que la pobreza de su exterior habia chocado á los habitantes de esta ciudad, y estorbado el que se le recibiese en la corte, creyó deberse acomodar á las preocupaciones del país, y se presentó con un aparato y un cortejo capaz de imponer, é hizo además algunos

Sus últimos trabajos y su muerte. 1552.

presentes al rey. Por este medio consiguió la proteccion del príncipe y el permiso de anunciar el Evangelio. Bautizó en esta ciudad á tres mil personas, y este buen resultado le llenó de consuelo. El santo Apóstol se trasladó á Amanguchi al reino de Bongo, cuyo príncipe deseaba con ansia verle. Allí confundió en algunas conferencias públicas á los bonzos, que por motivos de interés trataban de suscitarle obstáculos en todas partes, y sin embargo de esto logró convertir á algunos de ellos. Sus discursos públicos y sus conversaciones particulares conmovian al pueblo, é imprimian en sus corazones afectos de piedad tan tiernos, que venian las gentes en tropel á pedirle el Bautismo. El mismo rey se convenció de la verdad del Cristianismo, pero una pasion á la que se abandonaba le impidió entonces el abrazarla. Mas tarde se acordó de las instrucciones que Javier le habia dado, renunció á sus órdenes y recibió el Bautismo. —En fin, despues de haber permanecido cerca dos años y medio en el Japon, Javier se sintió animado del deseo de hacer conocer á Jesucristo en la China. Aunque la entrada de este vasto imperio estuviese severamente prohibida á todo extranjero, se ocupó de los medios de ejecutar su designio: mil obstáculos se oponian á su ejecucion, encontró dificultades de toda clase, pero nada pudo detenerle, y á fuerza de constancia y paciencia logró llegar hasta la isla de Sancian, que se halla situada cerca de Macao, sobre la costa de la China. La Sabiduría eterna inspira algunas veces á sus siervos designios que no deben cumplirse, á fin de recompensar en ellos una buena voluntad. El santo Apóstol en el momento que esperaba penetrar en la China cayó enfermo, y despues de doce dias de sufrimientos, desfallecido á causa de no haber recibido durante este tiempo socorro ni auxilio humano alguno, murió contando la edad de cuarenta y seis años. ¡Flor temprana que, despues de haber esparci-

de la semilla de su hermosura y fragancia sobre tantos países semisalvajes, quiso Dios trasladar á su jardin celestial! Se le enterró á la orilla del mar, y se echó cal viva sobre su cuerpo, á fin de que, consumidas pronto las carnes, pudiesen sus huesos ser trasladados á las Indias; pero, despues de pasados mas de dos meses, se halló su cuerpo tan fresco y entero que parecia el de una persona viva, y lo mismo sus vestidos, que estaban bien conservados. Se le trasladó á Goa, donde fué depositado en la iglesia de San Pablo con todos los honores que pudieron dársele, y en donde obró un gran número de milagros.

Últimos años de S. Ignacio de Loyola.

Volvamos á san Ignacio de Loyola, y hablemos de sus últimos años. Elegido, bien á pesar suyo, general de su Órden, fijó en Roma su residencia, y edificó á esta gran ciudad con sus virtudes y con la fundacion de varios establecimientos de beneficencia que le inspiraba su inagotable caridad. No desdeñaba entregarse al servicio de los enfermos en los hospitales, ni enseñar públicamente la doctrina á los niños, acudiendo á oirle tambien los padres y las madres, una multitud de hombres y mujeres de todos los rangos sociales, hábiles teólogos y muchos sábios en todas las ciencias. Es fácil conocer los frutos de salvacion que saldrian de estos actos de su celo. La Compañía de Jesús se extendia cada dia: limitada al principio á sesenta religiosos, floreció bien pronto y se hizo innumerable en todos los países del mundo, sobre todo en España donde nacieron sus primeros Padres (1),

(1) Los hombres mas célebres de la Compañía pertenecian entonces á España. La entrada en ella de san Francisco de Borja hizo mucho eco en toda la nacion. A la muerte de san Ignacio le sucedió en el generalato, y en pos de él fué elegido por tercer general el célebre Laynez, uno de los mas grandes sábios de su siglo, y de los mas acatados en el concilio de Trento. Salmeron, Bobadilla, Mariana, Toledo, Ribera, Lugo, Torres, Molina, Maldonado y Sanchez; á estos sábios únanse otra porcion de Santos, como san Francisco Javier, el beato Rodriguez, el venerable Padre Villanueva, fundador del colegio de Alcalá, y otros

en Portugal y hasta en las extremidades de las Indias, en todas las comarcas de Italia, en Alemania y aun en los reinos heréticos del Norte. De todos los países católicos la Francia, sin embargo de haber sido su cuna, fué la nacion en que sus progresos se manifestaron con mas lentitud, porque la guerra que se sostenia con animosidad entre Francisco I y Cárlos V impedia que se mirase con buen ojo una sociedad cuyo jefe y los miembros principales eran españoles. Pero en lo sucesivo cambió el estado de cosas, y los Jesuitas formaron en Francia numerosos establecimientos. San Jgnacio no tuvo la dicha de ver este feliz progreso; murió en 1556, dejando á sus discípulos y á la Iglesia entera el modelo de una vida consagrada á la gloria de Dios y á la práctica de todas las virtudes.

§ II.

Concilio de Trento. (1545-1563).

Apertura del Concilio. 1545. Desde el momento que se vió extenderse por la Alemania la herejía de los protestantes, se juzgó que un concilio general seria el medio mas á propósito para

que seria prolijo citar, y se verá que no sin razon se ha llamado *siglo de oro de la Compañía* á la época feliz en que fué regida por los tres primeros Generales españoles.—A la muerte de Laynez, despues de un largo debate, se nombró á uno que no era español, y tal vez le hubiese sido mejor continuar regida por los Padres de esta nacion, porque ni se hubiese quebrantado tan fácilmente la estrecha union que hasta entonces habia reinado en la Compañía, ni se hubiesen probablemente formulado los cargos que se hicieron á los generales extranjeros y sobre todo á los italianos, á cuyos cargos tampoco debemos dar toda la importancia que se les ha querido suponer.—La Compañía de Jesús se hallaba tan extendida en España á fines del siglo XVI y á principios del XVII, que apenas habia ciudad de alguna importancia donde ya no contaran con alguna casa, estando encargados al mismo tiempo de la direccion espiritual de gran parte de la grandeza, y de casi todas las personas de espíritu que vivian por aquel tiempo. Los nombres de sus hijos ¡quién los podrá contar! (*El Traductor*).

detener sus progresos y curar los males que habia hecho ya á la Iglesia. El emperador Cárlos V lo deseaba ardientemente, y el Papa Paulo III, despues de haber inquirido las disposiciones de los demás príncipes cristianos, expidió la bula de convocacion. Eligió para la celebracion del concilio la ciudad de Trento, porque ofrecia por su situacion entre la Alemania y la Italia mas facilidad á los que debian concurrir. Sobrevinieron diferentes obstáculos que obligaron á diferir la apertura hasta fines del año 1545. Una vez verificada dióse principio por acordar los puntos que debian tratarse, y el órden con que debian proponerse. Despues de celebrar una solemne misa de Espíritu Santo, dióse lectura al Símbolo, á ejemplo de los concilios antiguos, que acostumbraban oponer este escudo á todas las herejías, y que muchas veces por este único medio habian atraido á los infieles á la fé, y confundido á los herejes. Tratóse enseguida de la canonicidad ó calidad canónica de los Libros santos, que son los primeros fundamentos de la fé cristiana, y se convino unánimamente en que era necesario reconocer por canónicos todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. Uno de los legados habló con mucho talento, ilustracion y celo sobre este artículo, é hizo ver que estos libros habian sido recibidos como sagrados por los concilios y por los Padres de los primeros siglos. Se trató igualmente de la tradicion, es decir, de la doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles que no está consignada en los libros de la Escritura, pero que nos ha sido transmitida de palabra, y se halla contenida en las obras de los Padres y en los demás monumentos eclesiásticos. Sobre estos dos puntos se redactó un decreto concebido en estos términos: «El santo concilio de Trento, general y ecuménico, «legítimamente congregado en el Espíritu Santo, y «presidido por los legados de la Sede apostólica; con«siderando que las verdades de la fé y las reglas de

«las costumbres se hallan contenidas en los libros es«critos y además en la tradicion, que recibidas de «boca de Jesucristo por los Apóstoles, ó inspiradas á «los mismos Apóstoles por el Espíritu Santo, han lle«gado como de mano en mano hasta nosotros, el san«to Concilio, siguiendo el ejemplo de los Padres orto«doxos, recibe y acepta todos los libros tanto del An«tiguo como del nuevo Testamento, y lo mismo las «tradiciones concernientes, sea á la fé, sea á las cos«tumbres, como salidas de la boca de Jesucristo ó «dictadas por el Espíritu Santo, y conservadas en la «Iglesia por una sucesion contínua: él las abraza con «el mismo respeto y la misma piedad; y á fin de que «nadie pueda poner en duda cuáles son los libros san«tos que recibe y acepta el Concilio, ha querido que «el catálogo se insertase en este decreto.» Sigue la lista de todos los libros canónicos por el órden con que están impresos en la Vulgata, y luego el Concilio añade: «Si alguno no recibe como canónicos y sagra«dos estos libros enteros con todas sus partes, ó si «desprecia con conocimiento y deliberacion las tra«diciones de que se acaba de hablar, sea excomulga«do.» En seguida, para contener los espíritus inquietos, manda el Concilio que en las cosas de la fé y de la moral, que tienen referencia al sosten de la doctrina cristiana, nadie tenga tanta confianza en su propio juicio que se atreva á interpretar los Libros santos en su sentido particular, contra la interpretacion que les ha dado la Iglesia, á quien pertenece el juzgar el verdadero sentido de las santas Escrituras, ó contra el sentimiento unánime de los Padres. El Concilio mandó tambien que los que emplearian las palabras de la santa Escritura en usos profanos, como en chanzas, burlas ó mofas, aplicaciones ridículas, adulaciones ó prácticas supersticiosas, sean castigados como profanadores de la palabra de Dios.—Las otras sesiones versaron sucesivamente sobre el pe-

cado original, que no puede ser lavado y borrado sino por los méritos de Jesucristo aplicados por el Bautismo; sobre la justificacion del pecador; sobre los siete Sacramentos instituidos por Nuestro Señor, principalmente sobre la divina Encaristía, el sacrificio de la santa misa, la Penitencia, el purgatorio, las indulgencias, el culto de los Santos, etc. Todos los errores de los protestentes fueron en ellas confundidos.

Consideramos de altísima importancia reseñar sucintamente estas sucesivas sesiones del concilio Tridentino, y estampar las decisiones resueltas en las mismas sobre el pecado original, la justificacion de los pecadores, los santos Sacramentos, el sacrificio de la misa, la penitencia, la confesion la satisfaccion, el sacramento de la Extremauncion, el purgatorio, las indulgencias, el culto de los Santos, etc., ya que el escritor francés las pasa por alto. Al efecto nos valdremos de la misma relacion que hace de ellas F. M. Amado en su compendio de la Historia general de la Iglesia. Si no diéramos noticia de las decisiones del concilio de Trento relativas á tan importantes asuntos, nos pareceria incompleto el objeto especial de este escrito; por esta circunstancia hemos tomado dicha resolucion, en la creencia de que nos la agradecerán nuestros lectores.

Doctrina sobre el pecado original.

«El santo concilio de Trento expuso en su sesion quinta la doctrina católica sobre el pecado original, y sobre el remedio de este pecado. Enseña en ella que Adan, despues de haber desobedecido el mandato de Dios, perdió la santidad y la justicia en que se hallaba establecido. Desobedeciendo á Dios incurrió en su indignacion y ódio, se hizo esclavo del demonio, y quedó sujeto á la muerte. Por su prevaricacion el primer hombre no solo se dañó á sí mismo, sino tambien á toda su posteridad. Al transmitir el pecado, que es

la muerte del alma, ha trasmitido tambien á todo el género humano la muerte y los dolores del cuerpo, segun lo que dice el Apóstol: «El pecado entró en el «mundo por un solo hombre, y por el pecado entró la «muerte: así es como la muerte ha pasado á todos los «hombres, habiendo pecado todas en uno solo.» Este pecado no puede borrarse por las fuerzas de la naturaleza sino por solos los méritos de Jesucristo, único mediador que ha podido reconciliarnos con Dios por su sangre; y estos méritos del Salvador se aplican tanto á los adultos como á los niños por medio del sacramento del Bautismo, segun estas palabras. «No «hay debajo del cielo otro nombre que se haya dado «á los hombres por el cual podamos ser salvos.» Y estas otras: «Ved aquí el Cordero de Dios; ved aquí «al que quila los pecados del mundo: todos vosotros «los que habeis sido bautizados habeis sido revestidos «de Jesucristo.» Así es que los niños, aun los que nacen de padres bautizados, tienen necesidad de recibir el Bautismo, porque heredan de Adan la culpa original, que no puede ser quitada sino por el agua de la regeneracion para obtener la vida eterna. Por esta razon, y siguiendo la tradicion de los Apóstoles, los recien nacidos, que ningun pecado personal han podido cometer, son verdaderamente bautizados para la remision ó perdon de sus pecados, á fin de que la regeneracion deshaga en ellos la mancha que contrajeron cuando fueron engendrados; porque no puede entrar en el reino de Dios ninguno que no volviere á nacer del agua y del Espíritu Santo. Por la gracia que se confiere en el Bautismo se perdona y deshace verdaderamente la ofensa del pecado original, porque Dios nada aborrece en los que han sido regenerados, ni hay condenacion para aquellos que han sido sepultados con Jesucristo por el Bautismo para morir al pecado, y que no viven segun la carne, sino que despojándose del hombre viejo y revistiéndose del

nuevo se han hecho inocentes, sin mancha, herederos de Dios y coherederos de Jesucristo, de suerte que ya nada tengan que pueda impedirles su entrada en el cielo. El santo Concilio confiesa que, con todo, la concupiscencia ó *fómes* del pecado persevera en los bautizados; pero quedando en ellos para que combatiéndola la venzan; y venciéndola no perezcan; no puede dañar ella ni daña á los que, léjos de consentir á sus insinuaciones, las resisten con valor ayudados de la gracia del Redentor: al contrario, será coronado en la gloria el que legítimamente peleare contra ella. «Si el apóstol san Pablo la llama *pecado* es «porque dicha concupiscencia es un efecto del peca-«do, y conduce ó instiga á nuevos pecados.» El santo Concilio declara en seguida que en todo cuanto ha decidido tocante al pecado original, comunicado á todos los hombres, no ha sido su intencion el comprender á la bienaventurada é inmaculada Madre de Dios. Y con esta cláusula testificaron los Padres del Concilio su celo en mantener la piadosa persuacion (1) de los fieles tocante á la concepcion sin mancha de la santísima Vírgen María, nuestra abogada y madre.

Sobre la justificacion de los pecadores

«La materia de justificacion sigue naturalmente al pecado. El santo Concilio nota desde luego que cada una de las disposiciones que conducen á la justificacion es el efecto de una gracia actual y preveniente que Dios concede al pecador por pura liberalidad, sin debérsela de ningun modo. El hombre ha podido herirse y darse la muerte; pero con sus propias fuerzas y sin la gracia del Salvador no puede ni curar sus llagas, ni aun concebir un deseo saludable de su curacion. Esto es lo que le obliga á pedirlo todo y á esperarlo todo de la misericordia de Dios por los méri-

(1) Téngase presente que esta *piadosa creencia* pasó á ser dogmática desde la solemne declaracion de nuestro santísimo padre Pio IX en 8 de diciembre de 1854. (*El Traductor*).

tos de Jesucristo. La primera disposicion para la justificacion es la de creer con firmeza las verdades que Dios ha revelado y los bienes eternos que ha prometido. Entre estas verdades hay unas terribles y otras consoladoras. Ellas hacen nacer en el alma del pecador el temor de los castigos y la esperanza del perdon. El pecador, abatido por el temor, se levanta considerando la misericordia de Dios, y descubre en él un recurso seguro; y arrojándose en los brazos de esta misericordia infinita con una confianza viva, fundada en los méritos de Jesucristo, comienza á amar al Señor como fuente de toda justicia. Despues de haber explicado cómo llega el pecador á la justificacion, expone el santo Concilio la naturaleza y los efectos de ella. Dice que no consiste solo en la remision ó perdon de los pecados, sino tambien en la renovacion interior del alma; de suerte que el pecador se hace enteramente justo, amigo de Dios y heredero de la vida eterna. Es el Espíritu Santo el que obra en él este cambio maravilloso, formando en su corazon las santas habitudes de la fé, de la esperanza y de la caridad, que le unen íntimamente con Jesucristo y le hacen miembro vivo de su cuerpo. El hombre, justificado de este modo por la gracia del Salvador, no se limita al grado de justicia que ha recibido, sino que, avanzando de virtud en virtud, se hace cada dia mas justo por medio de la oracion, de la mortificacion, por la práctica de las buenas obras, y por una exacta observancia de la ley de Dios y de las máximas del Evangelio. Cumpliéndolos conoce cuán verdadero es lo que dice la Escritura, que los preceptos de Dios no son pesados, y que el yugo de Jesucristo es dulce y su carga ligera; porque siendo hijo de Dios le ama como á su padre, y amándole encuentra en la caridad el medio de obedecerle, y hacer su santa voluntad fácil y dulcemente. Si Dios para hacer conocer al hombre la necesidad que tiene de su gra-

cia, y para hacerle mas humilde y vigilante, parece que alguna vez aparta de él su rostro y se le esconde, dejándole en manos de su propia debilidad, no por eso el hombre debe acobardarse; antes sabiendo que el Señor no manda cosas imposibles, y que cuando manda advierte que se haga lo que se puede y que se pida lo que no se puede, se dirige á él por medio de la oracion con una humilde y entera confianza de alcanzar los socorros necesarios para marchar hasta el fin en el sendero de la justicia.

Sobre los Sacramentos.

«Habla en seguida el santo Concilio de los Sacramentos, que son otros tantos medios de obtener la justicia, bien aumentándola en nosotros, bien recobrándola cuando una vez se ha perdido. Enseña que los Sacramentos de la ley nueva han sido instituidos por Jesucristo; que no son mas ni menos de siete, á saber: el Bautismo, la Confirmacion, la Eucaristía, la Penitencia, la Extremauncion, el Órden y el Matrimonio; que cada Sacramento contiene la gracia de que es signo, y la confiere á todos los que no ponen obstáculo. Despues de haber condenado los errores de Lutero sobre los dos primeros Sacramentos, pasa á la Eucaristía. La doctrina pura que la Iglesia católica ha enseñado siempre y conservará hasta el fin de los siglos, es que hecha la consagracion del pan y del vino, Jesucristo nuestro Señor, verdadero hombre y verdadero Dios, se contiene real y sustancialmente bajo las especies de estas cosas visibles. Es un crímen y un atentado horrible el atreverse á torcer en un sentido metafórico las palabras con que Jesucristo instituyó este Sacramento. La Iglesia, que es la columna y el soston de la verdad, detesta esta invencion impía y diabólica, conservando siempre la memoria de un beneficio que ella mira como el mas insigne y excelente de cuantos ha recibido del Salvador. En efecto, cuando el Señor estaba para irse á su eterno Padre instituyó este Sacramento augusto, en

el que derramó, por decirlo así, todas las riquezas de su amor hácia los hombres, encerrando en él el recuerdo de todas sus maravillas. Nos recomendó al instituirlo que recordásemos su muerte al recibirlo; y quiso que este Sacramento fuese el alimento espiritual de nuestras almas que las hiciese vivir con su propia vida, como lo dijo él mismo: *El que me come vivirá por mí;* esto es, por medio de mi misma vida vivirá. Quiso además que este Sacramento fuese una prenda solemne de nuestra eterna felicidad, y el símbolo de la unidad del cuerpo místico de la Iglesia, de quien es él mismo la cabeza. Esta Iglesia ha creido siempre que despues de la consagracion el verdadero cuerpo de Nuestro Señor y su verdadera sangre, con su alma y su divinidad, se hallan bajo las especies de pan y vino, y que cada una de estas especies contiene lo mismo que entrambas juntas, porque Jesucristo está todo entero bajo la especie de pan y en la mas pequeña parte de esta especie, igualmente que bajo la especie de vino y bajo cualquiera parte aun la mas pequeña de esta especie. La Iglesia ha tenido tambien por constante que por medio de la consagracion se hace un cambio de toda la sustancia de pan en la sustancia del cuerpo de Jesucristo, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre: cambio que muy propiamente se ha designado con el nombre de *transustanciacion.* Están, pues, todos los fieles obligados á honrar á este Sacramento con el culto de adoracion ó de latría que se debe al Dios verdadero, porque creemos presente en él al mismo Dios que los Ángeles han tenido órden de adorar cuando entró en el mundo, y el mismo á quien los Magos adoraron postrándose á sus piés, y los Apóstoles adoraron en Galilea. En cuanto al uso de este divino Sacramento, el santo Concilio advierte, y con un afecto paternal exhorta, suplica y conjura por las entrañas de Jesucristo á todos los que se honran con el nombre de

cristianos, que se unan en este signo de paz, en este lazo de caridad, en este símbolo de concordia; que se acuerden sin cesar del amor excesesivo de Nuestro Señor, que nos ha dado su carne en manjar, y que sufrió la muerte para salvarnos; que crean el sagrado misterio de su cuerpo y sangre con una fé tan firme, un respeto tan profundo, una piedad tan síncera, que se hallen en estado de recibirle con frecuencia, á fin de que, sostenidos por su virtud, pasen de la peregrinacion y destierro de esta miserable vida á la patria celestial, para allí comer sin velos ni sombra alguna el mismo Pan de los Ángeles que aquí comen bajo el velo del Sacramento misterioso.

«La Eucaristía no es solo un Sacramento en que Jesucristo se nos dá para ser nuestro espiritual alimento, sino que es además un sacrificio en que él mismo se ofrece á nosotros como víctima á su eterno Padre. Así lo enseña el concilio de Trento por estas palabras: «Aunque Jesucristo Nuestro Señor se haya «en persona ofrecido á Dios su Padre una vez mu«riendo en el altar de la cruz, para obrar por este «medio una redencion eterna, con todo, como su sa«cerdocio no debia acabar con su vida temporal, qui«so dejar en la Iglesia, su querida esposa, un sacri«ficio visible, tal cual la naturaleza de los hombres lo «exige; sacrificio que representa el sacrificio san«griento de la cruz, que conserva hasta el fin del «mundo su memoria, y que nos aplica su saludable «virtud para expiacion y perdon de los pecados que «todos los dias cometemos. Por esto en la última ce«na, la noche misma en que fué traidoramente entre«gado, mostrando que habia sido establecido pontífi«ce y sacerdote desde y para toda la eternidad segun «el órden de Melquisedec, ofreció á Dios Padre su «cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y vino, «y bajo los mismos símbolos se dió á los Apóstoles, á «quienes hizo entonces sacerdotes del Nuevo Testa-

Sobre el sacrificio de la misa.

«mento; y por estas palabras: *Haced esto en memoria «de mí*, mandó á ellos y á sus sucesores que los ofre«ciesen como la Iglesia católica lo ha entendido y en«señado siempre; porque despues de haber celebrado «la antigua Pascua que los hijos de Israel inmolaban «en memoria de su salida de Egipto, estableció él la «Pascua Nueva, dándose á sí mismo para ser inmo«lado por los sacerdotes en nombre de la Iglesia bajo «de signos visibles, en memoria de su tránsito desde «este mundo á su Padre, cuando, rescatándonos por la «efusion de su sangre, nos arrancó de la tiranía del «infierno y de la potestad de las tinieblas para trasla«darnos á su reino. Por medio de esta ofrenda pura, «que no puede ser manchada ni por la iniquidad ni «por la malicia de los que la ofrecen, es por lo que «ofrecida en todas partes en su nombre, predijo el «Señor por Malaquías que su nombre seria grande «entre las naciones. Es la misma que el apóstol san «Pablo, escribiendo á los de Corinto, designó clara«mente cuando dijo que los que están manchados por «haber participado de la mesa de los demonios no «pueden participar de la mesa del Señor. Ella es en «fin, la que en los tiempos de las leyes natural y es«crito ha sido figurada, anunciada y representada «con diversas clases de sacrificios, como que encer«raba ella sola los bienes todos que aquellas no ha«cian mas que significar, y cuyo cumplimiento y per«feccion era ella. Y porque el mismo Jesucristo, que «cruentemente, está y es inmolado sin efusion de «sangre en este divino sacrificio que se hace en la «misa, declara el santo Concilio que dicho sacrificio «es verdaderamente propiciatorio; porque por su me«dio alcanzamos misericordia, y hallamos gracia y «socorro en la necesidad si nos acercamos á Dios con«tritos y penitentes con un corazon sincero, una fé «recta y un espíritu de temor y de respeto; pues que «Dios, apaciguado por esta ofrenda, y concediendo

«la gracia y el don de la penitencia, perdona los pe-«cados y aun los crímines mas enormes, por ser ella «la misma y única hostia, el mismo Jesucristo que se «ofreció ya sobre la cruz, y que se ofrece al presente «por el ministerio de los sacerdotes; no habiendo otra «diferencia en la ofrenda sino que en la cruz fué san-«grienta y en el altar no lo es.» Bien léjos, pues, de que la una derogue la otra, es necesario convenir en que por medio de la oblacion no sangrienta es por donde se nos comunica con abundancia el fruto de la que se hizo con efusion de sangre. Por esto y conforme á la tradicion de los Apóstoles, se ofrece ella no solo por los pecados, los trabajos, la satisfaccion y demás necesidades de los fieles que aun viven, sino tambien por los que han muerto en Jesucristo y no están aun purificados enteramente.

«Si todos los que han sido reengendrados por el Bautismo permaneciesen constantes en la justicia que allí recibieron, no habria sido necesario instituir Sacramento alguno mas para el perdon de los pecados. Pero Dios, que es rico en misericordia, conociendo nuestra fragilidad, ha querido además proporcionar un medio de recobrar la vida aun á aquellos que despues del bautismo cayesen en la servidumbre del pecado bajo la potestad del demonio. Este remedio es el sacramento de la Penitencia, por el que se aplica á los que han caido despues del bautismo el beneficio de la muerte del Salvador. La penitencia ha sido necesaria siempre á los que han querido volver á entrar en la gracia de Dios; mas ántes de la venida de Jesucristo no era un Sacramento, ni ahora tampoco lo es para los que no han recibido el Bautismo. Nuestro divino Salvador la instituyó especialmente en Sacramento, cuando, resucitado de entre los muertos, sopló sobre sus discípulos diciendo: *Recibid el Espíritu Santo: se les perdonarán los pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonáreis.* Jesucristo, pues, comu- Sobre la Penitencia.

nicó á sus Apóstoles y á sus sucesores el poder de perdonar, y de retener ó no perdonar los pecados cometidos despues del bautismo por estas palabras. Hay no obstante una gran diferencia entre este Sacramento y el del Bautismo, en razon á que no podemos llegar á la renovacion total y perfecta que obro en nosotros el Bautismo sino por medio de bastantes lágrimas y de grandes trabajos; de manera que no sin mucha razon han llamado á la Penitencia los santos Padres un *Bautismo laborioso*. La forma del sacramento de la Penitencia, en la que cousiste principalmente su fuerza y su virtud, consiste en las palabras de la absolucion que el sacerdote pronuncia. Los actos del penitente, que son la *contricion*, la *confesion* y la *satisfaccion*, son como la materia de este Sacramento, y la reconciliacion con Dios es su efecto. La contricion, que es el primero de los actos del penitente, es un dolor interno y una detestacion del pecado que se ha cometido, junto con una resolucion firme de no volver á pecar en lo sucesivo. El santo Concilio declara que esta Contricion no consiste en solo dejar de pecar y en resolverse á cambiar de vida empezando una enteramente nueva, sino que esencialmente incluye además el odio y detestacion de la vida pasada. «Aunque sucede algunas veces, añade «el Concilio, que la contricion sea perfecta por la ca«ridad, y que entónces reconcilie al hombre con Dios «antes de que haya recibido el sacramento de la Pe«nitencia, no debe con todo atribuirse esta reconci«liacion á la contricion sola, independiente del pro«pósito de recibir el Sacramento.« En cuanto á la contricion imperfecta que llaman *atricion*, porque ordinariamente nace de la vergüenza y fealdad del pecado ó del temor de los castigos, si va acompañada de la esperanza del perdon, y de un amor de Dios que se llama inicial, porque empieza solo á mirarle como á fuente de toda justicia, y al mismo tiempo excluye la

voluntad de pecar en adelante, no solo no hace al hombre mas criminal é hipócrita, sino que es un don de Dios y un impulso del Espíritu Santo, que no habita aun en el hombre, pero que le excita y le ayuda á que se prepare para recibir la justicia; y aunque por sí sola no pueda esta atricion justificar al pecador sin el sacramento de la Penitencia, le dispone no obstante á obtener la gracia de Dios por medio del Sacramento, recibiéndole, que es lo que se da á entender cuando del pecador se dice en lenguaje de la Religion que de atrito se hace contrito por medio de la confesion acompañada de los otros actos del penitente.

«La Iglesia universal ha entendido siempre que la confesion entera de los pecados es una consecuencia necesaria de la institucion del sacramento de la Penitencia, que así fué instituido por Nuestro Señor, y que es de derecho divino necesaria á los que han pecado despues del bautismo; porque estando el Salvador para subir al cielo estableció á los sacerdotes por cási vicarios suyos, para que fuesen los jueces ante quienes llevasen los fieles los pecados mortales todos en que hubiesen caido, á fin de que segun el poder que han recibido de absolver ó de retener dichos pecados pronunciasen la sentencia. Ahora es manifiesto que los sacerdotes no podrian ejercer este poder sin conocimiento de causa, ni guardar la equidad en la imposicion de las penitencias, si los penitentes no se acusasen entera, particular y detalladamente, y solo en general; de lo que concluye el Concilio que los penitentes deben manifestar todos los pecados mortales de que se sientan culpables despues de haber examinado exactamente su conciencia, aun cuando estos pecados sean muy ocultos y cometidos contra los dos últimos preceptos del Decálogo, que prohiben los malos deseos, pues que esta clase de pecados son muchas veces mas peligrosos y hieren mas

Sobre la confesion

mortalmente el alma que aquellas que se cometen á la vista de todo el mundo. Respecto á los pecados veniales, que no nos hacen perder la gracia de Dios, y en los que con mas frecuencia caemos, cierto es que no se hallan comprendidos en el precepto de confesarlos necesariamente, porque pueden ser expiados por otros medios, no obstante es muy útil el confesarlos, como lo demuestra la práctica de las personas piadosas. Por lo que hace á los mortales, todos, aun los de pensamiento, como que convierten al hombre en hijo de ira y enemigo de Dios, es preciso buscar ante el Señor el perdon de ellos por medio de una confesion sin reserva, y acompañada de aquella sincera confusion que debe tener un reo que aspire á que se le perdone su falta. Los que callan voluntariamente algunos de estos pecados nada presentan á la misericordia divina que pueda ser perdonado por el sacerdote; porque si el enfermo tiene vergüenza de descubrir al médico su llaga, por mucha que sea la habilidad de este, nunca podrá curar lo que no conoce. Tambien es necesario explicar en la confesion las circunstancias que mudan la especie del pecado, porque sin esto no puede el confesor conocer bien las culpas, ni hacer una estimacion justa de su gravedad, ni imponer por ellos penitencia conveniente. Es una impiedad el decir que la confesion segun está mandada es imposible, y el mirarla como la tortura de las conciencias; porque es constante que la Iglesia no exige de los penitentes sino que, despues de examinarse con cuidado, y despues de haber escudriñado con esmero todos los pliegues de su conciencia, declaren ó manifiesten todos los pecados mortales de que se hayan podido acordar. Respecto á los pecados que no se le acuerden á una persona que ha hecho lo que está de su parte para que no queden en olvido, se juzgan comprendidos en general en la confesion que hace; y por estos pecados es por lo que decimos

al Señor con confianza estas palabras: *Limpiadme, Señor, de mis pecados ocultos.* Es necesario con todo convenir en que la confesion podria parecer un yugo pesado, sobre todo por la vergüenza que hay en descubrir sus crímenes, si no le hicieran ligero las grandes ventajas y consuelos que la absolucion procura á todos los que se acercan á este Sacramento con piedad y de una manera digna de Dios.

Sobre la satisfaccion.

«El santo Concilio declara que es absolutamente falso y contrario á la palabra de Dios el decir que el Señor no perdona jamás la culpa sin perdonar al mismo tiempo toda la pena; porque además de la autoridad de la tradicion divina, existen en los Libros santos muchos ejemplos notables que destruyen manifiestamente este error. Y ciertamente parece exigir el órden de la divina justicia que sean recibidos en la gracia de Dios los que pecaron por ignorancia antes del bautismo, de diverso modo que aquellos que despues de libertados de la esclavitud del demónio, y despues de haber recibido los dones del Espíritu Santo, no han temido profanar deliberadamente el templo de Dios, ni contristar al mismo Espíritu divino. Pertenece tambien en algun modo á la clemencia divina el que no se perdonen nuestros pecados sin alguna satisfaccion: de otro modo podria ocasionarse el que creyéndolos ligeros nos precipitásemos á cometer crímenes enormes, y por una conducta injuriosa al Espíritu Santo amontonaríamos sobre nuestras cabezas tesoros de ira para el dia de la venganza. Porque es cierto que estas penas impuestas en satisfaccion de las culpas apartan de cometerlas, y que son como un freno que retiene á los pecadores, obligándoles á ser mas vigilantes en lo venidero, y á estar mas sobre sí. Por otra parte sirven de remedio para curar lo que puede quedar del pecado, y para destruir por la práctica de las virtudes contrarias las malas habitudes que se contrajeron con una vida cri-

minal y desarreglada. Además la Iglesia de Dios ha creido siempre que no habia camino mas seguro para evitar los castigos con que Dios amenaza continuamente á los hombres, que el de practicar estas obras de penitencia con un verdadero dolor de corazon. En fin, se añade á todo esto que sufriendo por nuestros pecados en esta clase de satisfacciones, nos asemejamos en algo á Jesucristo, y nos conformamos con él, que fué quien enteramente satisfizo por todos ellos: con esta conformidad tenemos una prueba segura de que tomaremos parte en su gloria teniéndola en sus sufrimientos; siendo de advertir que esta satisfaccion con que pagamos nuestras culpas, mas que por nosotros se hace valedera y cumple por Jesucristo, porque no pudiendo por nosotros cosa alguna, lo podemos todo con el socorro de aquel que nos fortifica. Así es que el hombre no tiene de qué gloriarse, sino que toda nuestra gloria está en Jesucristo, en quien vivimos, en quien merecemos, y por quien satisfacemos haciendo frutos dignos de penitencia, cuya fuerza y cuyo mérito vienen de él, que es quien los ofrece al eterno Padre, á quien son agradables únicamente porque él se los presenta. Los sacerdotes del Señor deben, por consiguiente, segun que el Espíritu Santo y su prudencia les sugiera, imponer penitencias saludables y convenientes proporcionadas á la calidad de los crímenes y al estado de los penitentes, no sea que tratándolos con demasiada indulgencia se hagan ellos á sí mismos participantes de los pecados ajenos. Deben tener á la vista que la penitencia que imponen no solo pueda servir de remedio á la debilidad de sus penitentes, y de preservativo para conservarse en su nueva vida, sino que además debe servir de castigo y de punicion de los pecados pasados. El santo Concilio declara tambien que la bondad de Dios es tan grande, que por los méritos de Jesucristo podemos satisfacer al eterno Padre, no solo con las aflic-

ciones ó penitencias que voluntariamente abrazamos, y con las que los sacerdotes nos imponen en expiacion de nuestros pecados, sino tambien con los trabajos naturales que el Señor nos envia, cuando los sufrimos con paciencia y sumision.

«El santo Concilio creyó oportuno añadir, á lo que va dicho acerca de la Penitencia, lo que sigue concerniente á la Extremauncion, Sacramento que los santos Padres han mirado como la consumacion, no solo de la Penitencia, sino de toda la vida cristiana, que es una continuada penitencia. Declara, pues, que nuestro Redentor, infinitamente bueno, queriendo proveer á sus siervos de remedios saludables contra todos los ataques de toda clase de enemigos, ha preparado en los otros Sacramentos poderosos socorros para que los cristianos puedan garantirse, mientras vivan, de los mas graves males espirituales. Con el mismo fin ha querido pertrechar y fortificar el término de su carrera con el sacramento de la Extremauncion como con una defensa firme y segura; pues aunque sea cierto que nuestro enemigo busca y espía en toda nuestra vida las ocasiones de devorar nuestra alma, valiéndose de cuantos medios están á su alcance, no hay con todo tiempo alguno en que emplee con mas fuerza y atencion sus arterías y artificios para perdernos y para quitarnos, si puede, la confianza en Dios, que cuando nos ve cercarnos á morir. Ahora, pues, esta uncion sagrada de los enfermos ha sido establecida por nuestro Redentor como un verdadero Sacramento, cuyo uso, insinuado en el Evangelio de san Márcos, se ve claramente establecido y recomendado á los fieles por el apóstol Santiago en estos términos; «¿Enferma alguno entre vosotros? «Pues que llame á los presbíteros de la Iglesia, y que «estos oren sobre él, le den la uncion en el nombre «del Señor, y la oracion de la fé salvará al enfermo; «el Señor le consolará, y si tuviere pecados se le per-

Sobre la Extremauncion.

«donarán.» Por estas palabras, que la Iglesia ha recibido de mano en mano de la tradicion de los Apóstoles, ha aprendido ella, y nos ha enseñado á nosotros cuál es la materia, la forma, el ministro y el efecto de este Sacramento saludable; porque la materia es el óleo santificado por el obispo, que efectivamente representa muy bien la gracia del Espíritu Santo que unge invisible é interiormente el alma del enfermo. La forma consiste en esta oracion que acompaña á la uncion: «Que el Señor por esta uncion, y «por su piadosísima misericordia, te perdone los pe«cados todos que has cometido por la vista, por el oi«do, etc.» El efecto real de este Sacramento es la gracia del Espíritu Santo, cuya uncion limpia las reliquias de las culpas, y aun las culpas mismas, si hay algunas que expiar, consuela y fortalece el alma del enfermo, excitando en él una gran confianza en la misericordia de Dios, que le sostiene y le hace sufrir con mas facilidad las incomodidades y los trabajos de la enfermedad, y resistir con mayor prontitud y menor coste á las tentaciones del demonio, que le pone asechanzas en aquella última hora. Alguna vez alcanza tambien, en virtud de esta misma uncion, la salud del cuerpo, cuando así conviene á la salud del alma. Las palabras del Apóstol marcan con claridad á los que deben administrar, y á quién debe recibir este Sacramento santo. Los obispos y los presbíteros son los ministros; y los enfermos, especialmente los que se hallan tan peligrosamente atacados que están próximos al parecer á dejar esta vida, son los sujetos á quienes debe administrarse. No se debe, sin embargo, esperar á que el enfermo esté desahuciado, y á que haya perdido el conocimiento, añade el Catecismo compuesto de órden del Concilio; antes es un pecado muy grave el diferir hasta la última extremidad la administracion de este Sacramento, porque con esta dilacion se priva al enfermo de una gran parte del

fruto que podia sacar de él si lo recibiese con perfecto conocimiento, y uniéndose con fé y con piedad á las oraciones de la Iglesia.

«El santo concilio de Trento, despues de haber anatematizado los errores de Lutero y de Calvino sobre el sacramento del Órden y el del Matrimonio, expone así la doctrina católica acerca del purgatorio: «La «Iglesia, instruida por el Espíritu Santo, ha enseña-«do siempre, siguiendo las santas Escrituras y la tra-«dicion antigua de los Padres, que hay un purgato-«rio, y que las almas detenidas en él reciben alivio «con los sufragios de los fieles, y particularmente con «el sacrificio del altar, tan digno de ser agradable á «Dios. En consecuencia el santo Concilio manda á los «obispos que pongan mucho cuidado en que la fé de «los fieles tocante al purgatorio sea conforme á la «santa doctrina que nos ha sido dada por los santos «Padres y Concilios, y que sea anunciada y predica-«da en todas partes.» Pasa enseguida á hablar del culto de los Santos, y enseña que los bienaventurados que reinan con Jesucristo ofrecen á Dios sus oraciones por los hombres; que es bueno y muy útil el invocarlos con humildad, y recurrir á su intercesion para obtener de Dios sus beneficios por Jesucristo, que es solo nuestro Salvador y Redentor; que los fieles deben tambien venerar los cuerpos y reliquias de los Santos, porque fueron en otro tiempo miembros vivos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo, y porque deben un dia resucitar para vivir eternamente; que Dios autoriza esta veneracion haciendo milagros á la presencia de estas reliquias santas, como en otro tiempo los hizo con la sola sombra de san Pedro, y con los paños que habian tocado el cuerpo de san Pablo: además dice que deben conservarse en los templos con especialidad las imágenes de Jesucristo, de la Vírgen santísima su Madre y de los otros Santos, á los cuales debe darse el honor y la veneracion

Sobre el purgatorio, las indulgencias, culto de los Santos etc.

que les son debidos. Y no es esto, añade el Concilio, porque se crea que hay en las imágenes alguna divinidad ó virtud por la que deban reverenciarse, ni pedirles alguna gracia, ni poner en ellas su confianza como hacian los paganos, que ponian su confianza en los ídolos, sino que el honor que se les tributa se refiere á los originales que representan; de manera que en las imágenes que besamos, y ante las que nos descubrimos y prosternamos, adoramos á Jesucristo y honramos á los Santos cuya semejanza ó nombre llevan. Los obispos deben aplicarse tambien á hacer conocer que las historias de los misterios de nuestra Redencion, expresadas por la pintura ó de otro modo sirvan para instruir al pueblo y afirmarle en la práctica de acordarse contínuamente de los artículos de nuestra fé; que se saca además otra gran ventaja de todas las santas imágenes, no solo en cuanto ellas recuerdan al pueblo la memoria de los beneficios y gracias que ha recibido de Nuestro Señor, sino tambien porque exponiendo ellas á los ojos de los fieles los milagros que Dios ha obrado, y los ejemplos saludablos que nos ha procurado en los Santos, deben servirles de estímulo que los haga agradecidos y que los excite á imitar las acciones virtuosas de los amigos de Dios; de manera que la vista de estos objetos debe moverlos á adorar y á amar á Dios, é incitarlos á que vivan en la piedad. El Concilio termina su instruccion por lo relativo á indulgencias, «Jesucristo, «dice el santo Concilio, ha conferido á su Iglesia la «potestad de conceder indulgencias, y la Iglesia ha usado desde los primeros tiempos de esta potestad «que recibió de lo alto; por lo que el santo Concilio «enseña y manda que se conserve en la Iglesia esta «práctica saludabilísima al pueblo cristiano. Y con«firmada con la autoridad de los Concilios. Anatematiza á los que digan que las indulgencias son inúti«les, ó que nieguen á la Iglesia la potestad de confe-

«rirlas. Desea, con todo, que se use de este poder con «moderacion y reserva, siguiendo la costambre ob- «servada antiguamente y aprobada en la misma Igle- «sia, para que la disciplina eclesiástica no sea rela- «jada por una excesiva facilidad.»—F. M. Amado, página 112-127. *(El Traductor)*.

Clausura y última sesion del Concilio. 1563.

El Concilio se terminó en 1563 bajo el pontificado de Pio IV. Todo cuanto el espíritu de error y de herejía puede suscitar en obstáculos fué puesto en obra durante los diez y ocho años de su duracion, ya para suspender su ejecucion, ya para debilitar su autoridad. Pero la verdad católica triunfó, y Dios supo sacar de las pasiones humanas la gloria de su Iglesia. La veinte y cinco y última sesion se celebró el dia 3 de diciembre. El secretario, despues de haber leido todos los decretos hechos desde la apertura del Concilio, publicó el último para cerrar y terminar esta santa é ilustre asamblea. Apenas fué ratificado cuando los Padres, dando gracias á Dios, manifestaron su alegría con lágrimas y aclamaciones repetidas como en los concilios antiguos. El Papa confirmó los decretos por una bula, é invitó á los reyes, á los pueblos y á todos los fieles á recibir religiosamente sus santas ordenanzas. Su voz fué escuchada de todo el mundo católico, y en adelante la fé del concilio de Trento fué la de los verdaderos hijos de la Iglesia. Esta santa asamblea debe ser mirada como la fiel imágen y el complemento de las que la han precedido. Ninguna ha abrazado tantas materias, tanto respecto al dogma como á las costumbres y á la disciplina, y ninguna las ha tratado y ventilado con mejor claridad y minuciosidad.—Los protestantes, antes tan ardientes en pedir un concilio general para terminar las cuestiones religiosas, rechazaron este, y han rehusado siempre reconocer su autoridad; demostran-

do con esta conducta que la herejía impone condiciones al mundo, y algunas veces se las impone ella misma cuando pretende buscar la verdad de buena fé. ¿Cómo suponer, en efecto, que la Iglesia entera, asistida del Espíritu Santo, lo que ningun cristiano puede poner en duda, haya desconocido la verdadera enseñanza del Evangelio, y que haya sido dado su conocimiento únicamente á un puñado de novadores turbulentos y sin mision alguna legítima entre los hijos de Dios? Esto seria conducir al absurdo; y el absurdo es á lo que viene á parar el protestantismo. Los errores y monstruosos extravíos en los que ha caido en los tiempos que alcanzamos no lo prueban sino demasiado.

CAPÍTULO NONO.

Desde la terminacion del concilio de Trento hasta la muerte de Luis XIV. (1563-1715).

---

§ I.

Las obras del protestantismo y las del Catolicismo, de 1563 *á* 1593.

Mientras que la herejía arrastraba al error á una multitud de cristianos débiles, tibios ó corrompidos, Dios, para confundir á los novadores, continuaba suscitando en su Iglesia á Santos comparables con los de los primeros siglos. ¡Cuán bello es dirigir nuestras miradas hácia un san Cárlos Borromeo, una santa Teresa, un Bartolomé de los Mártires, despues de haber asistido á las escenas de desórden é inmoralidad que nos ofrece la vida de los modernos novadores y reformadores! Nuestro Señor nos ha enseñado que se conoce el árbol por sus frutos; y esta es la re-

gla infalible que nos deja discernir debidamente la verdadera Iglesia de las que toman indigna y falsamente su título. Puesto que la Iglesia católica es la sola que ha producido santos y fieles imitadores de la vida de Jesucristo, es la única que posee tambien la verdad fecunda dada á los hombres por el mismo Dios. El carácter de santidad que le atribuye el Símbolo de los Apóstoles le pertenece tan exclusivamente como el de unidad y el de apostolicidad.

S. Cárlos Borromeo 1538-1584.

El mas ilustre de los Santos de esta época, el modelo de los obispos y el restaurador de la disciplina eclesiástica, san Cárlos Borromeo, habia nacido en el Milanesado de una familia de las mas distinguidas de Italia. Desde su infancia dió marcadas muestras de la perfeccion á la que era llamado; su celo por la piedad y el estudio no tardaron en dejar conocer los designios de Dios sobre él. Su tio, elevado al solio pontificio con el nombre de Pio IV, le llamó á su corte para aliviarse en él de gran parte de los negocios del gobierno: despues le nombró cardenal y arzobispo de Milan, sin embargo de no contar entonces mas que veinte y dos años de edad. Supo, no obstante su juventud, mostrarse digno del elevado rango en que le habia colocado la Providencia divina, supliendo en él, á la falta de años, la madurez de la razon y la eminencia de sus virtudes. Entonces se trataba el grande y difícil asunto del Concilio de Trento. Cárlos empleó toda su autoridad para acelerar la publicacion del mismo; logrando hacer que por medio de sus cuidados se terminase, á pesar de los embarazos que querian aun presentarse á su conclusion.—Habia sido uno de los primeros objetos del Concilio la reforma del Clero: el santo Arzobispo dió el ejemplo de la mas perfecta sumision á los decretos de la Asamblea, disminuyó notablemente su lujo y su tren, despidió á la mayor parte de sus domésticos despues de haberles recompensado con esplendidez, quitó la seda de sus

vestidos y mandó quitarla tambien á los de toda su servidumbre, renunció á todos los dispendios inútiles y faustosos, y empezó una vida de mortificacion y penitencia cuyos detalles por su naturaleza asustan y amedrentan. Tampoco se permitia los gustos mas sencillos é inocentes que hasta entonces le habian servido para dar descanso al espíritu. En la oracion, la penitencia, la predicacion, la administracion de los Sacramentos y el gobierno de la Iglesia repartia y ocupaba todo su tiempo. En cuanto al servicio de su casa, le desempeñaban exclusivamente eclesiásticos, á excepcion de los oficios mas bajos, exigiéndoles toda la regularidad de verdaderos religiosos. Sus horas de oracion comun estaban arregladas de tal modo, que nadie podia dispensarse de concurrir á ellas bajo pretexto alguno; no se comia sino en comunidad, y durante la comida se leia algun libro de devocion, además de la abstinencia del viérnes y sábado se observaba tambien la del miércoles y la de todo el Adviento.—San Cárlos Borromeo no se limitaba á esto solamente: queriendo dar el ejemplo de la residencia ordenada á todos los obispos por el santo concilio de Trento, obtuvo del Papa, á fuerza de reiteradas instancias y de súplicas, el ir á gobernar por sí mismo la iglesia de Milan que le estaba confiada. Presentóse en medio de su rebaño como el buen pastor y el mas tierno y solícito padre. Independientemente de los concilios provinciales que celebraba con regularidad para restablecer al principio, y robustecer despues la disciplina entre los eclesiásticos, juzgó que era necesario poner mano en seguida á la obra de procurar á su diócesis el beneficio de los seminarios, que pudiesen formar en las virtudes y en la ciencia clerical á los sacerdotes destinados á dirigir los pueblos por el camino de la salvacion. Fundó hasta el número de cinco casas tan útiles y necesarias, y redactó, para el buen órden interior que debia obser-

varse en ellas, reglamentos que despues han servido de modelo para la formacion de otros seminarios. Nada se escapaba á sus cuidados y á su celo: quiso visitar en persona todas las localidades de su vasta diócesis y aun toda su provincia eclesiástica; penetró en los profundos valles de los glisones y de los suizos, á pesar de las privaciones que tuvo que sufrir en estas difíciles y penosas visitas pastorales, y llegó á reanimar en todas partes el ardor y celo de los sacerdotes al mismo tiempo que la fé de los pueblos. ¡Cuántas veces se le vió entonces caminar á pié, sufriendo el hambre, la sed, las inclemencias del tiempo, las variaciones de un clima terrible, escalar las mas encumbradas montañas, descender á los mas horribles precipicios en busca de ovejas errantes ó descarriadas, y conducirlas amoroso otra vez al redil de la Iglesia! Entonces fué cuando se vió levantarse, bajo su inspiracion, esos magníficos templos que aun hoy dia forman el mas bello embeleso de esta parte de la Italia, ofreciendo al Dios que quiere bondadoso habitar entre los hombres moradas, sino dignas de él, al menos mas convenientes á su santa y divina Majestad.—Este piadoso Prelado, en medio de tanto trabajo, se aplicaba cuidadosa y asiduamente á su perfeccion interior; sus oraciones eran prolongadas, su fervor continuo y sus penitencias multiplicadas: confesábase todos los dias, confundiendo con su santa práctica la tibieza y languidez de tantos y tantos cristianos que no se acercan al tribunal sagrado sino contadas veces en todo el año.

Sus pruebas y pesares.

Tan bella virtud debia ir coronada de probados sufrimientos, y no faltaron seguramente al bienaventurado Prelado. Aquellos á quienes reprendia sus vicios le desacreditaron, y esparcieron contra él las mas negras calumnias: una vez llegóse tambien hasta el punto de atentar á su vida, y hé aquí en qué ocasion: Habia emprendido la reforma de una Órden religiosa

que se llamaba de los *Humillados*, instituida en el siglo XII por algunos nobles milaneses que, escapados de las prisiones de Alemania en que gemian, y poderosamente movidos del espíritu de Dios, se habian separado por completo del mundo para vivir en comun. Su fervor y modestia, mucho tiempo florecientes, habian al fin cedido en una relajacion que llegaba hasta al escándalo. Los superiores de esta Órden no pudieron sufrir que se les quisiese obligar á llevar una vida arreglada. Tres de entre ellos resolvieron deshacerse de su Arzobispo, que miraban como á un enemigo que no cesaria de inquietarles y desazonarles en su vida cómoda y desarreglada. El santo Prelado tenia costumbre de hacer la oracion de la tarde en el oratorio del palacio arzobispal, en el que asistian muchas personas de la ciudad. Uno de estos miserables religiosos, disfrazado de paisano, se mezcló con los que tenian costumbre de concurrir, y habiéndose colocado á algunos pasos de distancia del Cardenal, descargóle á quemaropa un arcabuzazo en el momento en que se cantaban estas palabras del Libro santo: *Que vuestro corazon no se conturbe jamás.* El estruendo hizo levantar á los concurrentes llenos de espanto; pero el Santo, sin la menor alteracion, logró hacerlos arrodillar de nuevo y concluyó las oraciones de una manera tan sosegada y tranquila como si nada le hubiese sucedido, lo que dió lugar á que el asesino pudiese escaparse fácilmente. Con todo, el Prelado habia sentido tanto el golpe, que, creyéndose herido de muerte, hizo en el acto el sacrificio de su vida al divino Redentor. Pero el cielo habia señalado al plomo fatal el sitio preciso en que debia detenerse. La bala, que forzosamente debia atravesar de parte á parte el cuerpo del Santo, no habia hecho mas que perforar sus vestiduras y caido al suelo. Cuando el cirujano pasó á visitarle solo le encontró una mancha negra, acompañada de una li-

gera contusion, que era, mas bien que una herida, un monumento del milagro que le habia librado de la muerte.—El culpable y sus cómplices fueron descubiertos al cabo de algun tiempo, y condenados á muerte, por mas solicitaciones y empeños que Cárlos empleó para salvarles la vida. El Papa, viendo tan desarreglada la Órden de los *Humillados*; la suprimió por no haber esperanza alguna de poderla reformar.

Otra prueba mas difícil aun, porque exigia un valor muy generoso y muy extraordinario, se presentó bien pronto para el santo Cardenal. La peste se manifiesta en Milan. Inmediatamente los grandes y los ricos del siglo abandonan la ciudad. Aconsejan á san Cárlos que se retire á un lugar seguro; le hacen presente que debe conservarse para el bien de todo el rebaño; que otros, obedeciendo sus órdenes, llevarán á los enfermos los auxilios y los consuelos de la Religion; mas él rehusa con indignacion un consejo tan contrario á estas palabras del Salvador: *El buen pastor da su vida por sus ovejas.* Desde el mismo dia de la aparicion del contagio terrible se entregó por completo al servicio de los apestados: su caridad no conoció límites; pasaba los dias enteros y la mayor parte de las noches á la cabecera de los moribundos, llevándoles palabras de paz y de resignacion, mitigando sus dolores, sosteniendo su valor, y no abandonándoles sino despues de haber puesto su alma purificada en manos del Salvador. No bastando ya sus recursos, vendió sus bienes, sus muebles y hasta su cama. Mitigóse, en fin, la cólera de Dios, y san Cárlos Borromeo tuvo el consuelo de ver, antes de su muerte, restablecida la serenidad y la calma en su diócesis, de la que no se separó sino para ir á cerrar los ojos á Pio IV, su tio, que acababa de morir. Empleó toda su influencia en la eleccion de un nuevo pontífice digno de gobernar la Iglesia, que recayó en el santo papa Pio V, á quien sus virtudes hicieron

Peste de Milan.

que haya sido despues colocado y venerado sobre los altares. San Cárlos Borromeo murió el dia 3 de noviembre de 1584, llevándose al sepulcro el dolor de todo su rebaño, que le amaba como al mas tierno de los padres; los sentimientos de la Santa Sede, cuyo apoyo habia sido siempre, y la admiracion de la Iglesia, que su santa vida habia edificado, su celo extendido y su prudencia reformado.

Don Bartolomé de los Mártires. 1514-1590.

San Cárlos estaba unido con los lazos de la mas tierna y sincera amistad á otro santo prelado que habia conocido en el concilio de Trento. Era este el arzobispo de Braga, en Portugal, D. Bartolomé de los Mártires, nombrado así de la iglesia de San Bartolomé de los Mártires, en que habia sido bautizado. Fué la gloria del clero portugués, y el instrumento de que Dios se sirvió para verificar en este país la reforma exigida por el santo Concilio. En los últimos años de su vida obtuvo, despues de muchas solicitaciones, el que le fuese admitida la dimision de su obispado, y el poder retirarse á un monasterio, en el que no queria ser considerado sino como el último de los religiosos. Su caridad con los pobres era inmensa, y se cuenta que un dia, habiendo hallado á una pobre mujer que carecia de todo y sufria una cruel enfermedad, la hizo llevar su misma cama, resuelto á pasar la noche sentado en una mala silla, la única que habia en su celda. Los superiores no notaron esta modificacion hasta pasados algunos dias. Este santo Prelado murió en 1590.

Degüello en el dia de san Bartolomé. 1572.

Entre tanto los protestantes continuaban haciendo á los católicos, en todos los países donde podian penetrar, una guerra encarnizada. Estos turbulentos sectarios, siempre con las armas en la mano, se entregaban á todos los excesos del fanatismo. En Francia los discípulos de Calvino aspiraban nada menos que á derribar la autoridad del rey, para sustituirle uno de sus partidarios, ó mas bien para constituir el

reino en república, y disolverlo en cantones cuyo gobierno debian repartirse. Hicieron con este intento una tentativa contra el jóven rey Cárlos IX, que entonces se hallaba en Meaux, y que por su valor y sangre fria pudo escapar de sus emboscadas. Nada le irritó tanto contra el partido calvinista como este odioso complot, y desde entonces juró vengarse. La Francia se habia convertido en un inmenso campo de batalla, en el que las tropas enemigas se degollaban todos los dias, sin que pudiese esperarse una paz cercana, á causa de las exigencias de los herejes y del encarnizamiento de los dos campos. En Orthez los protestantes hicieron una horrible matanza, sobre todo en los religiosos y sacerdotes: veíanse correr arroyos de sangre dentro las casas, en las plazas y en las calles. El rio Gave apareció todo ensangrentado. Este degüello fué seguido del de la misma nobleza, verificado el 24 de agosto, dia de san Bartolomé. Un gran número de nobles católicos fueron muertos á puñaladas en Pau por la mas negra perfidia. Un autor contemporáneo asegura que estas noticias llenaron de tan extraordinario encono al rey Cárlos, que desde entónces juró y resolvió hacer una segunda jornada de san Bartolomé, en expiacion de la primera. Su madre Catalina de Médicis, princesa maulera y cruel, era la que le impulsaba sobre todo á esta medida sanguinaria; porque era esta mujer tan poco afecta á la fé católica como grande era la sed que tenia de reinar. Así fué que, el 23 de Agosto de 1572, irritado el Rey de las amenazas de los protestantes reunidos en París, que hablaban en voz alta de degollar á la Reina á los piés de su hijo, reunió un consejo de todos sus ministros, en el que no fué llamado ningun eclesiástico, sacerdote ú obispo. En él se resolvió que aquella misma noche se haria un degüello general de todos los protestantes á la madrugada del dia 24 de agosto, y que empezaria al darse la señal de rebato

en el reloj de palacio. Llegada la hora, los soldados se esparcen por la ciudad y el vecindario se une á ellos, furioso de ver los excesos que todos los dias cometian los protestantes: todos mezclados ponen cerco á las casas de sus jefes, los degüellan con sus familias y criados: luego se vuelven contra todos los que habian tomado las armas en nombre de la herejía, y hacen de ellos una horrible carnicería: se mata á porrazos, á cuchilladas, á balazos; sin perdonar á nadie que pueda haberse á las manos, artesanos, comerciantes, militares, hombres, mujeres, niños, todo lo destruye este torrente devastador. El mismo Louvre dejó de ser un asilo para estos desventurados. Por lo demás, muchos cristianos fueron envueltos por sus enemigos particulares en esta proscripcion general. Las mismas escenas se reprodujeron en algunas otras ciudades de Francia; mas no fué, sin embargo, de una manera general como se ha pretendido falsamente.— El clero católico dió aun en esta circunstancia el ejemplo de la caridad y de la humanidad: muchos herejes debieron su salvacion á la intervencion de los sacerdotes que ellos habian calumniado tan atrozmente, y cuyos hermanos habian degollado en el Bearnés. Cítase en particular al obispo de Lisieux, Juan Hennuyer, que abrió su palacio episcopal á los proscritos: en Lyon se les ofreció un asilo semejante; pero fué forzado por el pueblo desencadenado, y los que ya encerraba sufrieron la suerte del degüello como los demás,

Tal fué esta horrible jornada, célebre en los fastos de la Francia y de la Iglesia, en la que ninguna parte tuvo la Religion, y cuya responsabilidad no puede imputársele, por haber sido exclusivamente obra de la política. No fué, en efecto, como partidarios de una secta por lo que Cárlos IX entregó al suplicio á las víctimas de san Bartolomé: solo consideró en ellos á súbditos armados contra su príncipe, dispuestos á

arrastrarse á los mas grandes extremos contra su persona y su familia. Por lo demás, se ha exagerado de una manera extraña el número de los que perecieron en esta ocasion. Un empadronamiento hecho en la misma época no lleva á cuenta mas que setecientas y tantas personas: si queremos doblar ó triplicar el número, de miedo de incurrir en error, obtendrémos á lo sumo una cifra de dos mil hombres ó poco mas; número por otra parte bastante considerable para que esta horrorosa jornada sea detestada de todos aquellos en quienes no está enteramente extinguido todo sentimiento de humanidad y de religion. El papa Gregorio XIII, informado por Cárlos IX de que acababa de descubrir una conspiracion, y escapar, adoptando una medida rigurosa, de un peligro inminente, mandó hacer en Roma públicos regocijos sobre un acontecimiento cuyos detalles ignoraba. Los enemigos de la Religion no han dejado de reprocharle esta accion con la mala fé que acostumbran; pero es fácil ver que no aprobó directa ni indirectamente un crímen que la política puede explicar, y que la moral nunca podrá excusar. La historia nos enseña que el mismo Pontífice, mejor informado de los hechos, derramó abundantes lágrimas por la infortunada suerte de tantos cristianos desgraciados, muertos en su delirante extravío y de una manera tan funesta (1).

---

(1) Los protestantes honran como mártires á todos los que fueron entonces inmolados. ¡Qué diferencia entre estas víctimas desdichadas y los mártires de la religion cristiana! De un lado súbditos rebeldes, armados la mayor parte contra su legítimo príncipe, robando y saqueando ciudades y provincias, profanando los lugares sagrados, y amenazando continuamente á su patria, degollados en el momento en que menos lo esperaban, sin haber confesado sus faltas ni su fé; y del otro, súbditos sumisos, cristianos humildes, desarmados, dejándose conducir á la muerte cuando les era tan fácil rescatar su vida por medio de una apostasía solicitada de sus tiranos ó verdugos á precio de las recompensas mas brillantes y magníficas!

Nuevas Órdenes religiosas

Formáronse con todo nuevos establecimientos entonces en la Iglesia. La Congregacion de los Teatinos, fundada por el papa Paulo IV hacia ya muchos años, extendia á lo léjos los beneficios de su predicacion; la de los Bernabitas, que debe su orígen á tres nobles milaneses, se dedicaba á las misiones, á las predicaciones y á la instruccion de la juventud. San Juan de Dios establecia en Granada los Frailes ó hermanos de la Caridad para cuidar á los enfermos en casas especiales. Los Recoletos reformaban la Órden de san Francisco, y observaban su regla en toda su pureza: mientras que los Fuldenses eran instituidos por Juan de la Barriére en la abadia de Fuldes, cerca de Tolosa. Pero de todas las instituciones de aquel tiempo, una de las mas notables es sin contradiccion la que tuvo á santa Teresa por fundadora y directora.

Sta. Teresa de Jesús. 1515-1582.

—Esta ilustre sierva de Jesucristo nació en Ávila, en España. Era una piadosa costumbre de su familia el leer en comun la vida de los Santos: la pequeña Teresa tomó gusto á esta lectura, y á menudo la continuaba, despues de la hora marcada, con un hermano que amaba mucho. Sobre todo la historia de los Mártires les agradaba extraordinariamente, y leyéndola se decian el uno al otro que ellos quisieran tambien morir de aquel modo por confesar la fé. Á fuerza de decírselo y repetírselo creyeron estos dos niños que ellos podian ejecutar tan generoso designio; y habian salido ya de la casa paterna para ir á tierra de moros, cuando uno de sus parientes, que les encontró en el camino, les acompañó otra vez al hogar de su familia. Viendo los pequeñitos que no podian ser mártires, resolvieron vivir en ermitas: levantaron, pues, del mejor modo que pudieron, pequeñas celdillas hechas con ramas de árboles en el jardin, en las que se retiraban á menudo para orar.—Estas bellas disposiciones no fueron de larga duracion en el corazon de Teresa: habiendo perdido á su madre

á la edad de doce años, fué menos vigilada, y no tardó en entregarse á la distraccion, á la lectura de romances, y al amor del placer y diversion. Pero, habiendo sido encerrada en un convento de Agustinas, aprovechóse mucho de los buenos ejemplos que vió allí, y formó la resolucion de sustraerse á los peligros del mundo apartándose de él resueltamente. Retiróse, pues, á un monasterio de la Encarnacion, del Órden del Carmelo ó Carmelitas, en el mismo Ávila, y tomó el hábito en 1536, contando la edad de veinte y un años.—Ella misma ha descrito la celestial alegría de que se vió inundada despues de haber hecho este sacrificio á Dios. Hallóse colmada de los mas grandes favores por el divino Esposo que se habia elegido, y empezó á atacar, con un valor y vehemencia que nada podian detener, los defectos que se habia notado en sí misma. Los rápidos progresos que hizo en la virtud sorprendieron á las hermanas monjas, que no tenian ni el ánimo ni tal vez la voluntad de imitarla; porque el convento en que vivia era uno de los monasterios mitigados de la Orden, en el que la tibieza de fervor habia introducido comodidades incompatibles con la austeridad de la regla. Teresa deseaba ardientemente que sus hermanas abrazasen una reforma que las acercase con ventaja á la perfeccion evangélica, y las adoptase mejor al espíritu de su Instituto. Mas apenas habia dado parte de este pensamiento á algunas de las religiosas, cuando se vió expuesta á ser el blanco de toda suerte de chismes y enredos; tratada de visionaria y extravagante, no pudo conseguir de sus hermanas sino desprecios y estorbos. Pero la valerosa hija, léjos de dejarse por esto amedrentar ni abatir, parecia adquirir nuevas fuerzas con los obstáculos que se la oponian. En fin, victoriosa de todas las resistencias, tuvo el consuelo de ver el primer monasterio de la reforma fundado en la misma ciudad de Ávila, bajo el nombre de

Reforma del Carmelo.

San José, en 1562 (1).—Tomó por principio y base de su regla el ejercicio de la oracion y la mortificacion de los sentidos; estableció la mas estrecha clausura; cerró, puede decirse, casi completamente el locutorio, por ser tan raro y breve; prohibió las conversaciones de fuera, la comunicacion con los seglares, la que hizo escasa aun entre las mismas monjas; dispuso que el alimento fuese grosero y nunca de carne, el hábito de muy basta jerga, y alpargatas por calzado. Aplicóse sobre todo y con grande esmero á procurar á cada una de sus casas buenos directores espirituales; porque habia conocido por experiencia propia cuán necesarios son, á las almas que quieren santificarse, confesores llenos de virtud y de uncion. Vése bien claramente que el objeto de esta reforma era mas principalmente especulativo que práctico; pues que consistia casi exclusivamente en la vida contemplativa llevada á su mas alto grado de perfeccion (2).

(1) ¡Cuánto puede la constancia, ayudada de la divina gracia, aun en una mujer! Aquí vemos á nuestra heroina Teresa ser tenida y tratada de ilusa, desencadenarse contra ella las mismas monjas de su convento, los frailes de su Órden, las autoridades y la maledicencia del vulgo; y verse aun expuesta á ser delatada al Santo oficio. Mas, con todo, no la abandonó Dios en su grande empresa, que deberíamos llamar, mas bien que reforma, una nueva Órden ó instituto, y el papa Pio IV, que vió mas claro en este negocio, le concedió la autorizacion. Cuatro doncellas de singular virtud, que la habian ayudado en su empresa y asociádose á ella, se encerraron con la Santa en el nuevo monasterio el dia 24 de agosto del mismo año 1562, desde cuya fecha empieza la fundacion de este Instituto. (*El Traductor*).

(2) Cundió la reforma con increible rapidez, á pesar de las continuas contradicciones con que el Señor quiso probar á su fundadora. Felipe II, con su mirada de águila, comprendió la virtud de la Santa, y la favoreció abiertamente (ella misma dice en su carta 27 que Jesucristo la mandó que en sus apuros acudiese á este Monarca), á pesar de los detractores y maldicientes, y de la oposicion de algunos eclesiásticos constituidos en altas dignidades. En menos de doce años pudo fundar la Santa monasterios de su reforma en cási todos los pueblos principales de las dos Castillas y de Andalucía. Al mismo tiempo que reformaba la Órden con sus palabras y ejemplo, ilustraba santa Teresa la Iglesia toda con sus escritos. Además de los *Libros de su vida, de las Fundaciones y las Cartas*, conservamos el *Tratado de perfeccion, el Castillo del alma, ó las Moradas, Instrucciones sobre la oracion mental*, y otros varios escritos llenos todos de la mística mas elevada y contemplativa. Los mismos protestantes hablan de sus obras con mucho respeto. (*El Traductor*).

Su celo no se limitó únicamente á la reforma de las religiosas de su Órden, sino que quiso hacerla pasar á los religiosos. Teresa conoció las grandes dificultades de este nuevo proyecto; pero recurrió á Dios, su refugio ordinario, bien segura de que con su proteccion un remedio tan útil seria coronado del mas feliz éxito. En efecto, habló de él á un general de la Órden, quien, despues de haberla recibido mal en un principio, luego la escuchó, y, en fin, la auxilió en su empresa. El primero que tomó el hábito de la regla de la reforma, entre los hombres, fué el Padre Juan, que tomó el sobrenombre *de la Cruz;* cuyo ejemplo siguieron bien pronto otros muchos religiosos, entre ellos Fr. Antonio de Heredia, á quienes Teresa dió estatutos, los acompañó á Valladolid, en donde vistieron el hábito de la reforma, y desde allí los envió á Duruelo, donde vivieron con la mayor estrechez y la mas alta contemplacion. Esta es la Órden ó Instituto llamado de los *Carmelitas descalzos,* porque llevan los piés desnudos. El P. Juan, religioso humilde, penitente, ávido de la cruz y de sufrimientos, sostenia y animaba á Teresa, al mismo tiempo que se sometia á todo cuanto ella creia que debia prescribirle para hacer revivir y afianzar el espíritu primitivo del Carmelo (1). La santidad de su vida y la fama de sus milagros le han hecho colocar en el número de los Santos. Diez y seis conventos de religiosas y catorce de religiosos abrazaron en vida de santa Teresa su austera reforma, la que poco despues se extendió por toda la cristiandad.—En cuanto á ella, feliz por haber procurado á Dios alguna gloria con sus trabajos, murió llena de gozo el dia 4 de octubre de 1582, despues de una agonía y un éxtasis de

San Juan de la Cruz.

(1) La Orden del Carmelo habia sido regida sobre el monte Carmelo en Siria, en 400, por Juan, patriarca de Jerusalen. Fué introducida en Europa por san Luis en 1238.

catorce horas (1). Ha dejado, como hemos visto ya en la nota precedente, preciosas obras de espiritualidad y su propia vida, escrita por órden expresa de su confesor, en la que se encuentra á cada paso este amor ardiente por Dios, esta predileccion por los sufrimientos, esta aversion al mundo, esta profunda humildad que han hecho de ella un ángel sobre la tierra (2). Fué honrada con el don de las revelaciones y de las comunicaciones con Dios hasta el dia de su muerte. ¡Digna recompensa de tantas virtudes y de tan perfecta caridad! Para expresar la gracia de la divina llama que la abrasaba, y los ardores que la consumian, faltaban á veces palabras á su boca: caia en éxtasis tan profundos, que nada de cuanto hay en el mundo podia distraerla; y sí, en lo mas sublime de sus contemplaciones, se escapaban algunas palabras de sus labios, se la oia exclamar: «¡Ensanchad, «ó Dios mio, ensanchad la capacidad de mi cora«zon, ó poned un término á vuestras divinas gra«cias!»

S. Juan de Dios.

Pasemos ahora á ocuparnos brevemente de otros dos santos ilustres Fundadores, españoles tambien, llamados san Juan de Dios y san José de Calasanz.— El primero de estos dos Santos, aun cuando nació en

---

(1) Su muerte acaeció en Alba de Tormes, donde se conserva su cuerpo incorrupto y se venera su corazon, en que se echa de ver la herida que le hizo un Serafin con un dardo de fuego. Paulo V beatificó á santa Teresa poco despues de su muerte (1614) y Gregorio XV la canonizó ocho años despues. (*El Traductor*).

(2) Y tambien uno de los escritores mas eminentes de su tiempo: mereciendo por tanto figurar entre los autores clásicos españoles. Este fuego del amor divino en que se abrasaba, le hacia prorumpir á veces en versos altamente conceptuosos, y podia decirse verdaderamente inspirados por Dios. En una palabra, santa Teresa de Jesús es y debe ser mirada siempre como uno de los luceros mas brillantes de la Iglesia, y la gloria mas preclara de su nacion. (*El Traductor*).

Portugal, en Montemayor la Nueva, puede considerarse como español, pues que á la edad de nueve años huyó de la casa paterna y se vino á Castilla. Cansado de la vida pastoril sentó plaza de soldado, y marchó á Fuenterabía, que tenia sitiada el emperador Cárlos V por haberse apoderado los franceses de aquella plaza. La vida militar le hizo perder su inocencia, y aun le puso á pique de quedar sin vida. Despues de varias vicisitudes llegó á Granada, vendiendo estampas y libros de devocion. Oyendo uno de los sermones del venerable maestro Juan de Ávila, llamado justamente el *Apóstol de Andalucía*, se sintió tocado de tan vivo arrepentimiento, que dió todos sus escasos bienes, y salió por las calles fingiéndose loco, para ser despreciado y castigado. Conociendo el maestro Ávila el objeto de su locura, le mandó cesar en ella, y dedicarse á la práctica de obras de caridad: prometió á este pasar su vida en servicio de los pobres.—Al efecto alquiló en Granada una casa, donde principió á recoger los enfermos, llevándolos él mismo allá, para asistirles corporal y espiritualmente. Cumplióse así lo que le habia vaticinado el niño Jesús, enseñándole una granada, de la que salia una cruz, diciéndole al mismo tiempo: *Juan de Dios, Granada será tu cruz.* Aquel hospital improvisado fué la cuna de su Órden; pues admirados los vecinos de la paciencia y humildad del hermano Juan y de algunos otros que, bajo su direccion acudian al hospital para asistir á los enfermos, le ayudaron con sus limosnas, y el arzobispo de Granada toma bajo su proteccion el establecimiento naciente. «¿Cuál es vuestro apellido, hermano Juan? preguntaba un dia á «nuestro Santo el obispo de Tuy, presidente de la «chancillería de Granada.—El niño Jesús, que se me «apareció camino de Gibraltar, me llamó Juan de Dios. «—Pues Juan de Dios te llamarás de aquí adelante,» le replicó el prelado, y con este nombre venera la

Iglesia al humilde pastor de Oropesa. Acto continuo vistió el obispo al hermano Juan un modesto traje de jerga negra en vez de su andrajoso vestido; *porque la decencia hace á la virtud aun mas amable,* como le dijo el mismo señor obispo. Aquel traje fué adoptado humildemente por el hermano Juan y sus colaboradores, que tomaron el título de Hermanos de la Caridad. San Pio V aprobó aquel Instituto en 1572, que se extendió en breve por los hospitales de España y de fuera de ella. Dedicáronse los religiosos de san Juan de Dios á la asistencia de enfermos de padecimientos mas repugnantes y asquerososos, y en especial de las enfermedades venéreas, que por aquel tiempo iban sustituyendo á la antigua lepra. De esta manera la Iglesia acudia con un Instituto religioso al socorro de una nueva plaga con que la Providencia castiga la sensualidad de las sociedades modernas.—La nueva Órden de san Juan de Dios pudo contar en breve personas notables en virtud y caridad ejemplar, como fué entre otros el célebre Anton Martin, que en vez de saciar una venganza perdonó á su contrario humillado, recibiendo de Dios en premio la gracia necesaria para dejar el mundo y retirarse al hospital que fundó en sus casas de Madrid, y que aun en el dia lleva su nombre. Entre los hijos mas célebres de este Instituto se cuentan los venerables Rodrigo de Sigüenza y Sebastian Arias, y sobre todo el hermano Pedro Pecador, contemporáneo de San Juan de Dios y de los dos anteriores, y fundador del hospital de Sevilla.—San Pio V dió á esta Órden la regla de san Agustin doce años despues de la muerte del Fundador. La Órden tenia dos generales; uno para España y sus dominios, y otro para los demás hospitales de la Órden. *(La Fuente, Hist. ecles. de España,* t. III).

Hermanos de la Caridad. 1572.

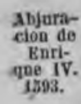
La misma historia de La Fuente habla en estos términos de san José de Calasanz, fundador de las Escuelas pías.—A fines del siglo XVI se hallaba en Ro-

S. José de Calasanz. 1597.

ma un clérigo español llamado José Calasanz, natural de Peralta de la Sal, en Aragon, doctor en ambos derechos y en sagrada teología. A pesar de haber sido gobernador y oficial eclesiástico de Tremp, visitador y vicario general del obispado de Urgel, y haber tenido un canonicato en Barcelona y otro en Sevilla, que no llegó á residir, se habia marchado á la capital del orbe católico, huyendo de las honras y distinciones á que le llamaban sus conocimientos teóricos y prácticos en las ciencias eclesiásticas. En el arrabal de *Transtevere* había planteado una modesta escuela, en union del virtuoso párroco de Santa Dorotea, en donde enseñaban doctrina cristiana, leer y escribir á los niños pobres de aquel populoso é inculto barrio (1597). Al efecto salia por las calles recogiendo los niños, y pidiendo á voces á los padres que los enviasen á su escuela por amor de Dios, conduciéndolos él mismo, y acompañándolos al regresar á sus casas. La educacion era gratuita enteramente; admitian tan solo hijos de pobres, y los clérigos que se unian á él no llevaban estipendio; pero la ruda faena de educar á los niños arredraba á todos, en tales términos, que bien pronto no encontró quien le ayudara, ni aun por dinero. El papa Clemente VIII le exhortó de viva voz á continuar en tan piadoso ejercicio, y le asignó doscientos ducados de limosna anual. Alentados con esto algunos clérigos y personas piadosas, se unieron á él y formaron una congregacion en que se decidieron á vivir en la mas estricta pobreza, y acordaron las bases de la enseñanza que habian de dar á los pobres jóvenes, tanto respecto á las primeras letras como á las humanidades. Aprobó esta Congregacion el papa Paulo V en 1617, dándole el título de *Paulina:* Gregorio XV elevó la Congregacion á Religion en el año 1621, con votos solemnes, mandando que se llamase *Religion de clérigos regulares pobres de la Madre de Dios de las Escuelas pías.*—Es Religion verda-

Fundacion de las Escuelas pias. 1617-1621.

deramente mendicante, con los tres votos solemnes, añadiendo además otros dos, cuales son, no pretender y enseñar. El instituto principal de esta Religion consiste en enseñar de caridad y sin estipendio alguno á los niños indiferentemente, aunque sean nobles y ricos; pero particularmente á los hijos de la gente pobre y popular, que no tienen medios para pagar las escuelas, la doctrina cristiana, las primeras letras, gramática y retórica, de suerte que se puedan habilitar para las otras ciencias. Acompañan con mucha caridad, como en forma de procesion, los niños por mañana y tarde, cuando salen de las escuelas, hasta sus propias casas, para que no tengan ocasion de extraviarse, especialmente en las ciudades grandes; sin que por eso dejen los otros ejercicios de vida activa, particularmente oyendo las confesiones de los fieles, y el estudio de las sagradas Escrituras.—El mismo pontífice Gregorio XV nombró al P. José Calasanz general de la Órden que habia fundado; dándole esta autoridad por nueve años, y poniéndole cuatro asistentes. Las constituciones habian sido redactadas por el mismo santo Fundador en treinta capítulos divididos en tres partes: están escritas con grande uncion y profundo conocimiento de las necesidades de la educacion.—Este Instituto religioso no logró sentar el pié en España hasta fines del siglo XVII, que penetró desde Cerdeña en Cataluña, de donde pasó al reino de Aragon, y se extendió á otros puntos de la península íbera. *(El Traductor).*


Abjuracion de Enrique IV. 1593.

Nuevas pruebas pesaban sobre la Iglesia. En esta época reinos enteros se separaban de su seno para abrazar los errores del Protestantismo, y parecieron abandonar para siempre á la Iglesia madre á la que debian su fé, su civilizacion y su prosperidad. La Escocia, la Dinamarca, la Suiza renunciaron á la fé ca-

tólica. El incentivo de las riquezas del Clero, confiscadas siempre en estas circunstancias, no contribuyó poco á estimular y apresurar esta dolorosa separacion. La misma Francia llegó hasta el punto de ver sentarse sobre su trono á un príncipe entregado á la herejía. Enrique III, hermano de Cárlos IX, acababa de ser asesinado en Saint-Cloud por el fanático Jaime Clemente, y la ley de sucesion llamaba al trono, á falta de la rama de los Valois, que se extinguia con el Príncipe difunto, la de los Borbones, que descendia de Roberto *el Fuerte*, sexto hijo de san Luis. Enrique, rey de Navarra, era el jefe de esta casa, y á él pertenecia la corona de Francia; pero como una antigua costumbre, convertida en ley del Estado, queria que los reyes franceses fuesen siempre católicos, se habia formado desde el tiempo de Enrique III una liga para excluir al Rey de Navarra del gobierno mientras que persistiese en la herejía. Esta liga, legítima en su principio y aprobada por el mismo Enrique III, que habia querido ser su jefe, se habia entregado despues á excesos detestables, frutos de una desmedida ambicion. El joven Enrique, lleno de valor y de ciencia militar, tuvo que conquistar su corona, y lo consiguió á beneficio de célebres batallas, en las que derrotó á sus enemigos. Una última victoria le abria ya las puertas de la capital, cuando Aquel que vela por la conservacion de este reino cristianísimo cambió el corazon del nieto de san Luis. Enrique IV hizo su abjuracion solemne en San Dionisio, entre las manos del arzobispo de Bourges, asistido de un gran número de prelados, y delante una multitud de pueblo que habia acudido de todas partes á presenciar este espectáculo consolador. Hizo su profesion de fé en estos términos : «Prometo y juro, en la presencia de Dios todopoderoso, vivir y morir en la religion católica, apostólica, romana; protegerla y defenderla con peligro de mi vida, y renuncio á todas

«las herejías contrarias á su doctrina». Habia ya algun tiempo que Enrique se hacia instruir en secreto: buscaba la verdad de buena fé y mereció conocerla. Un dia preguntaba á muchos ministros protestantes si creian que puede uno salvarse en la Iglesia romana, y como se vieron obligados á convenir en la afirmativa segun sus mismos principios. — «¿Por qué, «pues, repuso el Rey, la habeis abandonado? Los ca«tólicos sostienen que nadie puede salvarse en la «vuestra; vosotros convenís en que puede uno sal«varse en la suya: el buen sentido quiere, pues, que «yo tome el partido mas seguro, y que prefiera una «Religion en la cual pueda lograr mi salvacion, puesto que es reconocida y confesada por todo el mundo.» Enrique, afirmado en el trono, solo se ocupó del bien de sus pueblos. Fiel á las obligaciones que habia contraido bajo juramento en la presencia de Dios en San Dionisio y á la vista de sus súbditos, se mostró siempre católico, bien que miserables pasiones, de las que debia haber triunfado, le retuvieron en sus cadenas. Tan buen príncipe solo debia hallar en todos los corazones el amor y el rendimiento: sin embargo murió asesinado como su predecesor, por el puñal del infame Ravaillac, en 1610.

§ II.

San Francisco de Sales.—San Vicente de Paul.

S. Francisco de Sales. 1567-1622.

La Iglesia continuaba recogiendo los frutos del santo concilio de Trento, mientras que la herejía extraviándose cada vez mas, se precipitaba en todos los errores, abrazaba enteramente las doctrinas mas contrarias, opuestas y contradictorias. Nacian de ella tantas sectas como hombres turbulentos é inquietos abrigaba en su seno: penetrados estos del gran principio de la Reforma, que consiste en sacudir toda au-

toridad y formarse ella misma una religion segun la Escritura santa, que con frecuencia ni aun entienden, redactaban cada dia nuevas profesiones de fé, y no era difícil prever que llegaria un tiempo en que los protestantes, así divididos, solo tendrian la apariencia del Cristianismo y un simulacro de religion. Á pesar de estos escándalos, hallaban en las pasiones humanas un auxiliar poderoso, y el error habia invadido ya cási toda la Alemania, los países del Norte, la Suiza, la Saboya, cuando Dios suscitó un apóstol dotado de gran virtud, y eficaz en obras y palabras, para sacar una multitud de los que ella tenia cogidos en sus redes. Este hombre admirable, cuyo nombre se ha convertido en expresion de la mas pura virtud y del alma mas bella, era san Francisco de Sales. Nació cerca de Annecy, en Saboya, en 1567, y á la piedad de su madre debió una educacion cristiana y las primeras semillas de todas las virtudes que practicó durante su vida. Hizo sus primeros estudios en el mismo Annecy; pero despues el conde de Sales, su padre, le envió á París para terminarlos. En cuanto llegó á esta capital tuvo cuidado de buscar un hombre sábio y esclarecido para ponerse bajo su direccion, y con las inspiraciones de un guia semejante supo preservarse del contagio general que domina en la corrupcion de costumbres de una ciudad populosa, y evitar los escollos que rodean á la juventud; y su permanencia en ella no disminuyó su regularidad ni su fervor. Con todo mas de una vez se vió expuesto á rudas pruebas: acosado de una horible tentacion de desesperacion, Francisco se creyó durante mucho tiempo reprobado de Dios y condenado al fuego eterno. En este pensamiento desgarrador y doloroso pasaba los dias y las noches llorando, orando, gimiendo sobre su suerte, y protestando que amaria siempre á Dios. Nada podia animarle ni calmar sus vivas inquietudes, cuando un dia, prosternado al pié de una imá-

Su educacion

gen de María, y presa su pensamiento mas que nunca de la idea importuna de su destino futuro, dirigió á Dios esta tierna plegaria: «Dios mio ya que debo «tener la desgracia de odiaros por toda una eternidad, «permitid al menos que en la tierra yo os ame de todo «mi corazon.» Apenas habia terminado este acto heróico de amor cuando un rayo de esperanza, salido del corazon de María, empezó á brillar en su alma, y consumió enteramente las horribles tinieblas que la atormentaban (1).—Francisco de Sales dejó París á la edad de diez y siete años para ir á Padua, donde por algunos años estudió con notable aprovechamiento el derecho y la teología. Despues por órden de su padre, que le destinaba á ocupar en el mundo un lugar distinguido y en relacion á sus elevadas cualidades, recorrió la Italia, cuyos mas célebres y curiosos monumentos visitó y regresó al seno de su familia despues de haber escapado de todos los lazos tendidos á su inocencia. Desde mucho tiempo habia concebido el designio de consagrarse al estado eclesiástico, y hecho tambien voto de castidad; pero nada de esto habia manifestado aun á su padre. Aprovechó la ocasion en que se le proponia un destino muy ventajoso para abrir su corazon y declarar á su padre y familia la resolucion que tenia tomada. Al principio se opusieron á ello; mas en fin, despues de muchos combates y negativas obtuvo el consentimiento que deseaba, y fué elevado al sacerdocio en 1593. Desde entonces pareció un hombre lleno de espíritu apostólico y de un ardiente celo por la salvacion de las almas. Raras veces predicaba en las ciudades, donde temia que los aplausos de los hombres no le elogiasen y ensalzasen el mérito de sus trabajos; pero iba á los pueblos y

---

(1) Se conserva aun en Paris, en la casa de señoras religiosas de Santo Tomás, calle de Sévres, la estatua milagrosa ante la cual san Francisco de Sales recobró la paz del alma.

aldeas á instruir á las pobres gentes del campo, cuya mayor parte vivia en una profunda ignorancia de la Relegion. Bien pronto se abrió á su celo un horizonte mas dilatado.

El duque de Saboya, su soberano, posesionado nuevamente del ducado de Chablais, que habian invadido los suizos protestantes, pensó en hacer instruir en la religion católica á los pueblos de estos cantones, que la herejía habia infestado del todo. Á vista de las fatigas y peligros que debia ocasionar semejante mision, los predicadores se amedrentaron, y ninguno tuvo valor para tomar á su cargo la empresa; pero Francisco, animado de una fuerza superior, se ofreció á emprenderla con uno de sus parientes, Luis de Sales, el único que se presentó para acompañarle. Cuando hubo llegado cerca del ducado de Chablais, antes de penetrar en él se arrodilló, elevó á Dios su plegaria acompañada de muchas lágrimas, y luego, abrazando tiernamente á Luis de Sales, le dijo «En«tramos en este país para ejercer en él el ministerio «apostólico: si queremos lograr un buen resultado, es «preciso que imitemos á los Apóstoles: volvamos á «enviar nuestros caballos; entremos á pié, y como «ellos contentémonos con lo puramente necesario.» Así lo verificaron, y desde este momento Francisco, seguido de un solo criado, y llevando por todo equipaje un saco que contenia una Biblia y un Breviario, que á veces llevaba consigo, marchaba á pié, apoyado en un baston, en un país en donde los caminos eran muy rudos y escabrosos. Experimentó en él, durante el ejercicio de su ministerio, fatigas, contradicciones y persecuciones increibles: se le cerraban las posadas, y se veia obligado á pasar la noche en la intemperie; se le negaba todo, aun con dinero y era tratado de mágico y hechicero. El furor y despecho de los ministros calvinistas llegaron al extremo de apostar muchas veces gente para asesinarle. Nada,

Misiones del Chablais.

sin embargo, fué capaz de acobardarle; y lo que sus discursos no habian podido hacer en un principio, lo lograron poco á poco su dulzura, su perseverancia y los ejemplos admirables de su vida. Los herejes mas ciegos, obstinados y endurecidos, al fin se dejaron convencer, entraron de nuevo en el gremio de la Iglesia, y en pocos años vióse en todo el Chablais y en la mayor parte de la diócesis de Ginera una resurreccion milagrosa de la religion católica. El ejercicio y culto de ella fué restablecido; y una vez vencidas todas las dificultades por la paciencia y los trabajos de nuestro Santo, le enviaron operarios evangélicos para que le ayudasen en la terminacion de esta grande obra.

Es elegido obispo de Ginebra. 1602.

El obispo de Ginebra, admirado y conmovido de unos progresos que no podian esperarse, resolvió pedir por su coadjutor á Francisco, y le comunicó su intento. El santo sacerdote, despues de haber rehusado modestamente por espacio de mucho tiempo esta dignidad honrosa, vióse obligado á ceder á las vivas instancias de su obispo y al mandato de su soberano, el duque de Saboya. Fué consagrado obispo de Ginebra, y en tan elevado rango mostró que Dios le habia llamado á él solo para procurar la gloria de su santo nombre y la conversion de las ovejas descarriadas. Francisco no se contentó con sus misiones hechas en el Chablais, sino que acometió la empresa de volver al redil de la Iglesia á los habitantes del país de Gex, y el Señor coronó sus trabajos de un resultado tan feliz, que toda esta comarca ingresó de nuevo en el seno de la fé católica. Dedicóse en seguida á practicar la visita episcopal de todas las parroquias de su diócesis, marchando á pié al través de horrorosos desiertos, reducido con frecuencia á pasar la noche acostado sobre la paja en miserables chozas, obligado á trepar por alturas casi inaccesibles, y expuesto á rodar al fondo de horribles precipicios, si las

manos ó piés le hubiesen faltado. Su extrema dulzura, que fué siempre su virtud dominante, ganaba todos los corazones y llevaba mas almas á Dios que las predicaciones de los celosos sacerdotes que enviaba á todos los lugares de su diócesis. Estableció en todas partes, para instruccion de la juventud, catecismos reglados en los que la Religion era explicada con claridad y predicada con uncion evangélica. Su celo infatigable alcanzaba á todo, y no podia entibiarle ni la multiplicidad de los obstáculos ni la multitud de ocupaciones. De concierto con santa Juana de Chantal, mujer de rara virtud que se habia consagrado enteramente á Dios, instituyó la Órden de la Visitacion, que bien pronto se extendió por las naciones cristianas, Francia, Italia y España. A pesar de ser muy módicas las rentas de su obispado, derramaba abundantes limosnas en el seno de la pobreza, mirando á los mendigos como miembros de Jesucristo. Los Soberanos Pontífices le escribieron elogiando sus trabajos, y los príncipes de la tierra le manifestaron á menudo las mas afectuosas pruebas de su estimacion. Enrique IV le ofreció una pension considerable y el obispado de París; pero Francisco preferia continuar en Saboya el bien que habia empezado. Dedicóse tambien á escribir muchas obras de piedad, que no pueden leerse sin que se ame la virtud; y apenas se puede creer que en medio de tantas ocupaciones como abrumaban su vida haya tenido tiempo de escribir tanto. El Santo prelado murió en Lyon, al regresar de una mision que le habia sido confiada cerca del rey Luis XII, á la temprana edad de cincuenta y cinco años (1622); y á los cuarenta y tres de su fallecimiento fué contado en el número de los Santos.

En este mismo tiempo otro santo apóstol consagraba su vida á la instruccion de las gentes del campo en las escabrosas montañas del Vivarais y de Velay San Francisco Regis, nacido en el Languedoc, ha- S. Francisco Regis. 1595-1649.

bia manifestado el mas vivo atractivo hácia el estado religioso, y en cuanto fué libre entró en la Compañía de Jesús, que entonces hacia un bien grandisimo en todas las partes del mundo, en la que le emplearon en el ministerio de las misiones. Difícil seria describir cuanto celo, valor y actividad desplegó en este santo trabajo para procurar la mayor gloria de Dios. A fin de conseguir mas felices resultados de los habitantes de las montañas, elegia de ordinario la estacion de invierno para poder darles conferencias en sus moradas; porque entonces, no hallándose ocupados en las labores del campo, acudian en tropel á sus instrucciones. Dias tan penosos, en medio de las montañas y de la nieve, eran coronados por el incansable Santo pasando noches enteras en el confesionario. Murió en un pueblo oscuro, privado de todo socorro, y entre los pobres á quienes habia amado tanto. Pero su culto se extendió por toda la Francia, y aun hoy dia acuden muchos peregrinos á visitar su sepulcro.

S. Vicente de Paul. 1576-1660.

Otro Santo aun mas ilustre honraba la Iglesia de Francia en esta época. San Vicente de Paul uno de los hombres mas célebres cuya memoria haya sido conservada en el mundo, despues de haber guardado los rebaños de su padre durante sus primeros años, fué elevado al sacerdocio en 1600. Pertenecia á una familia honrada pero pobre del país de Dax ó Acqs, en la Gascuña; y solo á duras penas, y despues de grandes privaciones y trabajos, pudo seguir los estudios necesarios para llegar al estado sacerdotal, auxiliado de Dios, que, destinándole á grandes empresas, allanó todas las dificultades que se le presentaron. Poco tiempo despues, regresando de Marsella á Narbona, cayó en poder de un corsario turco, que le llevó prisionero á Tunez. Una vez allí logró convertir á su amo, que era un saboyano renegado, y los dos de concierto huyeron á su comun patria embarcados en un fragil barquichuelo, y expuestos á pere-

cer veinte veces ahogados. Habiendo al fin llegado, venciendo tantos y tan inminentes peligros, Vicente al cabo de algun tiempo acompañó á Roma al vicelegado de Aviñon, y recibió del soberano pontífice Paulo V una mision cerca del rey Enrique IV, lo que le obligó ir á París. En vez de aprovechar en favor suyo las ventajas que le proporcionaba tan favorable entrada junto al Rey, fué alojarse al hospital de la Caridad, en el que pasaba la mayor parte de los dias instruyendo y consolando á los enfermos. Pero no bastando este ejercicio á su inextinguible sed de ganar almas á Jesucristo, aceptó, por consejo del cardenal de Berulle, el curato de Clichy, cerca de París. Las limosnas que recogió en la capital le proporcionaron los medios de reedificar y adornar la iglesia de esta parroquia, en la que mantenia á los pobres y hacia florecer la piedad. Al cabo de un año, en 1613, la Providencia, que destinaba al santo sacerdote á una carrera mas dilatada, se sirvió segunda vez del cardenal de Berulle para resolverle á que se encargase de la educacion de los niños del conde de Gondy, general de las galeras de Francia, quien por su piedad y su celo tuvo mucha parte despues en los beneficios que hizo Vicente de Paul. Este llegó á conseguir el que se aliviase un tanto el trabajo de los forzados depositados en París, á los que halló en la mas horrible situacion: los reunió en una sola casa, les dió socorros para el cuerpo y el alma, y estableció entre ellos un órden tan admirable, que el rey Luis XIII, príncipe de una piedad muy grande, quedó de ello tan admirado y conmovido, que le nombró limosnero general de las galeras. Luego pasó á Marsella; y allí fué sobre todo donde se inflamó su celo de un nuevo ardor á la vista de estos desgraciados, que con sus blasfemias é imprecaciones no hacian mas que agravar sus males: iba de cuadra en cuadra escuchando todas las quejas, compadeciéndose de todas las pe-

nas, uniendo la limosna á las palabras, y abriéndose por este medio camino en todos los corazones. Aconsejó y encargó tambien á los oficiales que tratasen con mas suavidad á unos hombres ya bastante infortunados en sí. Sus cuidados no fueron inútiles: por una parte hubo mas humanidad, y por otra mas docilidad. En este mismo viaje, y antes de que fuese bien conocido en las galeras, ejerció una caridad heróica con un forzado, padre de familia, cuya desesperacion le habia conmovido; el santo sacerdote le reemplazó en las cadenas. y permaneció en galeras por este desdichado padre un tiempo bastante largo.

Congregacion de los Padres ó sacerdotes de la Mision. 1625.

—Estas ocupaciones no le impidieron dedicarse con ahinco á la instruccion de las gentes del campo, hácia las cuales manifestaba el mas vivo interés. Estableció misiones en su favor, y él mismo se aplicó con celo á esta obra tan importante del ministerio eclesiástico. En 1624, despues de la muerte de madama de Gondy, fué á vivir con sus sacerdotes en el colegio de *Buenos niños*, y les dió reglas ó constituciones que fueron aprobadas por la Santa Sede algunos años despues. Los canónigos regulares de San Víctor cedieron á Vicente el priorato de San Lázaro, que vino á ser la cabeza de la Congregacion, y á los Padres de la Mision les hizo dar el nombre de *Lazaristas*. Se les llama tambien los Sacerdotes ó Padres de la Mision, porque van como misioneros á los países extranjeros, principalmente al Oriente, y se dedican á la educacion ó enseñanza de los clérigos jóvenes: hoy dia aun está á su cargo la direccion de los seminarios en las poblaciones de diferentes diócesis.

Las Hijas ó Hermanas de la Caridad.

Fundado este establecimiento, Vicente de Paul trabajó en formar esta otra sociedad que ha llegado á hacerse tan célebre, conocida con el nombre de *Hijas ó Hermanas de la Caridad*. La vocacion de las Hijas de san Vicente es la de cuidar de los pobres en las parroquias ó barrios de las poblaciones, criar y edu-

car á los niños expósitos, instruir á las jóvenes huérfanas, asistir á los enfermos en los hospitales, y tambien á los criminales condenados á trabajos forzados, á fin de perpetuar la obra inaugurada en Marsella: institucion admirable que sola la Religion se hallaba en estado de concebir y ejecutar, y que nada se ha creado nunca en secta alguna que ni siquiera se le asemejase (1).

Establecimiento para los niños expósitos 1648.

Pero el objeto que sobre todo tocó su corazon y animó su caridad fué ver el triste estado de tantos niños que, nacidos del libertinaje ó en la miseria, se encontraban bárbara y desapiadadamente abandonados en las calles ó encrucijadas de la capital. Vicente reunió una sociedad de señoras caritativas que se encargaron de esas criaturas infortunadas; pero los gastos de este establecimiento se hicieron al cabo de poco tiempo tan enormes, y agotaron hasta tal punto sus recursos, que casi hubo necesidad de abandonarle. En este extremo Vicente convocó una reunion general de estas señoras, y presentó á su deliberacion la proposicion de si debia cesar ó seguir continuando la compañía en sus primeros cuidados. Les propuso todas las razones que podian militar en pro ó en contra; les hizo ver que hasta entonces ellas habian salvado la existencia á quinientos ó seiscientos niños, que sin su asistencia hubiesen muerto indudablemente, de los cuales muchos aprendian oficios, otros se hallaban ya en estado de aprenderlos, y que por su virtuosa mediacion y los recursos que les procuraron habian todas estas pobres criaturas aprendido á conocer, amar y servir á Dios; luego, alzando un poco mas la voz, concluyó con estas bellas palabras: «Ea pues, seño-

(1) Hace muy pocos años que las tropas inglesas enviadas á Oriente se lamentaban dolorosamente de no tener, como los católicos franceses, Hermanas de la Caridad para asistir á los heridos.

«ras mias, la compasion y la caridad os han hecho «adoptar por hijos vuestros á estas pequeñas criatu«ras; habeis sido sus madres segun la gracia desde «que sus madres segun la naturaleza las han aban«donado. Ved ahora si quereis vosotras abandonarlas «tambien. Cesad de ser en la actualidad sus madres «para convertiros en sus jueces: su vida y su muerte «están en vuestras manos. Voy á tomar vuestros vo«tos: tiempo es ya de pronunciar su sentencia, y de «saber si no quereis tener mas misericordia por ellos.» Á este sublime discurso toda la reunion prorumpió en lágrimas, y se resolvió por unaniminidad que era preciso sostener á todo trance y á cualquier precio esta empresa caritativa. El Rey auxilió la obra, que quedó establecida sobre sólidas bases, las mismas que rigen hoy dia, no solamente en París, sino tambien en la mayor parte de las ciudades de Francia. De esta manera Dios concede una santa fecundidad á las obras de sus piadosos y fieles siervos, mientras que marca con el sello de la esterilidad mas desoladora todos los esfuerzos de la herejía.—El bienaventurado Vicente pudo lograr que se dotase á los hospitales de Bicêtre, de la Salpêtrière, de la Piedad, á los de Marsella fundados para los forzados ó presidarios, y al del Santo nombre de Jesús para los ancianos. Celoso protector de las Vírgenes consagradas á Dios, sostuvo el establecimiento de las Hijas de la Providencia, de Santa Genoveva y de la Cruz; trabajó eficazmente en la reforma de Grammont, Premonstratense, y de la abadia de Santa Genoveva. Llamado al consejo del Rey, indujo al cardenal de Richelieu, primer ministro, á que solo eligiese personas piadosas y religiosas para el desempeño de las dignidades eclesiásticas. Se ha calculado que las limosnas distribuidas por sus propias manos ascienden á la enorme suma de mas de cuarenta millones de francos, derramados todos en el seno de los desgraciados, no solo de Francia durante

los azares de la guerra y del hambre, sino tambien de los puntos mas lejanos de la tierra. Provincias enteras debieron su sustento á los cuidados del Santo, entre ellas la Lorena y la Picardía. Pero lo que no es menos digno de ser notado es que en medio de su prodigiosa caridad vivió pobre, humilde, desinteresado, y murió creyéndose el mas ínfimo é inútil de los hombres (1660). La vida de semejante sacerdote seria tal vez suficiente para establecer la divinidad de la Religion santa que la ha formado, inspirado, sostenido y coronado sobre sus altares.

§ III.

Siglo de Luís XIV (1643-1715).

El siglo XVII, tan fecundo en grandes hombres de todas clases, habia sido inaugurado por los héroes de la Religion de san Francisco de Sales y san Vicente de Paul. Despues de ellos aparecieron otros santos personajes que continuaron extendiendo sus obras admirables, y dieron á la Iglesia un esplendor brillante. Entonces la Religion disfrutó hermosos dias: los Gobiernos, las instituciones, las leyes, los tribunales, todo aspiraba á guiarse por los consejos y enseñanza de la fé; y si alguna vez las pasiones llegaron á mezclarse en las buenas obras, al menos no se erigieron en principios y reglas de conducta: siglo bien diferente de los que le han sucedido; tan superior á ellos, que los grandes hombres que ha producido han sido tambien poco comunes.

Aun en vida de san Vicente de Paul el P. Bernardo habia llenado París con sus obras de caridad. Nacido de padres, ricos, empezó por llevar una vida de disipacion: pero despues se convirtió, recibió las órdenes sagradas, y se consagró enteramente al servicio El Padre Bernardo.

de los pobres, de los enfermos y de los sentenciados. Ejerció sus penosas funciones por espacio de veinte años en el Hôtel-Dieu de París, despues en el hospital de la Caridad, y empleó en limosnas una herencia de cuatrocientos mil francos. Á sus oraciones debió entonces la Francia el nacimiento de Luís XIV.

M. Olier. 1608-1657. El cardenal de Berulle, de quien antes hemos hablado, habia fundado en París la Órden de los Padres del Oratorio ó de san Felipe Neri, que tenia por objeto honrar la infancia, la vida y la muerte del Salvador, instruir la juventud, dirigir los seminarios, y dedicarse de tiempo en tiempo al santo ejercicio de las misiones. El segundo general de esta Órden, el P. Condren, de una santidad consumada, contribuyó mucho con sus consejos al establecimiento de otra congregacion no menos célebre, y que ha producido en el clero un bien infinito. Mr. Olier, párraco de San Sulpicio, despues de haber hecho misiones en diferentes puntos de Francia, y sobre todo en Auvergue, concibió el designio de establecer un seminario para disponer á las funciones sacerdotales los jóvenes que abrazaban el estado eclesiástico. San Vicente de Paul le animó en esta empresa, y lo mismo el P. Condren; y bien pronto puso manos á la obra, al principio en Vaugirard, pueblo cercano á París, y luego en el mismo París en la parroquia de San Sulpicio. La comunidad de sacerdotes que allí reunió ha conservado el nombre de sacerdotes de San Sulpicio. Mr. Olier era uno de los clérigos mas santos de aquel tiempo: no solamente cambió el aspecto del arrabal de Saint-German, que antes servia de guarida á todos los que querian vivir en medio de los desórdenes, sino que extendió tambien su celo á toda la ciudad de París, formando una asociacion de señores que prometieron públicamente en su iglesia, el dia mismo de Pentecostes, no aceptar ni provocar nunca duelo ó desafío alguno. Los duelos eran entonces uno de los males mas

rebeldes de la sociedad. La piadosa y sábia Compañía de San Sulpicio ha sobrevenido á su Fundador. Lo mismo hoy que entonces, hace en la Iglesia de Francia, y aun en la de América el mas sólido bien; que consiste en formar y robustecer en el sagrado ministerio las almas que Dios llama al sacerdocio. «Nada «conozco mas apostólico que San Sulpicio,» decia Fenelon al morir; y el reconocimiento de todo el Clero ha dado siempre, desde tiempo inmemorial, una inmensa y duradera sancion á esta palabra.

M. Bourdois.

Otra sociedad de sacerdotes, llamada de San Nicolás de Chardonnet, se formó á beneficio de los cuidados de Mr. Bourdois, que murió en olor de santidad en 1655. Era un hombre de la mas edificante piedad, de una regularidad extremada, y devorado de un ardiente celo en favor de la casa de Dios; catequismos, misiones, conferencias, todo lo abrazaba con igual actividad.

Los Padres ó frailes de las Escuelas cristianas.

Los frailes ó Padres de la Doctrina cristiana, que tantos y tan grandes servicios prestaban á la educacion de los niños pobres, fueron instituidos en Reims en 1680 por un canónigo del Cabildo catedral de esta ciudad, el bienaventurado Juan Bautista de La Salle. Compadecido de la profunda ignorancia de los hombres del pueblo, que es el manantial de la mayor parte de sus vicios, este virtuoso eclesiástico consagró su vida y su fortuna á la destruccion radical de estos vicios, estableciendo escuelas en las que los niños de la mas tierna edad pudiesen venir á mamar la leche de la doctrina del Evangelio, y crecer y formarse en las virtudes cristianas. Reunió, pues, con este objeto algunos hombres adictos que le ayudaron en su santa empresa, estableciendo desde luego un noviciado en Reims, despues en París y mas tarde en Rouen. teniendo el consuelo de ver antes de morir desarrollarse y consolidarse esta obra altamente piadosa y caritativa. Murió en 1719.—Sus numerosos y virtuo-

sos hijos, penetrados de su espíritu, han extendido á todas las partes del mundo los beneficios de una semilla que les habia sido confiada. Estas admirables escuelas son aun hoy dia el recurso de nuestras ciudades, el refugio del pobre artesano que quiere instruirse, el sosten de la obra sacerdotal en los jóvenes corazones que han hecho su primera comunion ó que se preparan á ella.

Bossuet. 1627-1704. Mientras que la Religion se vengaba por medio de sus Santos de las calumnias que la herejía no cesaba de esparcir contra ella, la Providencia la suscitaba defensores de otra clase, que se presentaban, como en otro tiempo san Agustin, san Juan Crisóstomo, Orígenes, Tertuliano, en el palenque armados con la espada de la palabra y de la autoridad de las santas Escrituras. Bossuet, el talento mas grande de este siglo que ha producido tantos hombres eminentes, fué tambien el mas ilustre de los apologistas modernos. Nació en Borgoña, á corta distancia del pueblo de Fontaine, que fué patria de san Bernardo, su modelo de predileccion. Desde sus primeros años se notó en él todo lo que debia en lo sucesivo atraerle la admiracion pública. Contaba solo ocho años cuando recibió la tonsura clerical; pero no mudó la resolucion, ni se arrepentió de este primer sacrificio que habia hecho á Dios de su libertad y de toda su vida. El objeto principal de sus trabajos fué la instruccion de los protestantes, y convirtió muchos á la religion católica. Sus empresas fueron ruidosas y brillantes. Se le llamó á París para desempeñar las cátedras mas distinguidas y sobresalientes; predicó muchas veces en la corte, y el Rey quedó tan admirado de los talentos y de la virtud del jóven orador, que en su nombre hizo escribir á su padre felicitándole de tener un hijo que le inmortalizaria. Luis XIV, que habia pronosticado la fama de tal grande hombre, le confió poco tiempo despues de la educacion del Delfin, y le nombró obispo

de Condom, de donde en seguida fué trasladado á la silla de Meaux. Sus innumerables escritos, impregnados todos de la mas sana doctrina, atrajeron una multitud de conversiones, entre otras la del famoso Turenne. Bossuet llevaba una vida la mas edificante; sus costumbres eran tan severas como su moral. Absorbian todo su tiempo ó el estudio ó los trabajos de su ministerio, la meditacion, los catequismos, las confesiones, y no se permitía sino muy raros y pequeños descansos. En una palabra, fué un santo obispo al mismo tiempo que un sábio teólogo y un orador incomparable; tanta fué la autoridad con que supo enseñar á los fieles lo que él mismo practicaba. Su nombre ha quedado en el mundo como la mas alta expresion del talento humano, y es sin duda glorioso á la fe católica haber tenido por hijo fiel y por defensor el escritor mas prodigioso de los tiempos modernos, al lado del cual puede decirse que los mas famosos corifeos de la impiedad no son mas que estudiantes sin ciencia.

Fenelon no procuró menos que él la gloria de la Iglesia. Las mas felices inclinaciones, un natural afable, unidos á una gran vivacidad de ingenio, fueron los felices presagios de su virtud y de sus talentos. Recibió su educacion en el seminario de San Sulpicio. En los primeros años de su sacerdocio emprendió las misiones de Aunis y la Saintonge. Sencillo y profundo á la vez, uniendo en sus maneras afables y modestas una sólida elocuencia, tuvo la dicha de conducir de nuevo al camino de la verdad á una multitud de herejes. En 1689 Luís XIV le nombró preceptor de su jóven hijo el duque de Borgoña, del que supo hacer un príncipe completo, y en seguida fué elevado á la silla arzobispal de Cambrai. Fenelon tuvo la desdicha de defender durante algun tiempo una opinion de espiritualidad que fué condenada por la Santa Sede; pero se sometió humildemente á esta condena- Fenelon. 1651-1715.

cion, y en lo sucesivo solo vivió para hacer buenas obras. Su memoria permanece venerada; el recuerdo de sus virtudes vive en la Iglesia, tanto como los libros admirables que nos ha dejado, y que forman parte de la gloria del talento humano.

Luis XIV. 1638-1715. Luís XIV protegia abiertamente y con empeño la Religion. Este gran Monarca, que ha merecido dar su nombre al mejor y mas hermoso siglo que se vió jamás, honróse siempre en defenderla contra los herejes, y llenar los deberes que impone á los fieles. La historia ha consignado hasta dónde llegaba su respeto por las cosas santas, su cuidado por la oracion, su modestia en la iglesia, su adhesion á la fé católica, su sumision á los decretos de la Silla apostólica, su celo contra los errores y las innovaciones, y su ódio á los vicios abiertamante declarados. La impiedad no se atrevió á ponérsele delante; pudo tal vez crear hipócritas, pero es seguro que no formó libertinos; para merecer su aprecio era necesario ser hombre de bien, ó al menos llevar la máscara de tal. Desde los primeros años de su reinado declaró una guerra activa al duelo y á la blasfemia, se unió al sosten de las misiones que llevaban el Evangelio á la Turquía, á la Persia, á las Indias, á la China, haciéndolas respetar por sus embajadores, y socorriéndolas con sus liberalidades. Grande en medio de la felicidad, lo fué mas aun cuando le rodeó la desgracia: oprimido por los reveses de una guerra la mas justa que se vió precisado á sostener, herido de seguida en lo que tenia de mas querido, nunca su fé vaciló, y léjos de quejarse y murmurar, solia decir: «Dios me «castiga; pero yo lo he bien merecido, y puesto que «me impone la pena en este mundo, espero que me «perdonará en el otro.» Es que, en efecto, á pesar sus bellas cualidades, Luís XIV se habia dejado dominar mucho tiempo por dos pasiones detestables, la incontinencia y la ambicion. Respecto á este punto

seria difícil justificarle, y que nosotros no lo intentarémos. Las circunstancias en que se encontró, jóven rey de cinco años, educado en medio de una corte entregada á todos los placeres, explican bastantemente los peligros que corrió, y de los que no tuvo siempre la fuerza suficiente de salir victorioso. Pero él mismo reconoció estos desvíos en su vejez; y tanto habia escandalizado la Francia durante su juventud, cuanto la edificó en su edad madura por la penitencia que no se avergonzó de hacer en el trono, y que tuvo tanta publicidad cuanta habian tenido sus desórdenes. Los últimos años de su vida los consagró al retiro y al recogimiento. Nada es tan edificante como la relacion de su muerte. Desde que se sintió afectado de la enfermedad que debia llevarle al sepulcro, mandó que cuando conociesen que habia llegado su hora postrera se lo manifestasen, y que nada le ocultasen sobre su situacion; pidió desde el principio que le llevasen el santo Viático, que recibió, y lo mismo la Extremauncion, con los mas grandes sentimientos de piedad y con la mas perfecta libertad de espíritu. Sufrió sin manifestar la mas pequeña emocion una operacion extramadamente dolorosa, y luego llamó al jóven Delfin.—«Hijo mio, le dijo, vais á ser un gran «rey; pero no gozaréis de felicidad sino mientras seréis sumiso á Dios y procuraréis el bien de vuestros «pueblos:» en seguida levantó los ojos al cielo y le bendijo. En toda ocasion hablaba de lo que debia hacerse despues de su muerte; se ocupaba con frecuencia de su sucesor, y no manifestó la menor debilidad á la vista de la tumba que se abria delante de él. Una vez dijo á madama de Maintenon: «Siempre he oido «decir que era temible el morir; sin embargo yo he «llegado á este momento tan tremendo para los hom«bres, y no hallo que esto sea tan árduo.» Habiéndose apercibido, al través de los espejos, de que dos pajes lloraban al pié de su cama, «¿por qué llorais? les

«dijo; ¿habeis pensado acaso que yo era inmortal? en «cuanto á mí, jamás me he creido serlo, y hace mucho «tiempo que debiais estar preparados á perderme.

Su muerte edificante.

Despues de haber oido la misa, que desde su enfermedad hacia celebrar en su gabinete, hizo llamar á los obispos que se encontraban en palacio, y les habló de esta manera: Yo hubiese anhelado poner fin «á las turbaciones de la Iglesia; pero Dios; no lo ha «permitido. El lo hace todo para su mayor gloria, y «sin duda, quiere emplear en ella una mano que le sea «mas agradable que la mia. Continuad, os pido, en «sostener la causa de la Iglesia con el mismo celo «que habeis demostrado siempre, y acordaos alguna «vez de mí en la celebracion del santo sacrificio. Yo «muero en la fé católica, apostólica, romana. Toda «mi vida he profesado de corazon y con toda mi vo«luntad la religion de mis padres, y es seguro que no «cambiaré en el mometo supremo de la muerte, pues «preferiria perder mil veces la vida.»

Vivió aun algunos dias, durante los cuales no cesó de edificar la corte con su piadosa resignacion. Como le rogaban que tomase un caldo. «No es esto lo que «me hace falta, dijo; nosotros no debemos hacer mas «que una cosa, que es procurar por nuestra salva«cion; haced, por tanto, que se acerque mi confesor.» Y quiso tambien recibir la absolucion. Su confesor le explicó estas palabras de la Salutacion angelical: *Ahora y en la hora de la nuestra muerte*, recordándole que debia tener confianza en que la bienaventurada Vírgen santísima no le abandonaria, puesto que habia sido tan fiel en rezar el Rosario todos los dias de su vida. El Príncipe parció consolarse con estas palabras, y repetia con un acento lleno de ternura y de felicidad. «Sí, ahora al presente, y en la hora de «mi muerte.» Le preguntaron si sufria mucho, y con un sentimiento verdaderamente heróico de penitencia respondió: « No: lo que realmente me aflige es

«que he ofendido mucho á Dios, y esto me tiene des«consolado: quisiera por medio de mis padecimientos «y dolores satisfacer su divina justicia, y que se dig«ne perdonarme en el cielo.» La agonía no le hizo perder el conocimiento, y dijo al espirar estas últimas palabras: «Dios mio, tened misericordia de mí; «ayudadme, Señor, y apresuraos á venir en mi auxilio,» y en seguida murió tranquilamente (1715).

La piedad que manifestó toda su vida le ha valido el ódio de los hombres que preferirian dar el nombre de grandes monarcas á príncipes sin religion. Si Luis XIV hubiese sido menos afecto á la Religion, y menos celoso de la unidad de la fé de la Iglesia, habria tenido panegiristas entre sus mismos censores. Luis es doblemente grande, ya porque hizo el esplendor y la grandeza de su patria, ya porque se valió de su poder y autoridad para proteger la fé y reprimir las empresas culpables del error. Si quitó á los protestantes, por la revocacion del decreto de Nantes, los derechos que habian obtenido de Enrique IV, las conspiraciones incesantes de estos turbulentos sectarios le obligaron á tomar esta medida: si nosotros no le elogiamos, nos guardarémos mucho tambien de vituperarle, á ejemplo de aquellos que, una vez llegados al poder á nombre de la libertad, han empezado y concluido por otras muchas proscripciones.

§ IV.

Estado general de la Iglesia en Europa al principio del siglo XVIII.

Muchos santos Pontífices se habian sucedido en la cátedra de san Pedro, edificando el mundo con sus virtudes, al mismo tiempo que gobernaban la Iglesia con su autoridad. Los mas ilustres, Inocencio XI é Inocencio XII, entrando en las miras del concilio de Italia.

Trento, habian honrado al sacerdocio con una sábia y buena disciplina, mientras que en Florencia los Médicis protegian abiertamente la Religion, y que los demás Estados de Italia, gobernados bajo una forma republicana, ó poseidos á título de soberanía por casas poderosas, se inspiraban de los sentimientos católicos, de los cuales Roma cristiana es la fuente á la vez tan pura y tan fecunda.

España. La Inquisicion. España y Portugal eran protegidas contra la invasion de la herejía por un tribunal temible y fuerte llamado *la Inquisicion*. Como se ha tomado pretexto de esta institucion para acusar á la Iglesia, será conveniente decir sobre ella algunas palabras. La Inquisicion, cuyo orígen se remonta al siglo XIII, en tiempo de la guerra contra los albigenses, habia sido fundada en Francia, en donde apenas pudo sostenerse, y fué sobre todo en España donde se estableció de una manera sólida y duradera. Introducida en la corona de Aragon en 1232, se extendió poco á poco por toda la Península. Felipe II, sucesor de Cárlos V, le dió grande impulso y poder en 1561, y se sirvió eficazmente de ella para detener los progresos del luteranismo ó protestantismo en España. Era esta un tribunal encargado de buscar, informarse y juzgar á los herejes que pervertian en secreto ó públicamente los pueblos, lo mismo que á los judíos que, despues de haber abrazado la fé, daban el escándalo de la apostasía. Conviene mucho manifestar que el mismo tribunal, presidido por obispos, jamás condenaba á muerte: estaba únicamente encargado de justificar si este ó aquel acusado era un hereje dogmatizante ó un cristiano renegado, y designarle como tal á la vigilancia de los magistrados. Á esto se limitaban sus funciones; nunca empapó sus manos en la sangre de los herejes, como se ha dicho y repetido calumniosamente. Los príncipes tienen el derecho incontestable de mantener en sus Estados la paz y la seguridad pú-

blica: puesto que los protestantes en esta época metian en todas partes el fuego de la discordia y de la guerra, como aun hoy dia lo atestiguan demasiado los monumentos de destruccion que se hallan subsistentes, los príncipes podian, pues, y aun estaban obligados á rechazar y perseguir á estos peligrosos novadores, y castigarlos como á enemigos del Estado. Esto es precisamente lo que hicieron los reyes de España; quienes, por otra parte, no reconociéndose aptos para juzgar las doctrinas, se referian á los tribunales eclesiásticos para que estatuyesen y determinasen sobre estas cuestiones. ¿Un hombre era acusado de haber enseñado la herejía? era llevado delante de los inquisidores para que estos examinasen si realmente sus enseñanzas eran erróneas: si resultaba inocente, se le ponia en libertad; si culpable, el tribunal declaraba que este hombre habia publicado de hecho una doctrina contraria á la de la Iglesia, por consiguiente subversiva á la tranquilidad pública, y era entregado á la justicia ordinaria, que, con arreglo á las leyes del reino, le imponia una pena proporcionada al delito. Tal es, en pocas palabras, esta célebre institucion, que la pasion desmedida solo deja ver muchas veces al través de mil oscuros y horribles calabozos, en los que la inocencia encadenada gemia años enteros encontrando en ellos su sepulcro, si no era llevada á la hoguera.

Aun cuando la Inquisicion haya dado lugar á abusos muy graves, que haya adoptado unos procedimientos que en nuestros dias no serian justificables, que sea tambien discutible su principio, y que haya sido muchas veces sobrado severa, no puede dejar de conocerse que ha hecho á la España el eminente servicio de evitarla las gruerras civiles y de religion que han trastornado toda la Europa durante el siglo XVI, Si la mala política la ha convertido alguna vez en instrumento de sus pasiones, nadie lo ha sentido tan-

to como la Iglesia; y léjos de excitar á los soberanos españoles á que diesen mayor extension y autoridad á este formidable tribunal, vemos á los Soberanos Pontífices llamarles á la moderacion y dulzura, al perdon y á la misericordia evangélica. La Inquisicion era una institucion humana, y bajo este punto de vista ha cometido faltas y errores; pero la Iglesia es la que, heredera de la caridad de Jesucristo, tiene exclusivamente el derecho de reprobárselos y de ningun modo la turba impía y revolucionaria que la persigue con sus calumnias y maldiciones, despues de haber ella misma conducida en menos de tres años mas víctimas al cadalso que la Inquisicion en cinco siglos.

Juicio crítico de Balmes sobre la Inquisicion.

Es este un asunto de tanta importancia, y que interesa tan de cerca al buen nombre de la Iglesia de España, que no podemos excusarnos de transcribir aquí algunas observaciones de un eminente crítico de nuestros tiempos, tan célebre como malogrado. Nuestro inmortal Balmes, á quien deberíamos apellidar justamente el Bossuet español, hablando del Santo Oficio se expresa en estos términos: «Los protestantes promovieron una revolucion religiosa, y es «una ley constante que toda revolucion ó destruye el «poder atacado, ó le hace mas severo y duro. Lo que «antes se hubiera juzgado indiferente se considera como sospechoso, y lo que en otras circunstancias solo «se hubiera tenido por una falta, es mirado entonces «como un crímen. Se está con un temor continuo de «que la libertad se convertia en licencia; y como las «revoluciones destruyen invocando la reforma, quien «se atreva á hablar de ella corre peligro de ser culpado de perturbador. La misma prudencia en la conducta será tildada de precaucion hipócrita; un lenguaje franco y sincero calificado de insolencia y de

«sugestion peligrosa; la reserva lo será de mañosa «resistencia, y hasta el mismo silencio será tenido «por significativo y por disimulo alarmante. En nues-«tros tiempos hemos presenciado tantas cosas, que «estamos en excelente posicion para comprender fá-«cilmante todas las fases de la historia de la humani-«dad. Es un hecho indudable la reaccion que produjo «en España el protestantismo: sus errores y excesos «hicieron que así el poder eclesiástico como el civil «concediesen en todo lo tocante á religion mucha «menor latitud de la que antes se permitia. España «se preservó de las doctrinas protestantes cuando to-«das las probabilidades estaban indicando que, al fin, «se nos llegarian á comunicar de un modo ú otro, y «claro es que este resultado no pudo obtenerse sin «esfuerzos extraordinarios. Era aquello una plaza si-«tiada, con un poderoso enemigo á la vista, donde los «jefes andan vigilantes de continuo, en guarda contra «los ataques de fuera, y en vela contra las traiciones «de adentro...» Despues de referirse, en corroboracion de estas observaciones, á lo que sucedió con respecto á las Biblias en lengua vulgar, y de apelar sobre este punto al testimonio del mismo Carranza, añade: «Vien-«do en la Inquisicion un tribunal extraordinario, no «han podido concebir algunos como era posible su «existencia, sin suponer en el monarca, que le sostenia «y fomentaba, razones de Estado muy profundas, mi-«ras que alcanzaban mucho mas allá de lo que se des-« cubre en la superficie de las cosas. No se ha querido «ver que cada época tiene su espíritu, su modo par-«ticular de mirar las cosas, y su sistema de accion, «sea para procurarse bienes, sea para evitarse males. «En aquellos tiempos en que por todos los reinos de «Europa se apelaba al hierro y al fuego en las cues-«tiones religiosas; en que así los protestantes como «los católicos quemaban á sus adversarios; en que la «Inglaterra, la Francia, la Alemania estaban presen-

«ciando las escenas mas crueles, se encontraba tan «natural, tan en el órden regular la quema de un he-«reje, que en nada chocaba con las ideas comunes. Á «nosotros se nos erizan los cabellos á la sola idea de «quemar á un hombre vivo. Hallándonos en una so-«ciedad donde el sentimiento religioso se ha amor-«tiguado en tal manera, y acostumbrado á vivir en-«tre hombres que tienen religion diferente de la nues-«tra, y á veces ninguna, no alcanzamos á concebir «que pasaba entonces como un suceso muy ordinario «el ser conducidos al patíbulo esta clase de hombres.» Sigue notando aquí el espíritu intolerante de aquella época, debido á la inmensa diferencia que va de sus costumbres á las nuestras, por cuya razon se trataba con sumo rigor á los herejes, y luego concluye: «Los «reyes y los pueblos, los eclesiásticos y los seglares, «todos estaban acordes en este punto. ¿Qué se diria «ahora de un rey que con sus manos aproximase la «leña para quemar á un hereje, que impusiese la pe-«na de horadar la lengua á los blasfemos con un hier-«ro? Pues lo primero se cuenta de san Fernando, y lo «segundo lo hacia san Luis. Aspavientos hacemos «ahora cuando vemos á Felipe II asistir á un *auto de* «*fé*; pero si consideramos que la corte, los grandes, «lo mas escogido de la sociedad rodeaban en seme-«jante caso al rey, verémos que si esto á nosotros «nos parece horroroso, insoportable, no lo era para «aquellos hombres que tenian ideas y sentimientos «muy diferentes. No se diga que la voluntad del mo-«narca lo prescribia así, y que era fuerza obedecerle; «no, no era la voluntad del monarca la que obraba, «era el espíritu de la época. No hay monarca tan po-«deroso que pueda celebrar una ceremonia semejan-«te si estuviese en contradiccion con el espíritu de su «tiempo; no hay monarca tan insensible que no esté «él propio afectado del siglo en que vive. Suponed el «mas poderoso, mas absoluto de nuestros tiempos:

«Napoleon en su apogeo, ó el actual emperador de «Rusia, y ved si alcanzar podria su voluntad á vio«lentar hasta tal punto las costumbres de su siglo.» A los que afirman que la Inquisicion era un instrumento de Felipe II, les refiere aquella anécdota de un orador, que dijo en presencia de este mismo Rey *que los monarcas tenian poder absoluto sobre las personas de sus vasallos y sobre sus bienes*, á quien el Santo Oficio condenó, á mas de imponerle varias penitencias, á retractarse públicamente en el mismo lugar, con todas las ceremonias de auto jurídico, con la particular circunstancia de mandarle leer un papel en el que estaban escritas estas notabilísimas palabras: «*Porque, señores, los reyes no tienen mas poder sobre sus vasallos del que les permiten el derecho divino y humano, y por su libre y absoluta voluntad.*» Esto prueba hasta la evidencia que no estaba todo el mundo en España tan encorvado bajo la influencia de las doctrinas despóticas como se ha querido suponer, y retrata al mismo tiempo las ideas y costumbres de aquellos tiempos.—En obsequio de nuestra Iglesia y de nuestra patria añadirémos algunas otras reflexiones como corolario á las eruditas é imparciales observaciones de nuestro sábio y concienzudo escritor. Desgraciadamente esta importantísima cuestion ha sido ventilada siempre en un terreno sobrado apasionado, y con deliberado intento de menoscabar y aun denigrar la rectitud y justicia de este santo tribunal, para que sea infructuosa la acumulacion de pruebas encaminadas á vindicarle de tantas y tan calumniosas acusaciones. Para juzgar de los hechos de una época es preciso trasladarse á aquellos tiempos á que la misma se refiere, y estudiar, como lo hace Balmes de una manera tan brillante, las tendencias religiosas y morales predominantes en ella. Se ha exagerado siempre, especialmente en nuestro país, todo cuanto ha pertenecido, ó tenido relacion directa ó indirec-

Observaciones del Traductor sobre el mismo asunto.

tamente con la Religion; que en obsequio de esto, y á fin de que los hechos queden en el lugar que les corresponde, debemos decir que ni los *autos de fé* fueron tan frecuentes ni numerosos como se supone, ni los procedimientos eran otra cosa que el reflejo de la jurisprudencia de aquella época. El tormento lo usaban *todos los tribunales civiles*, y las hogueras se encendian en Lóndres y en Ginebra como en Madrid. Valladolid y Sevilla. A vista de las *Cartas de William Cobbet sobre la reforma protestante*, se viene en conocimiento de que fueron mas numerosas las víctimas religiosas de la reina Isabel de Inglaterra que las de Felipe II. «En España, dice la Fuente, no «se quemó á nadie sino cuando hacia mucho tiempo «que se quemaba en Francia.»—En los tiempos que alcanzamos el pueblo acude en tropel á presenciar la ejecucion de un asesino, y mira con tanta indiferencia el dar garrote como el ver fusilar á un hombre. Nuestros ascendientes es muy probable que miraran estas ejecuciones con tanto horror como miramos nosotros las hogueras levantadas en toda Europa durante el siglo XVI y siguientes. Es esta una ley irrecusable de las tendencias de cada época, que es preciso considerar y respetar. *(El Traductor.)*

Inglaterra En Inglaterra sobre todo es donde deben estudiarse los resultados y los frutos del cambio de religion. El principio de la herejía se funda enteramente en un espíritu de independencia y de revolucion: no solamente las autoridades eclesiásticas, sino tambien los mismos soberanos, se hallan expuestos á sus ataques. El desventurado Cárlos I, rey de Inglaterra, terminó en el cadalso una vida que habia querido consagrar al bien de sus pueblos (1649); en sus súbditos encontró verdugos; y sobre el trono derribado por la here-

jía vino á sentarse un hombre manchado con la sangre de su rey, el pérfido Cromwell. Entonces se tomaron nuevas medidas de persecucion contra los católicos: no cesaba de atormentarlos en su honor, en sus haciendas, y de rebajarlos en sus derechos de ciudadanos. El rey Jaime II, hijo segundo de Cárlos I, príncipe lleno de piedad y de fervor católico, habiendo querido oponerse á esta odiosa tiranía de un pueblo que se habia vuelto sin entrañas desde que abjurara su fé y se convirtiera exclusivamente en mercader, fué destronado por una conspiracion (1688). Su yerno, el pérfido Guillermo de Orange, usurpó su corona con aplausos de la herejía. La justicia hácia los católicos fué entonces mas desconocida que nunca en Inglaterra.—Sin embargo, la Escocia, aunque privada de sacerdotes y de escuelas católicas, todavía tenia la dicha de ver en su seno á muchas familias conservar preciosamente la verdadera fé. Hácia el fin de la tiranía de Cromwell, y al principio del reinado de Cárlos II en 1660, algunos misioneros se presentaron á su socorro. Se les envió tambien un obispo en 1697, cuando hacia cerca de cien años que no le habian tenido. Desde esta época la Religion ha hecho progresos consoladores en esta comarca. — La fiel Irlanda, donde las tres cuartas partes de la poblacion eran ortodoxas, habia conservado sus obispos. Los herejes se apoderaron de las rentas, de las casas y de las iglesias de los legítimos prelados: pero, aunque despojados, se consideraron dichosos de perpetuarse en sus sillas, á fin de garantir y preservar á su rebaño de toda innovacion religiosa. Fieles á su Dios, los irlandeses lo eran tambien á su rey legítimo; y esta firmeza en rechazar á los usurpadores atrajo sobre ellos la persecucion de estos. Pero, abrumados de vejaciones, tratados como verdaderos párias, reducidos á la última miseria por la confiscacion, no han perseverado menos por esto en su noble sacrificio, y Je-

sucristo reina aun en ellos lo mismo que en sus mas hermosos tiempos.

Alemania. El protestantismo habia nacido en Alemania; allí tambien fué donde extendió mas libremente sus furores. Encontró, sin embargo, un poderoso adversario en la casa de Austria; pero esto fué para él un motivo de redoblar sus esfuerzos contra la autoridad imperial. Tres sectas diferentes se repartian la Alemania: la de los luteranos, la de los calvinistas y la de los *sacramentarios*: se daba este último nombre á aquellos de los discípulos de Lutero que, en contra de la opinion de su maestro, negaban la presencia real de Jesucristo en la santa Eucaristía. Tales elementos de perturbacion no podian dejar de tener consecuencias. La Bohemia fué la primera que dió la señal de guerra; todos los príncipes protestantes correspondieron á ella, mientras que el Emperador con los Estados católicos formaba una liga contra ellos. Esta lucha, que sumergió la Alemania en un abismo de desgracias, se llamó la *guerra de los treinta años* (1618-1648). Se vió entonces acudir en socorro de los herejes al rey de Dinamarca, luego al de Suecia, Gustavo Adolfo, muerto en la batalla de Lutzen (1632). La paz se restableció por el tratado de Westfalia (1648), y los rebeldes obtuvieron en ella numerosas ventajas. En lo sucesivo, bajo el reinado del emperador Leopoldo I (1658-1705), se confió durante algun tiempo poder conseguir una conciliacion entre los católicos y los protestantes: Bossuet fué consultado con este objeto, y puesto en relaciones con Leibnitz, célebre filósofo que trabajaba en nombre del partido protestante: en nada pudieron convenirse, y aunque la negociacion llegó á adelantar mucho, fué preciso dejarla imperfecta. Es que no habia dado aun la hora de la misericordia para la Alemania; al contrario, el brazo de Dios pesaba cada vez mas sobre ella. Los turcos, alentados por algunos triunfos parciales,

avanzaron hasta á las puertas de Viena, y amenazaron con enarbolar la media luna sobre esta ciudad, entonces el amparo de los cristianos. Pero Dios, movido por las fervientes oraciones de las almas piadosas de todas las partes de la cristiandad, no lo permitió, y suscitó á Juan Sobieski, rey de Polonia, cuyo valor salvó una vez mas, y para siempre, á la Europa amenazada de contínuo por estos infieles (1683).

La Suiza y los reinos del Norte.

La pretendida Reforma, que habia desunido la Alemania, tampoco dejó á la religion católica sino una parte de la Suiza. Siete cantones, entre los cuales se distinguió Lucerna, residencia del nuncio de Su Santidad, y el mas poderoso de todos, permanecieron fieles á la Iglesia romana, pero los demás, tambien numerosos, tomaron el partido de la herejía. En Suecia el héroe Gustavo Wasa no libertó su patria de la opresion de Dinamarca sino para someterla al yugo mil veces mas doloroso y mas fatal del protestantismo (1544). Se apoderó de los bienes del clero, primer acto de todos los príncipes que abrazaban la Reforma, y el incentivo de semejante deprecacion contribuia mas que otra cosa alguna á sumergirles en el error. Tal habia sido, algunos años antes, la conducta de los reyes de Dinamarca Federico I y *Christiern III.* Con todo, quedaba aun en uno y otro reino un número bastante considerable de fieles, que eran gobernados en lo espiritual, al mismo tiempo que los demás católicos dispersos en el Norte de Alemania, por vicarios apostólicos delegados de la Santa Sede. Uno de ellos sobre todo se hizo notable por su celo ardiente, la santidad de su vida y los frutos de salvacion que recogió en todas estas comarcas. Era este un sábio anatómico danés llamado Sténon (1638-1687), que, disgustado de las ciencias profanas y de las esperanzas del mundo, se consagró á Dios en el sacerdocio. Fué hecho obispo, predicó el Evangelio en Hanover y en el Mecklemburgo, llegó hasta Dinamarca

procurando por todas partes el esplendor y mayor gloria de la Iglesia. Murió en olor de santidad.—En nuestros tiempos se verifican conversiones bastante numerosas y frecuentes en los reinos del Norte; el Catolicismo tiende en Suecia á romper las ataduras con que hasta hoy ha sido sujetado, y sin duda no está lejano el momento en que la santa verdad evangélica volverá á encontrar á todos los hijos que se habian extraviado, separándose de ella para ir detrás de los insensatos novadores.

De este modo Dios, al mismo tiempo que castiga á los pueblos permitiendo que el error domine entre ellos, conserva siempre en favor de las almas privilegiadas que le permanecen fieles los medios de santificacion y de salvacion. La Providencia vela constantemente sobre los que le pertenecen; no permite que mueran faltos de auxilios, y se los presta poderosos y eficaces en tiempo oportuno.

CAPÍTULO DÉCIMO.

Historia de las misiones desde san Francisco Javier (1552).

§ I.

Misiones de las Indias, de la China y del Japon.

Misiones de las Indias. Es general creencia y fundada sobre monumentos ciertos que fué predicada la fé en las Indias por el apóstol santo Tomás. Hácia el siglo VI algunos nestorianos, habiendo penetrado en esas comarcas, comunicaron á los cristianos antiguos sus errores, y los gobernaron sus patriarcas durante algun tiempo; pero poco á poco los cristianos fueron cayendo en la ign rancia, y mezclaron á su culto anterior, que ha-

bian conservado, una infinidad de supersticiones; se entregaron á toda clase de vicios, sin que se los reprendiesen sus ministros, tan ignorantes y corrompidos como ellos. Por otra parte, la mayoría de los habitantes habian abrazado el mahometismo durante los siglos XII y XIII, y un número considerable permanecieron en la idolatría. Cuando los portugueses penetraron en las Indias, algunos misioneros católicos vinieron tras ellos: se estableció en Goa un arzobispo, y obispos en Cochin, San Tomas y otras partes. No tardó en presentarse tambien san Francisco Javier, quien desplegó todo su celo en este país, como ya lo hemos visto mas arriba. Entonces la Religion se puso floreciente, multiplicáronse las conversiones, las costumbres públicas tomaron un carácter de gravedad y compostura que antes no se habian conocido. Desde este tiempo los Jesuitas y la Congregacion de las Misiones extranjeras, establecida en París en 1663, no han cesado de predicar el Evangelio en las Indias, enviando á estas apartadas regiones todos los años celosos sacerdotes con este virtuoso objeto (1).

Misiones de la China.

El apóstol de las Indias y del Japon, san Francisco Javier, espirando á la vista del imperio chino, no habia podido hacer sino votos por la salvacion de sus habitantes. A fines del siglo XVI el P. Ricci y otros dos jesuitas, penetrados del deseo vehemente de con-

---

(1) España envió en 1563; bajo el reinado de Felipe II, sus primeros misioneros á las islas Filipinas, quienes fueron tambien los primeros que comunicaron la luz del Evangelio á aquellos isleños. Eran estos religiosos agustinos calzados de la provincia de Castilla en número de seis dirigidos por el P. Fr. Andrés Urdaneta, que habia acompañado al inmortal Magallanes en su descubrimiento de dichas islas. Tambien tiene España para el sostenimiento de estas misiones sus colegios. Hay uno en Valladolid por cuenta de las misiones de Agustinos calzados; otro en Monteagudo (fronteras de Aragon y Navarra) para la de Agustinos descalzos, y otro en Ocaña para los Dominicos. Estos han subsistido aun du ante las tempestades revolucionarias, que han sabido respetarlos. (*El Traductor*).

sagrarse á la conversion de estos infieles, hallaron medio de trasladarse á su país uniéndose á algunos mercaderes portugueses. Parece fuera de duda que el Cristianismo habia sido ya predicado en este dilatado imperio, como lo atestigua un monumento descubierto en 1625: era este una mesa de piedra de diez piés de largo y cinco de ancho, en la que se veian esculpidas algunas cruces, y se leian los nombres de setenta predicadores venidos de Judea para anunciar el Evangelio á los chinos, y tambien un compendio de la doctrina cristiana escrito en caractéres siriacos. Segun un misionero de nuestros dias, el obispo Huc, la China aun en el siglo XIII tenia ya obispos católicos, y cita un ministro de la corona que se habia distinguido por su admirable fervor. Sea de ello lo que quiera, el caso es que cuando los Jesuitas abordaron en estas costas era en ellas desconocido el nombre de Jesucristo. El P. Ricci, muy conocedor de la lengua, de las leyes y de las costumbres de esta nacion, empezó por atraerse admiradores con sus pequeñas obras ó tratados de matemáticas y astronomía. Logró al principio poder establecerse en Cauton, luego en Nankin, donde levantó un observatorio astronómico. El número de sus admiradores se acrecentó, los cristianos se multiplicaron por sus cuidados, y su reputacion llegó hasta la capital, en la que penetró él tambien en 1600. El emperador, admirado de sus talentos, le permitió fijar su residencia en Pekin; aceptó asimismo, é hizo colocar en un lugar elevado de su palacio algunos cuadros, entre ellos el del Salvador y el de la Vírgen santísima, que le ofreció el misionero. No tardó en ser anunciada la fé por todas partes; muchos oficiales generales de la corte se convirtieron sin contar una multitud de personas de todas clases y rangos sociales; se edificó una iglesia, y era ya floreciente esta cristiandad cuando el P. Ricci murió aniquilado por sus trabajos, en 1617. Despues de

él el P. Schall fué llamado á la corte, y nombrado presidente del tribunal de los matemáticos y ascendido á la dignidad de mandarin, que quiere decir magistrado. Pero estuvo en favor muy poco tiempo; vióse expuesto á las persecuciones mas violentas, luego restablecido en todas sus dignidades, caido en desgracia segunda vez, y murió en medio de estas alternativas en 1666, despues de haber ejercido durante cuarenta y cuatro años las funciones del apostolado. — Algunos religiosos de diferentes Órdenes, entre ellas sobre todo la de santo Domingo y de los clérigos seculares, se juntaron á los Jesuitas para secundar su celo, y lo hicieron con muchísimo provecho. Á fin de regularizar los trabajos de todos estos operarios evangélicos, el Sumo Pontífice les repartió las diferentes provincias del imperio: nombráronse obispos y vicarios apostólicos para cada una de las provincias, excepto Pekin, donde el Papa estableció un obispo titular. Este arreglo favorecia la propagacion de la fé: formáronse tambien en esta época (1698) nuevas misiones, á pesar de la mala voluntad de los mandarines y de los bonzos, que excitaron muchas persecuciones. (1) Los mismos portugueses, por intereses puramente materiales, estorbaron mas de una vez las empresas de los misioneros; pero el santo ardor de estos, la fé y el fervor de los nuevos cristianos sirvieron para aumentarlas. Á mediados del siglo XVII, en 1644, una revolucion colocó en el trono la dinastía de los príncipes tártaros, la que, durante lo restante del siglo, fué favorable á los cristianos. Entónces se edificaron muchas iglesias dedicadas al culto del verdadero Dios: levantóse una magnífica

---

(1) La palabra *mandarin* viene del portugués y designa las personas empleadas de la China, y especialmente los magistrados que tienen á su cargo la administracion de la justicia, que es como si dijéramos nuestros jueces. Bajo el nombre de *bonzos* se comprenden los monjes ó sacerdotes chinos.

tambien dentro el recinto del palacio imperial. Tan fecunda mision, acompañada de tan abundante cosecha, atrajo nuevos operarios, y aun no eran suficientes para poder recoger todo el fruto que la gracia divina producia por medio de su ministerio. Su valor, su incanseble actividad suplió tan bien al corto número, que tuvieron el consuelo de ver extendida la luz de la fé hasta á las provincias mas distantes.

Misiones del Japon. El Japon, vecino de la China, pero enteramente diferente de ella por sus costumbres y por su constitucion política, ofrecia tambien á la Iglesia las mas bellas esperanras. La religion cristiana anunciada en este imperio por san Francisco Javier, quien fué su verdadero apóstol, habia hecho tan rápidos progresos, que sesenta años despues de su muerte se contaban en él cerca de doce millones de fieles. La mayor parte de los grandes del imperio eran cristianos, ó sus amigos y protectores declarados, y aun algunos príncipes habian renunciado tambien al culto de la idolatría, distinguiéndose particularmente los de Bungo, de Arima, de Fungo y de Omura, á quienes sostenia la fé mas pura y las obras mas brillantes. Enviaron al Papa Gregorio XIII una solemne embajada en 1584 para reconocer su autoridad espiritual: habiendo muerto este Soberano Pontífice poco despues de su llegada, Sixto V, su sucesor, colmó á estos enviados de honores y presentes, y las ciudades por donde pasaron les festejaron con públicos regocijos. Todos admiraban su piedad, y bendecian á Dios que se habia dignado derramar sus misericordias sobre un pueblo desconocido y sumergido en la idolatría. Se habia operado, en efecto, un cambio milagroso en el Japon, comparable á aquel que hizo de los primeros cristianos de la Iglesia los modelos de la perfeccion evangélica. Los neófitos japoneses, no obstante todas sus virtudes, se acusaban sin cesar de flojedad y tibieza, y se creian casi indignos del nombre

de discípulos de Jesucristo; su escrúpulo de conciencia era tan grande, que apenas se les podia consolar de las faltas mas comunes; el espíritu de penitencia les dominaba hasta tal punto, que era necesaria toda la autoridad de los misioneros para impedir excesos que menoscababan su salud; en una palabra, todos parecian otros tantos religiosos de la Órden ó Instituto mas austero. El rey de Bungo, Civandono, despues de haber resistido mucho tiempo á la voz de Dios, se convirtió á la fé de una manera tan firme y resuelta, que juró públicamente que, aun cuando todos los misioneros, todos los cristianos de Europa, el mismo Papa, renunciasen á ella, no se hallaria por eso menos dispuesta á derramar su sangre para defenderla hasta en su último artículo. Edificó una ciudad poblada toda por solos cristianos, á fin de retirarse en ella despues de haber colocado á su hijo en el trono, con el único objeto de consagrarse exclusivamente á Dios, y separarse de la vista de los idólatras, cuyo encuentro le hacia derramar lágrimas. Otros príncipes se hallaban en las mismas disposiciones que él. —Pero se preparaba una violenta tempestad, Por una de esas revoluciones tan frecuentes en el Japon, un usurpador llamado Tai-Kosama se apoderó del trono imperial, y habiendo oido decir á un piloto español que su amo empezaba siempre la conquista de un país enviando á él misioneros que preparasen el espíritu de los habitantes á la sumision, concibió recelos de la presencia de los Jesuitas y de otros religiosos misioneros que habian venido á sus Estados. Estos temores aumentaron al ver que algunos navíos europeos de una forma y magnitud extraordinarias se habian presentado en las costas de la China y en sus islas circunvecinas (1). Desde entonces resolvió in-

Persecuciones en el Japon.

(1) Este suceso lo refiere Alzog de una manera muy distinta, y atribuye la causa de la persecucion que se siguió, á la envidia de los holandeses. «Envidiosos los holandeses, dice, del comercio

molar la nueva Religion á sus ambiciones. Muchos reyes, sus tributarios, protegian abiertamente el Cristianismo: durante algun tiempo él lo respetó tambien; pero en las provincias que le estaban sometidas se mandó una persecucion general. Entonces se renovaron los mas grandes y hermosos rasgos de heroismo de los primeros siglos; el infierno inventó nuevos suplicios, mas en vano, para triunfar del valor de los generosos confesores. Se les arrestró, no uno á uno sino á bandadas; se les encerró en lóbregos calabozos, atados no con cuerdas ni cadenas, sino sujetos á unos instrumentos cortantes y punzantes que les desgarraban y atravesaban los miembros. Los verdugos los arrastraban por los cabellos, los derribaban brutalmente y los pisoteaban. A unos se les quebrantaban las piernas entre dos potros erizados de puntas de hierro; á otros se les arrancaban las manos, los brazos, las orejas, los ojos por medio de tormentos dolorosos y lentos. No hay nada tan célebre en la historia de esta persecucion como el suplicio de veinte y cuatro cristianos, tres do ellos jesuitas japoneses, y seis religiosos Franciscanos españoles, quienes fueron crucificados en una colina, llamada despues *la montaña de los Mártires*. Mientras iban á la muerte entonaban cánticos sagrados, y extendidos sobre la cruz fatal, repitieron juntos el *Be-*

«que los españoles y portugueses, entonces unidos, hacian el Ja«pon, hallaron modo de impedirlo por un medio infame. Un navío «holandés, mandado por un inglés, vió que unos navegantes espa«ñoles sondeaban la costa oriental de aquel imperio. Los españo«les no tenian otro intento que reconocer los fondeaderos buenos, «y evitar los escollos en que habian perecido gran número de sus «naves, y los japoneses lo estaban mirando con mucha indiferen«cia; pero los holandeses les dijeron que toda maniobraba en Eu«ropa se tenia por un acto de hostilidad, y que indicaba algun «designio de España contra el Japon. La españa, añadieron, es «una nacion ambiciosa que de todo quiere apoderarse. Sus pres«bíteros, bajo el pretexto de extender la Religion, sirven para «indisponer á los pueblos contra los soberanos; y por esto los re«yes de Inglaterra, Dinamarca, Suecia y otros príncipes han he«chado de sus dominios á tan peligrosos emisarios.» (*El Tra«ductor.*)

nedictus Dominus Deus Israel. Entre ellos habia algunos jóvenes muy niños, cuya santa firmeza edificó á todas las gentes, y no contribuyó poco á animar y dar valor á los otros Mártires (1).

Tai-Kosama murió poco despues (1598); él no hizo perecer sino un pequeño número de cristianos; pero dió el ejemplo á sus sucesores, y les transmitió prevenciones políticas, que erigidas en lo sucesivo en principios de Estado, exterminaron, con todos los cristianos, el Cristianismo del Japon. Las persecuciones se sucedieron con asombrosa rapidez, y con tales caractéres de crueldad, que jamás se han visto en parte alguna. Aquí se colgaba á los mártires por el vientre, y, despues de haberles colocado enormes piedras sobre los lomos, los levantaban por medio de cuerdas, atados de piés y manos, de manera que violentaban su cuerpo hácia atrás en forma de arco hasta el punto de romperles el espinazo. Allí legiones de verdugos recorrian las ciudades y los pueblos, dedicándose con un cruel refinamiento y un encarnizamiento espantoso á aumentar y prolongar los suplicios: les hundian leznas de zapatero entre carne y uña, y luego se las arrancaban con increibles dolores; los arrojaban dentro de hoyos llenos de víboras; les atravesaban todo el cuerpo con cañas puntiagudas; les aplicaban teas encendidas en los sitios mas delicados y sensibles, y, para desgarrar á la vez el corazon y el cuerpo de las madres, se las golpeaba con la cabeza de sus propios hijos, que tenian estos bárbaros verdugos cogidos por los piés, y se les vió

(1) Si bien es verdad que las misiones del Japon pertenecen á la historia general de la Iglesia, no lo es menos que la gloria de estas misiones recae en su parte principal á la Iglesia de España; pues que el mayor número de los mártires allí inmolados eran misioneros dominicos, franciscanos y jesuitas españoles y portugueses. Cuéntanse entre ellos á los PP. Pedro de Zúñiga, agustino, y Luis Florez, dominico, quienes fueron quemados vivos. (*El Traductor*).

redoblar su brutalidad á medida que estos pobres criaturas é inocentes víctimas prorumpian en mas agudos y dolorosos gritos. —Tanta crueldad no era, sin embargo, capaz de arrancar una sola lágrima ni un gemido á los esforzados confesores, quienes mas bien cantaban en medio de estos horribles tormentos; parecia que habia entre ellos una santa emulacion para ganar la palma del martirio. Las mujeres de alto rango trabajaban á toda prisa, con sus doncellas ó criadas, en hacerse magníficos vestidos para ataviarse lujosamente y honrar con ellos el dia de su muerte, que ellas llamaban el dia de su triunfo. Se reunian en las casas donde esperaban ser mas fácilmente descubiertas. Los criados ó domésticos, ocupados tambien de su propia suerte, se apresuraban á preparar el uno su reliquiario, el otro su rosario ó su Crucifijo, y todos con un semblante y porte tan tranquilo y apacible, que los soldados admirados no podian volver de su sorpresa. Tanto era el entusiasmo y fervor religioso en esta cruel persecucion, que se vió niños correr al encuentro de los guardas y hacerse inscribir para ser martirizados; y como sus padres manifestaban temor porque no decayese su constancia durante el suplicio, prometian que pedirian á los verdugos la gracia de morir los primeros. Para tranquilizar aun mejor á sus padres ó madres sobrado inquietos por ellos, se ejercitaban en atormentar y mortificar su cuerpo con el intento tambien de acostumbrarlo al sufrimiento, y algunas veces preludiaban por medio de tormentos voluntarios los que les vendrian de parte de sus verdugos. Muchos brillantes y ruidosos milagros dieron testimonio, á los ojos de los paganos, de la proteccion de Dios en favor de sus siervos, y fortalecieron á estos en su inviolable fidelidad.

El fuego de la persecucion, próximo muchas veces á extinguirse, se reanimaba de pronto, haciéndose cada dia mas activo, y la sangre no cesaba de correr.

Pero al mismo tiempo, ante Dios, se multiplicaban los rasgos de heroismo en todos los sexos, edades y condiciones. Vióse á una niña de ocho años correr con una pluma en la mano al alcance de un emisario de la tiranía, que tomaba los nombres de los fieles, y rogarle con instancia que la inscribiese la primera. Su madre, que la vió, vino tambien á hacerse inscribir, y como el satélite salia precipitadamente, corrió tras él, y presentando su hijo que llevaba en brazos. «Yo olvidaba este niño, dijo ella; hacedme el favor «de ponerle tambien en vuestra lista.» Otro niño de seis años, que se llamaba Pedro, fué un dia despertado muy de mañana: le dan la noticia de que vienen á prenderle para hacerle morir con su padre, á quien van á cortar la cabeza. «¡Oh! cuánto favor se me ha«ce!» dijo el pequeño confesor con un aire que daba á conocer muy bien en qué disposiciones habia sido educado, y cuánto obraba en él el Espíritu Santo. Aguarda con una especie de impaciencia que le hayan vestido sus ropas mas nuevas, cógese en seguida de la mano del soldado, y marcha sin manifestar la menor turbacion al lugar del suplicio. ¡Á qué grado de crueldad tan grande habia llegado la autoridad del Japon, que la edad mas tierna no inspiraba piedad alguna á sus asesinos! En cuanto hubo llegado, el primer objeto que hirió la vista de este valeroso niño fué el cuerpo de su padre nadando en su sangre. Acércase tranquilo, dirige á Dios su oracion, se pone de rodillas al lado del glorioso cadáver, bájase él mismo el cuello de su ropa, y espera el golpe mortal. Á la vista de este heróico espectáculo levántase en la muchedumbre un fuerte murmullo y algunos gritos de indignacion contra los matadores. El mismo verdugo, temblando de piés á cabeza, avergonzado del bajo oficio que se le impone, arroja su sable y se pone en salvo. Otros dos se conmovieron tambien tanto, viendo el ánimo esforzado de este niño, que les

fué preciso apelar á un esclavo, quien con mano insegura y poco ejercitada, descargó repetidos golpes en la espalda y cabeza del tierno cordero, sin que el pobrecito diera el mas leve gemido, y le hizo pedazos en vez de cortarle la cabeza.—De este modo el Señor recibia en esta tierra tan bien preparada el sangriento sacrificio que en nuestra vieja Europa habia señalado los primeros tiempos del Cristianismo. Puede decirse que los Mártires del Japon han sido tan dignos de admiracion, porque han sufrido quizá mas, como los de Esmirna, Roma, Cartago y Lyon, cuyos combates magníficos hemos referido en esta historia. Se han escrito volúmenes enteros para consignar los rasgos semejantes de la persecucion del Japon. El hijo del rey de Tomba, sometido al emperador del Japon, y desterrado por este á causa de su fé, escribia á los fieles perseguidos, animándoles á sufrirlo todo por Jesucristo, esta carta digna de los Policarpo é Ignacio de Antioquía.

Carta de un confesor de la fé en el Japon. 1613.

«He sabido con mucho dolor, mis queridos herma-«nos, que la persecucion ha hecho muchos apóstatas; «pero el número infinitamente mayor de los que han «permanecido inquebrantables me ha consolado. ¡Oh! «¡cuán grande seria mi alegría de poder verme al la-«do de estos gloriosos prisioneros, si tienen la dicha «de morir mártires! Yo besaria la sangre que derra-«masen por Jesucristo, y les conjuraria á que pidie-«sen por mí al divino Salvador que se dignase conce-«derme igual beneficio. Elevo al cielo mis oraciones «por todos vosotros, mis muy amados hermanos, y «felicito á esos generosos confesores el que lo hayan «abandonado todo por conservar su fé. Ellos causan «mi admiracion, pero su valor no me sorprende. ¿Có-«mo es posible hallar hombres bastante insensatos «que no prefieran el oro al cieno, y que pongan en «parangon los miserables tesoros de la tierra con los «bienes celestiales? ¡Oh! ¡se nos presta un gran ser-

«vicio despojándonos de cosas viles, que algun dia «nos será forzoso dejar de todos modos, y que en este «mundo son los mayores obstáculos que se oponen á «nuestra eterna felicidad! No es á mí, que soy mas «flojo y cobarde que nadie, á quien toca daros conse-«jos, pero os conjuro, como mis muy queridos her-«manos que sois en la fé, á que holleis bajo vuestros «piés todo cuanto es perecedero. Pensad que os ha «llegado el tiempo de prueba. Á golpes de cincel se «hace de un pedazo de piedra la basa ó cornisamento «de una columna; con el martillo y el fuego se dá al «hierro la forma que conviene al intento del artífice: «del mismo modo por el fuego y las tribulaciones Je-«sucristo purifica y santifica á los que quiere hacer «entrar en la congregacion espiritual de su Iglesia. «Mostrémonos, pues, dignos de ser contados en el «número de los elegidos. El Señor no hubiera permi-«tido que se nos atacase, si no era su intento coronar-«nos. Apenas hay nadie que haya sufrido tantas em-«bestidas como he tenido yo que resistir hasta hoy, «pero desesperados de poder vencerme empiezan á «dejarme tranquilo. ¡Tanto y tan poderosamente ha «sostenido el cielo mi debilidad! Mas no basta el ha-«ber salido victorioso de un número mayor ó menor «de combates; la recompensa se concede al que ha «permanecido inalterable hasta el fin. No ceseis, pues «de pedir á Dios por vosotros, y por mí tambien, esta «inestimable perseverancia.»

Este acrecentamiento de violencia contra los cristianos fué debido á los protestantes. Estos desdichados eran holandeses que habian venido al Japon para hacer su comercio. Llenos de envidia por haber encontrado buques españoles, y por consiguiente cristianos, en los puertos del imperio, resolvieron librarse de estos competidores por medio de la calumnia: persuadieron, pues, á los japoneses que los Jesuitas, echados de la Alemania, de la Suecia y de la

Inglaterra por haber querido conquistar estos países para su soberano, no llevaban otro objeto que el de hacer al imperio tributario de los reyes de Europa. Esto era renovar temores pasados. El tutor del jóven emperador, que deseaba apoderarse de la corona de su pupilo, pero que temia un levantamiento general de los cristianos en favor de su legítimo monarca (¡ tan cierto es que en todas partes la Religion hace súbditos fieles !), formó el proyecto de deshacerse de los que le inspiraban tanto recelo y le hacian tanta sombra. Esto sucedia en el año 1613. Publicóse un edicto proscribiendo, y para siempre, el Cristianismo de todos los Estados del imperio. Vese cerca de Nangasaki una montaña horrorosa de cuyo seno se exhalan torbellinos de llamas, aguas infectas y ardientes lavas: es un volcan. Los animales la evitan con temor, y las aves no la atraviesan con su vuelo impunemente, segun sea la altura á que se elevan. Resolvieron precipitar á los cristianos en estas horribles y profundas concavidades; pero como arrojados de pronto las cenizas y la lava hubiéranles ahogado inmediatamente, los sumergian despacio y con cautela, luego volvian á retirarlos para ver si apostataban. Esta bárbara maniobra se reiteraba hasta que se perdia la esperanza de triunfar de su constancia, ó se lograba arrancar de los mas tímidos y cobardes una insensata apostasía. Este suplicio espantoso hizo perecer un número considerable de fieles. Algunas veces se contentaban sus verdugos con tenderlos desnudos sobre el borde de estos abismos; en seguida rociaban todo su cuerpo de esta agua azufrada, y cada gota formando una pústula, le convertia al cabo de poco en un estado que causaba horror. No dejaban esto de vivir así diez, doce, quince ó mas dias. Cuando el cuerpo del mártir se hallaba transformado en una sola llaga, lo abandonaban como un cadáver de un animal inmundo, arrojado en el muladar. A este

suplicio se añadió el del agua y el de la fosa ú hoyo. En el primero obligaban al paciente á atracarse de agua, y cuando estaba todo hinchado le ponian una plancha sobre el vientre, y á fuerza de andar por encima se la hacian vomitar toda, mezclada con su sangre que salia á borbotones. En el segundo descendian al mártir, cabeza abajo, en una fosa llena de las mas infectas inmundicias; dos tablas escotadas que le sujetaban al rededor del vientre, al paso que le dejaban colgado de modo que la mitad superior ó de la cabeza estaba dentro la hoya, mientras la otra mitad permanecia fuera, obstruian la abertura, privándole así el aire y la luz, y obligando á que todo el mal olor penetrase en su olfato. Colocado de aquella manera el generoso confesor sufria sofocaciones contínuas, sentia como si le estirasen los nervios y le arrancasen los músculos, la sangre salia por todas las aberturas de su cabeza en cantidad tan grande, que si no hubiese sido sangrado en seguida habria muerto ahogado en cortos momentos; pero á beneficio de estos detestables alivios vivia aun algunos dias. ¡Cuánto valor, y mejor dicho, cuánta gracia de Dios no se necesitaba para dar á hombres, á séres débiles, la fuerza de resistir y soportar tales y tan horrorosos tratamientos, cuya sola relacion ó pensamiento nos hace temblar y caer de las manos el libro en que leemos esos incompletos detalles!

Los holandeses, testigos únicamente de la parte mas insignificante de estas crueldades, en uno de esos transportes de admiracion y de sensibilidad que son mas fuertes que todas las prevenciones de partido, no han podido dejar de publicar que, desde el nacimiento de Jesucristo, y por consiguiente del Cristianismo, jamás se habia visto persecucion mas obstinada y contínua, ni mas grandes atrocidades, ni un número mas considerable de mártires que en estas iglesias del Japon. El ruido de estos horrores se ex-

tendió no solo á todas las Indias, sino tambien á todas las extremidades de Occidente. Los Soberanos Pontífices dirigieron diferentes breves de consolacion á muchos de aquellos cristianos desolados, y ordenaron en su favor rogativas públicas. Paulo V creyó tambien poder adelantarles de tres años el jubileo, á fin de procurarles armas espirituales proporcionadas al furor de los enemigos de su salvacion.

Por último, todos los misioneros europeos que poseia el Japon fueron sucesivamente inmolados. Solo la Compañía de Jesús perdió allí mas de ciento cincuenta de sus miembros, y á proporcion deben contarse los mártires de los religiosos de san Agustin, de santo Domingo y de san Francisco, que no eran tantos en número en las islas. Á lo menos los perseguidores, por un juicio de Dios que no nos es posible penetrar, consiguieron el objeto de sus esfuerzos sacrílegos. Casi todos los cristianos del Japon fueron asesinados, y la fé desapareció para siempre de esas comarcas en que habia hecho brillar tan hermosas virtudes. Se prohibió, bajo pena de muerte, que todos los extranjeros, excepto los holandeses, abordasen en ninguna de las islas del Japon, y aun estos son tolerados únicamente por el comercio; debiendo, antes de penetrar en el puerto designado y el solo abierto para ellos, hollar bajo sus piés una imágen del Crucificado. ¡Oh profundidad de los designios de Dios! ¡Vos, ó Señor, habeis permitido fuese arrancada la antorcha del Evangelio de una tierra cultivada con tanto esmero, tan fecunda en virtudes, regada con el sudor de tantos apóstoles y con la sangre de tantos mártires; y aun el hombre quiere descorrer el velo de vuestra voluntad omnipotente y penetrar vuestros juicios!—Parece, sin embargo, que no está lejano el tiempo en que nuevos misioneros podrán penetrar en esta tierra inhospitalaria; hace algunos años que solo se espera el momento favorable para

poner en ejecucion tan piadoso intento. Los mismos acontecimientos políticos, que tal vez bien pronto abrirán las puertas del imperio á todas las naciones, servirán milagrosamente de un poderoso auxiliar al apostolado católico. ¡Quiera la divina misericordia hablar aun una vez, y para siempre, al corazon del Japon (1).

§ II.

Misiones de África y de América.

El Norte de Africa, en otro tiempo cristiano, y reducido desde la conquista musulmana á un yugo odioso, solo contaba con un pequeño número de misiones, compuestas de escasos religiosos. Los pobres católicos de estos países se hallaban en el estado mas deplorable. Con todo la redencion de los cautivos, obra tan honrosa para la religion, puesto que ella sola ha sabido inspirarla, seguia continuando sostenida por hombres celosos y caritativos, herederos de la virtud del santo fundador de su Órden, san Juan de Mata. Argel poseia una casa de sacerdotes de san Lázaro; los españoles tenian un obispo en Ceuta, en Marruecos, frente á Gibraltar; habíanse establecido tambien otras sillas episcopales en diferentes puntos de las costas, y hasta en la capital del Congo, donde el rey era católico (2). Muchos príncipes de los alrede- **Misiones de Africa.**

---

(1) Los misioneros españoles continuan sus tareas evangélicas en el Tonh-King, en el imperio anamita, y otros puntos; habiendo en nuestros dias sellado con su sangre su mision dos obispos dominicos y algunos otros sacerdotes; (*El Traductor*).

(2) Las primeras misiones de estos países fueron debidas á los religiosos Franciscanos portugueses (1485). Posteriormente las sostuvieron y fomentaron los Capuchinos españoles, bajo la direccion del célebre lego Fr. Francisco de Pamplona (1645). Dos años despues fué reforzada con otros doce capuchinos, que extendieron sus misiones á los reinos de Angola, Benin, Guinea y Sierra Leona. Estos pobres religiosos, á trueque de seguir llevando su

dores protegian á los misioneros; lo que movió al papa Clemente XI á dirigirles algunas breves, en los que elogiaba sus buenas disposiciones y su celo. Luis XIV, al mismo tiempo que sostenia las misiones de Oriente, dando á sus operarios el título de cónsules franceses y de enviados de S. M. Cristianísima, hacia marchar nuevos misioneros apostólicos al Senegal. La isla de Madera, las islas Canarias (ahora enteramente cristianas), las de Cabo Verde, eran habitadas y lo son aun hoy dia por los católicos; algunas tienen silla episcopal, entre ellas las Canarias, Tenerife, y San Jaime, en Cabo Verde,— Al este, en Etiopia, los misioneros eran á menudo acogidos con docilidad y reconocimiento. Estos pueblos son originarios de la Arabia Feliz, cuya capital es Sabá, y primitivamente se llamaban *homeritas*. Segun su tradicion, que no deja de tener algunos visos de verdad, una de sus reinas vino en otro tiempo á Jerusalen para admirar la sabiduría de Salomon, y añaden que sus reyes actuales descienden de ella directamente. Al menos es cierto que los abisinios y los etíopes modernos profesaban la religion judáica cuando se convirtieron. Hácia el siglo IX, en seguida de la destruccion de la Iglesia de Alejandría, cayeron en los errores de las sectas orientales. Para volverlos á la verdadera fé los Padres Franciscanos habian establecido entre ellos una mision, contrariada á menudo por las persecuciones ó por toda clase de obstáculos, mas produciendo con frecuencia felices frutos de salvacion. Un usurpador detuvo en 1700 los progresos de la verdad: habiéndose hecho conducir á su presencia los misioneros, y sabido de su misma boca que el único objeto que les traia á su país era la conversion

duro sayal, han continuado en su santa tarea, y nosotros hemos tenido el sentimiento de presenciar el fallecimiento del P. Sabater en Tetuan (durante el cólera que azotó aquella plaza despues de la guerra de 1859 y 1860), á consecuencia de su caritativa asistencia á los coléricos. (*El Traductor.*)

del pueblo etíope, «¡Cómo esto, les respondió; mi «pueblo y yo no somos por ventura cristianos!» y los hizo apedrear. Pero una larga experiencia ha enseñado á la Iglesia que la sangre de los Mártires es la mas rica y abundante semilla para preparar sobre la tierra las cosechas de Jesucristo.

La conquista de la Argelia por la Francia ha preparado de nuevo, como lo verémos á la conclusion de esta obra, un fértil campo al celo de los misioneros.

Misiones de América.

La América fué descubierta en 1492 por el mas grande hombre de las edades modernas, que al mismo tiempo fué un admirable siervo de Dios: este intrépido navegante se llamaba Cristóbal Colon. Este nuevo mundo, tan rico en toda suerte de producciones, y sobre todo en minas de oro y plata, atrajo una multitud de aventureros españoles, cuya mayor parte, extraños á todo sentimiento de honradez y de religion, cometieron en él las mas violentas revueltas. Despues de ellos presentáronse los ministros del Evangelio, anunciando á esos pobres idólatras el Dios criador de todas las cosas, y el único que debe ser adorado; pero las crueldades de los conquistadores habian hecho una impresion tan fuerte y penosa en el alma de los indios, que bastaba decirles que la religion cristiana era la de sus nuevos amos ó señores para negarse á escuchar á los que se la predicaban. A estas dificultades se unian para los misioneros las del país y del clima, y además la multitud de lenguas diversas que se hablaban, tan numerosas como las tribus errantes de los bosques y de las praderas. Veíanse á menudo obligados á andar treinta ó cuarenta leguas entre barrancos y desfiladeros que jamás persona alguna habia visitado, al través de las selvas y malezas, donde era preciso llevar siempre el hacha en la mano para abrirse paso, con excesivas fatigas y una lentitud desesperante. Á pesar de todas las precauciones posibles y de la mas grande circuns-

peccion, no teniendo otros guias, como los navegantes en medio de los mares, que las estrellas y la brújula: los intrépidos misioneros tan pronto se extraviaban por terrenos movedizos y fangosos que á cada paso amenazaban tragárselos, tan pronto se oponian á su camino escarpadas rocas que no podian franquear; aquí se encontraban en la cima de una montaña transidos de frio, empapados de lluvia ó de heladas brumas, pudiendo apenas sostenerse sobre un declive resbaladizo, y viendo á sus piés espantosos abismos cubiertos de cañadas, bajo las cuales oian precipitarse los torrentes con un ruido espantoso; allí inmensas praderas pobladas de animales salvajes, cuyos rugidos eran capaces de amedrentrar al mas esforzado y animoso cazador de fieras, expuestos á cada momento á caer en sus afiladas uñas. En medio de bosques donde el hacha ó la segur jamás habia penetrado, á cada momento corrian riesgo de ser aplastados por los enormes troncos de viejos árboles que caian á la primera conmocion, y mas aun de ser despedazados por los tigres, mordidos por animales venenosos, ó devorados por serpientes enormes. Reducidos á un puñado de maíz por todo alimento, muchas veces hasta de él carecian, y tenian que contentarse con raíces y frutos silvestres, y para acallar la sed que les atormentaba se veian obligados á chupar el rocío de las hojas de las plantas; consuelo por cierto bien limitado, si se atiende á que un sol abrasador y un aire caliente y sofocante se la renovaba sin cesar. Si hacian sus excursiones por agua, les era necesario vadear torrentes impetuosos, arroyos obstruidos por árboles derribados, rios y lagos poblados de cocodrilos, de los cuales se veian alguno mas grandes que las canoas que montaban, y tan voraces, que con mucha frecuencia se abalanzaban sobre los remeros. Los salvajes, á cuya busca ó encuentro iban con tanto celo y diligencia, eran cási

todos antropófagos y de una ferocidad increible. Tantos y tan grandes obstáculos no eran capaces de detener ni amedrentar á hombres que no deseaban otra cosa mas que apostolado ó martirio; penetraron en tropel en esas comarcas salvajes y desconocidas. Muchos de ellos fueron degollados por los bárbaros; pero este triste espectáculo solo sirvió para dar mas fortaleza de ánimo á los demás, y emprender con mas valor su anhelado intento. Dios bendijo, al fin, tantos esfuerzos. En pocos años un gran número de tribus, en las dos Américas del Norte y del Sud, se sometieron á la doctrina de Jesucristo: se formó un clero ó sacerdocio indígena; erigiéronse sillas episcopales, que fueron ocupadas por santos prelados. Los mismos conquistadores vinieron á ser objeto de su solicitud; dieron asilo ó morada á los españoles establecidos en el Nuevo Mundo; mudaron estos de conducta, y en lo sucesivo no opusieron grandes obstáculos á la conversion de los indios.—Sin embargo estos infelices, durante muchos años, fueron aun objeto de las mayores vejaciones y de la mas odiosa tiranía; pero hallaron un noble y generoso defensor en el obispo de Chiapa (república de Guatemala), el célebre Bartolomé Las Casas. Era este un religioso español de la Órden de santo Domingo. Embarcado con Cristóbal Colon, pasó en aquellos países cincuenta años ejerciendo el apostolado, reparando los males causados por la guerra en cuanto le era posible, y protegiendo con toda su influencia á los desgraciados indios, que por defender su causa hizo un viaje á Europa. Su memoria permanece venerada en la Iglesia (1).

(1). No es de nuestra incumbencia defender los excesos y violencias á que, por desgracia, se entregaron repetidas veces los conquistadores del Nuevo Mundo, que por otra parte son demasiado ciertas. Pero, en honor al buen nombre de España, debemos hacer presente que la mayor parte de los hombres que acompañaron á Colon en su gigantesca empresa eran gentes

Sumision del Paraguay 1556-1767.

Al extremo meridional de la América del Sud se extiende un dilatado país surcado por los rios del Paraguay y del Uruguay, al que se ha dado el nombre de Paraguay. Los Padres de la Compañía de Jesús penetraron hácia el año 1555 en los inmensos bosques de que se hallaba cubierto, y llegaron á convertir algunas de las hordas errantes que los habitaban; despues procuraron civilizarlos y reunirlos en cuerpo de nacion, y proporcionarles tambien los beneficios de una existencia mas apacible y mas ordenada. En la historia nada hay que iguale en belleza á la obra cristiana que salió de estas primeras tentativas. Lo que la ciencia de todos los filósofos de la antigüedad, lo que las investigaciones y desvelos de los economistas modernos no habian podido solamente soñar, se halló de repente establecido en la otra extremidad del mundo, en medio de las soledades del desierto, por los cuidados de una sociedad de religiosos hasta entonces extraños á toda administracion civil. ¡Tanto es lo que sabe la Religion inspirar á los hombres cuando oyen su voz! Los nuevos convertidos fueron distribuidos en muchos lugares ó reuniones de cabañas, á los que se dió el nombre de *Reducciones*. «Cada burgo ó villa pequeña, dice un ilustre escritor (1), era gobernada por dos misioneros, que dirigian los negocios espirituales y temporales de las pequeñas repúblicas. Ningun estranjero podia permanecer en ellas mas de tres dias, y á fin de evitar toda intimidad, que hubiese podido corromper las costumbres de los nuevos cristianos, era prohibido enseñar á ha-

mercenarias, llenas de todos los vicios mas infames, y no pocos malhechores. Dominados por la avaricia, no tenian otro móvil que el de las riquezas, que querian amontonar á toda costa, sin atender á los medios. Pero le Religion ha sabido, como siempre, lavar esta negra mancha con los frutos de salvacion que ha conseguido en aquellas apartadas regiones. (*El Traductor.*)

(1). V. *Genio del Cristianismo*, por Mr. de Chateaubriand, lib. IV, cap. V.

blar la lengua española; pero los neófitos sabian leerla y escribirla correctamente. En cada *reduccion* habia dos escuelas; una para las letras elementales, y otra para el baile y la música. En cuanto un niño habia llegado á la edad de siete años, los dos religiosos estudiaban su carácter y sus inclinaciones: si se conocia que tenia disposiciones para la mecánica, se le destinaba á unos de los talleres de la *reduccion*, y en el mismo que le atraian sus inclinaciones. Estos talleres los habian establecido los Jesuitas; estos Padres aprendieron expresamente las artes útiles para enseñarlas á los indios, sin tener necesidad de recurrir á los extranjeros. Los jóvenes que preferian la agricultura eran alistados en la tribu de los labradores, y á los que aun conservaban alguna inclinacion vagabunda de su primer vida errante se les destinaba á aguardar el ganado. Se daba la señal de empezar y terminar el trabajo por medio de campanadas, las que se oian al despuntar la aurora: al instante los niños se reunian en la iglesia, donde sus oraciones y sus cánticos duraban hasta la salida del sol; los hombres y las mujeres asistian en seguida á la misa, y despues de oida iba cada cual á sus quehaceres ó trabajo. Despues de la puesta del sol se cantaba á dos coros y con gran música la oracion de la tarde.» Estos pueblos tenian un gusto particular por la armonía: dotados generalmente de muy buenas voces, se les enseñaba sin trabajo las reglas del arte: tocaban el órgano, el laud, el violin, la corneta, el clarinete, en una palabra, todos los instrumentos músicos conocidos en España; y estos instrumentos, muy numerosos despues entre ellos, eran casi siempre obra de sus manos. «El terreno se hallaba repartido en muchos lotes, y cada familia cultivaba uno de ellos para atender á sus necesidades. Habia además un campo público llamado la *Posesion de Dios:* el fruto de estas tierras comunales estaba destinado á suplir

las malas cosechas, á mantener las viudas, los huérfanos y los enfermos, y sus sobras se empleaban tambien para la guerra; porque los portugueses del Brasil hacian incursiones en las tierras de las *reducciones*, para sorprender y llevarse á los infortunados que caian en sus manos, y reducirlos á la esclavitud.» Formóse una milicia regular para rechazar la violencia, estableciéronse fundiciones de cañones y fábricas de pólvora, y cuando los portugueses volvieron á atacarlos, en lugar de labradores tímidos y aislados, hallaron fuertes y aguerridos batallones que los destrozaron y arrojaron hasta el pié de sus mismas fortalezas.—«Los misioneros, reduciendo á la muchedumbre á las primeras necesidades de la vida, habian sabido distinguir en el rebaño que con tanto acierto dirigian los niños á quienes la naturaleza llamaba á mas altos destinos. Pusieron aparte ó separados á los que veian desarrollarse sus talentos, á fin de instruirles en las ciencias y las letras. Estos niños escogidos eran denominados la *congregacion:* se les educaba en una especie de seminario donde se les sometia á la rigidez del silencio, del retiro y de los estudios. Habia entre ellos una emulacion tan grande, que solo la amenaza de volverlos á enviar á las escuelas públicas los desesperaba y afligia. De esta tropa excelente debian salir un dia los sacerdotes, los magistrados y los héroes de la patria: unidos entre sí por los mas dulces lazos, los de la amistad de la infancia, eran por lo mismo mas á propósito para procurar el bien general.»—«Los lugares ó pueblos de las *reducciones* ocupaban un espacio bastante dilatado, generalmenta situados en las márgenes de algun rio, y en un sitio que reunia las mejores condiciones de salubridad. Las casas eran uniformes, de un solo piso, hechas de piedra, y las calles anchas y tiradas á cordel. En el centro habia la plaza pública, formada por la iglesia, la casa de los Padres misioneros, el

arsenal, el almacen comun de granos, la casa de caridad y el hospicio para los extranjeros. Las iglesias eran bellísimas y muy bien adornadas, cuadros separados por festones de verdor natural cubrian sus paredes. Los dias festivos se regaba la nave con aguas de olor, y el santuario estaba cubierto de flores de enredaderas deshojadas. El cementerio, colocado detrás del templo, formaba un cuadrado espacioso rodeado de paredes poco elevadas; en todo el alrededor habia plantados una calle de cipreses y de palmeras, y el centro, en toda su anchura, le constituian otras calles de naranjos y limoneros: la del medio conducia á una capilla en la que todos los lúnes se celebraba una misa de difuntos. Parques de frondosos y hermosos árboles partian de las extremidades de las calles del pueblo ó aldea, y terminaban en el campo, viéndose á lo último levantarse otras capillas, que hacian la mas bella perspectiva: estos monumentos religiosos servian de término á las procesiones de las grandes solemnidades. — Los domingos, despues de celebrado el santo sacrificio, se hacian los esponsales y los casamientos; y á la tarde eran bautizados los catecúmenos y los niños. En estos bautismos, lo mismo que en los de la primitiva Iglesia, se daban las tres inmersiones, se llevaban las vestiduras de lino ó lienzo, é iban acompañados de cánticos. Las principales festividades de la Religion eran anunciadas como una pompa extraordinaria. Ya desde la víspera era general el regocijo: se encendian hogueras, se iluminaban las calles, y los jóvenes danzaban en la plaza pública. Al dia siguiente, al despuntar la aurora, toda la milicia se presentaba armada. El cacique de guerra, que iba á su cabeza, montaba un soberbio alazan, y marchaba bajo un dosel que sostenian otros dos caballeros á sus lados. Al mediodía, despues del oficio divino, se daba un festin á los extranjeros, si se hallaba alguno en la república, y se

permitia beber un poco de vino. Por la tarde habia juegos de sortija, á los que asistian los Padres misioneros para distribuir los premios á los vencedores. Al anochecer daban la señal de retirada, y las familias, felices y pacíficas, iban á gozar las dulzuras del sueño.

«En el centro de estos bosques salvajes, en medio del pequeño pueblo antiguo, la fiesta del santísimo Sacramento presentaba sobre todo un espectáculo extraordinario. Los Jesuitas habian introducido en ella las danzas á manera de los griegos, porque nada, era de temer en las costumbres de unos cristianos tan inocentes.—No se veia fausto ni riqueza alguna; allí componia toda la belleza la naturaleza misma en su admirable sencillez, dice un testigo ocular, y era distribuida con tan delicada variedad, que estaba representada en toda su lozanía y esplendidez; es tan hermosa en aquellas comarcas afortunadas, que, si me es permitido expresarlo así, se presenta toda viviente; porque sobre las flores y los arcos de triunfo hechos de ramaje, bajo los cuales pasa el santísimo Sacramento, vense revolotear pajaritos de todos los colores, atados de patas con hilos tan largos, que parece tiene toda su libertad, y que ellos mismos han venido espontáneamente para mezclar sus armoniosos trinos á los cánticos de los misioneros y de todo el pueblo, y bendecir á su manera á aquel cuya providencia no les falta jamas. De trecho en trecho hay leones y tigres fuertemente encadenados, á fin de que no turben la fiesta, y muchos y hermosísimos peces que juguetean en grandes pilones llenos de agua. En una palabra, todas las especies de criaturas vivientes asisten á esta solemnidad, como si dijéramos en clase de diputados, para rendir homenaje al Hombre-Dios en su augusto Sacramento. Entran tambien en esta magnífica decoracion las primicias de todas las cosechas, como ofrendas dedicadas al Se-

ñor, y el grano que debe sembrarse para que derrame sobre él sus bendiciones. Á la noche se queman fuegos artificiales, lo que se practica en todas las solemnidades y en los dias de público regocijo.—Con un gobierno tan paternal no es de extrañar que los nuevos cristianos fuesen los mas puros y los mas felices de los hombres. El cambio de sus costumbres era un milagro obrado á la vista de todo el Nuevo Mundo. Este espíritu de crueldad y de venganza, este abandono á los vicios mas groseros que caracterizan á las hordas indianas, se habian transformado en un sentimiento de dulzura, de paciencia y de castidad. Podrá juzgarse de sus virtudes por las siguientes palabras del obispo de Buenos Aires: «Señor, es«cribia á Felipe V, rey de España, en estos pueblos «numerosos, compuestos de indios naturalmente in«clinados á toda clase de vicios, reina una inocencia «tan grande, que yo no creo se cometa un solo pe«cado mortal.»

«Entre estos salvajes cristianos no se conocian los pleitos, los procesos ni las querellas, ni tampoco *lo tuyo y lo mio*; porque, como lo observa el P. Charlevoix, no poseer nada suyo es el estar siempre dispuesto á compartir lo poco que se tiene con los necesitados. Abundantemente provistos de las cosas necesarias á la vida, gobernados por los mismos hombres que los habian sacado de la barbarie, y á quienes miraban justamente como á unas divinidades, gozaban en medio de sus familias y en su patria los mas dulces sentimientos de la naturaleza, conociendo las ventajas de la vida civil sin haber abandonado el desierto, y los encantos de la sociedad sin haber perdido los de la soledad; estos indios podian gloriarse de disfrutar una felicidad que no habia tenido ejemplo en el mundo.»

¡Ay! todas estas maravillas han desaparecido al soplo helado de la impiedad y del ódio. Los enemigos

de la Sociedad de Jesús, envidiosos de sus triunfos, y activos en continuar su total destruccion, la pintaron al rey de España con tan negros colores, que este príncipe llamó á los misioneros y les obligó á abandonar las *reducciones* (1767), que lo han perdido todo al perder sus Padres, y hoy dia los desgraciados habitantes del Paraguay, errantes de nuevo ó entregados á los trabajos de las minas, solo conservan de su felicidad pasada un recuerdo y el sentimiento de haberla perdido. La filosofía anticristiana ha sabido destruir las obras mas hermosas y admirables, y no ha podido crear una sola.

Misiones del Norte de América. Bajo el helado cielo del Labrador y del Canadá el Evangelio no hacia progresos menos admirables entre los mas bárbaros salvajes, los esquimales, los hurones, los algonkinos, los siocos, y aun los iroqueses, los mas inhumanos de todos estos antropófagos, y mas al Oeste, entre los oaxacas, los ilineses, los limeños, y otra infinidad de poblaciones cuyo nombre apenas es conocido. Y estos hombres, que en el estado de infieles solo tenian la figura humana, que se abandonaban á excesos casi desconocidos en las mismas bestias, desde que fueron regenerados por la gracia del Bautismo parecieron ciudadanos y cristianos completos, y dotados de una inocencia de vida tan sostenida y tan general, que la mayor parte de ellos la conservaron hasta la muerte. Los ilineses en particular, naturalmente vivarachos y mucho menos bárbaros que los otros salvajes, habian llegado á un grado de instruccion religiosa que no siempre se encuentra en nuestras parroquias de Europa. «La me«jor de todas las palabras, decian ellos cuando se les «queria inducir al mal, es que conviene estar siem«pre en oracion, como único medio de ser dichosos en «este mundo, y de serlo infinitamente mas en el otro.» Entre los mismos iroqueses, tan feroces como ellos solos, la santidad evangélica renovó todos sus pro-

digios. El cielo quiso ilustrar por la senda de los milagros el nombre bárbaro de Catalina Tegakouita, jóven doncella de esta nacion, que murió lo mismo que habia vivido, es decir, en olor de santidad. Se han obrado tantos prodigios en su sepulcro, y hanse recibido tantos favores de lo alto por su intercesion, que ha sido apellidada la Genoveva de América.—Habia nacido de padre infiel y de madre cristiana, muy afecta á la fé, pero que murió cuando su hija solo contaba la edad de cuatro años, sin haber podido procurarle la gracia del Bautismo, que queria le fuese administrado por un sacerdote. La pequeña huérfana vivió bajo la vigilancia de gentes infieles, y del poder de un tio sumido en la misma ceguedad. La viruela loca habiéndola debilitado la vista, pasó algunos años sin poder resistir la luz del claro dia; lo que vino á ser para ella una senda de predestinacion. Reducida á pasar los dias enteros en su cabaña, se acostumbró insensiblemente al retiro, y al fin hizo por gusto lo que empezó por necesidad. Así fué que en el seno de la corrupcion conservó toda la inocencia de sus costumbres. Encargada al cabo de poco de recibir misioneros, su corazon tan puro conoció y abrazó con ardor la santa doctrina del Evangelio. Puede decirse que desde este momento solo vivió por Dios y para Dios. Nada pudo decidirla á casarse y establecerse en su pueblo como las demás mujeres; prometió á Dios su virginidad, fué su fie guardiana, y la conservó sin tacha. Su padre y sus parientes la trataron desde entonces como á la criatura mas miserable, y por el carácter feroz de su nacion puede juzgarse cuánto llegaria á sufrir. Pero todo lo llevó con una paciencia invencible; sin perder nada de su igualdad de alma, de su angelical dulzura, hizo á sus parientes el servicio de una esclava con una sumision, exactitud, constancia y modestia, que al fin los ablandó (1676). Despues de ha-

berla concedido como merecimiento la gracia de la fé, tan buena y admirable conducta le abrió en poco tiempo el elevado y difícil camino de la perfeccion. En vano los envidiosos, celosa ella siempre de su virtud, le tendieron nuevos lazos; no hicieron mas que aumentar su horror al pecado, que recurriese casi de continuo á la oracion, que redoblase su vigilancia cristiana, su amor á la penitencia, á los trabajos y á los sufrimientos. Pero tantos peligros, no teniendo seguridad de vencerlos, la obligaron, al fin, á alejarse de su tribu, y buscar un refugio en una mision bastante apartada, que la acogió con una perfecta caridad; y allí fué donde Tegakouita acabó de santificarse. No hallaba consuelo y placer sino al pié del santo altar ó en la calma de la soledad. Su conversacion era cási exclusivamente celestial; no podia sufrir la de los hombres sino cuando le hablaban de Dios. Puede decirse que le veia, le oia y conversaba con él en todas partes. Su oracion era continua, aun estando ocupada en el trabajo, que nunca dejó amortiguar; pero la mayor parte de las noches las pasaba en tiernas comunicaciones con su divino Esposo. Sus ayunos, lo mismo que sus vigilias y sus austeridades, redoblaron al igual de su piedad. Cuando iba al bosque durante el invierno, seguia de léjos á sus compañeras, se quitaba el calzado, y andaba con pié desnudo sobre los hielos y la nieve. Una vez sembró de espinas la estera en que se acostaba, la arrolló á su cuerpo tres noches continuadas, y hubiera seguido del mismo modo si no hubiesen descubierto su secreto. Apoderose de ella una fiebre lenta que la llevó al sepulcro á la temprana edad de veinte y cuatro años. Su semblante, poco antes desfigurado por los estragos de la enfermedad, ayudados de los de la penitencia, apareció de repente tan cambiado y hermoso, que la voz del pueblo, acorde con la de Dios, hizo resonar estas palabras por todas partes: «¡La Santa ha

«muerto! ¡la Santa ha subido al cielo!» Se ha dicho que un rayo de la luz celestial resplandecia en su frente.—Por último, su virtud tenia en estas comarcas muchos imitadores, principalmente en la mision de *Salto*, que era en la que habia fijado su residencia. En particular el espíritu de penitencia, el odio á la carne y el amor á la cruz, tan esencial al Evangelio, reinaba allí generalmente. Los ayunos los mas rigurosos, las mas sangrientas disciplinas, las cinturas guarnecidas de puntas de hierro, todas las maceraciones de los mas penitentes monasterios eran en este país observancias ordinarias y comunes.—¡Qué leccion para nosotros! ¡Y qué responderémos al soberano Juez cuando nos reprobará nuestra molicie y todas las sensualidades de una vida que no vacilamos en creer cristiana, mereciendo tan poco este nombre!

Mientras la mayor parte de los misioneros de la América recorrian los bosques en busca de salvajes, uno de sus hermanos, el P. Pedro Claver(1) de la Compañía de Jesús, se consagraba á la instruccion tan ingrata y difícil de los negros, la parte mas degradada y envilecida del género humano. Eran sacados de África para llevarlos á las diferentes posesiones europeas del Nuevo Mundo, tráfico infame que el amor de un abominable lucro ha conducido á hombres inhumanos á hacerlo, durante muchos siglos, de uno á otro hemisferio con toda regularidad y con el mayor descaro. En el siglo XVII estos mercaderes de carne humana, mas degradados que sus víctimas, abordaban en Cartagena en el golfo de Méjico, para hacer allí impunemente su vil comercio. Veíanse llegar allí navíos en los que estos desgraciados cautivos estaban hacinados, desnudos, sin camas, revueltos

El P. Claver, apóstol de los negros. 1654.

(1) Español, y beatificado. (*El Traductor.*)

en su propia inmundicia, y siempre cargados de cadenas, lo que, unido á la mala alimentacion, les causaba enfermedades mortales, cánceres, úlceras corrosivas y tan fétidas que ellos mismos no podian resistir su olor. En una palabra, nunca ha habido bestias de carga tan maltratados como lo eran ellos; de lo que resultaba que muchos preferian ahogarse ó morir de hambre, que llevar una vida tan horrorosa. Ningun cuidado se tenia por sus almas; los innobles mercaderes que hacian este tráfico no pensaban en otra cosa que ganar dinero, y les importaba poco que los desventurados negros, á causa de su tiranía, se condenasen y se entregasen á millares al infierno. A vista de estos horrores el P. Claver quedó penetrado de la mas viva compasion. Cuando hizo en la casa de la mision de los Jesuitas su profesion religiosa, habia resuelto ya su designio, y á los votos ordinarios añadió el de servir á los negros, firmando en seguida: *Pedro Claver, para siempre esclavo de los negros.* Tal vez jamás se pronunció un voto tan difícil, ni fué mejor observado y cumplido.—En cuanto arribaba al puerto un buque cargado de negros, el buen misionero corria allí, despues de haberse provisto de aguardiente, bizcochos, frutas, conservas y otros muchos manjares solicitados ó mendigados por él mismo, para festejar y socorrer á los recien venidos, como hubiese podido hacerlo una madre por sus hijos. Su semblante cariñoso y tierno, sus maneras afables, las palabras afectuosas que les dirigia, el vivo afecto que les manifestaba, haciéndoles comprender que les serviria siempre de defensor, de protector y de padre, todas estas y otras muchas demostraciones de estimacion que le tributaba le atraian estas pobres gentes desde el primer momento, y acababa de granjearse su aprecio distribuyéndoles los pequeños refrigerios que llevaba. Virtuosos amigos le secundaban en esta piadosa obra, y le enviaban todas las pro-

visiones convenientes. Despues de haber ganado la confianza de los negros trabajaba por ganarlos á Dios. Se informaba desde luego de todos los niños nacidos durante el viaje, á fin de administrarles el Bautismo. Visitaba en seguida con igual objeto á los adultos que estaban enfermos de peligro; él mismo limpiaba y curaba sus llagas, les ponia la comida en la boca, los abrazaba con ternura antes de separarse de ellos, por mas repugnante que fuese su estado, y los dejaba tanto mas admirados de esta caritativa acogida, cuanto que ni por sueños la esperaban. Pero como, despues de todo, esta caridad corporal aspiraba mas alto que al simple alivio de los dolores físicos, y tenia por objeto directo la salvacion de estas almas desamparadas, se hacia acompañar de intérpretes, cogia un baston terminado en forma de cruz, se ponia un crucifijo en el pecho, y colgábase en la espalda una alforja que contenia un sobrepelliz, una estola, diferentes imágenes, y todo cuanto era necesario para auxiliar á los enfermos. Llamaba á esto ir á la instruccion. En cuanto habia llegado entraba con semblante alegre en las casas de los negros, que eran una especie de cuadras húmedas, en donde, á causa de su extraordinario número, se veian reducidos á estar hacinados unos sobre otros, sin mas cama que el duro suelo. El mal olor que se exhalaba, sobre todo en un clima caliente, de tantos cuerpos reunidos, viciaba de tal modo el aire de aquellas estancias, que la permanencia en ellas era insoportable. Es bien seguro que pocos europeos hubiesen podido pasar allí una hora sin caer desvanecidos; pero el siervo de Dios, que habia martirizado sus sentidos, y que siempre tenia el pensamiento en el Crucificado, parecia gozarse en sus delicias. Levantaba en estas moradas de desolacion una especie de altar en el que colocaba algunos cuadros sorprendentes, como por ejemplo la crucifixion, el infierno, el paraíso, para dar á estos

entendimientos toscos alguna idea de nuestros misterios. Á fin de que las instrucciones fuesen escuchadas con mas comodidad, iba á buscar bancos, tablas ó esteras para que se sentasen, y todo esto lo hacia con un semblante tan contento y afectuoso, que estos pobres esclavos no sabian como expresar su reconocimiento. Se hubiese dicho que solo estaba entre ellos para servirles, y que era el esclavo de los mismos esclavos. Así es que, aun cuando estos negros en su mayor parte se hallasen dotados de cierta fiereza que se concibe muy bien en un hombre, ó de cierta estupidez feroz que los hacia intratables para con sus verdugos, no habia al fin uno solo que dejase de rendirse al celo y á la perseverancia de su santo pastor, quien no se contentaba con hacerlos cristianos de nombre y de profesion, sino que queria fuesen verdaderos fieles, hombres exactos y puntuales en llenar todos los deberes del Cristianismo; y por un prodigio que sola la divina gracia puede obrar, á fuerza de cuidados, penas, trabajos y constancia, en esta porcion degradada y cási embrutecida del género humano formó modelos de virtud capaces de confundir á los europeos mas instruidos. Su sola mirada era un freno que detenia ó hacia volver á los indóciles. Aun los mas viciosos no le encontraban sin ponerse de rodillas para pedirle su bendicion. Se ha visto á muchos blasfemos, en el colmo de su arrebato, caer á sus piés, implorar su perdon, y besar la tierra que pisaba.—Claver habia recibido una educacion brillante, y pertenecia á una familia rica y distinguida de España. ¡Cuántas victorias no hubo de ganar sobre sí mismo para llegar á este heroismo, del que solo hemos citado los rasgos mas comunes! porque hay muchos en su vida que no se pueden leer sin enternecerse y horrorizarse á la vez, á causa de las miserias increibles á que voluntariamente se habia entregado en su santa mision, principalmente en el hospital de negros

llamado Lazareto.—¡Que vengan, pues, los falsos filósofos con todos sus brillantes discursos, con sus insultos á la Religion augusta que los aniquila con sus milagros, y que, en lugar de tantas palabras y vanas declamaciones, nos presenten un solo Claver, un solo misionero de negros!

Este ejemplo es suficiente para confundirlos; pero no queremos pasar en silencio otras semejantes maravillas obradas en Levante, en Constantinopla, en Esmirna y en otros paises por misioneros no menos heróicos tambien, que se encerraban en las mazmorras y en las galeras pestíferas para consolar y socorrer á los esclavos cristianos. «El peligro mas grande «que he corrido, y que tal vez no volveré á correr en «mi vida, escribia uno de ellos, ha sido en la sentina «de un navío turco. Los esclavos, de acuerdo con los «guardianes, me habian hecho penetrar allí á la cai«da de la tarde para confesarlos á todos durante la «noche, y decirles la misa de madrugada. Fuí asegu«rado con dobles cadenas, segun era costumbre. De «cincuenta y dos esclavos que confesé, doce estaban «enfermos, y tres de ellos murieron antes de que los «dejase. Juzgad que aire respiraria yo en este sitio «cerrado, y que no tenia la mas pequeña abertura. «Dios que por su infinita bondad y misericordia me «ha librado en este caso, me librará en muchos otros.» ¡Oh Dios mio, hé ahí vuestras obras! y solo Vos, desde el principio del mundo, las habeis producido en la tierra. Sí; es verdaderamente vuestro espíritu el que inspira á la Iglesia. ¡La esterilidad de la herejía, ante semejantes monumentos de caridad, me aficionará y unirá mas que nunca á la santa fé católica que hace toda mi felicidad.

Subiendo hácia el Norte, desde el Paraguay hasta el interior del Canadá, se encontraban una multitud de pepueñas misiones, en la que los misioneros parecian haberse hecho salvajes con los salvajes, para

Otras misiones de América.

ganarlos á Jesucristo. Los religiosos franceses dirigian estas iglesias errantes. El P. Creuilly, de la Compañía de Jesús, fundó las misiones de Cayena, que han llegado en nuestros dias á un estado mas floreciente. Lo que este religioso hizo en bien de los negros y de los salvajes parece superior á todas las fuerzas humanas. Otros Jesuitas penetraron en los pantanos de la Guayana. Los Dominicos, Carmelitas, Capuchinos y Jesuitas se ocuparon en la conversion de las islas llamadas las Antillas, que hoy dia son enteramente cristianas. La mismas California, que entonces no daba su oro á los europeos, recibia de ellos otro oro mas precioso en la verdad eterna. — En el Canadá la sagrada semilla era regada con la sangre de los mártires. Una poblacion de hurones fué sorprendida por los iroqueses en julio de 1648, mientras se hallaban ausentes los jóvenes guerreros. El misionero, llamado P. Daniel, decia la misa á los neófitos. Solo tuvo tiempo de consumar la consagracion, para correr al punto de donde partian los gritos. Al llegar ofrecióse á su vista una escena lamentable: mujeres, niños y ancianos yacian en desórden espirantes. Todos los que aun vivian se arrojan á sus plantas pidiéndole el Bautismo. El Padre empapa un paño en agua, y rociándola sobre la cabeza de la multitud arrodillada, procura la vida celestial á los que no podia arrancar de la muerte temporal. Entonces recuerda haber dejado en las cabañas algunos enfermos que no habian recibido aun el agua de regeneracion; corre allí volando, les confiere la gracia suprema, vuelve á la capilla, esconde los vasos sagrados, dá la absolucion general á los hurones que se habian refugiado al pié del altar, les insta á que huyan, y, para darles tiempo de escaparse, sale al encuentro de los enemigos. A la vista de este sacerdote, que se adelantaba solo contra un ejército, los bárbaros admirados se detienen y retroceden algunos pasos; mas luego atra-

viesan al Padre misionero con sus flechas. Estaba cubierto de ellas, y todavía hablaba con una actitud sorprendente, tan pronto á Dios, á quien ofrecía su sangre por el rebaño, tan pronto á sus asesinos, á quienes amenazaba con la venganza divina, asegurándoles, no obstante, que siempre hallarian al Señor dispuesto á compadecerse de ellos si recurrian á su clemencia inagotable. Muere, y salva una gran parte de sus neófitos, deteniendo así á los iroqueses en torno suyo —Los PP. Garnier, Brébœuf, Lallemand sufrieron igualmente el martirio para contribuir á la extension del reino de Jesucristo, que ha dicho á los suyos; *Id, y enseñad á todas las naciones.*

¿Qué hacia el protestantismo durante ese tiempo? Las obras manifiestan bastante de que lado estaba el verdero y divino Evangelio.

Puede decirse que cupo exclusivamente á la Iglesia de España la gloria de las misiones de América, y lo mismo la de fundar sus iglesias, obispados, hospitales y otros establecimientos útiles. Cumple pues, á nuestro deber decir algunas palabras mas sobre este asunto.—Segun el Sr. Amat, se dividia la autoridad eclesiástica de América, que fundaron los españoles, en seis arzobispados, Santo Domingo, Méjico, Guatemala, Lima, Charcas y Santa Fé de Bogotá; llegando al número de cuarenta y uno los obispados sufragáneos de estas sillas arzobispales. Entre los prelados de estas diócesis ha habido muchos varones apostólicos, cuya santidad de costumbres y celo de la conversion de los gentiles eran dignos de los primeros siglos de la Iglesia, haciéndose merecedores de la beatificacion. Recordemos siquiera el nombre de Fr. Jerónimo de Loaysa, y el de Santo Toribio, llamado en el siglo Alfonso de Mogroveio.—El primero de estos célebres y ejemplares religiosos pertenecia

Fray Jerónimo de Loaysa. 1571.

á la Órden de santo Domingo, cuando fué llamado á ocupar la silla de Nueva-Cartagena. Procuróse un buen número de cooperadores, especialmente de su Órden, y en menos de cinco años formó una feligresía numerosísima y bien arreglada. Era hombre de gran prudencia y activo celo, infatigable en los trabajos de su ministerio, y muy hábil y experimentado en las costumbres, genio y lengua de los indios. Brillaron mas en él estas prendas cuando fué trasladado para establecer y arreglar el nuevo obispado de Lima, que en su mismo tiempo fué erigido en metrópoli. En pocos años edificó la catedral, formó un lucido y ejemplar clero, fundó varios conventos, colegios, hospitales para indios y para españoles, para hombres y para mujeres. Fundó la universidad, y celebró dos concilios provinciales para enmienda de las costumbres del clero y del pueblo, y para acordar un método uniforme de instruir á los indios y procurar su conversion. Murió este ejemplar Arzobispo en
Sto. Toribio. 1575, y seis años despues le sucedió santo Toribio.
1581-1606 Este Santo, que lo era desde niño, fué colegial en el de San Salvador de Oviedo, donde vivió vida de monje. De allí salió para inquisidor de Granada, en cual oficio se portó siempre con mansedumbre y verdadera caridad. Cuando fué nombrado arzobispo de Lima renunció con grande insistencia; pero al cabo de tres meses, vencido con razones poderosísimas, cedió á la voluntad del rey; admitió, y llegó á Lima el año 1581. Su vida desde entonces fué austerísima, y contínuamente empleada en la oracion, en dar audiencia, porque á nadie la negada, en el estudio y en las demás tareas de su ministerio. Dos veces visitó aquella vastísima diócesis con increibles fatigas y trabajos: no le espantaron las escarpadas sierras, ni los caminos intransitables, ni las nieves y los hielos, ni los calores extremados de tan destempladas regiones: las aldeas de los indios, los cortijos y hasta las

cabañas de los pastores llamaban eficazmente su atencion. Se aplicaba con gran gusto y por muchas horas á enseñar el Catecismo, exhortar, corregir y precaver toda suerte de abusos y malas costumbres: iba por los montes en busca de los indios bravos, y con celestial elocuencia atrajo muchísimos al rebaño de Jesucristo: proveia con singular vigilancia las parroquias de curas sábios, ejemplares y celosos. Celebró un gran número de sínodos diocesanos y tres provinciales; con los que hizo al clero y pueblo de aquellas provincias bienes incalculables. Y despues de veinte y cinco años de tan laborioso pontificado, á los sesenta y ocho de tan santa vida, murió en el Señor en el de 1606.—El celo incansable del santo Prelado produjo grandes frutos de salvacion, y esparció la fecunda semilla de la gracia en aquellas apartadas regiones, naciendo de ella la incomparable santa Rosa de Lima, que floreció algunos años despues de su muerte. Nacida esta Santa en la capital del Perú, fué desde niña inclinada al retiro, al silencio y á las mortificaciones interiores y exteriores de los sentidos: era inocentísima en las costumbres, continua y fervorosa en la oracion. Sus padres eran pobres, y la Santa, humilde y caritativa, trabajaba de dia y de noche en servirles y ganar para su sustento. Pero las importunas instancias de sus padres para que se casase, por mas que les decia que estaba ya desposada con Jesucristo, la obligaron á retirarse á la tercera Órden de Santo Domingo á los veinte años de edad: desde entonces se vió en el plan de su vida un nuevo fervor de caridad y un aumento continuo de todas las virtudes. Cargaba con cuantas tareas y trabajos podia, particularmente con los mas penosos y humildes. De su abstraccion, ayunos y austeridades se cuentan cosas comparables solo con las penitencias de los mas célebres anacoretas. Todo lo ordenaba á purificar mas y mas su alma, y abrasarla en las lla-

Sta. Rosa de Lima.

mas de la caridad. Ejercitóla el Señor con grandes tentaciones, acompañadas de temores y de oscuridad, y con frecuentes enfermedades corporales. Todo lo sobrellevó con increible paciencia, hasta que el Señor le dió la corona de los que vencen en el año **1617**, y á los treinta y uno de su edad. En su gloriosa muerte fué grandísimo la conmocion de aquella ciudad y pueblos vecinos, y frecuentes los milagros con que Dios daba testimonio de la santidad de su sierva.—Estos ejemplos de virtud y de santidad que acabamos de presentar, y cuyo catálogo podríamos aumentar considerablemente, demuestran una vez mas que donde quiera que se establezca la verdadera Religion no deja el Señor de derramar gran copia de gracias extraordinarias sobre algunos siervos suyos, para que con sus palabras y acciones sirvan á avivar la fé, y santificar la conducta de los demás. ¡Cuántos y cuántos varones apostólicos españoles se han visto en el Nuevo Mundo, cuyas virtudes y santidad de costumbres; y cuyo celo por la conversion de los gentiles eran dignos de los primeros siglos de la Iglesia! Permítasenos repetir una vez mas, en vista de los abundantísimos frutos de salvacion alcanzados por las misiones españolas en América, que la mancha con que trataron de empañar el brillo de España, nacion eminentemente católica, algunos aventureros ambiciosos, fué perfectísimamente lavada por la sangre de una multitud de mártires, hijos suyos, que fueron á llevar á aquellas apartadas regiones la luz del Evangelio. No es necesario repetir cuántos obstáculos se opusieron al logro de sus intentos en un país que entonces todo era, si nos es permitido expresarnos así, monstruoso y extraordinario, pareciendo que la naturaleza enteramente salvaje de sus comarcas debia contrariar las empresas mas atrevidas. ¡Oh santa y sublime Religion! ¡cuán grandes y heróicos sentimientos de virtud, piedad, abnegacion, caridad,

valor, constancia y paciencia sabes infundir á tus esclarecidos y venerables siervos! Si pidiésemos á la pretendida Reforma (que de algun tiempo á esta parte parece empeñada en introducir la perturbacion en la conciencia de los fieles de nuetras bellas provincias de Andalucía) el que nos presentase un tipo parecido al mas pequeño de nuestros valerosos misioneros de Guinea, África, América y otros puntos, seguro es que quedaria confundida y guardando el mas vergonzoso silencio, si depusiera su acostumbrada altanería y su desmedido atrevimiento. *(El Traductor).*

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Desde la muerte de Luis XIV hasta la exaltacion de Pio VII (1715-1800).

---

§ I.

Herejía de los jansenistas.

Mientras que los pueblos del Nuevo Mundo eran así evangelizados, y daban tan hermosos y abundantes frutos de salvacion, el mundo antiguo iba á entrar en una nueva lucha contra el espíritu de herejía y de orgullo. Errores de Bayo. 1560

Los herrores jansenistas, que tantos males debian causar á la Religion, sobre todo en Francia, no habian tenido orígen en esta nacion. Un doctor de Lovaina fué quien, sin predicarle abiertamente, lo extendió el primero, siendo tambien la verdadera causa de las perturbaciones y disgustos que ocasionó á la Iglesia. Bayo, deseoso de unir á los católicos y á los protestantes, creyó poder sacrificar una parte de los

dogmas del Catolicismo: enseñó los mas graves errores sobre la gracia, el libre albedrío, la justificacion, el pecado original. En su sistema los movimientos indeliberados de la concupiscencia, en los que la voluntad no tiene parte alguna, son otros tantos pecados; el hombre se halla sometido á la necesidad de obrar de esta ó la otra manera, y es libre, con todo, en sus acciones: monstruosa contradiccion que destruye todo el sistema de Bayo. Diez y ocho proposiciones, extractadas de sus libros, fueron censuradas por la facultad de teología de París en 1560, y pocos años despues el santo pontífice Pio V condenó setenta. Pareció desde luego someterse; mas en seguida publicó una extensa apología de su doctrina, en la que hacia de su causa la de todos los Santos Padres, condenados, decia él, por la bula del Papa. Examinado nuevamente en Roma el asunto, fué tratado en el mismo sentido por el sucesor de Pio V, y Bayo, despues de muchas excitaciones, vueltas y revueltas en sus errores, concluyó por condenarlos él mismo al morir (1589). Pero su doctrina no murió con él; dejaba numerosos discípulos que tomaron á pechos el reabilitarla y extenderla, obteniendo por desgracia un resultado demasiado favorable; porque en poco tiempo numerosas escuelas quedaron infestadas del veneno de esta dolorosa herejía. Muchos doctores la enseñaron en secreto, hasta que Jansenio, que la dió su nombre, la explicó públicamente.

Jansenio. 1638. Era natural de Holanda, y estudió la teología en Lovaina y en París. En la primera de estas ciudades fué donde el jóven estudiante se apasionó por las innovaciones que se le representaban como la doctrina mas pura de san Agustin. Por espacio de mas de veinte años dedicóse á buscar en los escritos del santo Doctor autoridades á propósito para apoyar los sentimientos de Bayo. El fruto de sus trabajos é investigaciones fué una abultada obra que intituló *Au-*

gustinus, como si no contuviese mas que la doctrina del grande Obispo de Hipona. Dióla la última mano en 1638, y se disponia á publicarla, cuando murió de la peste que habia contraido visitando su diócesis; porque hacia dos años que habia sido llamado á ocupar la silla de Ypres. Sus amigos tomaron á su cargo el publicar la obra. Es verdad que contenia una protesta de sumision á la Santa Sede en todo lo que fuese decidido ulteriormente sobre la cuestion; pero ¿qué caso puede hacerse de un acto semejante cuando se considera que Jansenio conocia perfectamente la triple condenacion anterior de Bayo? El *Augustinus* fué censurado por Urbano VIII, cuando apenas hacia dos años que habia visto la luz pública. Esta solemne decision no por eso detuvo los progresos del error, sino que al contrario irritó el orgullo de sus partidarios, y los volvió mas obstinados que nunca. Lo que hasta entonces solo fuera un fuego oculto debia convertirse en un vasto y voraz incendio.

Jansenio durante su estancia en París trabó amistad con algunos eclesiásticos y doctores de la Soborna, á quienes comunicó sus ideas, y las adoptaron. El mal hizo rápidos progresos en esta ciudad. Cuando el síndico de la facultad de teología mandó condenar en la Sorbona cinco proposiciones entresacadas del *Augustinus*, setenta doctores se levantaron contra esta censura, y rehusaron someterse á ella. E Soberano Pontífice, instruido por los obispos de esta disension que habian presentado á su tribunal, condenó él mismo las cinco proposiciones despues de do años de un detenido examen. En vano pretendieron los herejes, desde luego, que las proposiciones no habian sido proscritas sino en su sentido natural, y no en el de Jansenio, y despues, que la sentencia del Papa encerraba únicamente un reglamento de disciplina que de su parte exigia simplemente un respetuoso silencio y no la adhesion interior, en estos úl-

timos atrincharamientos viéronse forzados, vencidos y condenados en todos sus puntos. Semejantes golpes, en los que se manifestaba tan visiblemente la voluntad de Dios, no les hicieron cambiar, tan abominables suposiciones, y prefirieron resistir á la voz del Espíritu Santo, anunciada por la de la Iglesia, que confesar que se habian extraviado ó engañado. Las engañosas apariencias con que encubrieron su orgullo arrastraron á su partido una multitud de hombres de relevante mérito, entre ellos Arnaldo, Nicolás, Pascal, y casi todos los solitarios de Puerto-Real, retiro de sábios é ilustres escritores. ¡Cosa apenas increible! la austeridad de costumbres de los novadores era lo que les atraia partidarios. Parecia verdaderamente inconcebible que tanta virtud pudiese apoyarse en la herejía. Pero esta virtud, real en ciertos puntos, carecia de esta sancion especial de la obediencia, sin la cual la vida mas santa se convierte en humo. Nuestro divino Salvador ¿no ha dicho á su Iglesia: *Quien os escucha me escucha, quien os desprecia me desprecia?* Profesaban hácia los Sacramentos un respeto que llegaba hasta el punto de abstenerse de ellos aun en el tiempo en que la Iglesia nos manda acercarnos á recibirlos. Sin embargo, nada hay mas desesperante que su doctrina, y es necesario recordar, á fin de comprender el éxito momentáneo que obtuvo, hasta dónde puede llegar el espíritu humano cuando no le contiene el freno de la autoridad. Los jansenistas enseñaban que todas las buenas obras de los infieles son otros tantos pecados, sin distincion de buenos ó malos, porque, decian ellos, estos desgraciados no tienen la fé para santificarlos; que todas las buenas obras de los fieles son dones emanados de Dios perfectamente gratuitos, completamente independientes de las disposiciones del alma, de manera que el pecador es castigado por no haber recibido estos dones, aun cuando hubiese hecho todo

lo posible por obtenerlos; Dios segun ellos, nos imputa aun las faltas que no podemos evitar, nos castigará por no haber practicado virtudes que no estaban á nuestra disposicion, y él no ha muerto en la cruz sino para salvar á algunos hombres privilegiados, y no á todo el género humano. Es esto mas de lo necesario para desviar de la Religion, desvanecer la confianza, y conducir al hombre á las desesperacion. Tal es, por lo tanto, la ceguedad humana, que tan tristes y funestos principios circularon en Francia, y amenazaron por un momento la existencia de la fé ortodoxa en el reino de san Luis. Todo él quedó infectado, y vacilamos ó dudamos el creer verdadero el extremo de audacia y los excesos á que estos herejes preocupados y tercos se entregaron. Por una singular inconsecuencia se adherian á la Iglesia á pesar suyo; al mismo tiempo que despreciaban su autoridad querian pertenecer á la Iglesia, se llamaban católicos, y era esto tanto mas peligroso cuanto que esta apariencia de union hacia mas fácil la ilusion á los incautos y á los ignorantes.

En la Compañía de Jesús, siempre vigilante para salir á la defensa de la herencia de Jesucristo, hallaron firmes é incansables adversarios, ó mas bien hermanos afectuosos que tentaron todos los medios de conviccion para volverlos de nuevo á la verdad, sin que por esto pudiesen lograrlo. Uno de sus mas ardientes y entusiastas discípulos murió en 1727; en la secta pasó por un santo de primer órden, y el sepulcro del diácono Páris llegó á ser el objeto de las frecuentes peregrinaciones de los jansenistas, en el que cometieron toda suerte de extravagancias y de escándalos para hacer creer que por medio de su intercesion se obraban milagros; por otra parte es cierto que se pasaron allí algunas veces hechos maravillosos, inexplicables sin la intervencion del demonio. Dióse á estos sucesos el nombre de convulsiones del

cementerio de San Medardo, porque Páris fué enterrado en él. Semejantes escenas duraron muchísimo tiempo. El mismo Parlamento estaba casi enteramente infestado del jansenismo, y publicaba los decretos mas extravagantes contra la Religion y contra el ejercicio del culto sagrado (1). Pero Dios suscitó aun para salir á la defensa de la verdad un infatigable prelado, cuyas virtudes y trabajos concurrieron igualmente á su triunfo. Nuevo Atanasio, el arzobispo de París Cristóbal de Beaumont se opuso con todas sus fuerzas á la herejía, y la combatió bajo todas sus formas, mereciendo por ello su odio y el honor de sus persecuciones (1746-1781). Muchas veces desterrado de su ciudad arzobispal, este Prelado admirable, cuya memoria es bendecida de todos, no persistió menos en rechazar el error, y en hacerle conocer en toda su monstruosidad quitándole la máscara. La grande catástrofe de la revolucion, que siguió de cerca su muerte, acabó de abatir el jansenismo, que despues ha sido profesado únicamente por algunas comunidades de mujeres, cuyo número va disminuyendo de dia en dia. Sin embargo, se ha tratado aun en nuestros tiempos de resucitarle en París; y culpables esfuerzos, hechos en este sentido, podrian extraviar las almas que no se adheririan de corazon y con entera voluntad á la Santa Sede apostólica, infalible guardian de la doctrina revelada.

(1) Los Parlamentos eran Córtes soberanas instituidas para administrar justicia en última instancia á nombre del rey.—El mas antiguo é importante era el de París, que poco á poco fué arrogándose los poderes políticos. Se le disolvió para siempre, lo mismo que los otros en 1790, durante la revolucion.—España consvrea estos parlamentos políticos, llamados Congreso de diputados y Senado. (*El Traductor*).

§ II.

El filosofismo del siglo XVIII. — Las sociedades secretas.

Luis XIV al morir dejó la corona de Francia á su biznieto, de cinco años de edad, que tomó el nombre de Luis XV, y fué proclamado rey bajo la regencia de Felipe, duque de Orleans (1715). Este es el momento en que la impiedad, largo tiempo comprimida por la mano del gran Rey, se presentó descaradamente y trató de invadirlo todo. El Regente poseia brillantes cualidades y talentos reconocidos; mas, extraño á todo sentimiento religioso, se entregó á los placeres de una manera desenfrenada: su palacio se convirtió en un foco de excesos, de donde el desprecio de la moral y de la Religion se comunicó á la corte, é infectó poco á poco á todas las clases de la sociedad. Rodeábanle hombres de opiniones atrevidas; quienes, seguros de su proteccion, empezaron contra la Iglesia esta guerra encarnizada, que continuó durante todo el siglo XVIII, y terminó por una de las persecuciones mas sangrientas que hubiese sufrido hasta entonces el Cristianismo. El Regente tardó poco en morir (1723); pero estaba dado el impulso, y no fué posible ó no se supo contener el mal. Con todo, aun no se veian circular mas que folletos y libelos clandestinos y anónimos, cuyos autores, tal vez por un resto de pudor, no se atrevian á estampar en ellos su nombre, porque una gran parte ó la mayoría de la nacion, adicta de corazon á los principios sagrados que se atacaban, reprobaba estas culpables producciones. Mas tarde se perdió este resto de respeto, y se atacaron de frente y á la luz del dia los dogmas de la Religion.

Púsose á la cabeza de este movimiento impío un hombre tristemente célebre, ya por los talentos que Voltaire 1694-1778

le habia concedido la Providencia, ya porque abusó de ellos, empleándolos contra el mismo Dios que se los habia dado: Voltaire, nacido en París el año 1694 y educado por los Jesuitas, que en parte adivinaron lo que llegaria á ser con el tiempo, se dedicó desde muy jóven al estudio de la literatura y de la poesía. Los felices resultados que consiguió en esta carrera eran demasiado brillantes para que no excitasen en él sentimientos de un orgullo extremado, á los que se abandonó por completo. Preso muchas veces y condenado por el Parlamento á causa del cinismo de sus obras, dejó por algun tiempo la Francia y se trasladó al principio á Inglaterra, donde se relacionó con los escritores mas hostiles á la Religion; despues pasó á Berlin, cerca del rey de Prusia Federico el Grande, quien le hizo la mas honrosa acogida. Estos dos hombres eran dignos el uno del otro, y seria difícil determinar cual de los dos llevó mas léjos el ódio contra Jesucristo y la Iglesia, é hizo mas para arruinar el reino del Hijo de Dios sobre la tierra, y la autoridad de sus ministros. Voltaire regresó á Francia á pasar los últimos veinte años de su vida en Ferney, país de Gex, y murió en París en 1778, en una desesperacion espantosa. «Quisiera, dice su médico *Tronchin*, que «todos los que se han dejado seducir por los libros de «Voltaire hubiesen sido testigos de su muerte: no es «posible resistir semejante espectáculo.» El desdichado, profiriendo las mas horribles blasfemias, devoraba sus propios excrementos. Su amigo Marmontel se le acercó, y le dijo: «¡Y bien! ¿estais harto de «gloria?» (Se le habia rendido ó decretado en París una verdadera apoteosis).—«¡Ay, amigo mio! excla- «mó; ¡vos me hablais de gloria, y me hallo en el su- «plicio, pues muero en medio de los tormentos mas «horribles!»—Voltaire fué el alma de la mayor parte de los libelos impíos de esta época. Este hombre, despreciable á pesar de su genio, habia tomado ó estaba

poseido de un ódio violento contra la persona adorable del Salvador; le aplicaba los epitetos mas infames, y juró que emplearia su vida en combatirle frente á frente. «Dentro veinte años, decia en una «ocasion, el Galileo tendrá un buen dia.» Y veinte años despues, dia por dia, espiró en las convulsiones de su desesperacion. Para conocer á fondo á este gran reformador de las sociedades, como le llaman sus mas entusiastas admiradores, y á fin de tener una idea exacta de la moral que presidia á sus actos, es necesario recordar que siendo jóven fué echado de Holanda por su libertinaje, dspedido de casa de un procurador por su negligencia, abofeteado por algunos personajes á quienes habia calumniado, desterrado por el Gobierno; todos sus actos eran dignos de él, y vióse un librero, á quien habia engañado, imponerle la mas humillante correccion. Mal hijo, mal ciudadano, escritor cinico, su vida, en su parte mas brillante, solo presenta un largo tejido de impiedades, de bajas adulaciones hácia los grandes, de hipocresía y de sacrilegios; porque este malvado trataba y se relacionaba con todo el mundo, á pesar de sus crímenes, para atraerse el favor del rey. Sus cartas, que aun se enseñan en cierta escuela como producciones de primer órden en su género, están llenas de las mas odiosas declamaciones contra los objetos mas sagrados. Léense en ellas estas líneas llenas de una impudencia escandalosa: «¡Mentid, mentid osadamen«te, amigos mios; siempre quedará de ello alguna «cosa!... Lo que me importa mucho es ser leido, y «bien poco ser creido.» Por último, no pretendemos llamar la atencion sobre sus talentos, que fueron admirables, y mucho menos dejar de reconocerlos; es este un acto de justicia que deben, aun los mismos católicos, conceder á un hombre que con nadie ha sido justo. Pero, cuanto mas grande fué su génio, tanto mas culpable se hizo al rebajarse has-

ta el punto de hacer mal uso de él casi siempre.

J.-J. Rousseau. 1712 1778. Otro escritor, tambien de gran talento, pero no menos peligroso y perjudicial, no menos digno del desprecio de todo hombre honrado por su conducta privada, hizo de su parte la guerra á toda religion revelada. Este hombre se llamaba Juan Jacobo Rousseau. Genio melancólico y bilioso, sin conviccion sólida, de protestante se hizo católico, y al fin reconocido incrédulo. Por espacio de veinte y cinco años vivió en el mas escandaloso y público libertinaje. Escribia sobre la educacion, y metia sus hijos en el hospital ó en la casa de expositos; á sus bienhechores les manifestó siempre la mas negra ingratitud. Trabajando lo mismo que Voltaire por destruir el Catolicismo, solo estaba de acuerdo con él en esta materia. «Alma abyecta y vil, le dice en uno de sus li-«bros, la funesta filosofía es la que te hace semejante «á las bestias.» Y Voltaire, mas acostumbrado y con mas facundia que él para decir injurias, le respondia que «él era un bandido escapado de Ginebra, un mi-«serable, un tuno, un hablador, un salvaje, bueno so-«lamente para embaucar á los pasajeros en el Puente «Nuevo,... un mozuelo de una charla atroz,... un hi-«pócrita, un enemigo del género humano, un ener-«gúmeno cargado de orgullo y devorado por el odio, «un patan, un zoquete que bien podria subirse á pre-«dicar los humos del vino sobre una escalera...» Tales eran, entre ellos, las amenidades de estos grandes hombres.

El pretendido partido filosófico. Voltaire habia concebido un plan para establecer una liga ó conjuracion contra la Iglesia. Amigos pérfidos respondieron á su llamamiento, y de acuerdo con él se atribuyeron exclusivamente el buen nombre de *filósofos*, que es lo mismo que decir *amigos de la sabiduría;* de la sabiduría como ellos sin duda la entendian; esto era una profanacion y una mentira. La mayor parte hombres de talento, apoderáronse de

la opinion pública, distribuyeron á su antojo sus favores, y formaron un partido tan poderoso, que cualquiera que hubiese intentado luchar contra ellos estaba seguro de sucumbir. D'Alembert, Diderot, Helvecio, Montesquiu y mil otros se unieron para minar no solamente los fundamentos de la Religion, sino tambien de todo órden social, bajo pretexto de reformar el mundo. La verdad no tuvo ley alguna para estos abominables detractores de toda virtud: la mentira y la calumnia inundaron la Francia, preparando á las edades futuras la sangrienta herencia que han recogido desde hace medio siglo. Hasta entonces en esta nacion no tuvo la impiedad por sectarios declarados mas que algunos grandes, algunos ricos que afectaban no creer nada á fin de entregarse de una manera desenfrenada á la licencia de sus pasiones. El pueblo no habia aprendido aun á despreciar la fé de sus padres y hollar su Religion. Pero entonces el filosofismo pasó á las clases inferiores de la sociedad. La capital y las provincias viéronse inundadas de malos libros; se compusieron un gran número de ellos apropiados á todas las edades, sexos y condiciones; se compraron hombres para que los repartieran por los colegios y las campiñas gratuitamente; todo cuanto es imaginable pusose en obra para extender á lo léjos el veneno de estas funestas doctainas, Así, en pocos años, la falsa filosofía llegó á ganar el espíritu y el carácter de un gran pueblo; hizo nacer el egoismo en todas las clases; aflojó los lazos que unian á los hombres entre sí, y no les dejó otros principios de conducta, en vez de los de la Religion que les arrebataba, que el interés privado con sus mil fealdades y bajezas. Esto era marchar á grandes pasos hácia un desconcierto y trastorno general, que de las ideas debia pasar á los hechos: los filósofos lo sabian bien, esta era su última intencion, pero no lo confesaban todavía, y por entonces

su política consistia en cubrir de flores el abismo en que habian de precipitar á la Francia y á la Europa.

La corte de Luis XV. Esto no fué porque hallasen en el monarca que gobernaba la nacion un apoyo que en vano solicitaron. La corte entonces ofrecia el mas hermoso modelo de una piedad ejemplar. La reina María Leckzinska, hija de Estanislao, rey de Polonia, y los príncipes sus hijos, en medio del fausto y las grandezas de la tierra representaban las virtudes cristianas mas fervorosas. En circunstancias tales los enemigos de la Religion no podian tener acceso cerca la familia Real, y fueron constantemente alejados. El mismo Luis XV, aunque entregado á vicios vergonzosos, tenia en el corazon sentimientos demasiado religiosos para mirar con buen ojo tantos esfuerzos y maniobras contra la Iglesia; no cesó de rechazar con indignacion todas las proposiciones que se le hicieron, todas las lisonjas de que le rodeaban para asegurarse la autoridad de su aprobacion y de su benevolencia hácia el filosofismo; y á esta firmeza, que sin embargo no llegó al punto de hacerle tomar las medidas de rigor necesarias en caso semejante, debió sin duda su odio y su afectado desprecio. Príncipe desdichado, nacido con inclinaciones castas y virtuosas, durante mucho tiempo el mejor de los reyes y el mas querido de sus pueblos, sucumbió al fin, por no desprenderse á tiempo de unos cortesanos corrompidos, ávidos de reinar en su nombre, que asestaban incesantemente los mas rudos golpes á su virtud. Nada olvidaron ni dejaron de poner en juego para corromper su corazon; en la historia se hallan consignados los indignos manejos tramados con este criminal intento. Dios permitió que sucumbiese y diera al mundo entero el escándalo de una vida disipada y voluptuosa; pero al menos reconocia su desdicha, y trató muchas veces de sacudir las cadenas en que sus pasiones le habian sujetado. La heróica resolucion de su hija, la prince-

sa Luisa de Francia, contribuyó mas que todo á hacerle abandonar sus desórdenes, y es muy creible que debió á ella la piedad de los últimos instantes de su vida. Nacida en las gradas del trono, educada en la delicadeza y en los placeres de la corte mas brillante del universo, la princesa Luisa supo comprender la nada de las cosas humanas, incapaces de satisfacer á una alma inmortal, entró en el monasterio de Carmelitas de San Dionisio (1771), donde vivió mucho tiempo entregada á la penitencia y á la mortificacion, sumisa á todas las observancias de una regla austera, y no distinguiéndose de las demás religiosas sino por una humildad mas profunda.

Rechazados de la córte, los filósofos hallaron tambien obstáculos por otro lado. Á cada nueva acometida contra la Religion se oponia una defensa sólida y perentoria, y bien que los autores fuesen desconocidos ó de una mediana celebridad en las letras, no dejaron de causarles los mas grandes embarazos. Tales fueron entre otros el abad Bergier en la obra intitulada *El deismo refutado por sí mismo*, y el espiritual ó místico abad Guénée en las *Cartas de algunos judíos*, que tuvieron un éxito asombroso, y ocasionaron á Voltaire, arrancando la máscara á sus imposturas, arrebatos de cólera tanto mas violentos cuanto que ignoraban la mano de donde partian estos golpes pesados y terribles. Es verdad que fueron indemnizados de este doble descalabro por la acogida hecha á sus doctrinas en los países extranjeros. Sus libros, leidos y admirados en las cortes de Rusia, Prusia, España, (1) y Portugal, le atrajeron una multi-

(1) Las ideas del monarca, que lo era entonces Cárlos III, nada tuvieron de comun con la marcha de estos sucesos, porque era sumamente religioso, prudente, justificado en sus resoluciones y de conducta muy honrada; pero sus consejeros, entre ellos el conde de Aranda, que vivia en íntimas relaciones con D'Alembert, Condorcet y otros, fueron causa de que su reinado fuese poco favorable á la Iglesia, y que el volterianismo se introdujese en su corte. (*El Traductor.*)

tud de discípulos en estas diferentes regiones. Pueden hacerse notar aquí, de paso, las extrañas contradicciones y la ofuscacion en que caen los hombres cuando se apartan de Dios para ir en pos de las inspiraciones de la naturaleza corrompida: porque estos mismos escritos tan ensalzados, tan ponderados, devorados apasionadamente por los grandes de tantos reinos, contenian en sustancia y en su gérmen el decreto de muerte que, veinte ó treinta años despues, debia ejecutarse sobre ellos en medio de las revoluciones. Pero entonces lo disimulaba todo un entusiasmo insensato: la serpiente, que se reanimaba en su seno, hundió al fin su diente mortal, y ya no hubo remedio; era demasiado tarde.

Expulsion de los Jesuitas en Francia y en otros paises. 1759-1767.

El principio de orgullo, sobre que descansaba el filosofismo del Siglo XVIII, exigia su aplicacion regular lo mismo en el órden temporal que en el de la Religion; era necesario, para derribar el altar, destruir desde luego el fundamento social establecido, prestándose uno y otro mútuamente un decidido apoyo (2). Como hombres hábiles, los filósofos habian comprendido la necesidad, antes del ataque definitivo, de desasir este doble objeto de sus defensores: quedó, pues, resuelta la ruina de los Jesuitas. En efecto, estos religiosos, tan humildes en su conducta interior, tan obedientes á sus superiores y á la Iglesia, tan opuestos al espíritu del mundo, se presentaban en todas partes como los intrépidos vengadores de Dios y de la sociedad. Prontos en acudir á la brecha al menor grito de alarma, no cesaban de repeler á los agresores; sus obras, tan sábias como bien escritas, se ponian frente á frente de cada error para combatirle,

(2) En las *Memorias del Marmontel* se lee todo el plan de la revolucion que habia de suceder, presentado antes por un filósofo de la época, Champfort, amigo y confidente de Mirabeau. (Véase la edicion del abad A. Foulon, pág. 362).

de cada peligro para enseñarlo. Tenian, á causa de esto, el insigne honor de ser igualmente el blanco de las calumnias de los pretentidos filósofos y de los herejes. Del interior de Portugal un hombre manchado de crímenes, que llegó á merecer la confianza de su rey, dió la señal del golpe decisivo: implicó á los Jesuitas en una conspiracion tramada contra la vida del monarca, despues de haber esparcido contra ellos por toda la Europa una multitud de libelos infamatorios. Despues pidió al Papa su supresion. No habiendo podido obtenerla, hizo rodear sus conventos por los soldados, que los arrestaron y condujeron á horribles calabozos, de donde se los sacó bien pronto para meterlos, *sin juzgarles*, en unos buques que los arrojaron, despojados de todos, sobre las costas de los Estados romanos; muchos de ellos fueron condenados públicamente á muerte, como culpables de lesa majestad. Tal fué la obra del Marqués de Pombal, en Lisboa, el año 1759, la que excitó una indignacion general en Europa.—Con todo, un ministro digno de imitarle siguió bien pronto este ejemplo en Madrid: el Conde de Aranda hizo proscribir de todas las posesiones de España á los enemigos de la falsa filosofía (1), y la Francia no tardó en seguir sus huellas, merced al Duque de Choiseul, partidario de las nuevas ideas. Este Ministro hizo igualmente expulsar los Jesuitas de esta nacion, donde tantos y tan eminentes servicios habian prestado, donde educaban é instruian la

(1) Como los enemigos mas tenaces y temibles del volterianismo eran los Jesuitas, sobre estos cayó todo el peso de su venganza y encono, induciendo al rey Cárlos III á que decretase su expulsion; cuyo príncipe escribió de su puño el decreto, y mandó á los gobernadores de cada provincia las cartas de aviso, con la órden de abrirlas á cierta hora y en lugar determinado. Esta órden decia así:—«Os revisto de toda mi autoridad, y «de todo mi poder Real, para que en el instante, ayudado de «fuerza armada, os trasladeis á la casa de los Jesuitas. Os apo«deraréis de todos los religiosos, y en calidad de prisioneros «los haréis conducir al puerto que se os indica, en el improvo-

juventud con un éxito que atraia á sus escuelas á los extranjeros de todos los países. Sin oirles, sin admitir sus quejas ni sus súplicas, en un plazo tan corto que apenas hubiese bastado para instruir un proceso particular, sus reglas fueron declaradas sacrílegas, impías, atentatorias á la Majestad divina, por hombres que no creian en Dios, y cuyos disignios eran un atentado interminable contra toda religion; y, bajo pretexto de tan odiosas como imaginarias calificaciones, su colegios se cerraron, fueron destruidos sus noviciados, confiscados sus bienes y anulados sus votos. Esto sucedia tres años despues de la memorable hazaña del Marqués de Pombal, en 1762. Sus jueces fueron cási todos miembros del Parlamento jansenistas, que se alegraron de que se les presentase esta ocasion de poder manifestar su ódio contra

«gable término de veinte y cuatro horas, donde serán embarcados en los buques dispuestos al efecto. En el momento mismo de la ejecucion selleréis los archivos de la casa y papeles particulares de los individuos, sin permitir á ninguno de estos que lleven consigo mas que sus breviarios y la ropa blanca absolutamente precisa para la travesía. Si despues del embarque existiese, ó quedase, aun en esa ciudad un solo jesuita, *aunque sea enfermo ó moribundo*, respondereis con vuestra cabeza.—Yo el Rey.»—No cabe cosa mas brutal y despótica. Compárese esta expulsion con la de los judíos y moriscos.—«Por un efecto de la divina Providencia el Conde de Aranda fue tratado por Godoy lo mismo que él habia tratado á los Jesuitas. Con motivo del célebre consejo habido en Aranjuez el 14 de marzo de 1794, en el que se trató de hacer la guerra á Francia, el nuevo favorito Godoy estuvo por la afirmativa, y el Conde opinaba por la neutralidad armada. Este dirigió á aquel serias reconvenciones, y no falta quien asegura que llegó hasta el extremo de enseñarle los puños. De regreso Aranda á su casa, se presentó en ella el gobernador del sitio, el cual le ocupó los papeles, como él los habia hecho ocupar á los Jesuitas; le hizo entrar brutalmente en un coche sin tomar alimento, como él habia hecho con los Jesuitas; y le hizo conducir atropelladamente á su destierro de Jaen, como él habia desterrado á los Jesuitas. ¡Cuán cierto es que si no hubiera Providencia habria que inventarla! (*La Fuente, Historia eclesiástica de España*, tom. III).—Los mismos que llevaron á cabo la expulsion de los Jesuitas, la motivaron en la necesidad de mirar por la seguridad del Estado, como si estuviese en sus manos el poder, o gozasen de una gran influencia política. Por lo que hace á nuestra opinion, la expulsion de los Jesuitas fué además consecuencia de la envidia, por las inmunidades, exenciones y riquezas que gozaban. (*El Traductor*).

los que habian combatido tanto tiempo sus errores y desenmascarado ó descubierto sus subterfugios. En esta condenacion monstruosa todo fué efecto de la cólera y de la venganza: las primeras reglas del buen sentido, los principios mas sagrados del derecho fueron en ella despreciados y hollados. En cuanto á las víctimas, aceptaron este nuevo rasgo de semejanza con el Dios cuyo nombre llevaban; y mientras que se les reprochaba audazmente y de una manera infame hallarse entregados al vicio y á una moral relajada, que habian detestado siempre, no pudo lograrse de ellos un juramento reprobado por su conciencia. El ejemplo de la confiscacion y de la mas odiosa injusticia cometido por Gobiernos legalmente establecidos, debia alentar bien pronto á los revolucionarios triunfantes con semejantes medidas, aplicadas en grande escala á la sociedad entera, y desde luego á los mismos que se habian convertido en verdugos de los Jesuitas. Cuando el mal viene de arriba no se detiene en el camino; se extiende á todos los eslabones del órden social, descendiendo hasta los últimos peldaños, y una vez allí el vicio, el ódio y la venganza ocupan el lugar de la virtud, de la humanidad y del amor.

Esta persecucion no bastó á apagar la vengativa saña y el aborrecimiento de los falsos filósofos, con los cuales se habian unido en esta circunstancia los jansenistas: tentaban poder lograr del Soberano Pontífice el decreto de la solemne y formal supresion de toda la Órden. La Iglesia romana poseia en diferentes reinos tierras que los reyes en diversas épocas habian cedido como gratificacion á la Cátedra de san Pedro: los culpables ministros que hemos mencionado, obrando de concierto, las confiscaron, y los embajadores de los monarcas cerca la corte pontificia tuvieron órden de declarar que no serian restituidas sino cuando quedasen abolidos los Jesuitas; que su aniquilamien-

to era el único medio de restablecer la union y concordia entre la Santa Sede y las cortes extranjeras. Clemente XIV vaciló mucho tiempo, dió largas entreteniendo el negocio, y buscó todos los medios de salvar los religiosos perseguidos. Pero, al fin, estrechado con mas instancia que nunca, el dia 21 de julio de 1773 dió un breve que suprimia la Compañía de Jesús. La impiedad batió palmas, y saludó la aurora de los malhadados tiempos cuyo punto de partida acababa de sentar: desde aquel momento el mundo cristiano, privado de su mas activa defensa, era entregado en sus manos, y esta primera victoria era para ella prenda segura de otros triunfos y de ruidosos acontecimientos.

Las sociedades secretas. Los francmasones.

En la misma época trabajaba nuestras ciudades otra causa de disolucion. Una sociedad numerosa y fuerte tenia en secreto reuniones tenebrosas que bajo todos los medios se ocultaba á la vista pública, y era conocida con el nombre *francmasones*. La Inglaterra habia arrojado sobre nosotros el espíritu de irreligion, que nació en su seno inmediatamente despues del protestantismo, y nos envió tambien esta peligrosa y dañina innovacion en 1725. Hasta aquí ha sido difícil penetrar enteramente el misterio con que se envuelven los francmasones; sin embargo, se ha demostrado por confesion de algunos de sus miembros, y sobre todo por las actas de esta sociedad, que su objeto es debilitar la Religion y fomentar en los Estados las turbulencias y la anarquía en provecho de un interés oculto que jamás se revela. Tambien es cierto que han jurado un odio irreconciliable á la familia Real de Francia, y en general á toda la casa de Borbon, que ellos consideraban justamente en esta época como protectora nata de la fé católica y del órden social. Estos misterios de iniquidad no son conocidos de todos los miembros: la mayor parte se afilian en este partido por los socorros que se les aseguran

caso de necesidad, por una clase de fraternidad engañosa que á lo que mas tiende es á hacer solidarios de los crímenes unos á otros; solamente á los iniciados, experimentados durante mucho tiempo, y llegados á los primeros puestos despues de una multitud de juramentos, se levantan los últimos velos del misterio. Desde su aparicion la francmasonería fue denunciada á los príncipes como subversiva de los Estados, y señalada á su vigilancia por todos los hombres pensadores. Concibiéronse las mas vivas alarmas sobre sus designios cuando afectó dar á conocer los hombres que componian sus lógias ó reuniones: las formaban todos los impíos, todos los demagogos, todos los filósofos anticristianos de aquella época, como Voltaire, Condorcet, Lalande, Volney, Mirabeau y cien otros de su calaña. Así fué que los soberanos pontífices Clemente XII y Benedicto XIV, despues de haber tomado muchos informes y noticias respecto á esto, condenaron á todos los frailes á salirse de las sociedades secretas, y prohibieron á cualquiera otra persona, bajo pena de excomunion, lo mismo que á los religiosos, el que solicitasen ser del número de los afiliados. El anatema no por esto detuvo el contagio en los países que tanto empeño habia en pervertir; fué ganando terreno en todas partes, envolviendo á toda la Europa en una red de conspiradores que solo esperaban la señal para obrar.—Esta señal salió de Francia. En el momento en que el virtuoso monarca Luís XVI acababa de subir al trono, el filosofismo iba á dar, al fin, la última mano ásta obra de corrupcion y de destruccion, que preparaba con tanto ardor y perseverancia (1774). Nosotros verémos la obra, y asistirémos á esta nueva edad de oro tan brillante y pomposamente anunciada. El párrafo que vamos á empezar nos dará una idea aproximada de esta nueva vida de delicias y felicidades. ¡ Pobre Francia, cuanto padeciste entonces!

§ III.

Revolucion francesa.—Año 1789 y siguientes.

El objeto especial de esta historia no es precisamente describir ó referir los acontecimientos políticos tan numerosos y tan graves que se sucedieron en Francia y en Europa desde fines del siglo XVIII. No vamos á tratar este asunto sino en lo que tiene relacion con la Iglesia, y á esto nos circunscribirémos exclusivamente. Manifestamos desde luego con monsieur de Maistre, genio ilustre: «Que lo que distingue «á la revolucion francesa, y hace de ella un acontecimiento único en la historia, es que es *radicalmente* mala: el ojo del mas profundo observador no sabria ver en esta revolucion elemento alguno bueno; «porque es la corrupcion en su mas alto grado, es la «pura impureza.» El que se separa solemnemente de Dios, de la Iglesia y de la virtud para gobernar á los pueblos, cae sin remedio en estos abismos.

Preparábanse, pues, en Europa espantosos trastornos, y sobre todo en Francia. Hemos señalado de ello dos causas: el filosofismo antireligioso, que extinguia en toda el alma el sentimiento del deber y la necesidad del respeto, y las sociedades secretas, cuyo objeto directo era trastornar y cambiar por completo la sociedad antigua, ó el órden social establecido. Á estas causas principales debemos añadir una tercera, por lo demás enteramente secundaria, que en cierto modo dimanaba de las dos precedentes, es decir, los extraños abusos de la administracion civil cási en todos los ramos. Los que gobernaban á los pueblos, gangrenados por la impiedad que habian acogido, fomentado y desarrollado en tordo suyo, de la que, hicieron un hermoso juego de habilidad y un aristocrático pasatiempo, no comprendieron los cargos y

deberes que impone la autoridad, queriendo solo sacar de ella las dulzuras: rebelados ellos mismos contra Dios y contra la verdad cristiana, dieron á la Francia un ejemplo que fué imitado, revolucionándose á la vez contra sus gobernantes. Un principio cualquiera arrojado en la sociedad siempre germina; la irreligion engendra la tempestad revolucionaria. Los abusos eran, pues, demasiado positivos; las mismas instituciones habian envejecido, y ya no respondian á las necesidades presentes. Pero apresurémonos á decirlo, porque este punto es tan capital como evidente; una sabia reforma hubiese bastado para curar el mal, y se hubiese tranquilamente operado en un siglo menos cargado de ideas subversivas, y desembarazado de los perniciosos elementos que precipitaron á nuestro país hácia su ruina.

Luis XVI, animado de los sentimientos mas puros, se dejó persuadir de que una Asamblea general de la nacion podria poner término á los males de la patria, y arreglar sobre todo la situacion financiera, que iba empeorando de año en año. Se convocó, pues, inmediatamente la asamblea; el clero, la nobleza y el estado llano se reunieron en Versalles. Al momento se conocieron los intentos de los conspiradores, cuya audacia espantó á los hombres sensatos y honrados que formaban parte de los Estados generales. El pretexto del *patriotismo* cubrió de antemano todos los atentados futuros; para estos hombres la patria no era otra cosa que su individualidad. Dióse principio por cambiar el órden de cosas de los antiguos Estados generales, asegurándose los votos de la mayoría del estado llano, compuesto en gran parte de hombres ambiciosos, decididos á todo para vengarse de la humillacion que su clase habia sufrido por espacio de mucho tiempo. Estos legisladores improvisados, dueños así de los sufragios, empezaron sin empacho ni conciencia por la confiscacion: declararon que los

bienes eclesiásticos pertenecian al estado; que se suspendian provisionalmente los votos monásticos; y poco tiempo despues se pusieron en venta los bienes de la Iglesia, tasados en cuatrocientos millones, y en seguida se suprimieron las Órdenes religiosas. Habia entonces en Francia mas de doce mil abadías, conventos, prioratos y otros monasterios de ambos sexos. Estas casas, fundadadas sucesivamente por la piedad de los reyes, de los príncipes y de los particulares, prestaban los mas importantes servicios, y además tenian, lo mismo que cada particular, el derecho natural de residir en el país, conformándose y sometiéndose á sus leyes. Diseminadas en las ciudades, en los campos y hasta en medio de los bosques, eran asilos enteramente abiertos á la virtud y á las ciencias. Se les imputaron algunos abusos, á fin de herirlos con cierta apariencia de derecho; ¡como si hubiese sido necesario incendiar toda una poblacion solo porque un mal ciudadano nació en ella por casualidad! ¡como si los miserables que reprochaban estos abusos se mostrasen tan puros, escrupulosos y justos cuando con la espada en la mano degollaban sin piedad, sin formacion de causa y sin motivo millares de mujeres, de ancianos, de niños, de paisanos, de operarios ó trabajadores, un rey, una reina y una princesa de diez años de edad, que consumieron á fuego lento por medio de un tormento cotidiano en un infecto calabozo! La mayor parte de estas santas casas encerraban monumentos antiguos, depósitos literarios y otros objetos preciosos. Estos numerosos y admirables establecimientos, tan queridos de la juventud, del infortunio, de todas las clases sociales, desaparecieron con todo lo que poseian. En vano los obispos reclamaron en nombre de la Religion y de la justicia ultrajadas; sus clamores fueron ahogados, é inútiles sus representaciones. El mal no tardó á empeorar: la sangre corrió por las calles de París, don-

de una fraccion del pueblo amotinado se habia apoderado de la Bastilla, y entregándose contra los defensores de esta fortaleza á actos de inaudita ferocidad. Ensoberbecidos los facciosos con este fácil triunfo, esparcieron entre la multitud las noticias mas absurdas á fin de asegurarse una completa victoria, y prepararse á degollar los bandidos imaginarios señalados al público encono. Estos bandidos eran los hombres pacíficos que querian oponerse al desbordamiento de la anarquía.

Destruido el órden monástico, dirigiéronse los tiros á la misma Iglesia: jurisconsultos imbuidos de un espíritu anticatólico, que algunos sabian disimular, redactaron en nombre de la Asamblea un plan de reforma conforme con los principios que querian hacer prevalecer. Reducian desde luego, de su autoridad particular, á ochenta el número de ciento treinta y cinco obispos que habia en Francia, con arreglo al nuevo número de departamentos formados de las antiguas provincias; los cabildos, abadías, prioratos, capellanías y beneficios estaban suprimidos. Se estableció que los futuros obispos pedirian la institucion canónica al metropolitano ó al prelado mas antiguo de la provincia, y no al Papa, conforme lo exigia una disciplina establecida y aceptada hacia tantos siglos: el único acto de sumision á la Santa Sede que se les permitió fué el dirigir una carta al Soberano Pontífice en el acto de su instalacion, para dar testimonio de su comunion con la Iglesia de Roma. Se determinó que la eleccion de los obispos y de los curas estaria confiada á los colegios electorales, y que los vicarios serian elegidos por los curas de entre los sacerdotes ordenados ó admitidos en la diócesis, sin necesidad alguna de la aprobacion episcopal. En fin, se especificó que el obispo no podria ejercer ningun acto de jurisdiccion, en lo concerniente al gobierno de la diócesis, sin haber conferenciado antes con los vi-

Constitucion civil del clero. 1790

carios generales, los cuales estaban tambien investidos de una parte de la jurisdiccion episcopal. Tales eran los principales artículos adoptados por la Asamblea. A este reglamento ó decreto se le denominó *Constitucion civil del clero.* Minando los fundamentos de la autoridad de la Iglesia, apenas fué publicada cuando por todas partes se la rechazó como cismática, negándose á someterse á ella; y de ciento treinta y cinco obispos solo cuatro la admitieron y prometieron observarla. El Rey tuvo la debilidad de sancionarla; mas bien pronto se arrepintió de su culpable condescendencia; revocó su consentimiento, y nadie pudo despues arrancárselo. Irritada la Asamblea de hallar una resistencia que no esperaba, decretó que todos los eclesiásticos que en el término de ocho dias no hubiesen prestado juramento á su *Constitucion civil* se consideraria ó entenderia que renunciaban á sus funciones. El mayor número permanecieron firmes y prefirieron la persecucion, el destierro y perderlo todo á la desdicha de hacer traicion á la Iglesia. Declaróseles despojados de sus títulos, y se apresuraron á reemplazarlos con los que habian quebrantado su fé; se enviaron obispos y curas intrusos á muchos lugares, y cuando las poblaciones cristianas se negaban á admitirlos, se les ponia en posesion de sus dignidades por medio de fuerza armada; los paisanos eran arrastrados violentamente á asistir al oficio divino celebrado por estos pastores mercenarios, y muchos en esta ocasion sufrieron el martirio, habiendo preferido sucumbir á los golpes que ceder á la impiedad. El cielo en muchas ocasiones manifestó su cólera; en prueba de ello citarémos un solo hecho. El obispo intruso de Poitiers cayó muerto de repente en medio de su consejo, en el momento que iba á firmar el entredicho de los sacerdotes que habian permanecido fieles. Una bula del papa Pio VI, condenando de una manera absoluta la Constitucion,

hizo volver al buen camino á algunos presbíteros *jurados* ó renegados (así eran llamados los que se adhirieron á la injusta reforma), y entraron de nuevo en el seno de la Iglesia.

Persecucion durante la revolucion.

Una vez colocado el hombre en la senda del crímen y de la violencia, es casi imposible detenerle. Así fué que estos excesos no satisfacieron aun á los facciosos; era preciso, segun la expresion de uno de ellos, el demasiado célebre Mirabeau, *descatolizar* la Francia. Otro, el apóstata Cérutty, decia al dar su último suspiro: «El único sentimiento que me queda al morir «es el dejar aun una religion sobre la tierra.» Lo que querian era poner en ejecucion el plan de los falsos filósofos, reemplazando la fé católica por el público teismo. Todavía no se contentaban con esto. Despues de haber sorprendido la ciudad de Aviñon, que pertenecia al Papa, y asesinado á seiscientos habitantes culpables de fidelidad, extendieron sus furores á todos los departamentos. En Brest fué publicamente adorada una imágen ó retrato de Mirabeau por el pueblo y por las autoridades; asesinaron horriblemente á un cura de la diócesis de Evreux por haber ocultado los vasos sagrados; en Angers trescientos sacerdotes fueron encarcelados y tratados con la mas odiosa inhumanidad; en otros puntos se robaron los cementerios, cavándolos, y extrayendo la tierra y los despojos mortales para abonar los campos; la catedral de Puy, monumento admirable de la fé de nuestros padres, fué en parte incendiada: decretóse, en fin, la abolicion de toda costumbre eclesiástica. El Rey mismo no quedó al abrigo de la audacia de estos sicarios: cuando partia para Saint-Cloud, á fin de acercarse á la mesa eucarística durante la festividad de la Pascua, fué detenido su carruaje, y le forzaron á permanecer en París. Este desventurado Príncipe habia sido conducido á dicha ciudad, desde el año 1789, por una tropa de bandidos pagados por Felipe, du-

que de Orleans. Este hombre á quien sus crímenes han condenado á la execracion de la posteridad, fué uno de los agentes mas atractivos de la revolucion; puede decirse tambien que fué el alma de ella, y que á él son debidos todos los excesos que se cometieron en esta época lamentable: aspiraba á subir al trono, y con este criminal intento movió cuantos resortes pudo, por mas detestables que fuesen: corrupcion, libelos infamatorios, discursos calumniosos y mentirosos, todo lo empleó para preparar los ánimos en favor de su usurpacion.

Profanacion de las Iglesias. El movimiento revolucionario seguia su curso. Bajo el martillo de los profanadores cayeron mas de cuarenta mil iglesias, capillas y oratorios. Otras muchas iglesias fueron convertidas en habitaciones particulares, en almacenes, en guaridas de agiotistas y de usureros, en establos, en teatros, en sitios de reuniones populares, donde los asesinos aprendian á no temer nada, bajo el flujo de palabras de execrables bandidos que se daban exclusivamente el nombre de patriotas. En esta grande agitacion la hez de la sociedad habia subido á la superficie.—Las campanas, las cruces, los cálices, los vasos sagrados, los ornamentos sacerdotales, la plata labrada perteneciente á las iglesias, todo fué destruido, hecho pedazos, y robado por los representantes del progreso revolucionario. Solo de la diócesis de Nevers, que por cierto no fué la mas maltratada, el apóstata Fouché envió á París muchas remesas, una de las cuales componia mil noventa y un marcos de plata y oro, y otra consistente en diez y siete baules llenos de oro y plata robada á las iglesias. ¡Estas sacrílegas rapiñas eran recibidas por la Asamblea con los entusiastas gritos de *¡Viva la república!* ¡Parecia que en estos hombres ocupaban el lugar de la razon y de los principios sociales los

mas salvajes apetitos (1)!—Pero en medio de tantos horrores, ¡cuántos rasgos de virtud glorificaron al Dios de los Mártires! Sacerdotes, religiosos, religiosas, simples paisanos fueron la admiracion de los Ángeles por su valor, y obligaron á sus verdugos mismos á inclinarse ante ellos. Muchos de los sagrados ministros que se desterraron voluntariamente ó fueron deportados, edificaron con sus virtudes las naciones á las cuales la persecucion los habia conducido. ¡Admirable disposicion de la Providencia! Mientras que la Francia, víctima de los sofistas y de los demagogos, rechazaba de su seno á los que la habian salvado, estos hacian la edificacion y admira-

---

(1) Oigamos sobre esto á un protestante inglés.—«Bajo el pun«to de vista moral, apoderarse de la propiedad de los indivi«duos ó de las corporaciones es *violar los principios mas sagra«dos de la justicia*. Una expoliacion de esta naturaleza no dejará «de ser muy odiosa, aun cuando se pretenda que era necesaria «ó ventajosa al Estado, porque no hay necesidad alguna que «pueda legitimar la injusticia, ni ventajas para el Estado que «puedan compensar una violacion de la fé pública.» Precisamente cuando se verificaba el robo de los bienes del clero, Walter Scott escribia estas palabras: «Todos los sofismas de «Mr. Thiers y de otros escritores de la misma escuela no podrán «aniquilar ni menos destruir la fuerza de la razon.» (*W. Scott, Vida de Napoleon*, cap. 1).

—«Será, dice á su vez un publicista contemporáneo, será un «sofisma tan monstruoso como ridículo sostener, cuando se «querrá despojar al clero de sus riquezas, que él las habia usur«pado á la nacion. Las habia usurpado á los venados que pobla«ban los bosques de que la Francia (en otro tiempo) estaba cu«bierta, es decir, que las habia hecho salir de la nada, del mis«mo modo que hizo salir las almas de las tinieblas y la socie«dad del cáos. Cuando el jefe galo robó su manto de oro al Jú«piter de Delfos, diciendo que era demasiado frio para el in«vierno y demasiado caliente para el verano, no hacia mas que «una chanza de conquistador; pero cuando los políticos de la «Constituyente se apoderarán de los bienes de la Iglesia, re«prochándola haberlos usurpado, dirán un absurdo y cometerán la mayor ingratitud...» (*Granier de Cassagnac, Historia de las causas de la revolucion*, tom. I, pág. 244).

Es muy notable que los acontecimientos de 1848 hayan conducido á Mr. Thiers, despues de su justificacion del robo sacrílego de que hablamos, á defender los principios generales de la *propiedad*. Quisiéramos creer que esta honrosa enmienda es sincera...

cion del mundo, y preparaban por medio de sus virtudes á muchos pueblos herejes al arrepentimiento y abandono de sus errores. «Pocas personas, dijo el mi- «nistro inglés Pitt en un discurso que pronunció ante «el Parlamento, olvidarán la piedad, la irreprensible «conducta, la prolongada y dolorosa paciencia de es- «tos hombres respetables. Arrojados de repente en «medio de un pueblo extranjero, distinto por su re- «ligion, su idioma, sus costumbres, sus usos, se han «conciliado el respeto y la benevolencia de todo el «mundo por la uniformidad de una vida llena de pie- «dad, de decoro y de honestidad.

Por último, imposible seria creer que todos estos pillajes y robos de Iglesias, de conventos, de bienes eclesiásticos, tan injustos en sí mismos, hayan aprovechado á la Francia, y pagado, como se decia, las deudas del Estado. Estas deudas en 1789 apenas llegaban á la cantidad de dos millones. ¡La revolucion, segun cuentas exactas, ha devorado solo en diez años, de 1789 á 1799, *once mil seiscientos sesenta y un millones*! sin contar el enorme déficit que ha dejado y la bancarota que hizo. ¿Qué ha sido, pues, de todos estos bienes? Nadie puede decirlo: se han derramado como la sangre de las víctimas en los corrompidos lupanares de la demagogia. De estos tiempos y de estos hombres es bien permitido decir con el Profeta-Rey· *Han amado la maldicion, y ha caido sobre ellos; no han querido la bendicion, y se ha alejado de ellos... Se han revestido de la maldicion como se viste un traje; ha entrado en ellos como un agua penetrante; como un aceite se ha esparramado por sus huesos.*

Degüellos de Setiembre, 1792.

Un número considerable de franceses, siguiendo los pasos del Conde de Artois, hermano segundo de Luis XVI, y de los príncipes de la casa de Condé, fueron á buscar en países extranjeros un asilo que la patria les negaba. Resueltos á libertar la Francia de sus tiranos, con los cuales nunca la confundieron, habian

obtenido ya ventajas considerables en muchos encuentros, cuando los demagogos se aprovecharon de esta circunstancia para precipitar un crímen decisivo. Un gran número de sacerdotes fueron arrestados y hacinados en diferentes cárceles de París, en conventos ó seminarios transformados en prisiones, particularmente en los Carmelitas de la calle de Vaugirard, en el seminario de San Fermin y en la abadía de San German de los Prados. Durante la noche del 1.º al 2 de setiembre de 1792 se pregonan en París los proyectos de los emigrados; ciérranse las puertas de la ciudad, sácanse los cañones, tócanse las cornetas, se invita á todos los ciudadanos á salir al socorro de la Champaña invadida. Pero infames emisarios mezclados entre la multitud gritan al pueblo: «¡Corremos á los prisioneros, degollemos á los prisioneros; ellos son nuestros verdaderos enemigos!» Y el grito fatal de «¡Degollemos á los prisioneros!» se repite por todos los ámbitos de la ciudad. Al mismo tiempo los asesinos se introducen furtivamente en los corredores y en los claustros del convento del Cármen, donde los eclesiásticos eran en mayor número: á una señal dada debian lanzarse sobre sus víctimas, que hicieron levantar precipitadamente al despuntar el dia, y bajar al jardín. Apenas acababan de entrar en él cuando las puertas se abren con estrépito, y una multitud desenfrenada, ávida de sangré, se precipita sobre ellos gritando: «¡El arzobispo de Arlés!... ¡el arzobispo de Arlés!» Este santo Prelado dijo entonces á sus compañeros: «Demos gracias á Dios, señores, porque nos llama á sellar con nuestra sangre la fé que profesamos.» Un sacerdote, en su nombre y en el de todos los detenidos, pide ser juzgado, y se le contesta con un pistoletazo que le hiere en una espalda. El arzobispo es bárbaramente asesinado, y los demás prisioneros perseguidos hasta dentro la capilla. A la entrada de este jardín habia un emisario

con unos registros: hacia comparecer uno tras otro á los sacerdotes; les preguntaba si consentian en prestar el juramento á la Constitucion, y cuando se negaban á ello les enviaba á un corredor, en donde los verdugos los mataban á sablazos ó á golpes con barras de hierro. A cada nueva inmolacion se oian los gritos y aullidos que daban estos caníbales en prueba de su alegría. Mientras esto sucedia los sacerdotes oraban al pié del altar, aguardando que se les llamase para ir á la muerte: á la primera señal marchaban á ella sin quejarse, sin manifestar cobardía ni debilidad alguna, y espiraban invocando el nombre del Señor. —Las mismas sangrientas escenas se representaron en la Abadía, en San Fermin y en la Conserjería. Todavía se conserva una acta firmada por los magistrados revolucionarios, concebida en estos términos: «Se da órden al tesorero de París de pagar «á los cuatro dadores de la presente la cantidad de «diez libras á cada uno por la ejecucion de los sacer- «dotes en San Fermin...» Estos asesinatos lo mismo tuvieron lugar en Lyon, en Versalles en Reims, en Meaux; y el departamento de la Côte-d'Or se distinguió en estas feroces y sacrílegas carnicerías.

La Convencion. 1792.

La Asamblea nacional en 1791 cedió el puesto á la Asamblea legislativa, y esta el año siguiente fué reemplazada por la Convencion. Uno de los primeros actos de la nueva Cámara fué el de abolir el trono ó el poder real, proclamar la república, y concentrar en ella todos los poderes del Estado. Luis XVI habia desgraciadamente olvidado, segun la expresion de san Pablo, que Dios le dió la espada para castigar á los malos y proteger á los buenos. La corona no era solamente un derecho; sino que este derecho imponia tambien deberes. Sitiado en su palacio de las Tullerías por un populacho amotinado (10 de agosto de 1792), se presentó volantariamente en el s no de la Asamblea legislativa á fin de evitar la efusion de san-

gre: los súbditos revolucionarios correspondieron á esta noble confianza de su Príncipe encerrándole con su augusta familia en la prision del Temple. Débil hasta aquí, sin resolucion alguna en su conducta política, el Rey mártir va á transformarse en la esclavitud en el mas grande y heróico de los hombres.

Asesinato del Rey 1793.

La Convencion le hizo comparecer á su tribunal. Luis se presentó ante sus jueces, mejor dicho, ante sus verdugos; los confunde con la nobleza de sus respuestas: pero no puede desconocer que va derecho á la muerte, y el dia de la Pascua de Navidad del año 1792 escribe un testamento admirable, monumento de la fe mas pura y de una generosidad sublime. En seguida, como se vió en una escritura hallada entre sus papeles, ofreció su familia y su reino al sagrado Corazon de Jesús. ¡En este Corazon adorable bebia toda la fuerza que necesitaba para poder aguantar tan continuados sufrimientos! El cáliz de amargura no estaba aun del todo apurado, puesto que bien pronto el infortunado Monarca oyó pronunciar á algunos mónstruos el decreto de su condenacion, ¡acto verdaderamente vandálico y contrario á todas las leyes existentes! Luis no perdió por esto su tranquilidad de espíritu, y como la sentencia debia ejecutarse al cabo de algunos dias, hizo llamar un confesor. Este fué el abad de Firmont, eclesiástico fiel que nunca consintió en prestar el juramento: confesó al Rey, le dió la Comunion la mañana misma del dia de su muerte, y quiso acompañarle al cadalso. Luis subió á un carruaje, dice un historiador, y fué colocado entre dos gendarmes, que tenian órden de matarle á puñaladas si se hacia el menor movimiento en su favor. Esta precaucion atroz fué inútil, y entre tantos millares de hombres, cuya mayor parte odiaban el parricidio que iba á cometerse, no se halló uno solo que se atreviese, no digo á sacrificarse, pero ni aun á declararse en favor de su rey. Un estupor univer-

sal habie helado los espíritus y cerrado los corazones. Luis únicamente era el que se manifestaba tranquilo en medio de las pasiones encontradas que agitaban á los espectadores: recorrió todo el trayecto orando, y nada fué capaz de alterar á una alma que solo se acordaba de Dios. Llegado al lugar del suplicio (que era la plaza de Luis XV, donde las fuentes levantadas por la usurpacion de 1830 manan, hace mas de veinte años, sin poder lavar la mancha de sangre...), la víctima real descendió del carruaje, se quitó ella misma los vestidos, y se dejó cortar el cabello. Al mismo tiempo le cogieron las manos para atárselas. Luis no esperaba esta violencia, y su primer movimiento fué el repeler á los verdugos. «Señor, le dijo el «abad de Firmont, esta humillacion es un rasgo mas «de semejanza entre V. M. y el Dios que bien pronto «os dará su recompensa.» Entonces él mismo alargó y presentó sus manos, luego marchó con paso firme á donde se hallaba el instrumento de su suplicio, y entre tanto su confesor exclamaba con entusiasmo: «¡Oh hijo de san Luis, volad al cielo!» En cuanto hubo subido sobre el cadalso se dirigió á la multitud, y dijo con voz firme y tranquila: «Franceses, muero «inocente de los crímenes que se me han imputado; «perdono á mis enemigos, y anhelo que mi muerte «aleje...» Á estas palabras un redoble de tambores apagó su voz, y le impidió continuar. Entonces presentó su cabeza al filo de la guillotina, y encomendando su alma á Dios recibió el golpe mortal. Era el 21 de enero de 1793: ¡dia eternamente nefasto para la Francia!

Terribles excesos de la revolucion.

Un escritor célebre ha dicho: «Cuando un rey cae «víctima de una revolucion, en el sitio que él ocupa«ba se abre un abismo sin fondo en el que se precipi«ta todo cuanto le rodea.» Esto se vió bien despues de la muerte del Rey mártir, Los cadalsos no bastaban para ejecutar á las víctimas condenadas á muer-

te el feroz Carrier, en Nantes, las ahogaba en el Loire por medio de barquillas armadas de válvulas que las hundian á centenares. Sumergió de un sola vez por este medio y en alta mar el número de mil quinientos entre hombres, mujeres y niños; hizo degollar á los habitantes de veinte y dos consejos. José Lebon estableció en Arras un tribunal que, en algunos meses, hizo caer millares de cabezas. Por todas parter no se veian mas que ejecuciones y asesinatos. La pequeña ciudad de Bedouin, cerca de Avignon, fué destruida, y degollados todos sus moradores. La misma Reina, despues de un horrible cautiverio en el que se la prodigaron toda clase de ultrajes, fue asesinada, lo mismo que el Rey, en 16 de octubre de 1793, á nombre de los bandidos que diezmaban la Francia, mientras que su hijo y su hija, encerrados bajo cerrojos, se veian atormentados, á pesar de su tierna edad, con los mas crueles tratamientos.

La ciudad de Lyon, habiendo querido resistir á los asesinos, fué sitiada, tomada por asalto, destruidos sus edificios, y sus habitantes diezmados, Las lavanderas del Ródano se vieron obligadas á trasladar de sitio sus lavaderos por no manchar los lienzos y sus manos en estas aguas teñidas de sangre. Luego, pareciendo demasiado gravoso el transporte de los restos de los ajusticiados ó asesinados, se colocó la guillotina sobre un puente, de manera que despues de la ejecucion los cuerpos eran inmediatamente arrojados en la corriente, donde los marineros y los pescadores encontraban incesantemente estos despojos humanos. Gracias á su asombrosa actividad, se habia llegado á decapitar cada dia en una sola ciudad de sesenta á ochenta presos. Con el fin de asesinar todavía con mas celeridad, se pensó en hacer las ejecuciones en masa, suprimiendo la formalidad inútil de un proceso, y se llevó á cabo. En cada pueblo del Lyonesado aun hoy dia se enseña el sitio donde tenian

lugar estas escenas de matanza, á las cuales solamente pusieron fin el cansancio de los verdugos y el tedio de los soldados. En Tolon se reprodujeron en cierto modo hasta el punto de exterminar la poblacion entera. Por hileras de doscientos y mas los habitantes de esta ciudad infortunada eran conducidos ante el plomo y la metralla. Un dia que por rara casualidad algunos se habian librado del fuego del cañon mortífero, se les gritó: *Los que no están muertos que se levanten; la república los perdona.* Levantáronse, en efecto, é inmediatamente fueron degollados sobre los cadáveres de sus compañeros.—Sobre todo á quienes se perseguia é inmolaba bárbaramente era á los sacerdotes y religiosos. Arrestados por todas partes, se les conducia de ciudad en ciudad, se les golpeaba, arrastraba, eran entregados á los insultos de un populacho desenfrenado, maltratados por sus conductores, encerrados en infectos y horribles calabozos, privados de las cosas mas necesarias, condenados á trabajos lo mismo que los forzados, y cuando no eran guillotinados se les metia èn buques demasiado angostos ó poco capaces para contenerlos. Mas de setecientos fueron así colocados en dos barcos de Rochefort, y perecieron en once meses las dos terceras partes.—La Francia formaba entonces dos campos, el de los asesinos y el de las víctimas... Durante diez años, poco mas ó menos, la historia del reino cristianísimo está escrito con la punta de una espada teñida en sangre. Nunca generacion alguna habia presenciado un espectáculo tan lamentable. El furor se llevó hasta tal punto, que se vió á los curtidores hacer vestidos de piel humana, y no hace mucho tiempo que aun en París se ha puesto en venta un volúmen procedente de esta época sangrienta, que estaba encuadernado en piel de dicha clase! ¡Aquí teneis, pues, la gran reforma prometida á la Europa por el filosofismo! ¡Esta es la renovacion del mundo,

anunciada por las sociedades secretas, que debia llevarnos á la edad de oro! ¡Hé aquí las obras que los sanguinarios novadores saben oponer á las del Cristianismo!... Estos eternos declamadores contra el despotismo de los reyes han hecho gozar desde su advenimiento, á nuestro glorioso país esta extraña libertad mediante la cual solo el crímen campeaba.

Por lo demás, los cuatrocientos ó quinientos mónstruos que ordenaban tantos horrores, hostilizándose mútuamente, se degollaban entre sí á fin de ocupar y sostenerse mas tiempo en el poder. Será un acto de eterno oprobio para la Francia el haber doblado ignominiosamente la cabeza al yugo de estos bárbaros. Hubo con todo, una provincia que protestó, y esta fué la heróica Vendée ó Vendia. Incomodados y disgustados de ver tantas infamias y sacrilegios, estos generosos y católicos paisanos toman las armas en nombre de Dios y del jóven hijo de Luis XVI, agonizante en un calabozo. Se rebelan noblemente contra los facciosos é insurgentes traidores á las antiguas leyes: quieren un rey que los gobierne, y no verdugos que los asesinen. La Convencion, amenazada por estos verdaderos patricios, tiembla al ver la dignidad humana levantarse tambien en las otras provincias, y presentarse á pedirla cuenta de sus crímenes. Reune todas sus fuerzas, marcha contra los vendianos, manda no dar cuartel, y, á fin de aislar completamente á la heróica provincia que osa hacerle resistencia, deja en los caminos y carreteras, en los pueblos, en las aldeas y en los lugares, algunos centenares de galeotes, presidarios y bandidos que toman el nombre de vendianos y chuanes, y mancillan estos nombres con los excesos que cometen. Esta medida, digna de semejantes hombres, les fué mas útil que todos los ejércitos. Estos seguian, sin embargo, avanzando contra los nuevos Macabeos. Arrojáronse sobre la presa que se les habia ofrecido; metiéronlo todo á

La Vendée 1793.

sangre y fuego; los pueblos, los lugares, los castillos, todo lo entregaron á las llamas; se asesinaba á sablazos, se ahogaba, se hacia pedazos á hombres, mujeres, niños y ancianos, sin respetar á nadie. Quince mil mujeres, veinte y dos mil niños fueron de este modo asesinados, añadiendo muchos cientos de miles de hombres muertos en el campo de batalla, en los caminos reales, en las haciendas y cortijos, y en los cadalsos (1).—A fin de que pueda apreciarse debidamente el espíritu de esta gloriosa insurreccion, citaremos

(1) No podemos resistir al deseo de citar las líneas siguientes, escritas por un autor de gran talento, á propósito de las guerras de la Vendée. — «Los años 1793 y 1794 vieron la Vendée «levantarse como un solo hombre. ¿No es lady Fairfax, cuan«do los verdugos de Cárlos primero de Inglaterra pretendian ha«cer á todo un pueblo solidario de su crimen, no es ella quien desde «lo alto de la tribuna les arrojó un mentís á la cara? ¡Los regici«das franceses quisieran tambien asociar toda la Francia al asesi«nato de su Rey, mas la Vendée protesta! Nombrar á los La Ro«chejacquelein, á los Lescure, á los Cathelineau, á los Bon«champs y á sus compañeros es renovar la memoria de los mila«gros obrados por el valor y la Religion. Decidme: ¿los Macabeos «eran por ventura mas grandes? ¡Cuánta magnanimidad en los «acontecimientos! ¡Qué estoicismo en los infortunios! ¡Cuánta «nobleza de alma en los paisanos y cuánta sencillez en los nobles! «Tres ejércitos republicanos vencidos, ocho batallas, millares de «combates parciales en los que los labradores triunfan armados de «hoces y guadañas y con los cañones tomados al enemigo: ¡hé «aquí la Vendée! Obligada á pasar el Loire, retrocediendo de«lante de los enemigos diez veces mas numerosos que ella, diez«mada por las enfermedades, detenida por el mar, vuelve á sus «hogares, coge en Dol su última palma para dar sombra á su se«pulcro, y muere. El suelo que habita se convierte en un desier«to. Que no se nos vuelva á hablar de las invasiones de los bárba«ros; porque la Convencion hace prisioneros á sus enemigos sobre «el campo de batalla para desde allí llevarlos al cadalso. En Save«nay *se fusila durante ocho dias seguidos;* las gabarras republicanas «en un solo mes abren en Nantes sus válvulas para sumergir y «ahogar á tres mil vendianos. De este modo es como se correspon«de al perdon de Bonchamps. Suéltanse jaurías de perros contra »los desgraciados que han ido á buscar un refugio en los bosques. «¡Qué mas! Déjanse en estas provincias presidarios y galeotes, «con órden de entregarse á todos los excesos apropiándose el «nombre de vendianos y chuanes, que así se quiere mancillar.— «Un siglo cobarde é infamemente incrédulo llamará fanáticos á los «vendianos, lo sabemos; porque *la lengua tiene estas palabras pa«ra manchar todo lo que es grande.*. ¡Que se orgullezcan, pues, los «habitantes de la Vendée de estos títulos de fanáticos y bandidos: «sublimes bandidos en verdad, puestos en el edicto del ateis«mo! han tomado ciudades, conquistado ochocientas leguas de

dos hechos. Un desgraciado del bajo Poitou se batió largo tiempo contra los soldados de la república; había recibido ya veinte y dos sablazos, cuando le gritaron: «¡Ríndete!» mas él respondió: «¡Devolvedme «mi Dios!» En este rasgo único tenemos la historia del duelo encarnizado que duró muchos años: la república blandiendo su sable sobre la Vendée, y gritándole: «¡Ríndete!» la religiosa Vendée defendiéndose con energía y hasta exhalar el último suspiro, respondiendo: «¡Vuélveme mi Dios!» Este diálogo es el resúmen mas patético de siete años de guerra, de doscientas pérdidas y recobros de ciudades, de setecientos combates parciales, de diez y siete batallas campales, en fin, de todos estos hechos memorables

«territorio; su heróico suelo ha devorado á los invasores: han «tenido en jaque á esta república terror de la Europa; cuando «ella exterminaba, cuando traspasaba á los niños con la punta de «sus bayonetas, ellos perdonaban; van á imponerle una capitula«cion vergonzosa, y no tienen pan, ni armas, ni disciplina... La «Vendée ha luchado contra la revolucion y defendido sus altares «y su Rey.» (*Jos. d' Avenel, Disc. sobre la Historia de la Iglesia*, tom. II, pág. 356.)

«He consultado detenidamente los libros de los griegos y de los «romanos, dice á su vez C. Nodier, el mejor crítico de nuestra «época, he leido la vida de tantos conquistadores, la crónica de «tantos imperios como han fijado sucesivamente las miradas y la «admiracion del mundo; y nada he encontrado tan digno de con«sideracion y respeto como la lucha de estos paisanos belicosos «contra el fanatismo revolucionarios del siglo XVIII, arrojado «sobre ellos con sus cañones, sus teas incendiarias y su guilloti«na. Esta es, si no me engaño, la mas grande, magnífica é impo«nente de todas las historias...» (*La Presse*, 14 julio 1842)

El general Foy, sin embargo de ser revolucionario, ha escrito: «La guerra de la Vendée ha revestido de un esplendor incompa«rable algunas páginas de nuestra historia. No se ha visto jamás «en parte alguna tan noble valentía y semejante unanimidad de «sacrificio.» (*Historia de la guerra de España.*)

Hemos insistido sobre este punto histórico, pero consuela un momento al lector cristiano de las infamias y horrores cuyo cuadro, ¡ay! bien incompleto, nos hemos visto precisados á desarrollar ante sus ojos. El honor de nuestra nacion demanda que tantas manchas sean limpiadas con alguna cosa... ¡Esta cosa es la Vendée!

Apenas puede creerse que un escritor francés, que se titula historiador, haya tenido recientemente el triste valor de hacer el blanco de sus calamnias á esta noble y santa figura de la Vendée, cuando las pasiones de este género debieran estar apagadas, ó por vergüerza ocultarse. Es verdad que este escritor se llama Mr. Michelet...

y brillantes que igualan á los mas grandes hechos de armas de la antigüedad.—El segundo suceso es el manifiesto de los generales vendianos, fechado en Fontenay el 27 de mayo de 1793.—«Nos acusais, se «lee en él, de trastornar nuestra patria por medio de «la rebelion; vosotros sois quienes, minando á la vez «todos los principios religiosos y políticos, habeis « proclamado los primeros que *la insurreccion es el* «*mas sagrado de todos los deberes;* y segun este prin- «cipio, que nos justificaria si la mas justa causa tu- «viera necesidad de ser justificada, vosotros habeis «colocado el ateismo en el lugar de la Religion, la «anarquía en el de las leyes, á hombres que son nues- «tros tiranos en el de un Rey que fué nuestro padre. «¡Nos reprochais el fanatismo de la Religion, vosotros «que el fanatismo de una pretendida libertad ha con- «ducido al último de los crímenes, vosotros que este «mismo fanatismo os incita todos los dias á hacer «correr arroyos de sangre en nuestra comun pa- tria!...»

Los indivíduos de la Convencion contestaron á este manifiesto con nuevos crímenes. Su general Wester- mann escribia al Comité de salud pública, despues de la batalla de Savenay, lo siguiente :—«Ciudadanos «republicanos, ya no hay Vendée. Ha muerto bajo los «golpes de nuestro sable libre, con sus mujeres y sus «niños. Siguiendo las órdenes que me habeis dado, «*he aplastado á los niños á los piés de los caballos, y* «*degollado á las mujeres*, quienes (al menos por lo «que hace á estas) no pariran ya mas bandidos. No «debo reprocharme haber hecho un solo prisionero. «*¡Todo lo he exterminado!* Los caminos están sem- «brados de cadáveres; hay tantos, que en muchos «parajes se ven amontonados en forma de pirámide. «En Savenay se sigue fusilando sin cesar..... No nos «tomamos el trabajo de hacer prisioneros, porque se- «ria necesario darles el pan de la libertad, *y la pie-*

«dad no es revolucionaria!...» ¡Y estas atroces misivas eran acogidas en París con bravos y aplausos; el Gobierno de entonces las manifestaba todo su reconocimiento, y las adoptaba como la expresion de su *patriotismo!*

Á estos detalles de horrorosas crueldades, la historia añade otros mas horribles todavía, que no solamente son de pública notoriedad, sino que han sido justificados por actas judiciales. La mayor parte de los miembros del Comité militar, en Vendée, encargaron á un curtidor de *Ponts-de-Cé* pantalones de piel humana. Los generales Beysser y Moulin el jóven fueron los primeros que hicieron de ellos un abominable trofeo. Estos hechos, apenas creibles, se hallan justificados en todas las deposiciones jurídicas de estos desgraciados tiempos. La revolucion se volvió loca de sangre y de crímenes. Esta horrenda maníaca, no solamente emprendió el despoblar la Vendée, sino que quiso hacer desaparecer tambien los animales y los frutos de la tierra, lo mismo que á los habitantes. Doce *columnas infernales* (así es como las ha llamado la execracion pública) la recorrieron en todas direcciones á las órdenes del general en jefe Turreau, para extinguir en ella, tanto los últimos vestigios de cultivo, como los últimos restos de poblacion. Se habia dado la órden, bajo pena de muerte, de destruirlo y anonadarlo todo, de hacer desaparecer la Vendée de la superficie de la tierra. Una horrible carestía, cuyos efectos se dejaban sentir en el campo republicano, reinaba en este año: ¡qué importa! los soldados debian entregar á las llamas los trigos de los graneros, los animales de los establos, sin saber como vivirian al dia siguiente. Era esto lo mismo que una rabia inexplicable é inextinguible, que por sus propios excesos se exaltaba en vez de aplacarse. Documentos incontestables, y que nunca han sido negados, atestiguan que la república, despues

de haber asesinado á los realistas, concluyó por matar hasta á los revolucionarios cuyo crímen consistia en haber nacido en la Vendée. —«Os escribimos llenos de desesperacion, decian los ciudadanos Carpenty y Morel, comisarios municipales de las columnas infernales, en una carta dirigida á la Convencion el 24 de marzo de 1794; pero es urgente que todo esto cese. Turreau pretende tener órdenes de aniquilarlo todo, patriotas y *bandidos*; todo lo confunde en la misma proscripcion. En Montournais, en los Epesses y en otros muchos lugares, Amey, general de brigada, hace encender los hornos, y cuando están bien calentados, manda arrojar en ellos á las mujeres y á los niños. Le hemos hecho, sobre este asunto, la conveniente representacion, y nos ha contestado que así era como queria la república *hacer cocer su pan*. Al principio han sido condenadas á esta clase de muerte las mujeres *ladronas*, y nada hemos dicho; mas los gritos y lamentos de estas miserables han divertido tanto á los soldados y á Turreau, que han querido continuar estos alegres pasatiempos. Faltándoles ya las hembras de los realistas, se dirigen á las esposas de los verdaderos patriotas. Ha llegado á nuestra noticia que veinte y tres de ellas han sufrido este horrible suplicio, y su culpa consistia únicamente en haber, como nosotros, adorado la nacion. La viuda Pacaud, cuyo marido fue muerto por los *bandidos* en Chatillon cuando se dió la última batalla, ha sido arrojada con sus cuatro hijos pequeños en un horno. Hemos querido, en vista de este atentado, interponer nuestra autoridad y los soldados nos han amenazado con hacernos sufrir la misma pena...»

¿Se ha visto nada semejante entre los caribes? (1).

---

(1) Antiguos habitantes de las Antillas extremadamente feroces. *(El Traductor)*.

Pareceria en verdad que la revolucion habia querido en el espacio de ocho años reunir todos los horrores cometidos desde el principio del mundo, para rendir con ellos homenaje á su autor, el filosofismo. ¡Homenaje, por cierto, bien digno del uno de la otra! Robespierre, el rey de la época, decia que todos los que pasaban de la edad de veinte años en el momento que él subió al poder, debian morir sin excepcion, porque siempre echarian de menos los tiempos antiguos. Por lo demás, añadirémos como último hecho, que ha sido imposible, aun á la revolucion, citar un jefe ó voluntario realista que se haya enriquecido en el despilfarro de todas las fortunas, del que ha dado ella la señal y el ejemplo. La historia de la causa vendiana se lee, digámoslo así, palabra por palabra en la sagrada Escritura, en los capítulos I y II del libro de los *Macabeos*. Allí es donde debe buscársela.

Nada quedaba ya por hacer contra los hombres; pero la medida de los atentados no estaba colmada todavía mientras que permanecia en pié un altar consagrado al Dios de toda justicia y de toda santidad. La Convencion abolió, pues, por un decreto solemne la religion cristiana, y proclamó el culto de la Razon. En Nuestra señora de París se celebró la primera fiesta de esta funesta divinidad. Una vil cómica, sentada en el tabernáculo, recibió el incienzo de la multitud, y se hizo llamar la reina de los dioses (10 de noviembre de 1793). Una parte de la Francia imitó el ejemplo de la capital: fiestas impuras reemplazaron á nuestras santas solemnidades, y sacrílegos homenajes se rindieron á la perversidad. Viéronse renovadas todas las abominaciones del paganismo; los ornamentos sagrados, arrastrados con irrision y escarnio por las calles, sirvieron de juguete al populacho; las estátuas y las imágenes de los santos fueron mutiladas: la cruces derribadas y demolidas ó enajenadas las casas de beneficencia y de caridad cristia- Culto de la razon.

na. Durante este tiempo, Robespierre y sus cómplices acabaron de inmolar lo único que quedaba en su poder de la familia augusta de nuestros reyes. La princesa Isabel, hermana de Luis XVI, fué condenada á muerte el día 10 de mayo de 1794. Compañera y consuelo de su hermano, y de la Reina, era pues, la fuerza mezclada de dulzura que sabia sostener el valor en medio de tantas pruebas capaces de abatir la virtud mas firme. Subió al cadalso con serenidad y resignacion; no profirió una sola queja, y parecía estar mas bien alegre de ir á gozar en otra vida de la compañía de los que tanto habia amado en esta. La Reina, conforme hemos dicho mas arriba, la precedió para recibir el golpe fatal de la cuchilla de los asesinos, y se mostró tan grande, tan cristiana como su esposo, y tan digna como él de ganar la palma del martirio (16 de octubre de 1793). Su hijo, de edad de diez años, fué proclamado rey por los príncipes franceses y por la Vendée, con el nombre de Luis XVII.
Luis XVII 1793-1795 El jóven Monarca solo pudo ceñir la corona de espinas tejida por sus verdugos; porque falleció en el calabozo del Temple el día 8 de Junio de 1795.—La muerte de Robespierre devolvió alguna calma á la Francia diezmada (27 de julio de 1794); pero esta calma estaba bien distante de ser la paz, porque la persecucion continuó, aunque con menos violencia é intensidad. Debia, por fin, terminar en un atentado contra la persona sagrada del Jefe de la Iglesia. La impiedad creia no haber hecho nada mientras quedase en pié la Silla de San pedro en medio del incendio y conflagracion de la Europa: queria destruir este signo de reunion y de esperanza.

§ IV.

Pontificado de Pio VI. (1775-1799)

Sucese de Alemania 1780-1790.

Pio VI desde su exaltacion al solio pontificio habia tenido ya que luchar contra el espíritu filosófico de muchos Estados de la cristiandad, Su vida fué tempestuosa; mas las dificultades en que se encontró solo sirvieron para hacer resplandecer su virtud. José II, que en 1765 sucedió á María Teresa en el trono imperial, habia bebido en las obras de los pretendidos filósofos una extremada desconfianza hácia todo lo concerniente á la Religion y á sus ministros, y desde los primeros días de su reinado resolvió operar sobre este asunto algunas reformas que él miraba como necesarias, y que en realidad debian causar poco á poco la ruina de la fé en todos los países sometidos á su dominacion. Á las escuelas cristianas mandó sustituir escuelas normales; no contento con haber prohibido la admision de novicias en los conventos de monjas, suprimió por completo todos los que no se ocupaban de la educacion de los niños; en lugar de las antiguas cátedras de teología hizo establecer seminarios generales independiente de los obispos y fueron nombrados, por medio de una comision especial, profesores infectados de todos los nuevos errores. Otros dos edictos dieron un golpe violento á la autoridad del Papa: en el uno sujetaba á formas molestas la admision de breves, bulas y otros escritos de la corte de Roma en sus Estados; en el otro se apropiaba, quitándolo á la Santa Sede, el nombramiento de obispos y abades. Alarmado Pio VI del peligro que corria esta Iglesia desolada, principalmente desde la demanda que el Emperador acababa de hacer á los obispos de que confirmasen la doctrina que los decla-

raba independientes del Papa, pudiendo dispensarse de las leyes generales de la Iglesia, dirigió muchos breves á los pastores y al Príncipe conjurándoles que no rompiesen la unidad. Su voz no fué escuchada. En vista de esto se trasladó en persona á Alemania, donde fué recibido con todos los honores debididos á su alta dignidad, pero nada ó cási nada pudo obtener del mal aconsejado y extraviado, Emperador; la única cosa que dió algun consuelo á su corazon lastimado fué el amor y respeto que le manifestaron todas las poblaciones, saliendo los habitantes á su encuentro y arrodillándose á su paso. Apenas acababa de regresar á Roma cuando nuevas manifestaciones señalaron la mala voluntad de José II. Pero este Príncipe reconoció afortunadamente sus extravios, y antes de morir revocó todas sus ordenanzas y edictos en asuntos eclesiásticos. Le alumbrarian sin duda los principios de la revolucion que empezaba á rugir.

Sucesos de Toscana. 1790.

En Toscana el archiduque Leopoldo, hermano de José II, que la gobernaba, se habia mezclado tambien en los asuntos de la Iglesia. Seguia ciegamente los consejos de Escipion Ricci, obispo de Pistoya, prelado audaz y quisquilloso, que se metió en la cabeza el querer introducir en Italia los errores del jansenismo. A instancias suyas viéronse aparecer muchas circulares en las que el Príncipe, entrando en los mas pequeños detalles, enviaba catecismos á los obispos, les indicaba los libros que debian poner en manos de los fieles, abolía las cofradías, disminuia las procesiones, arreglaba el culto divino y las ceremonias, nada omitia, en fin, que pudiese debilitar la pompa y la majestad. Ricci hacia, al mismo tiempo, traducir en italiano las obras francesas que los jansenistas; estableció tambien una imprenta en Pistoya destinada á este uso, suprimió de su propia autoridad las estaciones del Calvario, la fiesta del santísimo Corazon de Jesús, la confesion auricular, é intrudu-

jo, yendo en esto mas léjos que los jansenistas franceses, la lengua vulgor en la celebracion de los oficios. Pio VI, el mas moderado de los Pontífices, no pudo ver sin un dolor profundo tan excesivo escándalo; por lo que escribió á Ricci, quien contestó á su carta con otras innovaciones tan desdichadas como las anteriores. Ricci tuvo el atrevimiento de reunir una especie de sínodo, á fin de dar á sus actos un colorido canónico que pudiese imponer á todos. Mas al fin todo esto tuvo un límite, porque obligado Ricci á hacer dimision de su silla, llevóse consigo el disgusto de haber trabajado en vano contra la Santa Sede, siempre vencedora de sus enemigos. Mas tarde volvió á mejores sentimientos, y fué reconciliado con la Iglesia por Pio VII en 1805.

S. Ligorio 1696-1787.

El piadoso Pontífice, en medio de tantas amarguras, recibió los consuelos de la divina Providencia. El rey de Suecia, Gustavo III, dió á sus súbditos católicos la libertad de edificar iglesias en sus Estados, y ejercer en ellas sus cultos; él mismo fué á Roma á rendir homenaje de este decreto al Papa, quien le recibió con el mas tierno afecto. Esta era tambien la época en que las virtudes de san Ligorio brillaban con el mas vivo resplandor, siendo obispo de Santa Águeda de los Godos, en el reino de Nápoles, y fundador de la Congregacion del santísimo Redentor, destinada á proveer de predicadores para instruir á las gentes del campo. Pocos Santos han llevado sobre la tierra una vida mas perfecta. Habia hecho voto de nunca perder un minuto de su tiempo, y se mostró fiel á su cumplimiento en todas las circunstancias. Las obras que ha compuesto justifican y patentizan cuán viva era su fé hácia el santísimo Sacramento; le visitaba muchas veces durante el dia y tambien de noche, y, hasta en su extrema vejez, pasaba delante de él ocho horas diarias, arrodillado todo el tiempo que podia. Cada viernes redoblaba sus mortificaciones

y penitencias en honor y gloria de la cruz de Jesucristo, hácia la cual tenia una devocion especial, y todos los dias hacia el Vía-crucis. Fué tambien un siervo devoto de la Madre de Dios; jamás dejó pasar un dia sin rezar el Rosario; ayunaba rigurosamente todos los sábados y ponia gran cuidado, donde quiera que se hallase, en no omitir jamás la recitacion del *Angelus*. Conservó la inocencia bautismal hasta el último suspiro, y con todo sorprende verdaderamente la relacion de sus austeridades y contínuas mortificaciones. Fué á recibir, en fin, la corona de los Santos el dia 1.° de agosto de 1787, contando la edad de noventa y un años. Eran en extremo necesarias tales virtudes para reparar el honor de Dios ultrajado por todas partes. La impiedad no guardaba ya medida ni consideracion alguna, y Pio VI pudo prever bien pronto cuántas nuevas tempestades iban á embestir la nave de la Iglesia.

Cautiverio del Pio VI. 1798. La Francia, entregada todavía á los horrores de la anarquía, y presa de un nuevo Gobierno que, con el nombre de Directorio (1795) no cerraba ninguna de sus heridas, habia alcanzado muchas victorias importantes en Italia. Habiendo sido sometida una gran parte de la Península por sus generales, el Directorio se dió prisa en cambiar su Gobierno, deshonrar en ella la Religion, y extender en todas las provincias conquistadas sus principios asoladores y de destruccion: no podia esperarse otra cosa de hombres corrompidos y sin conciencia. Roma, mas que ninguna otra plaza de esas comarcas, excitaba sus deseos ambiciosos; les parecia glorioso y enteramente del gusto de sus intenciones arrojar al Papa de sus Estados, encerrarle en los calabozos donde tantas víctimas habian gemido ya, y aniquilar en su persona el poder apostólico. ¿Qué se hicieron entonces las promesas de inmoralidad dadas por Jesucristo á la Iglesia? ¿El Evangelio iba á recibir un solemne men-

tís? Las armas de la república marchan, pues, sobre Roma, precedidas de manifiestos y proclamas que llenaban de ultrajes y calumnias al Gobierno pontificio, tomando por pretexto, como hicieron en Francia, algunos abusos administrativos á fin de estimular á los pueblos á derribar todo lo existente. Lo mismo hiciera un insensato que, por ver un vidrio roto, arruinase su casa hasta los cimientos. Pio VI, horrorizado de estas demostraciones, trató con el Directorio por mediacion del embajador de España, y se firmó una tregua que no tardó en romperse. El ejército francés, conducido por el general Bonaparte, penetró de nuevo en los Estados del Papa, avanzó hácia Roma, despues de haber despojado el rico y venerable santuario de Nuestra Señora de Loreto, donde se conserva la casa de la santísima Vírgen en Nazaret, cuando el General, habiendo entendido que los austríacos se aproximaban, entabló una negociacion que tuvo por resultado someter la corte romana á los mas costosos sacrificios pecuniarios, y á la rendicion de las plazas de los Estados pontificios. Con todo, algunos franceses se encargaron y buscaron ocasion de sembrar revueltas en Roma, sea que fuesen enviados por el Directorio, sea que de antemano estuviesen seguros de su proteccion. En un tumulto que excitaron en esta ciudad uno de ellos fué muerto por las tropas del Papa. Vióse entonces á los mismos hombres que en Francia degollaron á mujeres y niños sin formacion de causa, que pasearon por todas partes el cadalso, y enrojecieron las plazas y las calles con la sangre de sus compatriotas, alterarse por la muerte de un incitador oscuro, culpable de atentado contra la tranquilidad de un Estado aliado, gritar desaforadamente invocando la moral y el respeto de las leyes. Uniendo, pues, la hipocresía á sus demás crímenes, el Directorio decreta que Roma será conquistada para vengar la muerte de Duphot, calificada enfáticamente de

asesinato. La expedicion no era difícil: los republicanos entran en Roma, agotada por las contribuciones, sin necesidad de sacar la espada. Quince dias despues Pio VI era conducido al cautiverio. Gran número de cardenales y de obispos sufrieron igual suerte, y un Gobierno militar, que acabó de aniquilar al pueblo con nuevas contribuciones, reemplazó la administracion pacífica del Soberano Pontífice. Los excesos que se cometieron fueron tan grandes, que excitaron la indignacion de un hombre poco sospechoso por cierto, pues era el republicano Pablo Luis Courier, oficial entonces del arma de artillería de ejército mismo que en Roma se entregaba á tales bribonadas y vejaciones. Con este motivo escribia á uno de sus amigos:

«Decid á los que quieran ver Roma que se dén pri«sa; porque todos los dias el hierro del soldado y la «uña de los agentes franceses rajan y destruyen sus «bellezas admirables, y la desnudan de sus natura«les adornos!..... No encuentro expresiones bastante «tristes para pintaros el estado de ruina, miseria y «oprobio en que ha caido esta pobre Roma que habeis «visto tan floreciente y magnífica, y de la cual ahora «se destruyen hasta las ruinas. Vos sabeis que en «otro tiempo venian á verla de todos los países del «mundo. ¡Cuántos extranjeros que habian venido pa«ra pasar en ella solo un invierno se establecieron en «la misma para siempre! Actualmente los únicos que «quedan son los que no han podido huir, ó los que, «con el puñal en la mano, buscan todavía en los an«drajos de un pueblo que se muere de hambre algu«na prenda escapada á tantas rapiñas y violentas «exacciones... Los monumentos de Roma no son mas «respetados ni mejor tratados que el pueblo... Todo «cuanto habia en los Cartujos, en la quinta Albani, » en el palacio Farnesio, en casa Honesti, en el museo «Clementino, en el Capitolio, ha sido quitado, roba-

«do, perdido ó vendido. Unos soldados que penetra-
«ron en la biblioteca del Vaticano destruyeron, entre
«otras cosas raras y admirables, el famoso Terencio
«de Bembo (manuscrito de los mas estimados), por
«tener algunos dorados que le servian de adorno...»
Es un testigo ocular quien habla de este modo, y un hombre que se hizo partidario de la revolucion... Añadamos que poco antes se habian arrancado al Gobierno romano veinte y dos millones de contribuciones forzosas por un falso armisticio. Levantóse á la entrada del puente San Ángelo una estátua de la libertad, que tenia bajo sus piés la tiara y los demás símbolos de la Religion. Las armas pontificias fueron pintadas por irrision en el telon de un teatro; los vasos sagrados, arrebatados de los altares, sirvieron en las infames orgías celebradas en honor de la nueva república. El mismo Pio VI es sacado de su capital. Metido en un mal carruage, atraviesa la ciudad de Roma en una noche espantosa, durante una horrorosa tempestad mezclada de truenos y relámpagos, y llega á la puerta llamada Angélica, donde le esperaban dos comisarios franceses: Decláranle, en nombre de la improvisada república romana, que tienen encargo de custodiar su persona bajo su mas estrecha responsabilidad; y sin darle explicacion alguna sobre el objeto y el término de su viaje, ordenan al conductor que tome el camino de Viterbo. Desde allí pasaron á Siena, donde el Papa permaneció tres meses, vigilado por sus guardianes de dia y de noche, y amenazado sin cesar de ser deportado á la isla de Cerdeña; en fin, se decidian á llevarle á ella cuando numerosas fragatas inglesas, habian venido á cruzar las costas de la Toscana, se temió que se presentaban para que se les entregase el augusto prisionero. El dia 27 de marzo de 1799 fué sacado de Florencia. Desde esta fecha hasta su llegada á Valence, en Francia, se le ve durante cuatro meses errante de país en país

franquear montañas, habitar en lugares y aldeas, presa de trabajos y fatigas superiores á las fuerzas de un anciano mas que octogenario. Pero el Señor habia decretado que esta vieja tierra católica, de la que el Directorio parecia esforzarse por exterminar la Religion seria honrada con la presencia del Vicario de Jesucristo. Mientras se hallaba en el Piamonte llegó una órden para que se le condujese á Francia, y le llevaron á Grenoble, donde permaneció pocos dias, pasando de este punto á Valence, término de sus sufrimientos.—Nada hay comparable á las duras y continuadas pruebas por las cuales el Santo Padre tuvo que pasar durante tan largo y penoso viaje: enfermo, desfallecido y sin fuerzas cada vez que subia al carruaje tenian que llevarle en brazos, y las sacudidas que le causaba este transporte eran para él un doloroso suplicio que se renovaba muchas veces al dia; parecia que de intento se le buscaban los mas miserables albergues ó posadas, donde nada hallaba de lo que reclamaba su aflictivo estado; y las privaciones de toda suerte que experimentó agravaron aun mas sus padecimientos. Ni aun de noche podia lograr descanso porque los soldados que guardaban su puerta andaban por los corredores haciendo mucho ruido hiciéronle atravesar los Alpes en mitad de un invierno muy riguroso, y vióse muchas veces próximo á espirar de cansancio, dolor y frio. A pesar de tantos infortunios experimentaba el santo anciano un gran consuelo. De todas partes acudian las poblaciones á su encuentro en mitad del camino para recibir su bendicion: era esto un grito de indignacion manifestado contra los autores de tanta barbarie; una protesta de amor y respeto hácia el Padre comun de los fieles. El mismo Pio VI se asombraba de ver esta fé, que no esperaba hallar en una tierra sometida á tan duras pruebas y á tantas persecuciones. El objeto del Directorio, al llevar de ciudad en ciudad de un

modo tan indigno al infortunado Pontífice, era sin duda el de envilecer la Religion en la persona de su Jefe; y jamás pareció tan grande y tan respetable Pio VI. Hubiérase dicho que los tiranos le habian hecho venir á Francia tan solo para reanimar con su presencia algunos sentimientos de una piedad que empezaba á extinguirse. Este viaje fué una sucesion no interrumpida de triunfos para la Religion, y tal fué tambien, podemos creerlo, el secreto designio de la Providencia, siempre admirable en los medios de que se vale.. Tantas incomodidades y fatigas, tantas inquietudes, contrariedades y disgustos de toda especie aniquilaron completamente las pocas fuerzas de Pio VI, y espiró bendiciendo á sus enemigos el dia 19 de agosto de 1799 La revolucion pudo contar con una nueva víctima de mas, y la Iglesia un mártir.

Tal fué, pues, esta revolucion francesa (1), que sus **Lo que fué la revolucion.**

---

(1) Se dice con bastante frecuencia que la revolucion produjo en Francia un bien real. Esta apreciacion repugna soberanamente á la verdad. Este bien que se hace constar, es decir, la igualdad ante la ley, la reparticion igual de las cargas y derechos entre todos los ciudadanos, la admision del mérito á todo empleo, la regularidad asegurada en la administracion general, todo esto no ha salido de la anarquía y de la impiedad mas espantosa que se viera jamás. Quererlo suponer un instante seria ultrajar á Dios y á la moral. La revolucion hizo todo lo contrario, puesto que por su sangriento despotismo detuvo el desarrollo de estos preciosos beneficios, que debemos á la iniciativa del Rey mártir y á las decisiones y reglamentos formulados por la Asamblea legítima de 1789. Ella los hubiese ahogado para siempre en sangre, de la que nunca se sació, si Dios no hubiese, al fin, puesto bozal al tigre. Gracias al cielo, no es cierto que un crímen sea útil jamás, que nunca sea necesaria una injusticia. todo lo que se hace por la violencia puede ejecutarse con la ley.

A fin de juzgar á la revolucion, digamos que solamente en el Oeste de la Francia ha degollado á *quince mil mujeres*, que ha hecho perecer de partos prematuros *tres mil cuatro cientas*, que ha pasado *quince mil niños* por el filo de la espada... que solo en la ciudad de Nantes ha fusilado *quinientos niños*, que ha ahogado *mil quinientos*, que ha fusilado *doscientas sesenta y cuatro mujeres* (¡fusilar mujeres!) y ahogado *quinientas*; que ha enviado á la muerte, no solamente á los sacerdotes, á los religiosos y á los nobles, sino tambien á *cinco mil trescientos artesanos y pobres obreros*; que en Lyon ha asesinado á *treinta y un mil* franceses. ¡El niño de mas edad de los fusilados en Nantes contaba cuatro años! —Presentamos únicamente cifras aisladas, que seria fácil completar si este

autores habian anunciado como que debia hacer reflorecer sobre la tierra los dias mas venturosos y felices, y que en realidad solo fué un continuado insulto á Dios y á la humanidad. «Aunque nos represen-

fuera el objeto de nuestra historia. Así, al lado de *setecientas cincuenta* mujeres nobles guillotinadas, encontramos *mil cuatrocientas sesenta y siete* mujeres de labradores y artesanos. y *trescientas cincuenta* religiosas. *Trece mil seiscientos* ciudadanos de las clases inferiores perdieron la vida en el cadalso. «Los descuartizadores de «carne humana no me imponen, exclama el célebre Chauteau«briand: en vano me dirán que en sus fábricas de podredumbre y «y de sangre sacan excelentes ingredientes de los esqueletos in«dustriosamente molidos. ¡Fabricantes de cadáveres, para voso«tros será cosa grande y hermosa pulverizar la muerte, pero ja«más haréis salir de ella un gérmen de libertad, un grano de vir«tud, ni una chispa de talento!» Y luego en otra parte añade: «El «degüello de los niños, y sobre todo de las mujeres, es un razgo «característico de la revolucion. Nada hallaréis que se le parezca «en las proscripciones y destrucciones de la antigüedad. En todo «el mundo no se ha visto mas que una sola revolucion *filosófica*, y «esta es la nuestra. ¿Cómo es que haya sido manchada de críme«nes, hasta entonces desconocidos de la especie humana? Hé ahí «hechos ante los cuales es imposible retroceder. Explicad, decla«mad, comentad: la cosa queda .. Lo repetimos: el asesinato gene«ral de las mujeres, sea en virtud de ejecuciones militares, sea «por condenaciones falsamente llamadas judiciales, no tiene ejem«plo sino en este siglo de *humanidad* y de *luces*. Por ultimo, cuando «se niega ó desconoce la Religion se rechaza el principio del orden « moral del universo: entonces es una cosa muy sencilla el que se «desprecie y ultraje la naturaleza... Mas de seiscientos mil realis«tas perecieron en las guerras de Veddée. casi todos los jefes ha«llaron la muerte en el campo de batalla ó en los suplicios. Se eva«lúan en ciento cincuenta millones las pérdidas causadas por el in«cendio de las mieses, de los bosques, de los granos, del ganado y «demás animales; el número de bueyes quemados ó degollados se «hace subir á un millon cien mil. Quinientas leguas de montes y «llanuras fueron desoladas y convertidas en páramos desiertos...» Contemplad á la España en la misma época, con su Inquisicion tan calumniada por los revolucionarios, y decidnos ¿de qué parte está la humanidad, de qué lado la verdadera filosofía?

Además de esto, recorred las páginas del boletin particular de los terribles legisladores de los años 92, 93 y siguiente, y es seguro que encontraréis en ellos un género de instruccion. De los presidentes de la Convencion, llamada indignamente *nacional*, en número de sesenta y tres, *diez y seis* fueron guillotinados, *trece* se suicidaron, *ocho* fueron deportados por sus *hermanos* y colegas, *seis* condenados á presidio perpétuo, *cuatro* volviéronse locos ó murieron en Bicêtre.

Con la frente llena de rubor manifestamos una vez mas estas heridas todavía no cicatrizadas de la patria; pero asi lo reclama la humanidad, que es mas vasta que la patria.—Sí, dice un escritor de nuestros dias, si de la lectura de una historia de la Revolucion queda un continuado y doloroso olor de sangre, de crímenes y de asesinatos, esta impresion es saludable; es necesaria, y conviene que un país se acostumbre á conocer bien sus propios anales y

«temos, dice un escritor, en medio de las escenas ter- «ribles de aquella época, no acertarémos á juzgar ni «conocer el estado de la Francia, el abatimiento, el «duelo, la desolucion general, el horror y el miedo «helando todos los corazones: no se pensaba en otra «cosa que en ocultarse á todas las miradas; se tenia «temor de revelar las propias lágrimas porque no «comprometiesen. La piedad, ahogada por el terror. «no osaba manifestarse. El que veia caer en torno «suyo á sus parientes y amigos, temblaba pensando «que tal vez le esperaba igual suerte. El pasado, el «presente y el porvenir solo presentaban ideas es- «pantosas. Tal fué, por lo tanto, durante cerca de dos «años, la situacion deplorable de un país en otro «tiempo tan floreciente, de un pueblo tan envanecido «de su civilizacion; tal fué el resultado de las *nuevas «luces que se le acarrearon;* tal fué el dichoso vuelo «que tomaron esta perfectibilidad de que aun se nos «habla, esta moral que se habia querido refundir, es- «ta soberanía del pueblo, que únicamente es siempre «de los mas ambiciosos, ó de los mas hábiles y dies- «tros.» «Los autores de tantos atentados, continúa el «mismo historiador, fueron igualmente los mas vio-

á no relegar en el olvido las terribles calamidades que muchos ó demasiadas gentes quesieran hacerle sufrir de nuevo. Si esta expresion es verdadera (y nosotros la creemos exacta), ¿no es, despues de todo, porque en los escritos engañosos se ha desfigurado con tanta frecuencia la historia del *Terror*, exaltado á los individuos de la *Convencion*, preconizado las saturnales revolucionarias, excusado el cadalso y paliado los asesinatos, que el pueblo no conoce bien este período terrible, y no ve en él mas que una batalla, gloriosa en la frontera, terrible en la plaza pública y delante la guillotina, pero necesaria y justa? Esta es una creencia que conviene y aun es necesario rectificar. El pueblo debe saber que si lo mas estimado de la Francia, levantado en las fronteras, luchaba generosamente para rechazar al extranjero, en el interior las familias mas puras, los hombres mas dignos de respeto caian bajo el filo del hacha y de las espadas. Nadie debe ignorar que los verdugos impunes llamaban sobre el país los castigos de Dios y la reprobacion de las almas nobles: las generaciones modernas deben tener á la vista estas imágenes de muerte y estas largas listas de víctimas, á fin de que la Francia tenga el valor y buen sentido de huir y evitar las revoluciones, y mirar con odio á los que con el mismo espíritu é intencion preparan otras nuevas.

«lentos persiguidores de la Religion. Estos enemigos «de la humanidad hicieron tambien una guerra im«placable al Cristianismo, al que es glorioso haber «tenido por adversarios y opresores á los que lo eran «del género humano, y haber sido herido por los mis«mos golpes con que se queria abatir todas las insti«tuciones sociales. Y estos hombres fueron los que «anunciaron desvergonzadamente en una proclama «que *la virtud y la justicia estaban á la órden del dia:* «esta era la expresion hipócrita de estos tiranos que «hollaban bajo sus piés toda justicia y toda virtud. «Pero habian desnaturalizado el lenguaje, llamando «bien lo que era mal, y mal lo que era bien; prodi«gaban el nombre de fanáticos á los que no tomaban «parte en su fanatismo; transformaban la modera«cion en vicio, y la bondad en crimen; hacian escri«bir en los umbrales de todas las puertas: *Libertad,* «*igualdad*, y estaban en su apogeo la esclavitud y el «despotismo; hablaban de moral, y la pervertian; «rendian homenaje á la razon, y la ultrajaban con «mil extravagancias,» Así, segun la palabra del Profeta-rey, la iniquidad se miente á sí misma: *Mentita est iniquitas sibi.*— «Cómplice de asesinato, ó con«descendiente del cadalso, ¡qué dilema para la Con«vencion! dice Mr. de Lamartine. Imposible le será «salir de él cuando la verdadera posteridad se levan«tará contra esta trágica Asamblea; porque no se ha «levantado todavia. La conciencia de la Francia se «halla aun intimidada, ó muda, ó esclava; pero el «tiempo le desatará la lengua.»—«¡Y entre tanto, «continúa otro escritor, Mr. Crétineau-Joly, se baila, «se entrega cada cual á toda clase de negocios ó de «placeres en las plazas y demás sitios públicos donde «acaba de ser engullida y consumida la generacion «que nos precedió sobre la tierra! El olvido de lo pa«sado y la indiferencia de lo por venir han ahogado «en los corazones las inmensas infamias ó las fealda-

«des del Terror. Pisamos sin respeto, sin pesar, y sin «que nos espante ni horrorice, el suelo donde se le«vantaron las guillotinas, donde retumbaron las des«cargas de los fusilamientos; y, á fin de apartar tan«tos y tan lúgubres recuerdos, apelamos á una conci«liacion imposible ó á un silencio mas imposible «todavía. Hay una cosa que no se evita con estos ren«dimientos voluntarios y calculados de la conciencia, «y esta cosa es... ¡la justicia divina!» ¡Ojalá no castigue ella, conforme á la ley providencial de lo pasado, á la Francia hasta la expiacion y á la completa reparacion!

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

Desde la exaltacion de Pio VII hasta el pontificado de Pio IX.
(1800-1846).

§ I.

Pontificado de Pio VII. (1800-1823).

Al tener noticia de la muerte de Pio VI los revolucionarios no pudieron disimular su alegría; la que dieron á conocer de la manera mas indecente. Á sus ojos el Papado estaba abolido para siempre; tocaban al término de sus esfuerzos, y la Religion, en adelante sin jefe, iba á desaparecer de la tierra y hacer lugar al filosofismo, cuyos beneficios acababan de probarse. En efecto; ¡cómo nombrar un sucesor al Pontífice romano! La Italia era ocupada por los ejércitos republicanos, y todos los cardenales desterrados y dispersos. Mas hé aquí que de repente Aquel que ha dicho á la mar: *Tú quebrantarás aquí el orgullo de*

Eleccion de Pio VII 1800.

tus olas, muestra este brazo terrible que se puede un momento celar, pero que jamás será vencido. Los republicanos son arrojados de Italia; Venecia abre sus puertas al emperador de Alemania; los cardenales son á ella convocados, y entran en conclave el 1.° de diciembre de 1799. Su eleccion recayó en el cardenal Chiaramonti, que tomó el nombre de Pio VII, y fué solemnemente coronado. El nuevo Papa se encaminó hácia Roma, cuya soberanía le habia entregado el Austria victoriosa: fué recibido en la ciudad eterna con las mas grandes aclamaciones de un pueblo innumerable, ávido de contemplar á su legítimo soberano y á su padre, y de recibir su bendicion (3 de julio de 1800). Luis XVIII le escribió desde el fondo de su destierro para rendirle sus homenajes como al Jefe de la Iglesia, en nombre de la Francia cristiana y de la familia de sus reyes.

Napoleon. 1800-1814. Empezaba el órden á renacer bajo la mano poderosa del general Bonaparte, nombrado primer cónsul despues de la caida del Directorio. Bonaparte comprendió que una gran nacion no sabria existir sin religion; que un Gobierno no puede ser duradero y hacer el bien sino cuando halla un punto de apoyo en la conciencia de los súbditos, y que es, en fin, deber suyo asegurar á todos los ciudadanos los beneficios de los consuelos religiosos. Los últimos mantenedores del filosofismo empezaban á reconocer, es verdad que tímidamente y con voz baja, que es imposible dirigir y gobernar á un pueblo ateo. Los mas intratables Brutos de la república se hicieron los humildes y los mas obedientes servidores del general que supo ponerles la mordaza. Jamás vió el mundo trasformacion semejante. Entabláronse, pues, negociaciones con el Papa, que se apresuró á terminar un asunto muy ventajoso para los pueblos. Firmóse un concordato, y á pesar de poderosos obstáculos la Religion fué solemnemente restablecida. Celebróse la

ceremonia en la iglesia de Nuestra Señora de París el dia de Pascua de 1801: el cardenal legado celebró la misa, asistiendo los cónsules al frente de todas las corporaciones del Estado; se cantó un *Te Deum* en accion de gracias por este felicísimo acontecimiento. Abriéronse las iglesias en todas las provincias; celosos sacerdotes se esparcieron por las ciudades y campiñas, instruyendo á los pueblos, é hicieron revivir la fé, que estaba ya bastante amortiguada. Se restablecieron tambien algunas comunidades religiosas consagradas á la enseñanza. Los obispos constitucionales, reunidos entonces en París, en vano trataron de sostener su cisma por medio de libelos; Bonaparte les mandó que se separasen y disolviesen. Todo París se habia escandalizado de la alegría desvergonzada que manifestaron á la muerte de Pio VI; y por esto en Francia no se oyó mas que una voz pidiendo unánime su alejamiento de esta ciudad, mirándolos, si no con desprecio, con el mayor abandono.

La Francia habia cruelmente expiado su preocupacion é infatuacion en favor de las perniciosas doctrinas del siglo precedente. Mas habia otras naciones culpables no menos dignas de castigo, que hubiesen podido alabarse de su impunidad. Dios suscitó, pues, un guerrero poderoso para castigar en su nombre á las cortes extranjeras que mas ostensiblemente habian favorecido la irreligion y el falso filosofismo. Este es el segundo período de la revolucion; porque aun no ha terminado, solo que va á cambiar de aspecto. La justicia divina, con Napoleon, se paseará de Lisboa á Moscou, y de Nápoles á Berlin.

Pio VII en París. 1804.

Bonaparte consiguió del Soberano Pontífice el que viniese á París con objeto de coronarle emperador de los franceses, título que hizo ratificar por la eleccion

(1). Este viaje fué para Pio VII como lo fué de otra suerte el tan penoso de su predecesor, una fuente inagotable de consuelos y alegría, y para todos los países por donde pasó un manantial de bendiciones. De vuelta á Roma procuró proveer de pastores las iglesias desoladas del Piamonte, de la Italia y de la Alemania; restableció la disciplina, é hizo recobrar á la Religion, casi abandonada ya á consecuencia de los desastres de las últimas guerras, su pasada prosperidad y esplendor. Al principio de su pontificado derogó el breve de Clemente XIV, restableciendo en toda la Rusia la compañía de Jesús, con todos los derechos de que gozaba antes de su supresion: algunos años despues hizo mas; reconstituyó enteramente esta Santa sociedad, cuya ruina habia sido el primer eslabon de tan larga cadena de desdichas. Hácia ya cuarenta años que Roma se veia privada del espectáculo solemne de una canonizacion: Pio VII proclamó cinco beatificaciones, dignas, por las virtudes de estos bienaventurados, de servir de modelo á los mas fervorosos cristianos, y cuyos milagros habian hecho grande admiracion y estrépito. Una princesa de la familia real de Francia, María Clotilde, reina de Cerdeña y hermana del Rey mártir, fué declarada venerable: y hacia cinco años solamente que habia muerto (1792).

Canonizaciones en Roma.

(1) Napoleon deseaba vivamente que el cardenal d'York, último descendiente de los Estuardos, asistiese á su consagracion con el Sacro Colegio. Lo pidió con tanta instancia, que Pio VII creyó deber proponerlo al anciano heredero del trono de Inglaterra, que habia tomado el nombre de Enrique IX, no queriendo que la lista de los reyes ingleses se cerrase en Enrique VIII. Enrique IX escribió al Papa lo siguiente:—«Santísimo Padre, si el rey «de Francia, descendiente de Enrique IV y de Luis XIV, convo«case en la catedral de Reims, á la augusta ceremonia de su con«sagracion, al nieto de Jaime II de Inglaterra, á pesar de nues«tros setenta y nueve años, atravesaríamos los montes Pero nada «debemos al general Bonaparte, nada mas que una protesta con«tra la fortuna: Nos la depositamos en las manos de Vuestra Bea«titud.—Dado en nuestro palacio de Frascati, hoy dia 18 de junio «de 1804. Enrique, rey.»

Mientras que la Iglesia se rehacia de este modo de los golpes que habia sufrido, Napoleon, victorioso en una infinidad de campañas, hacia sentir á todas las naciones de Europa el peso de su brazo formidable. Humilló una tras otra la Inglaterra, el Austria, la Prusia, las Dos Sicilias, la España (1), el Portugal y aun la Rusia; desmembró los imperios, formó principados y nuevos reinos, dispuso á su antojo de la paz ó de la guerra. Jamás, en los tiempos modernos, habia sido dado tanto poder á un hombre. Desde Viena, donde habia entrado como vencedor, el conquistador decretó la reunion de los Estados romanos al imperio frances, bajo pretexto que habian sido dados á los Soberanos Pontífices *á título de feudos por Carlomagno y Pepino.* El Papa se vió precisado á protestar contra esta expoliacion: lanzó contra los autores una bula de excomunion, y lo mismo contra los fautores y ejecutores de las medidas tomadas contra la Santa Sede, sin designar con todo persona alguna en particular.

Cautiverio del Papa. 1809.

El 4 de julio de 1809 el general francés Radet penetra á eso de media noche en las habitaciones del Papa, desarma á sus guardias, y le intimó á él mismo, en nombre del Emperador, que haga renuncia de la soberanía temporal de Roma y del Estado eclesiástico, y que, en caso de negarse á ello, tenia órden de apoderarse de su persona.—«Si vos habeis creido de- «ber ejecutar tales órdenes del Emperador porque le «prestísteis juramento de fidelidad y de obediencia, «pensad, respondió el Santo Padre, de qué manera «Nos debemos sostener los derechos de la Santa Se- «de, á la cual estamos ligados con tantos juramentos. «Nos no podemos, no debemos, no queremos ceder ni «abandonar lo que no nos pertenece. El dominio tem- «poral de los Soberanos Pontífices pertenece y es ex-

(1) Esta humillacion fué su ruina. (*El Traductor*).

«clusivamente de la Iglesia, y Nos somos tan solo el «administrador de este poder. El Emperador podrá «hacernos pedazos, pero jamás obtendrá de Nos lo «que pretende(1).» Al oir el General esta negativa dió inmediatamente cumplimiento á lo que se le habia mandado: el Papa fué preso; y al dirigirse á Francia pudo creer que nunca volveria á ver su capital, que, como su predecesor, moriria en el destierro. Le condujeron desde luego á Savona, cerca de Génova, mientras que sus ministros eran por otro lado llevados tambien al destierro. Los Estados romanos se dividieron en departamentos bajo la administracion de prefectos. Napoleon dió el nombre de rey de Roma al hijo que le habia nacido de su segundo matrimonio, condenado por el Papa. Pio VII, desposeido, fué llevado de Savona á Fontainebleau. Allí vino á encontrarle Napoleon de vuelta de la desgraciada campaña de Rusia en 1812, con el objeto de concluir con él nuevos arreglos. El Papa declaró que no trataria de negocios sino cuando se hallase en su capital. Entonces se la devolvieron con una parte de sus Estados. Aun no habian salido de Francia, cuando los ejercitos coligados entraron por todas partes hasta lo interior del imperio. Napoleon firmó él mismo su abdicacion en Fontainebleau (1814). La revolucion estaba terminada, ó al menos debia estarlo.

La Restauracion 1814. Toda la Francia á una sola vez volvió á pedir el reinado de la augusta casa de Borbon. Una solemne diputacion fué enviada á Luis XVIII, que residia en Inglaterra, y este Príncipe vino á colocarse entre su pueblo y los vencedores irritados. En 1815 Napoleon

(1) Radet experimentó en presencia del Papa una viva emocion. Alguno le preguntó qué era lo que habia sentido al verse delante del Santo Padre: ¡Qué queréis! respondió, en la calle, en «las habitaciones, recorriendo las escaleras, entre los zuizos, esto «iba bien; pero cuando he visto al Papa, me he acordado de mi «primera comunion, y este recuerdo ha bastado para conmoverme «en el fondo de mi corazon.

reapareció como un meteóro: mas vencido en Waterloo, se confió á la generosidad inglesa, que le envió á morir en una pobre isla del Océano, donde le impuso, tal vez sin pensarlo, el mismo tratamiento que él hizo sufrir á Pio VII en Fontainebleau. El Rey detuvo esta vez la cólera de los aliados, animados de intenciones mas hostiles contra la Francia. En cuanto á Napoleon, murió en 1821, despues de haber recibido los auxilios de la Religion. Se cita de él esta bella frase dirigida á algunos generales incrédulos que le rodeaban: «Creedme; yo conozco á los hombres ; ¡ y «Jesucristo no es un hombre! Ved sino á Alejandro, «á César; ¿hay acaso sobre la tierra un solo pueblo, «una sola familia, un solo hombre que haya conser«vado hácia ellos, á pesar de sus grandes y memora«bles hechos, un recuerdo de culto y de adoracion? «¡Y Jesús hace diez y ocho siglos que tiene adorado«res en todas las partes del mundo!» En otra ocasion, admirando la Catedral de Chartres, monumento debido á la fé de nuestros padres, decia : « ¡ Cuán mal «deba estar aquí un ateo!» Dejemos á él mismo que caracterice su mision «Yo no soy mas que el instru«mento de la Providencia, decia un dia al Duque de «Istria. Me conservará tanto tiempo como tendrá ne«cesidad de mí; y cuando ya no la seré necesario, me «hará pedazos lo mismo que si fuese un vaso.»

Beneficios que se experimentan en Francia.

El Príncipe augusto á quien los votos de sus súbditos habian llamado, y acogido con entusiasmo universal, se apresuró á reparar los males que se causaron á Pio VII, mandando devolverle los Estados que le pertenecian, y negociando con él un tratado ventajoso para la Religion en su Reino. Aumentáronse, pues, los obispados ; un gran número de comunidades religiosas se levantaron de nuevo á la sombra de su proteccion : enviáronse por todas las provincias celosos misioneros; la enseñanza de la doctrina cristiana y las instrucciones catequísticas del domingo

adquirieron nueva importancia por la manera con que se las adaptó á las necesidades de la época; repparáronse, en fin, los ornamentos de las Iglesias, y restablecieronse las parroquias. Las procesiones del dia del *Corpus*, interrumpidas desde mucho tiempo en bastantes comarcas, se hicieron en todas partes con pompa y solemnidad. Una ordenanza especial creó capellanes para cada uno de los hospitales militares, donde los soldados heridos y moribundos estaban privados de todo auxilio religioso. Restableciéronse los seminarios, y se les quitaron las trabas que se pusieron á su existencia n desarrollo. Sin embargo, la Iglesia tuvo que reprochar á Luis XVIII la desidia y perplejidad que manifestó en la conclusion de un nuevo concordato, y sobre todo la libertad sin límites que concedió al mal. ¿Podia esperarse otra cosa cuando se vió que llamaba á los consejos de la corona al regicida Fouché y al obispo apóstata Talleyrand? Así parece que en ninguna otra época los enemigos de la Iglesia desplegaron mas actividad; inundaron la Francia de folletos llenos de las mas odiosas calumnias, no solamente contra la Santa Sede y contra la fé católica, cuyo triunfo no les dejaba un momento de descanso, sino tambien contra la misma familia Real, que cerraba los ojos ante todos estos excesos, olvidando que esta generosidad fatal era una traicion. No tardó en apercibirse de ello, cuando el heredero del trono, el Duque de Berry, sucumbió al puñal de un innoble y grosero asesino el 12 de febrero de 1820. El miserable habia creido agotar en su orígen la sangre de nuestros reyes: mas Dios, que vela sobre los hijos de san Luís, desvaneció en su misericordia las esperanzas de los malos, y dió á la Francia el *hijo de la Europa*, Enrique, duque de Burdeos.

Bienes que se opone en los paises herejes.

Al regresar á Francia los sacerdotes proscritos, despues de la revolucion, llevaron consigo el consuelo de haber trabajado útilmente, durante su destier-

ro, en destruir las preocupaciones de los herejes contra la santa Iglesia católica. La naturaleza de la persecucion cuyas víctimas habian sido, su ciencia, su celo, su caridad y su sola presencia derriban muchas prevenciones. Sus discursos ó sermones iban coronados de muchas conversiones; el impulso del ánimo se habia dilatado, y príncipes, sábios y hombres de todas las clases sociales ingresaron nuevamente en el seno de la Iglesia, y desde entonces, hijos llenos de respeto y de piedad filial, enjugaban á porfía las lágrimas de la augusta Esposa de Jesucristo. ¡Cosa admirable! Jamás las conversiones fueron mas frecuentes en las comuniones separadas que durante esta época. Así, este terrible huracan de la revolucion francesa, que, segun el modo de pensar de los impíos, debia aniquilar á la Iglesia, solo fué, en los consejos y determinaciones de la Providencia, un viento faborable que trasladó la semilla evangélica á países extranjeros, donde no ha cesado de duplicar, triplicar y aun centuplicar los frutos de conversion. De vuelta á su patria, estos nobles confesores luchaban todavía con valor contra el espíritu del mal. Á los folletos y malos periódicos opusieron cerca veinte millones de buenos libros, y vióse desarrollarse en bien de las obras corporales y espirituales una pasion hasta entonces sin ejemplo.

Las misiones extranjeras tomaron tambien un desarrollo inmenso. La China habia sido desolada á causa de muchas persecuciones, en las que fueron asesinados ó echados sus obispos y sacerdotes; pero, como sucede siempre á la Iglesia, esta efusion de sangre fué el gérmen de una miés preciosa. Un cristiano ciego fué el primer instrumento de estas conversiones. Este hombre, dotado de una memoria asombrosa, de mucho talento y de una extraordinaria facilidad en producirse, prendió de memoria muchos libros de religion, y se puso á predicar con éxito fe- Las nuevas misiones.

liz. Nuevos misioneros, apresurándose á seguir los pasos de los Mártires, llevaron á todas las provincias de este inmenso imperio la fé y las verdades del Evangelio.—No eran menos notables en América los progresos de la Religion. Acababan de ser establecidos nuevos obispos en los Estados-Unidos, donde los prelados pudieron muchas veces reunirse en concilio. Era grandísima en estas comarcas la diversidad de sectas; despues ha venido á ser extremada, ó mas bien incrédula; el deismo y la indiferencia hacen en el Norte-América todos los dias grandes estragos, revistiéndose con nombres mas ó menos extravagantes, acompañados de símbolos ó emblemas mas ó menos extraños. Con todo, el número de los católicos aumentaba y sigue aumentando de dia en dia.—La
La Corea. Corea acogida tambien por vez primera la palabra de vida. Es esta una península cuya extencion iguala poco mas ó menos á la de Italia. Confina con el imperio chino, y solo está separada del Japon por un brazo de mar de unas treinta leguas de anchura. Á últimos del siglo XVIII un jóven llamado Ly, hijo del embajador de Corea, fué á Pekin; tenia pasion por el estudio de las matemáticas, y á fin de adelantar en esta ciencia se dirigió á los misioneros franceses. Estos aprovecháronse de la ocasion, y le dejaron tambien para leer algunos libros religiosos. La gracia tocó su corazon, se convirtió, y recibió el Bautismo con el nombre de Pedro. Desde entonces no aspiró á otra cosa mas que á ser el apóstol de su patria. Muchos hijos de Corea escucharon su palabra y siguieron su ejemplo. Bautizó á muchos, y otros en número considerable fueron bautizados por los nuevos cristianos que él habia catequizado: en el espacio de cinco años el número de fieles se elevó á cerca cuatro mil. El Gobierno, instruido de estas conversiones, las miró con mal ojo, y empezó una nueva persecucion. Entre los cristianos presos habia dos hermanos lla-

mados Pedro y Jaime, quienes, interrogados por el gobernador, confesaron Jesucristo con la mas noble sinceridad. Pablo demostró la verdad de la Religion: sus palabras llenaron de admiracion á los paganos y de furor á los jueces. En su consecuencia escribieron al rey, quien mandó hacer las mas escrupulosas pesquisas contra todos los cristianos, meter en prision á cuantos se encontrasen, y no dejarlos salir ó ponerlos en libertad sino despues de haber renunciado de viva voz ó por escrito á su religion. En cuanto á los dos hermanos, se los hizo conducir á su presencia, y les interrogó de nuevo. Los valerosos y esforzados confesores no se intimidaron por esto, y respondieron sin vacilar: «Nosotros profesamos la religion cristiana «porque hemos conocido que es la única verdadera: «esperamos vivir y morir como cristianos, segun la «divina voluntad del Señor.» Esta respuesta lacónica, pero llena de conviccion, desagradó sobremanera al tribunal de la corte, que mandó aplicar al tormento á los dos hermanos hasta tanto que hubiesen apostatado de la fé de Jesucristo. Mas los dos atletas en medio de los suplicios se animaron mas y mas en favor de la Religion. Empleáronse entonces la amabilidad y las lisonjas, pero con igual resultado: pronuncióse, por fin, contra ellos la sentencia de muerte. El rey, antes de sancionarla, tentó él mismo nuevos ensayos, que fueron tan inútiles como los precedentes, y mandó la ejecucion de la sentencia despues de haberla firmado. Los confesores fueron llevados en seguida al lugar del suplicio, seguidos de una multitud de cristianos y de paganos. Jaime, medio muerto ya á causa de los tormentos que le hicieron sufrir, apenas podia invocar en alta voz los dulces nombres de Jesús y María; pero Pablo seguia el camino con un semblante tan lleno de alegría, que aumentaba á medida que se iba acercando al lugar del sacrificio, en términos que parecia leerse en sus

miradas una impaciencia real por reunirse á su Criador. Mientras siguió la carrera proclamaban sin cesar el nombre de Jesucristo con tanto ahinco y animacion, que los paganos quedaban estupefactos de ver su valor. En el sitio señalado para la ejecucion se les preguntó aun una vez si querian abrazar de nuevo los falsos dioses, y rehusaron con entereza. Entonces el oficial manda á Pablo que lea él mismo su sentencia; quien la toma de sus manos y la lee en voz alta. Enajenado de una alegría verdaderamente celestial, en seguida de haberla leido pone su cabeza sobre el tajo, pronuncia muchas veces los santos nombres que eran toda su delicia, y sin manifestar la mas leve emocion dice á su verdugo que está pronto. Su hermano le imitó en el heroismo, y juntos llevaron al cielo las primicias de la Iglesia de Corea.—Los cuerpos de los Mártires permanecieron nueve dias insepultos. El dia noveno los parientes, que habian conseguido del rey el permiso de enterrarlos, y sus amigos, que habian venido para asistir á los funerales, quedaron asombrados de ver los dos cuerpos sin señal alguna de corrupcion, tan naturales y sus miembros tan flexibles como si hubieren sido decapitados aquel mismo dia. Su pasmo subió de punto cuando vieron el tajo manchado de una sangre líquida, y tan encarnada y fresca como si en aquel momento saliera de las venas. Los paganos censuraron públicamente la injusticia de los jueces, y proclamaron la inocencia de los dos hermanos; algunos de ellos movidos del prodigio, que examinaron con cuidado, se convirtieron á la fé.—Estas noticias llenaron de alegría el corazon de Pio VI y de su sucesor Pio VII. Es verdad que bien pronto una segunda persecucion amenazó la existencia de esta Iglesia débil todavía, y que fué condenado á muerte el único misionero que entonces habia en el reino. Mas no por eso dejó de continuar extendiéndose la verdad en Corea, y actualmente pa-

rece que, con el envío de nuevos misioneros, debe ser tan abundante la cosecha como terribles fueron las pruebas que ha sufrido la naciente Iglesia.

Pio VII, llegado á Roma como hemos dicho, miraba con un sentimiento de dulce consuelo los esfuerzos que hacia el Rey cristianísimo para devolver á la Religion su antiguo esplendor. Abrió el Papa en sus Estados un asilo á los que mas mal le trataron durante su cautiverio, y de quienes debia mas bien quejarse. Se ocupó con celo de las necesidades de las iglesias, hizo para todas sábios reglamentos, y concluyó con algunos soberanos concordatos dirigidos á procurar la salvacion de los fieles y la restauracion de la disciplina. Desgraciadamente pudo entregarse poco tiempo á estos trabajos: la muerte le hirió el dia 20 de agosto de 1823, contando la edad de ochenta y tres años, y despues de haberse sentado durante veinte y tres en la silla pontificia. Era tan grande la dulzra de su carácter, que Napoleon le comparaba á un cordero; su piedad hizo la edificacion de la Iglesia, y su pontificado vivirá como uno de los mas tempestuosos y tambien de los mas ilustres de que pueda hacerse mencion la historia eclesiástica.

Muerte de Pio VII 1823.

Antes de seguir adelante es preciso que retrocedamos algunos años, y digamos dos palabras sobre la guerra de la Independencia de España, en la que el clero prestó grandes y señalados servicios en favor de la causa nacional. Para ello nos valdrémos de la misma relacion que sobre este asunto hace la Fuente en el tomo 3.°, capítulo I, § CCCXCIV de la *Historia eclesiástica de España:* «Los cuatro reyes primeros de la casa de Borbon se habian mostrado hombres de mucha integridad y honradez en su vida privada. Ni Felipe V, á pesar de su fuerte tempera-

Guerra de la Independencia. 1808.

«mento, ni Cárlos III durante su larga viudedad, ha«bian sido acusados de galanteos ni debilidades. Tam«bien Cárlos IV era hombre honrado, religioso y pu«ro en su conducta; pero ni lo eran igualmente las «personas con quienes compartia el poder, ni las vir«tudes privadas que bastan para un particular son «suficientes para un rey: si está entregado al ocio, se «deja caer en brazos de un favorito, y por añadidura «indigno. Así que la lujuria puso el pié en el trono, «desencadenáronse todos los males sobre España. La «historia antigua y moderna atestiguan que la luju«ria en el trono es precursora siempre de revolucio«nes y calamidades. (1)

«Sean los que quieran los medios por los cuales se «preparó la ruina de Godoy, es indudable que su rui«dosa caida fué acompañada de la maldicion de todos «los españoles, con pocas excepciones, y que su nom«bre lo será siempre de odio y maldicion, por mas «apologías, vindicaciones y memorias justificativas «con que se quiera extraviar la opinion general, que «ha condenado á la infamia su memoria.—Con la «caida de Godoy pareció respirar algun tanto la Igle«sia de España, perseguida por él: aclamó el clero «con entusiasmo al nuevo monarca, y se puso de su «lado, aprestándose á la lid que se preparaba. La «traidora política del favorito y su ambicioso egoismo «habian franqueado al enemigo nuestras plazas y ar«senales: la lucha debia ser terrible y desesperada, «habiendo de luchar un país desarmado, inexperto y «sin jefes contra un ejército numeroso y aguerrido. «Vióse entonces á los religiosos salir de sus retiros «para alentar á los pueblos á la pelea, y á los altos «dignatarios de la Iglesia tomar parte en las juntas «populares para promover el levantamiento general. «Que la guerra se hizo en España en nombre de la

El clero apoya la causa nacional.

(1) Véase la *Historia de David trazada por el Espíritu Santo.*

«Religion ultrajada y del Rey cautivo es una verdad «que atestiguan todos los escritos y hechos de aque- «lla época: los eclesiásticos consideraban aquella «guerra como de religion, y se creian autorizados «para empuñar las armas. Y en verdad que aquellas «tropas y aquellos generales eran los mismos que ha- «bian lanzado de Francia al clero, prendido y marti- «rizado al Papa, escarnecido al mismo Dios, y consi- «derado la vuelta de su país al Catolicismo como una «*capuchinada*. Veíanlos en España burlarse de las «prácticas religiosas, y atropellar por todo lo mas «sagrado, apoderándose de los bienes de las iglesias; «y para completar aquel cuadro se vió á todos los «jansenistas, impíos y hombres desmoralizados po- «nerse del lado de los invasores. Los poetas que ha- «bian pulsado su lira en obsequio de Godoy, y escrito «poemas licenciosos y sátiras impías, continuaron «haciendo versos á los triunfos de los franceses, y «cantando las derrotas de sus hermanos.—Conven- «cidos Godoy y sus cortesanos satélites de la aversion «que les profesaban el clero y las personas religiosas, «no guardaron ya miramiento alguno con ellos. Un «decreto de Napoleon habia reducido los conventos á «una tercera parte: su hermano José por otro decreto «de 18 de agosto de 1809 los suprimió todos, como tam- «bien los Ordenes militares y sus encomiendas, de cu- «yos bienes se apoderó; suprimió la Inquisicion y el «voto de Santiago, y quitó al clero la inmunidad, pri- «vando á los tribunales eclesiásticos de conocer en las «causas civiles y criminales de apuellos. Á vista de «los apuros de su erario decretóse un empréstito for- «zoso; se acordó meter mano en el tesoro de la Igle- «sia, y el Conde de Cabarrús, regalista de la escuela «godoyana, hizo recoger la plata labrada que no pu- «dieron ocultar los particulares y la de varias Iglesias, «apoyando con su complacencia muchas de estas ope- «raciones los clérigos jansenistas y algunos obispos

Vejaciones que sufren la iglesia y el clero.

«malos ó intrusos.—Mas, en cambio de estas pocas de-«fecciones, muchos individuos del clero sellaron con «su sangre su adhesion á la Iglesia y á la patria. El ve-«nerable obispo de Coria, anciano inofensivo, de edad «de ochenta y cinco años, fué sacado de su cama por «las tropas del mariscal Soult, que le fusilaron bárba-«ramente (1809). El P. Basilio Boggiero, escolapio, y «el presbítero Sas fueron asesinados cruelmente y ar-«rojados sus cadáveres al Ebro. En varios otros pun-«tos se representaban iguales escenas, y de este mo-«do se observaba infamemente la capitulacion con-«venida. Despues de la desgraciada batalla de Uclés «las tropas francesas mataron inhumanamente en la «carnicería pública sesenta personas, y entre ellas «varias monjas, y reuniendo otras varias con tres-«cientas mujeres dentro de una iglesia, las quema-«ron allí á todas, habiendo antes abusado de ellas «(1809). Despues de la rendicion de Valencia, Suchet «envió á Francia á todos los estudiantes y á mil qui-«nientos frailes, de los cuales hizo fusilar á varios en «Murviedro, Castellon de la Plana y otros puntos del «camino. ¿Para qué cansarnos en la enumeracion de «las grandes atrocidades cometidas por el ejército «francés? Basta, para completar el cuadro de aque-«lla devastacion, presentar el incencio de la catedral «de Solsona (1810) y de varias otras iglesias céle-«bres.»

Cortes de Cádiz. 1812.

La Iglesia de España no habia logrado aun repo-nerse de aquellos actos vandálicos, cuando vinieron sobre ella nuevas tribulaciones. Los centrales, antes de disolverse, habian convocado Cortes generales del reino: no era la mejor ocasion, pues se trataba de obrar mas bien que de hablar. Los romanos en casos menos apurados suspendian todas las discusiones, y ponian el gobierno en manos de un dictador. Por otra parte la inexperiencia política hizo que la Regencia, com-puesta de cinco individuos, á cuyo frente estaba el

cardenal obispo de Orense, D. Pedro de Quevedo y Quintano (1), mandase constituir una sola Cámara. Reunida esta, se encontraron en ella los mas heterogéneos elementos. En la sesion de aquel mismo dia un clérigo extremeño, llamado Munoz Torrero, principió á parodiar las escenas de la Convencion, pidiendo que se hiciese la declaracion de los derechos del hompre. En el primero se decia que la soberanía residia en las Cortes. Á la verdad no pudo menos de chocar á todos los hombres pensadores que para combatir á los franceses se principiara por remedar las cosas y doctrinas de Francia. Tronaba el cañon francés contra los muros de Cádiz, y los diputados metidos en aquel estrecho recinto de la isla discutiae teorías á la francesa, ni mas ni menos que los bizantinos argüian sobre la *transustanciacion* mientras los turcos asaltaban los muros de Constantinopla. La Regencia y el clero no pudieron desconocer el objeto y tendencias de una gran porcion de diputados. La discordia estalló en el Congreso desde el primer dia de su reunion: exigióse á la Regencia que jurase reconocer la soberanía en las Cortes; trató de negarse á ello, pero no contando con fuerza alguna, hubieron de ceder y jurar todos, menos el Obispo de O rense, que pudo eludirlo por entonces á pretexto de sus achaques. Renunció en seguida la Regencia y el cargo de diputado, y quiso retirarse á su diócesis; exigiósele el juramento de reconocer la soberanía nacional: el Obispo dió un manifiesto declarando las razones por que no podia hacerlo; pero, amenazado por las Cortes hubo de ceder y prestar el juramento en manos

---

(1) Esta Regencia la instalaron los que llegaron á Cádiz despues de haberse disuelto en Sevilla la Junta central. Floridablanca, que fue su presidente, habia bajado al sepulcro con el desconsuelo de ver cási deshecha la monarquía, tan pujante en tiempo de Cárlos III

del cardenal de Borbon, retirándose enseguida á su silla de Orense. La guerra civil acababa de nacer en medio de la guerra extrangera: oyéronse desde entonces los títulos de *liberal* y *realista*. Decretóse desde luego la libertad de imprenta, excepto en materias religiosas. El primer uso que de ella se hizo fué para dar á luz un folleto *crítico-burlesco* el bibliotecario de las Cortes, en el que se ridiculizaba al clero y varias prácticas de la Iglesia. Aquel libelo, reprobado por las mismas Cortes, llenó de indignacion á todas las personas religiosas, viendo que hasta en esto se principiaba á parodiar las escenas de la revolucion francesa.—José Bonaparte habia suprimido los frailes, y las Cortes de Cádiz prohibieron dar hábitos y que siguieran abiertos los conventos en que hubiera menos de doce religiosos. Habia suprimido el voto de Santiago y el *Santo Oficio*, y las Cortes, siguiendo en todo las mismas ideas del intruso, hicieron lo mismo. Siendo la base principal de la resistencia contra los franceses la unidad religiosa, exigian la prudencia y el decoro que se dejase intacto este principio, por lo menos mientras durase la lucha. Hablaron en favor del *Santo Oficio* algunos clérigos é inquisidores, y otros en contra. Puesto á votacion el asunto se declaró abolido por noventa votos contra setenta (22 de enero de 1813). La mayoría pues no fué gran cosa.—Hé aquí cómo se expresa un escritor contemporáneo, testigo nada sospechoso en la materia, si es que en vez de testigo no se le pudiera calificar de actor: «Y sin embargo, para abolir la Inquisicion viéronse obligados los diputados á sustituirle tribunales protectores de la Religion, porque les aterraba el grito de la opinion pública, que les era contraria; grito consecuente á la ignorancia general, á tantos siglos de tiranía y de preocupaciones; grito que no tardará en resonar uniforme y omnipotente... Para prueba del temor que inspiraba á los diputados el

Abolicion de la Inquisicion. 1813.

«atraso de los pueblos, incensaban de cuando en cuan-«do al ídolo del fanatismo, proclamando unas voces «la intolerancia religiosa, y declarando otras patrona «de España á Santa Teresa de Jesús... Al paso que la «Asamblea habia desarrollado mas sus planes, el pue-«blo español habia ido conociendo que la libertad no «consistia en acabar con Godoy y con Bonaparte, si-«no que embebia principios de destruccion para la «anarquía teocrática, que era el elemento del vul-«go...» Sigue aquí el autor anónimo sus invectivas contra el clero episcopal y sacerdotal, que se opuso á la abolicion del *Santo Oficio*, publicando al efecto muchas pastorales los obispos adictos á este tribunal, que entonces consideraban mas necesario que nunca, para contener el torrente de ideas anárquicas que se iba desbordando. Añade que la Regencia hizo callar á unos, formar causa á otros, y desterrar á no pocos, concluyendo con estas palabras: «Tambien la «Regencia, despues de varias contestaciones muy enér-«gicas, comunicó al Nuncio por conducto del minis-«tro de Estado, Labrador, la órden de salir de estos «reinos, y de quedar ocupadas sus temporalidades, «remitiéndole al propio tiempo sus pasaportes en 7 «de julio.»—De esta confesion y de todos los documentos de aquella época se deduce que las medidas de las Córtes constituyentes en materias religiosas fueron impopulares en España, y que la mayoría de los diputados solamente representaba sus propias ideas (como sucede con frecuencia), no las de la nacion, cuya soberanía se arrogaban. Pero Fernando VII á su regreso de Francia disolvió las Cortes antes de su llegada á Madrid (10 de mayo de 1814), y formóse causa á los diputados que fueron hostiles á la dignidad real, siendo los eclesiásticos, unos confinados ó deportados, y otros condenados á reclusion perpétua en varios conventos. En seguida el Monarca restableció la Compañía de Jesús (20 de mayo de

Vuelta del rey Fernando VII.

1875), accediendo á las instancias de varias ciudades que la habian reclamado. Habia restablecido tambien la Inquisicion, en el hecho mismo de anular todas las disposiciones de las Cortes de Cádiz; pero este restablecimiento duró bien poco, pues que, habiendo Riego proclamado en 1.º de enero de 1820 la constitucion del año 12 en Cádiz, y triunfado de consiguiente los sublevados, juró el Rey la Constitucion en Madrid en 7 de marzo del mismo año. Al instante fué invadido el tribunal de la Inquisicion, se dió libertad á todos los presos, destrozados su librería y archivo, y á los dos dias suprimido de oficio.—Las nuevas Cortes, que se abrieron al cabo de cuatro meses (9 de julio), suprimieron otra vez á los Jesuitas, dejándoles una corta pension para su subsistencia. El papa Pio VII, respondiendo á la carta del Rey en que se le comunicaba aquella medida, se quejó de aquel y de los demás hechos consumados, y de los próximos á realizarse, segun de público se decia. Lamentaba la supresion de la Compañía de Jesús en España: manifestaba el profundo dolor que sentia al ver una nacion, antes tan eminentemente católica, ahora abiertamente hostil á la Religion: daba, en fin, mil protestas al Rey por la afliccion que le causaria la lectura de su carta; pero que se veia precisado á escribirle de aquel modo, porque callando, el eterno Juez reconvendria y castigaria su silencio. Al ver la impiedad desbordarse por todos los ámbitos de la monarquía, concluia escribiendo al Rey estas palabras: —«Un torrente de libros perniciosos inunda ya la «España en daño de la Religion y de las buenas cos«tumbres: ya comienzan á buscarse pretextos para «disminuir y envilecer al clero: los clérigos, que for«man la esperanza de la Iglesia, y los seculares con«sagrados á Dios en los claustros con votos solemnes, «son obligados al servicio militar: se viola la sagrada «inmunidad de las personas eclesiásticas: se atenta

«á la clausura de las vírgenes sagradas: se trata de «la abolicion total de los diezmos: se pretende sus-«traerse de la autoridad de la Santa Sede en objetos «dependientes de ella; en una palabra, se hacen con-«tínuas heridas á la disciplina eclesiástica y á las «máximas conservadoras de la unidad católica pro-«fesadas hasta ahora, y con tanta gloria practicadas «en los dominios de V. M. Hemos dado órden á nues-«tro Nuncio cerca de V. M. para que hiciese respe-«tuosamente, pero con libertad evangélica, las recla-«maciones de que no podemos dispensarnos sin faltar «á nuestras obligaciones; pero hasta ahora tenemos «el disgusto de no haber visto aquel éxito que debía-«mos esperar de una nacion que reconoce y profesa «la religion católica, apostólica, romana, como la «única verdadera, y que no admite en su gremio el «ejercicio de ningun falso culto.» — Efectivamente, las reclamaciones del Soberano Pontífice fueron inútiles: el paso estaba dado, y debia recorrerse en toda su extension el terreno de las reformas. Prohibióse dar hábitos á las Órdenes religiosas, admitir persona alguna á profesion; se mandó cerrar todos los conventos en que no llegase á veinte y cuatro los profesos, que eran mas de la mitad de España, no debiendo quedar en cada pueblo mas de un convento de cada Órden. Los bienes ó rendimientos se emplearon en negocios profanos, como en la extincion de la Deuda pública y otros. Dióse tambien permiso á las religiosas de abadonar los claustros; mas apenas hubo alguna que quisiese salir de su retiro. Desamortizáronse al mismo tiempo todos los bienes, vinculaciones y capellanías. Negábase el Rey á ratificar estas medidas; pero al ver la pugna creciente del Gobierno contra el clero, lo hacia, aunque bien á pesar suyo; mas esto no privó el que se llegase á las vias de hecho, y se declarase una guerra encarnizada á la Religion y á sus ministros. Volvieron á repetirse,

pues, las sangrientas escenas de la guerra de la Independencia, con la diferencia empero de que los primeros verdugos eran extranjeros. No las reproducirémos en nuestras páginas, porque se hallan ya sobradamente salpicadas de sangre; y habiéndonos extendido en este asunto mas de lo que deseábamos, suspenderémos la narracion de los ulteriores acontecimientos, para continuarla en su lugar oportuno. *(El Traductor).*

§ II.

Desde la muerte de Pio VII, hasta la exaltacion de Pio IX.

(1823-1846).

El partido liberal.

Lo hemos dicho, el espíritu pernicioso del filosofismo y de la revolucion, sintiéndose soltado y libre del brazo de hierro que le habia sujetado, se volvió con el furor y la astucia que tenia de costumbre, contra la mano real que le daba la libertad. Despues del horroroso despotismo del Terror, que era su obra, tenia el atrevimiento de llamarse el *partido liberal.* Los acontecimientos han probado que rara vez mas sangrienta ironía se ha dado como pasto á la multitud. Para estos hombres, lo mismo que para sus antecesores, con raras excepciones, no habia principios ni objeto alguno digno de aprobacion, solo habia deseos de satisfacer los apetitos desenfrenados. ¡Se llamaban liberales cuando debian apellidarse los verdugos de la libertad! Para ellos, que amaban el desenfreno, fueron buenos todos los medios de perversion: la tribuna política les servia de cátedra, en la que, por medio de una homicida charlatanería, arrojaban sobre la Francia, envueltos en frases retumbantes y sonoras, los elementos de la descomposicion social: innumerables buhoneros pagados por ellos repartian

entre las gentes del campo los libros mas inmorales é irreligiosos; sus poetas mas ensalzados (y ellos los ensalzaban mucho) llenaban los talleres y las calles de canciones en las cuales el cinismo del lenguaje ribalizaba y competia con la infamia de los pensamientos y la mala fé de las imputaciones; sus periódicos tenian el encargo especial de derramar gota á gota todas las mañanas el veneno de la sátira y de la burla sobre todos los actos del Gobierno; de cambiar poco á poco, á semejanza de esta incesante fuerza de la gota de agua que taladra una piedra, las nociones históricas mas verdaderas; en una palabra, con su manera particular de expresarse tenian de contínuo los ánimos suspensos, á fin de impedir el restablecimiento del órden y de que se consolidarse, y de aprovecharse ellos mismos en ocasion oportuna de los menores cambios que se representasen para recobrar su pasada dominacion Las palabras *diezmos y servidumbres*, resucitadas deliberadamente, exasperaban á los habitantes del campo; las de *jesuitas y congregantes* eran destinadas á los pequeños comerciantes de las ciudades; las acusaciones de *despotismo* y *reaccion* se dirigian á los talentos cultivados. Cada cual tenia su parte en esta gran conspiracion, que despues ha sido mirada sin vergüenza ni poder.

«La revolucion, dice Mr. Luis Veuillot, enfrenada «por Bonaparte, mas no cambiada; amando siempre «tanto el mal, y sabiendo mejor hacerlo, se alzó por «todas partes, múltiple en sus medios, una en sus «tendencias. Declaró la guerra al poder que le daba «la libertad, y empleó contra él armas aun mas odio«sas que su ingratitud. Discursos plagados de menti«ras, escritos irreligiosos y obscenos, contínuas difa«maciones, un arte infernal de excitar en el pueblo «todas las malas pasiones, de enconar todos los re«sentimientos, de exaltar todas las discordias, de «amedrentar todos los intereses sociales, una impla-

«cable destreza en explotar las faltas que pudiera co-
«meter un Gobierno así acosado, y en hacer durar y «prolongarse una situacion que las hacia inevitables; «en fin, una voluntad, encaminada á impedir el que «se estableciese el bien, ó privar que este se hiciese; «tal fué el trabajo de la revolucion, desde la restau- «racion en 1815, hasta su triunfo en 1830.»

Cárlos X. 1824 Acusada de despotismo que estos hombres sin conciencia, la restauracion hizo mal en no tomarles la palabra, y en respetar en ellos una libertad de que hacian tan pérfido uso. Llevó este respeto hasta el punto de dejarse injuriar todos los dias, arrastrar por el lodo, vilipendiar, en medio de una nacion naturalmente inclinada á la crítica, y á la oposicion. Esta tolerancia fué, mas que una falta, un crímen, y fué la primera que sufrió el castigo. Los malos representaban allí su papel natural, y el Gobierno se separaba del suyo sufriendo tanto. Cuando se lee hoy dia lo que entonces veia la luz pública, no se sabe que admirar mas, si la audacia de este partido, ó la credulidad del pueblo cuya inteligencia mancillaba.—Durante el reinado del piadoso Cárlos X, que en 1824 sucedió á su hermano Luis XVIII, fué cuando estos manejos y arterias se hicieron mas generales. La re-religiosidad del Príncipe se dió á conocer en Francia, y fué mirada bajo el punto de vista mas odioso. Puede decirse que ningun mónstruo ha sido pintado con tan repugnantes colores como lo fué este venerable y generoso anciano. Algunos emisarios recorrian las ciudades, como portadores de pretendidas órdenes firmadas por el Rey, para incendiar las cosechas. Se pidió una vez mas por medio de la prensa *liberal* que se excluye á los Jesuitas de dar enseñanza á la juventud. Para conseguir una paz imposible el Rey hizo este sacrificio; pero, lo mismo que Luis XVI, no debia salvarse por medio de la debilidad y de las concesiones. Incansables en su odio rencoroso, sus ene-

migos no pensaron en disimular ya mas. Cuando el Rey quiso, al fin, sacudir el yugo, era demasiado tarde; todo habia sido minado en torno suyo: en el espacio de tres dias el trono de los Borbones cayó de nuevo bajo los golpes de una revolucion largo tiempo preparada (julio de 1830), y por tercera vez el anciano Monarca tomó el camino del destierro, en el que debia acabar su vida en la práctica de las virtudes mas edificantes (1836). Habiéndole rogado su confesor, en el momento de ir á presentarse ante el tribunal del Juez supremo, que perdonase á los que le habian hecho tanto mal, y se habian apoderado de su corona, respondió: «Dios me es testigo de que he proporcionado á mis enemigos todo el bien que he podido, y que desde mis infortunios no he podido hallar en mi corazon un solo sentimiento de odio, un deseo el mas mínimo de venganza...» ¡Dignas y cristianas palabras, que recuerdan el testamento de Luis XVI! Los revolucionarios jamás han perdonado á la familia de los Borbones los ultrajes con que la han inundado: la historia, recta é imparcial en sus juicios, sabe dar á cada uno lo que le corresponde: á los unos la responsabilidad de sus crímenes, y á los otros el homenaje debido á la justicia y á la virtud.

Algunos miembros de ambas Cámaras, reunidos en tumulto, no constituyendo ni aun la mitad de los representantes de la nacion, declararon á Cárlos X destronado, y la corona vacante (1). Un hombre se presentó para tomarla: era este el hijo de Felipe *Igualdad*, La usurpacion orleanista. 1830.

---

(1) Aunque hubiesen sido en mayoría absoluta, no tenian derecho ni mision alguna para el acto monstruosamente ilegal que ejecutaron. Convocados por el Rey, de él les venia su poder; quitado el Rey, no eran ya nada, absolutamente nada, aun á los ojos de los electores que les habian enviado. En esta usurpacion todo fué, pues, á la vez ridículo y soberanamente insolente para la Francia, confiscada de nuevo por un puñado de intrigantes... en nombre de la *libertad*, para colmo de ironía.

pariente del Monarca destronado, y que durante muchos años no habia recibido de él sino continuos beneficios y favores. Luis Felipe recogió un cetro manchado de sangre y lodo, que la ley fundamental del Estado aseguraba á un huérfano, de quien él mismo era protector natural. El populacho de París pudo aplaudir entonces el usurpador entonando, desde lo alto de su balcon, el himno horroroso de los aciagos dias del 93, al que respondian todas las pasiones de la calle. La Francia hasta entonces podia haber sido vendida por la victoria ó diezmada por los verdugos: en este momento nefasto, á la vista de estas saturnales, de cuya ignominia nada la libraba, tuvo que taparse el rostro de vergüenza. La cruz fué abatida, insultados los sacerdotes, amenazados los religiosos, arrojados y arrastrados por el lodo los ornamentos sagrados, el palacio arzobispal de París saquedos, y puesta, como quien dice, á precio la cabeza del arzobispo, Mr. de Quélen. El prelado pudo escapar milagrosamente de la persecucion y del furor de los asesinos. Tantos crímenes encendieron sin duda la venganza divina; porque un azote cruel, el cólera, hasta entonces desconocido en Europa, vino del centro de las Indias(1), y ejerció sus estragos, especialmente en París. Estos dias de horror y espanto para los habitantes de la capital fueron dias de prueba y de batalla para un obispo, quien reapareció como una vision celestial en medio de su rebaño desolado, administró él mismo los auxilios corporales y espirituales á los enfermos, les exhortó á la paciencia, los curó con sus propias manos, y se presentó por todas partes donde quiera que hubiese una alma para salvar. Un dia, en

(1) Es opinion admitida, cási de todos los médicos, que esta epidemia contagiosa tiene su cuna en las márgenes ú orillas del Ganges, y que su desarrollo es debido á los desbordamientos de este caudaloso rio. (*El Traductor*).

el hospital llamado Hótel-Dieu, se aproximaba á una cama, cuando hirieron sus oidos estas palabras, dichas con una voz sepulcral: «¡Alejaos de mí; alejaos de «mí!...¡Yo soy uno de los ladrones del palacio del ar- «zobispo!—¡Oh amigo mio! exclamó el noble Prelado, «¿no conoceis, pues, el corazon de un obispo? ¡Vos me «habeis maldecido, me habeis despojado... y yo ven- «go á bendeciros y á socorreros con todo lo que me «resta!» En seguida le abraza y le da una limosna considerable. Su caridad y beneficencia fueron aun mas léjos: fundó un asilo para los niños que quedaron huérfanos á consecuencia del azote, y este admirable pastor consagró los restos de su fortuna en dar vestido y alimento á los pobres hijos de aquellos mismos que habian querido su muerte.

La usurpacion de 1830 debia durar diez y siete años. Consumada bajo tales auspicios, tampoco pudo producir otra cosa que males. El vicio de su orígen, los antecedentes y alianzas de sus hombres de Estado, las exigencias de sus fundadores hubieran puesto trabas á la voluntad mas deseosa de hacer el bien, aun cuando esta voluntad hubiese existido. Tambien este período de nuestra historia, que parece aun existente (tan cerca se halla de nosotros), debe ser contado en el número de los mas fatales. La educacion que el nuevo régimen obligó á la juventud recibir de sus manos era, si no impía, cuando menos horriblemente estéril en sus resultados religiosos; la mala prensa continuó viviendo de escándalos; la historia fué mas que nunca desnaturalizada, redundando esta siniestra intencion en provecho exclusivo de las pasiones egoistas de los vencedores; los sentimientos de fidelidad que honran á un pueblo y elevan su moralidad fueron solemnemente mancillados; no se quiso preconizar otra virtud que el buen éxito de sus empresas; las mas altas cuestiones quedaron rebajadas á las proporciones del industrialismo y del inte-

Gobierno de julio.

rés material del momento. De ahí este fatal malestar de las masas apegadas al terruño ó al trabajo; de ahí este amor al lucro que corrompe todas las relaciones y paraliza las mejores inclinaciones. Luis Felipe habia dicho en Metz en 1831: «Partiendo del libre ejercicio «de los cultos, pondré todos mis cuidados en hacer «borrar del espíritu de los hombres *la importancia «que dan á estas diferencias.»* Fiel á esta declaracion impía, fué á buscar entre los protestantes las alianzas de su familia(1). En lo concerniente á la promesa de la libertad de enseñanza se mostró menos escrupuloso; jamás consintió en concederla, á pesar de las reclamaciones de los obispos y de las familias católicas. El conjunto de este régimen conducia á la Francia á una inevitable descomposicion moral, que tarde ó temprano se hubiese verificado, si un rayo de la justicia divina no hubiese instantáneamente puesto fin al triunfo de los que la habian ocasionado tantos males. Las barricadas de febrero de 1848 destruyeron lo que habian hecho las barricadas de julio de 1830. Luis Felipe llevóse consigo los remordimientos de haber traido sobre la Europa los males que sufrirá mucho tiempo, y que tal vez no se curarán jamás.

Asociacion de la Propagacion de la Fe.

Ante el espíritu de propaganda impía el celo de los fieles no permaneció adormecido. Fundóse una institucion, digna de rivalizar con las mas bellas asociaciones de la fé, y que las sobrepuja casi á todas por la inmensidad del objeto que se propone y del bien que obra. Se trataba de facilitar á los misioneros la predicacion del Evangelio en todas las regiones del mundo: tal fué el objeto de la *Asociacion de la Propagacion de la Fé.* Correspondia á Lyon, esta patria

---

(1) No seria toda, porque su hijo el Duque de Montpensier casó con la infanta de España, María Luisa de Borbon, princesa eminentemente católica, y llena de todas las virtudes cristianas. (*El Traductor*).

de los Mártires, la ciudad mas católica despues de Roma (1), dar el primer movimiento y aun la existencia á esta santa obra (3 de mayo de 1823). Pequeña y desconocida en un principio, se engrandeció con la bendicion del cielo; tanto mas agradable á Dios y mas bella en sí misma, cuanto que es la obra especial del pobre, y que los tesoros de caridad que ella recauda son el fruto de los sudores y de la economía de la clase obrera.—Este fué uno de los primeros asuntos que se presentaron á la bendicion del nuevo pontífice Leon XII, elegido por el Sacro Colegio el 28 de setiembre de 1823. Amigo de los desgraciados, su alivio ocupó desde luego el corazon de este Papa. Volvió á poner en vigor una antigua costumbre introducida por san Gregorio el Grande, y quiso que todos los dias doce pobres fuesen á comer en su palacio. El mismo dia de su coronacion, despues de una larga y fatigosa ceremonia, Leon XII, en lugar de gustar el descanso de que tenia necesidad, fué á sorprender á sus pobres, bendijo su mesa, y les sirvió él mismo con la bondad de un padre. Inspeccionó los hospicios, á fin de asegurarse que nada faltaba á una clase que el miraba como la porcion mas preciosa de su rebaño. Ocupóse igualmente en reformar todos los ramos de la administracion. Visitó, sin ser anunciado ni conocido, bajo un hábil disfraz, los hospitales y las cárceles de su capital. Embelleció á Roma, dió mayor impulso al comercio, á las ciencias y á las artes; exterminó los bandidos de los Apeninos, y devolvió á la Compañía de Jesús los colegios que en otro tiempo habia ocupado en Roma.—Murió en 1829, y le sucedió Pio VIII, que solo reinó dos años.—Gregorio XVI le reemplazó en 1831. Pontífice de una eminente y dulce piedad, colocado en la silla de San Pedro dió el ejemplo de las virtudes del mas humilde religioso,

Leon XII. 1823-1829.

Gregorio XVI. 1831.1846.

(1) Esto lo dice el escritor francés. (*El Traductor*).

acostándose en las tablas, imponiéndose duras privaciones, permaneciendo unido á Dios con una oracion contínua. Al inaugurar su reinado tuvo que reprimir violentas insurrecciones, obra de las sociedades secretas que corroen este desventurado país, y que aspiran, so pretexto de reformas útiles, á trastornarlo y destruirlo todo (1). Su ciencia lo colocaba en el rango de los hombres mas sábios de Europa. Protegió con todo su poder y autoridad las misiones; creó un gran número de nuevos obispados, sobre todo en América; procuró con un celo especial proscribir todas las opiniones falsas y peligrosas, tanto en Religion como en filosofía, que se han producido en nuestros tiempos. Cárlos X al dejar la Francia la habia dotado con una magnífica conquista: la Argelia, hecha francesa, fué el real legado del Monarca destronado. Instituyóse, por efecto de la paternal solicitud de Gregorio XVI, un obispo en esta misma costa de África en que vivió san Agustin, y que contó en los primeros siglos de la Iglesia hasta trescientos obispos.

Este difícil y dilatado pontificado fué, sin embargo, conturbado y afligido por dos persecuciones, una en España y otra en Rusia.

Minoría de Isabel II. Persecuciones en España.

Ha llegado el momento de continuar la narracion de los acontecimientos, suspendida en el año 23. Estas persecuciones, como verémos mas abajo, fueron consecuencia forzosa de los sucesos que empezaron á afligir á la Iglesia de España desde la invasion francesa. Antes de reanudarnos, traduzcamos literalmen-

(1) Vaticinio desgraciadamente cumplido pocos años despues de haberlo estampado el autor; del que gime, y seguirá gimiendo la Iglesia, hasta que Dios se digne sacarla de tantas tribulaciones. (*El Traductor*).

te y sin comentarios lo que escribe el autor francés sobre este asunto. Dice Mr. Postel lo siguiente: «En «Enpaña á la muerte de Fernando VII (1833), la jó«ven princesa Isabel, ó mas bien su madre María «Cristina, se apoderó del trono con detrimento del le«gítimo heredero Cárlos V, quien sostuvo su causa á «mano armada, pero sin poder lograr la conquista del «cetro. Á cada deplorable colision sucedieron los mas «graves trastornos. Cuando la columna que sostiene «un edificio ha caido, las paredes y todas las demás «partes que lo componen se derrumban á su vez: así «sucede siempre en el gobierno de las naciones. La «violacion de la ley fundamental hace bambolear, y «á menudo vuelve impotentes todas las demás leyes. «La usurpacion, dueña de la Península, atrajo la re«revolucion, y con ella este cortejo de bandidos cuyos «excesos habia sufrido la Francia tan dilatado tiem«po. La sangre de los religiosos y de los sacerdotes «corrió en todas partes; los conventos fueron saquea«dos y quemados, y usurpados los bienes de la Igle«sia. Se necesitaron muchos años para que la tran«quilidad y el órden volviesen á este país, en otro «tiempo tan católico, ahora amenazado mas que nin«gun otro de los estragos de la impiedad. Vense, en «efecto, pocos Estados en que sean tan malos los pe«riódicos, donde sea mas general el trabajar en do«mingo, donde las blasfemias se revistan de una for«ma mas execrable desde las turbulencias de 1833. «Nada hay todavía resuelto; todo son cuestiones: la «Iglesia se ve amenazada todos los dias, hasta que «llegará sin duda el momento en que la España vol«verá á entrar enteramente en la senda de la justicia «y del derecho». Hasta aquí Mr. el abate Postel. Se ha circunscrito á una narracion tan general, que ninguno de nuestros lectores puede quedar satisfecho de tanto laconismo, especialmente si son españoles. Como el objeto especial de esta traduccion se dedica á

ellos de preferencia, creemos que nos agradecerán e que nos extendamos algo mas en tan importante asunto; mayormente observando, conforme vamos viendo á cada paso, que el autor francés se hace á veces cási sobrado municioso en las cosas que se refieren á su país.—Esto aparte, continuemos el hilo de los acontecimientos. Hemos visto ya los padecimientos de la Iglesia de España durante la guerra de la Independencia, y que continuaron en la primera época constitucional, es decir, desde 1812 á 1823. Para completar aquel aflictivo cuadro solamente faltaba la ruptura con la Santa Sede, y acabar con las relaciones á duras penas conservadas. Este desgraciado acaecimiento no se dejó esperar. Con motivo de enviar el Gobierno español á D. Joaquin Lorenzo Villanueva, desafecto á la Santa Sede, de embajador á Roma, el Pontífice le envió una órden á Turin, donde habia llegado, prohibiéndole entrar en sus dominios. El ministro de Estado se empeñó en sostenerle, mas el cardenal secretario de negocios estranjeros se negó rotundamente á admitirle, fundándose en las malas doctrinas de aquel clérigo. El ministro español envió sus pasaportes al Nuncio de Su Santidad, y dió cuenta de aquella ruptura á las nuevas Córtes (23 de enero de 1823) Poco tiempo despues cien mil franceses pasaron el Vidasoa para apoyar al partido realista (7 de abril).—Durante los diez últimos años del reinado de Fernando VII España se halló en una contínua fluctuacion, y si no estalló la guerra en una manera decidida entre los dos partidos que entonces dividian el realismo fué porque el Monarca, con su talento natural, supo contrapesar hasta los últimos momentos de su vida el uno con el otro, sin ladearse á ninguno, y sacando las ventajas que pudo de esta division. Si Fernando VII no logró contentar los partidos observando esta conducta, consigió por lo menos tener paz, extinguiendo así brebemente las chis-

pas de insurreccion que en varios sentidos trataron de volver á encender la guerra civil. Las iglesias iban recobrando su antiguo esplendor; el erario se iba reponiendo; las costumbres empezaban á suavizarse, á mitigarse los odios, y el país principiaba á pensar en mejorar su situacion, harto trabajada por las dos últimas guerras. Restablecido el poder de Fernando por la intervencion francesa, fueron perseguidos y oprimidos los partidarios de la Constitucion. Sin embargo, el Rey, no adhiriéndose enteramente á las miras del partido ultra, mostró su predileccion al gobierno absoluto, tal como lo habian comprendido los Borbones sus predecesores. Fernando se casó despues de la muerte de la reina Josefa Amalia de Sajonia con María Cristina de Nápoles, su sobrina (1829), y por un Real decreto de 29 de marzo de 1830 abolió la ley por la que los varones eran preferidos á las hembras de mejor línea y grado, y restableció el antiguo órden de sucesion castellana, por la cual las hijas y las nietas del rey tienen el derecho de preferencia sobre los hermanos y demás colaterales. De este matrimonio nació la princesa Isabel, que fué proclamada reina de España á la muerte de su padre (29 de setiembre de 1833). El partido realista se sublevó al punto; la revolucion estalló en las provincias Vascongadas y Aragon, y la reina madre, Cristina, entregada á los liberales, no pudo sostenerse, sino haciendo cada dia nuevas concesiones. Entre tanto, habiendo aparecido el cólera en Madrid (1834), los malévolos esparcieron por el pueblo la voz de que las aguas estaban envenenadas, y que los autores de este crímen eran los frailes. Un populacho furioso se apoderó en medio del dia de muchos conventos, asesinó inhumanamente á sus moradores, y saqueó cuanto encontró, quedando impunes tan atroces atentados. Esta impunidad alentó á los asesinos de las provincias: los de Zaragoza no quisieron que-

Guerra de los siete años 1833-1840.

Atropellos asesinatos é incendios en los conventos 1834.

dar en zaga con respeto á los de Madrid. Tres dias despues se reproducian iguales escenas en Murcia. Al cabo de tres meses en Barcelona, Reus y otras poblaciones de Cataluña se representaaban de una manera horrorosa, uniendo el incendio al asesinato. No contento el populacho desenfrenado con desplegar su furia contra los conventos y sus moradores, asesinó horrorosamente al desgraciado general D. Pedro Bassa, segundo cabo de Cataluña, á quien despues de asesinado arrastraron por las calles, y quemaron en una hoguera formada con los papeles de la policía. Puede decirse que toda España sufrió el fuego devastador de la revolucion, sin que pudieran librarse de sus estragos ni aun las islas Baleares. La desmoralizacion y la irreligion crecieron de dia en dia, y se manifestaron sin rebozo. Se tradujeron al español los peores libros fraceses, y el desprecio y el odio se declararon principalmente contra los intitutos religiosos. Una insurreccion militar estalló en la Granja, y obligó á la Reina gobernadora á que sustituyese la Constitucion de 1812 al Estatuto Real. Subió al ministerio un hombre audaz, que desde luego decretó la supresion de todos los conventos, y se apoderó de todos los objetos preciosos y efectos que en ellos habia. Los bienes de la Iglesia fueron declarados propiedad nacional, el diezmo se suprimió por las Cortes, que no se quisieron quedar atrás de la Convencion francesa, su modelo (1837). Al mismo tiempo se constituyó una Comision encargada de redactar un plan de reforma y reorganizacion del clero. La Comision propuso la supresion de diez y siete antiguos obispados, la creacion de cinco nuevos, la supresion de diez y ocho iglesias catedrales, y la conservacion del culto y clero por cuenta del Estado. El artículo 11 de la nueva Constitucion de 1837 habia ya declarado que la nacion se obligaba á mantener el culto y los ministros de la Iglesia católica, á la que

pertenece en masa toda la península española y sus posesiones.—El Soberano Pontífice que entonces ocupaba la silla de San Pedro, Gregorio XVI, con su imparcialidad no quiso reconocer mientras durase la guerra civil á la reina Isabel; sin embargo, no se declaró de ningun modo contra el nuevo órden de cosas, esperando oportunidad de arreglar los intereses de la Iglesia. Entre tanto el clero secular y regular eran desatendidos, muchos de sus miembros deportados y aprisionados, y el culto abandonado. Por otro lado el Gobierno presentó para varios obispados y arzobispados, y la Santa Sede se negó á preconizarlos en virtud de la presentacion, aunque ofreció hacerlo *motu propio*. Pero el Gobierno no quiso admitir este temperamento, he hizo que los Cabildos eligiesen por vicarios capitulares á los presentados por él. Por fin conoció bajo el ministerio del Conde de Ofalia la absolnta necesidad de tomar en consideracion el estado deplorable de la Iglesia; se nombró una Comision para deliberar los medios de restablecer las relaciones entre el Gobierno español y la Santa Sede. El delegado enviado á Roma, D. Julian Villalba, desplegó allí una grande actividad, y fué apoyado por la Francia. Era urgente una conclusion; veinte y dos sillas estaban vacantes en España y sus colonias. La guerra civil se apaciguó poco á poco despues del convenio de Vergara entre Espartero y Maroto. Los españoles, cansados de tan rudas fatigas, volvian de nuevo sus ojos al cielo y sus corazones á la Iglesia: la fé y la práctica religiosa parecian renacer con la paz. Por todas partes se manifestaron síntomas de una reaccion religiosa. Barcelona vió aparecer un diario titulado *La Religion*, que ha continuado despues defendiendo el Catolicismo, y manifestando á sus lectores los progresos del espíritu cristiano, y reproduciendo en sus columnas los mejores artículos de los periódicos religiosos de Italia y de Francia. Otro diario en

Madrid, *El Católico*, empezó desde entonces á publicar las doctrinas de la Iglesia. Desgraciadamente el pronunciamiento de setiembre de 1840, que tuvo por objeto la abdicacion de la reina Cristina, renovó las iniquidades y los peligros de la Iglesia de España. Las Juntas insurrecionales de las provincias se entregaron á las mas odiosas violencias contra los miembros del clero, echaron á los curas y á los obispos de sus sillas, é instituyeron en su lugar sacerdotes que se decian liberales. La Junta de Madrid avanza hasta suspender á la mayor parte de los asesores del supremo Tribunal eclesiástico (*Rota de la Nunciatura apostólica*), que existia desde Clemente XIV. Habiendo protestado el nuncio apostólico, Ramirez de Arellano, á nombre y por los derechos de la Iglesia contra estos actos de violencia, el Gobierno provisional de Espartero le hizo conducir á la frontera (29 de diciembre de 1840).

Regencia de Espartero

La hostilidad del Gobierno contra la Iglesia y corte de Roma llegó á su apogeo á pesar de las alocuciones pronunciadas por el Santo Padre con fecha 1.° de febrero de 1836, y 1.° de marzo de 1841; en esta última Gregorio XVI eleva su voz para rechazar en presencia de Dios todopoderoso los ultrajes con que el Gobierno español oprimia á la Iglesia. El Gobierno revolucionario de España opusa á la alocucion del Papa el manifesto de 30 de julio, en el cual desnaturaliza el carácter puramente religioso de la alocucion: la considera como una declaracion de guerra, como un acto emanado, no del Jefe de la Iglesia, sino del Soberano temporal de Roma, ofensiva para el honor de la nacion española, interesada en vengarse de estos ultrajes gratúitos. En su consecuencia, el Gobierno tomó sobre la marcha las medidas mas violentas contra los eclesiásticos dispuestos á propagar la alocucion pontificia. En suma, para acabar de avasallar á la Iglesia, el ministro de Gracia y Justicia,

Ruptura con la Santa Sede.

Alonso, renueva una experiencia frecuentemente probada, rompiendo de hecho las relaciones entre la Iglesia y su Jefe, é instituyendo á viva fuerza á los obispos nombrados por el Gobierno y no reconocidos por la Santa Sede. Mas entonces los mismos prelados que pertenecian al partido del progreso se levantaron contra el avasallamiento de la Iglesia. Abdicaron unos su dignidad, y expiaron otros en el destierro ó en la expulsion de sus sillas la oposicion que manifestaron contra las violencias del Gobierno. Diferentes Cabildos en cuerpo y otros muchos eclesiásticos aislados sintieron tambien por su parte los efectos de la cólera del Gobierno del Regente. En este extremo el papa Gregorio envia á toda la Iglesia una encíclica en la que invitaba á todos los fieles á pedir con rogativas ó preces públicas, con indulgencia plenaria, por la salud de la Iglesia de España. El Catolicismo, dolorosamente conmovido, obedeció al llamamiento del Santo Padre, respondiendo con súplicas universales, confiado en la antigua piedad y porvenir de una nacion que, despues de haber vencido al islamismo y sus voluptuosas corrupciones, sabrá sobaeponerse á los peligros de la situacion presente, y hacerse libre sin ser infiel.—Estamos ciertos, decian «los órganos de la parte sana de la nacion, que la «Iglesia no saldrá de estas pruebas sin haber aprove«chado grandemente. Vosotros pedís la libertad; «pues bien: esa misma libertad es la que nosotros «deseamos, para nosotros y para la Iglesia. La reli«gion católica es una ley sagrada, esculpida sobre las «tablas de nuestras libertadas patrias. En nuestra fe «y en su poder divino es dónde hallarémos la perse«verancia necesaria para salvar nuestra independen«cia al través de las abominaciones de que somos tes«tigos.»—Ved, añadian dirigiéndose á la juventud del «clero; ved, jóvenes sacerdotes, el siglo os pertenece; «porque la juventud es llamada en las épocas de re-

«volucion á conservar la tradicion sagrada. Aprended «la sabiduría al pié de la cruz, á fin de que la patria, «que tiene fijas en vosotros sus esperanzas, obtenga «un dia la paz, y vuelva á hallar la dicha bajo la pro-«teccion de una fé siempre antigua y sin embargo re-«novada.» (*Juicio de Alzog sobre la última revolucion*).

Isabel II declarada mayor de edad. 1844.

Los perseguidores de la Iglesia no tardaron mucho en sufrir su merecido castigo: el Ministerio fué derrocado, el regente Espartero expulsado del reino, Isabel II declarada mayor de edad, y llamada al gobierno (octubre de 1844). La nueva administracion empezó por algunos actos de justicia hácia la Iglesia; permitió á los obispos desterrados volver á España, y revocó el decreto por el que se mandó cerrar el tribunal de la Rota, restableciéndole de nuevo, sin deshacer no obstante, la venta de los bienes de la Iglesia, ni reparar otros muchos males de que amargamente se lamenta. Aun sigue despojada de mucha parte de lo que poseia (1), y está distante de gozar de aquella innata libertad que le es debida por su institucion para gobernarse á sí misma. El derecho de proveerse de ministros sagrados se le coarta, y el de la enseñanza se le quiere hacer depender del poder secular, siendo así que á los Apóstoles, y en ellos á los obispos; constituyó el divino fundador de la Iglesia por maestros de la doctrina. — El sumo pontífice Gregorio XVI habia ya determinado que viniera á España un delegado apostólico que tratara con el Gobierno sobre el arreglo de los asuntos eclesiásticos, que á consecuencia de los años transcurridos habian quedado tan mal parados. Al efecto fué designado Mons. Juan Brunelli, obispo de Tesalónica y secretario de la Propaganda; pero la muerte de aquel Papa

Reaccion favorable.

(1) Los últimos acontecimientos de nuestros dias la han despojado del todo. (*El Traductor.*)

retardó su venida, hasta que el actual Pontífice Pio IX renovó su nombramiento, y entró en Madrid en 30 de mayo de 1847. Estaban entonces vacantes dos terceras partes de las sillas episcopales; tratóse, por consiguiente, de dotar á las iglesias de pastores, de los que carecian hacia ya muchos años. Urgentes eran, en verdad, estas provisiones. Removidos los obstáculos que podian ofrecer las circunstancias, se proveyeron la mayor parte de los obispados, quedando, sin embargo, algunos vacantes, hasta ver si en la proyectada nueva circunscripcion de diócesis habian de conservarse ó suprimirse. Ya en julio de 1848 el Delegado apostólico presentó las credenciales de nuncio de la Santa Sede en estos reinos, y continuó como lo habia hecho hasta entonces en trabajar á una con el Gobierno en el arreglo de los demás negocios eclesiásticos; y para facilitarlo se convino en que se crease una Junta compuesta de sujetos nombrados, mitad por el Gobierno y mitad por el Nuncio, la cual presentase un proyecto de circunscripcion de diócesis, dotacion de culto y clero, y organizacion de catedrales, parroquias, etc. En efecto, se instaló esta Junta, la cual concluyó los trabajos que se la habian encomendado; pero aun no ha transcurrido el tiempo necesario para que hayan podido verse sus resultados (1848).

Luego que D. Pedro conquistó el trono de Portugal para su hija D.ª María de la Gloria en nombre de la libertad, entre sus primeras medidas de gobierno se cuentan los decretos de la supresion de las Ordenes religiosas y militares, de los hospicios, confiscando todos sus bienes, y de los diezmos, reduciendo de esta manera á la Iglesia al último extremo. Ya al principio mismo tambien declaró vacantes todas las diócesis cuyos prelados habian sido presentados por don Miguel y confirmados por la Santa Sede. El Papa se lamentó de estos males, y aun llegó á amenazar con Portugal.

las armas de la Iglesia; pero fué inútil. Murió D. Pedro, y D.ª María quedó dependiente de Inglaterra; se la dió una Constitucion, y los males de la Iglesia fueron en aumento. Pasado algun tiempo se quiso tratar con la Santa Sede: esta envió por internuncio al Sr. Capaccini, quien reconoció como reina á doña María, y en nombre del Santo Padre le entregó la rosa de oro: esto acaecia en 1842. Además se confirmaron algunos prelados nombrados, aunque no todos, lo que anunciaba ya que se hubiera, por fin, concluido un arreglo; pero no llegó á llevarse á cabo, á pesar del espíritu de conciliacion de Gregorio XVI, y de la condescendencia del Internuncio. (F. M. Amado, *Compendio de la historia eclesiástica.*) (*El Traductor*).

Persecuciones en Rusia.

En el Norte el emperador de Rusia, Nicolás I, diezmaba las poblaciones católicas de la Polonia. Allí aun las mujeres sufrieron un doloroso martirio de siete años, sin un dia de descanso, antes que adherirse al cisma, á lo que se negaron constantemente; muchos clérigos fueron desterrados á las heladas regiones de la Siberia; los habitantes eran llevados á viva fuerza al seno de las asambleas cimáticas, y los que rehusaban concurrir eran sometidos al horroso suplicio de los latigazos en las espaldas, llamado por los rusos *knout*, que hizo perecer á muchos.—Gregorio XVI trató por todos los medios posibles, de mitigar tantos males; perq con escaso resultado. Al menos tuvo la dicha y el consuelo de ver extenderse por todas las latitudes y en todos los países del globo las luces del Evangelio. Estas misiones admirables fueron el distintivo particular de su pontificado. La palabra apostólica fué llevada, al través de los mares, á pueblos hasta entonces desconocidos. Es verdad que la

sangre de los Mártires seguia derramándose en muchos puntos.

Donde se vió sobre todo con mas frecuencia la persecucion de los misioneros fué en la China, en el Tong-King y en Cochinchina. Los *Anales de la Propagacion de la Fe* hicieron conocer al mundo cristiano los nombres de los gloriosos confesores Gagelin, Marchond, Jaccard, Cornay, Borie, Perboyre, Vachal, Schœffler, Bonnard, sin contar los sacerdotes y los catequistas indígenas, cuyos nombres no tardarán en ser inscritos en el catálogo de los santos. Nada detenia ni arredraba á los invencibles apóstoles. Un solo rasgo nos enseñará, sin embargo, qué clase de tormentos les esperaban, y les esperan aun hoy dia, en esas comarcas inhospitalarias y salvajes. Persecuciones en Oriente.

Era en el mes de noviembre de 1835. La Cochinchina gemia bajo el poder tiránico del feroz Minh-Menh. Un sacerdote francés, llamado Mr. Marchand, de la diócesis de Besancon, es conducido delante del perseguidor. Despues de muchos interrogatorios, en los que se le quiere forzar á que confiese que ha venido á insurreccionar este país, evangelizado por él, empiezan á atormentarle; le queman y arrancan con pinzas de hierro hechas ascuas las carnes de los miembros inferiores, encerrándole despues de este horrible tormento en una jaula. Esta jaula, *de dos piés y medio* de alto, tenia *tres* de largo y *dos* de ancho; de manera que un hombre de estatura mediana no podia estar en ella sino con las piernas muy encogidas, y teniendo la cabeza encorbada sobre el pecho. Cerca mes y medio permaneció el santo sacerdote en esta violenta postura. Llegó, por fin, el dia de la ejecucion; le juntaron á muchos criminales, y en compañía de ellos fué llevado cerca del palacio. Una vez allí, los mandarines los ataron fuertemente por el vientre (como hacen con todos los criminales); luego les hacen adelantar un poco, á fin de que el Rey los Martirio de M. Marchand.

vea, y les obligan á arrodillarse y bajar el rostro hasta tocar el suelo para saludar á S. M. Esta ceremonia se repitió cinco veces. El Rey, despues de haberlos mirado uno á uno, tomó de la mano un pabellon y lo dejó caer: esta era una señal que queria decir: «Id á ejecutar mis órdenes.» Los mandarines, despues de haber recogido el pabellon, condujeron á los condenados á la casa del gran Consejo. En ella acabaron de desnudarles, no dejándoles mas que un ceñidor, y un pedazo de tela colgado del cuello en el que estaba escrito su nombre. Enseguida fueron atados aisladamente con fajas pequeñas, y colocados de espaldas en parihuelas ó camillas. Aquí empieza una escena que hace tembiar de horror: Minh-Menh reservaba al sacerdote europeo otra cosa enteramente diferente de los suplicios ordinarios. Se hace calentar de nuevo los hierros hasta enrojecerlos: á una señal del mandarin encargado de lo criminal cinco verdugos cogieron cada uno unas grandes pinzas largas de un pié y medio que estaban hechas ascuas, y agarraron fuertemente las carnes de las piernas y muslos en cinco puntos diferentes. Al instante un grito tan agudo como doloroso se escapó de los lábios del paciente: ¡Dios mio! exclamó, y vióse salir un humo fétido que exhalaba de los sitios quemados. Los hierros permanecieron pegados largo tiempo en estas carnes carbonizadas, que cada vez mas se iban consumiendo. Al fin se fueron enfriando, y cesó el humo: entonces los verdugos se separaron y corrieron á meter otra vez en el fuego sus tenazas horribles, á fin de enrojecerlas de nuevo para continuar su bárbaro suplicio. Temiendo que estos verdugos no se dejasen sorprender por un sentimiento de piedad, se colocaron detrás de cada uno de ellos soldados armaros con látigos, prontos á azotar á los que manifestapan el mas leve movimiento de humanidad. En cuanto al populacho atraido por la novedad del espectá-

culo, la mayor parte mezclan sus gritos á los acentos de dolor, mientras otros insultan aun á la víctima, y la llaman padre de la religion de Jesús. Dos veces se repite todavía la horrible tortura, y deja en este cuerpo, glorificado por los mismos sufrimientos, quince cicatrices profundas, añadidas á las de los interrogatorios precedentes. En seguida fué atado Mr. Marchand por mitad del cuerpo á una horca, á cuyos travesaños ataron tambien sus brazos, quedando libres únicamente los piés. Dos verdugos, armados de cuchillas, se colocan uno á cada lado del mártir. Entonces se deja oir un redoble de tambores... cesa este... los verdugos se agarran al pecho del paciente, le cortan de un solo tajo pedazos de medio pié de largos, y los arrojan al suelo, En medio de tan bárbaro y horrible suplicio el admirable ciervo de Dios no hace el mas leve movimiento, ni pronuncia un solo quejido. Vuelven los verdugos á cogerlo, y otros dos grandes pedazos de carne son aun cortados de un golpe. El paciente entra en convulciones, y dirige su vista al cielo. Entre tanto los verdugos continúan su atroz operacion, pasando del pecho á los muslos, de estos á las piernas, y arrastrando cada vez tras el cortante filo de la cuchilla un nuevo pedazo de carne... Entonces, agotadas las fuerzas, la naturaleza sucumbe, la cabeza se inclina, y el lama del mártir sube volando al cielo. El verdugo le coge de los cabellos con la mano izquierda, le endereza la cabeza, y con la cuchilla embrazada en la derecha, se la corta de un solo golpe. Inmediatamente es arrojada en un vaso ó tiesto lleno de cal. ¡Esto no es aun bastante; el cuerpo mutilado es desatado de la horca, tendido en el suelo, y descuartizado! Mas tarde voviése á tomar esta cabeza ensangrentada, fué molida en un mortero y arrojada en el mar.

¡Hé ahi Señor, la suerte que espera á vuestros siervos, sin que por esto se detenga su celo apostólico!

¡Hé aquí lo que sufren por vuestro nombre los que os aman; y la mayor parte de los cristianos se atreven á quejarse de la menor privacion y de la pena mas lijera! Gracias, pues, á este espíritu de sacrificio, á esta sed de salvacion de almas; gracias tambien á la bendita Asociacion de la *Propagacion de la Fé*, las treinta y ocho Órdenes ó Congregaciones francesas y extranjeras consagradas á las misiones de Ultramar pueden hacer fructificar sus trabajos. Fórmanse nuevas cristiandades, dóblase el número de los operarios evángelicos, levántanse iglesias, fúndanse seminarios, y en comarcas donde poco antes apenas era conocido su nombre la santa Iglesia cuenta ciento veinte obispos y cinco millones de neófitos.

Progresos de la fe.

La misma Inglaterra, tan hospitalaria con los sacerdotes franceses durante la tormenta revolucionaria, llena de alegría el corazon de Gregorio. XVI al ver las numerosas conversiones que en esta isla opera la gracia celestial. Al mismo tiempo los católicos irlandeses ven rota ya la cadena de servidumbre ó esclavitud que habia remachado á sus piés, durante tres siglos, el protestantismo anglicano. La Iglesia, en pocos años, arrebata á esta herejía, la mas obstinada de todas, dos millones de ovejas para conducirlas á su aprisco (1).

Obras santas.

En Francia las santas obras continúan prosperando y multiplcándose (2). La archicofradía de Nuetra Señora de las Victorias une en una oracion comun todas las partes del mundo á fin de conseguir la conversion de los pecadores: la sociedad de San Vicente

(1.) En nuestros dias se repite con insistencia la noticia de haberse convertido secretamente al Catolicismo la actual reina de Inglaterra María Victoria, y se da tambien por cierta la conversion de la esposa del general carlista Cabrera.. (*El Traductor.*)

(2.) Excepto actualmente, que, mientras estamos haciendo la traduccion de esta obra (marzo de 1862), se persigue hasta la mas caritativa de las instituciones, la Sociedad de san Vicente de Paul, y es objeto de acalorados debates en el Parlamento. (*El Traductor*).

de Paul establece en todos los lugares sus generosas Conferencias para socorrer á los pobres á domicilio: la caridad y el celo revisten todas las formas, y se ve en un oscuro pueblo de Bretaña una pobre criada sin ciencia, sin apoyo, sin fortuna, fundar la nueva y admirable Órden de las *pequeñas Hermanas de los pobres* para cuidar á los ancianos abandonados. ¡Tal es la divina vitalidad de la Iglesia! ¡tal es su inagotable fecudidad! El soberano pontífice Gregorio XVI no vivió el tiempo suficiente para poder tener el consuelo de ver el desarrollo de estos grandes actos piadosos, que su bendicion cubrió en su cuna. Sorprendió la muerte en medio de sus trabajos. «No es co«mo soberano, sino como religioso que quiero morir,» dijo á los que le rodeaban, y efectivamente murió edificando á todos (1.° de Junio de 1846.)

§ III.

Pontificado de Pio IX.

La eleccion del sucesor que debia darse á Gregorio XVI preocupaba vivamente los espíritus en diversos sentidos: los revolucionarios, cuyo partido se habia acrecentado considerablemente en Italia, deseaba un pontífice al que pudiesen reprochar las medidas de rigor que se observaban con ellos, lo que les dió pretexto á mover una revolucion á mano armada; los amigos de la religion pedian á Dios un papa con un corazon lleno de caridad y de firmeza á la vez. Pio IX fué proclamado el 16 de junio de 1846, quince dias despues de la muerte de Gregorio. La Europa entera le saludó con sus aclamaciones. Las reformas que en el acto introdujo en la administaacion del Estado, la amnistía que concedió á los presos políticos, la elevacion y noble franqueza de su carácter hicieron nacer en torno de su nombre un entusiasmo ge- Su eleccion. 1846.

neral. Jamás habia sido tan grande en el mundo el triunfo del Papado, ni tan espontáneo y completo. Sus mismos enemigos, aun los mas implacables, se asociaron á esta ovacion; no dirémos, sin embargo, que no fuese con segundas intenciones; porque los hechos tardaron poco en dar á conocer el fondo de las conciencias.

Juan María Mastai Ferretti nació en Sinigaglia, hermosa ciudad de los Estados romanos, junto al Adriático, el 13 de mayo de 1792. Fué sucesivamente canónigo en Roma, arzobispo de Espoleto, arzobispo-obispo de Imola, y cardenal en 1839. Contaba la edad de cincuenta y cuatro años cuando fué elevado á la cátedra de san Pedro. Hacia mucho tiempo que la Iglesia no habia tenido un papa tan jóven, y admiró la misericordiosa voluntad de la Providencia, por la cual habia sido elegido en tiempos tan difíciles y peligrosos.

Revolucion en Francia. 1848.

Pio IX dió en Roma el ejemplo de las mas apostólicas virtudes, y pruebas diarias de su solicitud por los intereses de la Religion, cuando estalló en Francia la revolucion de febrero de 1848, inesperada solo por aquellos que, enriquecidos con los hechos revolucionarios anteriores, habian creido poder detener el desórden en provecho propio. Luis Felipe fué arrojado ignominiosamente del palacio que habia usurpado, y se vió obligado á buscar en Inglaterra un asilo, donde murió el 26 de agosto de 1850 (1). Todos vieron la mano de Dios en la expiacion impuesta á este Príncipe. La historia será severa con él, por la misma razon que será justa. Sin duda que bajo su gobierno la prosperidad material de la Francia ha

(1) No comprendió la única rehabilitacion posible para él y su familia: el perdon solemnemente pedido al que habia despojado, y la abjuracion franca y espontánea de un deplorable pasado, á fin de reunir en una accion comun, en una accion fecunda, todas las fuerzas vivas de la sociedad, quebrantadas y divididas.

llegado á un grado bien extraño; mas los intereses morales é intelectuales, han sufrido una caida de la que es difícil levantarlos. Luis Felipe, dice con razon un escritor católico, los ha mirado con negligencia; nada ha hecho en favor de la moral y de las verdaderas luces. Su conducta en los asuntos religiosos ha sido muy notable. Al contrario de ciertos filósofos que declaran amar la Religion y no á los clérigos, ha hecho algo en favor del clero y nada por la Religion: temia que no tomase demasiado imperio; le parecia, y con razon, que la virtud debia ser hostil á su dinastía, despojada do todo título, excepto del de una astuta traicion. Se reconocia impotente contra los principios, y contaba con su habilidad para seducir ó dominar á los hombres; pero la habilidad, sin la verdad de las situaciones, no basta á fundar nada bueno. Tuvo la desdichada idea de dar una importancia política al cuerpo de enseñanza ó á la instruccion pública, y como lo hemos dicho, favorecer las tendencias anticatólicas de la Universidad, con el objeto enteramente maquiavélico de contrabalencear la influencia del clero. Puede tambien asegurarse que hubo un principio de persecucion contra los eclesiásticos que reclamaban la libertad de dar á los niños una educacion conforme á la de la Iglesia católica, sin estar, por lo tanto, sometida á la Universidad. Una generacion entera fué, pues, instruida en unos principios, sino siempre hostiles, al menos con sobrada frecuencia extraños á los principios de la fé. Así, cuando estalló el movimiento revolucionario de 1848, consecuencia lógica del de 1830, se vió al personal de la instruccion pública dar un contingente enorme á los apóstoles del comunismo y del socialismo. En una palabra, la Francia, y con ella toda la Europa, han recibido de Luis Felipe y de su régimen una herida que se necesitará tal vez mas de un siglo para poder cicatrizarla.

Mons Affre. El mes de febrero habia llevado al poder la vanguardia del ejército socialista, que se esforzó á su vez en poner coto á un movimiento destinado á arrastrarlo todo. No lo entendian así los demagogos del grueso de dicho ejército; estos creian que nada se haria hasta que ellos fuesen poder: de ahí resultó una nueva y formidable insurreccion en las jornadas de junio del mismo año 1848. La capital nada habia visto tan terrible. Entonces fué cuando el venerable arzobispo de París, Mons. Dionisio Augusto Affre, heredero de la caridad de su predecesor, creyó que habia llegado el momento de hacer el oficio de pastor: se presentó en las barricadas implorando la paz en nombre de Jesucristo, é iba ya á lograr el que los revolucionados depusiesen las armas, cuando una bala sacrílega le alcanzó derribándole, bañado en su sangre, sobre este suelo que habia visto espirar ya innumerables é ilustres víctimas. Murió dos dias despues, ofreciendo su vida por su pueblo, y suplicando al Señor que su sangre fuese la última vertida. La Religion y la Francia contaban un mártir mas en sus anales.

Libertad de la Iglesia. En medio de este cáos, la Iglesia, respetada al menos por la nueva república, francamente protegida por ella, se presentaba sola, levantada y llena de fuerza. Se quiso reconocer, al fin, y se dijo que ella tiene la mision de conducir y salvar las sociedades, vueltas tan enfermas desde que la han despreciado ó rechazado. Aceptando esta libertad tardía, no como un beneficio, sino como un derecho, la Iglesia se dispuso otra vez á celebrar en Francia sus concilios provinciales; trece de estas santas asambleas, en las que se trataron las mas altas cuestiones del momento, hicieron en el pueblo una impresion saludable. Aseguróse la libertad de enseñanza. Desde este momento un gran número de escuelas católicas, hoy dia, admirablemente florecientes, se abrieron en todas las diócesis y en todos los puntos del territorio francés, tra-

bajando en reparar un mal tan dolorosamente profundo.

Con todo, la revolucion habia traspasado los montes y trastornado el Austria, la Prusia, la Italia, la Sicilia. En Roma el primer ministro de Pio IX, el Conde Rossi, antiguo revolucionario, corregido de sus peligrosas utopias, fué asesinado el 16 de noviembre de 1848. El Soberano Pontífice, preso en su palacio del Quirinal, sitiado por una banda de bullangueros, pudo al fin escaparse, y se refugió desde luego en Gaeta, despues en Pórtici, cerca de Nápoles, donde el rey Fernando II le acogió con filial respeto y con la mas religiosa adhesion. La Francia, hija primogénita de la Santa Sede, conmovióse al saber esta noticia: envió su ejército para purgar la capital del mundo cristiano de los bandidos que se habian apoderado de ella, y Roma, libre y vuelta á su estado normal, se apresuró el año siguiente á llamar á Pio IX. Esta gloriosa expedicion, bien diferente de las que hemos descrito mas arriba, debia atraer sobre nosotros las bendiciones divinas: las del augusto Pontífice fueron el preludio y la prenda segura de ellas (1).

Revolucion en Roma, 1848.

---

(1) No debe arrogarse la Francia todo el honor de esta expedicion; porque no fué ella sola, sino toda la Europa la que lanzó un grito de indignacion, horror y maldicion contra aquellos miserables, que de sus antepasados solo han conservado los vicios, y que muerden la mano que les da de comer. Tambien aprestaron sus armas, para librar la ciudad de san Pedro de las bandas de sicarios que sobre ella habian caido, Austria, Nápoles y en particular España que fué la primera que respondió á este llamamiento, excitó á las otras potencias, y envió sus hijos aguerridos á contribuir á tan santa restauracion. Los demagogos españoles llevaban á mal esta demostracion, y ¿cómo podian menos de sentirlo tratándose de una cosa buena? «Si España no hubiera estado al lado de las potencias católicas, dice La Fuente, hubieran lamentado con lágrimas hipócritas el decoro nacional ultrajado por no haber figurado en aquella empresa. El Santo Padre bendijo las armas españolas, y fió en ellas con razon; de todos los aliados eran los únicos á quienes no llevaban á Italia pasiones bastardas, celos de poder, ni rivalidades mezquinas. Los soldados españoles iban entonces con

Nuevos obispados

Pio IX, feliz con ver los progresos que la santa religion católica no cesaba de hacer en Inglaterra, gracia debida á la luz de lo alto que ilumina las inteligencias mas distinguidas de la universidad de Oxford, restableció en este reino, en **1850**, la jerarquía de los obispos, con una silla metropolitana en Westminster, cerca de Lóndres, y doce sillas episcopales sus sufragáneas. El mismo beneficio se concedió, tres años despues, á la Holanda. La Francia pidió tambien y obtuvo del Santo Padre, la ereccion de nuevos obispados en sus colonias, en la isla Borbon, en la Martinica, en la Guadalupe. Al mismo tiempo un obispo protestante de los Estados-Unidos ingresaba de nuevo en el seno de la única Iglesia verdadera, haciendo mucho ruido esta conversion, y venia á Roma á poner sus canas bajo la mano del Pontífice universal.

España.

En la Iglesia de España, y aun en todos los asuntos religiosos, morales y sociales, desde que D.ª Isabel II fué proclamada mayor de edad, se manifestó una reaccion favorable, conforme hemos visto ya en otro lugar de esta obra. Los actos de justa reparacion que se iban verificando, y el sesgo consolador que iban tomando las ideas religiosas, se debieron en gran parte á los discursos que varios diputados, dotados de buenos sentimientos religiosos, pronunciaron en la tribuna, secundados en la prensa por elo-

Balmes.

cuentes y sábios escritores.—El célebre D. Jaime Balmes, talento asombroso é incomparable, que, entre otras obras de indisputable mérito, creó la del *Catolicismo comparado con el Protestantismo en sus rela-*

la fé de sus padres á socorrer al Padre comun de los fieles. ¡Quién sabe si será la última vez que España figure dignamente al lado de las potencias europeas !» (*El Traductor.*)

ciones con la civilizacion europea, y que ha trascendido á cási todas las naciones cultas de Europa, procuraba por medio de la prensa dar al partido realista una organizacion legal, para combatir en el Parlamento con las armas constitucionales, á fin de conseguir una transaccion honrosa, cediendo algo bajo el aspecto político, para ganar en el religioso, en el que nada se podia conceder. Muchos liberales escarmentados, que habian podido sondear con la vista, y horrorizarse ante el abismo á cuyo borde habíamos estado, apoyaban estas ideas: el clero las acogió con benevolencia, y el partido realista parecia preparado á una vida política legal. El periódico semanal de Balmes, que se publicaba en Madrid con el título de *El Pensamiento de la Nacion*, era leido con respeto hasta por las mismas personas ilustradas del partido liberal, que no aceptaban las ideas de su editor. —El advenimiento de Pio IX al trono pontificio fué saludado con verdadero entusiasmo por todos los católicos, y llorado amargamente el tumulto sedicioso levantado contra él. Restituido á la silla de san Pedro, y vuelta á la obediencia la ciudad de Roma, se mostraba propicia la ocasion de restablecer las relaciones con la Santa Sede. Las tropas españolas se habian retirado. Su Santidad había manifestado su gratitud á la nacion española, no solamente por los servicios prestados, sino por haber inaugurado la cuestion de combatir la revolucion de Roma, cual correspondia al decoro de un reino que se honra con el dictado de católico.—«Tambien nos asisten, decia en «su alocucion, los mas poderosos motivos para con«servar un grato recuerdo por los servicios que nos «han prestado nuestra muy amada hija en Jesucristo «María Isabel, reina de España, y su Gobierno. Esta, «como ya sabeis bien, luego que llegaron á su noticia «nuestras desgracias, á nada se consagró con mas «ardor, que á instar con particular esmero porque las

Restablécense las relaciones con la Santa Sede.

«demás potencias católicas hiciesen suya la causa del «Padre comun de los fieles, enviando en seguida sus «valientes tropas en defensa de los dominios de la «Iglesia romana.»—Las tristes ocurrencias de Roma habian retardado el arreglo definitivo de los asuntos de la Iglesia de España: una vez terminadas, y bajo tan felices auspicios, se procedió á la estipulacion de un Concordato, con objeto de cerrar las llagas abiertas á la Iglesia, y salvar lo que se pudiera de su patrimonio, tan destrozado en aquellos últimos quince años. Firmóse el Concordato en 16 de marzo de 1851, y de acuerdo con el Consejo de Ministros y el Consejo Real se mandó poner en ejecucion por Real órden de 17 de octubre del mismo año. Una vez publicado, dictáronse en seguida varias disposiciones parciales para su ejecucion. Procedióse al arreglo personal de las iglesias, catedrales y colegiatas; suprimióse definitivamente la Colecturía general de espolios y vacantes; mandóse á los Cabildos reformar sus estatutos al tenor del Concordato; se procedió al arreglo parroquial, mandando clasificar los que debian quedar como urbanos y los que debian en lo sucesivo considerarse como rurales, procediéndose mas tarde al arreglo general de parroquias. Restablecióse el convento de Loyola, y se devolvió á los Jesuitas para sostener las misiones de Asia y América. Fundóse uno de Franciscanos por cuenta de la Obra pia de Jerusalen. La congregacion de san Vicente de Paul y los oratorios de san Felipe Neri quedaron restablecidos, devolviéndose últimamente el monasterio del Escorial á sus antiguos poseedores; pero todas estas últimas concesiones fueron de tan poca duracion, que en 1854 se anularon por el Gobierno de una manera mas ó menos directa, Posteriormente, en especial durante el último bienio que ocupó el poder el partido liberal avanzado, fué decayendo la observancia de las estipulaciones, has-

Concordato de 1851.

ta el punto de hacerse necesaria una modificacion notable en el Concordato; en estos últimos tiempos, á causa de haber decretado las Cortes constituyentes de 1855 la completa desamortizacion de los bienes eclesiásticos, sin contar con la Santa Sede, se entibiaron de nuevo las relaciones de ambas cortes, hasta que felizmente han vuelto á reanudarse en nuestros dias; pero quedando sancionada la venta de los bienes eclesiásticos, y encargándose el Gobierno de la dotacion del culto y clero, asimilándole así al ramo del poder civil; de manera que en el siglo actual, tratándose de asuntos de interés, puede cási asegurarse que siempre sale perdiendo la Iglesia y sus ministros. *(El Traductor).*

El Piamonte, desde la muerte del rey Cárlos Alberto, á quien ha sucedido su hijo Víctor Manuel II en 1849, no dió estos ejemplos (los de los progresos que la santa religion católica hacia en Inglaterra, Holanda, Francia, Estados-Unidos, España.,,), Gobernada esta nacion por ministros llenos de un espíritu de desconfianza y de aversion hácia todo lo que tiende á la accion católica, sufrió todos los dias la presion mal disimulada de una impiedad farisáica. Despreciando los Concordatos, á ejemplo de Francia y España en sus peores tiempos, han sido invadidas sucesivamente las propiedades de los conventos, y aun los bienes de los seminarios, siendo desterrado Franzoni, arzobispo de Turin, por haber condenado estos, actos. El clero no goza del derecho comun, en un tiempo y en un país donde la libertad tiene tantos pretendidos apóstoles, y que ha inscrito sus engañosas fórmulas al frente de la constitucion política. Es que la revolucion tiene en todas partes el mismo orí- El Piamonte

gen, los mismos deseos, la misma necesidad de iniquidades (1).

Restablecimiento del imperio francés. 1852.

Con todo, en Francia la esperaba un terrible descalabro; allí, donde ella se creia mas segura de un éxito duradero. Un golpe de Estado puso, en 2 de diciembre de 1852, el poder en manos del príncipe Luis Napoleon Bonaparte, presidente de la república; y un año despues el gobierno monárquico se hallaba restablecido bajo el nombre de imperio francés.

La Iglesia no tuvo por qué quejarse de la nueva administracion; al contrario, á ella debe importantes reparaciones. La iglesia de Santa Genoveva, en París, profanada por Luis Felipe en persona en 1831, y habiendo quedado desde este tiempo en un deplorable abandono, fué al vuelta culto y dotada de la útil institucion de las *Capellanías*, en la que se forman los religiosos que salen á predicar el Evangelio. Los excesos de la prensa impía han sido reprimidos, mantenida la libertad de enseñanza, endulzada la suerte del clero parroquial, especialmente el del campo, realzada la dignidad de los obispos, y nuestros

---

(1) ¿Qué nombre daremos á los últimos atentados que acaban de cometre se por el Piamonte? ¿Ha sido la ambicion desmedida de un monarca la que ha llevado los armas francesas a Italia, á luchar al lado de los piamonteses y al de una tropa de *satélites de la libertad*, mandada por un afortunado aventurero, contra el Austria, para hacerse propias, despues de una lucha sangrienta, la mayor parte de las provincias que este Imperio poseía en el Lombardo-Veneto? Y los ducados de Parma, Módena y Toscana, ¿qué se han hecho? Destronados sus monarcas, han pasado sus Estados en poder del Piamonte. ¿Y el reino de Nápoles, ó sean las Dos Sicilias? Arrebatado á su legítimo monarca por el ejército del Piamonte. ¿Y las Romanías y otras provincias del Patrimonio de la Iglesia? Despojadas á su heredero vitalicio, al sucesor de san Pedro. ¡ Y todas estas iniquidades, de las que no está aun satisfecho el Piamonte, se han cometido á la mágica pero utópica voz de, *Italia una, y su capital Roma!* ¡No permita Dios que se realicen tan desatinados intentos! ¡Quiera él tocar tambien el corazon del emperador Napoleon III, haciendo que se arrepienta de los males que ha causado á la Iglesia tal vez sin quererlo, y que retroceda mientras aun es tiempo de una senda tan funesta! Entonces será verdad su elocuente frase de *El imperio es la paz*. *(El Traductor)*.

misioneros defendidos en los países bárbaros y salvajes. Todos estos son nobles y dignos actos que no puede menos de elogiar el escritor religioso, y expresar hácia su autor la mas sincera gratitud.

Estado actual de los espíritus ó ánimos.

Terminarémos señalando la fase actual de los espíritus, esto es, la alianza en adelante afirmada entre la revolucion y el protestantismo. Las antiguas diferencias ó matices, difíciles ya de comprender, se han borrado ó disipado completamente al soplo de los últimos acontecimientos. La herejía, de negacion en negacion, ha caido en un estado de confusion horrible, no teniendo ya símbolo alguno, ni por consiguiente *hogar espiritual*; identificándose con el panteismo, que no es mas que el ateismo disfrazado, y el socialismo de las almas. La revolucion la esperaba en este terreno para darla el beso fraternal, abrirle sus filas y hablarle de sus esperanzas como de un buen negocio de familia. La lucha que se prepara queda simplificada de este modo :—En materias de religion como de política nos muestra, de un lado, los que poseen los bienes mundanos ó el bien mucho mas precioso de la fé, y del otro, los que carecen del segundo y de los primeros, es decir, los que nada absolutamente poseen, mas claro, los *perdularios*. Estos dos campos jamás han sido tan franca y patentemente marcados.

Dogma de la Concepcion inmaculada. 1854.

María alcanzará el triunfo definitivo de la verdad y de la justicia; ella que habia reservado á nuestra edad el inmenso consuelo de ver proclamado dogma de fé el misterio de su Concepcion Inmaculada. lo conseguirá de su Hijo, Pio IX, rodeado en Roma de un gran número de obispos que acudieron á su llamamiento de todas las partes de la cristiandad, decretó el dia 8 de diciembre de 1854 esta grande explicacion del dogma católico, obligando á los hijos de la Iglesia á creer libre del pecado original á la Madre de Dios, ¡Bendito sea el cielo!

§ IV.

Ojeada sobre el estado actual de la Iglesia en sus misiones.

Congregaciones de misioneros.

La divina palabra, fecunda como el Dios que la ha pronunciado, no cesa de extenderse, gracias á un apostolado siempre renaciente, hasta á las extremidades del globo, debiendo conducir, al fin, todos los pueblos al pié de la cruz. Esta milagrosa difusion merece algunos instantes de meditacion; porque en ningun tiempo, lo repetimos, ha sido tan brillante y asombrosa como en nuestros dias. La vocacion apostólica, conservada en la Iglesia, en el seno de las corporaciones religiosas y del clero secular, habiendo hallado en la obra de la *Propagacion de la Fé* condiciones de desenvolvimiento ó desarrollo enteramente nuevas, se ha extendido y dado á conocer con tal vigor, que nada puede ya detenerla. La casa de las Misiones extranjeras, que en 1822 solo contaba veinte y ocho indivíduos, tiene hoy ya mas de ciento, la congregacion de S. Lázaro ha aumentado el número de sus misioneros europeos; de trece que eran al principio, llegaron á sér ciento treinta, y cuentan aun muchos mas en nuestros tiempos. La Compañía de Jesús vuelve á tomar el lugar que le corresponde, y cuenta un gran número de sacerdotes consagrados á la conversacion de los muertos. Otras sociedades formadas de pocos años á esta parte, se consagran al ministerio de la predicacion evangélica con un celo que promete igualar un dia la gloria de las congregaciones antiguas. Tales son las Redentoristas, los Pasionistas, los Oblatos de Turin, que prestan sus servicios apostólicos en el imperio Birman, los de Marsella, la Sociedad del sagrado Corazon de María para

entregarse á la salvacion de los negros, las de los *Maristas* y de *Picpus*, que, en union de los Benedictinos ingleses, se han repartido los archipiélagos de la Oceanía. Es necesario recordar tambien las fundaciones destinadas á perpetuar este naciente proselitismo. Es preciso hacer mencion del seminario fundado en Roma por los reverendos Padres Capuchinos en 1841, y del que la piedad del clero irlandés ha levantado cerca de Dublin. Y ¿cómo es posible pasar en silencio este ilustre colegio de la Propaganda, monumento ya antiguo de la solicitud de los Soberanos Pontífices, en el que, en las públicas solemnidades, se oyen las alabanzas que se dirigen á Jesucristo en cuarenta y cuatro idiomas, como si Dios, que separó las lenguas para confundir el orgullo de Babel en tiempo del pecado, haya querido ahora aproximarlas para levantar un edificio mejor, y reunir bajo la ley de gracia á la familia humana reconciliada?

Misiones de Europa

Se han edificado Santuarios en Atenas, en Patras, en todas esas ciudades llenas aun de la memoria de los Apóstoles. Al mismo tiempo la Iglesia afirmaba sus establecimientos en los tres principados de Servia, Moldavia y Valaquia, y los pobres búlgaros obtenian por último el derecho de orar reunidos debajo de un techo ó en una habitacion. Pero en Constantinopla, en este punto de reunion ó cita universal del Oriente y del Occidente, era donde la verdad debia brillar con mas vivo resplandor, hiriendo todas las miradas del orbe católico. Los cristianos armenios, sostenidos al principio en el destierro por las limosnas de sus hermanos, fueron libertados de las vejaciones del patriarca cismático, y reunidos bajo la autoridad de un arzobispo ortodoxo por la mediacion de la Francia. Por otra parte, el vicario apostólico del rito latino veia aumentarse su clero, y multiplicarse las instituciones que causan la admiracion de los infieles. Los misioneros Lazaristas, trasladados

allí en número de nueve, abren un colegio en el que sesenta jóvenes hallan todos los beneficios de una educacion europea. Los Padres ó Frailes de la Doctrina cristiana reciben trecientos educandos de todas las religiones; catorce Hermanas de la Caridad, consagradas al servicio de los enfermos y á la educacion de los niños, cuentan en sus escuelas cuatrocientas cincuenta jóvenes, y van á llevar la limosna secreta al hogar del indigente, sin distincion de creencias religiosas. Al principio los turcos, admirados de estas humildes mugeres que les hablaban en su lengua, curaban sus heridas é instruian á sus jóvenes hijas, les preguntaron si eran Angeles, y si habian bajado del cielo.

Asia. Uno de los esfuerzos principales de la predicacion debia conducirse hasta esta vieja Asia donde el error resiste mas obstinadamente, sostenido por la multitud inumerable de naciones que lo profesan, y por el poderío de los imperios que ha fundado. Las misiones católicas se encuentran allí en presencia de muchas sectas y de tres falsas religiones: el islamismo al Occidente; el budhismo al Oriente, y en el centro el brahmanismo.

Asia occidental. Toda la solicitud de la Iglesia vela sobre estas comarcas, en las que conserva tan caros recuerdos. No puede olvidar ni las colinas de Jerusalen, ni la gruta de Patmos, ni estos grandes nombres de Antioquía, Esmirna y Efeso, que llenan los anales de los primeros siglos. Ochocientos años de separacion no han podido desvanecer sus esperanzas. En Esmirna se ha levantado una suntuosa é imponente iglesia; la silla de san Policarpo, honrosamente restaurada, se ve rodeada de un clero numeroso; se abre un colegio para atender á los cuidados de la congregacion de *Picpus:* setecientos niños vienen á recibir las lecciones de los Padres de la Doctrina cristiana y de las Hermanas de la Caridad. Al mismo tiempo vese dar pricipio á la

edificacion del colegio de Antura, al establecimiento de las escuelas de Damasco, de Alepo, de Beyruth y otros en muchos puntos de la Mesopotamia y de la Persia. Con todo, los Padres de la Tierra Santa, estos últimos sucesores de los Cruzados, conservan el cargo de guardar el sepulcro de Jesucristo; del que no entregarán las llaves, ni su paciencia se cansará de las extorsiones musulmanas, ni de los manejos cismáticos, por mas que sean sostenidos por un poder que encubre con su interesada proteccion todas las sectas enemigas del nombre católico. Los religiosos Carmelitas, Dominicos, Capuchinos, han vuelto á tomar posesion de sus hospicios de Bagdad, de Mossul, de Orfa, de Diarbekir y de Mardin ó de Marden; mientras que la Compañía de Jesús vuelve á realzar sus misiones de Siria, y que los Padres Servitas van á llevar el Evangelio hasta á las orillas de mar Rojo. Los trabajos empezados se continúan de concierto bajo los auspicios de los delegados apostólicos representantes de la Santa Sede en los pueblos orientales que perseveran en la comunion romana. Estos pueblos son en número de seis: los maronitas, cuyo valor ha sido igual á sus desgracias; los griegos *melchitas;* los armenios; los sirios y los caldeos, todos con sus liturgias propias, respetadas, como otros tantos monumentos de la unidad del dogma, en medio de la diferencia del rito y de la disciplina.

Asia central

En el momento en que el cisma y la herejía amenazaban las conquistas de san Francisco Javier, el Espíritu Santo, que guió á este grande hombre, se encargó del cuidado de su herencia. La creacion de los vicariatos apostólicos de Ceylan, de Madrás y de Bengala, unidos á los de Malabar, de Bombay, de Agra y de Pondichery, ha estrechado los lazos de la jerarquía religiosa que enlaza la Península; y la solicitud episcopal, fijada en un mayor número de provincias, ha multiplicado en ellas los esfuerzos y las

obras de conversion. Mientras que los religiosos de san Francisco se extendian ya en las montañas del Himalaya y se hallaban á las puertas de los reinos del Norte; mientras que intrépidos misioneros, salidos de la China, iban hasta la capital del Tibet á anunciar el Evangelio á los que jamás lo habian oido; mientras que el seminario de Misiones extranjeras llevaba de veinte á veinte y cinco de sus sacerdotes á la circunscripcion de Pondichery, y que la fé desplegaba sus pompas en la basílica de Meyssur, levantada á beneficio de la liberalidad de un monarca indiano; el clero insuficiente ó escaso de la provincia de Madrás se ha aumentado con misioneros venidos de Irlanda y de Italia. La Compañía de Jesús ha fundado un colegio floreciente en la gran ciudad de Calcuta; sus predicadores recorren la costa de Pesqueria, reedifican los oratorios, y reunen á los neófitos diseminados. Los pescadores del cabo Comorin, como en otro tiempo los de Galilea, dejan sus barcas y sus redes para ir á escuchar la voz del cielo dirigida á los hombres.

Asia oriental. Mas allá del Ganges, y hasta á los confines mas apartados del Oriente, la idolatría se ha atrincherado como en su último baluarte. En estos paises ha tomado una forma ilustrada, que es la doctrina de Buddha; ha conservado un sacerdocio, escuelas, leyes, gobiernos que la obedecen; se rodea de misterios que no deja penetrar, y se defiende, con toda la energía de la desesperacion, por medio del terror, del fuego y del hierro. Allí es donde debia darse al mundo un grande espectáculo: las sordas amenazas que rugian en 1822 han estallado, y ha podido creerse que los cristianos del Tong-King y de la Cochinchina perecerian exterminados ó apóstatas. Con todo, en medio de los santuarios destruidos y de los monasterios reducidos á escombros, la Iglesia anamita ha permanecido en pié, coronada con la au-

réola del martirio. Se ha vuelto á ver lo que refieren los anales de los primeros siglos; los cristianos llevados ante el tribunal del procónsul, teniendo á un lado los ídolos y el cienso, y al otro los azotes y las hachas de armas de los lictores. Se ha visto á ancianos obispos entregar á los verdugos su blanca cabeza, y tras ellos los neófitos de un pueblo tímido marchar á la muerte con paso tan firme como los misioneros europeos. La muerte, diezmando las filas del apostolado, alienta los ánimos esforzados que van á cubrir las bajas. En un país mas tranquilo, los cristianos del imperio Birman salen de su inaccion: una nueva circunscripcion ha dividido el reino de Siam; en el colegio de Pulo-Pinang florecen las letras cristianas, y se extienden á los archipiélagos bárbaros. Pero el bautismo de sangre no ha faltado á las misiones de la China; el número de los vicariatos apostólicos establecidos allí llega ya á diez, de tres con que contaban al principio; el celo de los sacerdotes españoles, franceses é italianos, la fundacion de muchas escuelas para el aumento del clero indígena, la predicacion de la fé en los campos del Mongol, tantos progresos conseguidos en tan pocos años, parecen anunciar alguna cosa grande. El Evangelio ha penetrado en la China como el Salvador entró en el cenáculo, estando cerradas las puertas. Ahora que se hallan franqueadas, el Señor hará brillar allí, con la luz de la fé, los beneficios temporales que la acompañan. La isla de Hong-Konh empieza ya á cubrirse de piadosos establecimientos. La cruz que se eleva en medio de sus factorías, los asilos fundados para la infancia y para toda clase de enfermedades enseñan á los chinos que el Occidente puede darles mas de lo que recibirá de ellos. Con todo, si la abertura del celeste imperio parece que ha de dar principio á una era pacífica, los cadalsos se levantan de nuevo en Corea, á fin de mostrar que el sacrificio no cesa en la

Iglesia de Jesucristo, y que el libro de las Actas de los Mártires jamás será cerrado.

África. La verdad cristiana ha vuelto á descender sobre el continente africano, que parecia rechazarla. El Pontificado, que conoce los momentos inspirados por Dios, y las disposiciones de los pueblos, ha puesto manos á la obra, y las colonias evangélicas van cercando esta tierra ingrata, haciendo desmontes en muchas partes, y esparciendo al mismo tiempo la luz de la fé. Una nueva delegacion apostólica se halla establecida en el Egipto. Alejandría ve abrirse en su recinto, á beneficio de los cuidados de los Padres Lazaristas, un colegio y una casa de Hermanas de la Caridad: los Padres Menores conservan sus escuelas y hospicios. Entre las humildes misiones de Tunez, de Trípoli y de Marruecos, vuelve á levantarse en la Argelia la silla de san Agustin, y la cruz ha franqueado el Atlas: ha ido á coronar los minaretes de las ciudades musulmanas; los árabes del desierto no la maldicen ya, porque saben cuánta caridad y afecto lleva consigo. Un obispo, acompañado de otros ocho, consagra la basílica restaurada de Hipona, bendice la primera piedra que los religiosos del Cister colocan sobre el campo de batalla de *Staoueli*, para fundar un monasterio de Trapenses, y ve formarse en torno suyo un clero numeroso: diez y ocho casas de enseñanza, de refugio, de socorro, y cincuenta iglesias abrigan una poblacion católica de ciento treinta mil almas. Al mismo tiempo los negros de la Senegombia escuchan la palabra evangélica que les dirigen dos sacerdotes de su raza; un vicario apostólico y veinte y cinco misioneros evangelizan ambas Guineas. Los vicariatos del Cabo y de la Isla de Francia aseguran la perpetuidad del sacerdocio en las posesiones inglesas. En fin, la mision de Abisinia echa nuevas raices en un suelo que tan rebelde se habia creido. Cinco sacerdotes lazaristas, dos frailes, una

capilla, una escuela, algunos centenares de neófitos son los humildes principios de esta obra cristiana. Mas los antiguos resentimientos y odios se van disipando, el nombre de Roma es bendecido, y los etíopes se dirigen con piadosa curiosidad hácia esta cátedra suprema que no los ha olvidado.

Las misiones americanas se dividen, de un lado, entre Tejas y los Estados Unidos; y del otro, las posesiones inglesas y las colonias de la Holanda. América.

En medio de los peligros que rodeaban á las iglesias nacientes de los Estados-Unidos, sus obispos dirigieron hácia la Europa sus últimas esperansas. La Obra de la Propagacion de la Fé nació sobre todo de sus piadosas excitaciones, Mientras que la multitud creciente de los emigrados llenaba el territorio, y los desiertos se transformaban en provincias, era necesario ocuparse de un país en el que el valor aumentaba á proporcion del número de sus habitantes; era menester que los establecimientos católicos se multiplicasen al igual de la poblacion que debian establecer y fijar. Con los tributos voluntarios de la Francia, de la Irlanda, de la Alemania y de la Italia, los misioneros se han repartido en mayor número en los Estados de la Union, Bajo este cielo extranjero las colonias de las Órdenes religiosas han encontrado la paz, En esta misma ciudad de Baltimore, donde en 1790 el único obispo de la república anglo-americana se consideraba dichoso con poder reunir un sínodo de veinte y cinco sacerdotes, en esta ciudad que, llegada al rango de metrópoli en 1831, solo contaba en torno suya nueve diócesis y doscientos treinta y dos eclesiásticos, se ha visto en el concilio provincial de 1843 reunir los titulares ó representantes de diez y seis obispados, pedir la ereccion de cuatro nuevas sillas, y reunir bajo su diciplina mil ochocientos presbíteros, un número considerable de misioneros, de escuelas, de asilos, de comunidades religiosas, y Estados Unidos.

un pueblo, en fin, de un millon y quinientos mil católicos. Mientras qué en las grandes ciudades del litoral una predicacion sábia y erudita atrae á los herejes á las cátedras y á los púlpitos, las reducciones del Paraguay empiezan á florecer de nuevo al pié de las montañas *Peñascosas*, donde diez y seis sacerdotes de la Compañía de Jesús han ido á llevar la luz del Evangelio. Los *potowatonios*, los *cabezas chatas*, y otras tribus, entre ellas los *corazones de lesna*, han dejado sus instrumentos bélicos para recibir el Bautismo de los cristianos; y las diputaciones de treinta rancherías ó poblaciones salvajes piden *la oracion que hace bueno al hombre en la tierra, y el agua que hace ver el grande Espíritu en el cielo.*

Tejas. Los mismos beneficios se extienden á la república de Tejas, donde las misiones de los Lazaristas, erigidas recientemente en vicariatí apostólico, ensanchan su círculo y reunen á los fieles dispersos,

Colonias inglesas. Las colonias del Norte, largo tiempo reducidas al único obispado de Quebec, sujetas á las medidas intolerantes que la herejía hizo prevalecer en ellas, han visto al fin amanecer dias mas felices. Seis diócesis y dos vicariatos apostólicos se hallan repartidos por el Canadá y sus dependencias. Entre las nuevas fundaciones que hacen el consuelo y la esperanza de nuestros hermanos, es necesario citar la silla episcopal de Toronto; en las extremidades de esas comarcas en las cuales el cazador solo encontraba pequeñas aldeas de tribus paganas, hoy dia treinta clérigos sirven los curatos de mas de cuarenta parroquias, y la poblacion católica alcanza á cincuenta mil almas, acrecentándose de dia en dia con la abjuracion de los sectarios é idólatras, y en el bautismo de los infieles. En 1832 el vicario apostólico de Terranova no tenia mas que tres sacerdotes; en los pueblos lejanos nunca se habia podido celebrar el santo sacrificio: ahora veinte y cinco misioneros, treinta y siete iglesias, veinte

y cuatro escuelas no dejan ningun rincon en el que no alumbre la luz de la fé, y el Catolicismo, profesado ya por las tres cuartas partes de los habitantes, parece deber quedar al fin dueño de esta isla dilatada, cuyas pesquerías atraen los buques de todo el universo. En los establecimientos ingleses del Mediodía la Obra de la Propagacion de la Fé ha socorrido á los vicariatos apostólicos de la Jamaica, de la Guyana inglesa y de la Trinidad. Las Antillas inglesas, que en 1820 no contaban mas que doce eclesiásticos, tienen al presente cincuenta: hanse levantado cuarenta iglesias ó capillas, un colegio, numerosas escuelas, y otros asilos para satisfacer las necesidades espirituales de ciento cuarenta mil católicos, y la fé, hasta hace poco cási extinguida, renace en las islas de Granada, Santa Lucía, La Dominica y San Vicente.

Los dos vicariatos recientemente erigidos por las Compañías holandesas de Curazao ó Turazao, y de Surinam, no prometen menos consuelos y felices resultados.

Oceanía.

Al terminar esta rápida ojeada sobre las misiones católicas, nuestras miradas descansarán en la Oceania; hablarémos bien poco de ella, porque los acontecimientos hablan mejor que nosotros. La Australia, que únicamente parecia estar destinada á servir de cárcel de los malhechores del imperio británico, y que en 1820 aun estaba privada de sacerdotes y de altar, se ha convertido en una provincia eclesiástica en la que se cuenta el arzobispado de Sidney, los obispados de Adelaida y de Hobartown, una iglesia metropolitana, el mas bello edificio religioso del territorio austral, veinte y cinco capillas, treinta y una escuelas, cincuenta y seis clérigos, repartidos entre el cuidado de la poblacion civil y de las colonias penales, y el ministerio de la predicacion entre los salvajes de la Nueva-Holanda, la última y la mas de-

gradada de las razas humanas. Mas lo que no ensayarémos de describir, contentándonos con bendecir á Dios, son los archipiélagos abiertos á la fé, y los islotes cuyo nombre no conocian nuestros antepasados, cubriéndose de una nueva generacion de cristianos; en la Polinesia oriental, central y occidental, evangelizadas por los clérigos Maristas y por los de Picpus, se cuentan tres vicariatos; las iglesias de Gambier y de Wallis están renovando la inocencia y el fervor de los primeros siglos; cincuenta sacerdotes, veinte y nueve iglesias, veinte mil cristianos, cincuenta mil catecúmenos cuéntanse sobre estas playas inhospitalarias donde los navegantes, cincuenta años atrás, solo veian las hogueras encendidas por los bárbaros que aguardaban el naufragio de algun buque para robarlo y devorar á los náufragos.

Reflexiones.

¡Tal es, pues, este poder admirable de la Iglesia, que en el momento en que los impíos predecian ó pronosticaban á grandes gritos su muerte, cubre el universo de sus sacerdotes, y se deja oir en todas las regiones donde antes reinaba el error!

«Nombrad, exclama con tan apausible acontecimiento un escritor católico, nombrad un punto del «globo, una isla perdida en medio de los mares mas «lejanos, que no haya recibido de poco tiempo á esta «parte la visita de alguno de estos apóstoles. «Á qué «playas apartadas y terribles han dejado de ir, por «miedo ó temor, para publicar las grandezas de la fé «cristiana y derramar su sangre? ¡Honor á su celo! «Desde las heladas montañas de la América septen«trional hasta á las ardientes llanuras surcadas por «el Ganges, desde las islas de la Oceanía hasta á la «Corea, desde el Tibet hasta el cabo de Buena-Espe«ranza, el árbol de la vida plantado sobre la cima del

«Calvario extiende sus ramas bienhechoras, y pre- «senta á todas las tribus de la raza humana sus fru- «tos de inmortalidad.»—«Sí, continúa otro escritor, «todos los católicos, sin distincion de edad, sexo ni «condicion, transformados en apóstoles, se dan la «mano como para librar un último asalto al infierno, «y hacer resonar en los rincones mas apartados é ig- «norados del globo la grande nueva publicada hace «diez y ocho siglos: *Gloria á Dios en lo mas alto de «los cielos, y paz sobre la tierra á los hombres de bue- «na voluntad.* La cruz termina su carrera, y al dar la «hora desconocida de todos los humanos, puede su- «bir radiante al último de los cielos para alumbrar el «despertar de las inumerables generaciones enter- «radas en el polvo. Sí, en la inmensa posteridad de «Adan, muchos preguntan ¿qué astro nuevo es este «que ha reemplazado á los antiguos soles? En cada «tribu, en cada lengua habrá hombres que les res- «ponderán: Es el estandarte del gran Rey que va á «juzgarnos, ¡Desgraciados de vosotros los que nada «habeis hecho para conocerle! ¡Mil veces mas des- «graciados aun aquellos de entre nosotros que, ha- «biéndole conocido, se han negado á seguirle!»

Cualesquiera que sean, pues, las dificultades y las desdichas de los tiempos, la Iglesia, fuerte con las divinas promesas, fuerte con su pasado, fuerte con sus últimas victorias, irá delante de esta nueva transformacion de las sociedades, que todo parece presagiar para un porvenir cercano. Siempre se la verá sobre la tierra, fiel á su mision, consolar, bendecir, proteger y salvar; en el brillante ruido de sus triunfos, lo mismo que en el seno de las persecuciones y de los padecimientos, siempre nos tenderá la mano bienhechora de la salvacion. ¡En esto se funda su vida, su gloria y su inmortalidad!

CONCLUSION.

Los apóstoles, antes de separarse para ir á predicar el Evangelio á todas las naciones, redactaron un símbolo ó fórmula de profesion de fé, que fijando los principales puntos de nuestra creencia, marca al mismo tiempo las señales distintivas con las cuales puede conocerse la verdadera Iglesia que ellos han fundado. Debe ser *santa* y *católica*. El concilio de Nicea, desenvolviendo este símbolo con la autoridad infalible que le concedía el Espíritu Santo, le ha añadido otros dos carácteres, contenidos implícitamente en los primeros; es decir, *única* y *apostólica*. Puesto que hoy dia muchas sectas pretenden ser la verdadera Iglesia con exclusion de las demás, una sola cosa hay que hacer: examinar sus títulos y asegurarse de cuál de ellas posee los distintivos designados en el Símbolo.

Si tomamos desde luego la señal de *santidad*, ¿qué otra Iglesia fuera de la católica puede reclamarla? ¿qué otra ha formado Santos comparables á los suyos? Todo lo que la historia nos refiere de las austeridades de los solitarios y anacoretas, de los trabajos y sacrificios de los misioneros, de la pureza de las vírgenes, de la constancia de los mártires, de la caridad de los Vicente de Paul, todo esto se encuentra en su seno, y fuera de él en parte alguna. Solo ella es la que ha poblado el cielo de intercesores á los que veneramos en la tierra; la mayor parte de los mismos que el error honra como á siervos y amigos de Dios han sido sus hijos mas adictos. Ella sola excita en nuestros dias los mas piadosos designios; cubre

los mares con sus apóstoles, que, surcando las olas tempestuosas, van á los mas encontrados climas para procurar la salvacion de las almas; llena los desiertos con sus penitentes; asombra y salva á las ciudades y á los pueblos con sus instituciones llenas del espíritu de Jesucristo, por medio de la perfeccion que establece en el fondo del corazon de una infinidad de cristianos.—Su *unidad* no es menos incontestable. La verdad es necesariamente una, como Dios, de quien emana. ¿Qué otra Iglesia se presentará, pues, al lado de ella? ¿Seria acaso el protestantismo, dividido en mil fracciones enemigas, en comuniones sin número que difieren entre sí aun sobre los puntos mas esenciales? Los católicos, al contrario, están todos acordes en profesar la misma doctrina, en recibir los mismos Sacramentos, en reconocer al mismo jefe.—Todas las demás religiones han conservado el nombre de los que las establecieron: los luteranos, los calvinistas, y antes de ellos los arrianos, los macedonianos, los eutiquianos, y tantos otros, no han empezado su existencia sino con Lutero, Calvino, Arrio, Macedonio, Eutiques, , etc. La iglesia cismática griega data solamente del tiempo de Focio y de Miguel Cerulario. Mas, por lo que hace á la Iglesia católica, se remonta sin interrupcion hasta á los Apóstoles, que los mira como á sus fundadores, no habiendo recibido otra doctrina que la suya; es, pues, la única verdaderamente *apostólica.*—Jesucristo ha prometido que su reino se extenderia por toda la tierra, y que el Evangelio seria predicado en todo el mundo; siendo esta la señal llamada *catolicidad* ó *universalidad.* ¿A cuál pertenece, pues, visiblemente este distintivo? No será á la Iglesia griega, encerrada en un punto limitado del globo; ni á las sectas protestantes, puesto que, á pesar del gran número que se llaman reformados, hay tan pocos que tengan una misma fé y que obedezcan á un mismo jefe. Los anglicanos pien-

san de un modo distinto de los calvinistas franceses; estos diferentemente tambien de los luteranos alemanes, y estos últimos de una manera enteramente diversa de los protestantes americanos: en términos que es imposible fijar una sociedad verdadera que pueda ser llamada Iglesia protestante, y que tenga numerosos discípulos en todos los paises del mundo. Tan solo pertenece á la Iglesia católica, conforme á la promesa del Salvador, el ser extendida; y no solamente tiene bajo su ley á la mayor parte de la Europa civilizada y de la Amórica, sino que no hay un rincon del mundo donde deje de tener hijos suyos. Su nombre de *Iglesia católica*, con el cual es conocida exclusivamente, justifica que es la Iglesia universal, la grande Iglesia, el arca santa dada en herencia de salvacion á todos los pueblos del universo.

Jesucristo al establecer á san Pedro jefe de esta Iglesia, le prometió que el infierno jamás prevaleceria contra ella, y que subsistiria hasta la consumacion de los siglos. ¿Vemos por ventura en la historia otra cosa que el cumplimiento de esta palabra en favor de la Iglesia católica? En vano desde los primeros siglos han venido todas las herejías á caer sobre ella; ha triunfado siempre como triunfó al principio de la rabia y encono de todos los tiranos. Los arrianos que llenaron de sus errores el mundo cristiano, han desaparecido en el momento mismo en que parecian deber arruinar la fé para siempre; igual suerte ha cabido á todas las falsas iglesias: han cedido ante la perdedera; y el protestantismo va desmoronándose tambien de dia en dia, hasta que, desvanecido, caerá del todo, por mas que trate vanamente de luchar en su prolongada agonía. La Iglesia permanece siempre en pié é inalterable. Segura de las promesas de su divino Fundador, deja rugir las tempestades y sucederse los siglos. Contra esta roca, fortalecida y afirmada por la mano del mismo Dios, vie-

nen á estrellarse las furiosas oleadas del infierno. No, ella no perecerá jamás, porque es inmortal como el Dios que adora. Á nosotros, sus hijos, nos toca bendecir la Providencia, que se ha dignado concedérnosla por madre; á nosotros interesa sobremanera seguir fielmente el camino del cielo en el que ella nos ha introducido, y por el cual ella sola sabrá guiarnos con mano firme y segura.

FIN.

NOTA COMPLEMENTARIA.

Se nos ha pedido muchas veces consejo sobre la eleccion de una *Historia de la Iglesia*, destinada á completar las nociones necesariamente abreviadas, suministradas por nuestro trabajo elemental.

La importancia de la *Historia eclesiástica* de Fleury es incuestionable; porque es una obra de inmensa y ordinariamente sana erudicion, de una lectura llena de atractivo tanto para el espíritu como para la piedad, pero que tiene el grave inconveniente de no estar terminada y de manifestar en algunos puntos ser hostil á la Santa Sede.—La de *Beraült-Bercastel*, menos voluminosa, aun cuando cuenta doce tomos, puede ser leida con fruto. Ha sido continuada por Mr. el Baron *Henrion* hasta el pontificado de Gregorio XVI. Esta edicion, en la que el espíritu del autor ha sido alguna vez mal interpretado, quizás á propósito, es sin embargo buena y recomendable. No diremos lo mismo de otra continuacion escrita por Mr. de Robiano: es difícil hallar nada mas incoloro, mas desnudo de ideas, de un estilo mas indigesto, de una narracion mas floja, decaida y con frecuencia inexacta.

Mr. el abate *Rohrbacher* ha publicado una Historia universal de la Iglesia católica, en veinte y nueve volúmenes en 8.º (con un atlas) que empieza desde la creacion del mundo. Solo la recomendamos muy medianamente, tanto porque es sobrado injusta con el antiguo clero de Francia, que siempre tendrá derecho á un respeto mas íntegro y á la veneracion del historiador concienzudo, como porque su estilo es con demasiada frecuencia inteligible. A esto añadirémos que juzga los acontecimientos contemporáneos y la familia de los reyes de Francia bajo un punto de vista que nadie estaria de acuerdo con él.

Háliase con frecuencia en las librerías un Compendio de la Historia eclesiástica, sin nombre de autor (1748-56), que consta de trece tomos en 12.º Esta obra es del abate *Racine*, canónigo de Auxerre. No debe buscarse ni leerse, porque, aun cuando está por una parte bien escrita, por otra contiene ideas jansenistas tan aferradas, que la hacen peligrosa para todas las gentes.

Mr. el abate Migne, en Montrouge, publica en este momento una Historia de la Iglesia extremadamente estensa, que es la de Mr. el Baron *Henrion*, continuacion de Berault-Bercastel. Las doctrinas teológicas de este autor participan mucho de las de *Rohrbacher*, pero en apreciaciones históricas es infinitamente mas exacto y cierto. Ha debido naturalmente aprovecharse de los defectos de sus antecesores y evitarlos en su mayor parte. Han sido publicados ya unos diez volúmenes en 4.º

El Curso de historia eclesiástica *Mr. el abate Blanch*, tres grandes volúmenes en 8.º, comprendiendo la introduccion que se vende á parte, es una mina para las investigaciones y un monumento de ciencia. Pero destinado á los seminarios, dividido en lecciones, no ofrece á las personas del mundo una lectura fácil; todo cuanto es edificante y conmovedor no está en ella desarrollado, porque el autor se sujeta principalmente á las

cuestiones dogmáticas. Tocante á ciencia teológica, bibliográfica é histórica, lo repetimos, no hay nada que pueda compararsele. Los sucesos contemporáneos están en él justamente apreciados.

Señalamos como excelente la Historia de la Iglesia de *Mr. el abate Receveur*, antiguo catedrático de la Sorbona, que consta de siete tomos en 8.º—Es bajo todos conceptos un trabajo sábio, interesante, equitativo en sus apreciaciones y juicios, despojado de esta pasion *sintética*, si me es permitido expresarme así, que en nuestros dias ha extraviado á muchos escritores animados de rectas intenciones, nadie puede dudarlo, pero ignorantes de la tradicion católica.

Uniremos, en nuestros justos elogios á Mr. el abate *Darras*, cuyos cuatro volúmenes de la Historia general de la Iglesia han sido acogidos del público religioso con un favor digno y merecido. Haremos solamente una pequeña reserva á propósito de un juicio sobre Bossuet, que se halla en la página 337 del tomo 4.º, el cual nos parece notablemente defectuoso. Es un deber nuestro aconsejar la lectura de este libro, y lo hacemos con toda sinceridad. Mr. el abate Darras sabemos que escribe otra grande *Historia eclesiástica* en veinte volúmenes. No dudamos que será digna de su hija primogénita, La História general de la iglesia, y digna de la Religion.

Reasumiremos, estas indicaciones diciendo que nuestra eleccion se encaminaria de preferencia á las obras escritas por *Receveur y Darras*.

Nosotros hemos publicado tambien, sobre un punto de historia eclesiástica, un libro que se nos permitirá recordar aquí; *El milagro de San Genaro en Nápoles*, estudio crítico, histórico, teológico y científico, con un grbado que representa las redomitas de la sangre milagrosa (un tomo en 12.º Paris, Paulmier, rue de Cherche-Midi, 28). Este ásunto es de grande interés para los católicos, pues que se trata de un milagro que se renueva en una ciudad populosa, desde hace siglos, sin interrupcion, y sin explicacion alguna por parte de la ciencia que satisfaga.

NOTA DEL CENSOR.

¿Quien ya al leer el título de la presente obra no se persuadiria que su autor, á fuer de imparcial cual todo historiador debe serlo, iba á relatarnos, sucintamente siquiera como los de las demás naciones, los principales sucesos (que no escasean por cierto) de la Iglesia de España, esa porcion ilustre de la universal Iglesia? Pues bien; cualquiera que haya recorrido esas páginas habrá podido convencerse de que, á no haber el Traductor intercalado en sus respectivos lugares no pocos hechos gloriosos y hombres celebérrimos que no ilustraron menos á la religion católica que á nuestra católica patria, esta Historia seria absoluta y relativamente incompleta. Lo diré sin embages ni rodeos: ó el autor al escribir su Historia ignoraba aquellos hombres y aquellos hechos, ó si los sabia los calló adrede. Una y otra cosa cabe, por lo general, en nuestros vecinos. Dígolo porque en los catorce años que he vivido entre ellos, he visto y palpado en mil ocasiones su ignorancia y mala fé con respecto á España. ¡Cuántas veces, aun entre gente culta, he debido tomar la defensa de mi patria contra ataques necios ó apasionados! La España es menos conocida en Francia que la China, y los pocos que saben algo de ella no tienen boca sino para hablar de sus defectos; ¡ cómo si la Francia estuviese exenta de ellos!... En lo que convienen todos los franceses es en que el suelo español es muy feraz y que goza de un clima escelente y de un cielo magnífico. Esto lo saben todos, y como si por ello nos tuvieran envidia exclaman con un célebre miembro de la Academia de París.

L' Espagne est un pays trop peuplé á espagnols (1).

Lástima les da que un tan privilegiado país sea habitado por una raza como la nuestra. En cuanto á religion, como no pueden menos de confesar que en esta importantísima materia tenemos lo que á ellos les falta, la unidad, esto es, como no pueden dejar de ver que la España entera es católica, procuran desvirtuar esta ventaja que les llevamos, diciendo que nuestra Religion está plagada de supersticiones, y que para hallar la verdadera y pura Religion es preciso ir á Francia. Esto tuve yo el sentimiento de oirlo de boca de un sacerdote, pero tambien tuve el honor de contestarle de una manera convincente. En punto á supersticiones solo Dios sabe en cuál de las dos naciones las hay en mayor número y mas pueriles. ¡Ojalá no vinieran los franceses á implantar en nuestro suelo sus ridiculeces, que bien limpios estaríamos de tanta necedad!

Volviendo á la presente *Historia* repetiré, que la inexcusable falta del autor queda debidamente subsanada por el traductor.

(1) La España es un país demasiado poblado de españoles.

Con todo, no podemos menos de deplorar que en Francia ande en manos de todos una historia universal en que apenas se dice nada de España. Ni vale alegar que esta obra no es mas que un compendio ó una obra elemental, pues no obstante eso no deja el autor de entrar á menudo en minuciosos pormenores cuando se trata de otras naciones, especialísimamente de la suya, en términos que muchas veces puede asegurarse peca por exceso.

No llamo yo la atencion de mis compatricios sobre esas calculadas reticencias, ni les hago entrever las apasionadas apreciaciones de nuestras cosas por nuestros vecinos, con el objeto de crear ó excitar odios en contra de ellos. Hágalo sí con ánimo de probarles que han de vivir prevenidos contra el modo de escribir de los franceses en todo lo relativo á España. Son en gran número las razones que podria yo aducir en comprobacion de lo que digo. ¿Se creerá, por ejemplo, que en Francia es comun la persuasion y aun diré la conviccion de que á los franceses debe la Europa el no ser árabe? Toda la razon de tan peregrina como orgullosa persuasion la hacen consistir en que cuando los árabes invadieron las Galias Pepino los derrotó completamente en una batalla. ¡Pobre Francia y pobre Europa si los españoles, víctimas de una sorpresa momentánea, hubiesen dejado á los hijos de la media Luna en pacífica posesion de la España! ¡Pobre Francia y pobre Europa si la España no les hubiese servido durante siete siglos de mural y antemural!... Otro hecho citaré no menos curioso y enteramente falto de exactitud. En uno de sus diccionarios geográficos, al describir la ciudad de Barcelona, despues de haber dicho que es plaza fuerte de primer órden, añaden, *Fué tomada por los franceses en* 1823. Dicen *tomada* cuando no la ocuparon sino por capitulacion. ¿Ni cómo habia de *tomarla* Moncey con solos diez mil hombres, puesto que Napoleon I decia que para tomar á Barcelona eran indispensables ochenta mil?

Esta sistemática manera de desnaturalizar los hechos hace que en Francia se tenga de España una idea tan desventajosa como errónea. Y no hay que pensar en rectificarla, porque los franceses, formada ya su opinion, dicen y dirán siempre de España lo que los judíos decian de Nazaret: *A Nazareth potest aliquid boni esse?* Ténganlo así entendido aquellos españoles que quieren ser tales, y sin embargo se dicen y muestran acérrimos partidarios y fanáticos admiradores de la Francia.

J. R., *Censor de la Librería religiosa.*

TABLA CRONOLOGICA.

AÑO DE SU EXALTACION.	EMPERADORES.	PAPAS.	AÑO DE SU MUERTE.	PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS. ÓRDENES RELIGIOSA, OBISPOS ILUSTRES, HEREJIAS, ETC. (*Las fechas marcan los acontecimientos en su principio, y la muerte de las personas.*)	**Principales Santos** (*Fecha de su muerte*).
14	Tiberio.	S. Pedro.	66	Conversion de S. Pablo, 34.	S. Esteban, 33.
37	Calígula.			Evangelio de S. Mateo, 36.—Vocacion del centu-	
41	Claudio I.			rion Cornelio, 39.—Concilio de Jerusalen, 50.—	S. Jaime el Mayor, 44.
54	Neron.			*Primera persecucion*, 64.—Simon Mago, 65.—	
69	Galba, Oton, Vitelio.			Ruina de Jerusalen, 70.	S. Jaime el Menor, 62.
70	Vespasiano.				
79	Tito.				
81	Domiciano.	S. Lino.	67	*Segunda persecucion*, por Domiciano, 95.	
96	Nerva.	S. Anacleto.	91	Evangelio de S. Juan, 97.	
98	Trajano.	S. Clemente.	100	*Tercera persecucion*, por Trajano, 106.	S. Ignacio, 107.
117	Adriano.	S. Evaristo.	109		S. Simeon, 107.
138	Antonino.	S. Alejandro I.	119		
161	Marco Aurelio.	S. Sixto I.	127		
		S. Telesforo.	139	Apologia de S. Justino, 150.	
		S. Higinio.	142		
		S. Piol.	157	*Cuarta persecucion*, por Marco Aurelio, 166.	S. Policarpo, 166.
180	Cómmodo.	S. Aniceto.	168	Montanistas, 171.—Legion fulminante, 174.	S. Justino, 167.
		S. Sotero.	177		S. Potino, 177.
191	Pertinax.	S. Eleuterio.	192	Mision de las Indias, 189.	S. Sinforiano, 179.
193	Didio Juliano.				
193	Séptimo Severo.	S. Victor I.	202	*Quinta persecucion*, por Séptimo Severo, 202.	S. Ireneo, 203.
211	Caracalla y Geta.	S. Zeferino.	219	Clemente de Alejandría, 220.	Sta. Perpetua, 206.
218	Macrino.				Sta. Felicidad, 206.
218	Heliogábalo.				
222	Alejandro Severo.	S. Calixto I.	222		S. Hilarion, 229.
235	Maximino.	S. Urbano I.	230		
238	Gordiano.	S. Ponciano.	235	*Sexta persecucion*, por Maximino, 235.	S. Gregorio Taumaturgo, 231.
244	Felipe.	S. Antero.	236	Mision en las Galias, 245.	
249	Decio.	S. Fabian.	250	Tertuliano, 245.	
253	Gallo, Emiliano.	S. Cornelio.	252	*Septima persecucion*, por Decio, 249.	
253	Valeriano.	S. Lucio.	253	Cisma de los novacianos, 251.	

260	Galiano.	S. Estéban I.	257	Orígenes, 253.	
		S. Sixto I.	259	*Octava persecucion*, por Valeriano, 257.	S. Cipriano, 258.
268	Claudio II.	S. Dionisio.	269		S. Fructuoso, 259.
270	Aureliano.	S. Felix.	274	*Nona persecucion*, por Aureliano, 275.	
275	Tácito.	S. Eutiquiano.	283	Maniqueos, 277.	
276	Probo.	S. Cayo.	296		
282	Caro, Carin y Numeriano.	S. Marcelino.	304	*Décima persecucion*, por Diocleciano, 303.	S. Sebastian, 298. S. Vicente, 304.
284	Diocleciano y Maximiano.	S. Marcelo.	310	Legion Tebana, 304.	
306	Constancio Cloro y Galerio.	S. Eusebio.	310	Conversion de Constantino el Grande, 313.	
312	Constantino I.	S. Melquiades.	314	Donatistas, 314.—Arrianos, 319.	
		S. Silvestre I.	325	*Primer concilio general*, en Nicea, 325.	
337	Constancio *y sus hermanos.*	S. Marco.	336	Invencion de la Santa Cruz, 326.	S. Pablo, ermitaño, 341.
		S. Julio I.	352	Conversion de los etiopes, 330.	S. Antonio, 356.
361	Juliano el Apóstata.			Persecucion de los arrianos, 337.—Persecucion de Sapor, 340	
363	Joviano.				S. Atanasio, 373.
364	Valentiniano y Valente.	Liberio.	366		
		S. Damaso.	384	Osio, 357.—Persecucion de Juliano, 361.	S. Basilio, 379.
375	Graciano y Valentiniano.			Macedonianos, 360.—*Segundo concilio general*, en Constantinopla, 381.	
379	Teodosio el Grande.	S. Siricio.	399	Traduccion de la Vulgata, 383.	S. Gregorio Nazianceno, 389.
395	Arcadio y Honorio.	S. Anastasio I.	401	Teodosio, 395.	
		S. Inocencio.	417	Misiones en los escitas, 399.	S. Ambrosio, 398.
		S. Zósimo.	418	Pelagianos, 412.	S. Martin, 400.
		S. Bonifacio.	422	Nestorianos, 420.	S. Crisóstomo, 407.
425	Valentiniano III, *en Occidente.*	S. Celestino.	432	*Tercer concilio general*, en Éfeso, 431.	S. Jerónimo, 420.
		S. Sixto III.	440	Eutiquianos, 448.	S. Agustin, 430.
475	Rómulo Augústulo.	S. Leon.	461	*Cuarto concilio general*, en Calcedonia, 451.	S. Cirilo de Alejandría, 444.
	Destruccion del imperio romano de Occidente.	S. Hilario.	468	Persecucion de los vándalos en África, 457.	S. Simeon Stilita, 461.
		S. Simplicio.	483		
	EMPERADORES DE ORIENTE.				
	Zenon.				
491	Anastasio I.	S. Félix III.	492		
		S. Gelasio.	496	Conversion de Clodoveo, 496.	
		S. Anastasio II.	498		

AÑO DE SU EXALTACION.	EMPERADORES.	PAPAS.	AÑO DE SU MUERTE.	PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS, ÓRDENES RELIGIOSAS, OBISPOS ILUSTRES, HEREGIAS, ETC. *(Las fechas marcan los acontecimientos en su principio, y la muerte de las personas.*	**Principales Santos.** *(Fecha de su muerte).*
518	Justino I.	Simmaco.	514	Institucion de las Rogativas, 511.	Sta. Genoveva, 511.
		Hormisdas.	523	Concilio de Orange, 529.	
527	Justiniano I.	S. Juan I.	526	Fundacion del Monte Casino, 525.	
		S. Félix IV.	530		S. Benito, 530.
		Bonifacio II.	533		S. Remigio, 530.
		Juan II.	535		
		Agapito.	536		
		Silverio.	538	*Quinto concilio general*, segundo de Constantinopla, 553.	Sta. Clotilde, 545.
		Vigilio.	553		
565	Justino II.	Pelagio.	560	Conversion de los visigodos, 558.	
		Juan III.	574	Conversion de los ingleses, 596.	
578	Tiberio II.	Benedicto.	578		S. Hermenegildo, 586.
582	Focas.	Pelagio II.	590		
		S. Gregorio I.	604		S. Agustin de Cantorbery, 607.
		Sabiniano, n. bueno.	607		
610	Heraclio.	Bonifacio II.	608		
		Bonifacio IV.	615		S. Juan el Limosnero, 618.
		S. Diosdado I.	618		
		Bonifacio V.	625	Huida de Mahoma, 622.	
		Honorio I.	640	Exaltacion de la santa Cruz, 628.	
641	Constanto II	Severino.	640	Monotelitas, 636.	
		Juan IV.	642	Mision en los Países Bajos, 648.	
		Teodoro I.	649		Sta. Gertrudis, 650.
		S. Martin I.	655		S. Máximo, 662.
668	Constantino III (Pogonato).	S. Eugenio I.	657		S. Eloy, 663.
		Vitaliano.	672		
		Diosdado I.	676		
		Donus ó Dono I.	679	*Sexto concilio general*, tercero de Constantinopla, 680.	
		Agaton.	682		
		S. Leon II	684		
		S. Benedicto II.	685		
685	Justiniano II.	Juan V.	686		
		Conon.	687	Mision en Frisia, 690.	
		S. Sergio I.	701		

		Juan VI.	703		
711	Leon III el Isauro.	Juan VII.	708		
		Sisinnio.	708	Los moros en España, 711.	
		Constantino.	715	Conversion de los alemanes, 723.	
741	Constantino IV, Coprónimo.	Gregorio II	731		
		Gregorio III.	741	Iconoclastas, 737.	
		S. Zacarias.	752	Patrimonio de S. Pedro, 755.	S. Bonifacio, 755.
775	Leon IV.	Esteban II, *muerto antes de ser consagrado.*	752	Persecucion de los iconoclastas, 766.	
		Esteban III.	757	*Séptimo concilio general*, segundo en Nicea, 787.	
780	Irene.	Paulo I.	768		
		Esteban IV.	772	Conversion de los sajones, 778.	
		Adriano I.	795	Coronacion de Carlomagno, 800.	
802	Necéforo.	S. Leon III.	816	Gran hospital de Paris, 810.	
811	Stauracio o Estoracio.	Estéban V.	817	Conversion de los daneses, 826.	
820	Miguel II.	S. Pascual I.	824	Conversion de los suecos, 830.	S. Anscario, 835.
829	Teofilo.	Eugenio II.	827	Conversion de los rusos, 841.	
		Valentin.	828	Pelayo, 820.—Hallazgo del cuerpo de Santiago, 829.	
842	Miguel III.	Gregorio IV.	844	Persecucion de los moros en España, 850.	
		Sergio II.	847	Conversion de los bulgaros, 855.	
		Leon IV.	853		
		Benedicto III.	858	*Octavo concilio general*, cuarto de Constantinopla, 869.	
867	Basilio.	Nicolas I.	867		
		Adriano II.	872		
		Juan VIII, n. b.	882	Conversion de los bohemios, 880.	
		Martin II.	884	Hincmar, arzobispo de Reims, 882.	S. Ignacio, patriarca de Constantinopla, 877.
		Adriano III.	885		
886	Leon VI.	Esteban	891	Focio, 891.	
		Formoso	896		
		Bonifacio VI.	896		
		Esteban VII, n.b.	897		
		Roman.	897		
		Teodoro II.	898		
		Juan IX.	900		
		Benedicto IV.	903	Fundacion del Órden de Cluny, 910.	
912	Constantino VII. Porfirogeneto	Sergio III, n.b.	911	Conversion de los normandos, 910.	S. Bernon, 910.
		Anastacio III.	913		
		Landon.	914		
		Juan X.	923		
		Leon VI	929		

AÑO DE SU EXALTACION.	EMPERADORES.	PAPAS.	AÑO DE SU MUERTE.	PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS, ÓRDENES RELIGIOSAS, OBISPOS ILUSTRES, HEREJÍAS, ETC. *(Las fechas marcan los acontecimientos en su principio, la muerte de las personas).*	**Principales Santos.** *(Fecha de su muerte).*
		Esteban VIII.	931		
		Juan XI.	936		
		Leon VII.	939		S. Odon de Cluny, 942.
		Esteban IX.	943		
		Martin III.	946		
959	Roman II.	Agapito II.	955	Persecucion de los moros en España, 950.	S. Bruno, 961.
963	Nicéforo Focas.	Juan XII.	964	Conversion de los polacos, 964.	S. Odon de Inglaterra, 961.
		Leon VIII.	965		
		Benedicto V.	965	Flodoardo, 966.	
969	Juan Zimiscés.	Juan XIII.	972		
		Benedicto VI.	974		
		Bonifacio VII.	974		
		Domnus II.	974		
975	Basilio II *el Joven* y Constantino IX.	Benedicto VII.	983		
		Juan XIV.	984		
		Juan XV.	985		S. Dunstan. 988
		Juan XVI.	996		
		Gregorio V.	999	Conversion de los húngaros, 1001.	
		Silvestre II, n. c.	1003		
		Juan XVII.	1003	Invencion del diapason, por Gui de Arrezzo, 1065.	
		Juan XVIII.	1008		
		Juan XIX.	1009		
1025	Constantino *solo.*	Sergio IV.	1012		
1028	Roman III Argyro.	Benedicto VIII.	1024		S. Esteban de hungria, 1038.
1034	Constantino Monomaco.	Juan XX.	1033		
		Benedicto IX, *abdicó.*	1044	Establecimiento de la Tregua de Dios, 1041.	
1042	Teodora.				
		Gregorio VI, *abdicó.*	1046		
		Clemente II.	1047		
		Benedicto IX, *repuesto.*	1048		
		Damaso II	1048	Conmemoracion de los fieles difuntos, 1049. Herejía de Berengario, 1050.	

				Eleccion de los Papas por los Cardenales, 1054.	
1056	Miguel VI.	S. Leon IX.	1054		
1057	Isaac Commeno.	Victor II.	1057	Cisma de los griegos, 1055.	
1059	Constantino VI Ducas.	Estéban X.	1058		
1067	Miguel VII.	Nicolás II.	1062		S. Pedro Damian, 1063.
1078	Niceforo Botoniato.	Alejandro II.	1073		
1081	Alejo Commeno.	S. Gregorio VII.	1085	Orden de los Cartujos, 1084.	
		Victor III.	1087	Concilio de Clermont, p. la 1.ª Cruzada, 1095.	
		Urbano II.	1099	Orden Cisterciense, 1098	
				Godofredo de Bouillon, 1100.	S. Bruno, 1101.
				Orden de Fontevrault, 1103.	
				Pedro el Ermitaño, hacia 1105.	
				Orden de Malta, 1110.	S. Estéban de Hungría, 1112.
1118	Juan Commeno.	Pascual II.	1118	Orden de los Templarios, 1110.	
		Gelasio II.	1119	Orden Premonstratense ó Mostense, 1121.	
		Calixto II.	1124	*Nono concilio general*, primero de Letran, 1123.	
		Honorio II.	1130		S. Norberto, 1134.
1143	Manuel Commeno.	Inocencio II.	1143		
		Celestino II.	1144	Segunda Cruzada, 1147.	
		Lucio II.	1145	Albigenses, 1147.	
		Eugenio III.	1153		S. Bernardo, 1153.
		Anastasio IV.	1154	Orden de Calatrava, 1158.	Sto. Tomás de Cantorbery, 1172.
		Adriano IV.	1159	Valdenses, 1160.	
1180	Alejo II Commeno.			*Undécimo concilio general*, tercero de Letran, 1179.	
1183	Andrónico Commeno.	Alejandro III.	1181		
1185	Isaac Angelo.	Lucio III.	1185		
		Urbano III.	1187		
		Gregorio VIII.	1187	Orden Teutónica, 1190.	
		Clemente III.	1191	Tercera Cruzada, 1198.	
		Celestino III.	1198	Orden de los Trinitarios, 1198.	San Juan de Mata, 1199.
1201	Alejo V.			Cuarta Cruzada, 1202.	
1204	Alejo V Ducas.				
	IMPERIO LATINO EN Constantinopla.				
1204	Balduino I.			*Duodécimo concilio general*, cuarto de Letran, 1205.	

AÑO DE SU EXALTACION.	EMPERADORES.	PAPAS.	AÑO DE SU MUERTE.	PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS, ÓRDENES RELIGIOSAS, OBISPOS ILUSTRES, HEREJÍAS, ETC. (*Las fechas marcan los acontecimientos en su principio, y la muerte de las personas.*)	**Principales Santos.** (*Fecha de su muerte.*)
1206	Pedro de Courtenay.			Orden de los Carmelitas, 1209.	
				Orden de los Frailes Menores, 1210	
				Universidades, hacia 1210.	
				Orden de Clarisas, 1212.	
1216	Roberto de Courtenay.	Inocencio III.	1216	Quinta Cruzada, 1217.	
				Órden de los Frailes Predicadores, 1216.	Sto. Domingo, 1221.
1228	Balduino II.	Honorio III.	1229	Mision en Prusia, 1224.	S. Francisco de Asis, 1226.
		Gregorio IX.	1241	*Decimotercio concilio general*, primero de Lyon, 1245	Sta. lara, 1230 .
		Celestino IV.	1243		
				Septima Cruzada, 1248.	
	Imperio griego.	Inocencio IV.	1254	Orden de los Agustinos, 1256.	
		Alejandro IV.	1261	Sorbona, 1256.	
		Urbano IV.	1264	Fiesta del santísimo Sacramento, 1264.	
1261	Miguel Paleólogo.	Clemente IV.	1268	Octava Cruzada, 1270.	S. Luis, 1270.
				Decimocuarto concilio general, segundo de Lyon, 1274.	
		Gregorio X.	1276		Sto. Tomás de Aquino, 1274.
		Inocencio V.	1276	Reunion de los griegos, 1274.	S. Buenaventura, 1274.
		Adriano V.	1276		
		Juan XXI.	1277		
1282	Andrónico II Paleólogo.	Nicolás III.	1280		
		Martin IV.	1285	Vuelta de los griegos al cisma, 1283.	
		Honorio IV.	1287		
		Nicolás IV.	1292		
		S. Celestino V.	1294	Institucion del jubileo, 1299.	
		Bonifacio VIII.	1303		
		S. Benedicto XI.	1305		
				Residencia de los Papas en Aviñon, 1309.	
				Decimoquinto concilio general, en Viena de Francia, 1311.	
		Clemente V.	1314	Supresion de los Templarios, 1312.	
				Fiesta de la santísima Trinidad, hacia 1320.	
				La oracion del *Angelus* ordenada en todo el mundo cristiano, 1327.	
1328	Andronico III				
		Juan XXII.	1334		

				Abstinencia del sabado, 1340.	
1341	Juan V y Juan VI Cantacuzeno.	Benedicto XII.	1342		
		Clemente VI.	1362		
		Inocencio VI.	1362		
		Urbano V.	1370	Misiones de Tartaria, 1370.	
				Vuelta de los Papas a Roma, 1370.	
		Gregorio XI.	1378	Gran cisma de Occidente, 1378.	Sta Brigida, 1373.
1391	Miguel II Paleólogo.	Urbano VI.	1389	Fiesta de la visitacion, 1389.	
		Bonifacio IX.	1404		Sta. Catalina de Sena, 1380.
		Inocencio VII.	1406		
		Gregorio II X abdico	1409		
		Alejandro V.	1410		
1425	Juan VIII Paleólogo.	Juan XXIII *abdicó.*	1413	*Decimosexto concilio general* en Constanza, 1414.	
		Martin V.	1431	*Decimoseptimo concilio general*, en Florencia, 1439.	
				Reunion de los griegos, 1439.	
				Vuelta a su cisma, 1440.	
1448	Constantino VII Dracoses.	Eugenio IV.	1447	Fin del gran cisma de Occidente, 1449.	
				Toma de Constantinopla por los turcos, 1453.	
1453	*Los turcos en Constantinopla.*	Nicolás V.	1455	Orden de los Mínimos, 1454.	
		Calixto III.	1458		
	EMPERADORES DE ALEMANIA.	Pio II.	1564	Tomas de Kempis, presunto autor de la Imitacion de Jesucristo, 1471.	
		Paulo II.	1471	Fiesta de la Concepcion, 1475.	
1440	Federico III.	Sixto IV.		Fin de la dominacion de los moros en España, 1492.	
1493	Maximiliano I.	Inocencio VIII.		Descubrimiento de la América, 1493.	
		Alejandro VI.	1503	Mision en el Congo, 1504.	
		Pio III.	1503		
		Julio II.	1513	Luteranos, 1517.	S. Francisco de Paula, 1507.
1510	Carlos Quinto.	Leon X.	1521	Anabaptistas, 1520.	
		Adriano VI.	1523	Mision en Méjico, 1522.	
				Orden de los Capuchinos, 1525.	
				Confesion de Augsburgo, 1530.	
				Orden de los Recoletos, 1532.	
				Calvinistas, 1533.	
		Clemente VIII.	1534	Cisma de Inglaterra, 1535.	
				Compañia de Jesús, 1540.	
				Misiones de las Indias, 1541.	
				Apertura del *Decimoctavo concilio general*, en Trento, 1545.	

AÑO DE SU EXALTACION.	EMPERADORES.	PAPAS.	AÑO DE SU MUERTE.	PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS, ÓRDENES RELIGIOSAS, OBISPOS ILUSTRES Y HEREGIAS, ETC. *Las fechas marcan los acontecimientos en su principio, y la muerte de las personas).*	**Principales Santos.** *(Fecha de su muerte).*
		Paulo III.	1549	Socinianos, 1549.	
				Misiones del Japon, 1549.	
				Misiones de Etiopia, 1554.	S. Francisco Javier, 1552.
		Julio III.	1555	Misiones del Brasil, 1554.	S. Ignacio de Loyola, 1556.
		Marcelo II.	1555	Primera revolucion de los calvinistas en Francia,	S. Felipe de Neri, 1558.
1556	Fernando I.	Paulo IV.	1559	1560.	
				Orden de las Carmelitas descalzas, 1563.	
				Fin del *concilio de Trento*, 1563.	
1564	Maximiliano II.			Establecimiento de los Seminarios, 1563.	
		Pio IV.	1565	Orden de Carmelitas descalzos, 1568.	
1576	Rodolfo II.	S. Pio V.	1572	Degüello de la S. Bartolome, 1572.	
				Instituto de los Hermanos de Caridad, 1572.	
				Misiones de la China, 1580.	S. Juan de Dios, h. 1581.
		Gregorio XIII.	1585	Reforma del Calendario por Gregorio XIII, 1582.	
		Sixto Quinto.	1590		Sta. Teresa de Jesús, 1582.
		Urbano VII.	1590		S. Carlos Borromeo, 1584.
		Gregorio XVI.	1591		
		Inocencio IX.	1591		S. Juan de la Cruz, 1591.
				Orden de Ursulinas, 1591.	S. Luis Gonzaga,
				Abjuracion de Enrique IV, 1593.	
				Persecucion en el Japon, 1597.	
				Instituto de las Escuelas pias, 1597.	
		Clemente VIII.	1605	Misiones del Paraguay, 1602.	
		Leon XI.	1605		
1611	Matias.			Orden de la Visitacion, 1610.	Sta. Francisca Fremiot de Chantal, 1610.
				Misiones del Canada, 1611.	
				Congregacion del Oratorio, por el cardenal de Berulle, 1613.	S. José de Calasanz, 1621.
1619	Fernando II.	Paulo V.	1621	Belarmino, 1621.	S. Francisco de Sales, 1622.
		Gregorio XV.	1623	Congregacion de los Lazaristas, 1625.	
1637	Fernando III.			Voto de Luis XIII. 1638.	S. Francisco de Regis, 1640.
		Urbano XIII.	1644	Congregacion de los Sulpicianos, 1646.	
1657	Leopoldo I.	Inocencio X.	1665	Establecimiento para niños expositos, 1648.	

		Alejandro VII.	1667	Frailes de las Escuelas cristianas, 1679.	S. Vicente de Paul, 1600
		Clemente IX.	1669	Revocacion del edicto de Nantes, 1685.	
		Clemente X.	1676		
		Inocencio XI.	1680	Bossuet, 1704.	
		Alejandro VIII.	1691	Flechier, 1710.	
1705	José I	Inocencio XII.	1700	Bula *Unigenitus* contra los jansenistas, 1713.	
1711	Carlos VI.			Bourdaloue, 1714.	
				Fenelon, 1715.	
		Clemente XI.	1721		El beato de la Salle, 1719.
		Inocencio XIII.	1724		
		Benedicto XIII.	1730		
1740	Carlos VII.	Clemente XII.	1740		
1745	María Teresa.			Massillon, 1742.	
	Francisco I.			Belzunce, obispo de Marsella, 1755.	
		Benedicto XVI.	1758		
				Francmasones, 1760.	
				Brydayne, 1767.	
1765	José II.	Clemente XIII.	1769	Supresion de la Compañía de Jesús por Clemente XVI, 1774.	
		Clemente XIV.	1774		
				Cristóbal de Beaumont, arzobispo de Paris, 1781.	El beato Benito Labre, 1787.
				Revolucion francesa, 1789.	S. Ligorio, 1787.
1790	Leopoldo II.			Persecucion.—Constitucion civil del Clero.	
1792	Francisco II.			Asesinato de Luis XVI y de la reina, 1793.	
				La Vendee, 1793.	
		Pio VI.	1799	Concordato, 1801.	
				Guerra de la Independencia de España, 1808.	
				Abolicion de la Inquisicion, 1813.	
	EMPERADORES DE AUSTRIA.				
1806	Francisco (*el mismo que el precedente*)				La beata María Clotilde de Francia, 1802.
				Cautiverio de Pio VII, 1809.	
				Libertad del Papa, 1814.	
		Pio VII.	1823		
		Leon XII.	1829		
		Pio VIII.	1831		
				Minoría de D.ª Isabel II, reina de España, 1833. —Guerra civil, 1833.	
				Persecuciones religiosas, 1835.	

AÑO DE SU EXALTACION	EMPERADORES.	PAPAS.	AÑO DE SU MUERTE.	PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS, ORDENES RELIGIOSAS, OBISPOS ILUSTRES, HEREJÍAS, ETC. (*Las fechas marcan los acontecimientos en su principio, y la muerte de las personas.*)	**Principales Santos.** (*Fecha de su muerte.*)
1835	Fernando.	Gregorio XV.	1846	Persecuciones en Polonia, 1835. Justicia de Dios sobre Luis Felipe, 1848. Mons. Affre, martir de la caridad, 1848.	
1848	Francisco José (1).	Pio X. Pio XI Pio XII		Pio IX en Gaeta, 1848. Restablecimiento de la jerarquía eclesiástica en Inglaterra, 1850. Concordato de España, 1851. Asamblea de Obispos en Roma para definir el dogma de la inmaculada Concepcion, 1854.	

(1) Se habrá podido observar que los nombres de los Emperadores de Oriente no se siguen siempre con exactitud: pasamos, por ejemplo, de Juan VI á Juan VIII, etc. Esto procede de que muchos emperadores han reinado á menudo juntos y continuado sin embargo la serie de los nombres: en este caso hemos presentado en el cuadro cronológico el nombre mas conocido de los dos.

INDICE.

Pág.

Advertencia. 9
Prólogo.. 11
Introduccion. 19

CAPÍTULO PRIMERO.

Desde la fundacion de la Iglesia hasta la Conversion de Constantino (312).

§ I.—Jesucristo funda la Iglesia.

I. Nacimiento de Jesucristo. 25
Predicacion del Evangelio.. 26
Eleccion de los Apóstoles. 26
Resurreccion y Ascension de Nuestro Señor. 26
Los Apóstoles en el Cenáculo.. 27
Descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. 28

§ II.—Predicacion de los Apóstoles, y progresos maravillosos del Evangelio.

I. *Predicacion del Evangelio al pueblo judío*.. 28
Los Apóstoles perseguidos.. 30
Milagros que ellos obran. 30
Los siete diáconos. 32
Martirio de san Estéban. 32
Conversion de san Pablo. 33
Martirio de Santiago el Mayor. 34
Concilio de Jerusalen. 35
Martirio de Santiago el Menor. 38
San Simeon, obispo de Jerusalen. 40
Profecia terrible contra Jerusalen. 40
Ruina de Jerusalen y del pueblo judio.. . . 42
Reprobacion del pueblo judío. 44

II. *Predicacion del Evangelio á los gentiles.* . 46
Primeras predicaciones. 47
Conversion del centurion Cornelio. 48
Dispersion de los Apóstoles. 48
San Pedro en Antioquía y en Roma. . . . 48
Viajes y predicaciones de san Pablo. . . . 49
Predicacion de santo Tomás, san Andrés y san Felipe. . . . , ... 50
Idem de san Bartolomé, san Mateo, san Simon, san Judas y san Matías. 51
Virtudes de los primeros cristianos. . . . 51
Escritos de los Apóstoles. 53
Ultimas acciones de san Juan, su Evangelio. 53
Division en la Iglesia de Corinto. 55
Muerte de la Virgen santísima. 57
Milagro del establecimiento del Cristianismo. 58

§ III.—Historia de las persecuciones
Primera persecucion, bajo Neron. 59
Martirio de san Pedro y san Pablo. 60
Segunda persecucion, bajo Domiciano. . . 61
San Juan ante la puerta Latina. 62
Tercera persecucion, por Trajano. . . . 63
Martirio de san Simeon. 64
Martirio de san Ignacio de Antioquía. . . . 64
Su carta á los fieles de Roma. . ; 66
Cuarta persecucion, por Marco Aurelio. . . 70
Mártires en Esmirna. 71
Martirio de san Policarpo. 73
La legion Fulminante. 76
Persecucion en las Galias. 78
Mártires de Lyon. 78
San Epagato. 79
San Potino. 80
Santa Blandina. 80
San Sanctus. 81
San Alejandro. 84
San Atalo. 84
San Epípodo y san Alejandro. 86
Mártires de Autun.—San Sinforiano. . . . 88
Quinta persecucion, por séptimo Severo. . 90
Mártires de Africa. 91
Santa Potamiena en Alejandría. 91
San Basílides. 92
Santas Perpetua y Felicitas en Cartago. . . 92
San Ireneo, obispo de Lyon. 98
Sexta persecucion, por Maximino. 100
Séptima persecucion, bajo Decio. 102
Martirio de san Pionio en Esmirna. 103
Octava persecucion, por Valeriano. . . . 105
Martirio de san Lorenzo. 106
Martirio de san Cipriano, obispo de Cartago. 108

San Montano y sus compañeros. 111
El santo niño Cirilo. 113
Nona persecucion, por Aureliano. 115
Martirio de san Comon.. 116
San Dionisio, obispo de París.. 116
San Fructuoso, obispo de Tarragona. . . . 117
Décima persecucion, por Diocleciano. . . 118
Martirio de san Pedro. 119
Martirio de san Quintin.. 119
Legion Tebana, su martirio. . . . . . , . 121
San Victor de Marsella.. 124
San Vicente diácono de Zaragoza. 125
Santa Eulalia de Mérida. 128
Santa Eulalia de Barcelona. 131
Santos Justo y Pastor, y otros santos Mártires españoles. 132
Los perseguidores castigados.. 134
Caridad de los cristianos en Alejandría. . . 137

IV.—Dios suscita defensores y apologistas a su Iglesia.
San Justino.. 138
Tertuliano. 140
Orígenes.. 145
Otros apologistas.. 152

§ V.—Triunfo de la religion cristiana en la conversion de Constantino.
Constancio Cloro favorece á los cristianos. . 152
Constantino emperador.. 154
Su conversion. 156
Su celo por la Fe. 156
Conversiones numerosas. 158

Reflexiones.—Divinidad del Cristianismo probada por su establecimiento. 158
Por sus Mártires.. 159

CAPÍTULO SEGUNDO.

Desde la conversion de Constantino, 312, *hasta la caida del imperio romano de Occidente*, 476.

§ I.—Reinados de Constantino y de sus sucesores. hasta el de Juliano el Apóstata. (312-361)
Constantino. 162
Leyes fundadas por este Príncipe. 163
La verdadera cruz descubierta en Jerusalen. 163
Piedad de santa Elena. 165
La Iglesia probada por las herejías. . . . 166
Herejía de Arrio. 166
Concilio de Nicea. 168
San Atanasio, obispo de Alejandría. . . . 170
Muerte funesta de Arrio. 172

Constantino, Constancio y Constante, emperadores. 174
Vuelta de san Atanasio. 174
Nuevas persecuciones contra el Santo. . . 175
San Atanasio en Roma.. 176
Obispo cismático en Alejandría. 176
Violencias contra los católicos. 177
Espíritu del cisma. 178
Persecucion en Persia. 178
El emperador Constancio llena de turbacion á toda la Iglesia. 179
Concilio en Rimini. 180
San Hilario de Poitiers.—Su celo por la fé de Nicea. 181
San Martin, obispo de Tours. 183

§ II.—Institucion y vida de los solitarios.
Primeros solitarios. 186
San Antonio en Egipto. 186
San Hilarion en Palestina,. 188
Vida de los solitarios. 190

§ III.—Desde Juliano el Apóstata, hasta la muerte de Teodosio el Grande. (361-395).
Principios de Juliano. . , ... 193
Quiere restablecer el paganismo. 193
Emprende reedificar el templo de Jerusalen. 196
Joviano emperador. 197
Su celo por la fé católica. 198
Valentiniano y Valente. 199
Valente persigue á los católicos en Oriente.. 200
Celo de los solitarios. 200
San Basilio, obispo en Cesarea. 201
Valor admirable de una mujer cristiana. . 203
Valente tiembla ante san Basilio. 205
San Gregorio Nazianceno.—Sus virtudes. . 206
Herejía de los macedonios. 208
Teodosio emperador. 209
Concilio ecuménico de Constantinopla. . . 210
Clemencia de Teodosio. 212
Flaviano, obispo de Antioquía. 213
Caida y penitencia de Teodosio. 214
El arrianismo en Occidente. 216
Proceso del paganismo. 216
Cisma de los donatistas. 217
San Agustin. 218
Conferencia de Cartago.—Fin del cisma.. . 219
Osio, obispo de Córdoba. 221
San Dámaso, obispo y pontífice. 223

§ IV.—Desde la muerte de Teodosio, hasta la destruccion del imperio romano de Occidente. (395-476).
Particion del imperio. 225
Herejia de los pelagianos. 226

Conversion de los eslavos. 307
Conversion de los rusos. 307
Conversion de los búlgaros. 309
Invasion de los bárbaros en el siglo x. . . 310
Conversion de los normandos. 311
Rollon. 311
Su conversion. 311
Conversion de los húngaros. 313
San Estéban, rey de Hungría. 314

§ II.—Perturbaciones en la Iglesia de Constantinopla.
Focio usurpa la silla de Constantinopla. . 315
San Ignacio, obispo de Constantinopla. . . 317
Insignes picardías de Focio. 317
Reposicion de san Ignacio. 319
Concilio octavo general, en Constantinopla. 319
Cisma de Miguel Cerulario. 320

§ III.—Restablecimiento de la disciplina en la Iglesia de Occidente, en el siglo X.
San Odon en Inglaterra. 322
San Dunstan. 323
San Bruno en Alemania. 324
San Bernon en Francia.. 326
San Odon de Cluny. 328
Celo de sus sucesores. 329
Reforma del clero. 329
San Pedro Damian. 330
Canónigos regulares 330
Fundacion de la Orden de los Cartujos.—San Bruno. 331
Santos y célebres monjes, obispos, anacoretas, etc., españoles de aquella época. . . 333

IV.—Herejía de Berengario.—Querella de las investiduras.
Herejía de Berengario sobre la santa Eucaristía. 335
Querella de las investiduras. 337
El papa san Gregorio VII.. 337

Reflexiones sobre los desórdenes del siglo X. . . 339

CAPÍTULO SEXTO.

Desde la primera cruzada, hasta la muerte de san Luis. (1095-1270).

§ I.—Historia de la primera cruzada.
Toma de Jerusalen por los turcos. 341
Estado de Occidente al fin del siglo XI. . . 342
Pedro el Ermitaño. 342
Partida de los Cruzados. 344
Jerusalen libertada. 345
Godofredo de Bullon. . . . . 3[illegible]

CAPITULO CUARTO.

Desde Mahoma hasta la muerte de Carlomagno.

(622-814).

§ I.—Historia de Mahoma y de su doctrina.
Justicia de Dios sobre el Oriente. 274
Principios de Mahoma. 275
Huida de Mahoma. 276
Sus triunfos y su muerte. 276
El Coran. 277

§ II.—La Religion en Oriente, de 630 á 814.
Herejía de los monotelitas. 278
Concilio sexto ecuménico en Constantinopla. 279
Leon el Isauro. 281
Herejía de los iconoclastas. 281
Violencias de los iconoclastas. 283
Concilio segundo de Nicea, séptimo ecuménico 284

§ III.—La Religion en Occidente, de 630 á 814.
Invasion sarracena en España. 287
D. Pelayo. 289
Covadonga 289
Don Alfonso el *Católico*. 290
Alfonso II el *Casto*. 291
Hallazgo del cuerpo de Santiago. 291
Conversion de la Alemania. 292
San Bonifacio. 292
Su celo y sus trabajos. 293
Martirio de san Bonifacio. 294
Carlomagno, rey de Francia. 295
Su celo por los estudios. 297
Es coronado emperador de Occidente. . . 299
Su muerte. 300
Crítica imparcial sobre Carlomagno. . . . 300
Su influencia religiosa en España. 301

Reflexiones sobre la herejía y los cismas. . . . 302

CAPITULO QUINTO.

Desde la muerte de Carlomagno, hasta la primera Cruzada. (814-1095).

§ I.—Conversion de los pueblos del Norte.
Conversion de los daneses y suecos. . . . 305
San Anscario. 305

Concilios en Africa.—Condenacion del error. 227
Intrigas y obstinacion de los pelagianos. . 227
Errores de los semipelagianos. 229
San Jerónimo. 231
San Juan Crisóstomo. 233
Herejía de Nestorio. 234
San Cirilo en Alejandría. 235
Concilio general de Efeso contra Nestorio. . 237
Herejía de Eutiques. 240
Concilio general contra Eutiques. 240
Invasion de los bárbaros. 243
Atila. 244
Genserico. 244
Ultimos emperadores de Occidente. . . . 244
Odoacro, rey de Italia. 245

REFLEXIONES. 245

CAPITULO TERCERO.

Desde la caida del imperio romano de Occidente, hasta la huida de Mahoma. (476-622).

§ I.—LA RELIGION EN OCCIDENTE, DE 480 Á 620.—CONVERSION DE LOS FRANCOS.—CONVERSION DE LA INGLATERRA.
Conversion de los francos ó franceses. . . 247
Santa Clotilde. 247
Conversion de Clodoveo. 249
Su bautismo. 250
Santa Genoveva. 251
San Benito en Italia. 252
Monasterio de Monte Casino. 254
Regla de san Benito. 256
Conversion de la Inglaterra. 256
San Agustin, arzobispo de Cantorbery. . . 258
San Hermenegildo, rey de Sevilla. 259
Recaredo y san Leandro. 261
Conversion de Recaredo. 263
Abjúrase en España el arrianismo. 263
Concilio tercero de Toledo. 263
El Catolicismo afianzado en España. . . . 265
Celo de san Gregorio el Grande. 267

§ II.—LA RELIGION EN ORIENTE, DE 480 Á 620.
Emperadores de Oriente. 268
Justiniano. 268
Los tres Capítulos. 268
Concilio de Constantinopla, quinto general. . 269
Heraclio. 270
Toma de Jerusalen por los persas. 270
San Juan el Limosnero. 172
Derrota de los persas. 172
Rescate de la santa cruz. 173

Ordenes militares. 346
Caballeros de Malta.. 346
Los Templarios. 348
Caballeros Teutones. 348
Reino de Jerusalen. 348

§ II.—Fundacion de nuevas Ordenes.
Institucion de los Mostenses. 349
San Norberto. 349
Es elegido arzobispo de Magdeburgo. . . 351
Orden del Cister 353
San Roberto. 353
San Bernardo. 354
Celebridad de san Bernardo. 357
Orden de los Trinitarios para la redencion de cautivos. 358
San Juan de Mata. 359
Ordenes militares y religiosas oriundas de España. 361
Calatrava. 361
Santiago. 362
Alcántara. 364

§ III. Cruzadas segunda, tercera, cuarta, quinta y sexta.
Segunda Cruzada. 365
Tercera Cruzada. 367
Santo Tomás de Cantorbery.. 367
Su muerte. 369
Ricardo, Corazon de Leon. 369
Felipe Augusto. 370
Cuarta Cruzada. 371
Imperio latino en Constantinopla. 372
Quinta Cruzada. 373
Sexta Cruzada. 374

§ IV.—San Francisco de Asis.—Santo Domingo de Guzman.
San Francisco de Asis. 374
Instituto de los Frailes Menores. 376
Trabajos apostólicos de san Francisco de Asis. 376
Santo Domingo de Guzman. 378
Herejía de los albigenses. 379
Institucion de los Padres Predicadores. . . 380

§ V. —San Luis, rey de Francia.
Su nacimiento y educacion. 383
Es coronado rey. 384
San Luis emprende la séptima Cruzada. . . 386
Su cautiverio. 388
San Luis en Palestina.. 390
Octava y última Cruzada. 392
Muerte de san Luis. 393
San Fernando, rey de España. 394
Somete los reinos de Andalucía y de Murcia. 396

Su muerte. 397
Dilatado reinado de D. Jaime I.—Su muerte . 398
REFLEXIONES sobre las Cruzadas. 398

CAPITULO SÉPTIMO.

Desde la muerte de san Luis, hasta la caida del imperio de Oriente. (1270-1453).

§ I.—SANTO TOMÁS DE AQUINO.—SAN BUENAVENTURA.
Santo Tomás de Aquino. 402
San Buenaventura. 403
§ II. CONCILIO GENERAL DE LYON.—PRIMERA REUNION DE LOS GRIEGOS.
Objeto é historia de este concilio. 406
Primer jubileo secular 408
§ III. GRAN CISMA DE OCCIDENTE.—CONCILIO DE CONSTANZA.
Orígen del cisma 408
Concilio de Pisa 409
Concilio de Constanza 410
Wiclef y Juan Hus. 411
Concilio de Basilea. 413
§ IV. CONCILIO DE FLORENCIA PARA TENTAR SEGUNDA VEZ LA REUNION DE LOS GRIEGOS.—TOMA DE CONSTANTINOPLA.
Concilio de Florencia. 413
Prediccion del papa Nicolás V. 415
Toma de Constantinopla por los turcos. . . 415

CAPÍTULO OCTAVO.

Desde la caida del imperio de Oriente, hasta la terminacion del concilio de Trento. (1453-1563.)

Proyectos de una nueva Cruzada 417
San Francisco de Paula. 418
Orden de los *Mínimos* 421
Los reyes católicos Fernando é Isabel. . . . 421
Conquista de Granada 422
Expulsion de los judíos 422
El cardenal Cisneros. 423
Su celo por el bien de la Iglesia. 423
§ I.—LA REFORMA EN ALEMANIA Y EN FRANCIA.
Lutero. 424
Calvino. 426
Violencias de los protestantes. 429
Variaciones de las iglesias protestantes. . . 431
§ II.—LA REFORMA EN INGTATERRA.
Enrique VIII. 433
Eduardo VI 435
María 435
Elisabet ó Isabel. 436
Principales sectas de Inglaterra. 437

§ III.—San Ignacio de Loyola.—San Francisco Javier.
San Ignacio de Loyola. 438
Institucion de la Compañía de Jesús. . . . 439
San Francisco Javier. 440
Mision de las Indias. 440
Sus últimos trabajos y su muerte. 443
Ultimos años de San Ignacio de Loyola. . . 445
IV.—Concilio de Trento.
Apertura del Concilio. 446
Doctrina sobre el pecado original. 449
» sobre la justificacion de los pecadores. . 451
» sobre los Sacramentos 453
» Sobre el sacrificio de la misa. 455
» Sobre la penitencia 557
Doctrina sobre la confesion. 459
» sobre la satisfaccion. 461
» sobre la Extremauncion 463
» sobre el purgatorio, indulgencias, etc. . 465
Ultima sesion y clausura del Concilio. . . 467

CAPITULO NONO.

Desde la terminacion del concilio de Trento, hasta la muerte de Luis XIV. (1563-1715.)

§ I.—Las obras del protestantismo y les del Catolicismo.
San Cárlos Borromeo. 469
Sus pruebas y pesares 471
Peste de Milan. 473
D. Bartolomé de los Mártires 474
Degüello ó jornada de San Bartolomé . . . 474
Nuevas Ordenes religiosas en la Iglesia. . . 478
Santa Teresa de Jesús. 479
Reforma del Carmelo. 479
San Juan de la Cruz. 481
San Juan de Dios 482
Hermanos de la Caridad. 484
San José de Calasanz. 484
Fundacion de las Escuelas pias 485
Abjuracion de Enrique IV. 486
§ II.— an Francisco de Sales.—San Vicente de Paul..
San Francisco de Sales. 488
Su educacion. 489
Misiones del Chablais. 491
Es elegido obispo de Ginebra 492
San Francisco Regis. 493
San Vicente de Paul. 494
Congregacion de los Padres misioneros. . . 496
Las Hijas de la Caridad. 496
Casa de beneficencia para los expósitos. . . 497

§ III.—Siglo de Luis XIV.
El P. Bernardo. 499
Mr. Olier, cura de San Sulpicio. 500
Mr. Bourdois. 501
Los frailes de las Escuelas cristianas. . . . 501
Bossuet. 502
Fenelon 503
Luis XIV. 504
Su muerte edificante. 506

§ IV.—Estado general de la Iglesia en Europa al principio del siglo XVIII.
Italia 507
España.—La Inquisicion. 508
Juicio crítico de Balmes sobre la Inquisicion. 510
Observaciones del traductor sobre el mismo asunto 513
Inglaterra. 514
Alemania. 515
Suiza.—Los reinos del Norle. 517

CAPÍTULO DÉCIMO.

Historia de las misiones desde S. Francisco Javier. (1552).

§ I.—Misiones de India, China y Japon.
Misiones de las Indias. 518
Misiones de la China 519
Misiones del Japon. 522
Persecuciones en el Japon 523
Carta de un confesor de la fé en el Japon. . 526

§ II.—Misiones de África y de América.
Misiones de Africa. 533
Misiones de América. 535
Misiones del Paraguay... 538
Misiones de Norte América. 544
Catalina Tegakouita. 545
El P. Claver, apóstol de los negros.. . . . 547
Otras misiones de América. 551
Fr. Jerónimo de Loaysa. 553
Santo Toribio. 554
Santa Rosa de Lima.. 555

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Desde la muerte de Luis XIV, hasta la exaltacion de Pio VIII. (1715-1800).

I.—Herejía de los jansenistas.
Errores de Bayo. 557
Jansenio.. 558

II.—El filosofismo del siglo XVIII.—Las sociedades secretas
Voltaire. 563
J.-J. Rouseau. 565
El pretendido partido filosófico. 566
La corte de Luis XV. 568
Expulsion de los Jesuitas en Portugal, España, Francia y otros paises.. 570
Las sociedades secretas.—Los francmasones. 574

III.—Revolucion francesa (año 1789 y siguientes).
Constitucion civil del clero. 579
Persecucion 581
Profanacion de las iglesias. 582
Degüellos ó asesinatos de setiembre. . . . 584
La Convencion. 588
Asesinato jurídico del rey 581
Horribles excesos de la revolucion.. . . . 587
La Vendée. 598
Culto de la Razon. 597
Luis XVII. 599

§ IV.—Pontificado de Pio VI.
Sucesos de Alemania. 599
Sucesos de Toscana.. 609
San Ligorio.. 601
Cautiverio de Pio VI.. 602
Lo que fue la revolucion. 607

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

Desde la exaltacion de Pio VII, hasta el pontificado de Pio IX. (1800-1846).

§ I.—Pontificado de Pio VII.
Eleccion de Pio VII. 611
Napoleon. 612
Pio VII en París. 613
Canonizaciones en Roma. 614
Cautiverio del Papa. 615
La Restauracion. 616
Bien que se opera en Francia.. 617
Bien que se opera en los paises herejes. . . 618
Las nuevas misiones. 618
La Corea. 620
Muerte de Pio VII. 623
Guerra de la Independencia española. . . . 623
El clero apoya la causa nacional. 624
Vejaciones que sufren la Iglesia y el clero. . 625
Córtes de Cádiz. 626
Abolicion de la Inquisicion. 628
Vuelta del rey Fernando VII.. 629

§ II.—Desde la muerte de Pio VII, hasta la exaltacion de Pio IX.
El partido liberal 632
El rey Cárlos X. 634
La usurpacion orleanista. 635
Gobierno de julio.. 637
Asociacion de la propaganda de la Fe. . . 638
Leon VII. 639
Gregorio XVI.. 639
Minoria de la reina D.ª Isabel II.—Persecuciones en España. 640
Guerra civil, llamada *de los siete años*. . . 643
Atropellos, asesinatos é incendios en los conventos. 643
Regencia de Espartero.. 646
Ruptura de relaciones con la Santa Sede. . 646
D.ª Isabel II declarada de mayor edad.—Reaccion favorable. 648
Portugal.. 649
Persecuciones en Rusia. 650
Persecuciones en Oriente.. 651
Martirio de M. Marchand.. 651
Progresos de la fé. 654
Obras santas. 654

§ III —Pontificado de Pio IX.
Su eleccion.. 655
Revolucion en Francia.. 656
Mons. Affre 658
Libertad de la Iglesia. 658
Revolucion en Roma. 659
Nuevos obispados.. 660
España. 660
Balmes. 660
Restablecimiento de las relaciones con la Santa Sede. 661
Concordato de 1351. 662
El Piamonte. 663
Restablecimiento del imperio francés.. . . 664
Estado actual de los ánimos.. 665
Dogma de la inmaculada Concepcion de María santísima. 665

§ IV.—Ojeada sobre el estado actual de la Iglesia en sus misiones.
Congregaciones de misioneros. 666
Misiones de Europa.. 667
Asia. 668
Asia occidental. 658
Asia central. 669
Asia oriental. 670

Africa. 672
América.. 673
Estados-Unidos. 673
Tejas.. 674
Colonias inglesas.. 674
Oceanía. 675
Reflexiones.. 676
CONCLUSION. 678
NOTA COMPLEMENTARIA. 682
NOTA DEL CENSOR. 684
TABLA CRONOLÓGICA. 686

FIN DEL ÍNDICE.

OBRAS PUBLICADAS

POR

LA LIBRERIA RELIGIOSA.

OBRAS EN 4.° MAYOR.

La santa Biblia en latin y castellano, por el P. Scio, con 32 láminas finas y 9 mapas iluminados. Seis tomos en relieve, 204 rs.

Vindicacion de la santa Biblia, por Du-Clot. Un tomo en relieve, 39 rs.

OBRAS EN 4.°

Del Protestantismo, por Nicolás. Un tomo en pasta, 11 rs.

Ejercicio de Perfeccion y Virtudes Cristianas, por el V. Rodriguez. Tres tomos en pasta, 33 rs.

El Equilibrio entre las dos Potestades, por Gual. Tres tomos en pasta, 36 rs.

El Principio de Autoridad vindicado, por García Mora, Un tomo en pasta, 11 rs.

Ensayo sobre el Panteismo, por Maret. Un tomo en pasta, 11 rs.

Estudios filosóficos sobre el Cristianismo, por Nicolás. Tres tomos en pasta, 36 rs.

Filosofía de las Leyes, por Bautain. Un tomo en pasta, 11 rs.

Historia de las Variaciones de las Iglesias protestantes, por Bossuet. Dos tomos en pasta, 22 rs.

Historia Eclesiástica de España, por V. de la Fuente. Cuatro tomos en pasta, 44 rs.

Historia Religiosa, Política y Literaria de la Compañía de Jesús, por Cretineau-Joli. Seis tomos en pasta, 66 rs

Historia universal de la Iglesia, por Alzog. Cuatro tomos en pasta, 44 rs.

La Filosofía del Catecismo católico, por Martinet, Un tomo en pasta, 11 rs.

La lectura de la Biblia en lengua vulgar, por Malou. Dos tomos en pasta, 22 rs.

Las criaturas. Grandioso tratado del hombre, por Sabunde. Un tomo en pasta, 11 rs.

—Las profecías mesianicas, por Meignan. Un tomo en pasta, 11 rs.

La verdad religiosa, por García Mora, Un tomo en pasta, 11 rs.

La Virgen María y el Plan divino, por Nicolás, Cuatro tomos en pasta, 44 rs.

Lo que son los Papas, por Rivera. Un tomo en pasta, 11 rs.

Manual de los confesores por Gaume. Un tomo en pasta, 14 rs.

Pensamientos de un creyente católico por Debreyne. Un tomo en pasta, 11 rs.

Prontuário de la Teología moral, por Larraga. Un tomo en pasta, 24 rs.

Teodicea cristiana por Maret. Un tomo en pasta, 11 rs.

Teoría bíblica de la Cosmogonía y de la Geología, por Debreyne Un tomo en pasta, 11 rs.

Tiunfo del Catolicismo en la definicion dogmática del augusto misterio de la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen María, por Gual. Un tomo en pasta, 11 rs.

OBRAS EN 8.° MAYOR.

Año cristiano, por Croisset. Diez y seis tomos en relieve, 160 rs.

Biblia Sacra vulgatæ editionis Sixti V, Pont. M. jussu recognita, et Clementis VIII. auctoritate edita. Un tomo en relieve, 18 rs.

Carta Pastoral, de Valverde. Un tomo en pasta, 9 rs.

Catecismo de perseverancia, por Gaume. Ocho tomos en pasta, 80 rs.

Coleccion de Pláticas Dominicales, por Claret. Siete tomos en pasta, 63 rs.

Concordantiarum SS. Scripturæ Manuale. Un tomo en pasta, 20 rs.

Consideraciones sobre el dogma generador de la piedad católica, por Gerbet. Un tomo en pasta, 9 rs.

Copiosa y variada Coleccion de selectos panegíricos, por Claret. Once tomos p.ª, 99 rs.

Correspondencia entre un ex-director de Seminario y un jóven sacerdote. Un tomo en pasta, 8 rs.

Del Papa, ó sea de la Iglesia galicana en sus relaciones con la Santa Sede, por De Maistre Dos tomos en pasta, 20 rs.

Diferencia entre lo temporal y eterno, por Nieremberg. Un tomo en pasta, 10 rs.

Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas, por el V. Rodriguez. Tres tomos en pasta, 30 rs.

El Catecismo cristiano, por Dupanloup. Un tomo en pasta, 7 rs.

El Catolicismo en presencia de sus disidentes, por Eyzaguirre. Dos tomos en pasta, 20 rs.

El Directorio ascético, por Scaramelli, Un tomo en pasta, 10 rs.

El Espíritu de S. Francisco de Sales. Un tomo en pasta, 10 rs.

El Evangelio meditado, traducido por Maldonado. Cinco tomos, 45 rs.

El hombre feliz, por Almeida. Un tomo en pasta, 10 rs.

Exposicion razonada de los dogmas y moral del Cristianismo, por Barran. Dos tomos en pasta, 20 rs.

Fabiola, por Wiseman. Un tomo en percalina, 8 rs.

Historia de la Iglesia desde Nuestro Señor Jesucristo hasta el pontificado de Pio IX, por V. Postel. Un tomo en pasta, 11 rs.

Historia de la sociedad doméstica, por Gaume. Dos tomos en pasta, 20 rs

La Encíclica del dia 8 de Diciembre, por D. E. M. V. Un tomo en rústica, 1 y medio rs.

La familia regulada, por Arbiol. Un tomo en pasta, 11 rs.

La independencia y el triunfo del Pontificado, por Vilarrasa. Un tomo en pasta, 5 rs.

La Moralizadora y Salvadora del mundo es la Confesion sacramental, por Gual. Un tomo en pasta, 9 rs.

Las dos Inmaculadas, por Vilarrasa. Un tomo en pasta, 9 rs.

Las Glorias de María, por San Ligorio. Un tomo en pasta, 9 rs

La única cosa necesaria, por Geramb. Un tomo en pasta, 10 rs.

La Vida futura segun la fé y la razon, por Martin. Un tomo en pasta, 10 rs.

Meditaciones espirituales, del V. de La Puente. Tres tomos, 30 rs.

Mercedes de la Vírgen María, Un tomo en pasta, 10 rs.

Mística ciudad de Dios, por Sor María de Jesús. Siete tomos en pasta, 63 rs.

Nuestra Conversion á la Iglesia católica, por Baumstark. Un tomo en rústica, 3'50 rs.

Nuevo Triunfo de la verdad católica, por Mañosa. Un tomo en pasta, 9 rs.

Pensamientos de un protestante, por Baumstark. Un cuaderno á real el ejemplar.

Pláticas doctrinales, por Claret Dos tomos en pasta, 18 rs.

—Sermones de Mision, por Claret. Tres tomos en pasta, 27 rs.

Solucion de grandes poblemas, por Martinet. Dos tomos en pasta, 20 rs.

Tesoro escondido en la ley antigua, por Fray Juan de Jesús María Dos tomos en uno, en pasta, 9 rs.

Tratado de la usura, por Mastrofini. Un tomo en pasta, 10 rs

OBRAS EN 8.°

¿A dónde vamos á parar? por Gaume. Un tomo en pasta, 6 rs.

Anuario de María por Menghi-d'Arville. Dos tomos en pasta, 12 rs.

Armonía de la Razon y de la Religion por Almeida. Dos tomos n pasta, 12 rs

Arte de canto eclesiástico y cantoral para uso de los Seminarios, por Claret. Un tomo en relieve, 9 rs.

Catecisme de la Doctrina cristiana adornat ab 48 estampas, explicat per Claret. Un tomo en pasta, 6 rs.

Catecismo de la Doctrina cristiana, adornado con 48 láminas, explicado por Claret. Un tomo en pasta, 6 rs.

Catecismo filosófico, por Feller. Cuatro tomos en pasta, 24 rs.

Católica infancia por Varela. Un tomo, en pasta, 6 rs.

Coleccion de opúsculos por Claret. Cuatro tomos en pasta, 24 rs.

Coleccion de oraciones y obras piadosas. Un tomo en relieve 7 rs.

Combate espiritual, por Escúpoli. Dos tomos en pasta, 12 rs.

Compendio del Catecismo de Perseverancia, por Gaume. Un tomo en pasta, 6 rs.

Confesiones de san Agustin Dos tomos, en pasta, 12 rs.

De la oracion y consideracion por el V. Granada. Dos tomos en pasta, 12 rs.

Del matrimonio civil. Un tomo pasta, 6 rs.

Del Perú á Europa, por Roselló. Un tomo en percalina, 6 rs.

Ejercicios de S. Ignacio de Loyola, por Ibargüengoitia. Dos tomos en pasta, 12 rs.

Ejercicios espirituales de san Ignacio, por Claret. Un omo en pasta, 7 rs.

Ejercitatorio de la vida espiritual por Cisneros. Un tomo en pasta, 6 rs.

El Colegial ó Seminarista instruido, por Claret. Dos tomos, en pasta, 12 rs.

El hombre infeliz, por Zúñiga. Un tomo, en pasta 6, rs.

El Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo segun S. Mateo, por Claret. Un tomo en pasta, 4 rs

El vicio y la virtud. Un tomo, pasta, 6 rs.

Escuela del corazon, por Haeften. Un tomo en pasta, 7 rs.

Guia de pecadores, por el V. Granada. Dos tomos en pasta, 12 rs.

Historia de la Reforma protestante, por Cobbet. Dos tomos en pasta, 12 rs.

Historia del Cristianismo en el Japon, por Charlevoix. Un tomo en pasta. 6 rs.

Historia de santa Isabel de Hungría, por Montalembert. Dos omos en pasta, 12 rs

Instruccion de la Juventud, por Gobinet. Dos tomos en pasta, 12 reales.

Introduccion á la Vida devota, por S. Francisco de Sales. Un tomo pasta, 6 rs.

La Biblia de la Infancia, por Macías. Un tomo en pasta, 6 rs.

La Devocion á san José establecida por los hechos por Patrignani. Un tomo en pasta, 6 rs.

Las Delicias de la Religion cristiana, por Lamourette. Un tomo en pasta, 6 rs.

Las delicias del campo, por Claret. Un tomo en pasta, 7 rs.

La Tierra Santa, por Geramb. Cuatro tomos en pasta, 24 rs.

La Virgen, Historia de María Madre de Dios, por Orsini. Dos tomos en pasta, 12 rs.

La vocacion de los niños, por Claret. Un tomo en pasta, 3 y medio rs.

Los Seis libros de S. Juan Crisóstomo, por el V. Scio. Un tomo en pasta, 5 rs.

Llave de Oro, por Claret. Un tomo en pasta, 7 rs.

Manual de erudicion sagrada y eclesiastica, por Sala. Un tomo en pasta, 7 rs.

Manual de Piedad dedicado á los devotos del Sagrado Corazon de Jesús. Un tomo en relieve, 6 rs en tafilete, 14, y en chagrin 20 rs.

Meditaciones para Señoritas, por el Abate M.*** Un tomo en relieve, 6 rs, en tafilete 12, y en chagrin 24.

Meditaciones para todos los dias de Adviento, por san Ligorio. Un tomo en pasta, 5 rs.

Meditaciones, Soliloquios y Manual de San Agustin. Un tomo en pasta, 6 rs.

Miscelanea interesante, por Claret. Un tomo en pasta, 6 rs.

Nuevas cartas por Cobbet. Un tomo en pasta, 6 rs.

Nuevo manojito de flores, por Claret Un tomo en pasta, 7 rs.

Obras de santa Teresa de Jesus. Cinco tomos en pasta, 30 rs.

Oficio de la Semana Santa en latin y castellano. Un tomo en relieve, 9 rs., en tafilete, 16; en chagrin, 22; en chagrin y broche, 26.

Once discursos, por S. Alfonso de Ligorio. Un tomo en pasta; 6 rs.

Poesías Religiosas, por Planas y Gispert. Un tomo en pasta, 6 rs.

Práctica de la viva fé, por Tomás de Jesús. Un tomo en pasta, 5 rs.

Reflexiones sobre la naturaleza, por Sturm. Seis tomos en pasta, 36 rs.

Reloj de la pasion, por san Ligorio. Un tomo en pasta, 6 rs.

Tesoro de proteccion, por Almeyda. Un tomo en pasta, 6 rs.

Tratado de la conformidad con la voluntad de Dios, por Rodriguez. Un tomo en pasta, 6 rs.

Tratado de la divinidad de la Confesion, por Aubert. Un tomo en pasta, 6 rs.

Tratado de la existencia de Dios, por Aubert. Un tomo en pasta, 6 rs.

Tratado de las notas de la Iglesia, por Aubert. Un tomo en pasta, 6 rs.

Tratado de la victoria de sí mismo, por Cano. Un tomo en pasta, 5 rs.

Veni-mecum pii Sacerdotis, por Caixal. Un tomo en relieve, 7 rs.

Verdadero libro del pueblo, por Beaumont. Un tomo en pasta, 6 rs.

--Vida del bienaventurado San Luis Gonzaga, por Cepari. Un tomo en pasta, 6 rs.

Vida de santa Catalina de Génova. Un tomo en pasta, 6 rs.

Virginia ó la doncella cristiana. Tres tomos en pasta, 18 rs.

OBRAS EN 16.°

Arte de encomendarse á Dios, por Bellati. Un tomo en pasta, 4 rs.

Avisos sobre la vocacion religiosa, por S. Ligorio Un tomo en media pasta, 3 rs.

Camí dret y segur per arribar al cel, per Claret. Un tomo en relieve, 4 rs.

Camino recto y seguro para llegar al cielo por Claret. Un tomo en relieve, 5 rs, en tafilete 12, en chagrin 16, en chagrin y broche 20.

Caractéres de la verdadera devocion, por Grou. Un tomo en pasta, 4 rs.

Cartas espirituales de san Francisco. Un tomo en media pasta, 3 rs.

Catecismo católico sobre la libertad de cultos por Monescillo. Un tomo en media pasta 2 rs en carton 1 y medio.

Contrato del hombre con Dios, por Eudes. Un tomo en media pasta, 2 rs.

De la Imitacion de Cristo, por Kempis. Un tomo en relieve, 5 rs.

De los deberes del hombre, por Silvio Pellico. Un tomo en pasta, 3 y medio rs.

Ejercicios espirituales preparatorios á la primera comunion de los niños, por Claret. Un tomo en relieve, tres y medio rs.

El Libro de la juventud, por Macías Un tomo en media pasta, 2 rs. en carton; 1 y medio.

El mes de María para los niños, por Laffineur. Un tomo en relieve, 4 rs.

El párroco con los enfermos. Un tomo en media pasta, 3 rs.

Expositio litteralis et mystica totius Missæ, por Fr. Dionisio de la Concepcion. Un tomo en media pasta, 4 rs.

La Colegiala instruida, por Claret. Un tomo en relieve, 5 rs.

Las horas sérias de un jóven por Sainte-Foix. Un tomo en pasta, 5 rs.

La Verdadera sabiduría por Claret. Un tomo en pasta, 4 rs.

Lucha del alma con Dios, por Caixal y Francisco de Jesus. Un tomo en pasta, 4 y medio rs.

Lucha ó combate espiritual del alma por Castañiza. Un tomo en media pasta, 2 rs

Mana del cristiano ilustrado, por Claret. Un tomito en relieve, 3 rs, en media pasta 2.

Manual de meditaciones, por Villacastin. Un tomo en relieve, 4 y medio rs.

Memorial de la Mision, por Verche. Un tomo en media pasta. 1 real y medio.

Nuevo devocionario para las hijas de la Purísima Concepcion, por Leal Un tomo en media pasta, 2 y medio rs.

Quadrupani; Documentos para tranquilidad de las almas timoratas en las dudas ó escrúpulos que les sobrevengan en su vida espiritual por J. L. N. Pbro. Un tomo en relieve, 4 reales.

Tardes ascéticas. Un tomo en pasta, 4 rs.

Tesoro del Carmelo, por Grassi. Un tomo en pasta. 4 rs.

Un mes consagrado á María. Un tomo en relieve, 4 y medio rs.

Visitas al Santísimo Sacramento y á María santísima, por san Ligorio. Un tomo en relieve, 4 rs. y en tafilete 8.

OPÚSCULOS.

Agenda de la conciencia, y arreglo de vida. Un tomito cartonado á real y medio

Antídoto contra el contagio protestante, á 30 rs. el ciento.

Aprecio del tiempo, por Claret, á 26 rs. el ciento.

Avisos á un militar cristiano, por Claret, á 24 mrs el ejemplar.

Avisos á un sacerdote, por Claret, á 30 rs. el ciento.

Avisos muy útiles á las viudas, por Claret. á 30 rs el ciento.

Avisos muy útiles á los padres de familia, por Claret, á 30 rs. el ciento.

Avisos saludables á las casadas, por Claret, á 30 rs. el ciento.

Avisos saludables á las doncellas, por Claret, á 26 rs. el ciento.

Avisos saludables á los niños, por Claret. á 30 rs. el ciento.

Bálsamo eficaz, por A M. C.. á 24 mrs el ejemplar.

Breve noticia de la Archicofradía del sagrado Corazon de María, por Claret, á 1 real.

Cánticos espirituales, por Claret á 1 real.

Carta ascética, por Claret, á 30 reales el ciento.

Carta espiritual ó aviso á las niñas, por Ferrer, á 26 reales el ciento.

Catecisme de la doctrina cristiana escrit per Claret, á 1 real cartonado.

Catecismo de la doctrina cristiana, por Claret, á 1 real cartonado.

Catecismo para uso del Pueblo acerca del protestantismo, por Cuesta, á 1 y medio real en media pasta, y a medio real en rústica.

Catecismo sobre la autoridad de la Iglesia, por Monescillo, á 30 rs. el ciento.

Conferencias de San Vicente de Paul, por Claret á 50 rs. el ciento,

Consejos que una madre dió á su hijo, por Claret, á 7 rs. e ciento.
Constitutiones juventutis in Seminariis, por Claret, á 22 rs. el ciento.
Deprecacion á Nuestro Señor, á 22 rs. el ciento.
Devocionario de los párvulos; por Claret, á 15 rs. el ciento.
Devocion del santísimo Rosario, por Claret, á 23 rs. el ciento.
Directorio práctico, por Adroban y Roix. á 24 mrs.
Ejercicio de preparacion para la muerte, á 23 rs. el ciento.
Ejercicios espirituales que practica la Cofradía del purísimo Corazon de María santísima, á 24 mrs.
El Angel de la familia, ó María Girar; á 30 rs. el ciento.
El amante de Jesucristo, por Claret, á 24 mrs.
El Angel de Tobías, por Arroyo y Almela. a 24 mrs.
El auxiliar de los padres, por Peiró á 24 mrs.
El consuelo de una alma calumniada: por A. M. C.; á 22 rs. el ciento.
El espejo de una alma cristiana que aspira á la perfeccion, por Claret, a 24 mrs.
El ferro-carril, por Claret, á 24 mrs.
El protestantismo, Dialogo, á 24 mrs.
El rico Epulon en el infierno, por Claret, á 22 rs. el ciento
El santísimo Rosario explicado, por Claret, á un real y cuartillo.
El templo y palacio de Dios nuestro Señor, por A. M. C., á 16 mrs.
El viajero recien llegado, por Claret: á 26 rs el ciento.
Excelencias y novenas del glorioso príncipe san Miguel, por Claret, á 22 rs. el ciento.
Felicitacion sabatina, á 30 rs. el ciento.
Galería del desengaño, por Claret, á 26 rs. el ciento.
Instruccion que debe tener la mujer, por Claret, á 23 rs el ciento.
La buena sociedad, á 24 mrs.
La caridad en accion, por Hernandez, á 24 mrs.
La caridad en pasion, por Hernandez, á medio real.
La Cesta de Moisés, por Claret, a 24 mrs.
La devocion á san José, por A. M. C. a 26 rs. el ciento.
La Epoca presente: por Claret, á 24 mrs.
La Escalera de Jacob, por Claret, á 30 rs. el ciento.
Lágrimas de la sociedad, por Hernandez, á 26 rs. el ciento
La Mision de la mujer, por Claret, á 24 mrs.
La murmuracion y la calumnia, por Hernandez, á medio real.
La prosperidad de las familias, por Clotet, á 24 mrs.
La santa ley de Dios, por Claret, á real y medio
Las bibliotecas populares y parroquiales, por Claret, gratis.
Las dos banderas, por A. M. C., á 30 rs el ciento.
La Virgen del Pilar de Zaragoza y los francmasones á 30 rs. el ciento.
Letrillas para las misiones, por Fabregas, á 32 rs. el ciento.
Llibre de oro, á 24 mrs.
Libro de Vida por A. M. C. á 15 rs. el ciento.
Lo escolá, á 24 mrs.
Lo protestantisme Diálogo á 1 real ejemplar cartonado.
Los tres estados del alma, por Claret, á 20 rs. el ciento.
Los Viajeros del ferrocarril; por Claret, á 24 mrs.

Lletrillas compostas per los missionistas del Immaculat Cor de María, à 24 mrs.
Maná del cristiano, por Claret, á 15 rs. el ciento
Maná del cristiano, por Claret, aumentado por los misioneros del Inmaculado Corazon de María, á 24 mrs.
Manná del cristiá arreglat per Claret y aumentat per los missionistas del immaculat Cor de María; á 24 mrs.
Máximas espirituales. por Claret á 24 mrs.
Modo práctico de recibir bien el sacramento de la Penitencia, por Claret, á 30 rs. el ciento
Nuevo viaje en ferro-carril, por Claret, á 24 mrs.
Orígen de la devocion del Escapulario azul celeste, por Claret, á 22 rs. el ciento.
Orígen de las calamidades públicas, por A. M.C. á 26 reales el ciento.
Orígen del Trisagio; por Claret, á 30 rs. el ciento.
Plan de la academia de san Miguel, por Claret, (gratis).
Ramillete de lo mas agradable a Dios, por Claret á 22 rs. el ciento.
Reflexiones á todos los cristianos: por Claret, á 24 rs. el ciento.
Reflexiones sobre el celibato del clero católico á 30 rs. el ciento.
Reglas de Espíritu á unas religiosas, por Claret, á 20 rs. el ciento.
Reglas del instituto de los clérigos reglares que viven en comunidad; á 24 mrs. ejemplar.
Religiosas en sus casas, por Claret, á real y cuartillo ejemplar.
Remedios contra los males de la época actual por Claret à 30 rs. el ciento.
Respeto á los templos: por Claret, á 22 rs. el ciento.
Resúmen de los principales documentos, por Claret, á 24 rs. el ciento.
Socorro á los difuntos: por Claret; á 24 mrs.
Tardes de verano en la Granja. por Claret, á 1 real y medio.
Tratadito sobre las pequeñas virtudes, por Roberti; á 24 mrs.
Tríduo en obsequio á María santísima, á 22 rs. el ciento.
Verdadero retrato de los neo-filósofos del siglo XIX, por A. M., á 26 rs. el ciento.
Vida cristiana, por Dutari, á 24 mrs.
Vida de santa Mónica. por Claret, á 24 mrs.
Visita á los santos Sagrarios, a 26 rs. el ciento.

HOJAS VOLANTES A 60 RS. RESMA. (1)

1. Máximas cristianas; puestas en verso pareado para mejor retenerlas en la memoria. *(En pliego).*
2. Máximas cristianas; puestas igualmente en verso pareado. *(En pliego).*
3. Cédula del Rosario de María santísima. *(En pliego).*
4. Modo de rezar el Rosario. Contiene los quince misterios, Ofrecimiento, y Letanía lauretana. *(En pliego).*

---

(1) Forman una resma 500 de las de a pliego; 1,000 de las de á medio pliego; 2,000 de las de á cuartilla, y 4,000 de las de á octavilla.

5. Cédula contra la blasfemia. *(En medio pliego).*
6. Specimen vitæ Sacerdotalis. *(En pliego).*
7. Fervorosa y cariñosa exhortacion, que distribuyen impresa los misioneros inmediatamente antes de empezar su santo ministerio. *(En medio pliego).*
8. Aviso importantísimo que distribuyen los mismos antes de terminar sus santas tareas. *(En medio pliego).*
9. Memoria ó recuerdo de la Mision, para distribuir luego de concluida. *(En medio pliego).*
10. Propósitos para conservar el fruto y gracia de la santa Mision. *(En cuartilla).*
11. Oracion de san Bernardo; Acordaos, piadosísima Virgen María... *Va seguida de una jaculatoria (En cuartilla).*
12. Suspiros y quejas de María santísima dirigidos á los pecadores verdugos de su santísimo Hijo. *(En cuartilla).*
13. Breve instruccion que dió el Excmo. é Ilmo señor arzobispo Claret á un hombre sencillo que encontró por un camino, antes de despedirse de su compañía. *(En octavilla).*
14. Maximas cristianas para niños. *(En pliego).*
15. El amor de Dios y del prójimo. *(En cuartilla).*
16. Convite á la gloria. *(En cuartilla).*
17. Consejos útiles a los jóvenes *(En medio pliego).*
18. Consejos útiles a las doncellas. *(En medio pliego).*
19. Regla de vida. *(En medio pliego).*
20. Eclipse de sol. *(En medio pliego).*
21. Amenazas del eterno Padre y modo de evitarlas. *(En medio pliego).*
22. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida. *(En medio pliego).*
23. Modo de adorar á Jesús sacramentado. *(En cuartilla).*
24. Acto de contricion. *(En cuartilla).*
25. El carnaval y su entierro. *(En cuartilla).*
26. Observaciones á un cristiano que trabaja en los dias de fiesta. *(En cuartilla).*
27. De la devocion al santísimo Rosario. *(En cuartilla).*
28 Alabado sea Dios.—Contra la blasfemia *(En cuartilla).*
29. Reloj de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo. *(En cuartilla).*
30. Consuelo á un enfermo. *(En cuartilla).*
31. Consuelo á un encarcelado. *(En cuartilla).*
32. Recuerdo al bizarro soldado español. *(En cuartilla).*
33. Prácticas cristianas para todo el año. *(En cuartilla).*
34. Alma perseverante que no se deja seducir. *(En cuartilla).*
35. Alma del Epulon en el infierno. *(En cuartilla).*
36. Triunvirato del universo ó sea necesidad de la confesion. *(En cuartilla).*
37. La santa Ley de Dios. *(En cuartilla).*
38. Cédula del coro de niñas de la piadosa Union. *(En medio pliego).*
39. Cédula del coro de niños de id *(En medio pliego).*
40. Devocion al Corazon agonizante de Jesús. *(En octavilla).*
41. Máximas para niños y niñas, ó sea Escalera para subir los mismos al cielo *(En octavilla).*
42. Prácticas cristianas para todos, ó sea Escalera para id. *(En octavilla).*
43. ¿Quién se condenará? *(En medio pliego).*
44. Regla de vida para los sacerdotes. *(En medio pliego).*

45. Decenario de la sagrada pasion. *(En cuartilla).*
46. Excelencias de san Miguel. *(En cuartilla.)*
47. Devocion á la santísima Trinidad. *(En cuartilla).*
48. Modo práctico de hacer el Via-crucis. *(En cuartilla).*
49. Máximas cristianas para todos. *(En pliego).*
50. Letrillas del santísimo Sacramento. *(En octavilla),*
51. Cánticos en honor de María santísima. *(En octavilla).*
52. Cédula de admision á la Cofradía del inmaculado Corazon de María. *(En medio pliego).*
53. Cántico á María santísima. *(En cuartilla).*
54. Los manaments de la l ley de Déu *(En octavilla).*
55 Sencillas y breves consideraciones de un párroco á sus feligresas hijas de María. *(En cuartilla.)*
56. Necesidad de saber la doctrina cristiana, y modo de enseñarla y aprenderla. *(En cuartilla).*
57. Respuesta a varias objecciones que hacen los incrédulos y libertinos sobre el ayuno; la confesion y la santa misa. *(En medio pliego.)*
58. Instrucciones populares acerca del Matrimonio civil. *(En medio pliego.)*
59. La Biblia y el pueblo. *(En medio pliego.)*
60. El pueblo y el sacerdote. *(En medio pliego.*
61. Ayunos y abstinencias. *(En medio pliego.*
62 La Bula. *(En medio pliego.)*
63. El culto de María. *(En medio pliego.*
64. La Iglesia. *(En medio pliego.)*
65. Los sufragios. *(En medio pliego.)*
66. Preservativo contra el contagio irreligioso de nuestros dias. *(En medio pliego).*
67. Lectura de escritos limpios. *(En medio pliego).*
68. Necesidad de un buen director. *(En medio pliego).*
69. Magnetismo y espiritismo. *(En medio pliego).*
70. Oraciones al sagrado Corazon de Jesús. *(En octavilla).*

NOTA.—Los pedidos pueden hacerse indicando solamente el número que lleva cada hoja.

